LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO

León Trotsky

Prólogo de Alan Woods

Fundación Federico Engels
Madrid

Colección Clásicos del Marxismo

Primera edición: mayo 2004

© 2004, Fundación Federico Engels

ISBN: 33333333333333333333333333333333333333333333333
DL:
Impreso en España - Printed in Spain

Publicado y distribuido por la Fundación Federico Engels
C/ Hermanos del Moral 33, bajo. 28019 Madrid
Teléfono: 914 283 870 · Fax: 914 283 871
E-mail: engels@arrakis.es · Web: www.engels.org

Índice

Saludo de Esteban Volkov 9
Prólogo de Alan Woods 11

El giro de la Internacional Comunista y la situación en Alemania . . 39
1. Los orígenes del último giro 39
2. La victoria parlamentaria del Partido Comunista a la luz de las tareas revolucionarias 41
3. Las vacilaciones de la gran burguesía 42
4. La pequeña burguesía y el fascismo 43
5. El Partido Comunista y la clase obrera 45
6. ¿Vuelta al "segundo período" o, una vez mas, hacia el "tercer período"? 47
7. Las posibles variantes del desarrollo posterior 48
8. ¿Dónde está la salida? 51

Thaelmann y la "revolución popular" 59

El control obrero de la producción 61
Postscriptum 67

¡Contra el comunismo nacional! (lecciones del "referéndum rojo") 69
Cómo está todo cabeza abajo 69
"Frente único", pero ¿con quién? 71
El problema de la correlación de fuerzas 72
Volvamos la vista hacia la experiencia rusa 73
Con los faros apagados 74
La "revolución popular" en lugar de la revolución proletaria . . 76
La "revolución popular" como método de "liberación nacional" 77
La escuela del centrismo burocrático, escuela de la capitulación . . 78
La "guerra revolucionaria" y el pacifismo 79
Cómo deben pensar los marxistas 82
¿Por qué estaba callado el partido? 85
¿Qué dice Stalin? 86
¿Qué dice *Pravda*? 87

Los consejos de fábrica y el control obrero de la producción 89

Alemania, la clave de la situación internacional 93
Postscriptum 106

Por un frente único obrero contra el fascismo 109
¿Qué pretende Hitler? 109
¿Qué esconde la estratagema de Hitler? 110
Hay que apuntar de cerca 111
Thaelmann considera que la victoria del fascismo es inevitable .. 111
¡Volvamos a la experiencia rusa! 112
¿Es Brüning un "mal menor" 113
No se trata de los obreros que han dejado la socialdemocracia, sino de los que se quedan con ella 114
Hay que imponer a la socialdemocracia el bloque contra los fascistas 115
Una buena cita de Lenin 116

¿Y ahora?
Problemas vitales del proletariado alemán 119
Prefacio 119
1. La socialdemocracia 123
2. Democracia y fascismo 129
3. El ultimatismo burocrático 137
4. Los zigzagues estalinistas sobre el problema del frente único .. 144
5. Un repaso histórico sobre el problema del frente único 152
6. Las lecciones de la experiencia rusa 156
7. Las lecciones de la experiencia italiana 161
8. Por el frente único: hacia los soviets, órganos superiores del frente único 165
9. El SAP (Partido Socialista Obrero) 170
10. El centrismo "en general" y el centrismo de la burocracia estalinista 179
11. La contradicción entre los éxitos económicos de la URSS y la burocratización del régimen 187
12. Los brandlerianos (KPDO) y la burocracia estalinista 192
13. La estrategia de las huelgas 200
14. El control obrero y la colaboración con la URSS 208
15. ¿Es desesperada la situación? 215
Conclusiones 221

La victoria de Hitler significaría guerra contra la URSS 225
Hitler necesitará aliados 226
La guerra sería inevitable 228
Rusia debe estar preparada 230

Entrevista con *Montag Morgen* 233

El rompecabezas alemán 235

El único camino 241
Prefacio 241
1. Bonapartismo y fascismo 244
2. Burguesía, pequeña burguesía y proletariado 249
3. ¿Alianza de la socialdemocracia con el fascismo o lucha entre ellos? 253
4. Los veintiún errores de Thaelmann 258
5. La confrontación de la política de Stalin-Thaelmann con su propia experiencia 265
6. Lo que se dice en Praga sobre el frente único 269
7. La lucha de clases a la luz de la coyuntura 276
8. El cambio hacia el socialismo 282
9. El único camino 287
Posfacio 291

El bonapartismo alemán 293

Ante la decisión 299
El campo contrarrevolucionario 299
El campo proletario 302
Postscriptum 307

El frente único defensivo 309
¿No es demasiado tarde? 310
Un pacto de no agresión 311
Organizar conjuntamente la defensa; No olvidar el pasado; Prepararse para el futuro 313
Los adversarios cierran filas frente al peligro común 314
Dos pesos y dos balanzas 315
¡Vuestros dirigentes no quieren luchar! 316
¿Es una maniobra nuestra propuesta? 318
Las tareas y métodos del frente único 319
El carácter irreconciliable de los partidos socialdemócrata y comunista 320
Democracia y dictadura 321
No hay ningún otro camino 322
El proletariado alemán tendrá la revolución en alemán, y no en ruso 324
¿Qué defenderemos? 325
Respecto a la libertad de prensa 326

La tragedia del proletariado alemán: los obreros alemanes se levantarán de nuevo. ¡El estalinismo jamás! 329

Alemania y la URSS 339

Hitler y el Ejército Rojo 343

La catástrofe alemana: la responsabilidad de la dirección 347

¿Qué es el nacionalsocialismo? 355
Postscriptum 362

¿Cuánto tiempo puede durar Hitler? 363

Es necesario construir nuevos partidos comunistas y una nueva internacional 371
La orientación hacia la reforma de la Comintern 371
El cambio de orientación 372
¡Realismo sí, pesimismo no! 373
Nuevos reveses 373
La URSS y el PCUS 375
La URSS y la Comintern 376
Liquidacionismo 377
La nueva senda 377

Es imposible permanecer en la misma "Internacional" con los Stalin, Manuilski, Lozovski y Cía. 379

Bonapartismo y fascismo 387

Bonapartismo, fascismo y guerra 393

Apéndice I: Resultados de las diferentes elecciones generales al *Reichstag* desde 1924 hasta marzo de 1933 402

Apéndice II: Cronología 403

SALUDO DE ESTEBAN VOLKOV* A LA PRESENTE EDICIÓN

Desde Coyoacán, Ciudad de México, quiero mandar un caluroso saludo y felicitar a la Fundación Federico Engels por reeditar *La lucha contra el fascismo* de León Trotsky. En este texto Trotsky expuso la estrategia marxista que hubiera evitado su triunfo y por añadidura, el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Estos escritos son una excelente muestra y lección de metodología marxista. León Trotsky pregonó con todas sus fuerzas y con la máxima urgencia la formación de un bloque entre el Partido Comunista y la socialdemocracia en Alemania, para establecer un frente de lucha y una barrera contra el ascenso de Hitler al poder y el triunfo del fascismo. Stalin, en contraposición, estableció una política divisionista, de espera y de minimizar el peligro, junto a su extravagante tesis de calificar a la socialdemocracia alemana como "socialfascismo", atribuyéndole un mayor peligro que al nazismo y un parentesco de hermana gemela con este último.

Después del triunfo de Hitler, León Trotsky quedó totalmente convencido de que era imposible regenerar los partidos comunistas de Stalin así como su Comintern —a la que designó con el calificativo de *stinking cadaver* (cadáver hediondo)— los cuales habían llegado a un punto de no retorno en su proceso degenerativo. Desde aquel momento, León Trotsky inició lo que consideró la etapa más importante de su vida: forjar una nueva "vanguardia revolucionaria", una nueva Internacional, lo cual llevó a cabo poco antes de caer asesinado por Stalin.

Visto retrospectivamente, todas estas políticas estalinistas, de escasa imaginación y carentes de visión histórica, obedecían aparentemente a un instinto primario de conservación de una casta burocrática, depredadora, parasitaria y usurpadora de una revolución socialista. Y en lo inmediato lograba su objetivo de dividir y desorientar a las masas, y de hacer abortar los movimientos revolucionarios de inspiración marxista, a los cuales temía

---

* Esteban Volkov es nieto de León Trotsky, en la actualidad se ocupa del legado político de su abuelo a través de la Casa Museo León Trotsky de México DF.

más que a la peste, sin medir las futuras consecuencias, casi siempre catastróficas, de estas políticas.

Dentro de la Rusia Soviética, Stalin y su burocracia termidoriana, con su delirio de persecución fruto de su absoluta ilegitimidad histórica, implementaron una política de terror desenfrenado, de deportaciones masivas a campos de exterminio y asesinatos en gran escala, con el fin de inmovilizar a las masas e impedir todo brote revolucionario.

Nadie mejor que León Trotsky comprendió el papel históricamente contrarrevolucionario de Stalin y su burocracia, tanto dentro de la Unión Soviética como fuera de la misma, y también el inmenso obstáculo y gran peligro que representaba para la causa del socialismo.

León Trotsky libró una lucha sin cuartel contra el ilegítimo y sanguinario régimen estalinista, desenmascarando y denunciando sin cesar todas sus mentiras, falsificaciones, crímenes y traiciones, hasta caer asesinado en las trincheras de la Revolución.

El estalinismo, a pesar de su bancarrota y colapso, y pertenecer ya al basurero de la Historia, aún sigue siendo utilizado por los regímenes capitalistas como proveedor de proyectiles para la artillería antimarxista, en el marco de una lucha de clases en pleno crescendo. De ahí la importante y loable labor de difusión de la literatura marxista que realiza la Fundación Federico Engels, literatura a la cual León Trotsky hizo muy importantes aportes, indispensables para retomar el camino al socialismo, así como para disipar todas las cortinas de humo con las que nos envuelven las andanadas de desinformación y engaños de los "medios" al servicio del capital.

PRÓLOGO

La decisión de la Fundación Federico Engels de publicar la colección de escritos sobre Alemania de Trotsky es una contribución muy importante a la formación de la nueva generación de jóvenes y trabajadores. Los escritos de Trotsky sobre el ascenso al poder de los nazis representan una de las contribuciones más importantes del pensamiento marxista moderno. En ninguna otra parte es posible encontrar un análisis mejor del fascismo y cómo luchar contra él. Estos maravillosos trabajos siguen la línea directa de la tradición de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* escrito por Carlos Marx. Aquí tenemos una explicación comprensible y acabada del mecanismo de la lucha de clases en la época moderna, las leyes de la revolución y la contrarrevolución.

El autor de estas líneas también tiene razones personales para dar la bienvenida a esta maravillosa iniciativa. La primera obra de León Trotsky que leí fue *Alemania, la clave de la situación internacional*, que fue publicada en aquella época en un pequeño y modesto panfleto editado en Ceilán (actual Sri Lanka). Eso ocurrió en 1960. Tenía 16 años de edad y acababa de entrar en las Juventudes Socialistas. En aquel momento todavía era un estalinista convencido y recuerdo haber mantenido acaloradas discusiones sobre el ascenso del fascismo en Alemania con los compañeros que defendían las ideas de Trotsky. Más tarde leí *El giro de la Internacional Comunista y la situación en Alemania* y *El único camino*. Estos escritos me provocaron una honda impresión y jugaron un papel considerable en mi convencimiento de la corrección de las ideas de Trotsky.

El antecedente histórico

Para comprender lo que escribió Trotsky es necesario saber algo del antecedente histórico. El ascenso del nazismo en Alemania fue la respuesta de la clase dominante alemana a los acontecimientos revolucionarios que siguieron a la Primera Guerra Mundial. En noviembre de 1918, exactamente un año después de que los bolcheviques llegaran al poder en Rusia, la cla-

se obrera alemana siguió su ejemplo. Hubo una huelga general, se crearon consejos obreros (sóviets) por toda Alemania y el ejército se amotinó. Los barcos de guerra alemanes entraron en Kiel y Hamburgo ondeando banderas rojas y sin oficiales:

"El domingo 3 de noviembre merece ser llamado el primer día de la revolución", escribe Richard M. Watt. "Las calles de Kiel rápidamente se llenaron de marineros y trabajadores de los astilleros, a las cinco de la tarde el Campo de Ejercicio estaba lleno con casi 20.000 hombres. Las señales y sirenas de emergencia sonaban y atronaban las calles, aunque lo hacían en vano porque nadie prestaba atención.

En el Campo de Entrenamiento, Altelt y Popp se dirigieron a la multitud. Dijeron que ellos no se consideraban amotinados, de la misma forma que tampoco lo eran los compañeros encarcelados. A los marineros se les había castigado simplemente por no ser leales a las intenciones del actual gobierno alemán. Los prisioneros de Markgraf debían ser puestos en libertad. Debían limitar el poder de sus oficiales. Debían formar 'consejos de trabajadores y marineros'. La multitud asintió con un bramido. Entonces, formando una amplia columna, los hombres se encaminaron hacia el Feldstrasse y la prisión naval. Con antorchas y cantando *La Internacional* atronaron las estrechas calles" (Richard M. Watt, *The Kings Depart*, págs. 164-5).

El maremoto de la revolución sacudió Alemania. Los trabajadores se armaron y los soldados desarmaron y arrestaron a sus oficiales. El siguiente informe de la situación fue enviado por el Ministerio de Guerra al gobierno de Berlín:

"9 am: serios disturbios en Magdeburgo.

"1 pm: El Cuerpo de Reserva del Ejército del Distrito Séptimo amenaza con rebelarse.

"5 pm: Halle y Leipzig rojos. Tarde: Dusseldorf, Halstein, Osnabrueck, Lauenburg, rojos. Magdeburgo, Stuttgart, Oldenburgo, Brunswick y Colonia, todos rojos.

"7:10 pm: El general al mando del Octavo Cuerpo de Reserva del Ejército en Frankfurt depuesto" (*Ibíd*., pág. 186).

En la práctica el poder estaba en manos de la clase obrera alemana. Sin embargo, había una diferencia fundamental con Rusia. No existía el Partido Bolchevique. En estas condiciones, es una ley histórica que las masas siempre girarán hacia las viejas y tradicionales organizaciones de masas, hacia los viejos nombres familiares y los dirigentes conocidos. Y ésta era la socialdemocracia (SPD), el mismo Partido Social Demócrata que había traicionado a la clase obrera en 1914 votando a favor de los créditos de guerra y apoyando al imperialismo.

Los dirigentes socialdemócratas —Ebert, Scheidemann, Noske y demás— no tenían intención de tomar el poder. Estaban impacientes por de-

volver el poder a la burguesía tan pronto como fuera posible. Esto derrotó y destruyó la revolución. Su actitud servil quedó gráficamente representada en la siguiente conversación entre el dirigente socialdemócrata Ebert y Gröner, el representante del Estado Mayor alemán, inmediatamente después del motín de Kiel y la caída del káiser:

"Los dos hombres intercambiaron unas cuentas trivialidades breves. Entonces Ebert cautelosamente preguntó a Groner qué intenciones tenía el ejército. Gröner respondió que el káiser, que ahora dormía en su tren privado, había decidido irse al exilio a Holanda y había ordenado al mariscal von Hindenburg hacerse cargo del campo militar. Hindenburg lo había hecho e intentaba regresar a Alemania para la conclusión del armisticio. Era evidente que el Alto Mando no quería comenzar una guerra civil o una insurrección contra el gobierno de Ebert. Sin mencionarlo, Gröner le indicó que él y Hindenburg reconocerían la legitimidad del nuevo gobierno. Incluso habían dado instrucciones para que a los nuevos consejos de soldados se les tratara con un 'espíritu amistoso'. Gröner hizo una pausa.

"Hubo un embarazoso silencio que fue roto cautelosamente por Ebert.

"—¿Qué espera usted de nosotros?, preguntó el canciller.

"—El mariscal espera que el gobierno apoye al cuerpo de oficiales, que mantenga la disciplina y el orden estricto en el ejército. Espera que los suministros alimenticios del ejército sean salvaguardados y que se evite cualquier interrupción del tráfico ferroviario.

"—¿Algo más?

"—El cuerpo de oficiales espera que el gobierno imperial luche contra el bolchevismo y se pone a disposición del gobierno para tal propósito.

"Tan grande fue el alivio que sintió Ebert que sólo pudo decir a Gröner que diera las gracias al Mariscal de parte del gobierno" (*Ibíd*.,)

La revolución alemana, como la revolución de febrero de 1917 en Rusia, había creado un régimen de doble poder: los trabajadores y soldados revolucionarios estaban organizados en los consejos obreros (soviets), mientras que las fuerzas de la contrarrevolución se arremolinaban alrededor de las consignas de "democracia". Mientras el líder socialdemócrata hablaba de democracia, entre bambalinas las fuerzas de la reacción se reunían para contraatacar.

Las tropas de choque de la contrarrevolución era los derechistas *Freikorps*, una banda de oficiales del ejército armados, muchos de los cuales más tarde se convertirían en los cuadros del futuro Partido Nacional Socialista (nazis). Los Aliados estaban alarmados por los acontecimientos revolucionarios de Alemania. Aunque supuestamente Alemania estaba desarmada a consecuencia de los términos del Tratado de Versalles, Gran Bretaña y Francia permitieron a la clase dominante alemana mantener miles de ametralladoras para poder aplastar a la clase obrera.

Al sentir que el poder se les escapaba de las manos, los trabajadores más avanzados, organizados con los espartaquistas, iniciaron una insurrección infructuosa en Berlín en enero de 1919. Los dirigentes socialdemócratas de derechas hicieron la vista gorda cuando los *Freikorps* aplastaron la insurrección. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron asesinados por oficiales contrarrevolucionarios.

Ese mismo año la monarquía alemana colapsó y se proclamó la República de Weimar. Los socialdemócratas presentaron esto como la victoria de la "democracia". Incluso propusieron combinar un parlamento burgués con los consejos obreros (sóviets). *En realidad este fue el triunfo de la contrarrevolución con una forma democrática.* En las elecciones al *Reichstag* de 1919, el 45 por ciento del electorado votó a favor de los comunistas y los socialdemócratas. A pesar de esto, el SPD formó una coalición con los partidos "democráticos" burgueses para salvar al capitalismo alemán. El primer gabinete Weimar estaba encabezado por el SPD y su canciller era, Philipp Scheidemann; en la coalición participaban además dos partidos capitalistas, el Partido Católico del Centro y el Partido Demócrata Alemán.

EL GOLPE DE ESTADO DE KAPP

La revolución alemana continuó desarrollándose con alzas y bajas durante varios años. Incluso en la atrasada Bavaria se declaró una república soviética que fue ahogada en sangre por los asesinos de los *freikorps*. No contentos con asesinar a los trabajadores socialdemócratas y comunistas en sus casas, los guardias blancos incluso asesinaron a sindicalistas católicos. En dos semanas fueron asesinadas más de 5.000 personas. Tan cruel fue el terror blanco en Munich que incluso la burguesía exigió la retirada de los *freikorps*.

En ese momento, el péndulo giró violentamente hacia la derecha. En marzo de 1920, animado por la derrota de los trabajadores, el general Kapp marchó hacia Berlín al frente de 12.000 soldados contrarrevolucionarios. Rápidamente ocuparon Berlín. Tenía el gobierno en sus manos. Lo que no tenía eran los teléfonos o correos, el transporte o la comida. Los trabajadores socialdemócratas declararon una huelga general que se extendió como una bola de fuego. Al final, el general Kapp, como se suele decir, tuvo que retirarse de Berlín con el rabo entre las piernas.

Bajo el golpe de martillo de los acontecimientos, los trabajadores alemanes comenzaron a extraer conclusiones revolucionarias. Esto llevó a un rápido crecimiento del comunismo.

"A pesar de su giro ultraizquierdista, el KPD pasó de 3-4.000 militantes en enero de 1919 a 78.000 inmediatamente después del golpe de Kapp. Pero al lado de los otros dos partidos, que tenían casi un millón de militantes

cada uno, el KPD era bastante más pequeño. El impacto de los acontecimientos hizo que las bases del USPD (Partido Socialdemócrata Independiente) giraran desde el reformismo hacia el marxismo. En su conferencia de marzo de 1919, el USPD se posicionó a favor de la dictadura del proletariado y por un gobierno de los sóviets. En diciembre rompió con la Segunda Internacional y comenzó las negociaciones para entrar en la Comintern*. En su congreso de octubre, aceptaron las 21 condiciones y se afiliaron a la Internacional Comunista. También iniciaron negociaciones con el KPD con la perspectiva de crear un partido comunista unificado que se fundó en diciembre con casi un millón y medio de militantes. El Partido Comunista Alemán era ahora un auténtico partido de masas, que bajo la dirección de la Comintern comenzó los preparativos para la revolución socialista en Alemania" (Rob Sewell, *Germany, from Revolution to Counterrevolution*, pág. 41).

La creación de un partido comunista de masas debería haber sido suficiente para garantizar la victoria. Pero aquí de nuevo vemos la importancia vital de la dirección. La muerte de Luxemburgo y Liebknecht descabezaron al joven Partido Comunista Alemán. Los dirigentes inexpertos que les sustituyeron cometieron muchos errores, tanto de carácter ultraizquierdista como oportunista. En marzo de 1921, en contra de los consejos de Lenin y Trotsky, los dirigentes ultraizquierdistas de los comunistas alemanes organizaron una insurrección cuando las condiciones para la misma estaban ausentes, provocando otra seria derrota.

Después de esta derrota, Lenin y Trotsky insistieron en que las tácticas de los partidos comunistas europeos deberían ir dirigidas a ganar a los millones de trabajadores que permanecían bajo la influencia de los reformis-

---

* La Segunda Internacional (o Internacional Obrera y Socialista) se organizó en 1889 como sucesora de la Primera Internacional (o Asociación Obrera Internacional), que existió en 1864 a 1876, dirigida por Carlos Marx. La Segunda Internacional fue una asociación libre de partidos nacionales socialdemócratas y obreros que nucleaban tanto a elementos revolucionarios como reformistas; su sección mas fuerte, la que gozaba de mayor autoridad, era la socialdemocracia alemana. En 1914 sus principales secciones violaron los más elementales principios socialistas y apoyaron a sus propios gobiernos imperialistas en la Primera Guerra Mundial. Desapareció durante la guerra pero en 1923 revivió como organización totalmente reformista.
La Comintern (Internacional Comunista o Tercera Internacional) se organizó bajo la dirección de Lenin como continuadora revolucionaria de la Segunda Internacional. En la época de Lenin se reunían los congresos mundiales, aproximadamente, una vez por año —el primero en 1919, el segundo en 1920, el tercero en 1921, el cuarto en 1922—, pese a la Guerra Civil y a la inseguridad reinante en la Unión Soviética. Trotsky consideró las tesis de los cuatro primeros congresos de la Comintern la piedra fundamental programática de la Oposición de Izquierda y más tarde de la Cuarta Internacional. El quinto congreso, ya con el aparato controlado por Stalin, se reunió en 1924, el sexto tan solo en 1928 y el séptimo en 1935. Trotsky llamó al séptimo "el congreso de liquidación" de la Comintern (ver *Escritos 1935-1936*), y en realidad fue el último antes de que Stalin anunciara su disolución en 1943, en un gesto de complacencia hacia sus aliados imperialistas. (Nota de la Editorial).

tas. En ese momento la Tercera Internacional (Comintern) inicia la estrategia del frente único como una forma de fortalecer a los partidos comunistas y ganar a las masas.

LA REVOLUCIÓN DE 1923

La posguerra fue un período de profunda depresión económica. El desempleo era muy elevado y los aumentos salariales eran absorbidos por el aumento del coste de la vida. Una gran parte de la población estaba al borde de la hambruna. Durante todo el período de la posguerra la capacidad productiva alemana nunca funcionó por encima del 80 por ciento y durante largos períodos estuvo estancada en el 50-60 por ciento. Al mismo tiempo el endeudamiento agrario aumentaba continuamente, a una media de 400 millones de dólares al año (mil millones de marcos).

En 1922 Alemania estaba de rodillas. Parecía no tener esperanza debido a la crueldad de los Aliados. Después de la derrota alemana, la potencias triunfantes, especialmente Francia y Gran Bretaña, impusieron unos términos ruinosos a Alemania. El resultado fue el caos económico, desempleo de masas y pobreza a una escala sin precedentes. Hundido por las insoportables compensaciones de guerra impuestas por el Tratado de Versalles, el gobierno de Berlín fue incapaz de hacer frente a los pagos. El resultado fue que en enero de 1923 los imperialistas franceses enviaron tropas para ocupar el Ruhr.

La ocupación del Ruhr provocó un colapso económico inmediato. La inflación se disparó hasta niveles inimaginables. Los trabajadores alemanes tuvieron que aceptar sus salarios en carretillas llenas de papel moneda sin valor. Con un millón de marcos apenas se podía comprar una caja de cerillas. La clase media veía como sus ahorros se evaporaban. La clase obrera comenzó a realizar huelgas de masas para protestar por esta situación. El gobierno estaba paralizado. La temperatura se caldeaba y las condiciones para la revolución maduraban rápidamente.

En estas condiciones el Partido Comunista podía haber llegado al poder. En 1923 la militancia del KPD continuaba creciendo a un ritmo vertiginoso. No sólo los trabajadores, también las masas de la pequeña burguesía miraban hacia los comunistas en busca de una salida. Incluso los fascistas (que también estaban comenzando a crecer) decían: "Dejemos que los comunistas tomen el poder primero, después será nuestro turno".

Aquí vemos la importancia vital de la dirección. Es una ley histórica que en una situación revolucionaria, el partido revolucionario y especialmente su dirección, sufren la presión de clases ajenas. La "opinión pública" burguesa pesa mucho sobre los dirigentes que sienten que es muy im-

portante su responsabilidad personal. Lo vimos en noviembre de 1917 cuando un sector de la dirección bolchevique (Kámenev y Zinóviev) perdieron su audacia y se opusieron a la insurrección. Y también lo vimos en Alemania en 1923.

Los dirigentes ultraizquierdistas que habían lanzado la malograda "Acción de Marzo" de 1921 fueron sustituidos por una nueva dirección (Brandler y Thalheimer), que desgraciadamente pasó al extremo contrario. En una situación donde se requería una acción decidida, vacilaron y perdieron la iniciativa. Los dirigentes alemanes fueron a Moscú en busca del consejo de la Comintern, pero el accidente histórico intervino aquí con resultados trágicos. Lenin estaba seriamente enfermo e incapacitado, Trotsky también estaba enfermo, así que los dirigentes alemanes tuvieron que reunirse con Stalin y Zinóviev que les recomendaron cautela.

En una carta a Zinóviev y Bujarin, Stalin escribía lo siguiente:

"¿Deben los comunistas luchar por tomar el poder sin los socialdemócratas? ¿Están maduras las condiciones? Si hoy en Alemania el poder cae y los comunistas lo toman, caerán estrepitosamente... La burguesía y el ala de derechas socialdemócrata los exterminará. Por supuesto los fascistas no están dormidos, pero para nuestro interés es mejor que ellos ataquen primero, *en mi opinión, hay que frenar a los alemanes y no estimularlos*" (Citado por Rob Sewell, *Ibíd*., pág. 54-55).

¡A Brandler y Thalheimer les aconsejaron esperar y permitir que los fascistas alemanes hicieran el primer movimiento! Esto selló el destino de la revolución alemana. En una situación revolucionaria el retraso resulta fatal, como ya señaló Marx con relación a la Comuna de París. Es imposible mantener indefinidamente a las masas en un estado de agitación. La conducta vacilante de los dirigentes comunistas alemanes hizo que perdieran la oportunidad. Las masas se desilusionaron con el Partido Comunista y cayeron en la apatía.

ESTABILIZACIÓN

El V Congreso de la Comintern, celebrado en marzo de 1924, culpó a los dirigentes del KPD de la derrota; de este modo intentaba desviar la atención de las críticas al papel de Stalin y los otros dirigentes de la Comintern. Trotsky intentó explicar la lección de los acontecimientos alemanes en *Lecciones de Octubre*. Esto provocó la furia del triunvirato dirigente que en secreto había tomado las riendas del poder después de la muerte de Lenin. Lenin dijo en cierta ocasión que el despecho en política juega uno de los peores papeles. Zinóviev estaba motivado por la ambición personal y sus celos ante la popularidad de Trotsky. Inició una campaña vio-

lenta contra Trotsky en la que inventó el *trotskismo* como un intento de introducir una cuña entre las ideas de Lenin y Trotsky. En realidad, Trotsky estaba defendiendo la verdadera herencia de Lenin y de la Revolución de Octubre.

La derrota de la revolución alemana de 1923 tuvo consecuencias muy serias para la Revolución Rusa. El aislamiento de la revolución aceleró las tendencias hacia la burocratización contra las que había avisado Lenin reiteradamente en sus últimos artículos y discursos. No es casualidad que Stalin defendiera por primera vez públicamente la idea del socialismo en un solo país en el otoño de 1924. El ataque contra Trotsky y el *trotskismo* era una parte integral de la reacción burocrática contra Octubre. Esto a su vez tuvo un efecto desastroso en la Internacional Comunista.

El fracaso de los comunistas alemanes en la toma del poder en 1923 dio a la burguesía un respiro. En 1924 la burguesía alemana consiguió estabilizar parcialmente la situación con la ayuda de EEUU. Esto se reflejó en las elecciones al *Reichstag* en mayo de 1924. Los partidos comunista y socialdemócrata vieron como su voto caía hasta el 33 por ciento del electorado, aunque el voto nazi bajó aún más. En las elecciones presidenciales de 1925 el general monárquico Hindenburg fue elegido presidente.

Este fue un período de relativa estabilidad, el SPD permaneció como el partido más grande de Alemania con un amplio apoyo entre la clase obrera. Entre 1920 y 1924 el número de trabajadores organizados en los sindicatos descendió, reflejando la profundidad de la crisis económica y el aumento del desempleo. Pero desde 1924 la tendencia se volvió en su contraria. En 1924 casi diez millones de alemanes estaban afiliados a los sindicatos (la militancia sindical mundial en aquel momento era de aproximadamente 36,5 millones). Con una población de cuatro millones menos de personas debido a la guerra, el número de militantes sindicales en Alemania se había más que doblado desde 1914.

Desde entonces y hasta 1932 el número de trabajadores alemanes en los sindicatos aumentó continuamente. Más de la mitad eran militantes de los sindicatos socialdemócratas. La tarea de los comunistas era por lo tanto ganar a los trabajadores socialdemócratas. Pero en lugar de mantener la posición de Lenin sobre la táctica del frente único, los estalinistas adoptaron una política ultraizquierdista que de nuevo les alejó de las masas trabajadoras, crearon sindicatos "rojos" separados que contradecían completamente la posición de Lenin.

Si la Internacional Comunista hubiera mantenido la postura de Lenin, habría podido recuperar su fuerza e influencia. Pero los acontecimientos de la URSS ejercieron una influencia decisiva en la Comintern. El aislamiento de la Revolución Rusa en unas condiciones de atraso terribles provocó una reacción burocrática contra Octubre.

LA EXPULSIÓN DE LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDAS

Después de la muerte de Lenin en 1924, el poder pasó a las manos de la camarilla de Stalin. La oposición a Stalin llegó desde León Trotsky y la Oposición de Izquierda, que libraron una terca batalla para regresar a los principios democráticos e internacionalistas de Lenin y la Revolución de Octubre. Pero los trabajadores rusos estaban agotados por los largos años de guerra y revolución. El ascenso de la fracción estalinista en el Estado y el Partido reflejaba la correlación de fuerzas de clase desfavorable.

La burocracia —la casta de centenares de miles de funcionarios soviéticos en las fábricas, sindicatos y oficinas del partido— quería poner fin a la tormenta y la tensión de la revolución, quería una vida pacífica para consolidar su poder y privilegios. Con cada derrota de la revolución mundial, crecía la confianza de la burocracia. Se apartaban de los trabajadores y ocupaban posiciones de poder e influencia en el Estado y el Partido Comunista. Esto explica el ascenso irresistible de la fracción de Stalin. En la persona de Stalin la capa ascendente de burócratas encontró a su líder ideal.

Finalmente, en 1927, Trotsky fue expulsado del Partido Comunista soviético. En 1928 fue deportado a Siberia. En 1929 se le privó de la ciudadanía soviética y fue exiliado a Turquía. Pero Stalin no consiguió silenciar a su oponente. Desde su casa en la isla de Prinkipo, Trotsky continuó escribiendo artículos y libros contra el estalinismo y en defensa del bolchevismo. Trotsky y la Oposición de Izquierdas todavía se consideraban una fracción de la Internacional Comunista. Hasta que Hitler llegó al poder intentaron reformar la Comintern y la Unión Soviética, para que regresaran a los principios leninistas del internacionalismo y la democracia obrera.

Sin embargo, en este período, los estalinistas purgaron la Comintern. En 1930 la Internacional Comunista y sus partidos afiliados eran poco más o menos que apéndices burocráticos de la política exterior de Stalin. Los dirigentes de los partidos comunistas eran demasiado jóvenes e inexpertos para resistir la presión de Moscú. Aquellos que intentaron hacerlo fueron expulsados.

Cuando Lenin todavía vivía la Comintern era un organismo vivo, donde se celebraban anualmente congresos y debates vivos. Lenin y Trotsky nunca temieron la controversia. Utilizaron las diferencias políticas para formar a los cuadros de la Internacional. Nunca intentaron imponer la "línea de Moscú" sino que se basaron en las armas del argumento y el debate. Lenin nunca habría aprobado los métodos que más tarde introdujeron Zinóviev y Stalin, que esperaban que los dirigentes de los partidos comunistas se comportaran como zombis. En una ocasión Lenin reprendió a Bujarin con las siguientes palabras: "Si quieres obediencia tendrás locos obe-

dientes". Pero, después de la muerte de Lenin, lo que Stalin y la burocracia de la Comintern querían precisamente eran locos obedientes.

EL 'TERCER PERÍODO'

Stalin y la burocracia no tenían interés en los problemas de los partidos comunistas europeos. Con su visión nacionalista y estrecha, prestaban poco atención a la Comintern y los problemas de la revolución mundial. Su política reflejaba los intereses inmediatos y las necesidades de la lucha fraccional del partido ruso.

Stalin nunca fue un teórico. Fue un organizador —un "práctico" del partido—. Dejó la teoría a su aliado Bujarin, que mantenía una posición derechista dentro del partido. Bujarin y Stalin originalmente defendían la conciliación con los campesinos ricos (*kulaks*) y con los *nepistas*. Rechazaron las propuestas de industrialización de la Oposición, la colectivización voluntaria y los Planes Quinquenales como "aventurerismo de izquierdas".

Esta política de derechas se reflejó internacionalmente en una política oportunista. En Gran Bretaña se animó al PC a ponerse a la cola de los "izquierdistas" del TUC. Eso terminó en la traición y la derrota de la huelga general de 1926. Peor aún fue lo que ocurrió con el PC chino, que era una fuerza de masas y al que se dio instrucciones para que entrara en el Kuomintang* de Chiang Kai chek; a éste último incluso se le hizo miembro honorario del Comité Ejecutivo de la Comintern. Esto terminó en 1927 con el aplastamiento del PC chino con el golpe sangriento de Chiang.

Sin embargo, en 1927, la situación en Rusia había cambiado. Los *kulaks* habían amasado una gran cantidad de grano que se negaban a liberar. Las ciudades estaban amenazadas por el hambre. Esto representaba un serio peligro para el poder soviético. Alarmado, Stalin dio un giro de ciento ochenta grados, rompió con Bujarin y anunció una ofensiva contra los *kulaks*.

En su lucha contra el peligro *kulak* en Rusia, Stalin giró hacia una posición ultraizquierdista, expresada por la colectivización forzosa y los "planes quinquenales en cuatro años". Este aventurerismo encontró su réplica en la política exterior con la llamada política del *tercer período*. De modo formalista los estalinistas caracterizaron la situación mundial desde 1917 de la siguiente manera:

El *primer período* (1917-1924) caracterizado por la crisis capitalista y el auge revolucionario. Después siguió el *segundo período* (1925-1928), un pe-

* El Kuomintang (Partido del Pueblo) de China fue el partido nacionalista burgués fundado en 1911 por Sun Yat-sen y dirigido después en 1926 por Chiang Kai-chek, carnicero de la revolución de 1925-1927 y gobernante del país hasta 1949, cuando lo derrocó la Revolución China. (N. E.)

ríodo de estabilidad capitalista. Y el *tercer período*, anunciado por Stalin y sus seguidores, representaba la "crisis final" del capitalismo.

Lenin explicó muchas veces que no existe la "crisis final" del capitalismo. El sistema capitalista siempre se recuperará incluso de la crisis más profunda, hasta que sea derrocado por la clase obrera. Pero para acabar con el capitalismo primero es necesario que la vanguardia proletaria gane a las masas, de ahí la política de Lenin del frente único. Pero Stalin lanzó por la borda las enseñanzas de Lenin a favor de la locura del "socialfascismo".

Según esta "teoría" la revolución estaba en el orden del día en todas partes y todos los partidos, excepto los partidos comunistas, eran *objetivamente fascistas*. Esta política alocada llevó a confrontaciones abiertas entre los trabajadores comunistas y socialdemócratas. Eso tuvo consecuencias desastrosas en todas partes y, particularmente, en Alemania.

En las elecciones al *Reichstag* en mayo de 1928 el SPD formó un gobierno con el canciller Hermann Müller. El KPD consiguió un tercio del voto del SPD, mientras que los nazis consiguieron menos de una décima parte. Sin embargo, la dirección del SPD giró aún más a la derecha que antes. Formó una gran coalición que incluía al Partido Popular. Esta coalición estuvo en el poder aproximadamente dos años.

El crac de Wall Street de 1929 fue el punto de partida de la Gran Depresión. La economía alemana, ya bastante debilitada por las condiciones impuestas por los Aliados, colapsó. El desempleo se disparó hasta alcanzar los tres millones de parados. La clase media se arruinó, una parte considerable se empobreció y se vio abocada a las filas del lumpemproletariado. Se desarrolló una profunda polarización a izquierda y derecha, expresada en un crecimiento rápido del Partido Comunista y los nazis.

En marzo de 1930 dimitió el gabinete del SPD encabezado por Mueller y abrió un período de tremenda inestabilidad política. El presidente Hindenburg nombró canciller a Heinrich Brüning del Partido Católico de Centro. La expulsión de los socialdemócratas fue el primer paso hacia la reacción de la burguesía. Como ningún partido podía conseguir la mayoría sin los socialdemócratas, Brüning comenzó a gobernar por decreto, basándose en el artículo 48 de la Constitución "democrática" de Weimar. Esto es lo que los marxistas calificamos como régimen de bonapartismo parlamentario.

STALIN DIVIDE EL MOVIMIENTO

Bajo la perniciosa influencia de la Comintern estalinista, en todas partes los partidos comunistas abandonaron la política leninista del frente único. En Gran Bretaña proclamaron que la "militancia en el Partido Laborista era un crimen similar a actuar como un esquirol". El resultado fue que los trabajado-

res comunistas más avanzados se alejaron de las masas de la clase obrera que apoyaban a la socialdemocracia. Contradiciendo claramente la postura elaborada por la Comintern en sus primeros cuatro congresos, llegaron incluso a dividir los sindicatos con la creación de los llamados sindicatos "rojos".

Stalin proclamó que: "Objetivamente, la socialdemocracia y el fascismo no eran antípodas sino gemelos". "El fascismo", decía Stalin, "es la organización de lucha de la burguesía, que descansa en el apoyo activo de la socialdemocracia. Objetivamente, la socialdemocracia es el ala moderada del fascismo. No hay razón para admitir que la organización de lucha de la burguesía pueda conseguir éxitos decisivos en las luchas o en el gobierno del país sin el apoyo activo de la socialdemocracia... *Estas organizaciones no son mutuamente excluyentes, todo lo contrario, son mutuamente complementarias. No son antípodas sino gemelas*. El fascismo es un bloque disforme de estas dos organizaciones. Sin este bloque la burguesía no podría mantenerse al timón (Stalin, citado en *Die Internationale*, febrero 1932).

Manuilski* repitió fielmente esta idea en el XI Pleno de la Internacional Comunista en abril de 1931:

"Los socialdemócratas, para engañar a las masas, deliberadamente proclaman que el principal enemigo de la clase obrera es el fascismo... ¿No es verdad que la teoría del 'mal menor' descansa en la presunción de que el fascismo de Hitler representa el principal enemigo?" (*Los partidos comunistas y la crisis del capitalismo*, pág. 112).

Todo esto iba en contra de las enseñanzas de Lenin. Dividía a la clase obrera y debilitaba la influencia de los comunistas entre las masas de trabajadores. En ninguna otra parte fueron tan desastrosos los resultados de esta política como en Alemania, aquí se dieron instrucciones a los comunistas para que atacaran a los trabajadores del SPD acusándoles de "socialfascistas". Estas tácticas gamberriles dividieron al poderoso movimiento obrero alemán y lo paralizaron frente a la reacción fascista.

¿QUÉ ES EL FASCISMO?

El fascismo se diferencia de otras formas de reacción, como el bonapartismo, en que cuenta con una base de masas. Por esa razón es muy peligroso para la clase obrera. Su base de masas le permite aplastar y atomizar al movimiento obrero de una forma que las dictaduras policíacas normales no pueden hacer.

---

* Dimitri Manuilski (1883-1952): pertenecía, igual que Trotsky, al grupo marxista independiente *Mezhrayontsi* (Grupo Interdistrital), que se fusionó con el Partido Bolchevique en 1917. En la década del 20 apoyó a la fracción de Stalin y entre 1931 y 1943 fue secretario de la Comintern. (N. E.)

La base social del fascismo siempre es la misma: la pequeña burguesía y el lumpemproletariado. Para ganar a la masa de la pequeña burguesía arruinada, los nazis imitaron el lenguaje del socialismo. Utilizaron la demagogia anticapitalista e incluso se autodenominaban "nacionalsocialistas".

El tendero pequeñoburgués odiaba los grandes monopolios capitalistas que le arruinaban, pero también odiaba y temía al proletariado al que se veía abocado. Fulminaba con igual vehemencia a los huelguistas que estaban "destruyendo el país" como a los grandes bancos y monopolios que "absorben nuestra sangre". Para ganar a esta capa los fascistas atacaron demagógicamente al "gran capital", normalmente en forma de capital financiero. La nacionalización de los bancos siempre figura en el programa de los partidos fascistas.

Esta concentración en el capital financiero les permitió atacar a los "malos" capitalistas judíos que se oponían a los "buenos" capitalistas arios. Hitler denunciaba a la gran burguesía por su "cobardía proverbial", su "senilidad", su "podredumbre intelectual" y su "cretinismo". Y el régimen nazi, como el régimen de Mussolini en Italia, no era otra cosa que una dictadura cruel del capitalismo monopolista. En realidad ofreció salvar a la burguesía de sí misma, tomar las riendas del poder estatal de sus temblorosas manos, deshacerse del viejo, senil y cobarde régimen del parlamentarismo burgués, con sus compromisos y pactos, y sustituirlo por el dominio abierto y desnudo del capital. ¡Por supuesto los banqueros y los monopolistas tuvieron que pagar a los gángsteres fascistas por el privilegio!

La burguesía no se toma a la ligera el fascismo. No es su primer recurso, sino el último, cuando todas las demás opciones están agotadas y la burguesía se enfrenta a su derrocamiento por parte de la clase obrera. Los capitalistas y los *junkers* alemanes miraban con una mezcla de desprecio y alarma al advenedizo plebeyo Hitler y sus gángsteres nazis. No les entusiasmaba la perspectiva de entregarles el poder del Estado. Era un salto en la oscuridad que sólo darían cuando les aterrorizaba la otra alternativa.

Las masas plebeyas que siguieron a Hitler eran amorfas y desorganizadas. Con grandes sumas de dinero donadas por las grandes empresas, puso un uniforme al lumpemproletariado desclasado y a la pequeña burguesía arruinada dándoles disciplina, consignas y *esprit de corps* militar. Las tropas de asalto nazis de las SA (*Sturm Abteilung*) crecieron hasta tener 100.000 miembros. Las bandas de Hitler aterrorizaban a los trabajadores por las calles. Comenzaron a sentir que eran los amos de la situación cuando en realidad eran simplemente los peones autómatas de las grandes empresas

El racismo en forma de antisemitismo fue un elemento clave en el nazismo alemán, aunque al principio apenas jugó papel alguno en el fascismo alemán e italiano. Sin embargo, no era algo original sino una tradición que se remontaba a la Edad Media, un período del que procedían la mayor par-

te de las herramientas intelectuales de los nazis. El odio a los pequeños prestamistas judíos sirvió como una forma de desviar la atención de las masas de los grandes capitalistas. A los plebeyos desclasados y a los comerciantes arruinados se les hizo sentir "superiores" a las "razas menores" de Europa —polacos, checos, yugoslavos, rusos y, por supuesto, judíos—.

El fascismo es la esencia destilada del imperialismo. El racismo es sólo el reflejo más notorio de este hecho. De la misma forma que a los pobres blancos de los Estados sureños de EEUU les gusta sentir que los negros están debajo de ellos, también a las masas desposeídas de la pequeña burguesía y al lumpemproletariado alemanes les seducía el veneno racista. Aunque tenían los bolsillos vacíos y agujeros en los pantalones, se les hacía sentir que formaban parte de una unión mística de todos los arios "puros" y la Gran Nación Alemana, que (en sus confusos cerebros) pertenecía a todos. La realidad es que se olvidaba convenientemente que pertenecía más a unos que otros.

EL ASCENSO DEL PARTIDO NAZI

La clase dominante alemana estaba contenta al ver como Hitler engañaba a las masas de la pequeña burguesía. Desde finales de los años veinte el Partido Nazi recibió un enorme apoyo financiero de los capitalistas alemanes incluidos capitalistas judíos que lo veían como un seguro político contra el bolchevismo. No daban demasiada importancia a esta locura racial. Estaban más interesados con sus ataques al bolchevismo y su capacidad de competir con los partidos obreros. Robert A. Brady comenta lo siguiente:

"En 1930 casi cualquier empresario alemán admitía francamente el éxito final del 'comunismo', a menos que se consiguieran dar marcha atrás en las tendencias conocidas. En la primavera de 1931 en los locales principales del gran Truts Steel de Dusseldorf, un portavoz oficial de la industria le dijo a un periodista que la alternativa a Hitler y el nacionalsocialismo era el 'comunismo del Rhin para el año 1935" (Robert A. Brady, *The Spirit and Structure of German Fascism*, pág. 33).

El gobierno bonapartista de Brüning no duró demasiado. En septiembre de 1930 Hindenburg tuvo que disolver el *Reichstag* y convocar nuevas elecciones. En unas condiciones de profunda polarización social perdieron terreno los socialistas moderados. El voto del SPD cayó un 6 por ciento, mientras que el voto del KPD subió un 40 por ciento. Sin embargo, su voto combinado pasó del 40,4 por ciento del electorado al 37,6 por ciento. *El elemento más destacado en la ecuación fue el voto nazi que subió un 700 por ciento. Los nazis pasaron de ser el noveno al segundo partido más grande del país.*

El KPD calificó el resultado electoral de victoria para los comunistas y "el principio del final" para los nazis. Esto era claramente una locura y una sandez. Mientras engañaban a todo el mundo con pacíficas declaraciones de intenciones parlamentarias, Hitler estaba preparándose para tomar el poder y aplastar a la clase obrera. Sonaban las señales de alarma pero los estalinistas mantenían los ojos cerrados ante el peligro y continuaban con su política irresponsable de dividir el movimiento obrero.

En esta época sólo había una voz solitaria que apelaba a la razón. En una carta urgente y en un artículo tras otro, Trotsky pedía al Partido Comunista Alemán que regresara a la política del frente único de Lenin para detener a los nazis. Si hubieran prestado atención a Trotsky, la historia de Europa y el mundo habrían tomado un rumbo completamente diferente. Desgraciadamente, ignoraron su advertencia y en su lugar continuaron siguiendo la línea desastrosa de Stalin y la Comintern estalinista. En agosto de 1931 Trotsky escribía:

"Debemos decir pues, claramente, a los obreros socialdemócratas, cristianos y sin partido: 'Los fascistas, una pequeña minoría, desean derrocar al gobierno actual para tomar el poder. Nosotros, los comunistas, pensamos que el actual gobierno es el enemigo del proletariado, pero este gobierno se apoya en *vuestra* confianza y *vuestros* votos; deseamos derrocar a este gobierno por medio de una alianza con vosotros, no por medio de una alianza con los fascistas contra vosotros. Si los fascistas intentan organizar un levantamiento, entonces nosotros, los comunistas, lucharemos con vosotros hasta la última gota de sangre, no para defender al gobierno de Braun y Brüning, sino para salvar a la flor y nada del proletariado de ser aniquilada y estrangulada, para salvar las organizaciones y la prensa obreras, no solamente nuestra prensa comunista, sino también vuestra prensa socialdemócrata. Estamos dispuestos junto con vosotros a defender cualquier local obrero, el que sea, cualquier imprenta de prensa obrera de los ataques de los fascistas. Y os llamamos a comprometeros a venir en nuestra ayuda en caso de amenaza contra nuestras organizaciones. Proponemos un frente único de la clase obrera contra los fascistas. Cuanto más firme y persistentemente llevemos a cabo esta política, aplicándola a todas las cuestiones, más difícil será para los fascistas cogernos desprevenidos y menores serán sus posibilidades de derrotarnos en la lucha abierta" (León Trotsky, *Contra el comunismo nacional. Lecciones del "referéndum rojo"*).

Aterrorizados por el tamaño del voto nazi, los dirigentes del SPD decidieron apoyar como "mal menor" al gobierno Brüning. Esta política equivocada permitió a Brüning seguir como canciller otros veintiséis meses, poniendo en práctica una política impopular y antiobrera. Esto favoreció a los nazis. Hitler combinó una política de sabotaje con violencia en las calles contra el movimiento obrero.

EL 'REFERÉNDUM ROJO'

En 1931 había más de cuatro millones de desempleados. Los nazis comenzaron una campaña para echar a los socialdemócratas de su feudo tradicional en Prusia, el Estado más grande de Alemania, donde vivían más de dos tercios de la población. Organizaron un referéndum para echar al SPD prusiano de la coalición de gobierno. De manera increíble los dirigentes del KPD pidieron a los trabajadores que apoyaran la campaña nazi, a la que calificaron como el "referéndum rojo". Los comunistas hicieron campaña junto a los nazis contra el SPD prusiano, pero al final no consiguieron echar al SPD del gobierno.

La política oportunista de los dirigentes del SPD provocó una crisis dentro del partido, que desencadenó escisiones y expulsiones de aquellos socialdemócratas que se oponían a la dirección y que exigían un frente único con el KPD contra Hitler. Trotsky analiza este fenómeno, que los marxistas calificamos como centrismo*, una tendencia que vacila entre el marxismo y el reformismo de izquierdas. Esto llevó a la formación de un nuevo partido, el SAP (Partido Socialista de los Trabajadores). Pero aunque los centristas tenían una base en las Juventudes Socialistas e incluso una fracción parlamentaria, cuando se presentaron como partido independiente a las elecciones de julio de 1932 no consiguieron ni un solo parlamentario.

El SAP consiguió sólo 72.630 votos y en las elecciones de noviembre de 1932 su voto cayó aún más. Trotsky explicó que la clase obrera no abandona fácilmente sus organizaciones de masas tradicionales. Los trabajadores pondrían muchas veces a prueba a un partido como el SPD antes de decidir abandonarlo y buscar finalmente otra alternativa.

En diciembre de 1931 los dirigentes del SPD formaron el Frente de Hierro para la Resistencia contra el Fascismo. Esta organización unía a la milicia socialdemócrata —*el Reichsbanner*— con la juventud del SPD, con otros grupos obreros y liberales. Los dirigentes del SPD querían limitar el alcan-

---

* Centrismo es un término utilizado por Trotsky para denominar a las tendencias del movimiento de izquierda que oscilan entre el reformismo, que es la posición de la aristocracia y la burocracia obreras y el marxismo, que representan los intereses históricos de la clase obrera. Como una tendencia centrista no tiene una base social independiente, hay que caracterizarla de acuerdo a su origen, su dinámica interna y la dirección hacia la que se orienta o hacia la que la empujan los acontecimientos. Hasta 1935, Trotsky consideró al estalinismo como una variedad especial del centrismo —centrismo burocrático—. Posteriormente consideró que este término era inadecuado para describir la transformación de la burocracia soviética. En una cartas James P. Cannon del 10 de octubre de 1937 decía: "Algunos compañeros continúan caracterizando al estalinismo como 'centrismo burocrático'. Ahora esta caracterización está totalmente superada. En el terreno internacional el estalinismo ya no es centrismo sino la forma más cruda del oportunismo y del socialpatriotismo. ¡Recordemos España!". (N. E.)

ce de la nueva organización a actividades pacíficas como eran las manifestaciones de masas. Pero los trabajadores socialdemócratas querían ir más allá. Se armaron y lucharon en las calles contra los nazis.

Esto abrió unas posibilidades tremendas para el Partido Comunista. En agosto-septiembre de 1917 el Partido Bolchevique consiguió ganar a las masas que apoyaban a los mencheviques y socialrevolucionarios ofreciéndoles un frente único contra Kornílov. Hay que recordar que fue en esta época cuando los dirigentes mencheviques y socialrevolucionarios perseguían ferozmente a los bolcheviques. Los bolcheviques concentraron todos sus esfuerzos en derrotar la amenaza inmediata de la reacción y en el proceso consiguieron ganar a la mayoría decisiva de los trabajadores en los soviets y después tomaron el poder.

En sus escritos de esta época Trotsky hace una analogía con las tácticas de los bolcheviques para demostrar la naturaleza criminal de la política y las tácticas de los estalinistas alemanes, que en lugar de tender los brazos a la base de los trabajadores socialdemócratas se dedicaron a colaborar con los nazis en el llamado "referéndum rojo" contra los socialdemócratas.

FASCISMO Y DEMOCRACIA

La profundización de la crisis económica, que disparó el desempleo hasta cinco millones en 1932, exigía medidas urgentes para defender los niveles de vida de las masas. Esto requería una política socialista independiente. Pero en lugar de hacer esto los socialdemócratas se pusieron bajo los faldones de la burguesía, diciendo que era necesario defender la democracia a través de la unidad con la burguesía "democrática", aunque esta última estaba preparándose para abandonar la democracia parlamentaria y pasarse al campo del fascismo.

En las elecciones presidenciales de marzo de 1932 se presentaron tres candidatos principales: el militarista monárquico Hindenburg, Hitler y el candidato del KPD, Thaelmann*. El SPD apoyó al derechista Hindenburg, defendiendo que era el "mal menor" frente a Hitler. El Frente de Hierro debería haber sido un arma de lucha contra los nazis, pero en su lugar se convirtió en una maquinaria electoral para el *junker* de derechas.

Esta política de colaboración de clase tuvo resultados catastróficos. Desacreditó a los socialdemócratas que asumieron la responsabilidad por la política criminal de la burguesía alemana. Como resultado, el voto nazi conti-

* Ernst Thaelmann (1886-1945): dirigente del Partido Comunista Alemán, su candidato a presidente y soporte de la política del Kremlin que condujo al triunfo de Hitler. Arrestado por los nazis en 1933, fue ejecutado en Buchenwald en 1945. (N. E.)

nuó aumentando. En las segundas elecciones de abril de 1932 Hindenburg ganó, pero el voto nazi se había duplicado en sólo diecisiete meses.

El mismo mes Brüning presentó a Hindenburg un decreto prohibiendo las milicias nazis de las SA y las SS como una forma de frenar el avance nazi. Pero las nazis simplemente continuaron con sus actividades con nombres diferentes. No era posible detenerles con los métodos de la legalidad burguesa. En un mes el canciller Brüning tuvo que dimitir y fue sustituido por Franz von Papen, del Partido del Centro.

Von Papen no contaba con una base en el *Reichstag*. En junio de 1932 tuvo que disolver el *Reichstag* y convocar nuevas elecciones. Al mismo tiempo, von Papen eliminó la prohibición de los ejércitos privados nazis. La lucha callejera adquirió una nueva intensidad con cientos de heridos y muertos. En julio los nazis desfilaron, escoltados por la policía, a través del Hamburgo proletario. El resultado fue 19 muertos y 285 heridos. Utilizando como pretexto los enfrentamientos de Hamburgo, von Papen llevó a cabo un golpe de Estado en Prusia. Con la excusa de que el gobierno prusiano era incapaz de mantener la ley y el orden echó a los socialdemócratas y se nombró a sí mismo Comisionado del *Reich* en Prusia.

Debemos tener en cuenta que en esta época el movimiento obrero alemán era el más poderoso del mundo. No sólo tenía sindicatos de masas, también contaba con milicias comunistas y socialdemócratas armadas que, entre las dos, sumaban probablemente un millón de miembros. Si se hubieran unido, se habrían convertido en una fuerza de lucha formidable que podría haber aplastado a las bandas de Hitler. Los trabajadores alemanes esperaban una señal para entrar en acción, pero ésta no llegó nunca. En su lugar, los dirigentes del SPD prometieron recurrir a los juzgados, que naturalmente no hicieron nada.

Los llamamientos de los dirigentes socialdemócratas a la legalidad burguesa existente eran inútiles y contraproducentes. La burguesía estaba mucho más preocupada de la clase obrera que de los fascistas. Los tribunales y la policía simpatizaban en secreto con los nazis y eran hostiles al movimiento obrero. Por lo tanto, la consigna de los dirigentes socialdemócratas, "*¡Staat, griff zu!*" (¡Estado intervén!), sólo sirvió para confundir a los trabajadores y desviar su atención de lo que realmente era necesario.

LAS MASAS PARALIZADAS

La única forma de derrotar a los nazis era enfrentándose a ellos con el poder de la unidad de la clase obrera. Lo que hacía falta no era la defensa del gobierno y legalidad existentes, sino que la clase obrera luchara para defender sus propias organizaciones, como correctamente señaló Trotsky en 1931:

"A lo largo de varias decenas de años, los obreros han construido en el interior de la democracia burguesa, utilizándolo todo en la lucha contra ella, sus bastiones, sus bases, sus focos de *democracia proletaria*: los sindicatos, los partidos, los clubs de formación, las organizaciones deportivas, las cooperativas, etc., El proletariado puede llegar al poder no en el marco formal de la democracia burguesa, sino por la vía revolucionaria; esto está demostrado tanto por la teoría como por la experiencia. Pero es precisamente por esta vía revolucionaria que el proletariado tiene necesidad de bases de apoyo de democracia proletaria en el interior del Estado burgués. El trabajo de la Segunda Internacional se ha reducido a la creación de esas bases de apoyo, en la época en que desempeñaba todavía un papel progresista" (León Trotsky, *¿Y ahora? Problemas vitales del proletariado alemán*).

A pesar de su aparente fuerza, Trotsky señaló que los nazis eran "despojos humanos", pequeñoburgueses y lumpemproletariado que escapaban en cuanto se enfrentaban a una fuerza de lucha proletaria seria. Pero la política de los socialdemócratas y los estalinistas fue mantener dividido e indefenso al movimiento frente a la amenaza nazi.

Los estalinistas hicieron oídos sordos ante todas las advertencias. Así es como Thaelmann, el principal dirigente del KPD, respondía a la petición del frente único de Trotsky:

"Trotsky quiere con toda seriedad una acción común de los comunistas con el asesino de Liebknecht y Rosa (Luxemburgo), y más, con Zoergiebei y aquellos jefes de policía a quién el régimen de von Papen dejó en sus puestos para oprimir a los trabajadores. Trotsky ha intentado varias veces en sus escritos apartarse de la clase obrera exigiendo negociaciones entre los jefes del Partido Comunista Alemán y del Partido Socialdemócrata" (Discurso final de Thaelmann en el XII Pleno, septiembre 1932, Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En *Communist International*, nº 17-18, pag. 1.329).

En un artículo publicado en *Die Internationale* (noviembre-diciembre 1931, p. 488), Thaelmann repudiaba indignado la propuesta del frente único con el Partido Socialdemócrata:

"Éste (el Partido Socialdemócrata) amenaza con hacer un frente único con el Partido Comunista. El discurso de Breitscheid en Darmstadt en ocasión de las elecciones de Hesse y los comentarios de *Vorwärts* sobre este discurso demuestran que la socialdemocracia con su maniobra está intentando arrimarse al muro del maligno fascismo de Hitler y está impidiendo la lucha real de las masas contra la dictadura del capital financiero. Estas bocas mentirosas... esperan hacerlo más aceptable con la salsa de la llamada amistad con los comunistas (contra la prohibición del PC alemán) y hacerlo más agradable para las masas".

Y una vez más:

"En su panfleto sobre el tema, *¿Cómo se derrotará al nacionalsocialismo?*, Trotsky siempre da una respuesta: 'El PC alemán debe formar un bloque con la socialdemocracia...'. En este bloque Trotsky ve la única forma de salvar completamente a la clase obrera frente al fascismo. *O el PC forma un bloque con la socialdemocracia o la clase obrera alemana estará perdida durante 10-20 años*.

"Esta es la teoría de un contrarrevolucionario y fascista completamente arruinado. Esta es la peor de todas las teorías, la más peligrosa y criminal que ha elaborado Trotsky durante los últimos años de su propaganda contrarrevolucionaria" (Discurso pronunciado por Thaelmann en el XII Pleno, septiembre 1932. En *Communist International*, *Ibíd*., pág. 1.329).

En su locura, los estalinistas incitaron abiertamente a los trabajadores comunistas a golpear a los trabajadores socialistas, romper sus reuniones, etc., incluso llevaron la lucha a las escuelas, ¡al mismo patio de recreo! Thaelmann planteaba la consigna: "*Perseguid a los socialfascistas en sus empleos, en las fábricas y los sindicatos*". Siguiendo la línea de argumentación de su dirigente, el órgano de la Juventud Comunista, *The Young Guard*, proponía la consigna: "*Expulsad a los socialfascistas de las fábricas, las oficinas de empleo y las escuelas de aprendices*". El órgano de los Jóvenes Pioneros, que iba dirigido a los hijos de los militantes del PC incluso llegó a plantear la increíble consigna: "*Golpead a los pequeños zoerbiegels en las escuelas y patios de recreo*".

Esta línea era aceptada acríticamente por todos los partidos de la Internacional Comunista: "Es significativo", decía un artículo aparecido en el periódico del PC británico, *Daily Worker,* el 26 de mayo de 1932, "que Trotsky haya salido en defensa de un frente único entre los partidos comunista y socialdemócrata contra el fascismo. Nada más perjudicial y contrarrevolucionario se podría haber propuesto en un momento como el actual".

Esta política provocó una total desmoralización e impotencia. Recuerdo conversaciones que tuve hace años con un maravilloso compañero obrero, Dudley Edwards, que era un joven delegado sindical a principios de los años treinta en la fábrica de automóviles Morris en Xowley, Oxford, y militante del Partido Comunista. Dudley visitó Alemania poco antes de la llegada de Hitler al poder y se alojó en la casa de un trabajador comunista alemán. El trabajador le enseñó un revolver que tenía y Dudley me dijo: "Pude ver en su cara que nunca usaría ese revolver". Los trabajadores estaban paralizados por las acciones de sus dirigentes.

El KPD convocó una huelga general. Pero los trabajadores socialdemócratas no habían olvidado el "referéndum rojo". Miraban con sospecha y hostilidad al KPD. Sin el apoyo de los trabajadores socialdemócratas no era posible la huelga general. Las elecciones al *Reichstag* del 31 de julio de 1932 revelaron la terrible verdad: los nazis eran ahora el partido más grande de Alemania.

Los dirigentes del movimiento obrero no fueron los únicos en subestimar a Hitler. La burguesía alemana también cometió el mismo error. Imaginaba que Hitler sería su herramienta sumisa. Le daban dinero y a sus espaldas le ridiculizaban. Pero recibieron un duro golpe cuando Hitler cogió con las dos manos las riendas del poder estatal. Los políticos de derechas como von Papen pensaban que podrían manipular a Hitler y que él cumpliría sus órdenes. Pero en realidad la bota estaba en el otro pie. Los nazis apoyaron una moción de censura contra von Papen en el *Reichstag* que fue aprobada por 513 votos frente a 32. El *Reichstag* fue disuelto y se convocaron nuevas elecciones el 6 de noviembre.

HITLER SE PREPARA PARA EL PODER

En las elecciones de noviembre de 1932 —las últimas elecciones libres antes de que Hitler tomara el poder— el voto combinado de socialistas y comunistas fue más grande que el de los nazis. Estos últimos en realidad perdieron *dos millones de votos*.

Partido	Votos	Porcentaje
Nacionalsocialista	11.737.000	33,1
Socialdemócrata	7.248.000	20,4
Comunista	5.980.000	16,9
Centro	4.231.000	11,9
Nacionalista	2.959.000	8,8
Pueblo Bávaro	1.095.000	3,1
Otros	2.635.000	7,6

El fascismo es un tipo especial de reacción, que utiliza a las enloquecidas masas de la pequeña burguesía y al lumpemproletariado para aplastar y atomizar a la clase obrera. La burguesía temporalmente pierde el control de su propio Estado, que pasa a manos de los bandidos fascistas. Un movimiento pequeñoburgués de masas, sin embargo, sólo puede triunfar si consigue una victoria tras otra. A finales de 1932 estaba claro que los nazis habían superado su cima. Sus seguidores pequeñoburgueses y lumpemproletarios estaban comenzando a estar cansados de los juegos parlamentarios de Hitler, deseaban una acción decidida y cuando ésta no llegaba empezaron a desanimarse y a caer en la apatía. Esto es lo que reflejaban estos resultados electorales.

Por lo tanto, Hitler estaba obligado a actuar rápidamente o si no corría el riesgo de perder su base. Como no tenía la mayoría para tomar el poder tuvo que recurrir a maniobras con los partidos burgueses y Hindenburg. En

diciembre de 1932 Hindenburg nombró a un nuevo canciller, Schleicher, pero sólo fue un acuerdo temporal porque la burguesía estaba preparada para entregar el poder a los nazis.

El gobierno Schleicher duró apenas un mes. El 30 de enero de 1933 Hindenburg nombró canciller a Hitler y vicecanciller a von Papen. Hasta el último minuto Hitler mantuvo su táctica de engaño, aceptó modestamente sólo tres de los once puestos del gabinete. Pero esta charada parlamentaria sólo era una cobertura legal para los verdaderos preparativos que se estaban haciendo ininterrumpidamente fuera del parlamento.

Incluso en el último momento, el voto conjunto de los comunistas y el SPD superaba al de los nazis. El voto combinado de los partidos obreros fue de 12.232.000 votos. Y como explicó Trotsky, la superioridad de los trabajadores sobre los nazis no era simplemente numérica. El movimiento obrero alemán todavía estaba intacto. Una resistencia seria podía haber aplastado a la chusma nazi. Pero se perdió definitivamente la última oportunidad de detener a Hitler. Trotsky todavía esperaba que los partidos obreros se movilizaran para resistir a los nazis. Pero esto no ocurrió.

Los dirigentes del SPD anunciaron que el nombramiento de Hitler era constitucional y se negaron a apoyar cualquier acción contra los nazis. El 7 de febrero de 1933 el jefe de la federación berlinesa del SPD dio el siguiente consejo a los trabajadores:

"Sobre todo no dejéis que os provoquen. La vida y la salud de los trabajadores berlineses es demasiado valiosa para arriesgarla a la ligera; hay que preservarlas para el día de la lucha" (Citado por Ted Grant en *La amenaza del fascismo*, pág. 54).

Por su parte, el estalinista KPD se concentró en denunciar a los socialdemócratas. Igual que los socialdemócratas, ellos continuaban negando que los nazis pudieran llegar al poder. Sus declaraciones públicas eran casi idénticas a las pronunciadas por los socialdemócratas. El estalinista Wilhelm Pieck el 26 de febrero de 1933 declaró: "¡Los trabajadores deben tener cuidado de dar al gobierno cualquier pretexto que pueda suponer nuevas medidas contra el Partido Comunista!" (*Ibíd*.). Desgraciadamente, los nazis no necesitaban ningún pretexto para aplastar a los socialistas y los comunistas.

El poderoso movimiento obrero alemán se rindió sin disparar ni un solo tiro. Hitler apenas podía creer su suerte. Más tarde alardeó de que había llegado al poder "sin romper un cristal". Se le podía haber detenido, todavía no controlaba el Estado. El ejército y la policía todavía no estaban en sus manos. Pero una vez que había conseguido el poder ya era demasiado tarde.

A diferencia de los dirigentes socialistas y comunistas, Hitler actuó decididamente. Consiguió que Hindenburg disolviera el parlamento, supuestamente para convocar nuevas elecciones. Pero esto sólo era una fachada legal para encubrir el inicio de un reinado de terror contra el movimiento

obrero. Las reuniones del KPD fueron prohibidas y su prensa clausurada. La fuerza policial fue inundada con tropas de asalto. Todo el poder del Estado cayó sobre el movimiento obrero.

El 27 de febrero de 1933 los nazis incendiaron el *Reichstag* y culparon a los comunistas. Al día siguiente, el presidente Hindenburg suspendió todas las garantías constitucionales de libertad de expresión, prensa, asamblea y asociación. Miles de funcionarios del SPD y el KPD fueron arrestados. Sólo a los nazis y a sus aliados nacionalistas de derechas se les permitió hacer campaña la semana previa a las elecciones.

Ahora, al menos, el KPD convocó huelgas nacionales. Pero ya era demasiado tarde. La moral de los trabajadores estaba totalmente minada. A pesar de todo, los nazis no podían conseguir la mayoría, pero eso no importaba. Hitler pidió al *Reichstag* que le concediera un poder dictatorial. Eso requería dos tercios del *Reichstag*. Pero como los diputados comunistas estaban en prisión y el resto fue profundamente intimidado, el resultado fue una conclusión prevista por anticipado. Los partidos liberal y conservador votaron a favor de la propuesta de Hitler. Sólo los socialdemócratas votaron en contra.

Hitler utilizó hábilmente el parlamento y las elecciones para fortalecer su posición, mientras socavaba y destruía la democracia burguesa. Los nazis no intentaban ocultar su desprecio por la democracia, mientras utilizaban todo resquicio democrático para construir sus fuerzas. Goebbels escribía: "Las masas eran más un monstruo oscuro (*ein dunkles Ungeheuer*). El nacionalsocialismo no adora ciegamente a las masas y los números, como sí hacen los partidos marxistas-democráticos" (Citado por Daniel Guerin, *Fascism and Big Business*, pág. 173). Roehm, el líder de las SA, declaró: "Muchos valores que son sagrados para las democracias (...) se han visto devaluados en la Alemania moderna (...) la igualdad absoluta de todos los que llevan una cara humana, la divinización de la voluntad de la mayoría y de los números" (*Ibíd*.). Y según Müller van den Bruck: "Las masas se dan perfecta cuenta de que no pueden dirigirse a sí mismas" (*Ibíd*.).

Sin embargo, la hostilidad de los nazis hacia la democracia burguesa realmente era una expresión de algo más: que la lucha de clases había ido más allá de las fronteras de las instituciones de la democracia burguesa. Aunque se base en las masas enloquecidas de la pequeña burguesía arruinada y en los lumpemproletarios, el fascismo en realidad representa los intereses de los grandes monopolios. El capitalismo monopolista crea su contrario en el moderno proletariado y sus organizaciones. Tarde o temprano, las dos clases antagónicas se enfrentan entre sí en una lucha abierta. Cuando alcanza el punto crítico, los viejos mecanismos de la democracia parlamentaria y la legalidad burguesa demuestran ser insuficientes para contener las protestas de los trabajadores. Los capitalistas se ven obligados a movilizar a la reser-

va de masas de la reacción para aplastar a los trabajadores. La burguesía puede pasar de la democracia formal a la reacción abierta y a la dictadura, con la misma facilidad con la que un hombre cambia del compartimento de fumadores al de no fumadores en un tren.

El fascismo es un intento de destruir el embrión de la nueva sociedad en el útero de la vieja. El objetivo principal del nazismo no era tanto la destrucción de la democracia burguesa (que también naturalmente conseguiría), como la completa destrucción de las organizaciones de la clase obrera. Los nazis no sólo aplastaron los sindicatos y los partidos obreros, incluso cerraron los clubes de ajedrez de los trabajadores.

LA COMINTERN SE NIEGA A APRENDER

Miles de militantes del KPD fueron detenidos y enviados a campos de concentración. Se unieron con los socialdemócratas y sindicalistas en cuanto Hitler cerró definitivamente el movimiento sindical y lo sustituyó por el *Arbeiterfront* nazi. Los estalinistas hasta el último momento se negaron a reconocer la seriedad de la situación. Con la consigna: "¡Después de Hitler llega nuestro turno!", la Comintern pronosticó que la victoria de Hitler sólo sería el preludio de la revolución proletaria.

En el pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en abril de 1931, Thaelmann, dirigente del Partido Comunista Alemán, denunció a los "pesimistas" con los siguientes términos: "No hemos dejado que el pánico nos destroce... Hemos probado serena y firmemente que el 14 de septiembre [de 1930] fue, en cierto sentido, el mejor día de Hitler y que después no vendrán días mejores, sino peores. Esta valoración, que hicimos sobre este partido está confirmada por los acontecimientos... En la actualidad, los fascistas no tienen ninguna razón para reír" (Citado por Trotsky en *La tragedia del proletariado alemán*: *los obreros alemanes se levantarán de nuevo. ¡El estalinismo jamás!*).

La verdadera razón para la derrota de la clase obrera alemana la explicó Ted Grant: "La verdad es que los estalinistas dedicaron la mayor parte de sus energías a ridiculizar el peligro de los nazis y concentraron toda su atención en la lucha contra los socialdemócratas, a quienes consideraban su 'principal enemigo'. Lucharon violentamente contra la sugerencia de Trotsky del frente único como la única forma de aplastar a Hitler y preparar el camino para la victoria de la clase obrera" (Ted Grant, *¿Por qué Hitler llegó al poder?*, diciembre de 1944).

La política de los dirigentes obreros llevó a una terrible derrota, que fue incluso peor porque los trabajadores sabían que habían permitido que Hitler triunfara sin luchar. Esto provocó una profunda desmoralización entre

los trabajadores alemanes. Fue tan profunda la desmoralización que no fueron pocos los militantes del KPD que se unieron a los nazis.

En Gran Bretaña al año siguiente hubo un escándalo en el TUC. Los delegados indignados preguntaron a los dirigentes cómo había ocurrido que el poderoso movimiento obrero alemán hubiera caído derrotado sin luchar. Los dirigentes del TUC respondieron: "Si nuestros hermanos alemanes hubieran luchado habría significado una guerra civil. Las calles se habrían cubierto de sangre". Pero la realidad es que la victoria de Hitler supuso una sentencia de muerte para miles de activistas obreros. A eso siguió la Segunda Guerra Mundial en la que murieron 55 millones de personas y los horrores del Holocausto, que supuso el asesinato de seis millones de judíos y un número desconocido de gitanos y otros miembros de "razas inferiores".

Todo esto hubiera sido innecesario. Se podía y debía haber derrotado a Hitler. La forma en que se podía haber hecho se explica en estas páginas. Si se hubiera seguido el consejo de Trotsky, la historia del mundo podría haber sido diferente. Por esa razón esta obra merece un estudio muy cuidadoso por parte de todo trabajador, sindicalista o joven consciente.

¿DEMOCRACIA BURGUESA O DEMOCRACIA OBRERA?

Hoy el espectro del fascismo parece ser un mal sueño del pasado. Ya no hay partidos fascistas de masas como los que existían antes de la Segunda Guerra Mundial, aunque existen partidos de extrema derecha y xenófobos, como el de Le Pen en Francia. Pero eso no significa que la reacción esté permanentemente en el orden del día. La crisis mundial del capitalismo significa que la clase dominante ya no puede tolerar reformas significativas como hizo en el pasado. Todo lo contrario, está intentando acabar con las reformas que la clase obrera ha conquistado en el pasado.

Está preparado el escenario para una explosión de la lucha de clases en todas partes. Y la clase dominante se está preparando. Bajo el pretexto de la llamada "guerra contra el terrorismo" está reduciendo sistemáticamente los derechos democráticos conseguidos por el movimiento obrero a través de la lucha. Están aprobando leyes reaccionarias que pueden ser utilizadas en el futuro contra el movimiento obrero.

Por ahora los capitalistas prefieren el sistema de la democracia formal. Es el sistema más económico desde su punto de vista de clase. Pero cuando la polarización entre las clases alcanza un punto extremo, el mecanismo de la democracia burguesa formal comienza a romperse. La historia demuestra que en tales circunstancias la burguesía no dudará en abandonar la democracia y gobernar por otros medios.

En las condiciones actuales no es probable que la reacción asuma las formas del fascismo clásico como en los años veinte en Italia o en los años treinta en Alemania. La burguesía tuvo una muy mala experiencia con Hitler y Mussolini, y no tiene prisa en repetirla. No renunciará de nuevo fácilmente al control del Estado a favor de un loco fascista.

Los pequeños grupos fascistas que recurren a los métodos terroristas contra los inmigrantes y activistas de izquierdas hacen mucho ruido y ocasionalmente consiguen algunos escaños en las elecciones locales. Pero realmente son impotentes. No tienen posibilidad de tomar el poder, aunque en el futuro pueden ser utilizados por la burguesía como fuerzas auxiliares para intimidar al movimiento obrero.

Lo más probable es que la burguesía recurra a alguna clase de régimen bonapartista, es decir, un Estado policíaco-militar clásico. En las condiciones modernas este Estado puede adoptar un carácter violento, utilizando los mismos métodos de asesinato y tortura que fueron utilizados por los fascistas en el pasado para intimidar a la clase obrera y el movimiento obrero.

¡El movimiento obrero no puede ignorar este peligro! Debe luchar por la preservación y extensión de todos los derechos democráticos, rechazar cualquier recorte de las libertades con el pretexto de la "guerra contra el terrorismo" o cualquier otra cosa. Combatiremos a la reacción en todas sus formas, movilizando el poder del movimiento obrero para oponerse a los fascistas allá donde levanten la cabeza. Combatiremos el racismo y lucharemos por unir a la clase obrera, eliminando todas las distinciones raciales, lingüísticas, religiosas o nacionales.

Sin embargo, para la clase obrera la lucha para defender los derechos democráticos no es un fin en sí mismo sino sólo un medio para un fin mayor. Reconocemos que mientras exista el capitalismo, la democracia sólo podrá ser una planta frágil, incompleta y estéril. La democracia burguesa formal, aunque es infinitamente preferible al fascismo o el bonapartismo, es sólo una fachada que pretende disfrazar la dictadura de los grandes bancos y monopolios.

Estamos luchando, no por defender la sociedad existente y su régimen constitucional y legal, sino para transformar la sociedad de arriba abajo, barriendo la dictadura del capital y sustituyéndola por una democracia real, una democracia de toda la población trabajadora: una democracia obrera que preparará el camino para un movimiento hacia una etapa superior de la sociedad humana, cuando las clases, las guerras, la nación y el Estado, y todos los otros remanentes de la barbarie serán sólo un mal recuerdo del pasado.

Alan Woods, 25 de febrero de 2004

LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO

León Trotsky

El giro de la Internacional Comunista y la situación en Alemania*

1. Los orígenes del último giro

En nuestra época, los giros tácticos, incluso los más importantes, son absolutamente inevitables. Son el resultado de los cambios abruptos en la situación objetiva (inestabilidad de las relaciones internacionales, fluctuaciones bruscas e irregulares de la coyuntura, repercusiones brutales de las fluctuaciones económicas a nivel político, movimientos impulsivos de las masas que tienen la sensación de encontrarse en una situación sin salida, etcétera). El estudio atento de los cambios en la situación objetiva es hoy una tarea mucho más importante y al mismo tiempo infinitamente más difícil que antes de la guerra, en la época del desarrollo "orgánico" del capitalismo. La dirección del partido se encuentra ahora en la situación del chofer que conduce por una carretera de montaña llena de curvas peligrosas. Un giro dado a destiempo, una velocidad demasiada alta, hacen correr a los viajeros y al coche peligros muy graves, que pueden ser mortales.

La dirección de la Internacional Comunista nos ha dado, en estos últimos años, ejemplos de giros muy bruscos. El último, hasta la fecha, hemos podido verlo en los meses pasados. ¿Cuál es la razón de los giros de la Internacional Comunista después de la muerte de Lenin? ¿Está en los cambios de la situación objetiva? No. Se puede afirmar con toda seguridad que, a partir de 1923, la Internacional Comunista no ha dado a tiempo ningún giro táctico basado en un análisis correcto de los cambios que han tenido lugar en las condiciones objetivas. Por el contrario, cada giro es de hecho el resultado de una agravación insostenible de la contradicción entre la línea de la Internacional Comunista y la situación objetiva. Y podemos constatarlo hoy una vez más.

---

* Escrito el 26 de septiembre de 1930, fue publicado por vez primera en el *Biulleten Oppozitsii* (*Boletín de la oposición* en lengua rusa), n.º 17-18, noviembre-diciembre de 1930.

El IX Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, el VI Congreso y, sobre todo, el X pleno se han orientado hacia un ascenso brusco y lineal de la revolución (el "tercer período"), ascenso que la situación objetiva hacía totalmente imposible en esta época, después de las serias derrotas de Inglaterra y China, del debilitamiento de los partidos comunistas en todo el mundo, y sobre todo en las condiciones de expansión comercial que estaban conociendo toda una serie de países capitalistas. El giro táctico de la Internacional Comunista a partir de febrero de 1928 estaba, así, en contradicción con el curso real de la historia. Esta contradicción ha dado origen a tendencias aventureristas, al aislamiento prolongado de los partidos, a su debilitamiento organizativo, etc. La dirección de la Internacional Comunista no ha llevado a cabo un nuevo giro hasta febrero de 1930, cuando estos fenómenos tenían ya un carácter claramente amenazador; este giro significaba una retirada y una derechización con relación al "tercer período". Por una ironía del destino, que es despiadado con el *seguidismo*, este nuevo giro táctico de la Internacional Comunista ha coincidido en el tiempo con un nuevo giro en la situación objetiva. La crisis internacional, de una gravedad sin precedentes, abre sin duda nuevas perspectivas de radicalización de las masas y de convulsiones sociales. Es precisamente en estas condiciones cuando resultaba posible y necesario un giro hacia la izquierda: había que impulsar un ritmo rápido del ascenso revolucionario. Eso habría sido totalmente correcto y necesario si, durante los tres últimos años, la dirección de la Internacional Comunista hubiera sacado provecho, como debía, del período de relanzamiento económico, acompañado del reflujo del movimiento revolucionario, para reforzar las posiciones del partido en las organizaciones de masas, y principalmente en los sindicatos. En esas condiciones, el chofer habría podido y debido, en 1930, pasar de segunda a tercera o, por lo menos, prepararse para hacerlo en un futuro inmediato. De hecho, asistimos al proceso contrario. Para no caer en el precipicio, el chofer se vio obligado a reducir de tercera, que había metido demasiado pronto, a segunda; si habría seguido una línea estratégica correcta, se habría visto obligado a acelerar.

Tal es la contradicción flagrante entre las necesidades tácticas y las perspectivas estratégicas en que, como consecuencia de la lógica de los errores de su dirección, se encuentran hoy los partidos comunistas de toda una serie de países.

En Alemania es donde esta contradicción se manifiesta de forma más clara y peligrosa. En efecto, las últimas elecciones han relevado una correlación de fuerzas realmente peculiar, que es el resultado no sólo de los dos períodos de estabilización en Alemania después de la guerra, sino también, de los tres períodos de errores de la Internacional Comunista.

2. LA VICTORIA PARLAMENTARIA DEL PARTIDO COMUNISTA A LA LUZ DE LAS TAREAS REVOLUCIONARIAS

En la actualidad, la prensa oficial de la Internacional Comunista presenta los resultados de las elecciones en Alemania como una grandiosa victoria del comunismo; esta victoria pondría a la orden del día la consigna de la "Alemania soviética". Los burócratas optimistas se niegan a reflexionar sobre la significación de la relación de fuerzas que revelan las estadísticas electorales. Analizan el aumento de los votos comunistas con independencia de las tareas revolucionarias y de los obstáculos originados por la situación objetiva.

El Partido Comunista ha obtenido alrededor de 4.600.000 votos, frente a 3.300.000 en 1928. Este aumento de 1.300.000 votos es enorme si se mira desde el punto de vista de la mecánica parlamentaria "normal", teniendo en cuenta el aumento general del número de electores. Pero las ganancias del Partido Comunista se quedan muy pálidas comparadas con el progreso fulgurante de los fascistas que pasan de 800.000 votos a 6.400.000. El hecho de que la socialdemocracia, a pesar de importantes pérdidas, haya conservado sus cuadros principales y haya recogido más votos obreros que el Partido Comunista, tiene también una gran importancia en la valoración de las elecciones.

Sin embargo, si tratamos de averiguar cuáles son las condiciones internas e internacionales capaces de hacer bascular con el máximo de fuerza a la clase obrera del lado del comunismo, no se puede encontrar mejor ejemplo que el de la actual situación en Alemania: el nudo corredizo del plan Young*, la crisis económica, la decadencia de los dirigentes, la crisis del parlamentarismo, la manera asombrosa en que se desenmascara a sí misma la socialdemocracia en el poder. El espacio del Partido Comunista en la vida social del país, a pesar de haber ganado 1.300.000 votos, continúa siendo débil y desproporcionado desde el punto de vista de las condiciones históricas concretas.

La debilidad de la posición del comunismo está indisolublemente ligada a la política y al funcionamiento interno de la Internacional Comunista; se muestra de manera aún más estridente si comparamos el papel social actual del Partido Comunista y sus tareas concretas y urgentes en las condiciones históricas presentes.

---

* Los planes Young y Dawes, administrados por Owen D. Young, fueron elaborados bajo los auspicios del Tratado de Versalles (1919) y destinados a subordinar la economía alemana y a sofocar el levantamiento revolucionario de posguerra. En 1931, el presidente Hoover presentó una moratoria sobre el pago de las deudas de guerra alemanas, siendo aprobada, aunque demasiado tarde para levantar la economía y estabilizar la situación política en Alemania.

Es cierto que el Partido Comunista mismo no contaba con un crecimiento semejante. Pero eso prueba que, con sus repetidos errores y derrotas, la dirección del Partido Comunista se ha desacostumbrado a las perspectivas y objetivos ambiciosos. Ayer subestimaba sus propias posibilidades; hoy subestima de nuevo las dificultades. Un peligro se ve así multiplicado por el otro.

La primera cualidad de un partido revolucionario es saber mirar cara a cara la realidad.

3. LAS VACILACIONES DE LA GRAN BURGUESÍA

En cada giro del camino de la historia, en cada crisis social, hay que volver a examinar siempre y una vez más el problema de las relaciones existentes entre las tres clases de la sociedad actual: la gran burguesía con el capital financiero a su cabeza, la pequeña burguesía oscilando entre los dos campos principales y, por último, el proletariado.

La gran burguesía, que no constituye más que una fracción ínfima de la nación, no puede mantenerse en el poder sin el apoyo de la pequeña burguesía de las ciudades y el campo, es decir, entre los últimos representantes de las antiguas clases medias y entre las masas que constituyen hoy las nuevas clases medias. En la actualidad, este apoyo reviste dos formas fundamentales, políticamente antagónicas, pero históricamente complementarias: la socialdemocracia y el fascismo. En la persona de la socialdemocracia, la pequeña burguesía, que va a remolque del capital financiero, arrastra tras de sí a millones de trabajadores.

La gran burguesía alemana, hoy, vacila; está dividida. Los desacuerdos internos son solamente sobre el tratamiento a aplicar a la crisis social actual. La terapéutica socialdemócrata repugna a una parte de la gran burguesía, ya que sus resultados son inciertos y trae consigo el riesgo de unos costes demasiado elevados (impuestos, legislación social, salarios). La intervención quirúrgica fascista le parece a la otra parte demasiado arriesgada y no justificada por la situación. En otras palabras, la gran burguesía financiera en su conjunto vacila en cuanto a la apreciación de la situación porque no encuentra todavía razones suficientes para proclamar el advenimiento de su "tercer período", en el que la socialdemocracia debe imperativamente ceder el puesto al fascismo; además, todos saben que, después del arreglo general de cuentas, la socialdemocracia será recompensada por los servicios prestados con un pogromo general. Las vacilaciones de la gran burguesía —a la vista del debilitamiento de los grandes partidos— entre la socialdemocracia y el fascismo son el síntoma más evidente de una situación prerrevolucionaria. Es evidente que estas vacila-

ciones terminarán sobre la marcha desde el momento en que aparezca una situación realmente revolucionaria.

4. La pequeña burguesía y el fascismo

Para que la crisis social pueda desembocar en la revolución proletaria es indispensable, aparte de otras condiciones, que las clases pequeñoburguesas se inclinen de forma decisiva del lado del proletariado. Eso permite al proletariado tomar la cabeza de la nación y dirigirla.

Las últimas elecciones revelan una tendencia en sentido inverso, y ahí es donde reside lo esencial de su valor sintomático. Bajo los golpes de la crisis, la pequeña burguesía ha basculado, no del lado del proletariado, sino del lado de la reacción imperialista más extremista, arrastrando a capas importantes del proletariado.

El crecimiento gigantesco del nacionalsocialismo refleja dos hechos esenciales: una crisis social profunda, que arranca a las masas pequeñoburguesas de su equilibrio, y la ausencia de un partido revolucionario que, desde este momento, juegue a los ojos de las masas un papel de dirigente revolucionario reconocido. Si el Partido Comunista es el *partido de la esperanza revolucionaria*, el fascismo, en tanto que movimiento de masas, es el *partido de la desesperanza contrarrevolucionaria*. Cuando la esperanza revolucionaria se apodera de toda la masa del proletariado, éste arrastra inevitablemente tras de sí, por el camino de la revolución, a capas importantes y cada vez más amplias de la pequeña burguesía. Sin embargo en este dominio, las elecciones ofrecen precisamente la imagen opuesta: la desesperación contrarrevolucionaria se ha apoderado de la masa pequeñoburguesa con tal fuerza que ha arrastrado tras de sí a capas importantes del proletariado.

¿Qué explicación puede tener esto? En el pasado hemos podido ver un reforzamiento brusco del fascismo (Italia, Alemania), victorioso o, al menos, amenazante, después de una situación revolucionaria agotada o echada a perder, a la salida de una crisis revolucionaria en el curso de la cual la vanguardia proletaria había mostrado su incapacidad para ponerse a la cabeza de la nación, para transformar la suerte de todas las clases, incluida la de la pequeña burguesía. Es precisamente esto lo que ha dado su enorme fuerza al fascismo italiano. Pero hoy, en Alemania, no se trata de la salida de una crisis revolucionaria, sino de su aproximación. Los funcionarios dirigentes del partido, optimistas por su oficio, sacan la conclusión de que el fascismo, llegado "demasiado tarde", está condenado a una derrota rápida e inevitable (*Die Rote Fahne*). Esta gente no quiere aprender nada. El fascismo llega "demasiado tarde" si nos referimos a las crisis revolucionarias pasadas. Pero aparece "demasiado pronto" —en el alba— con relación a la nueva cri-

sis revolucionaria. Que haya tenido la posibilidad de ocupar una posición de partida tan fuerte *en la víspera* de un período revolucionario, y no al final del mismo, no es una debilidad del fascismo, sino una debilidad del comunismo. La pequeña burguesía, por consiguiente, no tiene necesidad de nuevas desilusiones en cuanto a la incapacidad del Partido Comunista para mejorar su suerte; se basa en la experiencia del pasado, se acuerda de las elecciones del año 1923, de los saltos caprichosos del curso ultraizquierdista de Maslow-Thaelmann, de la impotencia oportunista del mismo Thaelmann, de la bravuconada del "tercer período", etc. El fin, y esto es lo esencial, su desconfianza con respecto a la revolución proletaria se nutre de la desconfianza que millones de obreros socialdemócratas experimentan frente al Partido Comunista. La pequeña burguesía, a pesar incluso de que los acontecimientos la han apartado completamente de la rutina conservadora, no puede ponerse del lado de la revolución social más que si esta última cuenta con la simpatía de la mayoría de los obreros. Esta condición, muy importante, se echa de menos precisamente en Alemania, y no es por azar.

La declaración programática del Partido Comunista alemán antes de las elecciones estaba entera y únicamente consagrada al fascismo como enemigo principal. Sin embargo, el fascismo ha salido vencedor de las elecciones, habiendo reunido no solamente a millones de elementos semiproletarios, sino también a cientos de millares de obreros industriales. Esto demuestra que, a pesar de la victoria parlamentaria del Partido Comunista, la revolución proletaria ha sufrido globalmente en estas elecciones una grave derrota, que evidentemente no es decisiva, pero que es un preliminar, y que debe servir como advertencia y puesta en guardia. Puede convertirse en decisiva, e inevitablemente lo hará, si el Partido Comunista no es capaz de valorar su victoria parlamentaria parcial en relación con esta derrota "preliminar" de la revolución, y de sacar todas las conclusiones necesarias.

El fascismo se ha convertido en un peligro real; es la expresión del estrecho callejón sin salida en que se encuentra el régimen burgués, del papel conservador de la socialdemocracia frente a este régimen y de la debilidad acumulada del Partido Comunista, incapaz de derribar dicho régimen. Quien quiera que niegue esto es un ciego o un fanfarrón.

En 1923, Brandler, a pesar de todas nuestras advertencias, sobrestimó monstruosamente la fuerza del fascismo. De esta apreciación errónea de la correlación de fuerzas ha nacido una política defensiva, compuesta de atentismo, evasionismo y cobardía. Esto es lo que ha perdido a la revolución. Semejantes acontecimientos no pasan sin dejar huella en la conciencia de todas las clases de la nación. La sobrestimación del fascismo por la dirección comunista ha dado origen a una de las causas del reforzamiento posterior de aquél. El error contrario, es decir, la subestimación del fascismo por la

dirección actual del Partido Comunista, puede llevar a la revolución a una derrota todavía mucho más grave para muchos años.

El problema del ritmo de desarrollo que, evidentemente no depende solamente de nosotros, confiere a este peligro una particular agudeza. Los accesos de fiebre registrados por la curva de la temperatura política y revelados por las elecciones permite pensar que el ritmo de desarrollo de la crisis nacional puede ser muy rápido. En otras palabras, el curso de los acontecimientos puede, en un futuro muy próximo, hacer resurgir en Alemania, a un nivel histórico nuevo, la contradicción trágica entre la madurez de la situación revolucionaria, por una parte, y la debilidad e insuficiencias estratégicas del partido revolucionario por la otra. Hay que decirlo de un modo claro, abierto, y, sobre todo, suficientemente pronto.

5. El Partido Comunista y la clase obrera

Sería un error monstruoso consolarse diciéndose que el partido bolchevique, que en abril de 1917, después de la llegada de Lenin, comenzaba a prepararse para la conquista del poder, tenía menos de 80.000 militantes y arrastraba tras de sí, incluso en Petrogrado, apenas a la tercera parte de los obreros y a una parte todavía pequeña de los soldados. La situación en Rusia era totalmente diferente. Los revolucionarios no lograron salir de la clandestinidad hasta marzo, después de tres años de interrupción de la vida política, incluso sofocada, que existía antes de la guerra. Durante la guerra, la clase obrera se había renovado aproximadamente en un 40%. La mayoría aplastante de la masa proletaria no conocía a los bolcheviques, ni siquiera había oído hablar de ellos. El voto por los mencheviques y los socialistas revolucionarios, en marzo y en junio, era simplemente la expresión de sus primeros pasos vacilantes después del despertar. En este voto, no había ni la sombra de una decepción con respecto a los bolcheviques, ni de una desconfianza acumulada, que no puede ser más que el resultado de los errores del partido, verificados concretamente por las masas. Por el contrario, cada día de experiencia revolucionaria del año 1917 separaba a las masas de los conciliadores y las empujaba del lado de los bolcheviques. De ahí el crecimiento tumultuoso e irresistible del partido y, sobre todo, de su influencia.

La situación en Alemania se diferenciaba fundamentalmente en este punto y en muchos otros. La aparición en la escena política del Partido Comunista no es cosa de ayer ni de anteayer. En 1923, la mayoría de la clase obrera estaba detrás de él, abiertamente o no. En 1924, en un período de reflujo, recogió 3.600.000 votos, lo que significaba un porcentaje de la clase obrera superior al de hoy. Esto quiere decir que los obreros que han continuado con la socialdemocracia, como los que han votado esta vez por los

nacionalsocialistas, no han actuado así por simple ignorancia, ni porque su despertar date solamente de ayer, ni porque no sepan todavía qué es el Partido Comunista, sino porque *no creen* en él, basándose en su propia experiencia de estos últimos años.

No hay que olvidar que en febrero de 1928 el IX Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha dado la señal para una lucha reforzada, extraordinaria e implacable contra los "socialfascistas". La socialdemocracia alemana, durante todo este período, estaba en el poder, y cada una de sus acciones revelaba a las masas su papel criminal e infame. Una crisis económica gigantesca ha venido a coronarlo todo. Es difícil imaginar unas condiciones más favorables para el debilitamiento de la socialdemocracia. Sin embargo, ésta ha mantenido en conjunto sus posiciones. ¿Como explicar este hecho sorprendente? Por el solo hecho de que la dirección del Partido Comunista ha ayudado con toda su política a la socialdemocracia, sosteniéndola por la izquierda.

Esto no significa en absoluto que el voto de cinco a seis millones de obreros y obreras por la socialdemocracia exprese su confianza plena y total respecto a ella. No hay que tomar por ciegos a los obreros socialdemócratas. No son tan ingenuos en cuanto a sus dirigentes, pero no ven otra salida en la situación actual. Hablamos, evidentemente, de los obreros normales, y no de la aristocracia o de la burocracia obreras. La política del Partido Comunista no les inspira confianza, no porque el Partido Comunista sea un partido revolucionario, sino porque no creen que sea capaz de lograr una victoria revolucionaria y no quieren arriesgar su cabeza en vano. Al votar a regañadientes por la socialdemocracia, estos obreros no le manifiestan su confianza; por el contrario, expresan su desconfianza respecto al Partido Comunista. Es aquí donde reside la enorme diferencia entre la situación actual de los comunistas alemanes y la de los bolcheviques rusos en 1917.

Pero las dificultades no se limitan a este problema. En el interior del partido, y sobre todo entre los obreros que lo apoyan o simplemente votan por él, se ha acumulado una desconfianza sorda respecto a la dirección. Esto aumenta lo que se llama la "desproporción" entre la influencia del partido y sus efectivos; en Alemania existe sin duda alguna tal desproporción, y es particularmente clara al nivel del trabajo dentro de los sindicatos. La explicación oficial de la desproporción es hasta tal punto errónea que el partido no está en condiciones de "reforzar" su influencia a nivel organizativo. La masa es considerada como un material puramente pasivo, cuya adhesión o no al partido depende únicamente de la capacidad del secretario para agarrar por el cuello a cada obrero. El burócrata no comprende que los obreros tienen su propio pensamiento, su propia experiencia, su propia voluntad y su propia política activa o pasiva con respecto a un partido. Al votar por el partido, el obrero vota por su bandera, por la Revolución de Octubre, por

su revolución futura. Pero, al negarse a adherirse al Partido Comunista o a seguirlo en la lucha sindical, expresa su desconfianza con respecto a la política cotidiana del partido. Esta "desproporción" es, a fin de cuentas, uno de los canales por donde se expresa la desconfianza de las masas hacia la dirección actual de la Internacional Comunista. Y esta desconfianza, creada y reforzada por los errores, las derrotas, el bluff y los engaños cínicos a las masas desde 1923 hasta 1930, representa uno de los principales obstáculos en el camino hacia la victoria de la revolución proletaria.

6. ¿Vuelta al 'segundo período' o, una vez más, hacia el 'tercer período'?

Si se adopta la terminología oficial del centrismo, hay que formular el problema de la manera siguiente. La dirección de la Internacional Comunista ha impuesto a las secciones nacionales la táctica del "tercer período", es decir, la táctica del levantamiento revolucionario inmediato, en una época (1928) que se caracterizaba esencialmente por los rasgos del "segundo período": estabilización de la burguesía, reflujo y declive de la revolución. El giro operado en 1930 marcó el rechazo de la táctica del "tercer período" y un retorno a la táctica del "segundo período". Cuando este giro se iba abriendo camino en el aparato burocrático, síntomas muy importantes testimoniaban muy claramente, al menos en Alemania, el acercamiento efectivo del "tercer período". ¿No prueba esto la necesidad de un nuevo giro hacia la táctica del "tercer período", que acaba de ser abandonada?

Recurrimos a estos términos para hacer más accesible el enunciado del problema a aquellos cuya conciencia está obstruida por la metodología y la terminología de la burocracia centrista. Pero en ningún caso hacemos nuestra esta terminología que enmascara la combinación del burocratismo estalinista con la metafísica bujariana. Rechazamos la concepción apocalíptica del "tercer" período como último: su número hasta la victoria del proletariado es un problema de correlación de fuerzas y de cambios en la situación; todo esto no puede ser verificado más que a través de la acción. Pero rechazamos la esencia misma del esquematismo estratégico, con sus períodos numerados. No existe ninguna táctica abstracta, preparada de antemano, ya sea para el "segundo" o para el "tercer" período. Naturalmente, no se puede llegar a la victoria y la conquista del poder sin un levantamiento armado. Pero ¿cómo llegar al levantamiento? Los métodos y el ritmo de la movilización de las masas no solamente dependen de la situación objetiva en general, sino también y sobre todo del estado en el que se encuentre el proletariado al comienzo de la crisis social en el país, de las relaciones entre el partido y la clase, entre el proletariado y la pequeña burguesía, etc. El

estado del proletariado a la entrada del "tercer período" depende a su vez de la táctica aplicada por el partido en el período precedente.

El giro táctico normal y natural, correspondiente al cambio actual de la situación en Alemania, habría debido ser una *aceleración del ritmo, una progresión de las consignas y de las formas de lucha*. Pero este giro táctico no habría sido normal y natural más que si el ritmo y las consignas de lucha de ayer hubieran correspondido a las condiciones del período precedente. Pero no podía ser así. La contradicción aguda entre la política ultraizquierdista y la estabilización de la situación es una de las causas del giro táctico. Es por lo que, en el momento en que el nuevo giro de la situación objetiva, paralelamente al reagrupamiento general desfavorable de las fuerzas políticas, ha aportado al comunismo un aumento importante de votos, el partido se ha mostrado estratégica y tácticamente más desorientado, embarazado y desviado de lo que jamás había estado.

Para explicar la contradicción en la que ha caído el Partido Comunista alemán, como la mayoría de las otras secciones de la Internacional Comunista, pero mucho más profundamente que ellas, tomemos la comparación más sencilla. Para saltar una barrera, más importante es comenzar a correr a tiempo, ni demasiado tarde ni demasiado pronto, para llegar al obstáculo con la fuerza necesaria. Sin embargo, desde febrero de 1928, y sobre todo desde junio de 1929, el Partido Comunista alemán no hace más que tomar impulso. No hay nada de asombroso en que el partido haya comenzado a sofocarse y a arrastrar las piernas. La Internacional Comunista dio por fin una orden: "¡Más despacio!" Pero apenas el partido, sin aliento, había vuelto a lograr un ritmo más normal, apareció ante él una barrera no imaginaria, muy real, que presentaba el riesgo de exigir un salto revolucionario. ¿Sería suficiente la distancia para tomar impulso? ¿Habría que renunciar al giro y hacer un contragiro? Ésas son las cuestiones estratégicas y tácticas que se le presentan al partido alemán con toda su agudeza.

Para que los cuadros dirigentes del partido puedan encontrar una respuesta correcta a estas preguntas, deben tener la posibilidad de apreciar el camino a seguir, en relación con el análisis de la estrategia de los últimos años y de sus consecuencias, tal como ha aparecido en las elecciones. Si, contrapesando esto, la burocracia lograse con sus gritos de victoria ahogar la voz de la autocrítica política, el proletariado sería inevitablemente arrastrado a una catástrofe más espantosa que la de 1923.

7. LAS POSIBLES VARIANTES DEL DESARROLLO POSTERIOR

La situación revolucionaria, que plantea al proletariado el problema inmediato de la toma de poder, está compuesta de elementos objetivos y subje-

tivos que están ligados entre sí y se condicionan mutuamente en gran medida. Pero esta interdependencia es relativa. La ley del desarrollo desigual también se aplica totalmente a los factores de la situación revolucionaria. El desarrollo insuficiente de uno de ellos puede conducir a la alternativa siguiente: o bien la situación revolucionaria no llegará siquiera a la explosión y será reabsorbida, o bien, llegando a la explosión, terminará con la derrota de la clase revolucionaria. ¿Cuál es, en este sentido, la situación en Alemania hoy?

1. Estamos indudablemente en presencia de una crisis nacional profunda (economía, situación internacional). La vía normal del régimen parlamentario burgués no ofrece ninguna salida.

2. La crisis política de la clase dominante y de su sistema de gobierno es absolutamente indiscutible. No se trata de una crisis parlamentaria, sino de la crisis de la dominación de la burguesía.

3. No obstante, la clase revolucionaria está todavía profundamente dividida por contradicciones internas. El reforzamiento del partido revolucionario en detrimento del partido reformista está todavía en sus mismos inicios y se produce, por el momento, a un ritmo que está lejos de corresponderse con la profundidad de la crisis.

4. Desde el comienzo de la crisis, la pequeña burguesía ha ocupado una posición que amenaza al *sistema actual* de dominación del capital, pero que es al mismo tiempo mortalmente hostil a la revolución proletaria.

Dicho de otra forma, estamos en presencia de las condiciones objetivas fundamentales de la revolución proletaria; una de sus condiciones políticas existe (el estado de la clase dirigente); la otra condición política (el estado del proletariado) no hace más que comenzar a evolucionar en el sentido de la revolución, pero, por el peso de la herencia del pasado, no puede evolucionar rápidamente; en fin, la tercera condición política (el estado de la pequeña burguesía) se inclina no del lado de la revolución proletaria, sino de la contrarrevolución burguesa. Esta última condición no evolucionará en un sentido favorable más que si intervienen cambios radicales en el seno mismo del proletariado, es decir, si la socialdemocracia es liquidada políticamente.

Estamos confrontados así a una situación profundamente contradictoria. Algunos de sus componentes ponen a la orden del día la revolución proletaria; pero otros excluyen toda posibilidad de victoria en un período muy próximo, porque implican una profunda modificación previa de la correlación entre las fuerzas políticas.

Teóricamente, se pueden imaginar ciertas variantes en el desarrollo posterior de la situación actual en Alemania; estas variantes dependen tanto de las causas objetivas, entre ellas la política de los enemigos de clase, como de la actitud del mismo Partido Comunista. Indiquemos esquemáticamente cuatro variantes posibles de este desarrollo.

1. El Partido Comunista, asustado de su propia estrategia del tercer período, avanza a tientas con la máxima prudencia, tratando de evitar toda acción arriesgada, y deja pasar sin lucha una situación revolucionaria. Esto sería la repetición bajo otra forma de la política de Brandler en 1921-1923. Los brandlerianos y semibrandlerianos en el interior y el exterior del partido empujarán en esta dirección, que refleja la presión de la socialdemocracia.

2. Bajo la influencia de su éxito en las elecciones, el Partido Comunista efectúa, por el contrario, un giro brutal hacia la izquierda, lanzándose a una lucha directa por el poder y, convertido en el partido de una minoría activa, sufre una derrota catastrófica. El fascismo, la agitación vocinglera e imbécil del aparato, que no eleva en nada la conciencia de las masas sino que, por el contrario, la oscurece, y la desesperación y la impaciencia de una parte de la clase obrera, y sobre todo de la juventud en paro, todos estos factores empujan en esta dirección.

3. Es posible también que la dirección, sin renunciar a nada, se esfuerce por encontrar empíricamente una vía intermedia entre las dos primeras variantes y cometa así toda una nueva serie de errores; pero necesitará tanto tiempo para superar la desconfianza de las masas proletarias y semiproletarias que, durante este tiempo, las condiciones tendrán tiempo de evolucionar en un sentido desfavorable para la revolución, cediendo el lugar a un nuevo período de estabilización. El partido alemán es empujado sobre todo en esta dirección ecléctica, que une el *seguidismo* en general al aventurerismo en casos particulares, por la dirección estalinista de Moscú, que teme tomar una posición clara y se prepara por adelantado para una coartada, es decir, para la posibilidad de hacer caer sobre los "ejecutantes" la responsabilidad, a derecha o a izquierda según los resultados. Es una política que conocemos bien, que sacrifica los intereses históricos internacionales del proletariado a los intereses de "prestigio" de la dirección burocrática. Los presupuestos teóricos de semejante orientación están dados ya en *Pravda* del 16 de septiembre.

4. Terminemos por la variante más favorable o, para ser más exactos, la única favorable: gracias al esfuerzo de sus elementos mejores y más conscientes, el partido alemán se da plenamente cuenta de todas las contradicciones de la situación actual. Por medio de una política correcta, audaz y flexible, el partido tiene todavía tiempo, partiendo de la situación actual, de unir a la mayoría del proletariado y de conseguir que las masas semiproletarias y las capas más explotadas de la pequeña burguesía cambien de campo. La vanguardia proletaria, en tanto que dirigente de la nación de los explotados y los oprimidos, logra la victoria. La tarea de los bolcheviques-leninistas (de la Oposición de Izquierda) es la de ayudar al partido a orientar su política por esta senda.

Sería completamente inútil intentar adivinar cuál de estas variantes tiene más probabilidades de realizarse en el próximo período. Es luchando, y no entregándose a conjeturas, como se resuelven las cuestiones de este tipo.

Una lucha ideológica implacable contra la dirección centrista de la Internacional Comunista es un elemento indispensable de este combate. Moscú ha dado ya la señal de una política de prestigio burocrático, que oculta los errores del pasado y prepara los errores de mañana con sus gritos hipócritas sobre el triunfo de la línea.

Exagerando de manera inverosímil la victoria del partido, minimizando de forma no menos inverosímil las dificultades e interpretando incluso el éxito de los fascistas como un factor positivo de la revolución proletaria, *Pravda* emite sin embargo una pequeña reserva: "Los éxitos del partido no deben hacerle perder la cabeza". La política pérfida de la dirección estalinista es aquí, una vez más, fiel a sí misma. El análisis de la situación se hace en el espíritu del ultraizquierdismo acrítico, lo que empuja conscientemente al partido por la vía del aventurerismo. Al mismo tiempo, Stalin se prepara una coartada con la frase de ritual sobre "el vértigo del éxito". Es precisamente esta política de cortas miras y sin escrúpulos la que puede perder a la revolución alemana.

8. ¿Dónde está la salida?

Hasta aquí, hemos ofrecido un análisis sin ningún adorno ni indulgencia y los peligros que se desprenden totalmente de la esfera política subjetiva; proceden principalmente de los errores y los crímenes de la dirección de los epígonos y, hoy en día, comprometen manifiestamente la nueva situación revolucionaria que, en nuestra opinión, está en trance de crearse. Los funcionarios, o bien ignorarán nuestro análisis, o bien renovarán sus stocks de injurias. Pero no se trata de estos funcionarios incurables, sino de la suerte del proletariado alemán. En el partido, incluido el aparato, hay un buen número de personas que observan y reflexionan, y a los que el carácter de la situación obligará mañana a reflexionar con una intensidad redoblada. Es a ellos a quienes destinamos nuestro análisis y nuestras conclusiones.

Toda situación de crisis contiene factores importantes de indeterminación. Los estados de ánimo, las opiniones y las fuerzas, tanto hostiles como amigas, se forman en el proceso mismo de la crisis. Es imposible preverlos por adelantado de forma matemática. Hay que medirlos en la lucha, por medio de la lucha, y aportar a la política las correcciones necesarias basándose sobre estas mediciones sacadas de la vida.

¿Se puede estimar de antemano la fuerza de la resistencia conservadora de los obreros socialdemócratas? No. A la luz de los acontecimientos de los

últimos años esta fuerza parece gigantesca. Pero el fondo del problema está en que la política errónea del partido, que ha encontrado su expresión más acabada en la absurda teoría del socialfascismo, es lo que más ha favorecido la cohesión de la socialdemocracia. Para medir la capacidad de resistencia real de la socialdemocracia hay que encontrar otro instrumento de medida, es decir, es necesario que los comunistas se doten de una táctica correcta. Si esta condición es cubierta —y no es condición despreciable— se descubrirá, en un plazo relativamente corto, hasta qué punto la socialdemocracia está roída en su interior.

Lo que hemos dicho hasta ahora se aplica igualmente al fascismo, aunque de otra forma. Se ha desarrollado en condiciones diferentes, gracias a la levadura de la estrategia zinovievista-estalinista. ¿Cuál es su fuerza ofensiva? ¿Cuál es su estabilidad? ¿Ha alcanzado su punto culminante, como afirman los optimistas profesionales, o está dando solamente sus primeros pasos? Es imposible predecirlo mecánicamente. Sólo se puede determinar a través de la acción. Es precisamente con respecto al fascismo, que es como una navaja de afeitar en manos del enemigo de clase, que una política errónea del Partido Comunista puede, en un plazo muy corto, conducir a un resultado fatal. Por otra parte, una política acertada puede —esto es cierto a mucho más largo plazo— minar las posiciones del fascismo.

En el momento de la crisis del régimen, el partido revolucionario es mucho más fuerte en la lucha de masas extraparlamentaria que en el marco del parlamentarismo. Con una sola condición, no obstante: que comprenda correctamente la situación y que sea capaz de ligar prácticamente las necesidades reales de las masas a las tareas de la conquista del poder. Actualmente, todo se reduce a eso.

También sería un grave error no ver en la situación alemana actual más que dificultades y peligros. No, la situación ofrece igualmente enormes posibilidades a condición de que sea analizada en profundidad y utilizada correctamente.

¿Qué hacer para ello?

1. Un giro forzado "hacia la derecha", cuando la situación evoluciona "hacia la izquierda", exige un examen atento, concienzudo y hábil de la evolución posterior de los demás componentes de la situación.

Hay que rechazar inmediatamente la oposición abstracta entre los métodos del segundo y el tercer período. Hay que tomar la situación tal como es, con todas sus contradicciones y dentro de la dinámica viva de su desarrollo. Hay que adaptarse atentamente a los cambios reales de esta situación y actuar sobre ella en el sentido de su desarrollo efectivo, y no por complacencia hacia los esquemas de Mólotov o Kuusinen.

Orientarse en la situación es la tarea más difícil, y la más importante. Uno no puede satisfacerse con métodos burocráticos. Las estadísticas, por

importantes que sean, son insuficientes para este propósito. Hay que estar cotidianamente a la escucha en profundidad del proletariado y de los trabajadores en general. No solamente hay que avanzar las consignas vitales que son retomadas por las masas. Sólo un partido que tenga por todas partes decenas de millares de antenas, que recoja sus testimonios, que examine todos los problemas y que elabore activamente una posición colectiva, podrá alcanzar un objetivo semejante.

2. El funcionamiento interno del partido está indisolublemente ligado a este problema. Gente designada por Moscú independientemente de la confianza o la desconfianza del partido respecto a ella no puede llevar a las masas al asalto de la sociedad capitalista. Cuando más artificial sea el régimen actual del partido, más profunda será la crisis el día y la hora de tomar la decisión. De todos los "giros", el más urgente y necesario es el que concierne al régimen interno del partido. Es una cuestión de vida o muerte.

3. El cambio del régimen del partido es una condición, pero también una consecuencia del cambio de orientación. Una cosa es impensable sin la otra. El partido debe escapar de esa atmósfera hipócrita, convencional, en la que se silencian los males reales y se glorifican los valores ficticios, en una palabra, la atmósfera perniciosa del estalinismo, que no es el resultado de una influencia ideológica y política, sino de una grosera dependencia material con respecto al aparato y de los métodos de dirección que derivan de ahí.

Para arrancar al partido de su prisión burocrática es indispensable verificar globalmente la "línea general" de la dirección alemana, desde 1923 e incluso desde las jornadas de marzo de 1921. La Oposición de Izquierda ha dado, en una serie de documentos y de trabajos teóricos, su valoración de todas las etapas de la funesta política oficial de la Internacional Comunista. Esta crítica debe convertirse en parte del bagaje del partido. No logrará eludirla ni reducirla al silencio. El partido no se elevará a la altura de sus grandiosas tareas sin una valoración libre de su presente a la luz de su pasado.

4. Si el Partido Comunista, a pesar de todas las condiciones extraordinariamente favorables, se ha mostrado impotente para conmover seriamente el edificio socialdemócrata con la formula del "socialfascismo", el fascismo real, por el contrario, amenaza ahora a ese mismo edificio no con las fórmulas puramente verbales de un radicalismo ficticio, sino con las fórmulas químicas de los explosivos. Por cierta que sea la afirmación según la cual la socialdemocracia ha preparado con toda su política la expansión del fascismo, no es menos cierto que el fascismo es una amenaza mortal sobre todo para esta misma socialdemocracia, todo cuyo esplendor está indisolublemente ligado a las formas y métodos del estado democrático, parlamentario y pacifista.

No hay ninguna duda de que los dirigentes de la socialdemocracia y una pequeña capa de la aristocracia obrera prefieren una victoria del fascismo a la dictadura revolucionaria del proletariado. Pero precisamente la inminen-

cia de esa elección está en la base de las inmensas dificultades que conoce la dirección socialdemócrata cara a sus propios obreros. La política de frente único de los obreros contra el fascismo se desprende de toda la situación. Ofrece al Partido Comunista enormes posibilidades. Pero la condición del éxito estriba en el abandono de la práctica y la teoría del "socialfascismo", cuya nocividad se está volviendo peligrosa en las condiciones actuales.

La crisis social provocará inevitablemente profundas fisuras en el edificio socialdemócrata. La radicalización de las masas tocará igualmente a los obreros socialdemócratas antes de que dejen de serlo. Deberemos, inevitablemente, concluir acuerdos contra el fascismo con las diferentes organizaciones y fracciones socialdemócratas, planteando a sus dirigentes condiciones precisas ante las masas. Sólo los oportunistas asustados, aliados ayer de Cook, Chiang Kai-chek y Wang Tin-wei, pueden atarse las manos por adelantado contra estos acuerdos por una obligación formal. Hay que abandonar las declaraciones vacías de los funcionarios contra el frente único para volver a la política de frente único tal como fue formulado por Lenin y aplicado siempre por los bolcheviques, y muy particularmente en 1917.

5. El problema del paro es uno de los elementos más importantes de la crisis política actual. La lucha contra la racionalización capitalista y por la jornada de trabajo de siete horas continúa estando a la orden del día. Pero sólo la consigna de la cooperación amplia y sistemática con la URSS puede llevar esta lucha a la altura de las tareas revolucionarias. En su declaración programática para las elecciones, el Comité Central del Partido Comunista alemán declara que *después de su llegada al poder* los comunistas llevarán a la práctica una cooperación económica con la URSS. De esto no hay ninguna duda. Pero no hay que oponer la perspectiva histórica a las tareas políticas del momento. Es desde hoy cuando hay que movilizar a los obreros, y en primer lugar a los parados, bajo la consigna de una amplia cooperación económica con la república soviética. El Gosplan de la URSS debe elaborar con la participación de los comunistas y de los especialistas alemanes un plan de cooperación económica que, partiendo del paro actual, se desarrolle en una cooperación general, englobando las principales ramas de la economía. El problema no consiste en prometer una reorganización de la economía después de la toma de poder, sino en llegar al poder. El problema no está en prometer una cooperación entre la Alemania soviética y la URSS, sino en ganar hoy a las masas para esta cooperación, ligándola estrechamente a la crisis y al paro y desarrollándola en un plan gigantesco de reorganización social de ambos países.

6. La crisis política alemana pone en cuestión el régimen que el Tratado de Versalles ha instaurado en Europa. El Comité Central del Partido Comunista alemán dice que, una vez en el poder, el proletariado alemán liquidará los documentos de Versalles. ¿Y eso es todo? ¡La abolición del Tratado de

Versalles será, pues, la más alta conquista de la revolución proletaria! ¿Por qué será reemplazado? Esta manera negativa de plantear el problema aproxima al partido a los nacionalsocialistas. *Estados Unidos Soviéticos de Europa*, esta es la única consigna correcta que ofrece una solución a la partición de Europa, que amenaza no solamente a Alemania sino a Europa entera con una decadencia económica y cultural total.

La consigna de la unificación proletaria de Europa es al mismo tiempo un arma muy importante en la lucha contra el chovinismo abyecto de los fascistas, frente a su cruzada contra Francia. La política más peligrosa y más incorrecta es la que consiste en adaptarse pasivamente al enemigo, en hacerse pasar por él. A las consignas de desesperación nacional y de locura nacional hay que oponer las consignas que proponen una solución internacional. Pero, para esto, es indispensable limpiar al partido del veneno del socialismo nacional, cuyo elemento esencial es la teoría del socialismo en un solo país.

Para condensar todo lo que hemos dicho hasta ahora en una fórmula simple, planteemos el problema de la manera siguiente, ¿debe situarse bajo un signo ofensivo o defensivo? A eso respondemos: defensivo.

Si el enfrentamiento tuviese lugar hoy, como consecuencia de la ofensiva del Partido Comunista, la vanguardia proletaria se estrellaría contra el bloque constituido por el Estado y el fascismo, refugiándose la mayoría de la clase obrera tras una neutralidad temerosa y perpleja; en cuanto a la pequeña burguesía, en su mayoría apoyaría directamente al fascismo.

Una posición defensiva implica una política de acercamiento con la mayoría de la clase obrera alemana y el frente único con los obreros socialdemócratas y sin partido contra el peligro fascista.

Negar este peligro, minimizarlo, tratarlo a la ligera es el peor crimen que se puede cometer hoy contra la revolución proletaria en Alemania.

¿Que va a "defender" el Partido Comunista? ¿La constitución de Weimar? No, esa atención se la dejamos a Brandler. El Partido Comunista debe llamar a la defensa de las posiciones materiales e intelectuales que la clase obrera ha conquistado ya en el estado alemán. Lo que está en juego es la suerte de las organizaciones políticas y sindicales, de su prensa, de sus imprentas, de sus clubes y sus bibliotecas. El obrero comunista debe decirle al obrero socialdemócrata: "La política de nuestros partidos es inconciliable; pero si los fascistas vienen esta noche a destruir el local de tu organización, yo vendré en tu ayuda con las armas en la mano. ¿Prometes tú acudir en mi ayuda en el caso de que ese mismo peligro amenace a mi organización?" Esa es la quintaesencia de la política del período actual. Toda la agitación debe ser desarrollada en este espíritu.

Cuanto más desarrollemos esta agitación con perseverancia, con seriedad, con reflexión, sin los aullidos y las fanfarronadas que tanto hastían a los obreros, más pertinentes serán las medidas organizativas defensivas

que vayamos a proponer en cada fábrica, en cada barrio obrero, menor será el peligro de que el ataque de los fascistas nos coja desprevenidos, y mayor será la seguridad de que este ataque soldará y no dividirá las filas de los obreros.

En efecto, los fascistas, por el hecho de su éxito vertiginoso, por el hecho del carácter pequeñoburgués, impaciente e indisciplinado de su ejército, se sentirán inclinados a pasar al ataque en el próximo período. Intentar actualmente competir con ellos en este terreno sería no solamente desesperado, sino también mortalmente peligroso. Por el contrario, cuando más aparezcan los fascistas a los ojos de los obreros socialdemócratas como el campo que ataca, más posibilidades tendremos no sólo de aplastar la ofensiva de los fascistas, sino también de pasar a una contraofensiva victoriosa. La defensa debe ser vigilante, activa y valerosa. El Estado Mayor debe cubrir con la vista todo el campo de batalla y tener en cuenta todos los cambios para no dejar pasar una nueva modificación de la situación, porque entonces se tratará de dar la señal para el asalto general.

Hay estrategas que se pronuncian siempre y en cualesquiera circunstancias por la defensiva. Los brandlerianos, por ejemplo, son de este tipo. Asombrarse de que hablen *hoy*, una vez más, de defensiva, sería totalmente pueril: lo han hecho siempre. Los brandlerianos son unos de los portavoces de la socialdemocracia. Nosotros, por el contrario, debemos aproximarnos a los obreros socialdemócratas sobre el terreno de la defensiva para arrastrarlos en seguida a una ofensiva decisiva. Los brandlerianos son totalmente incapaces. Cuando la correlación de fuerzas se modifique de forma radical a favor de la revolución proletaria, los brandlerianos aparecerán una vez más como un peso muerto y como un freno para la revolución. Esta es la razón por la que una política defensiva, que busque una aproximación con las masas socialdemócratas, no debe implicar en ningún caso una atenuación de las contradicciones con el estado mayor brandleriano, tras del cual no estarán nunca las masas.

En el marco del reagrupamiento de fuerzas, caracterizado hasta aquí, y de las tareas de la vanguardia proletaria, los métodos de represión física aplicados por la vanguardia proletaria, los métodos de represión física aplicados por la burocracia estalinista en Alemania y en otros países contra los bolcheviques-leninistas toman una significación muy particular. Es un servicio directo hecho a la policía socialdemócrata y a las tropas de choque del fascismo. En contradicción total con las tradiciones del movimiento proletario revolucionario, estos métodos responden perfectamente a la mentalidad de los burócratas pequeñoburgueses, que se apegan a su salario garantizado desde arriba y temen perderlo con la irrupción de la democracia dentro del partido. Las infamias de los estalinistas deben ser objeto de un amplio trabajo de explicación, lo más concreto posible, cara a desenmascarar al pa-

pel de los funcionarios más indignos del aparato del partido. La experiencia de la URSS y de otros países prueba que aquellos que luchan con el mayor frenesí contra la Oposición de Izquierda son tristes señores que tienen la absoluta necesidad de disimular a la dirección sus errores y sus crímenes: dilapidación de fondos públicos, abusos de poder, o simplemente incapacidad total. Está perfectamente claro que la denuncia de las hazañas brutales del aparato estalinista contra los bolcheviques-leninistas se verá más coronada por el éxito cuanto más ampliamente desarrollemos nuestra agitación general sobre la base de las tareas expuestas con anterioridad.

Si hemos examinado el problema del giro táctico de la Internacional Comunista únicamente a la luz de la situación alemana es porque la crisis alemana sitúa hoy al Partido Comunista alemán, una vez más, en el centro de la atención de la vanguardia proletaria mundial, y porque a la luz de esta crisis aparecen todos los problemas con mayor relieve. No sería difícil, a pesar de ello, mostrar que lo que se ha dicho aquí se aplica también, más o menos, a los demás países.

En Francia, todas las formas tomadas por la lucha de clases después de la guerra tienen un carácter infinitamente menos agudo y decisivo que en Alemania. Pero las tendencias generales del desarrollo son las mismas, por no hablar, evidentemente, de la dependencia directa que liga la suerte de Francia a la de Alemania. Los giros de la Internacional Comunista tienen, en todo caso, un carácter universal. El Partido Comunista francés, proclamado desde 1928 por Mólotov primer candidato al poder, ha llevado adelante en estos últimos años una política totalmente suicida. En particular, no ha visto el ascenso económico. En Francia fue anunciado un giro táctico en el momento en que la recuperación económica dejaba paso a una crisis. De este modo, las mismas contradicciones, las mismas dificultades y las mismas tareas de las que hemos hablado a propósito de Alemania, están también a la orden del día en Francia.

El giro de la Internacional Comunista, en relación con el cambio de la situación, coloca a la Oposición Comunista de Izquierda ante tareas nuevas y extremadamente importantes. Sus fuerzas son reducidas. Pero cada corriente se desarrolla paralelamente a sus tareas. Comprenderlas claramente es poseer una de las garantías más importantes de la victoria.

Thaelmann y la 'revolución popular'*

Gracias por la cita sobre la revolución "popular" del discurso de Thaelmann, al que he echado una ojeada. ¡No es posible imaginar una forma más ridícula y maliciosamente confusa de plantear el problema! ¡La "revolución popular" como consigna, incluso con una referencia a Lenin! Todavía hoy, cada número del periódico del fascista Strasser es acicalado con la consigna de la revolución popular *como opuesta* a la consigna marxista de la revolución de clase. Se sobreentiende que toda gran revolución es una revolución popular o nacional, en el sentido de que une alrededor de la clase revolucionaria a toda las fuerzas viriles y creativas de la nación y la reconstruye en torno a un nuevo núcleo. Pero esto no es una consigna, sino una descripción sociológica de la revolución que requiere, además, una definición precisa y concreta. Como consigna es necia y charlatanesca, competencia mercantil con los fascistas pagada al precio de inyectar la confusión en la mente de los trabajadores.

La evolución de las consignas de la Comintern es una evolución sorprendente precisamente en torno a esta cuestión. A partir del III Congreso de la Comintern, la consigna de "clase contra clase" se convirtió en la expresión popular de la política de *frente único proletario*. Esto era bastante correcto: todos los trabajadores debían ser agrupados contra la burguesía. Después transformaron esto en la alianza con los burócratas reformistas contra los trabajadores (la experiencia de la huelga general inglesa). Más tarde saltaron al extremo opuesto: ningún acuerdo con los reformistas, "clase contra clase". La misma consigna que había de servir para acercar a los obreros socialdemócratas a los obreros comunistas vino a significar, en el "tercer período", la lucha contra los obreros socialdemócratas como contra una clase diferente. Y ahora el nuevo giro: la revolución popular en lugar de la revolución proletaria. El fascista Strasser dice que el 95 por ciento del pueblo

---

* Carta escrita por Trotsky a un camarada español el 14 de abril de 1931. Fue publicado por primera vez en *The Militant* el 11 de julio de 1931.

está interesado en la revolución, que por lo tanto no es una revolución de clase sino una revolución popular. Thaelmann repite a coro. En realidad, el obrero comunista debería decirle al obrero fascista: por supuesto, el 95 por ciento de la población, si es que no es el 98 por ciento, está explotada por el capital financiero. Pero esta explotación está organizada de modo jerárquico: hay explotadores, subexplotadores, subsubexplotadores, etc. Sólo gracias a esta jerarquía pueden los superexplotadores mantener sujeta a la mayoría de la nación. Para que la nación sea efectivamente capaz de reconstruirse a sí misma alrededor de un nuevo núcleo de clase, deberá ser reconstruida ideológicamente, y esto sólo podrá conseguirse si el proletariado no se disuelve a sí mismo en el "pueblo", en la "nación", sino que, por el contrario, desarrolla un programa de *su* revolución proletaria y fuerza a la pequeña burguesía a elegir entre dos regímenes. La consigna de la revolución popular adormece a la pequeña burguesía así como a amplias masas de obreros, les reconcilia con la estructura burguesa jerárquica del "pueblo" y retrasa su liberación. Pero, en las condiciones actuales de Alemania, la consigna de una "revolución popular" borra la frontera ideológica entre el marxismo y el fascismo y reconcilia a parte de los obreros y la pequeña burguesía con la ideología fascista, permitiéndoles pensar que no están obligados a tomar una opción, ya que en ambos campos se trata de una "revolución popular". Estos miserables revolucionarios, cuando entran en conflicto con cualquier enemigo, se ponen antes que nada a pensar cómo imitarle, cómo disfrazarse a sí mismos con sus colores, cómo ganar a las masas por medio de un truco astuto en vez de con la lucha revolucionaria. ¡Una forma verdaderamente vergonzosa de plantear el problema! Si los débiles comunistas españoles hiciesen suya esta fórmula, llegarían a la política de un Kuomintang español.

El control obrero de la producción*

Al contestar a su pregunta debo esforzarme por apuntar aquí, como preludio a un intercambio de opiniones, algunas consideraciones generales con respecto a la consigna del *control obrero de la producción*.

La primera pregunta que surge en relación con esto es la siguiente: ¿podemos presentar el control obrero de la producción como un régimen estable, por supuesto que no eterno, pero de una duración bastante larga? Para contestar a esta pregunta es preciso determinar más claramente la naturaleza de clase de este régimen. El control se encuentra en manos de los trabajadores. Esto significa que la propiedad y el dereecho a enajenarla continúan en manos de los capitalistas. Por lo tanto, el régimen tiene un carácter contradictorio, constituyéndose una especie de interregno económico.

Los obreros no necesitan el control para fines platónicos, sino para ejercer una influencia práctica sobre la producción y sobre las operaciones comerciales de los patronos. Sin embargo, esto no se podrá alcanzar a menos que el control, de una forma u otra, dentro de ciertos límites, se transforme en *gestión* directa. En forma desarrollada, el control implica, por consiguiente, una especie de *poder económico dual* en las fábricas, la banca, las empresas comerciales, etc.

Si la participación de los trabajadores en la gestión de la producción ha de ser duradera, estable, "normal", deberá apoyarse en la colaboración y no en la lucha de clases. Tal colaboración de clases solamente puede llevarse a cabo a través de los estratos superiores de los sindicatos y las asociaciones capitalistas. No han faltado los experimentos de este tipo en Alemania (la "democracia económica"), en Inglaterra (el "mondismo"), etcétera. No obstante, en todos estos casos, no se trataba del control de los obreros sobre el capital, sino de la subordinación de la burocracia del trabajo al capital. Esta subordinación, como lo muestra la experiencia, puede durar mucho tiempo: depende de la paciencia del proletariado.

---

* Carta escrita a un grupo de la oposición de izquierdas alemana el 20 de agosto de 1931 y publicada por vez primera en el *Biulleten Oppzitssii*, n.º 24, septiembre de 1931.

Cuando más se aproxima a la producción, a la fábrica, al taller, menos viable resulta un régimen de este tipo, porque aquí se trata ya de los intereses inmediatos y vitales de los trabajadores y todo el proceso se despliega ante sus mismos ojos. El control obrero a través de los consejos de fábrica sólo es concebible sobre la base de una aguda lucha de clases, no sobre la base de la colaboración. Pero esto significa en realidad la dualidad de poder en las empresas, en los trusts, en todas las ramas de la industria, en la totalidad de la economía.

¿Qué régimen estatal corresponde al control obrero de la producción? Es obvio que el poder no está todavía en manos de los trabajadores, pues de otro modo no tendríamos el control obrero de la producción, sino el control de la producción por el estado obrero como introducción a un régimen de producción estatal basado en la nacionalización. De lo que estamos hablando es del control obrero bajo el régimen capitalista, bajo el poder de la burguesía. En cualquier caso, una burguesía que se sienta firmemente asentada en el poder nunca tolerará la dualidad de poder en sus empresas. El control obrero, en consecuencia, solamente puede ser logrado en las condiciones de un cambio brusco en la correlación de fuerzas desfavorable a la burguesía por la fuerza, por un proletariado que va camino de arrancarle el poder, y por tanto también la propiedad de los medios de producción. Así pues, el régimen de control obrero, un régimen provisional y transitorio por su misma esencia, sólo puede corresponder al período de las convulsiones del Estado burgués, de la ofensiva proletaria y el retroceso de la burguesía, es decir, al período de la revolución proletaria en el sentido más completo del término.

Si la burguesía no es ya la dueña de la situación en su fábrica, si no es ya *enteramente* la dueña, de ahí se desprende que tampoco es ya enteramente dueña de su Estado. Esto significa que el régimen de dualidad de poder en las fábricas corresponde al régimen de dualidad de poder en el Estado.

Esta correspondencia, de todos modos, no debería ser entendida mecánicamente, esto es, no en el sentido de que la dualidad de poder en las empresas y la dualidad de poder en el Estado nazcan en un mismo y solo día. Un régimen avanzado de dualidad de poder, como una de las etapas altamente probables de la revolución proletaria en todos los países, puede desarrollarse de forma distinta en distintos países, a partir de elementos diversos. Así, por ejemplo, en ciertas circunstancias (una crisis económica profunda y persistente, un fuerte grado de organización de los trabajadores en las empresas, un partido revolucionario relativamente débil, un Estado relativamente fuerte manteniendo un fascismo vigoroso en reserva, etcétera) el control obrero sobre la producción puede ir considerablemente por delante del poder político dual desarrollado en un país.

En las condiciones señaladas a grandes rasgos más arriba, especialmente características de Alemania en estos momentos, la *dualidad de poder* en el país puede desarrollarse precisamente a partir del control obrero como fuente principal. Hay que detenerse en este hecho, aunque sólo sea para rechazar ese fetichismo de la forma soviética que han puesto en circulación los epígonos de la Comintern.

De acuerdo con el punto de vista oficial que prevalece en la actualidad, la revolución proletaria solamente puede llevarse a cabo por medio de los sóviets; éstos, por su parte, deben ser creados específicamente para el propósito del levantamiento armado. Este cliché no sirve para nada. Los sóviets son únicamente una forma organizativa; el problema se decide por el contenido de clase de la política, en modo alguno por su forma. En Alemania hubo unos sóviets de Ebert y Scheidemann. En Rusia los sóviets conciliadores atacaron a los obreros y soldados en julio de 1917. Después de esto, Lenin pensó durante un tiempo que habríamos de llegar al levantamiento armado apoyándonos no en los sóviets sino en los comités de fábrica. Este cálculo fue rechazado por el curso de los acontecimientos, ya que fuimos capaces, en las seis u ocho semanas anteriores al levantamiento, de ganarnos a los sóviets más importantes. Pero este mismo ejemplo muestra qué poco inclinados nos sentíamos a considerar los sóviets como una panacea. En otoño de 1923, defendiendo contra Stalin y otros la necesidad de pasar a una ofensiva revolucionaria, luché al mismo tiempo contra la creación por encargo de sóviets en Alemania, pegados a los consejos de fábrica que estaban comenzando ya de hecho a cubrir el papel de los sóviets.

Se podrían decir muchas cosas en favor de la idea de que, en el actual ascenso revolucionario, igualmente, los consejos de fábrica alemanes, al llegar a un cierto estadio, serán capaces de jugar el papel de los sóviets y remplazarlos. ¿En qué baso esta suposición? En el análisis de las condiciones en que surgieron los sóviets en Rusia en febrero-marzo de 1917, y en Alemania y Austria en noviembre de 1918. En los tres sitios, los principales organizadores de los sóviets fueron los mencheviques y socialdemócratas, que se vieron forzados a ello por las condiciones de la revolución "democrática" en tiempo de guerra. En Rusia, los bolcheviques tuvieron éxito en ganar los sóviets a los conciliadores. En Alemania no lo lograron, y es por esto que los sóviets desaparecieron.

Hoy, en 1931, la palabra "sóviet" suena bastante diferente de como sonaba en 1917-1918. Hoy es sinónimo de la dictadura de los bolcheviques, y por lo tanto una pesadilla en los labios de la socialdemocracia. Los socialdemócratas alemanes no sólo no tomarán la iniciativa en la creación de los sóviets por segunda vez, ni se unirán voluntariamente a esta iniciativa, sino que lucharán contra ella hasta el fin. A los ojos del estado burgués, en especial de su guardia fascista, el que los comunistas pongan manos a la obra en

la creación de sóviets será equivalente a una declaración directa de guerra civil por parte del proletariado, y en consecuencia podría provocar un choque decisivo antes de que el Partido Comunista lo juzgue conveniente.

Todas estas consideraciones nos empujan fuertemente a dudar que se pueda llegar a tener éxito, *antes* del levantamiento y la toma de poder en Alemania, en la creación de sóviets que agrupen realmente a la mayoría de los trabajadores. En mi opinión, es más probable que los sóviets nazcan al día siguiente de la victoria, pero entonces ya como órganos directos de poder.

El problema de los *consejos de fábrica* es enteramente otro asunto. Éstos existen ya hoy. Los están construyendo comunistas y socialdemócratas. En cierto sentido, los consejos de fábrica son la realización del frente único de la clase obrera. Ampliarán y profundizarán esta función con el ascenso de la ola revolucionaria. Su papel crecerá, como lo harán sus incursiones en la vida de la fábrica, de la ciudad, de las ramas de la industria, de las regiones y, finalmente, de todo el Estado. Los congresos provinciales, regionales y nacionales de los consejos de fábrica pueden servir como base para los órganos que desempeñarán de hecho el papel de los sóviets, esto es, para los órganos de doble poder. Arrastrar a los trabajadores socialdemócratas a este régimen por medio de los consejos de fábrica será mucho más fácil que llamar a los obreros directamente a construir los sóviets un día determinado y a una hora dada.

El cuerpo central de los consejos de fábrica de una ciudad puede cumplir ampliamente el papel del sóviet de la ciudad. Esto pudo observarse en Alemania en 1923. Extendiendo sus funciones, abordando por sí mismos tareas cada vez más audaces y creando sus propios órganos federales, los consejos de fábrica pueden convertirse en sóviets, uniendo estrechamente a los trabajadores socialdemócratas y comunistas; y pueden servir como base organizativa de la insurrección. Después de la victoria del proletariado, estos consejos de fábrica/sóviets tendrán naturalmente que separarse en consejos de fábrica propiamente dichos y sóviets, éstos como órganos de la dictadura del proletariado.

Con todo esto no queremos decir que la creación de sóviets antes del levantamiento proletario en Alemania esté completamente excluida de antemano. No es posible prever todas las variantes concebibles del desarrollo. Si la desmembración del estado burgués viniese mucho antes de la revolución proletaria, si el fascismo llegase a ser aplastado y hecho añicos o se quemase antes del alzamiento del proletariado, entonces se podrían crear las condiciones para la construcción de los sóviets como órganos de la lucha por el poder. Desde luego, en ese caso los comunistas tendrían que percibir la situación a tiempo y lanzar la consigna de los sóviets. Ésta sería la situación más favorable que se pueda imaginar para la insurrección proletaria. Si cobra cuerpo, tiene que ser utilizada hasta el final. Pero contar con ella por ade-

lantado es casi imposible. Mientras los comunistas tengan que entendérselas con un Estado burgués todavía lo bastante fuerte, con el ejército de reserva del fascismo a sus espaldas, el camino que pasa por los consejos de fábrica, en vez de por los sóviets, se presentará como mucho más probable.

Los epígonos han adoptado de una forma puramente mecánica la noción de que el control obrero de la producción, así como los sóviets, solamente puede ser realizado en condiciones revolucionarias. Si los estalinistas intentasen plasmar sus prejuicios en un sistema definido, argumentarían probablemente así: el control obrero, como forma de poder económico dual, es inconcebible sin el poder político dual en el país, que a su vez es inconcebible sin la oposición de los sóviets al poder de la burguesía: en consecuencia —se sentirán inclinados a concluir los estalinistas— avanzar la consigna del control obrero de la producción es admisible sólo *simultáneamente* con la consigna de los sóviets.

De todo lo que se ha dicho arriba se desprende claramente cuán falsa, esquemática y falta de vida es semejante construcción. En la práctica, se ha transformado en el ultimátum único que le partido plantea a los trabajadores: yo, el partido, os permitiré luchar por el control obrero sólo en el caso de que estéis de acuerdo en construir simultáneamente los sóviets. Pero esto es precisamente lo que está en cuestión: que estos dos procesos no tienen necesariamente que desarrollarse paralela y simultáneamente. Bajo la influencia de la crisis, el desempleo y las manipulaciones rapaces de los capitalistas, la clase obrera puede llegar a estar preparada en su mayoría para luchar por la abolición del secreto comercial y por el control sobre la banca, el comercio y la producción antes de haber llegado a entender la necesidad de la conquista revolucionaria del poder.

Después de tomar el camino del control de la producción, el proletariado presionará inevitablemente en el sentido de la toma del poder y de los medios de producción. Los problemas de crédito, materiales de guerra, mercados, extenderán inmediatamente el control más allá de lo límites de las empresas individuales. En un país tan altamente industrializado como Alemania, los problemas de las exportaciones importantes deberían elevar directamente el control obrero a los órganos oficiales del estado burgués. Las contradicciones del régimen de control obrero, irreconciliables en su esencia, se verán inevitablemente agudizadas en la medida en que se amplíen su esfera y sus tareas, y se volverán pronto intolerables. Se puede encontrar una salida a estas contradicciones o bien en la toma del poder por el proletariado (Rusia) o bien en la contrarrevolución fascista, que establece la dictadura abierta del capital (Italia). Es precisamente en Alemania, con su poderosa socialdemocracia, donde la lucha por el control obrero de la producción será con toda probabilidad la primera etapa del frente único revolucionario de los trabajadores, que precede a su lucha abierta por el poder.

¿Es posible avanzar precisamente ahora, de todos modos, la consigna del control obrero? ¿Ha madurado la situación revolucionaria lo bastante para ello? La pregunta es difícil de contestar desde la barrera. No existe ningún termómetro que permita determinar de forma inmediata y precisa, la temperatura de la situación revolucionaria. Es obligatorio determinarla en la acción, en la lucha, con la ayuda de los más variados instrumentos de medida. Uno de estos instrumentos, quizás uno de los más importantes en las condiciones existentes, es precisamente la consigna del control obrero de la producción.

La significación de esta consigna se basa principalmente en el hecho de que sobre su base puede ser preparado el frente único de los trabajadores comunistas con los socialdemócratas, los sin partido y los cristianos. La actitud de los obreros socialdemócratas es decisiva. El frente único revolucionario de los comunistas y los socialdemócratas, esa es la condición política fundamental que falta en Alemania para una situación directamente revolucionaria. La presencia de un fascismo fuerte es sin duda un obstáculo serio en el camino hacia la victoria. Pero el fascismo solamente puede conservar su capacidad de atracción gracias a que el proletariado está dividido y es débil, y porque le falta la posibilidad de conducir al pueblo alemán por el camino de la revolución victoriosa. El frente único revolucionario de la clase obrera significa ya, en sí mismo, un golpe político fatal para el fascismo.

Por esta razón, dicho sea de paso, la política de la dirección del Partido Comunista alemán sobre la cuestión del referéndum tiene un carácter especialmente criminal. A su peor enemigo no se le habría ocurrido una forma más segura de incitar a los obreros socialdemócratas contra el Partido Comunista y detener el desarrollo de la política de frente único revolucionario.

Este error debe ser corregido ahora. La consigna del control obrero puede ser extraordinariamente útil en este aspecto. De todos modos, debe ser abordada correctamente. Avanzada sin la preparación necesaria, como una orden burocrática, la consigna del control obrero puede no solamente mostrarse como un disparo de fogueo sino que, más aún, puede comprometer al partido a los ojos de las masas obreras socavando la confianza en él, incluso entre los trabajadores que hoy le votan. Antes de lanzar oficialmente esta consigna fundamental, se debe medir bien la situación y prepararle el camino.

Debemos empezar desde abajo, desde la fábrica, desde el taller. Los problemas del control obrero deben ser puestos a prueba y adaptados al funcionamiento de ciertas empresas industriales, bancarias y comerciales típicas. Debemos tomar como punto de partida casos especialmente claros de especulación, *lock-out* encubierto, ocultación pérfida de beneficios destinada a reducir los salarios o exageración mendaz de los costes de producción con el mismo propósito, etc. En una empresa que haya caído víctima de ta-

les maquinaciones, debe ser a través de los trabajadores comunistas como se sienta el estado de ánimo del resto de las masas obreras, sobre todo de los obreros socialdemócratas: en qué medida estarían dispuestos a responder a la exigencia de abolir el secreto comercial y establecer el control obrero de la producción. Utilizando la ocasión proporcionada por casos individuales particularmente claros, debemos comenzar estableciendo directamente el problema y continuar con una propaganda persistente, y medir de este modo la fuerza de resistencia del conservadurismo socialdemócrata. Ésta sería una de las mejores formas de establecer en qué medida ha madurado la situación revolucionaria.

El tanteo preliminar del terreno supone una elaboración simultánea, teórica y propagandística, de la cuestión del partido, una instrucción seria y objetiva de los trabajadores avanzados, en primer lugar de los miembros del consejo de fábrica, de los obreros sindicalistas prominentes, etc. Solamente el desarrollo de este trabajo preparatorio, esto es, el grado en que tenga éxito, puede sugerir en qué momento puede pasar el partido de la propaganda a la agitación abierta y a la acción práctica directa bajo la consigna del control obrero.

La política de la Oposición de Izquierda sobre este problema se desprende con suficiente claridad de lo que se ha planteado, al menos en sus rasgos esenciales. En el primer período, es cuestión de propaganda sobre el modo correcto en los principios de plantear la cuestión y, al mismo tiempo, de estudio de las condiciones concretas de la lucha por el control obrero. La oposición, en pequeña escala y al modesto nivel que corresponde a sus fuerzas, debe abordar el trabajo preparatorio que fue caracterizado antes como la próxima tarea del partido. Sobre la base de esta tarea, la oposición debe buscar el contacto con los comunistas que están trabajando en los consejos de fábrica y en los sindicatos, explicarles nuestra caracterización de la situación en su conjunto y aprender de ellos cómo debe ser adaptada nuestra correcta visión del desarrollo de la revolución a las condiciones concretas de la fábrica y el taller.

Postscriptum

P. S.: Quería terminar con esto, pero se me ocurre que los estalinistas podrían presentar la siguiente objeción: vosotros estáis dispuestos s "minimizar" la consigna de los sóviets para Alemania, pero nos criticasteis duramente y nos estigmatizasteis porque en otro tiempo nos negamos a lanzar la consigna de los sóviets en China. En realidad, semejante "objeción" pertenece a la más baja sofística, basada en el mismo fetichismo organizativo, es decir, en la identificación de la esencia de clase con la forma organizativa. Si los es-

talinistas hubiesen declarado entonces que había razones en China que dificultaban la aplicación de la forma soviética, si hubiesen recomendado otra forma organizativa del frente único revolucionario de las masas, habríamos prestado, naturalmente, la mayor atención a esa propuesta. Pero se nos recomendaba sustituir los sóviets por el Kuomintang, esto es, por el encadenamiento de los obreros a los capitalistas. La polémica era sobre el contenido de clase de una organización, y en absoluto sobre su "técnica" organizativa. Pero debemos añadir a esto que, precisamente en China, no había obstáculos subjetivos en absoluto para la construcción de sóviets, si es que tomamos en consideración la conciencia de las masas y no la de los aliados de Stalin por aquel entonces, Chiang Kai-chek y Wang Tin-wei. Los trabajadores chinos no tienen tradiciones socialdemócratas y conservadoras. El entusiasmo por la Unión Soviética era realmente universal. Incluso en la actualidad, el movimiento campesino en China se esfuerza por adoptar formas soviéticas. Todavía más general era el esfuerzo de las masas en favor de los sóviets en los años 1925-27

¡Contra el comunismo nacional!*
(lecciones del "Referéndum rojo")

Cuando estas líneas lleguen al lector estarán quizás, en una u otra sección, pasadas de actualidad. Debido a los esfuerzos del aparato estalinista y la colaboración amistosa de todos los gobiernos burgueses, el autor de estas líneas ha sido colocado en tales circunstancias que sólo puede reaccionar a los acontecimientos políticos con varias semanas de demora. A esto hay que añadir que el autor se ve obligado a contar con una información que está lejos de ser completa. El lector deberá tenerlo presente. Pero incluso de las circunstancias extremadamente desfavorables debemos intentar extraer al menos alguna ventaja. Incapacitado para reaccionar ante los acontecimientos en todos sus aspectos concretos, el autor se ve obligado a concentrar su atención en los puntos básicos y las cuestiones centrales. Ahí reside la justificación de este trabajo.

Cómo está todo cabeza abajo

Los errores del Partido Comunista alemán sobre la cuestión del plebiscito figuran entre los que se volverán más claros a medida que el tiempo pase y terminarán por entrar en los libros de texto de la estrategia revolucionaria como ejemplo de lo que no se debe hacer.

En la conducta del Comité Central del Partido Comunista alemán está todo equivocado: la evaluación de la situación es incorrecta, el objetivo inmediato está incorrectamente planteado, los medios para alcanzarlo han sido incorrectamente elegidos. La dirección del partido ha conseguido desprenderse a lo largo del camino de todos esos "principios" por los que abogaba en años recientes.

---

* Escrito el 25 de agosto de 1931, fue publicado por primera vez en el *Biulleten Oppozitsii,* nº 24, septiembre de 1931.

El 21 de julio, el Comité Central se dirigió por sí mismo al gobierno prusiano exigiendo concesiones democráticas y sociales, amenazando si no con declararse favorable al referéndum. Al avanzar sus exigencias, la burocracia estalinista se dirigía de hecho al estrato más alto del partido socialdemócrata con la propuesta de un frente único contra los fascistas bajo ciertas condiciones. Cuando la socialdemocracia rechazó las condiciones propuestas, los estalinistas formaron un frente único con los fascistas contra la socialdemocracia. Esto significa que la política de frente único se lleva a cabo no solamente "desde abajo", sino también "desde arriba". Significa que a Thaelmann le está permitido dirigirse a Braun y Severing con una "carta abierta" sobre la defensa conjunta de la democracia y la legislación social contra las bandas de Hitler. Así es como esta gente, sin darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, echó por la borda su metafísica sobre el frente único "*sólo desde abajo*", por medio del más estúpido y escandaloso experimento de frente único *sólo desde arriba*, inesperadamente para las masas y contra su voluntad.

Si la socialdemocracia es una variedad del fascismo, ¿Cómo, entonces, se puede pedir oficialmente a los socialfascistas una defensa conjunta de la democracia? Una vez en camino al referéndum, la burocracia del partido no puso ninguna condición a los nacionalsocialistas. ¿Por qué? Si los socialdemócratas y los nacionalsocialistas son sólo tonalidades del fascismo, ¿por qué, pues, se puede poner condiciones a la socialdemocracia y no a los nacionalsocialistas? ¿O es que quizás existen entre estas dos variedades ciertas diferencias cualitativas muy importantes en lo que concierne a su base social y al método de engañar a las masas? Pero, entonces, no los llamemos a ambos fascistas, porque los nombres sirven en política para diferenciar, y no para echarlo todo en el mismo saco.

¿Es cierto, sin embargo, que Thaelmann formó un frente único con Hitler? La burocracia comunista llamó "rojo" el referéndum de Thaelmann, en contraste con el plebiscito negro o pardo de Hitler. Que el asunto concierne a dos partidos mortalmente hostiles está naturalmente fuera de duda, y todas las falsedades de la socialdemocracia no llevarán a los trabajadores a olvidarlo. Pero hay un hecho que permanece como tal: en cierta campaña, la burocracia estalinista embarcó a los trabajadores revolucionarios en un frente único con los nacionalsocialistas contra la socialdemocracia. Si se pudiese señalar la adhesión a un partido en las papeletas de voto, entonces el referéndum habría tenido al menos la justificación (en el ejemplo dado, absolutamente insuficiente políticamente) de que habría permitido un recuento de sus fuerzas y, por ello mismo, separarlas de las del fascismo. Pero la "democracia" alemana no se preocupó en su momento de permitir a los participantes en los referendos ejercer el derecho a hacer constar su partido. Todos los votantes son fundidos en una masa inse-

parable que, a una cuestión definida, da una y la misma respuesta. Dentro de los *límites de esta cuestión,* el frente único con los fascistas es un hecho indudable.

Así, de la noche a la mañana, todo apareció cabeza abajo.

'FRENTE ÚNICO', PERO ¿CON QUIÉN?

¿Qué propósito político perseguía la dirección del Partido Comunista con este giro? Cuanto más se leen los documentos oficiales y los discursos de los dirigentes menos se entiende este propósito. El gobierno prusiano, se nos dice, está abriendo el camino al fascismo. Esto es absolutamente correcto. El gobierno federal de Brüning, añaden los dirigentes del Partido Comunista, ha estado fascistizando de hecho la república y ha avanzado ya bastante por este camino. Absolutamente correcto, contestamos a esto. "Pero, ya ven, ¡el federal Brüning no puede mantenerse sin el prusiano Braun!" dicen los estalinistas. También esto es correcto, respondemos. Hasta este punto, estamos totalmente de acuerdo. Pero ¿qué conclusión política se desprende de esto? No existe el más mínimo fundamento para apoyar al gobierno de Braun, para aceptar siquiera una sombra de responsabilidad por el mismo ante las masas, ni siquiera para debilitar una pizca nuestra lucha contra el gobierno de Brüning y su agencia prusiana. Todavía existen menos razones para ayudar a los fascistas a remplazar al gobierno de Brüning y Braun. Porque, si acusamos con bastante justicia a los socialdemócratas de preparar el camino al fascismo, en lo último en que puede consistir nuestra tarea política es en hacerle más corto este camino.

La circular del Comité Central del Partido Comunista alemán a todas las instancias, del 27 de julio, deja al desnudo con la mayor crudeza la inconsistencia de la dirección, porque es el producto de una elaboración colectiva del problema. La esencia de la circular, liberada de la confusión y las contradicciones, se reduce a que, en última instancia, no existe diferencia entre el enemigo que engaña y traiciona a los trabajadores aprovechándose de su paciencia y el enemigo que quiere simplemente aniquilarlos. Sintiendo el absurdo de semejante identificación, los autores de la circular dan un giro de repente y presentan el referéndum rojo como la "aplicación decisiva de la política de frente único desde abajo (!) con respecto a los trabajadores socialdemócratas, cristianos y sin partido". Colmo es que la intervención en el plebiscito junto con los fascistas, contra la socialdemocracia y el partido del Centro, es una aplicación de la política de frente único dirigida a los trabajadores socialdemócratas y cristianos, es algo que no será entendido por ninguna mente proletaria. Evidente-

mente se refiere a aquellos trabajadores socialdemócratas que, rompiendo con su partido, participaron en el referéndum. ¿Cuántos de ellos? Por política de frente único se debería entender al menos una acción común, no con los trabajadores que han dejado la socialdemocracia, sino con aquellos que permanecen en sus filas. Por desgracia, hay todavía un gran número de ellos.

EL PROBLEMA DE LA CORRELACIÓN DE FUERZAS

La única frase en el discurso de Thaelmann del 24 de julio que aparenta ser una motivación seria para el giro es la siguiente: "El referéndum rojo, utilizando las posibilidades de la acción de masas legal, parlamentaria, representa un paso adelante en el sentido de la movilización extraparlamentaria de las masas." Si estas palabras tienen algún sentido, es sólo el siguiente: tomamos el voto parlamentario como el punto de partida para nuestra ofensiva revolucionaria general de cara a derrocar el gobierno de la socialdemocracia y los partidos del justo término medio aliados con ella, con medios legales, para después, con la presión de las masas revolucionarias, derrocar el fascismo, que está intentando convertirse en el heredero de la socialdemocracia. En otras palabras: el referéndum rojo solamente juega el papel de un trampolín para el salto revolucionario. Efectivamente, como un trampolín, el plebiscito habría estado plenamente justificado. Que los fascistas voten o no junto a los comunistas pierde toda significación en el momento en que el proletariado, con su presión, derroca a los fascistas y toma el poder en sus manos. Como trampolín se puede usar cualquier tabla, incluida la tabla del referéndum. Sólo *que la posibilidad de dar realmente el salto debe estar ahí,* no de palabra, sino de hecho. El problema, en consecuencia, se reduce a la correlación de fuerzas. Salir a la calle con la consigna de "¡Abajo el gobierno de Brüning y Braun!" en un momento en que, según la correlación de fuerzas, solamente puede ser sustituido por un gobierno de Hitler y Hugenberg, es el más puro aventurerismo. La misma consigna, sin embargo, adquiere un significado totalmente diferente si se convierte en una introducción a la lucha directa del proletariado mismo por el poder. En un primer momento, los comunistas aparecerían a los ojos de las masas como los ayudantes de la reacción; pero, en un segundo momento, el problema de cómo votaron los fascistas antes de ser aplastados por el proletariado habría perdido toda significación.

En consecuencia, no consideramos la coincidencia del voto con los fascistas desde el punto de vista de ningún principio abstracto, sino desde el punto de vista de la actual lucha de clases por el poder y de la correlación de fuerzas en un estadio dado de esta lucha.

VOLVAMOS LA VISTA HACIA LA EXPERIENCIA RUSA

Se puede considerar como indiscutible que, en el momento del levantamiento proletario, la diferencia entre la burocracia socialdemócrata y los fascistas se verá de hecho reducida al mínimo, sino a cero. En las jornadas de Octubre, los mencheviques y socialistas revolucionarios rusos lucharon contra el proletariado codo con codo con los cadetes, los kornilovistas y los monárquicos. Los bolcheviques dejaron el preparlamento en octubre y salieron a la calle a llamar a las masas al levantamiento armado. Si, simultáneamente a los bolcheviques, alguna especie de grupo monárquico, pongamos por ejemplo, hubiese abandonado también el preparlamento en esos días, esto no habría tenido ninguna significación política, porque los monárquicos fueron derrocados junto con la democracia.

El partido llegó a la insurrección de octubre, de todos modos, a través de una serie de etapas. En los días de la manifestación de abril de 1917 una sección de los bolcheviques lanzó la consigna "¡Abajo el gobierno provisional!". El Comité Central enderezó inmediatamente a los ultraizquierdistas. Por supuesto que debemos popularizar la necesidad de derrocar al gobierno provisional; pero llamar a los trabajadores a la calle bajo esa consigna, eso no podemos hacerlo, porque nosotros somos una minoría dentro de la clase obrera. Si derrocamos al gobierno provisional en estas condiciones no seremos capaces de ocupar su lugar y, como consecuencia, ayudaremos a la contrarrevolución. Debemos explicar pacientemente a las masas el carácter antipopular de este gobierno antes de que suene la hora de su derrocamiento. Ésa era la posición del partido.

Durante el siguiente período, la consigna del partido era: "¡Abajo los ministros capitalistas!" Así se exigía a la socialdemocracia que rompiese su coalición con la burguesía. En julio, dirigimos una manifestación de obreros y soldados bajo la consigna de "¡todo el poder a los sóviets!" que en aquel momento significaba todo el poder a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios, junto con los Guardias Blancos, nos aplastaron.

Dos meses más tarde, Kornílov se alzó contra el gobierno provisional. En la lucha contra Kornílov, los bolcheviques ocupaban ahora la primera línea del frente. Lenin estaba entonces en la clandestinidad. Miles de bolcheviques estaban en la cárcel. Los obreros, soldados y marinos exigían la liberación de sus dirigentes y de los bolcheviques en general. El gobierno provisional se negó. ¿No habría debido el Comité Central de los bolcheviques dirigir un ultimátum al gobierno de Kerensky —liberad inmediatamente a los bolcheviques y retirad la desafortunada acusación de estar al servicio de los Hohenzollern— y, en el caso de que Kerensky lo hubiese rechazado, haberse negado a luchar contra Kornílov? Así es, probablemente, como habría

actuado el Comité Central de Thaelmann, Remmele y Neumann, Pero no fue así como actuó el Comité Central de los bolcheviques. Lenin escribió entonces: "Habría sido el más profundo error pensar que el proletariado revolucionario es capaz, por así decirlo, como "venganza" contra los socialistas revolucionarios y los mencheviques por haber apoyado el aplastamiento de los bolcheviques, los asesinatos en el frente y el desarme de los obreros, de "negarse" a apoyarlos contra la contrarrevolución. Semejante manera de plantear el problema hubiera significado, en primer lugar, trasladar las concepciones moralistas pequeñoburguesas al proletariado (porque, por el bien de la causa, el proletariado siempre apoyará no solamente a la pequeña burguesía vacilante sino también a la gran burguesía); en segundo lugar, habría sido —y esto es lo más importante— un intento pequeñoburgués de echar un velo, por el procedimiento de "moralizar", sobre la esencia política del problema".

Si no hubiésemos rechazado a Kornílov en agosto, y por tanto hubiéramos facilitado su victoria, habría aniquilado en primer lugar a la flor y nata de la clase obrera y, consecuentemente, nos habría dificultado lograr la victoria, dos meses más tarde, sobre los conciliadores y castigarles —no de palabra, sino de hecho— por sus crímenes históricos.

Es precisamente en el "moralismo pequeñoburgués" en lo que caen Thaelmann y Cía. cuando, justificando su propio giro, empiezan a enumerar las incontables infamias cometidas por los dirigentes de la socialdemocracia.

CON LOS FAROS APAGADOS

Las analogías históricas son solamente analogías. No es posible hablar de condiciones y tareas idénticas. Pero, en el lenguaje relativo de las analogías, podemos preguntar: en el momento del referéndum en Alemania ¿cuál era el problema, la defensa contra el peligro de Kornílov o, efectivamente, el derrocamiento de todo el orden burgués por el proletariado? Esta cuestión no se decide por medio de los simples principios, ni de fórmulas polémicas, sino por la correlación de fuerzas. ¡Con qué cuidado y cuán concienzudamente estudiaban, contaban y medían los bolcheviques la correlación de fuerzas en cada nueva etapa de la revolución! ¿Intentó la dirección del Partido Comunista alemán, cuando entró en la lucha, trazar el balance preliminar de las fuerzas en lucha? Ni en los artículos ni en los discursos encontramos tal balance. Como su maestro Stalin, los alumnos de Berlín conducen la política con los faros apagados.

Las consideraciones de Thaelmann sobre el problema decisivo de la correlación de fuerzas se reducen a dos o tres frases generales. "Ya no vivimos

en 1923", decía en su informe; "el Partido Comunista es en la actualidad el partido de muchos millones, que crece a un ritmo vertiginoso". ¡Y esto es todo! Thaelmann no podía mostrar más claramente en que medida le está vedada la comprensión de la diferencia entre las situaciones de 1923 y 1931! *En aquel entonces,* la socialdemocracia se estaba desgajando en pedazos. Los obreros que no habían logrado salirse de las filas de la socialdemocracia volvían sus ojos esperanzados en dirección al Partido Comunista. *En aquel entonces,* el fascismo representaba en mucha mayor medida un espantapájaros en el huerto de la burguesía, más que una realidad política seria. La influencia del Partido Comunista en los sindicatos y en los comités de fábrica era, en 1923, incomparablemente mayor de lo que es hoy. Los comités de fábrica desempeñaban entonces las funciones básicas de los sóviets. La burocracia socialdemócrata en los sindicatos estaba perdiendo el terreno que pisaba todos los días.

El hecho de que la situación de 1923 no fuera utilizada por la dirección oportunista de la Comintern y del Partido Comunista alemán vive todavía en la conciencia de las clases y los partidos y en las relaciones mutuas entre ellos. El Partido Comunista, dice Thaelmann, es un partido de millones. No olvidamos que, gracias a la horrible cadena de errores de epígono de 1923-1931, la socialdemocracia actual muestra una capacidad de resistencia mucho más fuerte que la de la socialdemocracia de 1923. No olvidamos que el fascismo de hoy en día, criado y amamantado por las traiciones de la socialdemocracia y los errores de la burocracia estalinista, representa un obstáculo tremendo en el camino hacia la toma del poder por el proletariado. El Partido Comunista es un partido de millones. Pero gracias a la anterior estrategia del "tercer período", el período de la estupidez burocrática concentrada, el Partido Comunista es hoy extremadamente débil en los sindicatos y comités de fábrica. La lucha por el poder no puede ser dirigida apoyándose meramente en los votos de un referéndum. Hay que tener apoyo en las fábricas, en los talleres, en los sindicatos y en los comités de fábrica. Todo esto lo olvida Thaelmann, que sustituye el análisis de la situación por grandes palabras.

Afirmar que en julio-agosto de 1931 el Partido Comunista alemán era tan fuerte que podía entrar en un combate abierto con la sociedad burguesa, tal como se encarna en sus dos flancos, la socialdemocracia y el fascismo, es algo que solamente podría hacer un hombre caído de la luna. La misma burocracia del partido no piensa tal cosa. Si recurre a tal argumento es solamente porque el plebiscito fracasó y, consecuentemente, no se llevó la prueba hasta el final. ¡Es precisamente en esta irresponsabilidad, en esta ceguera, en esta búsqueda de efectos carente de escrúpulos, donde encuentra su expresión la mitad aventurera del alma del centrismo estalinista!

LA 'REVOLUCIÓN POPULAR' EN LUGAR DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

Un zigzag tan repentino a primera vista (el del 21 de julio) no cayó en absoluto del cielo, sino que fue preparado por toda la trayectoria del período anterior. Que el Partido Comunista alemán está gobernando por una sincera y ardiente aspiración a vencer a los fascistas, a arrancar a las masas de su influencia, a derribar al fascismo y aplastarlo, esto es algo, se sobreentiende, sobre lo que no puede haber dudas. Pero el problema es que, a medida que pasa el tiempo, la burocracia estalinista se esfuerza cada vez más por actuar contra el fascismo con sus propias armas borrando los colores de su paleta política e intentando gritar mas fuerte que él en la subasta del patriotismo. Estos no son los metodos de una política de clase con principios, sino los de la competencia pequeñoburguesa.

Es difícil para uno imaginarse una capitulación más vergonzosa en los principios que el hecho de que la burocracia estalinista haya sustituido la consigna de la revolución proletaria por la de la revolución popular. Ninguna estratagema ingeniosa, ningún juego con las citas, ninguna falsificación histórica alterará el hecho de que esto es una traición a los principios del marxismo, con el propósito de mejor imitar la charlatanería fascista. Me veo forzado a repetir aquí lo que escribí sobre esta cuestión hace varios meses:

"Se da por sobreentendido que toda gran revolución es una revolución popular o nacional, en el sentido de que une alrededor de la clase revolucionaria a todas las fuerzas viriles y creativas de la nación y la reconstruye en torno a un nuevo núcleo. Pero esto no es una consigna, sino una descripción sociológica de la revolución que requiere, además, una definición precisa y concreta. Como consigna es necia y charlatanesca, competencia mercantil con los fascistas pagada al precio de inyectar la confusión en la mente de los trabajadores. ...El fascista Strasser dice que el 95 por ciento del pueblo está interesado en la revolución, que por lo tanto no es una revolución de clase sino una revolución popular. Thaelmann repite a coro. En realidad, el obrero comunista debería decir al obrero fascista: por supuesto, el 95 por ciento de la población, si es que no es el 98 por ciento, está explotado por el capital financiero. Pero esta explotación está organizada de modo jerárquico: hay explotadores, subexplotadores, subsubexplotadores, etc. Sólo gracias a esta jerarquía pueden los *superexplotadores* mantener sujeta a la mayoría de la nación. Para que la nación sea efectivamente capaz de reconstruirse a sí misma alrededor de un nuevo núcleo de clase, deberá ser reconstruida ideológicamente, y esto sólo podrá conseguirse si el proletariado no se disuelve a si mismo en el "pueblo", en la "nación", sino que, por el contrario, desarrolla un programa de su revolución proletaria y fuerza a la pequeña burguesía a elegir entre dos regímenes. La consigna de revolu-

ción popular adormece a la pequeña burguesía así como a amplías masas de obreros, los reconcilia con la estructura burguesa jerárquica del "pueblo" y retrasa su liberación. Pero, en las condiciones actuales de Alemania, la consigna de una "revolución popular" borra la frontera ideológica entre el marxismo y el fascismo y reconcilia a parte de los obreros y la pequeña burguesía con la ideología fascista, permitiéndoles pensar que no están obligados a tomar una opción, ya que en ambos campos se trata de una "revolución popular".

LA 'REVOLUCIÓN POPULAR' COMO MÉTODO DE 'LIBERACIÓN NACIONAL'

Las ideas tienen su propia lógica. La revolución popular se presenta como un método subordinado de la «liberación nacional". Semejante planteamiento de la cuestión ha abierto el camino hacia el partido a tendencias puramente chovinistas. Se sobreentiende que no hay nada de malo en el hecho de que patriotas desesperados se aproximen al partido del proletariado desde el campo del chovinismo pequeñoburgués: diferentes elementos vienen a la Comintern a través de diferentes caminos y senderos. Sin duda se encontrarán elementos sinceros y honestos —junto con carreristas inveterados y fracasados sin escrúpulos— en las filas de esos oficiales de la Guardia Blanca y los Cien Negros que, en los últimos meses, aparentemente, comienzan a volver sus ojos hacia el comunismo. El partido, por supuesto, podría incluso utilizar tales metamorfosis individuales como un método subsidiario para la desmoralización del campo fascista. El crimen de la burocracia estalinista —sí, un crimen total— consiste, sin embargo, en el hecho de que se solidariza con estos elementos, identifica su voz con la del partido, se niega a denunciar sus tendencias nacionalistas y militaristas, transformando el panfleto completamente pequeñoburgués, utópico-reaccionario y chovinista de Scheringer en el Nuevo Testamento del proletariado revolucionario. De esta infame competencia con el fascismo surge, aparentemente, la decisión del 21 de julio: vosotros tenéis una revolución popular, pero nosotros también tenemos una; vosotros tenéis como supremo criterio la liberación nacional, pero nosotros tenemos el mismo; vosotros tenéis un plebiscito, pero nosotros también tenemos uno, todavía más, un plebiscito "rojo" hasta el tuétano.

El hecho es que el antiguo obrero revolucionario Thaelmann se empeña hoy con todas sus fuerzas en no caer en desgracia ante el conde Stenbock-Fermor. El informe del mitin de obreros del partido en que Thaelmann proclamó el giro hacia el plebiscito ha sido publicado en *Die Rote Fabne* bajo el pretencioso título de "Bajo la bandera del marxismo". Sin embargo, en el lugar más importante de sus conclusiones, Thaelmann coloca la idea de que

"Alemania es hoy una pelota en manos de la Entente". En consecuencia, es un problema, en primer lugar, de liberación nacional. Pero, en cierto sentido, también Francia e Italia, incluso Inglaterra, son "pelotas" en manos de Estados Unidos. La dependencia de Europa respecto de América, que se ha revelado tan claramente, una vez más, en conexión con la propuesta de Hoover (mañana esta dependencia se revelará todavía mas aguda y brutalmente), tiene una significación mucho más profunda para el desarrollo de la revolución europea que la dependencia de Alemania respecto de la Entente. Es por esto, ciertamente, por lo que la consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa, y no la simple y desnuda consigna de "Abajo la paz de Versalles", es la respuesta proletaria a las convulsiones del continente europeo.

Pero, de cualquier forma, todos estos problemas ocupan un lugar secundario. Nuestra política no está determinada por el hecho de que Alemania sea una "pelota" en manos de la Entente, sino principalmente por el hecho de que el proletariado alemán, que está dividido, impotente y oprimido, es una pelota en manos de la burguesía alemana. "¡El enemigo principal está en casa!" nos enseñó una vez Karl Liebknecht. ¿O es que quizás habéis olvidado esto, amigos? ¿O es que tal vez esta enseñanza ya no es válida? Para Thaelmann, es perfectamente obvio que ha quedado anticuada; Liebknecht es sustituido por Scheringer. ¡Por eso encierra una ironía tan amarga el título de "Bajo la bandera del marxismo"!

LA ESCUELA DEL CENTRISMO BUROCRÁTICO, ESCUELA DE LA CAPITULACIÓN

Hace varios años, la Oposición de Izquierda advirtió que la teoría "auténticamente rusa" del socialismo en un solo país llevaría al desarrollo de tendencias socialpatriotas en otras secciones de la Comintern. En aquel entonces parecía ser una fantasía, una ficción maliciosa, una "calumnia". Pero las ideas no solamente tienen su propia lógica, sino también su fuerza explosiva. El Partido Comunista alemán, en un breve período, ha sido introducido en la esfera del socialpatriotismo ante nuestros propios ojos, esto es, en esos sentimientos y consignas en hostilidad mortal a los cuales fue creada la Comintern. ¿No es asombroso? ¡No, es solamente una consecuencia natural!

El método de la imitación ideológica del contrincante y el enemigo de clase —un método que es completamente contradictorio con la teoría y la sicología del bolchevismo— emana casi orgánicamente de la esencia del centrismo, de su falta de principios, de su inconsistencia y de su vacuidad ideológica. Así, durante varios años la burocracia estalinista llevó a cabo una política termidoriana para minar el terreno bajo los pies de los termidorianos. Habiéndose asustado de la Oposición de Izquierda, la burocracia esta-

linista comenzó a imitar la plataforma de la izquierda poco a poco. Para apartar a los obreros ingleses de la dominación del sindicalismo, los estalinistas desarrollaron una política sindicalista en vez de marxista. Para ayudar a los obreros y campesinos chinos a tomar un camino independiente, los estalinistas los metieron en el Kuomintang burgués. Esta lista podría continuar indefinidamente. Tanto en las pequeñas cuestiones como en las grandes encontramos siempre el mismo espíritu de mímica, de imitación constante del contrincante, un esfuerzo por utilizar no sus propias armas —que, ¡ay! no poseen— sino armas robadas del arsenal del enemigo.

El actual régimen del partido actúa en la misma dirección. Hemos escrito y dicho más de una vez que el absolutismo del aparato, desmoralizando a la capa dirigente de la Comintern, humillando a los obreros avanzados y privándoles de individualidad, aplastando y distorsionando la personalidad revolucionaria, debilita inevitablemente a la vanguardia proletaria frente al enemigo. ¡Quien inclina sumisamente la cabeza ante toda orden venida de arriba, no sirve para nada como luchador revolucionario!

Los funcionarios centristas han sido zinovievistas bajo Zinóviev, bujarinistas bajo Bujarin, estalinistas y molotovianos cuando ha llegado el turno de Stalin y Mólotov. Han inclinado sus cabezas incluso ante Manuilski, Kuusínen y Lozovsky. En cada etapa que transcurría repetían las palabras, las entonaciones y los gestos del "dirigente" de turno; siguiendo órdenes, rechazaban hoy aquello por lo que habían jurado ayer y, metiéndose dos dedos en la boca, silbaban al jefe retirado, al que hasta ayer habían alzado en hombros. Bajo este desastroso régimen se mutila el valor revolucionario, se malgasta la conciencia teórica y se ablanda la columna vertebral. Solamente los burócratas que han pasado por la escuela de Zinoviev y Stalin pueden sustituir con tanta facilidad la revolución proletaria por la popular y, habiendo declarado renegados a los bolcheviques-leninistas, pasear en hombros a chovinistas del tipo de Scheringer.

LA 'GUERRA REVOLUCIONARIA' Y EL PACIFISMO

Los Scheringer y los Stenbock-Fermor ven favorablemente la causa del Partido Comunista como continuador directo de la guerra de los Hohenzollern. Para ellos, las víctimas de la horrible matanza imperialista continúan siendo héroes que han caído por la libertad del pueblo alemán. Están dispuestos a llamar guerra "revolucionaria" a una nueva guerra por la Alsacia-Lorena y Prusia Oriental. Están dispuestos a aceptar —por ahora, de palabra— la "revolución popular", si ello puede servir como medio para movilizar a los obreros para su guerra "revolucionaria". Todo su programa se basa en la idea de la *revanche* [venganza]: si mañana les parece que se pue-

de conseguir el mismo propósito por otro camino, dispararán por la espalda contra el proletariado revolucionario. Esto no debería pasarse por alto, sino exponerse. La vigilancia de los obreros no debe ser descuidada, sino estimulada. ¿Como está actuando el partido?

En la *Fanfare* comunista del 1 de agosto, en plena campaña de agitación por el referéndum rojo, se editó un retrato de Scheringer junto con uno de sus mensajes apostólicos. He aquí lo que decía textualmente: "La causa de los muertos de la guerra mundial, que han dado sus vidas por una Alemania libre, es traicionada por todo el que se opone hoy a la revolución popular, a la guerra revolucionaria de liberación". No cree uno en sus propios ojos al leer estas revelaciones en las paginas de una prensa que se llama a si misma comunista. ¡Y todo esto se recubre con los nombres de Lenin y Liebknecht! Qué látigo tan largo habría tomado en sus manos Lenin para castigar polémicamente semejante comunismo. Y no se habría quedado en los artículos polémicos. Habría presionado para la convocatoria de un congreso internacional extraordinario, para purgar sin piedad la gangrena del chovinismo de las filas de la vanguardia proletaria.

"No somos pacifistas", replican orgullosamente los Thaelmann, Remmele y otros. "Estamos a favor de la guerra revolucionaria por principio". Como prueba, están dispuestos a reproducir algunas citas de Marx y Lenin, seleccionadas para ellos en Moscú por algún "profesor rojo" ignorante. ¡Se podría pensar realmente que Marx y Lenin eran los defensores de las guerras nacionales y no de las revoluciones proletarias! Como si la concepción de la guerra revolucionaria de Marx y de Lenin tuviese algo que ver con la ideología nacionalista de los oficiales fascistas y los cabos centristas. Con la frase barata de la guerra revolucionaria, la burocracia estalinista atrae a docenas de aventureros, pero rechaza a cientos de miles y millones de obreros socialdemócratas, cristianos y sin partido.

"¿Significa esto que usted nos recomienda imitar el pacifismo de la socialdemocracia?" nos objetará algún teórico particularmente profundo del nuevo curso. No, a lo que menos inclinados nos sentimos de todo es a la *imitación,* ni siquiera del estado de ánimo de la clase obrera; pero debemos *tenerlo en cuenta. Sólo* estimando correctamente su estado de animo podrán las amplias masas del proletariado ser arrastradas a la revolución. Pero la burocracia, imitando la fraseología del nacionalismo pequeñoburgués, ignora los sentimientos reales de los trabajadores que no quieren la guerra, que no pueden quererla y que sienten repulsión por las fanfarronadas militares de la nueva empresa Thaelmann, Scheringer, conde Stenbock-Fermor, Heinz Neumann y Cía.

El marxismo, por supuesto, no puede dejar de tener en cuenta la posibilidad de una guerra revolucionaria en el caso de que el proletariado tome el poder. Pero esto está muy lejos de convertir una posibilidad histórica, que

nos puede ser forzada por el curso de los acontecimientos, en una consigna política de lucha antes de la toma del poder. Una guerra revolucionaria, como algo que nos viene dado por la fuerza en ciertas condiciones, como consecuencia de la victoria proletaria, es una cosa. Una revolución "popular" como medio para la guerra revolucionaria es algo completamente diferente, incluso directamente opuesto.

A pesar del reconocimiento de principio de la guerra revolucionaria, el gobierno de la Rusia soviética firmó, como ya se sabe, la muy onerosa paz de Brest-Litovsk. ¿Por qué? Porque los campesinos y los obreros, con la excepción de una pequeña sección avanzada, no querían la guerra. Más tarde, los mismos campesinos y obreros defendieron heroicamente la revolución soviética contra innumerables enemigos. Pero cuando intentamos transformar la dura guerra defensiva, que nos había impuesto Pilsudski, en una guerra ofensiva, sufrimos una derrota, y ese error, que surgió de una estimación incorrecta de las fuerzas, pesó muy duramente sobre el desarrollo de la revolución.

El Ejército Rojo lleva existiendo catorce años. "No somos pacifistas". Pero, ¿por qué declara el gobierno soviético su política *pacífica* en cada ocasión? ¿Por qué propone el *desarme* y concluye pactos de *no agresión?* ¿Por qué no pone en movimiento al Ejército Rojo como arma de la revolución proletaria mundial? Obviamente, no es suficiente estar a favor de la guerra revolucionaria en los principios. Se debe tener además la cabeza sobre los hombros. Se deben tener en cuenta las circunstancias, la correlación de fuerzas y el estado de ánimo de las masas.

Si tener en cuenta el estado de ánimo de los obreros y los trabajadores en general es imperativo para un gobierno obrero que tiene un poderoso aparato estatal de compulsión en sus manos, un partido revolucionario debe estar muchísimo más atento, puesto que solamente puede actuar convenciendo, y no forzando. Para nosotros, la revolución no es un medio subordinado para la guerra contra Occidente sino, por el contrario, un medio para evitar las guerras, de cara a terminar con ellas de una vez por todas. No luchamos contra la socialdemocracia ridiculizando sus esfuerzos por la paz, lo que es inherente a cualquier trabajador, sino revelando la falsedad de su pacifismo, porque la sociedad capitalista, que es rescatada todos los días por la socialdemocracia, es inconcebible sin la guerra. La "liberación nacional" de Alemania depende, en nuestra opinión, no de una guerra con Occidente sino de una revolución proletaria que comprenda tanto la Europa central como la occidental, y que la una con la Europa oriental en la forma de unos Estados Unidos Soviéticos. Solamente este modo de plantear la cuestión puede unir a la clase obrera y convertirla en un foco de atracción para las masas pequeñoburguesas desesperadas. Para que el proletariado sea capaz de dictar su voluntad a la sociedad moderna, su partido no debe

avergonzarse de ser un partido proletario ni de hablar su propio lenguaje, no el lenguaje de la *revanche* nacional, sino el lenguaje de la revolución internacional.

CÓMO DEBEN PENSAR LOS MARXISTAS

El referéndum rojo no cayó del cielo: surgió, de una degeneración ideológica avanzada del partido. Pero no por ello deja de ser la más maligna aventura imaginable. El referéndum no se convirtió de ningún modo en el punto de partida de la lucha revolucionaria por el poder. Se mantuvo plenamente en el marco de una maniobra parlamentaria subsidiaria. Con su ayuda, el partido logró infligirse a sí mismo una derrota múltiple. Habiendo fortalecido al gobierno de la socialdemocracia, y consecuentemente al de Brüning, habiendo encubierto la derrota de los fascistas y habiendo provocado el rechazo de los obreros socialdemócratas y de una considerable porción de su propio electorado, el partido se volvió, al día siguiente del referéndum, considerablemente mas débil de lo que era en vísperas del mismo. Era imposible rendir mejor servicio al capitalismo alemán y mundial.

La sociedad capitalista, particularmente en Alemania, ha estado al borde del colapso varias veces en la última década y media; pero, en cada ocasión, ha resurgido de la catástrofe. Los prerrequisitos económicos y sociales de la revolución son insuficientes por sí mismos. Son necesarios los prerrequisitos políticos, es decir, una correlación de fuerzas que, si no asegura la victoria por adelantado —no existen semejantes situaciones en la historia—, la haga al menos posible y probable. El cálculo estratégico, la audacia, la resolución, transforman posteriormente lo probable en realidad. Pero ninguna estrategia puede hacer posible lo imposible.

En lugar de frases generales sobre la profundización de la crisis y la "situación cambiante", el Comité Central estaba obligado a señalar de modo preciso cuál es la actual correlación de fuerzas dentro del proletariado alemán, de los sindicatos, de los comités de fábrica, qué conexiones tiene el partido con los obreros agrícolas, etc. Estos datos están abiertos a una investigación detallada, y no son ningún secreto. Si Thaelmann tuviera el valor de enumerar abiertamente y sopesar todos los elementos de la situación política, se vería obligado a llegar a la conclusión de que, a pesar de la crisis monstruosa del sistema capitalista y el considerable crecimiento del comunismo en el último período, el partido es todavía demasiado débil para tratar de forzar la situación revolucionaria. Al contrario, son los fascistas los que se esfuerzan en ello. Todos los partidos burgueses están dispuestos a ayudarles en esto, incluida la socialdemocracia. Porque todos temen a los comunistas más que a los fascistas. Con la ayuda del plebiscito prusiano, los

nacionalsocialistas quieren provocar el colapso del extremadamente inestable equilibrio gubernamental, de cara a forzar a los estratos vacilantes de la burguesía a que les apoyen en la causa de una sentencia sangrienta contra los obreros. Apoyar a los fascistas sería la mayor estupidez por nuestra parte. Es por esto por lo que estamos en contra del plebiscito fascista Es así como Thaelmann debería haber concluido su informe, si le quedase una gota de conciencia marxista.

Después de esto, hubiera sido oportuno abrir una discusión tan amplia y franca como fuese posible, porque es necesario para los dirigentes incluso para los que son tan infalibles como Heffiz Neumann y Remmele, escuchar atentamente a cada giro la voz de las masas. Es necesario escuchar no solamente las palabras oficiales que un comunista dice algunas veces, sino también esas ideas más profundas y populares que se esconden detrás de sus palabras. Es necesario no disponer de los obreros, sino ser capaz de aprender de ellos.

Si la discusión hubiese sido franca, entonces es probable que alguno de los participantes hubiese hecho una intervención más o menos como esta: "Thaelmann tiene razón cuando dice que, a pesar de los indudables cambios en la situación, no debemos, a causa de la correlación de fuerzas, intentar imponer una solución revolucionaria. Pero, precisamente por esa razón, nuestros enemigos más encarnizados están buscando el estallido, como estamos viendo. ¿Somos capaces, en semejante situación, de ganar el tiempo que necesitamos para efectuar los cambios preliminares en la correlación de fuerzas, esto es, de arrebatar a lo principal de las masas proletarias de la influencia de la socialdemocracia y forzar así a los desesperados estratos inferiores de la pequeña burguesía a volver la cara hacia el proletariado y dar la espalda al fascismo? Si todo ocurre así, muy bien. Pero, ¿y si los fascistas, contra nuestra voluntad, llevan las cosas hasta un levantamiento en un futuro próximo? ¿Estará entonces condenada de nuevo la revolución proletaria a una grave derrota?".

Entonces Thaelmann, si fuera marxista, habría contestado correctamente así: "Por supuesto, la elección del momento de la batalla decisiva no depende solamente de nosotros, sino también de nuestros enemigos. Estamos totalmente de acuerdo en que la tarea de *nuestra* estrategia en el momento actual consiste en dificultar, en hacer que no sea fácil para nuestros enemigos forzar un estallido. Pero si, a pesar de todo, nuestros enemigos nos declaran la guerra, debemos desde luego aceptarla, porque no hay ni puede haber una derrota más grave, más destructiva, más aniquiladora, más desmoralizante que la entrega sin lucha de grandes posiciones históricas. Si los fascistas toman la iniciativa de un estallido por si mismos —si está claro para las masas populares— en las condiciones actuales, empujarán a nuestro lado a amplias capas de las masas trabajadoras. En tal caso, tendremos una proba-

bilidad tanto mayor de ganar la victoria cuanto más claramente mostremos y demostremos hoy a los millones de trabajadores que no pretendemos en absoluto llevar a cabo revoluciones sin ellos y contra ellos. Debemos decir pues, claramente, a los obreros socialdemócratas, cristianos y sin partido: "Los fascistas, una pequeña minoría, desean derrocar al gobierno actual para tomar el poder. Nosotros, los comunistas, pensamos que el actual gobierno es el enemigo del proletariado, pero este gobierno se apoya en vuestra confianza y vuestros votos; deseamos derrocar a este gobierno por medio de una alianza con vosotros, no por medio de una alianza con los fascistas contra vosotros. Si los fascistas intentan organizar un levantamiento, entonces nosotros, los comunistas, lucharemos con vosotros hasta la última gota de sangre, no para defender al gobierno de Braun y Brüning, sino para salvar a la flor y nata del proletariado de ser aniquilada y estrangulada, para salvar las organizaciones y la prensa obreras, no solamente nuestra prensa comunista, sino también vuestra prensa socialdemócrata. Estamos dispuestos junto con vosotros a defender cualquier local obrero, el que sea, cualquier imprenta de prensa obrera de los ataques de los fascistas. Y os llamamos a comprometeros a venir en nuestra ayuda en caso de amenaza contra nuestras organizaciones. Proponemos un frente único de la clase obrera contra los fascistas. Cuanto más firme y persistentemente llevemos a cabo esta política, aplicándola a todas las cuestiones, más difícil será para los fascistas cogernos desprevenidos, y menores serán sus posibilidades de derrotarnos en una lucha abierta". Así habría respondido nuestro hipotético Thaelmann.

Pero aquí ocupa el estrado Heinz Neumann, el orador penetrado hasta la médula por grandes ideas: "No resultará nada de semejante política", dice. "Los dirigentes socialdemócratas dirán a los obreros: "No creáis a los comunistas, no les preocupa en absoluto salvar las organizaciones obreras, sino que desean simplemente tomar el poder; nos consideran como socialfascistas y no hacen ninguna distinción entre nosotros y los nacionalistas". Es por eso por lo que la política que propone Thaelmann simplemente nos haría aparecer de forma ridícula ante los ojos de los obreros socialdemócratas".

A esto, Thaelmann debería contestar: "Llamar a los socialdemócratas socialfascistas es, efectivamente, una estupidez que nos confunde en todo momento crítico y que nos impide encontrar un camino hacia los obreros socialdemócratas. Lo mejor que podemos hacer es renunciar a esta estupidez. En cuanto a la acusación de que bajo la pretensión de defender a la clase obrera y a sus organizaciones deseamos simplemente tomar el poder, les diremos a los obreros socialdemócratas: sí, los comunistas nos esforzamos por conquistar el poder, pero para eso queremos la mayoría incondicional de la clase obrera. El intento de tomar el poder apoyándose en una minoría es una vil aventura con la que no tenemos nada que ver. No somos capaces de obligar a la mayoría de los obreros a seguirnos; solamente podemos tratar de

convencerlos. Si los fascistas derrotasen a la clase obrera, entonces sería imposible hablar siquiera de la conquista del poder por los comunistas. Para proteger a la clase obrera y sus organizaciones de los métodos fascistas debemos asegurarnos a nosotros mismos la posibilidad de convencer a la clase obrera y conducirla detrás nuestro. Somos incapaces, por tanto, de llegar al poder de otra forma que protegiendo, si es necesario con las armas en la mano, todos los elementos de democracia obrera en el Estado capitalista".

A esto debería añadir Thaelmann: "Para ganar la confianza firme e indestructible de la mayoría de los obreros debemos sobre todo cuidarnos de no echarles arena a los ojos, no exagerar nuestras fuerzas, no cerrar nuestros ojos a los hechos o, todavía peor, distorsionarlos. Pretendiendo ser muy fuertes simplemente nos debilitamos. En esto, amigos, no hay ninguna "mala fe", ningún "pesimismo". ¿Por qué habríamos de ser pesimistas? Ante nosotros hay posibilidades gigantescas. Para nosotros hay un futuro ilimitado. El destino de Alemania, el destino de Europa, el destino del mundo entero dependen de nosotros. Pero es precisamente quien cree firmemente en el futuro revolucionario quien no tiene necesidad de ilusiones. El realismo marxista es un prerrequisito del optimismo revolucionario".

Esto es lo que habría contestado Thaelmann si fuese marxista. Pero, desgraciadamente, no lo es.

¿POR QUÉ ESTABA CALLADO EL PARTIDO?

Pero, ¿cómo, entonces, ha podido permanecer callado el partido? El informe de Thaelmann, que significa un giro de 180 grados en el problema del referéndum, fue aceptado sin discusión. Así había sido propuesto desde arriba —pero propuesto quiere decir ordenado—. Todas las informaciones de *Die Rote Fahne* dicen que, en todos los mítines del partido, el referéndum fue aceptado "unánimemente". Esta unanimidad es presentada como un signo de la fuerza particular del partido. ¿Cuánto y dónde había habido en la historia del movimiento revolucionario tal "monolitismo" estúpido? Los Thaelmann y los Remmele juran por el bolchevismo. Pero toda la historia del bolchevismo es la historia de una intensa lucha interna a través de la cual el partido alcanzó sus puntos de vista y forjó sus métodos. La crónica del año 1917, el año más importante en la historia del partido, está llena de intensas luchas internas, como también lo está la historia de los cinco primeros años después de la conquista del poder; a pesar de esto, no hubo ni una sola escisión, ni una sola expulsión importante por motivos políticos. Pero, ya veis, después de todo, a la cabeza del partido bolchevique había dirigentes de otra estatura, otro temple y otra autoridad que los Thaelmann, Remmele y Neumann. ¿De dónde pues este terrible "monolitismo" de hoy,

esta unanimidad destructiva que transforma cada giro de los infortunados dirigentes en ley absoluta para un partido gigantesco?

¡Sin discusión! Porque, como explica *Die Rote Fahne,* "en esta situación necesitamos hechos, no discursos". ¡Repulsiva hipocresía! El partido debe lograr "hechos", pero renuncia a participar en su discusión previa. Y, ¿de que hecho se trata en este momento? Del problema de colocar una pequeña cruz en un cuadro en un papel oficial; y, más aún, al contar las pequeñas cruces proletarias no existe siquiera la posibilidad de asegurar que no son cruces fascistas. ¡Aceptad el nuevo salto mortal de los dirigentes designados por la providencia sin ninguna duda, sin ninguna consideración, sin ninguna pregunta, sin tan siquiera ansiedad en vuestra mirada, porque de otro modo seréis... renegados, contrarrevolucionarios! Éste es el ultimátum que la burocracia estalinista internacional encañona como un revólver contra la sien de cada militante.

Aparentemente, da la impresión de que las masas aceptan este régimen y que todo marcha estupendamente. ¡Pero no! Las masas no son en absoluto arcilla con la que pueda uno modelar lo que desee. Responden a su manera, de forma lenta pero muy impresionante, a los patinazos y absurdidades de la dirección. Resisten a su modo a la teoría del "tercer período" cuando boicotean los innumerables "días rojos". Abandonan en Francia los sindicatos rojos cuando no pueden oponerse a los experimentos de Lozovsky y Monmousseau de forma normal. No aceptando la "idea" del referéndum rojo, cientos de miles y millones de obreros evitan la participación en él. Este es el pago por los crímenes de la burocracia centrista, que imita abyectamente al enemigo de clase pero trabaja para él sujetando fuertemente por el cuello a su propio partido.

¿QUÉ DICE STALIN?

¿Aprobó realmente Stalin el nuevo zigzag por adelantado? Nadie lo sabe, como nadie sabe las opiniones de Stalin sobre la revolución española. Stalin permanece callado. Cuando dirigentes más modestos, empezando por Lenin, deseaban ejercer influencia sobre la política de un partido hermano, hacían discursos o escribían artículos. La cuestión era que *ellos* tenían algo que decir. Stalin no tiene nada que decir. Emplea la astucia con el proceso histórico como la emplea con las personas individuales. No se preocupa de cómo ayudar al proletariado alemán o español a dar un paso hacia delante, sino de cómo garantizarse a sí mismo por adelantado una retirada política.

Un ejemplo no superado de la duplicidad de Stalin sobre los problemas básicos de la revolución mundial es su actitud ante los acontecimientos alemanes de 1923. Recordemos lo que escribió a Zinoviev y Bujarin en agosto

del mismo año: "¿Deberían los comunistas esforzarse (en la etapa actual) por tomar el poder sin los socialdemócratas? ¿Están ya maduros para ello? En mi opinión, el problema es éste. En el momento de tomar el poder en Rusia, nosotros teníamos reservas tales como 1) la paz, 2) la tierra para los campesinos, 3) el apoyo de la enorme mayoría de la clase obrera, 4) la simpatía del campesinado. En la actualidad, los comunistas alemanes no poseen nada semejante. Es cierto que tienen como vecino al país de los sóviets, cosa que nosotros no teníamos, pero ¿qué podemos hacer nosotros por ellos en el momento actual? Si en la actualidad cayese el poder en Alemania, por así decirlo, y los comunistas fueran a tomarlo, fracasarían estrepitosamente. Esto "en el mejor de los casos". En el peor de los casos, se harían añicos y se verían forzados a retroceder... En mi opinión, debemos retener a los alemanes y no estimularlos". De este modo, Stalin se situaba a la derecha de Brandler, quien, en agosto-septiembre de 1923, consideraba, por el contrario, que la conquista del poder en Alemania no presentaría ninguna dificultad, sino que las dificultades empezarían al día siguiente de la conquista del poder. En la actualidad, la opinión oficial de la Komintern es que los brandlerianos dejaron escapar en el otoño de 1923 una excelente situación revolucionaria. El principal acusador de los brandlerianos es... Stalin. ¿Ha explicado a la Comintern, no obstante, cuál era su posición en aquel año? No, porque no hay la menor necesidad: basta con prohibir a las secciones de la Comintern que planteen la cuestión.

Indudablemente, Stalin tratará de jugar de la misma forma con la cuestión del referéndum. Thaelmann[1] no podría exponerlo aunque se atreviese. Stalin ha trabajado en el Comité Central alemán por medio de sus agentes y se ha retirado ambiguamente a la retaguardia. En caso de que la nueva línea obtuviese una victoria, todos los Manuilski y los Remmele proclamarían que la iniciativa fue de Stalin. En caso de una derrota, Stalin conserva todas las posibilidades de encontrar algún culpable. Ahí se encuentra precisamente la quintaesencia de su estrategia. En este campo es fuerte.

¿QUÉ DICE 'PRAVDA'?

¿Y qué es lo que dice entonces *Pravda,* el periódico dirigente del partido dirigente de la Internacional Comunista? *Pravda* ha sido incapaz de presentar un solo artículo serio, ni siquiera un intento de analizar la situación en Ale-

1. El problema de si Thaelmann estaba en contra del giro y solamente se subordinó a Remmele y Neumann, que encontraron apoyo en Moscú, no nos preocupa aquí, siendo enteramente personal y anecdótico: la cuestión es el sistema. Thaelmann no se atrevió a recurrir al partido y, en consecuencia, sobre él recae toda la responsabilidad. (Nota del Autor)

mania. Extrae tímidamente media docena de frases vacías del largo discurso programático de Thaelmann. Y, realmente, ¿qué podría decir la actual *Pravda,* descabezada, débil, servil respecto de la burocracia y enredada en contradicciones? ¿Qué podría *decir Pravda* cuando Stalin permanece *callado?*

Pravda del 24 de julio explicaba el giro de Berlín de la siguiente forma: "La no participación en el referéndum significaría que los comunistas apoyan el actual *Landtag* reaccionario". Todo el asunto se reduce aquí a un simple voto de desconfianza. Pero, en tal caso, ¿por que no tomaron los comunistas la iniciativa del referéndum? ¿por qué lucharon durante varios meses contra esta iniciativa? ¿y por qué, el 21 de julio, cayeron de rodillas repentinamente ante ella? El argumento de *Pravda* es un argumento caduco del cretinismo parlamentario, y nada más.

El 11 de agosto, después del referéndum, *Pravda* cambió de argumento: "El propósito de la participación en el referéndum consistía para el partido en la *movilización extraparlamentaria de las masas*". Pero, ¿no era precisamente para eso, para la movilización extraparlamentaria de las masas, para lo que se había elegido la fecha del 1 de agosto? No nos detendremos ahora a criticar los "días rojos" del calendario. Pero, en el primero de agosto, el Partido Comunista movilizó a las masas bajo sus propias consignas y bajo su propia dirección. ¿Por qué razón, pues, hacía falta una movilización, una semana más tarde, tal que los movilizados no se ven los unos a los otros, que ninguno de ellos es capaz de calcular su número, que ni siquiera ellos, ni sus amigos, ni sus enemigos, son capaces de distinguirlos de sus enemigos mortales?

Al día siguiente, en el número del 12 de agosto, *Pravda* declara, ni más ni menos, que "los resultados de la votación han significado... el mayor golpe que jamás haya dado la clase obrera a la socialdemocracia". No daremos las estadísticas del referéndum. Son conocidas por todos (excepto por los lectores de *Pravda)* y dan una bofetada en la cara a la estúpida y vergonzosa baladronada de *Pravda.* Esta gente considera como algo normal mentir a los trabajadores, echarles arena a los ojos.

El leninismo oficial está aplastado y pisoteado bajo los talones del epigonismo burocrático. Pero el leninismo no oficial está vivo. Que no piensen los funcionarios desbocados que todo pasará impunemente para ellos. Las ideas científicamente fundadas de la revolución proletaria son más fuertes que el aparato, más fuertes que cualquier cantidad de dinero, más fuertes que la más feroz represión. En asuntos de aparato, dinero y represión, nuestros enemigos de clase son incomparablemente más fuertes que la actual burocracia estalinista. Pero, sin embargo, en el territorio de Rusia les vencimos. El proletariado revolucionario les vencerá en todas partes. Para eso necesita una política correcta. La vanguardia proletaria ganará el derecho a desarrollar la política de Marx y Lenin en la lucha contra el aparato estalinista.

Los consejos de fábrica y el control obrero de la producción*

Queridos camaradas:
Rechazan ustedes la consigna de control obrero sobre la producción en general y los intentos de lograrlo por medio de los consejos de fábrica en particular. Su principal razón es la afirmación de que los "consejos de fábrica legales" son inadecuados para este propósito. En ninguna parte de mi artículo hablaba yo de los consejos de fábrica "legales". No solo eso: señalaba de modo suficientemente inequívoco que los consejos de fábrica solamente pueden convertirse en órganos de control obrero partiendo de la premisa de una presión tal por parte de las masas que la dualidad de poder en las fábricas y en el país esté ya parcialmente en preparación y parcialmente establecida. Está claro que esto tiene tan pocas posibilidades de ocurrir bajo la ley existente sobre consejos de fábrica como la revolución de tener lugar en el marco de la Constitución de Weimar.

Y sólo los anarquistas pueden sacar de esto la conclusión de que es impermisible explotar tanto la constitución de Weimar como la ley sobre los consejos de fábrica. Es necesario explotar tanto la una como la otra. Pero en forma revolucionaria. Los consejos de fábrica no son lo que la ley hace de ellos, sino lo que los trabajadores hacen de ellos. A partir de un momento determinado, los trabajadores "dislocan" el marco de la ley o lo echan abajo, o simplemente lo desprecian en su totalidad. Precisamente en eso consiste la transición a una situación puramente revolucionaria. Por ahora, esta transición está todavía por delante de nosotros, no detrás. Debe ser preparada.

---

* A consecuencia de la carta escrita el 20 de agosto, Trotsky respondió, el 12 de septiembre en su artículo *Gegen der Widersacher der Losung der Produktion* (Contra los adversarios de la consigna del control obrero de la] producción), publicado por vez primera en *The Militant,* 21 de noviembre de 1931, bajo el titulo de 'Los consejos de fábrica y el control obrero de la producción'.

Que se vaya a encontrar muy a menudo a carreristas, fascistas y socialdemócratas en los consejos de fábrica no dice nada en contra de su utilización, sino que prueba simplemente la debilidad del partido revolucionario. Mientras los trabajadores toleren a semejantes delegados en los consejos de fábrica, no serán capaces de hacer la revolución. Apartado de los trabajadores, el partido no puede hacerse más fuerte, porque la arena más importante de la actividad de los trabajadores es la fábrica.

Pero —contestarán ustedes— en Alemania están los miles de parados. No lo menospreciaba. Pero, ¿que conclusión se puede sacar de ello? ¿Descuidar enteramente a los trabajadores ocupados y poner todas las esperanzas en los parados? Esa sería una táctica puramente anarquista. Naturalmente, los parados constituyen un poderoso factor revolucionario, particularmente en Alemania. Pero no como un ejército proletario independiente, sino más bien como el ala izquierda de ese ejército. El núcleo fundamental de los obreros se encontrará siempre en las fábricas. Es por esto que el problema de los consejos de fábrica continúa presente con toda su agudeza.

Es más, incluso para los parados no es en absoluto indiferente qué ocurre en las empresas y en el proceso de producción en su conjunto. Los parados deben ser incluidos sin reservas en el control de la producción. Hay que encontrar las formas organizativas para ello. Resultarán de la misma lucha práctica. Naturalmente, todo esto no tendrá lugar en el marco de las leyes existentes. Pero hay que encontrar formas que abarquen tanto a los parados como a los que tienen empleo. La debilidad y la pasividad propias no pueden ser justificadas por referencia a la existencia de parados.

Dicen ustedes que los brandlerianos están a favor del control obrero y los consejos de fábrica. Por desgracia, hace tiempo que he dejado de seguir sus publicaciones, debido a la falta de tiempo. No sé cómo plantean la cuestión. Es bastante probable que tampoco aquí se hayan desembarazado del espíritu de oportunismo y filisteísmo. ¿Pero es que la posición de los brandlerianos puede, siquiera en un sentido negativo, tener una importancia decisiva para nosotros? Los brandlerianos aprendieron algo en el III Congreso de la Comintern. Distorsionan los métodos bolcheviques de la lucha por las masas en su aplicación o propagación. ¿Realmente debemos, por esta razón, abandonar estos métodos?

Como puedo colegir de su carta, están ustedes también en contra del trabajo en los sindicatos y la participación en el parlamento. Si es así, entonces nos separa un abismo a unos de otros. Yo soy marxista, no bakuninista. Yo me baso en la realidad de la sociedad burguesa de cara a encontrar en ella las fuerzas y las palancas con que derrocarla.

A los consejos de fábrica, los sindicatos y el parlamento contraponen ustedes... los sóviets. En relación con esto, los alemanes tienen un dicho excelente: *Schon ist in Zylinderhut wenn man ihn besitzen tut* (Efectivamente, un

sombrero de seda es algo muy bonito, siempre que sea mío). No solamente no tienen ustedes sóviets, ni siquiera tienen un puente hacia ellos, ni siquiera una carretera hasta el puente, ni tan siquiera un camino a la carretera. *Die Aktion* ha transformado los sóviets en un fetiche, en un espectro suprasocial, en un mito religioso. La mitología sirve al pueblo para esconder su propia debilidad o al menos para consolarse. "Como somos impotentes frente a la muerte, como no podemos hacer nada en las fábricas, entonces... entonces, como recompensa por ello, nos elevamos a una altura tal que los sóviets caen del cielo para ayudarnos". Ahí está toda la filosofía de los ultraizquierdistas alemanes.

No. Con esta política yo no tengo nada en común. Nuestras diferencias de opinión no se limitan en absoluto a la ley alemana sobre los consejos de fábrica. Se refieren a las leyes marxistas de la revolución proletaria.

Alemania, la clave de la situación internacional

El objeto de estas líneas es indicar el sesgo, siquiera a grandes rasgos, que toma actualmente la situación *política* mundial debido a las contradicciones complicadas y agudizadas por la grave crisis comercial, industrial y financiera. Las consideraciones rápidamente bosquejadas más adelante están lejos de abarcar todos los países y todos los problemas, y serán posteriormente el objeto de un estudio colectivo y serio.

1. *La revolución española* ha creado las premisas políticas generales para la lucha directa del proletariado por el poder. Las tradiciones sindicalistas del proletariado español se han revelado inmediatamente como uno de los principales obstáculos en el desarrollo de la revolución. Los acontecimientos han cogido desprevenida a la Internacional Comunista. El Partido Comunista, totalmente impotente al principio de la revolución, ha adoptado una posición errónea en todas las cuestiones fundamentales. La experiencia española ha mostrado —recordémoslo— que la dirección actual de la Internacional Comunista es un terrible instrumento de desorganización de la conciencia revolucionaria de los obreros de vanguardia. El retraso extraordinario de la vanguardia proletaria con respecto al desarrollo de los acontecimientos, la dispersión en el nivel político de las luchas heroicas de las masas obreras, la asistencia mutua que se prestan de hecho el anarcosindicalismo y la socialdemocracia, son los principales factores políticos que han permitido a la burguesía republicana aliada a la socialdemocracia poner en pie un aparato represivo y, golpeando sucesivamente a las masas sublevadas, concentrar un poder político importante en las manos del gobierno.

Este ejemplo muestra que el fascismo no es en absoluto el único medio de que dispone la burguesía para luchar contra las masas revolucionarias.

---

1. Escrito el 26 de noviembre de 1931, fue publicado por primera vez en el *Biulleten Oppozitsii,* nº 25-26, noviembre-diciembre de 1931.

El régimen que existe hoy en España corresponde esencialmente al concepto de *kerenskismo,* es decir, el último (o "penúltimo") gobierno de "izquierda" que la burguesía puede sacar a escena en su lucha contra la revolución. Un gobierno de este tipo no significa necesariamente debilidad y postración. En ausencia de un potente partido revolucionario del proletariado, la combinación de pseudorreformas, frases de izquierda, gestos todavía más de izquierda y medidas de represión puede rendir a la burguesía más servicios reales que el fascismo.

Es inútil decir que la revolución española no ha terminado aún. No ha cubierto todavía sus tareas más elementales (cuestiones agraria, nacional, religiosa) y está lejos de haber agotado los recursos revolucionarios de las masas populares. La revolución burguesa no podrá dar nada más de lo que ha dado hasta el presente. Desde el punto de vista de la revolución proletaria, la situación actual de España puede ser calificada de prerrevolucionaria. Es bastante probable que el próximo desarrollo de la revolución española se prolongue más o menos. Con ello, el curso de la historia abre un nuevo crédito al comunismo español.

2. La situación en *Inglaterra* puede igualmente ser calificada, no sin razón, de prerrevolucionaria, con la única condición de admitir que entre una situación prerrevolucionaria y una situación directamente revolucionaria puede mediar un período de varios años, con flujos y reflujos parciales. La situación económica de Inglaterra ha alcanzado un grado de extrema gravedad. Pero la superestructura política de este país ultraconservador va considerablemente retrasada con respecto a los cambios que han tenido lugar en el nivel de la base económica. Antes de lanzar nuevas formas y métodos políticos, todas las clases de la nación inglesa tratan todavía de hurgar en los viejos desvanes, de volver a las viejas costumbres del abuelo y la abuela, etc. El hecho es que, en Inglaterra, no existen de ninguna forma, a pesar del terrible declive nacional, ni un partido revolucionario importante, ni su antípoda, el partido fascista. Esto es lo que ha permitido a la burguesía movilizar a la mayoría del pueblo bajo la bandera "nacional", es decir, bajo la consigna más vacía que existe. En la actual situación prerrevolucionaria, el conservadurismo archiobtuso ha adquirido una preponderancia política gigantesca. Con toda probabilidad hará falta más de un mes, tal vez más de un año, para que la superestructura política llegue a estar de acuerdo con la situación económica e internacional real del país.

No hay ninguna razón para pensar que el hundimiento del bloque "nacional" —y tal hundimiento es inevitable a más o menos corto plazo— provocará inmediatamente, bien la revolución proletaria (no puede haber, evidentemente, otra revolución en Inglaterra), bien el triunfo del "fascismo". Por el contrario, es mucho más probable que, en la vía hacia el desenlace revolucionario, Inglaterra conozca un largo período de demagogia radical de-

mocrática, social y pacifista, al estilo de Lloyd George y del Labour Party. El desarrollo histórico de Inglaterra ofrecerá todavía, sin duda alguna, un respiro importante al comunismo británico para que se transforme en un auténtico partido del proletariado, cuando ya el desenlace se anuncie como muy próximo. Eso no implica en absoluto que pueda continuar perdiendo su tiempo en experiencias peligrosas y en zigzagues centristas. En la actual situación mundial, el tiempo es la más preciosa de las materias primas.

3. *Francia,* a la que los sabios de la Internacional Comunista habían situado, hace un año y medio o dos, "en primera fila del ascenso revolucionario", aparece de hecho como el país más conservador de Europa y puede ser que también del mundo entero. La solidez relativa del régimen capitalista francés se explica, en gran medida, por su carácter atrasado. La crisis se ha manifestado menos violentamente que en los demás países. En el terreno financiero, París tiende incluso a igualar a Nueva York. La "prosperidad" financiera actual de la burguesía francesa encuentra su causa inmediata en el saqueo organizado en Versalles. Pero la paz de Versalles disimula la amenaza principal para todo el régimen de la república francesa. Existe una contradicción flagrante, que conducirá inevitablemente a una explosión, entre la cifra de la población, las fuerzas productivas y la renta nacional francesas, por una parte, y su lugar a escala internacional, por otra. Para mantener su efímera hegemonía, Francia, tan "nacional" como radicalsocialista, está obligada a apoyarse en las fuerzas más reaccionarias del mundo entero, en las formas de explotación más arcaicas, en la inmunda camarilla rumana, en el régimen corrompido de Pilsudski, en la dictadura de la junta militar en Yugoslavia; está obligada a defender la partición de la nación alemana (Alemania y Austria) y el corredor polaco en Prusia oriental, a ayudar a la intervención japonesa en Manchuria, a excitar a la camarilla militar japonesa contra la URSS, a aparecer como el enemigo principal del movimiento de liberación de los pueblos coloniales, etc. La contradicción entre el papel de segundo plano de Francia en la economía mundial y sus privilegios y sus pretensiones monstruosas en política mundial aparecerá cada día más claramente, acumulará los peligros, conmoverá su estabilidad interior, suscitará la inquietud y el descontento de las masas populares y provocará cambios políticos cada vez más profundos. Estos procesos aparecerán verdaderamente en las próximas elecciones legislativas.

Pero, por el otro lado, todo permite suponer que, en ausencia de acontecimientos importantes fuera del país (la victoria de la revolución en Alemania o, al contrario, la victoria del fascismo), las relaciones interiores en la misma Francia evolucionarán de un modo relativamente "armonioso", lo que permitirá al comunismo beneficiarse de un período importante de preparación para reforzarse hasta la aparición de una situación prerrevolucionaria y revolucionaria.

4. En *Estados Unidos,* que es el país capitalista más poderoso, la crisis actual ha puesto al desnudo con una violencia asombrosa contradicciones sociales aterradoras. Estados Unidos ha pasado sin transición de un período de prosperidad inaudita, que produjo estupefacción en el mundo entero por un fuego de artificio de millones y miles de millones de dólares, al paro de millones de personas, a un período de miseria biológica espantosa para los trabajadores. Una sacudida social tan importante no puede dejar de marcar la evolución política del país. Hoy resulta todavía difícil, al menos desde lejos, determinar cuál puede ser la importancia de la radicalización de las masas obreras americanas. Se puede suponer que las masas mismas se han visto hasta tal punto sorprendidas por la crisis coyuntural catastrófica, hasta tal punto aplastadas y aturdidas por el paro o por el miedo al paro, que no han logrado todavía sacar las conclusiones políticas más elementales del infortunio que se ha abatido sobre ellas, Pero las conclusiones serán sacadas. La crisis económica gigantesca, que ha tomado el aspecto de una crisis social, se transformará inevitablemente en una crisis de la conciencia política de la clase obrera americana. Es totalmente posible que la radicalización revolucionaria de amplias capas obreras se produzca no cuando la coyuntura esté en el punto más bajo, sino, al contrario, cuando se dirija hacia una recuperación y un nuevo ascenso. De una forma u otra, la crisis actual abrirá una nueva era en la vida del proletariado y el pueblo americano en su conjunto. Podemos esperar serios trastornos y arreglos de cuentas en el seno de los partidos dirigentes, nuevas tentativas de crear un tercer partido, etc. El movimiento sindical, desde los primeros síntomas de cambio de la coyuntura, sentirá vivamente la necesidad de arrancarse el torniquete de la burocracia corrompida de la AFL. Simultáneamente, el comunismo verá abrirse ante él inmensas posibilidades.

En el pasado, América ha conocido ya en varias ocasiones explosiones violentas de movimientos de masas revolucionarios o semirrevolucionarios. Estos movimientos volvían a caer rápidamente cada vez, bien porque América entraba en un nuevo período de ascenso económico impetuoso, bien porque esos movimientos se caracterizaban por el empirismo grosero y la impotencia teórica. Estos dos fenómenos pertenecen ahora al pasado. Un nuevo ascenso económico (no podemos excluirlo de antemano) deberá apoyarse no sobre un "equilibrio" interior, sino sobre el actual caos económico mundial. El capitalismo americano entrará en una fase de imperialismo monstruoso, de carrera armamentista, de injerencia en los asuntos del mundo entero, de sacudidas militares y de conflictos. Por otra parte, las masas radicalizadas del proletariado americano encuentran en el comunismo —o, para ser más exactos, encontrarán si se desarrolla una política correcta— no ya la vieja mezcla de empirismo, misticismo y charlatanería, sino

una doctrina fundamentada científicamente y que está a la altura de los acontecimientos. Estos cambios radicales permiten prever con certidumbre que la crisis revolucionaria en el proletariado americano, crisis inevitable y relativamente próxima, no será ya simplemente una llamarada, sino el comienzo de un verdadero incendio revolucionario. El comunismo americano puede marchar con seguridad hacia su glorioso porvenir.

5. La aventura zarista en Manchuria estuvo en el origen de la guerra ruso-japonesa, y la guerra estuvo en el origen de la revolución de 1905. Actualmente, la aventura japonesa en Manchuria puede llevar a la revolución en el Japón.

A principios del siglo, el régimen feudal y militar servía todavía satisfactoriamente a los intereses del joven capitalismo japonés. Pero durante el primer cuarto del siglo XX, el desarrollo capitalista ha provocado una extraordinaria desagregación de las viejas formas sociales y políticas. El Japón, después de esta época, se ha embarcado ya varias veces en el camino de la revolución. Pero faltaba una clase revolucionaria potente, capaz de hacer frente a las tareas nacidas del desarrollo. La aventura de Manchuria puede acelerar el derrumbamiento revolucionario del régimen japonés.

La China actual, por muy debilitada que esté por las camarillas del Kuomintang, es profundamente distinta de la China que Japón, siguiendo a las potencias europeas, había violado en el pasado. China no está capacitada para rechazar inmediatamente el cuerpo expedicionario japonés, pero la conciencia nacional y la actividad del pueblo chino han crecido considerablemente: centenares de miles, millones de chinos han hecho el aprendizaje de las armas. Van a improvisar armas cada vez más nuevas. Los japoneses se sentirán sitiados. Los ferrocarriles servirán mucho más para objetivos militares que para objetivos económicos. Habrá que enviar cada vez más tropas. Cobrando mayor amplitud, la expedición a Manchuria agotará el organismo económico del Japón, reforzará el descontento interior, agravará las contradicciones y acelerará por este medio la crisis revolucionaria.

6. En *China,* la necesidad de defenderse contra la intervención imperialista tendrá también serias consecuencias políticas en el interior del país. El régimen del Kuomintang ha surgido del movimiento nacional revolucionario de las masas, al que ha utilizado en su provecho y que después ha sido estrangulado por los militaristas burgueses (con el concurso de la burocracia estalinista). Es precisamente por esta razón por lo que el régimen actual, vacilante y minado por sus contradicciones, es incapaz de toda iniciativa militar revolucionaria. La necesidad de defenderse contra los invasores japoneses se volverá cada vez más contra el régimen del Kuomintang y alimentará un estado de espíritu revolucionario entre las masas. En estas condiciones, la vanguardia proletaria puede recuperar la ocasión tan trágicamente perdida en 1924-1927.

7. Los acontecimientos actuales en *Manchuria* prueban especialmente la total ingenuidad de los señores que exigían de la Unión Soviética el simple retorno a China del ferrocarril de China oriental. Eso significaría entregárselo deliberadamente al Japón, en cuyas manos se convertiría en un instrumento de primera importancia tanto contra China como contra la URSS. Lo que retenía hasta el momento a las camarillas militares de Japón de intervenir en Manchuria, y lo que puede mantenerlas hoy dentro de los límites de la prudencia, es precisamente el hecho de que el ferrocarril de China oriental sea propiedad de los sóviets.

8. La aventura de Japón en Manchuria ¿no comporta el riesgo de desembocar en una guerra contra la URSS? Evidentemente, esto no está excluido, por muy prudente y razonable que sea la política del gobierno soviético. Manifiestamente, las contradicciones internas del Japón feudal y capitalista han hecho perder el equilibrio a su gobierno. Los instigadores (Francia) no han faltado. Y la experiencia histórica del zarismo en el Extremo Oriente nos ha enseñado de lo que es capaz una monarquía militar burocrática que ha perdido su equilibrio.

La lucha que se desata en el Extremo Oriente no es una lucha por los ferrocarriles; es el destino de toda China lo que está en juego. En esta lucha histórica gigantesca, el gobierno soviético no puede permanecer neutral; no puede tener la misma actitud con respecto a China que con respecto a Japón. Debe alinearse entera y totalmente al lado del pueblo chino. Sólo el apoyo indestructible del gobierno soviético a la lucha de liberación de los pueblos oprimidos puede proteger eficazmente a la Unión Soviética de los ataques provenientes del Este, de parte del Japón, de Inglaterra, de Francia y de Estados Unidos.

La forma que tome la ayuda del gobierno soviético a la lucha del pueblo chino en el próximo período dependerá de las circunstancias históricas concretas. Pero habría sido tan estúpido entregar por las buenas el ferrocarril de China oriental al Japón como subordinar toda la política en Extremo Oriente al problema del ferrocarril de China oriental. Todo demuestra que la conducta de la camarilla militar japonesa tiene en torno a este punto un carácter claramente provocador. El gobierno francés se encuentra directamente en el origen de esta provocación, que intenta atar las manos de la Unión Soviética en Oriente. El gobierno soviético no debe mostrar sino más reserva y perspicacia.

Las condiciones fundamentales de Oriente: inmensos territorios, masas innumerables, atraso económico, confieren a todo este proceso un carácter lento, dilatado, serpenteante. Ningún peligro inmediato o grave, proveniente del Extremo Oriente, amenaza en todo caso la existencia de la Unión Soviética. En un futuro inmediato van a producirse importantes acontecimientos en Europa. Si bien Europa ofrece grandes posibilidades, presenta

también peligros muy amenazadores. Por el momento, sólo Japón tiene las manos atadas en el Extremo Oriente. Es necesario que la Unión Soviética conserve las manos libres.

9. La situación de *Alemania* destaca claramente sobre el fondo político mundial que, sin embargo, está lejos de ser pacífico. Las contradicciones económicas y políticas se han agudizado de forma inaudita. El desenlace está próximo. Ha sonado la hora en que la situación prerrevolucionaria debe convertirse en revolucionaria o en contrarrevolucionaria. El giro que tome el desenlace de la crisis alemana determinará para muchos años no solamente el destino de Alemania (lo que ya es mucho), sino también el destino de Europa y del mundo entero.

La construcción del socialismo en la URSS, el curso de la revolución española, la evolución de una situación prerrevolucionaria en Inglaterra, el porvenir del imperialismo francés, la suerte del movimiento revolucionario en la India y en China, todo esto nos lleva directamente a la pregunta: ¿quién vencerá en Alemania en el curso de los próximos meses, el comunismo o el fascismo?

10. Después de las elecciones al *Reichstag* de septiembre del año pasado la dirección del Partido Comunista alemán afirmaba que el fascismo había alcanzado su punto culminante y que iba a derrumbarse rápidamente, dejando el campo libre a la revolución proletaria. La Oposición Comunista de Izquierda (los bolcheviques-leninistas) se burlaba entonces de este optimismo irreflexivo. El fascismo es el producto de dos factores: una crisis social aguda, por una parte, y la debilidad revolucionaria del proletariado alemán, por otra. La debilidad del proletariado, a su vez, se descompone en dos elementos: el papel histórico particular de la socialdemocracia, ese representante siempre poderoso del capital en las filas del proletariado, y la incapacidad de la dirección centrista del Partido Comunista para agrupar a los obreros bajo la bandera de la revolución.

El factor subjetivo es para nosotros el Partido Comunista, ya que la socialdemocracia constituye un obstáculo objetivo que hay que apartar. Efectivamente el fascismo volaría en pedazos si el Partido Comunista fuese capaz de unir a la clase obrera, transformándola así, en un potente imán revolucionario para el conjunto de las masas oprimidas del pueblo. Pero las carencias políticas del Partido Comunista no han hecho sino aumentar desde las elecciones de septiembre: las frases vacías sobre el "socialfascismo", los coqueteos con el chovinismo, imitación del verdadero fascismo, para competir con este último en su propio terreno, la aventura criminal del "referéndum rojo", todo esto impide al partido convertirse en el dirigente del proletariado y el pueblo. En estos últimos meses, no ha reunido tras de su bandera más que a los elementos a los que la formidable crisis empujaba casi a la fuerza a sus filas. La socialdemocracia, a pesar de las condiciones

políticas desastrosas para ella, ha conservado, gracias a la ayuda del Partido Comunista, a la mayoría de sus partidarios, y aguanta por el momento con pérdidas realmente importantes pero, a pesar de ello, secundarias. En cuanto al fascismo, ha dado desde septiembre del año pasado un nuevo y gigantesco salto adelante, no importa lo que puedan decir Thaelmann, Remmele y los otros, confirmando las previsiones de los bolcheviques-leninistas. La dirección de la Internacional Comunista no ha sabido preverlo ni evitarlo. No hace más que registrar las derrotas. Sus resoluciones y otros documentos no son, ¡ay! más que la fotografía del trasero del proceso histórico.

11. Ha sonado la hora de la decisión. Sin embargo, la dirección de la Internacional Comunista no quiere o, más exactamente, teme darse cuenta del verdadero carácter de la situación mundial actual. El *presidium* de la Internacional Comunista no se cansa de publicar hojas de agitación vacías. El partido dirigente de la Internacional Comunista, el Partido Comunista de la Unión Soviética, no ha tomado ninguna posición. Se diría que "los jefes del proletariado mundial" se han tragado la lengua. Se refugian en el silencio. Se preparan para emboscarse y confían así en esperar a que pasen los acontecimientos. Han sustituido la política de Lenin... por la política del avestruz. Nos acercamos a uno de los momentos más cruciales de la historia: la Internacional Comunista ha cometido ya una serie de errores graves pero "parciales" que han conmovido y barrido las fuerzas acumuladas durante sus cinco primeros años de existencia; hoy se arriesga a cometer un error fundamental y fatal que puede eliminarla del mapa político como factor revolucionario para todo un período histórico.

¡Que los ciegos y los cobardes no se den cuenta! ¡Que los calumniadores y los periodistas a sueldo de los estalinistas nos acusen de colusión con la contrarrevolución! Todos saben que la contrarrevolución no es lo que refuerza el imperialismo mundial, sino lo que estorba la digestión del funcionario comunista. La calumnia no asusta a los bolcheviques-leninistas, no les detiene en el cumplimiento de su deber revolucionario. No hay que dejar pasar nada en silencio, no hay que disimular nada. Hay que decir a los obreros de vanguardia con voz alta y clara: después del "tercer período" de aventurerismo y fanfarronadas, he aquí el "cuarto período", de pánico y capitulación.

12. Si se traduce en lenguaje claro el silencio de los dirigentes actuales del Partido Comunista de la Unión Soviética, significa: "Dejadnos tranquilos". Las dificultades económicas y sociales no allanadas se acentúan. La desmoralización del aparato, consecuencia inevitable de un régimen plebiscitario, ha tomado dimensiones amenazantes. Las relaciones políticas, fundamentalmente las relaciones dentro del partido y las relaciones entre el aparato desmoralizado y las masas dispersas, están tensas hasta estallar. Toda la sabiduría del burócrata consiste en *esperar* y en *hacer que las cosas se*

prolonguen por más tiempo. La situación en Alemania está manifiestamente preñada de trastornos, en los que el aparato estalinista se fija antes que en ninguna otra cosa. "Dejadnos en paz! Dejadnos zafarnos de nuestras contradicciones internas, que están tan exacerbadas. Allá abajo... ya veremos". Éste es el estado de ánimo de las esferas dirigentes de la fracción estalinista. Esto es lo que esconde el silencio escandaloso de los "jefes", en el momento en que su deber revolucionario más elemental exigía de ellos que se pronunciasen de forma clara y precisa.

13. No hay nada de sorprendente en que el silencio miedoso de la dirección moscovita haya provocado el pánico de los dirigentes berlineses. Hoy, cuando hay que prepararse para conducir a las masas hacia combates decisivos, la dirección del Partido Comunista alemán manifiesta su desarraigo, tergiversa y se escurre con frases vacías. Esta gente no tiene la costumbre de afrontar sus responsabilidades. Hoy, sueñan con demostrar, poco importa cómo, que el "marxismo-leninismo" exige rechazar el combate.

No parece que, sobre este punto, hayan encontrado ya una teoría acabada. Pero está en el aire. Se transmite de boca en boca, y transpira en los artículos y en los discursos. El sentido de esta teoría es el siguiente: el fascismo crece de forma irresistible; su victoria es en todo caso inevitable, será mejor retirarse prudentemente y dejar al fascismo tomar el poder y comprometerse. Y entonces —¡oh, entonces!— apareceremos nosotros.

La postración y el derrotismo han sucedido al aventurerismo y la ligereza, conforme a las leyes de la psicología política. La victoria de los fascistas, que se declaraba impensable hace un año, es considerada ya hoy como segura. Un Kuusinen cualquiera, aconsejado entre bastidores por un Radek cualquiera, prepara para Stalin una fórmula estratégica genial: retirarse en el momento oportuno, retirar las tropas revolucionarias de la línea de fuego, tender una trampa a los fascistas en forma de... poder gubernamental.

Si esta teoría fuese definitivamente adoptada por el Partido Comunista alemán y determinase su curso político en los próximos meses, seria por parte de la Internacional Comunista una traición de una amplitud histórica igual al menos a la de la socialdemocracia el 4 de agosto de 1914, con consecuencias todavía más espantosas.

El deber de la Oposición de Izquierda es hacer sonar la alarma: la dirección de la Internacional Comunista lleva al proletariado alemán hacia una catástrofe gigantesca: la capitulación en medio del pánico ante el fascismo.

14. La llegada al poder de los "nacionalsocialistas" significará sobre todo el exterminio de la élite del proletariado alemán, la destrucción de sus organizaciones y la pérdida de confianza en sus propias fuerzas y en su porvenir. Como las contradicciones y los antagonismos han alcanzado en Alemania un grado extremo de gravedad, el trabajo infernal del fascismo italiano aparecerá como una experiencia realmente pálida y casi humanitaria

en comparación con los crímenes de los que será capaz el nacionalsocialismo alemán. ¿Retroceder? dicen ustedes, profetas ayer del "tercer período". Los jefes y las instituciones pueden batirse en retirada. Las personas aisladas pueden esconderse. Pero la clase obrera no sabrá adónde retroceder ni en dónde esconderse del poder fascista. En efecto, si se admite como posible lo monstruoso e increíble, es decir, que el partido se retire efectivamente de la lucha y entregue así al proletariado a su enemigo mortal, esto no puede significar más que una cosa: estallarán luchas salvajes no *antes* de la llegada de los fascistas al poder, sino *después,* es decir, en condiciones cien veces más favorables al fascismo que hoy. La lucha del proletariado, traicionado por su propia dirección, cogido de improviso, desorientado y desesperado, contra el régimen fascista se transformará en una serie de convulsiones terribles, sangrientas e irreparables. Diez sublevaciones proletarias, diez derrotas sucesivas debilitarían y agotarían menos a la clase obrera alemana que su retroceso hoy ante el fascismo, cuando la cuestión de saber quién va a ser el amo en Alemania no está todavía resuelta.

15. El fascismo no está todavía en el poder. El camino del poder no está abierto todavía para él. Los jefes fascistas tienen todavía miedo de arriesgarse al golpe: comprenden que la apuesta es difícil, y que va en ella su cabeza. En estas condiciones, sólo un estado de ánimo capitulacionista en las altas instancias comunistas puede simplificarles y facilitarles la tarea de forma inesperada.

Hoy, incluso los círculos influyentes de la burguesía dudan de la experiencia fascista, porque no desean ni una sublevación ni una larga y terrible guerra civil; la política capitulacionista del comunismo oficial, que abre la vía del poder al fascismo, provoca el riesgo de hacer inclinarse del lado del fascismo a las clases medias, a las capas todavía vacilantes de la pequeña burguesía e incluso a sectores enteros del proletariado.

Está claro que, *un día u otro*, el fascismo triunfante caerá víctima de las contradicciones objetivas y de su propia inconsistencia. Pero, en un futuro más inmediato, en los próximos diez o veinte años, la victoria del fascismo en Alemania provocaría una ruptura en la herencia revolucionaria, el naufragio de la Internacional Comunista, el triunfo del imperialismo mundial en sus formas odiosas y sangrientas.

16. La victoria del fascismo implicaría forzosamente una guerra contra la URSS.

Sería una verdadera estupidez pensar que, una vez en el poder, los nacionalsocialistas alemanes se lanzarían primero a una guerra contra Francia o contra Polonia. Durante todo el primer período de su dominación, la guerra civil contra el proletariado alemán atará las manos al fascismo en su política exterior. Hitler tendrá tanta necesidad de Pilsudski como Pilsudski de Hitler. Se convertirán los dos en instrumentos de Francia. La burguesía

francesa teme ahora la llegada al poder de los fascistas alemanes como un salto a lo desconocido; pero el día de la victoria de Hitler, la reacción francesa, tanto "nacional" como radical-socialista, apostará enteramente por el fascismo alemán.

Ningún gobierno "normal", parlamentario burgués, puede arriesgarse actualmente a una guerra contra la URSS: esta empresa estaría preñada de inmensas complicaciones interiores. Pero si Hitler llega al poder, si aplasta en un primer momento a la vanguardia de los obreros alemanes, si dispersa y desmoraliza para años al proletariado en su conjunto, el gobierno fascista será el único gobierno capaz de emprender una guerra contra la URSS. No es preciso decir que formará un frente común con Polonia, Rumania, los otros estados limítrofes y con Japón en Extremo Oriente. En esta empresa, el gobierno de Hitler aparecerá como el simple ejecutante del capital mundial. Clemenceau, Millerand, Lloyd George, Wilson, no podían emprender una guerra directamente contra la Unión Soviética, pero han podido apoyar durante tres años a los ejércitos de Kolchak, Denikin y Wrangel. En caso de victoria, Hitler se convertiría en el superWrangel de la burguesía mundial.

Es inútil, e incluso imposible, intentar hoy adivinar cuál sería el final de este duelo gigantesco. Pero es evidente que si la guerra de la burguesía mundial contra los sóviets estallase después de la llegada de los fascistas al poder en Alemania, esto implicaría para la URSS un aislamiento terrible y una lucha a muerte en las más penosas y peligrosas condiciones. El aplastamiento del proletariado alemán por los fascistas comportaría ya, al menos en un cincuenta por cien, el aplastamiento de la república soviética.

17. Pero, antes de que la cuestión sea trasladada a los campos de batalla europeos, debe resolverse en Alemania. Es por esto por lo que afirmamos que la clave de la situación está en Alemania. ¿En manos de quién? Por el momento, todavía en manos del Partido Comunista. Todavía no la ha dejado escapar. Pero todavía puede perderla, y su dirección le empuja por ese camino.

Todos los que predican un "repliegue estratégico", es decir, la capitulación, todos los que toleran semejante propaganda son traidores. Los propagandistas de la retirada ante los fascistas deben ser considerados como agentes inconscientes del enemigo en las filas del proletariado.

El deber revolucionario elemental del Partido Comunista alemán le obliga a decir: el fascismo no puede llegar al poder más que por medio de una guerra civil a muerte, despiadada y destructora. Los obreros comunistas deben comprender esto sobre todo. Los obreros socialdemócratas, sin partido, el proletariado en su conjunto debe comprenderlo. El Ejército Rojo debe comprenderlo por adelantado.

18. La lucha, ¿es desesperada? En 1923, Brandler exageró terriblemente la fuerza del fascismo y, con ello, trataba de justificar la capitulación. El mo-

vimiento obrero mundial ha sufrido las consecuencias de esta estrategia hasta el momento actual. La capitulación histórica del Partido Comunista alemán y de la Internacional Comunista en 1923 está en el origen del crecimiento del fascismo. El fascismo alemán representa hoy una fuerza política infinitamente más poderosa que hace ocho años. Hemos puesto en guardia sin descanso contra una subestimación del peligro fascista, y no seremos nosotros quienes neguemos ahora ese peligro. Es por esto por lo que podemos y debemos decirles a los obreros revolucionarios alemanes: vuestros jefes caen de un extremo al otro.

Por el momento, la fuerza principal de los fascistas se limita a su número. En efecto, recogen numerosos votos en las elecciones. Pero la papeleta del voto no es decisiva en la lucha de clases. El ejército principal del fascismo está siempre constituido por la pequeña burguesía y las nuevas capas medias: los pequeños artesanos y comerciantes de las ciudades, los funcionarios, los empleados, el personal técnico, la intelectualidad, los campesinos arruinados. Sobre la balanza de la estadística electoral, 1.000 votos fascistas pesan tanto como 1.000 votos comunistas. Pero sobre los platillos de la balanza de la lucha revolucionaria, 1.000 obreros de una gran empresa representan una fuerza mucho más grande que la de 1.000 funcionarios, empleados de ministerios, con sus mujeres y sus suegras. La masa fundamental de los fascistas está compuesta de polvareda humana.

En la Revolución Rusa, los socialistas revolucionarios eran el partido de los grandes números. En los primeros tiempos, todos aquellos que no eran burgueses conscientes u obreros conscientes votaban por ellos. Incluso en la Asamblea Constituyente, es decir, después de Octubre, los socialistas revolucionarios tenían todavía la mayoría. También se consideraban como un gran partido nacional. De hecho, no eran más que un gran cero nacional.

No tenemos la intención de poner un signo de igualdad entre los socialistas revolucionarios rusos y los nacionalsocialistas alemanes. Pero tienen indiscutiblemente rasgos comunes, esenciales para aclarar nuestro problema. Los socialistas revolucionarios eran el partido de las esperanzas populares confusas. Los nacionalsocialistas son el partido de la desesperación nacional. La pequeña burguesía pasa muy fácilmente de la esperanza a la desesperación, arrastrando tras de sí a una parte del proletariado. La masa principal de los nacionalsocialistas, como la de los socialistas revolucionarios, es polvareda humana.

19. Cediendo al pánico, nuestros mezquinos estrategas olvidan lo principal: la superioridad social y combativa del proletariado. Sus fuerzas no están gastadas. No solamente es capaz de luchar, sino también de vencer. Las discusiones sobre el descorazonamiento que, según se dice, reina en las empresas, reflejan generalmente el descorazonamiento de los observadores

mismos, es decir, de los funcionarios desconcertados del partido, Pero hay que tener en consideración el hecho de que los obreros no pueden dejar de sentirse turbados por la compleja situación y la confusión reinante en la cumbre. Los obreros saben que una gran lucha exige una dirección firme. No les asustan ni la fuerza de los fascistas ni la necesidad de una lucha difícil. Lo que les inquieta es la falta de firmeza y la inestabilidad de la dirección, sus vacilaciones en el momento crucial. Cuando el partido eleve su voz con seguridad, firmeza y claridad, no habrá más huellas de abatimiento ni de descorazonamiento en las fábricas.

20. Es indiscutible que los fascistas disponen de cuadros formados para el combate y de destacamentos de choque experimentados. No hay que tomarlo a la ligera: los "oficiales" juegan un gran papel incluso en el ejército de la guerra civil. Pero no son los oficiales, sino los soldados quienes deciden la suerte de la batalla. Y los soldados del ejército proletario son infinitamente superiores, más seguros y más dueños de si mismos que los soldados del ejército de Hitler.

Después de la toma del poder, el fascismo encontrará fácilmente a sus soldados. Con la ayuda del aparato del estado se puede formar un ejército a partir de los hijos de la burguesía, los intelectuales, los empleados de oficinas, los obreros desmoralizados, los lumpenproletarios, etc. El fascismo italiano es un buen ejemplo. De todos modos, hay que hacer la precisión de que la milicia fascista italiana no ha probado todavía su valor militar en una escala histórica seria. Por el momento, el fascismo alemán no está todavía en el poder. Tiene que conquistarlo enfrentándose al proletariado. ¿Es posible que el Partido Comunista utilice en este combate cuadros inferiores a los del fascismo? ¿Y se puede admitir siquiera por un instante que los obreros alemanes, que detentan los poderosos medios de producción y de transporte, que, por sus condiciones de trabajo, forman el ejército del hierro, del carbón, del ferrocarril, de la electricidad, no probarán en el momento decisivo su inmensa superioridad sobre la polvareda humana de Hitler?

La idea que se hace el partido o la clase de la correlación de fuerzas en el país es un elemento importante de su propia fuerza. En toda guerra, el enemigo intenta imponer una imagen exagerada de sus fuerzas. Este era uno de los secretos de la estrategia de Napoleón. Hitler, en todo caso, miente tan bien como Napoleón. Pero sus fanfarronadas no se convierten en un factor militar más que a partir del momento en que los comunistas se las creen. Hoy es importante sobre todo apreciar las fuerzas de manera realista. ¿Con quién pueden contar los nacionalsocialistas en las fábricas, en los ferrocarriles, en el ejército, cuántos oficiales organizados y armados tienen? Un análisis preciso de la composición social de los dos campos, el recuento permanente y atento de las fuerzas, estas son las fuentes infalibles del optimismo revolucionario.

La fuerza de los nacíonalsocialistas en la actualidad no reside tanto en su propio ejército como en la división que reina en el seno del ejército de su enemigo mortal. Son precisamente la realidad y el crecimiento del peligro fascista su carácter inminente, la conciencia de la necesidad de apartar cueste lo que cueste este peligro, lo que empuja a los obreros a unirse para defenderse. La concentración de las fuerzas proletarias se hará tanto más rápidamente y con mayor éxito cuanto más sólido sea el pivote de este proceso, es decir, el Partido Comunista. La clave de la situación está ahora en sus manos. ¡Ay de él si la deja escapar!

En estos últimos años, los funcionarios de la Internacional Comunista gritaban a propósito de todo, y a veces por razones realmente fútiles, que un peligro militar amenazaba directamente a la URSS. Hoy en día, este peligro se está volviendo de todo punto real y concreto. Todo obrero revolucionario debe considerar como un axioma la afirmación siguiente: el intento de los fascistas de apoderarse del poder en Alemania debe traer consigo una movilización del Ejército Rojo. Para el estado proletario, se tratará de la autodefensa revolucionaría en el pleno sentido del término. Alemania no es solamente Alemania. Es el corazón de Europa. Hitler no es solamente Hitler. Puede convertirse en un superWrangel. Pero el Ejército Rojo no es solamente el Ejército Rojo. Puede convertirse en el instrumento de la revolución proletaria mundial.

Postscriptum

La obra *¡Contra el comunismo nacional!* del autor de estas líneas, ha encontrado algunas aprobaciones equívocas por parte de la prensa socialdemócrata y democrática. Sería no sólo extraño sino paradójico que, en el momento en que el fascismo alemán ha utilizado con tanto éxito los errores más groseros del comunismo alemán, los socialdemócratas no intentasen utilizar la crítica franca y violenta de estos errores.

Es innecesario decir que la burocracia estalinista de Moscú y de Berlín se ha apoderado de los artículos de la prensa socialdemócrata y democrática consagrados a nuestro folleto como de un verdadero regalo del cielo: por fin tienen la "prueba" de nuestro frente único con la socialdemocracia y la burguesía. Estos individuos que han hecho la Revolución China cogidos de la mano de Chiang Kai-chek, la huelga general en Inglaterra con Purcell, Citrine y Cook —¡aquí no se trata de artículos, sino de gigantescos acontecimientos históricos!— se ven obligados a limitarse con gritos de alegría a los incidentes de una polémica de prensa. Sin embargo, no tememos una confrontación ni siquiera en este terreno. Hay que razonar y no emitir ladridos, analizar y no agobiar con injurias.

Antes que nada, planteamos la pregunta siguiente: ¿quién ha salido beneficiado de la participación estúpida y criminal del Partido Comunista alemán en el referéndum fascista? Los hechos han aportado ya una respuesta indiscutible: los fascistas, y sólo ellos. Es por esta razón por lo que el principal instigador de esta aventura criminal ha renegado cobardemente de su paternidad: en un discurso pronunciado en Moscú ante los permanentes del partido, Stalin ha defendido la participación en el referéndum, pero después se ha recuperado y ha prohibido a la prensa no solamente imprimir su discurso, sino siquiera mencionarlo.

Evidentemente *Vörwarts*, el *Berliner Tageblatt* y la *Wiener Arbeiterzeitung* —esta última sobre todo— citan nuestro folleto con la peor fe. Pero ¿se le puede exigir a la prensa burguesa y pequeñoburguesa que tenga buena fe cuando se trata de las ideas revolucionarias proletarias? De cualquier forma, estamos dispuestos a despreciar las falsificaciones y a examinar francamente las acusaciones de los funcionarios estalinistas. Estamos dispuestos a reconocer que, en la medida en que la socialdemocracia teme la victoria de los fascistas, reflejando con ello la inquietud revolucionaria de los obreros, tenía *objetivamente* derecho a utilizar nuestra crítica de la política de los estalinistas que rinde un enorme servicio a los fascistas. Es vuestra política, y no nuestro folleto, lo que explica este derecho. ¡Oh, sabios estrategas! ¿afirmáis que hemos hecho un "frente único" con Wells y Severing? *Unicamente en la medida que vosotros habéis formado un frente único con Hitler y sus bandas ultrarreaccionarias*. Y con la diferencia de que en vuestro caso se trataba de una acción política común, mientras que en el nuestro todo se resume en la utilización equívoca por el adversario de algunas citas de nuestros artículos.

Cuando Sócrates planteaba este principio filosófico: "Conócete a ti mismo", pensaba ciertamente en Thaelmann, Neumann e incluso Remmele en persona.

Por un frente único obrero contra el fascismo*

(Carta a un obrero comunista alemán, miembro del Partido Comunista Alemán)

Alemania vive hoy uno de sus más grandes momentos históricos; el destino del pueblo alemán, el destino de Europa y, en gran medida, el destino de toda la humanidad en los próximos decenios dependen de él. Cuando se coloca una bola en el vértice de una pirámide, un débil impulso sirve para hacerla rodar a derecha o a izquierda. Esa es la situación a la que se acerca Alemania cada hora que transcurre. Ciertas fuerzas quieren que la bola ruede hacia la derecha y rompa los riñones de la clase obrera. Otras quieren mantener la bola en el vértice. Es una utopía. Los comunistas querrían que la bola rodase hacia la izquierda y rompiese los riñones del capitalismo. No basta con querer, hay que poder. Intentemos una nueva forma de examinar tranquilamente la situación: la política que lleva a cabo actualmente el Comité Central del Partido Comunista alemán, ¿es correcta o es errónea?

¿Qué pretende Hitler?

Los fascistas aumentan muy rápidamente. Los comunistas aumentan también, pero mucho más lentamente. Este crecimiento de los dos polos demuestra que la bola no puede mantenerse en el vértice de la pirámide. El crecimiento rápido de los fascistas implica que la bola puede rodar hacia la derecha. Esto constituye un inmenso peligro.

Hitler intenta convencer de que él está en contra de un golpe de estado. Para estrangular de una vez por todas la democracia, pretende llegar al poder por la sola vía democrática. ¿Se puede creer realmente en sus palabras?

---

* Escrito el 8 de diciembre de 1931, fue publicado por vez primera en el *Biulleten 0ppozitsii,* n. º 27, marzo de 1932, bajo el título de '¿En qué es errónea la política actual del Partido Comunista alemán?'.

Está claro que, si los fascistas estuvieran seguros de obtener por la vía democrática la mayoría absoluta de los mandatos en las próximas elecciones, preferirían quizás esta vía. De hecho les está cerrada. Sería estúpido pensar que los nazis se desarrollarán durante un largo período al ritmo actual. Tarde o temprano, su receptáculo social se secará.

El fascismo encierra dentro de sí tan terribles contradicciones que se aproxima el momento en que el flujo dejará de compensar el reflujo. Este momento puede llegar mucho antes de que los fascistas hayan logrado reunir la mitad de los votos. Les será imposible pararse porque no tendrán nada nuevo que esperar. Se verán obligados a recurrir al golpe de Estado.

Pero incluso sin hablar de eso, la vía democrática está vedada a los fascistas. El crecimiento formidable de los antagonismos políticos en el país y, sobre todo la agitación de los bandidos fascistas tendrán forzosamente como consecuencia que, cuanto más cerca de la mayoría estén los fascistas, más se calentará al rojo la atmósfera y más se multiplicarán las escaramuzas y los combates. En esta perspectiva, la guerra civil es absolutamente inevitable. La cuestión de la toma del poder por los fascistas se resolverá, no por medio del voto, sino por medio de la guerra civil que los mismos fascistas preparan y provocan.

¿Se puede imaginar por un solo instante que Hitler y sus consejeros no lo comprendan ni lo prevean? Sería tomarlos por imbéciles. No hay mayor crimen en política que contar con la estupidez de un enemigo poderoso. Puesto que Hitler no puede dejar de comprender que el camino del poder pasa por una guerra civil muy dura, sus discursos sobre la vía democrática y pacífica no son, pues, más que una cobertura, es decir, un ardid de guerra. Hay, pues, que estar tanto más en guardia.

¿QUE ESCONDE LA ESTRATAGEMA DE HITLER?

Sus cálculos son totalmente claros y evidentes: intenta adormecer al adversario con la perspectiva más lejana del crecimiento parlamentario de los nazis, para darle, una vez adormecido, en el momento favorable, un golpe mortal. Es perfectamente posible que la admiración de Hitler por el parlamentarismo democrático deba ayudarle en un próximo futuro a realizar una coalición en la que los fascistas ocuparán los puestos más importantes y se servirán de ello... para un golpe de estado. En efecto, es más que evidente que la coalición del Centro con los fascistas sería, no una etapa hacia la solución "democrática" del problema, sino que serviría de trampolín para un golpe de Estado en las condiciones más favorables para el fascismo.

HAY QUE APUNTAR DE CERCA

Todo demuestra que el desenlace, incluso independientemente de la voluntad del estado mayor fascista, se producirá en el transcurso de los próximos meses, si no de las próximas semanas. Esta circunstancia tiene una enorme importancia para la elaboración de una política correcta. Si se admite que los fascistas van a tomar el poder dentro de dos o tres meses, será diez veces más difícil batirse contra ellos el año que viene que no éste. Los planes revolucionarios de todo tipo elaborados a dos, tres o cinco años vista, no son más que charlatanería lamentable y vergonzosa si la clase obrera deja a los fascistas llegar al poder en los dos, tres o cinco próximos meses. En las operaciones militares, como en la política de los momentos de crisis revolucionaria, el factor tiempo tiene una importancia decisiva.

Para ilustrar esta idea tomemos un ejemplo. Hugo Urbahns, que se considera un "comunista de izquierda", declara que el Partido Comunista alemán ha fracasado, que está muerto políticamente, y propone construir un nuevo partido. Si Urbahns tuviese razón, esto significaría que la victoria de los fascistas estaba asegurada, porque son necesarios años para crear un nuevo partido (además, no está probado que el partido de Urbahns vaya a ser mejor que el de Thaelmann: cuando Urbahns estaba a la cabeza del partido no había menos errores).

Si el fascismo conquistase efectivamente el poder, esto significaría no solamente la liquidación física del Partido Comunista, sino también su fracaso político total. Los millones de obreros que forman el proletariado no perdonarían jamás a la Internacional Comunista y a su sección alemana una derrota vergonzosa, infligida por bandas de polvareda humana. Es por esto por lo que la llegada de los fascistas al poder haría necesaria, según todos los indicios, la creación de un nuevo partido y de una nueva internacional. Sería una catástrofe histórica espantosa. Sólo los verdaderos liquidadores, los que se refugian detrás de frases vacías, los que se preparan de hecho a capitular cobardemente antes del combate, consideran desde ahora que todo eso es *inevitable.* Nosotros, los bolcheviques-leninistas, a quienes los estalinistas califican de "trotskistas", no tenemos nada en común con esa gente.

Nosotros estamos firmemente convencidos de que la victoria sobre los fascistas es posible, no después de su Regada al poder, no después de cinco, diez o veinte años de dominación por su parte, sino hoy, en la situación actual, en los próximos meses o a las próximas semanas.

THAELMANN CONSIDERA QUE LA VICTORIA DEL FASCISMO ES INEVITABLE

Para vencer es necesaria una política correcta. Esto implica en particular que hace falta una política adaptada a la situación actual, al reagrupamien-

to actual de fuerzas, y no calculada para una situación que deba llegar dentro de uno, dos o tres años, cuando el problema del poder esté ya resuelto desde hace tiempo.

Todos los males vienen de que la política del Comité Central del Partido Comunista alemán está basada, en parte conscientemente y en parte inconscientemente, en el reconocimiento del carácter inevitable de la victoria del fascismo. En efecto, en su llamamiento en favor del "frente único rojo", publicado el 29 de noviembre, el Comité Central del Partido Comunista alemán parte de la idea de que es imposible vencer al fascismo sin haber vencido previamente a la socialdemocracia alemana. Thaelmann repite esta idea en todos sus artículos. ¿Es correcta esta idea? A escala *histórica,* es completamente cierta. Pero eso no significa en absoluto que se puedan resolver las cuestiones que están a la orden del día gracias a ella, es decir, contentándose con repetirla. Esta idea, correcta desde el punto de vista de la *estrategia* revolucionaria en su conjunto, se convierte en una mentira, incluso en una mentira reaccionaria, una vez que se traduce al lenguaje de la *táctica.* ¿Es cierto que para hacer desaparecer el paro y la miseria hay que destruir previamente el capitalismo? Es cierto. Pero sólo el último de los imbéciles sacará la conclusión de que no debemos combatir hoy con todas nuestras fuerzas contra las medidas que permiten al capitalismo aumentar la miseria de los obreros.

¿Se puede esperar que el Partido Comunista derribe a la socialdemocracia y al fascismo en los próximos meses? Ninguna persona con sentido común, que sepa leer y contar, se arriesgaría a una afirmación semejante. Políticamente, el problema se plantea así ¿Se puede hoy en día, en el transcurso de los próximos meses, es decir, a pesar de la presencia de una socialdemocracia todavía muy potente aunque debilitada, oponer una resistencia victoriosa al ataque del fascismo? El Comité Central del Partido Comunista alemán responde negativamente. En otras palabras, Thaelmann considera la victoria del fascismo como inevitable.

¡VOLVAMOS A LA EXPERIENCIA RUSA!

Para presentar mi idea lo más clara y concretamente posible, voy a retomar la experiencia del levantamiento de Kornílov. El 26 de agosto de 1917 (según el viejo calendario), el general Kornílov lanza un destacamento de cosacos y una división salvaje sobre Petrogrado. En el poder estaba Kerensky, agente de la burguesía y aliado de Kornílov en un setenta y cinco por ciento. Lenin se encontraba en la clandestinidad, acusado de estar al servicio de los Hohenzollern; en esta época, yo estaba encerrado por la misma acusación en una celda de la cárcel de Kresty. ¿Cuál fue entonces la actitud de los

bolcheviques? También tenían derecho a decir: "Para vencer a la banda de Kornílov, hay que vencer a la banda de Kerensky". Lo dijeron más de una vez, porque era correcto y necesario para toda la propaganda futura. Pero eso era absolutamente insuficiente para resistir al Kornílov el 26 de agosto y en los días siguientes, e impedirle ahogar al proletariado de Petrogrado. Es por esto por lo que los bolcheviques no se contentaron con lanzar un llamamiento general a los obreros y a los soldados: "¡Romped con los conciliadores y apoyad el frente único rojo de los bolcheviques!". No, los bolcheviques propusieron a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques un frente único de combate, y crearon con ellos organizaciones comunes para la lucha. ¿Era esto correcto o incorrecto? Que me responda Thaelmann. Para mostrar todavía más claramente cómo se presentaba el frente único, recordaré el episodio siguiente: liberado de la cárcel gracias a una fianza desembolsada por las organizaciones sindicales, fui directamente desde mi celda a una sesión del Comité de Defensa Popular, donde junto con el menchevique Dan y el socialista revolucionario Gots, que eran los aliados de Kerensky y que me habían mantenido en la cárcel, examiné y resolví los problemas de la lucha contra Kornílov. ¿Era esto correcto o incorrecto? Que me responda Remmele.

¿ES BRÜNING UN 'MAL MENOR'?

La socialdemocracia apoya a Brüning, vota por él, asume la responsabilidad de su política ante las masas basándose en la afirmación de que el gobierno Brüning es un "mal menor". Este es el punto de vista que intenta atribuirme la *Rote Fahne,* bajo el pretexto de que yo he protestado contra la participación estúpida y vergonzosa de los comunistas en el referéndum de Hitler. Pero, ¿es que acaso la oposición de izquierda alemana, y yo en particular, hemos pedido que los comunistas voten por Brüning y le den su apoyo? Nosotros, como marxistas, consideramos tanto a Brüning y a Hitler como a Braun como los representantes de un único y mismo sistema. El problema de saber cuál de entre ellos es un "mal menor" carece de sentido, porque su sistema, contra el cual luchamos nosotros, necesita de todos sus elementos. Pero hoy estos elementos están en conflicto, y el partido del proletariado debe utilizar absolutamente este conflicto en interés de la revolución.

En una gama hay siete notas. Preguntarse cuál de las notas es la mejor, *si do, re o sol,* no tiene sentido. Sin embargo, el músico debe saber cuándo y qué tecla golpear. Preguntarse quién es el mal menor, si Brüning o Hitler, carece también de sentido. Pero hay que saber cuál de estas teclas golpear. ¿Está claro? Para los que no lo comprendan, tomemos un ejemplo más. Si uno de mis enemigos me envenena cada día con pequeñas dosis de veneno,

y otro quiere darme un tiro por detrás, yo arrancaré primero el revólver de las manos del segundo, lo que me dará la posibilidad de terminar con el primero. Pero esto no significa que el veneno sea un "mal menor" en comparación con el revólver.

La mala suerte ha querido que los jefes del Partido Comunista alemán se hayan colocado en el mismo terreno que la socialdemocracia, contentándose con invertir los signos: la socialdemocracia vota por Brüning calificándolo de mal menor; los comunistas, que se niegan terminantemente a confiar en Brüning y Braun (y tienen toda la razón), han descendido a la calle para apoyar el referéndum de Hitler, es decir, la tentativa de los fascistas de derrocar a Brüning. Así, han reconocido que Hitler es un mal menor, puesto que una victoria en el referéndum llevaría al poder a Hitler, y no al proletariado. ¡A decir verdad, uno se siente un poco embarazado de explicar una cosa tan elemental! Está mal, muy mal, que músicos como Remmele, en lugar de distinguir las notas, toquen el piano con las botas.

NO SE TRATA DE LOS OBREROS QUE HAN DEJADO LA SOCIALDEMOCRACIA, SINO DE LOS QUE SE QUEDAN CON ELLA

Miles y miles de Noske, de Wels y de Hilferding preferirían a *fin de cuentas* el fascismo antes que el comunismo. Pero para ello deben romper definitivamente con los obreros, lo que no han hecho todavía hoy. La socialdemocracia, con todos sus antagonismos internos entra hoy en un conflicto agudo con los fascistas. Nuestra tarea es utilizar este conflicto, y no reconciliar en el momento crucial a los dos adversarios contra nosotros.

Ahora hay que volverse contra el fascismo formando un solo frente. Y este frente de lucha directa contra el fascismo, formado por todo el proletariado, hay que utilizarlo para un ataque por el flanco, pero tanto mas eficaz, contra la socialdemocracia.

Hay que mostrar en la práctica la mayor disposición para formar con los socialdemócratas un bloque contra los fascistas en todas partes donde estén dispuestos a adherirse a este bloque. Cuando se dice a los obreros socialdemócratas: "Abandonad vuestro partido y uníos a nuestro frente único, al margen de todo partido", no se hace más que añadir una frase huera a millares de otras. Hay que saber arrancar a los obreros de sus jefes en la acción. Y la acción, ahora, es la lucha contra el fascismo.

No hay duda alguna de que hay y habrá obreros socialdemócratas dispuestos a pelear contra el fascismo codo con codo con los obreros comunistas, y eso independientemente e incluso contra la voluntad de las organizaciones socialdemócratas. Evidentemente, hay que establecer los lazos más estrechos posibles con estos obreros de vanguardia. Pero, por el momento,

son poco numerosos. El obrero alemán está educado en un espíritu de organización y de disciplina. Eso tiene su lado bueno y su lado malo. La aplastante mayoría de los obreros socialdemócratas quiere pelear contra los fascistas, pero, por el momento, todavía, únicamente junto con sus organizaciones. Es imposible saltarse esta etapa. Debemos ayudar a los obreros socialdemócratas a verificar en la práctica —en una situación nueva y excepcional— lo que valen sus organizaciones y sus jefes cuando es cuestión de vida o muerte para la clase obrera.

HAY QUE IMPONER A LA SOCIALDEMOCRACIA EL BLOQUE CONTRA LOS FASCISTAS

El destino quiere que haya en el Comité Central del Partido Comunista numerosos oportunistas aterrorizados. Han oído decir que el oportunismo es el amor a los bloques. Es por lo que están contra los bloques. No comprenden la diferencia que puede existir entre un arreglo a nivel parlamentario y un acuerdo de combate, incluso el más modesto, a propósito de una huelga o de la protección de los obreros tipógrafos contra las bandas fascistas.

Los acuerdos electorales, los regateos parlamentarios concluidos entre el partido revolucionario y la socialdemocracia suelen servir, por regla general, a la segunda. Un acuerdo práctico de cara a acciones de masas, por objetivos de lucha, se hace siempre, en provecho del partido revolucionario. El Comité Anglo-Ruso* era una forma inadmisible de bloque entre dos direcciones, bajo una plataforma política común, imprecisa, engañosa y que no obligaba a ninguna acción. Mantener ese bloque durante la huelga general, en la que el Consejo General jugó el papel de rompehuelgas, llevó a los estalinistas a practicar una política de traición.

¡Ninguna plataforma común con la socialdemocracia o los dirigentes de los sindicatos alemanes, ninguna publicación, ninguna bandera, ningún cartel común! ¡Marchar separados, golpear juntos! ¡Ponerse de acuerdo únicamente sobre la manera de golpear, sobre quién y cuándo golpear! Uno puede ponerse de acuerdo con el diablo, con su abuela e incluso con Noske y Grzesinsky. Con la única condición de no atarse las manos.

En fin, hay que poner a punto rápidamente un conjunto práctico de medidas, no con el fin de "desenmascarar" a la socialdemocracia (ante los comunistas), sino con el objetivo de luchar efectivamente contra el fascis-

---

* Se refiere al Comité sindical Anglo-Ruso, constituido en mayo de 1925 por representantes sindicales soviéticos y británicos. Los británicos lo utilizaron como un recurso barato para demostrar su "progresismo" y prevenirse contra las críticas de la izquierda, recurso que les fue especialmente útil de ese momento, poco antes de la huelga general de 1926. El Comité se deshizo cuando los ingleses, que ya no lo necesitaban, se retiraron en 1927.

mo. Este programa debe tratar de la protección de las fábricas, la libertad de acción de los comités de fábrica, la intangibilidad de las organizaciones y las instituciones obreras, el problema de los depósitos de armas de los que puedan apoderarse los fascistas, de las medidas a tomar en caso de peligro, es decir sobre las acciones de lucha de los obreros comunistas y socialdemócratas, etc.

En la lucha contra el fascismo corresponde un lugar inmenso a los comités de fábrica. Sobre este punto, hace falta un programa de acción particularmente preciso. Cada fábrica debe transformase en una fortaleza antifascista con su mando y sus destacamentos de combate. Hay que conseguir el plano de los cuarteles y de otros focos fascistas en cada ciudad, en cada distrito. Los fascistas intentan sitiar los focos revolucionarios. Hay que sitiar al sitiador. El acuerdo en este terreno con las organizaciones sindicales y socialdemócratas es no solamente admisible, sino también obligatorio. Rechazarlo en nombre de consideraciones "de principio" (de hecho por estupidez burocrática o, peor todavía, por cobardía) lleva a ayudar directamente al fascismo.

Desde noviembre de 1930, es decir, desde hace un año, hemos venido proponiendo un programa práctico de acuerdo con los obreros socialdemócratas*. ¿Qué se ha hecho en este sentido? Casi nada. El Comité Central del Partido Comunista se ha ocupado de todo menos de lo que constituía su tarea central. ¡Qué de tiempo precioso se ha perdido! A decir verdad, no queda mucho. El programa de acción debe ser puramente práctico, puramente concreto, sin ninguna "exigencia" artificial, sin ninguna segunda intención, para que todo obrero socialdemócrata pueda decirse: lo que proponen los comunistas es absolutamente indispensable para la lucha contra el fascismo. Sobre esta base, hay que arrastrar con el ejemplo a los obreros socialdemócratas y criticar a sus jefes que, inevitablemente, se opondrán al movimiento y lo frenarán. Sólo en esta vía es posible la victoria.

UNA BUENA CITA DE LENIN

Los epígonos actuales, es decir, los muy malos discípulos de Lenin, adoran cubrir sus lagunas en todos los aspectos con citas que, muy a menudo, no son en absoluto apropiadas. Para un marxista, no es la cita, sino el método correcto lo que permite resolver el problema. Pero con la ayuda de un método correcto no es difícil tampoco encontrar la cita conveniente. Introduciendo al punto la analogía con el levantamiento de Kornílov me he dicho

* Ver *El giro de la IC y la situación en Alemania*, en este volumen.

a mí mismo: seguramente se podrá encontrar en Lenin una interpretación teórica de nuestro bloque con los conciliadores en la lucha contra Kornílov. Y efectivamente, en la segunda parte del tomo XIV de la edición rusa, he encontrado las siguientes líneas de una carta de Lenin al Comité Central, que data de comienzos de septiembre de 1917:

"Incluso ahora, no debemos apoyar al gobierno de Kerensky. Sería faltar a nuestros principios. Se preguntará: ¿No hay que pelear contra Kornílov entonces? Evidentemente que sí. Pero no es la misma cosa, y hay un límite entre las dos; y este límite, ciertos bolcheviques lo franquean, cediendo al espíritu de 'conciliación', dejándose arrastrar por la marea de los acontecimientos".

"Nosotros hacemos y continuaremos haciendo la guerra a Kornílov, pero no apoyamos a Kerensky, al contrario, desvelamos su debilidad. Hay ahí una diferencia. Una diferencia bastante sutil, pero completamente esencial, y que no debemos olvidar. ¿En qué consiste entonces la modificación de nuestra táctica después de la revuelta de Kornílov?".

"En que modificamos la forma de nuestra lucha contra Kerensky. Sin atenuar por nada del mundo nuestra hostilidad hacia el, sin retractarnos de nada de lo que hemos dicho en contra suya, sin renunciar a derrocarle decimos: *hay que tener en cuenta el momento, no intentaremos derrocarle de inmediato,* le combatiremos ahora de otra forma y, más precisamente, *señalando a los ojos del pueblo* (que combate contra Kornílov) *la debilidad y las vacilaciones de Kerensky*".

No proponemos otra cosa: total independencia de la organización comunista y de su prensa, completa libertad para la crítica comunista, incluso en lo que concierne a la socialdemocracia y los sindicatos. Sólo los oportunistas más despreciables pueden admitir la alienación de la libertad del partido comunista (por ejemplo, por la adhesión al Koumintang). Nosotros no somos de ésos.

No debemos retirar nada de nuestra crítica de la socialdemocracia. No debemos olvidar nada del pasado. Ya arreglaremos en el momento adecuado todas nuestras cuentas históricas y, entre ellas, nuestra cuenta por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. De la misma forma, nosotros, los bolcheviques rusos, hemos presentado una cuenta global a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios por las persecuciones, las calumnias, las detenciones, las muertes de obreros, de soldados y de campesinos.

Pero hemos presentado esta factura dos meses después de haber utilizado los arreglos de cuentas particulares entre Kerensky y Kornílov, entre los "demócratas" y los fascistas. Es sólo gracias a ello que hemos vencido.

Si el Comité Central del Partido Comunista Alemán hace suya la posición que está expresada en la cita de Lenin, toda la actitud hacia las masas socialdemócratas y las organizaciones sindicales cambiará inmediatamente:

en lugar de los artículos y los discursos que solamente son convincentes para los que ya están convencidos por adelantado, los agitadores encontrarán un lenguaje común con nuevos centenares de miles y millones de obreros. La diferenciación en el seno de la socialdemocracia se acelerará. Los fascistas se darán cuenta pronto de que no se trata ya de engañar a Brüning, Braun y Wels, sino de aceptar la lucha abierta contra toda la clase obrera. Sobre esta base, se producirá inmediatamente una profunda diferenciación en el seno del fascismo. Sólo esta vía hace posible la victoria.

Pero hay que *querer* esta victoria. Sin embargo, entre los funcionarios comunistas hay desgraciadamente, ¡ay! carreristas miedosos y bonzos que adoran su pequeño puesto, su salario, y todavía más su piel. Estos individuos se sienten muy inclinados a hacer exhibición de frases ultraizquierdistas que disimulan un fatalismo lastimoso y despreciable. "¡No se puede luchar contra el fascismo sin haber vencido a la socialdemocracia!" dice el feroz revolucionario... mientras prepara un pasaporte para el extranjero.

Obreros comunistas, sois cientos de miles, millones, no tenéis ninguna parte adonde ir, no habrá suficientes pasaportes para nosotros. Si el fascismo llega al poder, pasará como un temible tanque sobre vuestros cráneos y vuestros espinazos. La salvación se encuentra únicamente en una lucha sin cuartel. Sólo la aproximación en la lucha con los obreros socialdemócratas puede aportar la victoria. ¡Apresuraos, obreros comunistas, porque os queda poco tiempo!

¿Y ahora?*

– Problemas vitales del proletariado alemán –

Prefacio

El capitalismo ruso ha mostrado ser, debido a su extremo retraso, el eslabón más débil de la cadena imperialista. El capitalismo alemán aparece en la situación actual como el eslabón más débil por la razón opuesta: es el capitalismo más avanzado en una Europa que se encuentra en una situación sin salida. Cuanto más se afirma el carácter dinámico de las fuerzas productivas en Alemania, más se ahogan éstas en el sistema estatal de Europa, parecido al "sistema" de jaulas de un miserable parque zoológico provincial. Cada cambio de la coyuntura coloca al capitalismo alemán ante tareas que se vería forzado a resolver mediante la guerra. Por medio del gobierno de los Hohenzollern, la burguesía alemana se lanzó a "organizar Europa". Por medio del gobierno de Brüning-Curtius ha intentado realizar la unión aduanera con Austria. ¡Qué terrible reducción de las tareas, de las posibilidades, de las perspectivas! Pero fue necesario renunciar también a esta unión. El sistema europeo tiene los pies de barro. Si varios millones de austriacos se uniesen a Alemania, la gran hegemonía salvadora de Francia podría derrumbarse.

Europa, y sobre todo Alemania, no pueden progresar por la vía capitalista. Si la crisis actual fuese superada temporalmente gracias al juego automático de las fuerzas del capitalismo mismo —sobre las espaldas de los obreros—, esto implicaría el renacimiento en breve plazo de todas las contradicciones bajo una forma todavía más concentrada.

El peso de Europa en la economía mundial no puede más que disminuir. Las etiquetas americanas, Plan Dawes, Plan Young, moratoria Hoover, se adhieren sólidamente en la frente de Europa. Europa está sometida a la ración americana.

---

* Escrito el 25 de enero de 1932, fue publicado originalmente en ruso en Berlín, 1932, bajo el título de *La revolución alemana* y *la burocracia estalinista.*

El declive del capitalismo implica la podredumbre social y cultural. La vía de la diferenciación sistemática dentro de las naciones, del crecimiento del proletariado al precio de la disminución de las clases medias, está cerrada. Una prolongación posterior de la crisis social no puede significar más que una pauperización de la pequeña burguesía y una degeneración de capas cada vez más amplias del proletariado en lumpemproletariado. Este peligro, que es más grave, aprieta por la garganta a la vanguardia alemana.

La burocracia socialdemócrata es la parte más podrida de la Europa capitalista en proceso de putrefacción. Empezó su camino histórico bajo la bandera de Marx y Engels. Se fijó como objetivo el derrocamiento de la dominación de la burguesía. El potente ascenso del capitalismo la ha inspirado y la ha arrastrado tras de si. En nombre de la reforma ha renunciado a la revolución, primero de hecho y después de palabra. Evidentemente, Kautsky ha defendido todavía durante mucho tiempo la fraseología revolucionaria, adaptándola a las necesidades del reformismo. Bernstein, por el contrario, ha exigido que se renunciase a la revolución: el capitalismo entra en un período de prosperidad pacifica, sin crisis ni guerras. Una predicción ejemplar. Puede parecer que entre Kautsky y Bernstein hay una contradicción irreductible. De hecho, se complementan simétricamente el uno al otro, como la bota izquierda y la bota derecha del reformismo.

La guerra estalló. La socialdemocracia apoyó la guerra en nombre de la prosperidad futura. En lugar de la prosperidad vino el declive. Hoy no se trata ya de deducir la necesidad de la revolución del fracaso del capitalismo; ni de reconciliar a los obreros con el capitalismo por medio de reformas. La nueva política de la socialdemocracia consiste en salvar la sociedad burguesa renunciando a las reformas.

Pero la decadencia de la socialdemocracia no se termina ahí. La crisis actual del capitalismo agonizante ha obligado a la socialdemocracia a renunciar a los frutos de una larga lucia económica y política y a devolver a los obreros alemanes al nivel de vida de sus padres, de sus abuelos e incluso de sus tatarabuelos. No hay cuadro histórico más trágico y al mismo tiempo más repelente que la podredumbre perniciosa del reformismo en medio de los residuos de todas sus conquistas y todas sus esperanzas. El teatro anda en busca del modernismo. Que ponga en escena más a menudo *Los Tejedores* de Hauptmann, la más actual de todas las obras. Pero que el director del teatro no olvide reservar las primeras filas a los jefes de la socialdemocracia.

Por lo demás, no tienen nada que hacer con el espectáculo: han llegado al límite extremo de sus facultades de adaptación. Hay un umbral por debajo del cual la clase obrera alemana no puede descender por mucho tiempo. No obstante, el régimen burgués que lucha por su existencia no quiere reconocer este umbral. Los decretos de excepción de Brüning no son más

que un principio, para tantear el terreno. El régimen de Brüning se mantiene gracias al apoyo cobarde y pérfido de la burocracia socialdemócrata, la cual, a su vez, se apoya sobre la confianza mitigada y llevada con desagrado de una parte del proletariado. El sistema de los decretos burocráticos es inestable, incierto y poco viable. El capital necesita una política distinta y más decisiva. El apoyo de la socialdemocracia, que no puede olvidar a sus propios obreros, no solo es insuficiente para que pueda alcanzar sus objetivos, sino que empieza ya incluso a molestarle. El período de las medidas a medias ya ha pasado. Para intentar encontrar una salida, la burguesía debe librarse definitivamente de la presión de las organizaciones obreras, debe barrerlas, aniquilarlas, dispersarlas.

Aquí comienza la misión histórica del fascismo. Vuelve a meter en cintura a las clases que se encuentran inmediatamente por encima del proletariado y que temen ser precipitadas a sus filas, las militariza gracias a los medios del capital financiero, bajo la cobertura del Estado oficial, y las envía a aplastar las organizaciones proletarias, desde las más revolucionarias hasta las más moderadas.

El fascismo no es solamente un sistema de represión, violencia y terror policiaco. El fascismo es un sistema particular de Estado basado en la extirpación de todos los elementos de la democracia proletaria en sociedad burguesa. La tarea del fascismo no es solamente destruir a la vanguardia comunista, sino también mantener a toda la clase en una situación de atomización forzada. Para esto no basta con exterminar físicamente a la capa más revolucionaria de los obreros. Hay que aplastar todas las organizaciones libres e independientes, destruir todas las bases de apoyo del proletariado y aniquilar los resultados de tres cuartos de siglo de trabajo de la socialdemocracia y los sindicatos. Porque es sobre este trabajo sobre lo que, en última instancia, se apoya el partido comunista.

La socialdemocracia ha preparado todas las condiciones para la victoria del fascismo. Pero, por eso mismo, ha preparado las condiciones de propia liquidación política. Es totalmente correcto achacar a la socialdemocracia la responsabilidad de la legislación de excepción de Brüning, como de la amenaza de la barbarie fascista. Pero es absurdo identificar socialdemocracia con el fascismo.

Con su política durante la Revolución de 1848, la burguesía preparó el triunfo de la contrarrevolución, que inmediatamente después redujo al liberalismo a la impotencia. Marx y Engels fustigaron a la burguesía liberal alemana tan violentamente como Lassalle, y de manera más profunda que éste. Pero en la medida en que los lassalleanos metían en el mismo saco reaccionario a la contrarrevolución feudal y a la burguesía liberal, Marx y Engels se indignaban con razón por este ultraizquierdismo erróneo. La posición errónea de los lassalleanos les convirtió, en ciertas ocasiones, en cóm-

plices de la monarquía a pesar del carácter globalmente progresista de su trabajo, infinitamente más importante que el trabajo de los liberales.

La teoría del "socialfascismo" reproduce el error fundamental de los lassalleanos sobre bases históricas nuevas. Al colgar a los nacionalsocialistas y a los socialdemócratas la misma etiqueta fascista, la burocracia estalinista se ha embarcado en acciones como el apoyo al referéndum de Hitler: eso no es mejor que las combinaciones de los lassalleanos con Bismarck.

En su lucha contra la socialdemocracia, los comunistas alemanes deben apoyarse en la etapa actual sobre dos posiciones distintas: a) la responsabilidad política de la socialdemocracia en lo que concierne a la potencia del fascismo; b) la incompatibilidad absoluta que existe entre el fascismo y las organizaciones obreras sobre las que se apoya la socialdemocracia.

Las contradicciones del capitalismo alemán han alcanzado hoy tal tensión que es inevitable una explosión. La capacidad de adaptación de la socialdemocracia ha alcanzado el techo que precede a la autoliquidación. Los errores de la burocracia estalinista han alcanzado los límites de la catástrofe. Esos son los tres términos de la ecuación que caracteriza la situación en Alemania Todo se mantiene sobre el filo de una navaja de afeitar.

Cuando se sigue la situación alemana en los periódicos que llegan con un retraso de casi una semana, cuando un manuscrito necesita una semana más para franquear la distancia que separa Constantinopla de Berlín, cuando son necesarias todavía más semanas para que un folleto llegue a manos del lector, uno se dice involuntariamente: ¿no será demasiado tarde? Y se responde cada vez: no, los ejércitos que participan en este combate son demasiado gigantescos para que haya que temer una decisión simultánea y fulminante. Las fuerzas del proletariado alemán no están agotadas. Ni siquiera se han puesto todavía en marcha. La lógica de los hechos hablará cada día de forma más imperativa. Eso justifica la tentativa del autor de hacer de su voz, incluso con un retraso de varias semanas, lo que es decir de todo un período histórico.

La burocracia estalinista ha decidido que desempeñaría mejor su trabajo si encerraba al autor de estas líneas en Prinkipo. Ha conseguido del socialdemócrata Hermann Müller que niegue su visado a... un "menchevique": el frente único fue realizado en esta ocasión sin vacilaciones ni dilaciones. Hoy, los estalinistas declaran en la prensa oficial soviética que yo "defiendo" al gobierno de Brüning en colaboración con la socialdemocracia, que se agita para que no me concedan el derecho a entrar en Alemania. Mejor que indignarse de esta bajeza es reírse de esta estupidez. Pero no nos riamos demasiado tiempo, porque tenemos poco.

No hay duda alguna de que la evolución de la situación demostrará la corrección de lo que afirmamos. Pero, ¿por qué vía administrará la historia esta prueba: por la del fracaso de la fracción estalinista o por la de la victo-

ria de la política marxista? Todo el problema está ahí. Se trata del destino del pueblo alemán, y no solamente de él.

Los problemas que se examinan en este folleto no vienen de ayer. Hace ya nueve años que la dirección de la Internacional Comunista se ocupa de revisar los valores y se esfuerza en desorganizar la vanguardia Internacional del proletariado, por medio de convulsiones tácticas cuya suma es lo que se llama la "línea general". La Oposición de Izquierda rusa (los bolcheviques-leninistas) se ha formado sobre la base no solamente de los problemas rusos, sino también de los problemas internacionales. Y los problemas del desarrollo revolucionario de Alemania no están en el último lugar de sus preocupaciones. Los desacuerdos serios sobre esta cuestión aparecieron ya en 1923. El autor de estas páginas se ha expresado en varias ocasiones sobre las cuestiones en debate. Una parte importante de sus obras críticas está incluso editada en alemán. El presente folleto se sitúa en la línea de trabajo teórico y político de la Oposición de Izquierda. Muchas de las cosas que aquí no son mencionadas más que de pasada han sido en su momento objeto de un estudio detallado. Debo remitir al lector, en particular, a mis libros *La Internacional Comunista después de Lenin, La revolución permanente**, etc. Ahora que los desacuerdos se presentan ante todo el mundo bajo el aspecto de un gran problema histórico, se puede apreciar mejor y más profundamente su origen. Para un revolucionario serio, para un marxista auténtico, esto es absolutamente necesario. Los eclécticos viven de pensamientos episódicos, de improvisaciones que surgen bajo la presión de los acontecimientos. Los cuadros marxistas, capaces de dirigir la revolución proletaria, se educan mediante un estudio profundo, permanente y continuado de las tareas y las divergencias.

1. LA SOCIALDEMOCRACIA

El "Frente de Hierro" es esencialmente un bloque que han constituido las organizaciones sindicales socialdemócratas, potentes por sus efectivos, con los grupos impotentes de los "republicanos" burgueses, que han perdido todo apoyo en el pueblo y toda seguridad. Si los cadáveres no sirven de nada para la lucha, son bastante buenos para impedir a los vivos combatir. Los jefes socialdemócratas utilizan a sus aliados burgueses para frenar a las organizaciones obreras. La lucha, la lucha... pero eso es tan solo charlatanería. Con la ayuda de Dios, todo acabará por ponerse en su lugar sin efusión de sangre. ¿Se decidirán verdaderamente los fascistas a pasar de las pala-

---

* *La revolución permanente*. Fundación Federico Engels, Madrid 2001.
La IC después de Lenin. Akal Ed., Madrid.

bras a los hechos? En lo que se refiere a los socialdemócratas, no se han decidido jamás, y, sin embargo, no son peores que los otros.

En caso de peligro real, la socialdemocracia no pone sus esperanzas en el "Frente de Hierro", sino en la policía prusiana. ¡Mal cálculo! El hecho de que los policías hayan sido elegidos en una parte importante entre los obreros socialdemócratas no quiere decirlo todo. Aquí, una vez más, es la existencia la que determina la conciencia. El obrero, convertido en policía al servicio del Estado capitalista, es un policía burgués y no un obrero. En el curso de los últimos años, estos policías han debido enfrentarse mucho más a menudo a los obreros revolucionarios que a los estudiantes nacionalsocialistas. Por semejante escuela no se pasa sin quedar marcado. Y lo esencial es que todo policía sabe que los gobiernos pasan, pero la policía continúa.

Un artículo del número de Año Nuevo del Órgano de discusión de la socialdemocracia, *Das Freie Wort* (¡qué periódico tan despreciable!) Explica el sentido profundo de la política de "tolerancia". Frente a la policía y a la *Reichswehr*, no parece que Hitler pueda llegar nunca al poder. En efecto, la *Reichswehr*, según la Constitución, depende del presidente de la república. Como consecuencia, el fascismo no es peligroso mientras haya a la cabeza del Estado un presidente fiel a la Constitución. Hay que apoyar al gobierno Brüning hasta las elecciones presidenciales para elegir, aliándose con la burguesía parlamentaria, un presidente constitucional y cerrar así por siete años el camino del poder a Hitler. Reproducimos con mucha exactitud el contenido del artículo[1]. Un partido de masas que arrastra tras de sí a millones de personas (¡hacia el socialismo!) cree que el problema de saber quién ocupará el poder en la Alemania de hoy, conmovida de un extremo a otro, no depende de la combatividad del proletariado alemán, ni de las columnas de asalto del fascismo, ni siquiera de la composición de la *Reichswehr*, sino del hecho de que el puro espíritu de la Constitución de Weimar (con la indispensable cantidad de alcanfor y naftalina) sea o no instalado en el palacio presidencial. ¿Y qué pasará si, en determinada situación, el espíritu de Weimar admite, en colaboración de Bethmann-Hollweg, que "la necesidad hace la ley"? ¿Y qué pasará si el frágil envoltorio del espíritu de Weimar, a pesar del alcanfor y la naftalina, se desgarra en el momento menos propicio? ¿Y qué pasará si...? pero son infinitas las preguntas de este tipo.

---

1. El artículo está modestamente firmado con las iniciales E. H. Hay que reproducirlas para nuestros descendientes. Las generaciones de obreros de diferentes países no han trabajado para nada. Los grandes pensadores y combatientes revolucionarios no han pasado por la tierra sin dejar huella. E. H. existe, vigila e indica al proletariado alemán el camino o seguir.
Las malas lenguas afirman que E. H. está emparentado con E. Heilmann, que se ha deshonrado durante la guerra por un chovinismo particularmente crapuloso. Es difícil de creer: ¡un espíritu tan brillante! (N. A.)

Los políticos del reformismo, esos negociantes hábiles, esos viejos expertos en la intriga y el carrerismo, esos hombres experimentados en las combinaciones parlamentarias y ministeriales, se revelan —no puedo encontrar una expresión más suave— como perfectos imbéciles desde el momento en que la marcha de los acontecimientos les proyecta fuera de su esfera habitual y los confronta a hechos importantes.

Colocar sus esperanzas en un presidente es también colocar sus esperanzas en el "Estado". De cara al próximo enfrentamiento entre el proletariado y la pequeña burguesía fascista —los dos campos que constituyen la inmensa mayoría de la nación alemana—, los marxistas de *Vorwärts* piden la ayuda del sereno. ¡Estado, intervén! *(Staat, grief zu!)*. Esto significa: "Brüning, no nos obligues a defendernos con la fuerza de las organizaciones obreras, porque eso pondrá en movimiento a todo el proletariado, y entonces el movimiento desbordará a las cabezas calvas del gobierno: empezará por ser un movimiento antifascista y terminará siendo un movimiento comunista".

A esto, Brüning, si no prefiriera callarse, podría responder: "Yo no podría cortar el paso al fascismo con las fuerzas de la policía, aunque quisiera; pero no querría, aunque pudiera. Poner en movimiento a la *Reichswehr* contra los fascistas significarla partirla en dos, si no ponerla en movimiento contra él en su totalidad; y, lo que es todavía más importante: emplear el aparato burocrático contra los fascistas significaría dejar las manos libres a los obreros, darles una libertad de acción total: las consecuencias serían las mismas que vosotros, los socialdemócratas, teméis, y que yo, por esta razón, temo doblemente".

Los llamamientos de la socialdemocracia producirán en el aparato del Estado, en los jueces, en la *Reichswehr*, en la policía, el efecto contrario del esperado. El funcionario más "ideal", el más "neutral", el menos ligado a los nacionalsocialistas, se hace el razonamiento siguiente: "Los socialdemócratas tienen a millones de obreros tras de ellos; tienen en sus manos medios inmensos: la prensa, el parlamento, los municipios; se trata de su propio pellejo, tienen asegurado el apoyo de los comunistas en la lucha contra los fascistas; y, a pesar de eso, estos señores omnipotentes se dirigen a mí, un simple funcionario, para que les salve de los ataques de un partido que cuenta con varios millones de miembros, y cuyos dirigentes pueden ser mañana mis jefes. Muy mal, y sin ninguna perspectiva, deben irles las cosas a los señores socialdemócratas... Para mí, como funcionario, ha llegado el momento de pensar en mi propia piel". El resultado es que el funcionario "ideal", "neutral", que vacilaba hasta ayer, tomará forzosamente medidas de precaución, es decir, se ligará a los nacionalsocialistas para asegurar su porvenir. Así es como los reformistas, que se sobreviven a sí mismos, trabajan para los fascistas debido a su línea burocrática.

Parásita de la burguesía, la socialdemocracia está condenada a un miserable parasitismo ideológico. Tan pronto retoma las ideas de los economistas burgueses como se esfuerza por utilizar las migajas del marxismo. Habiendo retomado de mi folleto algunas consideraciones contra la participación del Partido Comunista en el referéndum de Hitler, Hilferding concluye: "A decir verdad, no hay nada que añadir a estas líneas para explicar la táctica de la socialdemocracia con respecto al gobierno Brüning". Y Remmele y Thalheimer declaran: "Miren, Hilferding se apoya en Trotsky". Y un libelo fascista añade: "La recompensa de Trotsky por este asunto es la promesa de un visado". Entra en escena un periodista estalinista que telegrafía a Moscú la declaración de la prensa fascista. La redacción de *Izvestia,* en la que se encuentra el miserable Radek, imprime el telegrama. Esta cadena merece ser destacada antes de pasar a otras cosas.

Volvamos sobre problemas más serios. Hitler puede darse el lujo de una lucha contra Brüning, únicamente porque el régimen burgués, en su totalidad, se apoya sobre las espaldas de la mitad de la clase obrera, que está dirigida por Hilferding y Cia. Si la socialdemocracia no hubiese practicado una política de traición de clase, Hitler, sin hablar del hecho de que no habría adquirido jamás la fuerza que hoy tiene, se habría agarrado al régimen de Brüning como a una boya de salvamento. Si los comunistas hubiesen derrocado a Brüning junto con la socialdemocracia, esto habría sido un hecho de una importancia política enorme. Sus consecuencias, en todo caso, habrían superado a los dirigentes socialdemócratas. Hilferding intenta encontrar una justificación de su traición en nuestra crítica, en donde exigíamos a los comunistas que considerasen la traición de Hilferding como un hecho.

Aunque Hilferding no tenga "nada que añadir" a las palabras de Trotsky, añade al menos algo: las relaciones de fuerzas, dice, son tales que, incluso en el caso de que tuvieran lugar acciones comunes de los obreros comunistas y socialdemócratas, sería imposible "aunque se intensificase la lucha, derrocar al enemigo y apoderarse del poder". El centro de gravedad del problema está en esta afirmación hecha de paso, sin ninguna prueba que la apoye. Según Hilferding, en la Alemania contemporánea, en la que el proletariado constituye la mayoría de la población y la fuerza productiva decisiva de la sociedad, ¡la lucha en común de la socialdemocracia y el Partido Comunista no podría dar el poder al proletariado! Pero, entonces ¿cuándo podría pasar el poder a manos del proletariado? Antes de la guerra existía la perspectiva del crecimiento automático del capitalismo, del crecimiento del proletariado y del crecimiento paralelo de la socialdemocracia. La guerra ha puesto fin a este proceso y, a partir de ese momento, no hay fuerza en el mundo capaz de restablecerlo. La podredumbre del capitalismo implica que el problema del poder debe ser resuelto sobre la base de las fuerzas productivas actuales. Al prolongar la agonía del régimen ca-

pitalista, la socialdemocracia conduce todavía a la mayor decadencia posterior de la economía, a la desintegración del proletariado, a la gangrena social. No tiene otras perspectivas, y mañana será peor que hoy, y pasado mañana peor que mañana. Pero los dirigentes de la socialdemocracia ya no se atreven a mirar el porvenir cara a cara. Poseen todas las taras de una clase dirigente condenada a desaparecer: insolencia, parálisis de la voluntad, tendencia a dar la espalda a los acontecimientos y a esperar milagros. Si se piensa, las investigaciones económicas de Tarnow tienen la misma función que las revelaciones consoladoras de Rasputín...

Los socialdemócratas, aliados con los comunistas, no podrían adueñarse del poder. Aquí se ve bien al pequeñoburgués cultivado (gebildet), infinitamente cobarde y orgulloso, lleno de la cabeza a los pies de desconfianza hacia las masas.

La socialdemocracia y el Partido Comunista reúnen entre los dos alrededor del 40 % de los votos, sin tener en cuenta el hecho de que las traiciones de la socialdemocracia y los errores del Partido Comunista rechazan a millones de obreros al campo de la indiferencia o incluso al del nacionalsocialismo. El mero hecho de que estos dos partidos llevasen a cabo acciones comunes haría aumentar considerablemente la fuerza política del proletariado, ofreciendo así nuevas perspectivas a las masas. Pero partamos del 40 %. Puede ser que Brüning o Hitler tengan más. Pero solo estos tres grupos: el proletariado, el Partido de Centro o los fascistas, pueden dirigir Alemania. La pequeña burguesía cultivada está penetrada hasta la médula de los huesos por esta verdad: el representante del capital no necesita más que el 2 % de los votos para gobernar, porque la burguesía posee los bancos, los *trusts*, los carteles, los ferrocarriles. Es cierto que nuestro pequeñoburgués estaba dispuesto hace doce años a "socializar" todo eso. ¡Todo puede ocurrir! Un programa de socialización —sí, expropiación de los expropiadores— no, porque eso es ya el bolchevismo.

Hasta aquí hemos analizado la correlación de fuerzas haciendo un corte a nivel parlamentario. Pero ese es Un espejo deformante. La representación parlamentaria de una clase oprimida está considerablemente por debajo de su fuerza real, e inversamente, la representación de la burguesía, incluso un día antes de su caída, será siempre la mascarada de su fuerza imaginaria. Solo la lucha revolucionaria deja al desnudo la verdadera correlación de fuerzas, barriendo todo lo que pueda ocultarla. En la lucha directa e inmediata por el poder, el proletariado desarrolla una fuerza infinitamente superior a su expresión en el parlamento, siempre a condición de que no le paralicen un sabotaje interno, el *austromarxismo* u otras formas de traición. Recordemos una vez más la lección incomparable de la historia. Cuando los bolcheviques se habían apropiado, y solidamente, del poder, no disponían más que de un tercio de los votos en la Asamblea Constituyente, lo

que, junto con los socialistas revolucionarios de izquierda, sumaba menos del 40 %. Y a pesar de la espantosa destrucción económica, de la guerra, de la traición de la socialdemocracia europea y sobre todo de la socialdemocracia alemana, a pesar de la reacción de laxitud que había seguido a la guerra, a pesar del desarrollo de un estado de ánimo thermidoriano, el primer Estado obrero se mantiene desde hace catorce años. ¿Qué podemos decir, entonces, de Alemania? Cuando el obrero socialdemócrata se subleve junto al obrero comunista para tomar el poder, la tarea estará resuelta en sus nueve décimas partes.

Sin embargo, declara Hilferding, si la socialdemocracia hubiese votado contra el gobierno Brüning y lo hubiera derrocado de este modo, eso habría tenido como consecuencia la llegada de los fascistas al poder. Ciertamente, a nivel parlamentario el problema se presenta de esta forma; pero el nivel parlamentario no nos interesa aquí. La socialdemocracia sólo podía negar su apoyo a Brüning si se embarcaba en la vía de la lucha revolucionaria. O el apoyo a Brüning o la lucha por la dictadura del proletariado. No existe una tercera solución. El voto de la socialdemocracia contra Brüning habría modificado inmediatamente la correlación de fuerzas, no sólo sobre el tablero de ajedrez parlamentario, donde los peones se habrían visto de nuevo bajo la mesa, sino en la arena de la lucha de clases revolucionaria. Con un giro semejante, las fuerzas de la clase obrera se habrían visto multiplicadas no por dos, sino por diez, porque el factor moral no ocupa el último lugar en la lucha de clases, y menos en los momentos de los grandes giros históricos. (Una corriente moral de alta tensión habría atravesado a todos los estratos del pueblo. El proletariado se habría dicho a si mismo, con seguridad, que era el único capaz de dar una nueva orientación, superior, a la vida de esta gran nación. La desagregación y la descomposición del ejército de Hitler habían comenzado antes incluso de los combates decisivos. Efectivamente, no se habrían podido evitar los enfrentamientos; pero la firme voluntad de ganar y una dura ofensiva habría hecho la victoria infinitamente más fácil de lo que pueda imaginársela hoy el revolucionario más optimista.

Para eso falta sólo una cosa: el paso de la socialdemocracia a la vía de la revolución. Después de la experiencia de los años 1914-1932, sería una ilusión ridícula esperar un giro voluntario por parte de los dirigentes. En lo que concierne a la mayoría de los obreros socialdemócratas, esto es ya otro asunto: pueden dar el giro y lo harán; sólo hace falta ayudarles. Pero será un giro no solamente contra el Estado burgués, sino también contra las esferas dirigentes de su propio partido.

Y al llegar ahí, nuestro austromarxista, el que no tiene "nada que añadir" a nuestras palabras, intentará una vez más oponernos citas sacadas de nuestros propios trabajos: ¿No hemos escrito, en efecto, que la política de la burocracia estalinista se presentaba como una serie de errores, no hemos

fustigado la participación del Partido Comunista en el referéndum de Hitler? Lo hemos escrito y la hemos fustigado. Pero nosotros luchamos contra la dirección de la Internacional Comunista precisamente porque es incapaz de hacer estallar la socialdemocracia, de arrancar a las masas a su influencia y de liberar la locomotora de la historia de su freno oxidado. Con sus actuaciones, con sus errores, la burocracia estalinista permite a la socialdemocracia mantenerse y caer cada vez de nuevo sobre los pies.

El Partido Comunista es un partido proletario, antiburgués, aunque esté dirigido de forma errónea. La socialdemocracia, a pesar de su composición obrera, es un partido enteramente burgués, dirigido en condiciones "normales" de forma muy hábil desde el punto de vista de los objetivos de la burguesía; pero este partido no sirve de nada en condiciones de crisis social. Los dirigentes socialdemócratas se ven completamente forzados, incluso contra su voluntad, a admitir el carácter burgués de su partido. A propósito de la crisis y del paro, Tarnow repite las frases usadas sobre la "vergüenza de la civilización capitalista", de la misma manera que un pastor protestante habla del pecado de la riqueza. Tarnow habla del socialismo como hablan los curas de la recompensa del más allá; pero se expresa de forma totalmente diferente sobre los problemas concretos: "Si el 13 de septiembre no se hubiese dibujado ese espectro (el del paro) detrás de las urnas, este día habría tenido en la historia de Alemania una fisonomía totalmente distinta" (informe al congreso de Leipzig). La socialdemocracia ha perdido electores y votos porque el capitalismo ha revelado en la crisis cuál es su verdadero rostro. La crisis no ha reforzado al partido del "socialismo", sino que, por el contrario, lo ha debilitado, de la misma forma que ha reducido la circulación de mercancías, el dinero de las cajas de los bancos, la suficiencia de Hoover y Ford, la renta del príncipe de Mónaco, etc. Las valoraciones más optimistas de la coyuntura hay que buscarlas ahora no ya en la prensa burguesa, sino en la prensa socialdemócrata. ¿Puede haber una demostración más indiscutible del carácter burgués de este partido? Si la enfermedad del capitalismo implica la enfermedad de la socialdemocracia, la muerte próxima del capitalismo no puede dejar de significar la muerte próxima de la socialdemocracia. Un partido que se apoya en los obreros pero que está al servicio de la burguesía no puede, en un período de extrema exacerbación de la lucha de clases, dejar de emanar cierto olor a sarcófago.

2. DEMOCRACIA Y FASCISMO

El XI Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha admitido la necesidad de terminar con las visiones erróneas que se basan en la "construcción liberal de la contradicción entre el fascismo y la democracia

burguesa, entre las formas parlamentarias de la dictadura de la burguesía y sus formas abiertamente fascistas...". El fondo de esta filosofía estalinista es muy simple: partiendo de la negación marxista de la existencia de una contradicción *absoluta,* saca como consecuencia una negación de la contradicción en *general,* incluso en términos relativos. Es el error típico del izquierdismo vulgar. Porque si no existe *ninguna* contradicción entre la democracia y el fascismo, ni siquiera al nivel de las formas que toma la dominación de la burguesía, estos dos regímenes deberán simplemente coincidir. De ahí la conclusión socialdemocracia = fascismo. Pero, ¿por qué se llama entonces a la socialdemocracia socialfascismo? Hasta el momento no hemos recibido ninguna explicación de lo que significa en esta relación el término "social"[2].

No obstante, las decisiones de los plenos del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no modifican en nada las cosas. Existe una contradicción entre el fascismo y la democracia. No es absoluta, o, para utilizar el lenguaje del marxismo, no expresa la dominación de dos clases irreductibles. Pero designa dos sistemas de dominación de una única y misma clase. Estos dos sistemas, parlamentario democrático y fascista, se apoyan sobre diferentes combinaciones de las clases oprimidas y explotadas y entran inevitablemente en conflicto agudo el uno con el otro.

La socialdemocracia, el principal representante hoy del régimen parlamentario burgués, se basa en los obreros. El fascismo se basa en la pequeña burguesía. La socialdemocracia no puede tener influencia sin las organizaciones obreras de masas. El fascismo no puede instaurar su poder sino una vez destruidas las organizaciones obreras. El parlamento es la arena principal de la socialdemocracia. El sistema fascista se basa en la destrucción del parlamentarismo. Para la burguesía monopolista, los regímenes parlamentario y fascista no son más que instrumentos diferentes de su dominación: recurre a uno o a otro según las condiciones históricas. Pero tanto para la socialdemocracia como para el fascismo, la elección de un instrumento u otro tiene una significación independiente, más aún, es para ellos una cuestión de vida o muerte política.

---

2. Entre los metafísicos (gente que piensa de forma antidialéctica), la misma abstracción cumple dos, tres o quizá más funciones, a menudo totalmente opuestas. La "democracia" en general y el "fascismo" en general, como ya hemos visto, no se diferencian en nada la una del otro. Pero eso no impide que pueda existir todavía sobre la tierra "la dictadura democrática de obreros y campesinos" (para China, India, España). ¿Dictadura del proletariado? No. ¿Dictadura capitalista? No. ¿Entonces qué? ¡Democrática! Se descubre que sobre la tierra existe todavía una democracia en estado puro, por encima de las clases. Y, a pesar de ello, el XI pleno ha explicado que la democracia no se diferencia en nada del fascismo. ¿Es que, en tal caso, la dictadura democrática se distingue en algo de... la dictadura fascista?
Sólo un individuo muy inocente podría esperar de los estalinistas una respuesta honesta y seria a esta cuestión de principio. De hecho, no habría más que injurias suplementarias, esto es todo. Y, sin embargo, el futuro de la revolución en Oriente está ligado a este problema. (N. A.)

El régimen fascista ve llegar su turno porque los medios "normales", militares y policiales de la dictadura burguesa, con su cobertura parlamentaria, no son suficientes para mantener a la sociedad en equilibrio. A través de los agentes del fascismo, el capital pone en movimiento a las masas de la pequeña burguesía irritada, a las bandas del lumpemproletariado desclasadas y desmoralizadas, a todos esos innumerables seres humanos a los que el mismo capital financiero ha empujado a la rabia y la desesperación. La burguesía exige del fascismo un trabajo completo: puesto que ha aceptado los métodos de la guerra civil, quiere lograr la calma para varios años. Y los agentes del fascismo, utilizando a la pequeña burguesía como ariete y destruyendo todos los obstáculos a su paso, desempeñarán bien su trabajo. La victoria del fascismo conduce a que el capital financiero coja directamente en sus tenazas de acero todos los órganos e instrumentos de dominación, de dirección y de educación: el aparato del Estado con el ejército, los municipios, las universidades, las escuelas, la prensa, las organizaciones sindicales, las cooperativas. La fascistización del Estado no implica solamente la "mussolinización" de las formas y los métodos de gobierno —en este terreno, los cambios juegan a fin de cuentas un papel secundario— sino, antes que nada y sobre cualquier otra cosa, el aplastamiento de las organizaciones obreras: hay que reducir al proletariado a un estado de apatía completa y crear una red de instituciones que penetren profundamente en las masas, para obstaculizar toda cristalización independiente del proletariado. Es precisamente aquí donde reside la esencia del régimen fascista.

Lo que acabamos de decir no contradice en nada el hecho de que pueda existir durante un período de transición determinado un régimen de transición entre el sistema democrático y el sistema fascista, combinando los rasgos de uno y otro: esa es la ley general de la sustitución de un sistema por otro, aunque sean irreductiblemente hostiles entre sí. Y hay momentos en los que la burguesía se apoya sobre la socialdemocracia y sobre el fascismo, es decir, en los que utiliza simultáneamente a sus agentes conciliadores y a sus agentes terroristas. Esto era, en cierto sentido, el gobierno de Kerensky durante los últimos meses de su existencia: se apoyaba a medias en los sóviets y al mismo tiempo conspiraba con Kornílov. Eso es el gobierno de Brüning, que baila sobre la cuerda floja entre dos campos irreconciliables, con la pértiga de los decretos de excepción en las manos. Pero semejante situación del Estado y del gobierno no puede tener más que un carácter temporal. Es característica del período de transición: la socialdemocracia está a punto de ver expirar su misión cuando ni el comunismo ni el fascismo estén todavía listos para apoderarse del poder.

Los comunistas italianos, que se han enfrentado desde hace mucho tiempo al problema del fascismo, han protestado más de una vez contra la utilización muy extendida y errónea de este concepto. En la época del VI

Congreso de la Internacional Comunista, Ercoli* desarrollaba todavía posiciones sobre el problema del fascismo que son consideradas ahora como "trotskistas". Definiendo al fascismo como el sistema más consecuente y el más acabado de la reacción, Ercoli explicaba: "Esta afirmación no se basa ni sobre los actos terroristas y crueles, ni sobre el gran número de obreros y campesinos asesinados, ni sobre la ferocidad de los diferentes tipos de tortura ampliamente empleados, ni sobre la severidad de las condenas; está motivada por la destrucción sistemática de todas las formas de organización autónoma de las masas". En esto, Ercoli tiene totalmente razón: la esencia y el papel del fascismo consisten en liquidar completamente todas las organizaciones obreras e impedir todo renacimiento de las mismas. En la sociedad capitalista desarrollada, este objetivo no puede ser alcanzado por los simples medios policiales. La única vía para conseguirlo consiste en oponer a la presión del proletariado —cuando ésta se relaja— la presión de las masas pequeñoburguesas abocadas a la desesperación. Es precisamente este sistema particular de la reacción capitalista el que ha entrado en la historia con el nombre de fascismo.

"El problema de las relaciones existentes entre el fascismo y la socialdemocracia —escribía Ercoli— procede precisamente de este aspecto (es decir, de la oposición irreductible entre el fascismo y las organizaciones obreras). Desde este punto de vista, el fascismo se distingue claramente de todos los otros regímenes reaccionarios que han sido instaurados hasta el presente en el mundo capitalista contemporáneo. Rechaza todo compromiso con la socialdemocracia, la persigue ferozmente, la ha privado de toda posibilidad de existencia legal, la ha obligado a emigrar".

¡He aquí lo que declaraba este artículo, impreso en el Órgano dirigente de la Internacional Comunista! A continuación, Manuilski inspiró a Mólotov la genial idea del "tercer período". Francia, Alemania y Polonia fueron colocadas "en primera línea de la ofensiva revolucionaria". La conquista del poder fue proclamada como tarea inmediata. Y como frente a la insurrección proletaria todos los partidos, con la excepción del Partido Comunista, eran partidos contrarrevolucionarios, no fue necesario operar ninguna distinción entre el fascismo y la socialdemocracia. La teoría del socialfascismo fue ratificada. Los burócratas de la Internacional Comunista cambiaron de hombro su fusil. Ercoli se apresuró a demostrar que, si la verdad le era cara, Mólotov lo era todavía mucho más... y escribió un informe defendiendo la teoría del socialfascismo. "La socialdemocracia italiana —declaraba en febrero de 1930— se fascistiza con una extrema facilidad". Realmente, los funcionarios del comunismo oficial se servilizan con una facilidad aún mayor.

* Seudónimo de Palmiro Togliatti.

Nuestra critica de la teoría y la práctica del "tercer período" fue declarada, tal como era de esperar, contrarrevolucionaria. La cruel experiencia, que costó tan cara a la vanguardia proletaria, hizo igualmente necesario un giro en este aspecto. El "tercer período", lo mismo que Mólotov, fue licenciado de la Internacional Comunista. Pero la teoría del socialfascismo se quedó detrás como único fruto maduro del tercer período; sólo Mólotov estaba vinculado al tercer período; pero el propio Stalin se ha enquistado personalmente en la teoría del socialfascismo.

Die Rote Fahne comienza sus estudios sobre el socialfascismo con estas palabras de Stalin: "El fascismo es la organización de combate de la burguesía, que se basa en el apoyo activo de la socialdemocracia. La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo". Como suele ocurrirle generalmente a Stalin cuando hace esfuerzos por generalizar, la primera frase contradice a la segunda y la segunda no se desprende de la primera. Que la burguesía se apoya sobre la socialdemocracia y que el fascismo es la organización de combate de la burguesía, es algo indiscutible y ha sido dicho hace ya mucho tiempo. Pero de eso se deduce simplemente que tanto la socialdemocracia como el fascismo son los instrumentos de la gran burguesía. Sin embargo, es imposible comprender por qué, para colmo, la socialdemocracia resulta ser "el ala" del fascismo. Una segunda definición perteneciente al mismo autor no es mucho más profunda: la socialdemocracia y el fascismo no son adversarios sino, por el contrario, gemelos... Los gemelos pueden ser crueles adversarios; además, no es necesario en absoluto que los aliados nazcan el mismo día y de la misma madre. En la construcción de Stalin no solamente se echa de menos la lógica formal, sino también la dialéctica. La fuerza de esta formula radica en el hecho de que nadie se atreve a criticarla.

Entre la democracia y el fascismo no hay diferencias desde el punto de vista del "contenido de clase", es lo que nos enseña, siguiendo a Stalin, Werner Hirsch *(Die Internationale,* enero de 1932*).* El paso de democracia al fascismo puede tomar el carácter de un "proceso orgánico": es decir, producirse "progresivamente y en frío". Este razonamiento podría resultar sorprendente si los epígonos no nos hubiesen enseñado a no asombrarnos ya de nada.

Entre la democracia y el fascismo no hay "diferencias de clase". Eso debe significar, evidentemente, que tanto la democracia como el fascismo tienen un carácter burgués. Nosotros no habíamos esperado hasta enero de 1932 para adivinarlo. Pero la clase dominante no vive en un recipiente cerrado. Mantiene unas relaciones determinadas con las demás clases. En el régimen "democrático" de la sociedad capitalista desarrollada, la burguesía se apoya en primer lugar sobre la clase obrera domesticada por los reformistas. En Inglaterra es donde este sistema encuentra su expresión más aca-

bada, tanto bajo los gobiernos laboristas como bajo los gobiernos conservadores. En el régimen fascista, al menos en un primer estadio, el capital se apoya en la pequeña burguesía para destruir las organizaciones del proletariado. ¡Italia, por ejemplo! ¿Existe diferencia en el "contenido de clase" de los dos regímenes? Si se plantea la pregunta a propósito solamente de la clase *dominante,* no existe diferencia. Pero si se toma la situación y las relaciones recíprocas entre *todas* las clases desde el punto de vista del proletariado, la diferencia es muy grande.

A lo largo de varias decenas de años, los obreros han construido (en el interior de la democracia burguesa, utilizándolo todo en la lucha contra ella, sus bastiones, sus bases, sus focos de *democracia proletaria:* los sindicatos, los partidos, los clubes de formación, las organizaciones deportivas, las cooperativas, etc. El proletariado puede llegar al poder no en el marco formal de la democracia burguesa, sino por la vía revolucionaria: esto está demostrado tanto por la teoría como por la experiencia Pero es precisamente por esta vía revolucionaria que el proletariado tiene necesidad de bases de apoyo de democracia proletaria en el interior del Estado burgués. El trabajo de la Segunda Internacional se ha reducido a la creación de esas bases de apoyo, en la época en que desempeñaba todavía un papel progresista.

El fascismo tiene como función principal y única la de destruir todos los bastiones de la democracia proletaria hasta sus mismos cimientos. ¿Tiene o no eso una "significación de clase" para el proletariado? Que se inclinen sobre este problema los grandes teóricos. Tras haber calificado al régimen de burgués —lo que es indiscutible—, Hirsch, al igual que sus maestros, olvida un detalle: el lugar del proletariado en ese régimen. Sustituyen el proceso histórico por una abstracción sociológica estéril. Pero la lucha de clases se desarrolla en el terreno de la historia y no en la estratosfera de la sociología. El punto de partida de la lucha contra el fascismo no es la abstracción del Estado democrático, sino organizaciones vivas del proletariado, en las que está concentrada toda su experiencia y que preparan el porvenir.

El hecho de que el paso de la democracia al fascismo pueda tener un carácter "orgánico" o "progresivo" no puede significar otra cosa sino que resulta posible arrancar al proletariado, sin sacudidas ni lucha, no solamente sus conquistas materiales —Un cierto nivel de vida, una legislación social, los derechos civiles y políticos—, sino también el instrumento fundamental de sus conquistas, es decir, sus organizaciones. De esta forma, este paso "en frío" al fascismo presupone la más espantosa capitulación política del proletariado que se pueda llegar a imaginar.

Los razonamientos teóricos de Werner Hirsch no se deben al azar: desarrollando las proclamaciones de Stalin, son al mismo tiempo la generalización de toda la agitación actual del Partido Comunista. Sus esfuerzos principales se dirigen a demostrar que no hay diferencia entre el régimen

de Hitler y el de Brüning. Thaelmann y Remmeie ven ahí actualmente la quintaesencia de la política bolchevique.

El asunto no se limita a Alemania. La idea de que la victoria de los fascistas no aportará nada nuevo es propagada con celo en todas las secciones de la Internacional Comunista. En el número de enero de la revista francesa *Les cahiers du bolchevisme,* leemos: "Los trotskistas, que actúan en la práctica como Breitscheid, aceptan la célebre teoría socialdemócrata del mal menor, según la cual *Brüning no es tan malo como Hitler,* según la cual es menos desagradable morir de hambre bajo Brüning que bajo Hitler, e infinitamente preferible ser fusilado por Gröner que por Frick". Esta cita no es la más estúpida, aunque, si hemos de hacerle justicia, es bastante estúpida. A pesar de ello expresa, ¡ay! la esencia misma de la filosofía política de los dirigentes de la Internacional Comunista.

El hecho es que los estalinistas comparan dos regímenes desde el punto de vista de la democracia vulgar. De hecho, si se aplica al régimen de Brüning el criterio "democrático" formal, la conclusión que se saca es indiscutible: no quedan más que los huesos y la piel de la altiva Constitución de Weimar. Pero, para nosotros, el problema no se resuelve con simplemente eso. Hay que considerar la cuestión desde el punto de vista de la *democracia proletaria.* Es el único criterio seguro cuando se trata de saber dónde y cuándo el régimen fascista remplaza a la reacción policial "normal" del capitalismo en putrefacción.

¿Es Brüning mejor que Hitler (será más simpático)? Esta pregunta, hay que confesarlo, no nos preocupa en absoluto. Pero es suficiente mirar la lista de las organizaciones obreras para decir: el fascismo no ha logrado todavía la victoria en Alemania. En el camino de la victoria encuentra todavía fuerzas y obstáculos gigantescos.

El régimen actual de Brüning es un régimen de dictadura burocrática o, más exactamente, de dictadura de la burguesía realizada por medios militares y policiales. La pequeña burguesía fascista y las organizaciones proletarias se equilibran unas a otras, por así decirlo. Si las organizaciones obreras estuvieran reunidas en sóviets, si los comités de fábrica luchasen por el control de la producción, se podría hablar de *doble poder.* Debido a la dispersión del proletariado y a la impotencia táctica de su vanguardia, esto no es todavía posible. Pero el hecho mismo de que existan organizaciones obreras poderosas capaces, *en ciertas condiciones,* de oponer una respuesta fulminante al fascismo, no permite a Hitler acceder al poder y concede al aparato burocrático una cierta "independencia".

La dictadura de Brüning es una caricatura del bonapartismo. Esta dictadura es inestable, poco sólida y provisional. No marca el comienzo de un nuevo equilibrio social, sino que anuncia el próximo fin del antiguo equilibrio. Al no apoyarse directamente más que sobre una débil minoría de la

burguesía, Brüning, tolerado por la socialdemocracia contra la voluntad de los obreros, amenazado por el fascismo, es capaz de lanzar centellas en forma de decretos, pero no dentro de la realidad. Disolver el parlamento con su acuerdo, promulgar algunos decretos contra los obreros, decidir una tregua para Navidad, intercambiar con Hitler cartas dignas de un tendero provinciano... para esto es para lo que sirve Brüning. Para cosas más elevadas tiene los brazos demasiado cortos.

Brüning está obligado a tolerar la existencia de organizaciones obreras en la medida en que no está todavía decidido a entregar el poder a Hitler, o en que no tiene la fuerza independiente necesaria para liquidarlas. Brüning está obligado a tolerar y proteger a los fascistas en la medida en que teme mortalmente la victoria de los obreros. El régimen de Brüning es un régimen de transición, que no puede durar mucho tiempo y que anuncia la catástrofe. El gobierno actual sólo se mantiene porque los campos principales no han medido todavía sus fuerzas. El verdadero combate no ha comenzado todavía. Todavía está por llegar. Se trata de una dictadura de la impotencia burocrática que llena la pausa antes del combate, antes del enfrentamiento abierto de los dos campos.

Los sabios que se pavonean de no ver la diferencia "entre Brüning y Hitler", dicen de hecho: importa poco que nuestras organizaciones existan todavía o que estén ya destruidas. Bajo esta fanfarronada pseudorradical se esconde la pasividad más innoble: ¡de todas maneras no podemos evitar la derrota! Hay que fijarse atentamente en la cita de la revista de los estalinistas franceses: todo el problema consiste en saber si es mejor tener hambre con Brüning o con Hitler. Nosotros no planteamos el problema de cómo y en qué condiciones es mejor morir, sino el de cómo luchar y vencer. Nuestra conclusión es la siguiente: hay que lanzarse al combate general antes de que la dictadura burocrática de Brüning sea remplazada por el régimen fascista, es decir, antes de que sean aplastadas las organizaciones obreras. Hay que prepararse para el combate general desarrollando, ampliando y acentuando los combates particulares. Pero para esto hay que tener una perspectiva correcta y, sobre todo, no proclamar vencedor a un enemigo que todavía se encuentra lejos de la victoria.

Estamos tocando el nudo del problema: ahí está la clave estratégica de la situación, la posición de partida para la lucha. Todo trabajador consciente, y con mayor motivo todo comunista, debe darse cuenta del vacío, la nulidad y la podredumbre de las discusiones de la burocracia estalinista cuando se afirma que Brüning y Hitler son la misma cosa. ¡Mezclan ustedes todo! les respondemos nosotros. Embrollan ustedes todo de forma vergonzosa porque tienen miedo de las dificultades, de las tareas importantes. Capitulan antes del combate, proclaman que ya hemos sido derrotados. ¡Mienten ustedes! La clase obrera está dividida, debilitada por los reformis-

tas, desorientada por los errores de su propia vanguardia, pero todavía no ha combatido, sus fuerzas no están todavía agotadas... No, el proletariado alemán es todavía poderoso. Los cálculos más optimistas se verán totalmente superados el día en que la energía revolucionaria se abra camino hacia la arena de la acción.

El régimen de Brüning es un régimen preparatorio. ¿De qué? O bien de la victoria del fascismo, o bien de la victoria del proletariado. Es un régimen preparatorio porque los dos campos se preparan para el combate decisivo. Colocar un signo de igualdad entre Brüning y Hitler es identificar la situación anterior al combate con la situación posterior a la derrota; esto quiere decir considerar por adelantado la derrota como inevitable, lo que significa hacer un llamamiento a capitular sin lucha.

La mayoría aplastante de los obreros, en particular los comunistas, no lo quieren. La burocracia estalinista, naturalmente, tampoco lo quiere. No hay que limitarse a sacar buenas resoluciones de las que se servirá Hitler para empedrar el camino de su infierno, sino comprender el sentido objetivo de la política, su orientación, sus tendencias. Hay que desvelar hasta el fin el carácter pasivo, cobarde, atentista, capitulador y declamatorio de la política de Stalin, Manuilski, Thaelmann y Remmele. Es preciso que los obreros comprendan que quien tiene la llave de la situación es el Partido Comunista; pero que, con esta llave, la burocracia estalinista se empeña en cerrar las puertas que desembocan en la acción revolucionaria.

3. El ultimatismo burocrático

Cuando la prensa del nuevo Partido Socialista Obrero (SAP) denuncia el "egoísmo de partido" de la socialdemocracia y del Partido Comunista; cuando Seydewitz afirma que para él "los intereses de clase están por encima de los intereses de partido", caen en el sentimentalismo político o, lo que es peor, disimulan bajo frases sentimentales los intereses de su propio partido. Es un camino que no conduce a ninguna parte. Cuando la reacción exige que los intereses de la nación sean puestos por encima de los intereses de clase, nosotros, como marxistas, explicamos que, bajo la máscara de los intereses del "todo", la reacción defiende los intereses de la clase explotadora. No se pueden formular los intereses de una nación más que desde el punto de vista de la clase dominante o desde el de la clase que pretende ocupar el papel dominante. No se pueden formular los intereses de una clase más que en forma de programa; no se puede defender un programa más que poniendo en pie un partido.

La clase, considerada en sí misma, no es más que material para la explotación. El proletariado comienza a jugar un papel independiente a partir del

momento en que pasa de ser una clase social en sí a ser una clase política para sí. Esto no puede producirse más que por intermedio del partido; el partido es el órgano histórico por medio del cual el proletariado accede a la conciencia de clase. Decir "la clase está por encima del partido" equivale a afirmar que la clase, en su estado bruto, esta` por encima de la clase que accede a la toma de conciencia de clase. No solamente es incorrecto, sino también reaccionario. Para fundamentar la necesidad del frente único no hay en absoluto ninguna necesidad de esta teoría pequeñoburguesa.

La progresión de la clase hacia la toma de conciencia, es decir, el resultado del trabajo del partido revolucionario que arrastra tras de sí al proletariado, es un proceso complejo y contradictorio. La clase no es homogénea. Sus distintas partes accederán a la toma de conciencia por caminos diferentes y a ritmos diferentes. La burguesía toma una parte activa en este proceso. Crea sus órganos dentro de la clase obrera y utiliza los que ya existen para oponer ciertas capas de obreros a otras. Diferentes partidos actúan simultáneamente en el seno del proletariado. Es por esto por lo que continúa dividido políticamente durante una gran parte de su camino histórico. Esto explica que se presente, en ciertos períodos particularmente graves, el problema del frente único.

Cuando sigue una política correcta, el Partido Comunista expresa los intereses históricos del proletariado. Su tarea consiste en ganar a la mayoría del proletariado: solamente así será posible la revolución socialista. El Partido Comunista no puede cumplir su misión más que conservando una independencia política y organizativa total y absoluta frente a los demás partidos y organizaciones, tanto si actúan en el seno de la clase obrera como si lo hacen en su exterior. No respetar esta exigencia fundamental de la política marxista es el más grave de todos los crímenes contra los intereses del proletariado como clase. La Revolución China de 1925-1927 se perdió precisamente porque la Internacional Comunista, dirigida por Stalin y Bujarin, obligó al Partido Comunista chino a entrar en el Kuomintang, el partido de la burguesía china, y a someterse a su disciplina. La experiencia de la política stalinista en lo que se refiere al Kuomintang entrará para siempre en la historia como el ejemplo del sabotaje catastrófico de una revolución por sus dirigentes. La teoría estalinista de los "partidos de dos clases, obreros y campesinos" aplicada al Oriente es la generalización y la legitimación de la práctica respecto al Kuomintang; la aplicación de esta teoría en Japón, en la India, en Indonesia, en Corea, ha minado la autoridad del comunismo y ha retrasado el desarrollo revolucionario del proletariado para largos años. La misma política pérfida es la que se ha llevado a cabo, aunque menos cínicamente, en Estados Unidos, en Inglaterra, y en todos los países de Europa hasta 1928.

La lucha de la Oposición de Izquierda por la independencia completa e incondicional del Partido Comunista y de su política, en todas las condi-

ciones históricas y en todas las etapas del desarrollo del proletariado, provocó una tensión extrema en las relaciones entre la oposición y la fracción de Stalin en el momento en que éste formó bloques con Chiang Kai-chek, Wan Tin-wei, Purcell, Raditch, Lafollette, etc. Es ocioso recordar que tanto Thaelmann y Remmele como Brandler y Thalheimer se situaron en esta lucha enteramente al lado de Stalin y contra los bolcheviques-leninistas. ¡Es por esto por lo que no tenemos que recibir ninguna lección ni de Stalin ni de Thalheimer en lo que se refiere a la independencia de la política del Partido Comunista!

Pero el proletariado no accede a la toma de conciencia revolucionaria por diligencia escolar, sino a través de la lucha de clases, que no se interrumpe para luchar, el proletariado necesita de la unidad en sus filas. Esto es cierto tanto para los conflictos económicos parciales, dentro de las cuatro paredes de una empresa, como para los combates políticos "nacionales", tales como la lucha contra el fascismo. Como consecuencia, la táctica del frente único no es algo ocasional y artificial, ni una maniobra hábil: no, esta táctica se desprende total y absolutamente de las condiciones objetivas del desarrollo del proletariado. El párrafo del Mnifiesto comunista en el que se dice que los comunistas no se oponen al proletariado, que no tienen otros objetivos ni otras tareas que las del proletariado, expresa la idea de que la lucha del partido por ganar a la mayoría de la clase no debe, en ningún momento, entrar en contradicción con la necesidad que sienten los obreros de unir sus filas para la lucha.

Die Rote Fahne condena con razón la afirmación según la cual "los intereses de la clase están por encima de los intereses del partido". De hecho, hay una coincidencia entre los intereses bien entendidos de la clase y las tareas correctamente formuladas del partido. Mientras el asunto se límite a esta afirmación histórico-filosófica, la posición de *Die Rote Fahne* es inatacable. Pero las conclusiones políticas que saca son una burla directa del marxismo.

La identidad de principio entre los intereses del proletariado y las tareas del Partido Comunista no significa que el proletariado en su conjunto sea desde hoy consciente de sus intereses, ni que el partido los formule correctamente en cualesquiera condiciones. La necesidad misma del partido deriva precisamente del hecho de que el proletariado no nace teniendo ya la comprensión de sus intereses históricos. La tarea del partido consiste en enseñar, en mostrar al proletariado su derecho a la dirección sobre la base de la experiencia de las luchas. A pesar de ello, la burocracia estalinista considera que se puede exigir simple y llanamente al proletariado que se someta ante la fuerza del pasaporte del partido, llevando el sello de la Internacional Comunista. Todo frente único que no esté situado de antemano bajo la dirección del Partido Comunista, repite la *Rote Fahne*, está dirigido con-

tra los intereses del proletariado. El que no reconoce la dirección del Partido Comunista es, por ello mismo, un "contrarrevolucionario". El obrero está obligado a creer a la organización comunista de palabra y por adelantado. Partiendo de la identidad de principio de las tareas del partido y la clase, el funcionario se arroga el derecho de dar órdenes a la clase. La tarea histórica que el partido debe todavía desempeñar, la unificación bajo su bandera de la aplastante mayoría de los obreros, el funcionario la transforma en un ultimátum, en un revólver apoyado contra la nuca de la clase obrera. El pensamiento dialéctico es sustituido por un pensamiento formalista, administrativo y burocrático.

La tarea histórica que hay que cumplir se considera como cumplida. La confianza que hay que ganar se considera como ganada. Es evidente que es una solución fácil. Pero no hace avanzar mucho el problema. En política hay que partir de lo que hay, y no de lo que se desea que haya, ni de lo que habrá. Si se lleva hasta sus últimas consecuencias, la posición de la burocracia estalinista es, en el fondo, la negación del partido. En efecto, ¿a qué se reduce todo su trabajo histórico si el proletariado debe reconocer por adelantado a la dirección de Thaelmann y Remmele?

El partido tiene el derecho de exigir al obrero que viene a unirse a las filas de los comunistas: debes aceptar nuestro programa, nuestros estatutos y la dirección de nuestros organismos elegidos. Pero es absurdo y criminal plantear a priori esta exigencia, o siquiera una parte de esta exigencia, a las masas obreras o a las organizaciones obreras cuando de lo que se trata es de acciones comunes para tareas de combate bien determinadas. Esto significa minar las bases mismas del partido, que no puede cumplir su función sino en el marco de unas relaciones correctas con la clase. En lugar de lanzar un ultimátum unilateral que irrita y ofende a los obreros, hay que proponer un programa preciso de acciones comunes: esta es la vía más segura para conquistar la dirección efectiva.

El *ultimatismo* es un intento de violar a la clase obrera cuando no se logra convencerla: si vosotros, los obreros, no reconocéis la dirección de Thaelmann, Remmele y Neumann, no os permitiremos hacer el frente único. Un enemigo pérfido no habría podido imaginarse una situación más desventajosa que ésta en la que se colocan los jefes del Partido Comunista. Por este camino van hacia su perdición.

La dirección del Partido Comunista alemán no hace más que reforzar su ultimatismo cuando en sus llamamientos da marcha atrás de manera puramente casuística: "Nosotros no os exigimos aceptar por adelantado nuestras concepciones comunistas". Esto suena como una excusa para una política que no tiene ninguna. Cuando el partido declara que se ha negado a iniciar las negociaciones que sea con otras organizaciones, pero que permite a los obreros socialdemócratas romper con su organización y ponerse bajo la

dirección del Partido Comunista, sin llamarse a sí mismos comunistas, esto revela el más puro ultimatismo. El repliegue en lo que se refiere a las "concepciones comunistas" es totalmente ridículo: el hecho de decirse comunista no retiene al obrero que está dispuesto desde hoy a romper con su partido para tomar parte en la lucha bajo la dirección comunista. El obrero es ajeno a los subterfugios burocráticos y al juego de las etiquetas, juzga la política y la organización a fondo. Continúa en la socialdemocracia en la medida en que no confía en la dirección comunista. Se puede decir sin miedo a equivocarse que la mayoría de los obreros socialdemócratas están todavía hoy en su partido, no porque confíen en la dirección reformista., sino porque todavía no tienen confianza en la dirección comunista. Pero quieren luchar desde hoy mismo contra el fascismo. Si se les indica la próxima etapa de la lucha común exigirán a su organización que se embarque en esta vía. Si notan una resistencia por parte de su organización pueden llegar hasta a romper con ella.

En lugar de ayudar a los obreros socialdemócratas a encontrar su camino por medio de la experiencia, el Comité Central del Partido Comunista ayuda a los jefes de la socialdemocracia en contra de los obreros. Los Wels y los Hilferding disimulan hoy su repugnancia a luchar, su miedo a luchar, su incapacidad para luchar, refiriéndose a la voluntad del Partido Comunista de no participar en una lucha común. El rechazo obstinado, estúpido y absurdo de la política de frente único, por parte del Partido Comunista se ha convertido en las condiciones actuales en el recurso político primordial de la socialdemocracia. Es precisamente por esto por lo que la socialdemocracia, con el parasitismo que la caracteriza, se agarra así a nuestra crítica de la política ultimatista de Stalin y Thaelmann.

Los dirigentes oficiales de la Internacional Comunista hacen hoy peroratas, con aire de descubrimiento, sobre la elevación del nivel teórico del partido y sobre el estudio de la "historia del bolchevismo". De hecho, el "nivel" no hace otra cosa que bajar, las lecciones del bolchevismo son olvidadas, deformadas, echadas por tierra. De todos modos, es muy fácil encontrar en la historia del partido ruso al precursor de la política actual del Comité Central del partido alemán: es el difunto Bogdánov, fundador del ultimatismo (u *otzovismo*). Desde 1905, creía que era imposible para los bolcheviques participar en el sóviet de Petersburgo si el sóviet no reconocía previamente la dirección socialdemócrata. Bajo la influencia de Bogdánov, el buró de Petersburgo del Comité Central de los bolcheviques adoptó en 1905 la resolución siguiente: presentar al sóviet de Petersburgo una resolución exigiendo que reconociese la dirección del partido, y, en caso de negativa, abandonar el sóviet. El joven abogado Krasikov, miembro en aquel entonces del Comité Central de los bolcheviques, presentó ese ultimátum en la sección plenaria del sóviet. Los diputados obreros, entre los cuales

había también bolcheviques, se miraron con asombro y pasaron al orden del día. Nadie abandonó el sóviet. Pronto volvió Lenin del extranjero y dio un serio repaso a los ultimatistas: no se puede, dijo, obligar por medio de ultimátos a las masas proletarias a saltar las etapas necesarias de su propio desarrollo político.

Bogdánov, sin embargo, no llegó a renunciar nunca a su metodología y creó a continuación una fracción "ultimatista", u "otzovista", nombre que les fue atribuido porque tenían la tendencia a hacer que los bolcheviques abandonasen todas las organizaciones que se negaban a aceptar el ultimátum que les presentaban desde arriba: "reconoced por adelantado nuestra dirección". Los ultimatistas han intentado aplicar su política no solamente en el sóviet, sino también en el terreno del parlamentarismo, en las organizaciones profesionales y, en general, en todas las organizaciones legales o semilegales de la clase obrera.

La lucha de Lenin contra el ultimatismo era una lucha por el establecimiento de unas relaciones correctas entre el partido y la clase. En el viejo partido bolchevique, los ultimatistas no lograron jugar jamás un papel siquiera de cierta importancia: de no haber sido así, la victoria del bolchevismo habría sido imposible. El bolchevismo sacaba su fuerza de su actitud atenta y llena de delicadeza respecto a la clase. Cuando estuvo en el poder, Lenin prosiguió la lucha contra el ultimatismo, en particular y sobre todo en lo que se refiere a los sindicatos. "Si hoy en Rusia", escribía después de dos años y medio de victorias extraordinarias sobre la burguesía de Rusia y de la Entente, "pusiésemos como condición de adhesión a los sindicatos 'el reconocimiento de la dictadura', haríamos una tontería, debilitaríamos nuestra influencia sobre las masas, ayudaríamos a los mencheviques. En efecto, toda la tarea de los comunistas consiste en saber convencer a los atrasados, en saber trabajar entre ellos, y no en separarse con consignas 'de izquierda' pueriles*". Eso es todavía más imperativo para los partidos comunistas de Occidente, que no representan más que una minoría de la clase obrera.

Sin embargo, la situación ha cambiado radicalmente en la URSS en el último período. El Partido Comunista, armado del poder, desarrolla ya otro tipo de relaciones entre la vanguardia y la clase: en estas relaciones entra un elemento de coerción. La lucha de Lenin contra el burocratismo del partido y los sóviets implicaba fundamentalmente una lucha, no contra la mala organización de las oficinas, la lentitud administrativa, la negligencia, etc., sino contra la sujeción de la clase al aparato, contra la transformación de la burocracia del partido en una nueva capa "dirigente". El consejo de Lenin

* Lenin, *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*. Fundación Federico Engels, Madrid 1997.

antes de morir, crear una comisión de control proletaria independiente del Comité Central y apartar a Stalin y su fracción del aparato del partido, estaba dirigido contra la degeneración burocrática del partido. Por una serie de razones en las que no podemos entrar aquí, el partido ha despreciado ese consejo. La degeneración burocrática del partido ha sido empujada hasta sus últimos extremos en estos últimos años. El aparato estalinista no hace más que mandar. El lenguaje del mando es el lenguaje del ultimatismo. Todo obrero debe reconocer por adelantado que todas las decisiones del Comité Central, pasadas, presentes y futuras, son infalibles. Las pretensiones de infalibilidad son tanto más difíciles de digerir cuanto más errónea se hace la política.

Habiendo tomado en sus manos el aparato de la Internacional Comunista, la fracción estalinista exporta de forma natural sus métodos a las secciones extranjeras, es decir, a los partidos comunistas de los países capitalistas. La política de la dirección alemana es el reflejo de la política de la dirección moscovita. Thaelmann ve cómo manda la dirección estalinista, proclamando contrarrevolucionarios a todos aquellos que no reconocen su infalibilidad. ¿En qué es peor Thaelmann que Stalin? Si la clase obrera no se pone humildemente bajo su dirección, es porque la clase obrera es contrarrevolucionaria. Los que señalan a Thaelmann el carácter desastroso del ultimatismo son doblemente contrarrevolucionarios. Las obras completas de Lenin figuran entre las publicaciones más contrarrevolucionarias. No es en vano que Stalin las ha censurado sin piedad, particularmente en lo que concierne a las ediciones en lenguas extranjeras.

Si el ultimatismo es nefasto en cualesquiera condiciones, si en la URSS significa el despilfarro del capital moral del partido, está doblemente injustificado en los partidos occidentales, que están todavía acumulando su capital moral. En la Unión Soviética, la revolución victoriosa ha creado al menos las condiciones materiales para el ultimatismo burocrático en forma de aparato de represión. En los países capitalistas, incluida Alemania, el ultimatismo se transforma en una caricatura impotente que es un obstáculo en el camino del Partido Comunista hacia el poder. El ultimatismo de Thaelmann y Remmele es, antes que nada, ridículo. Y lo ridículo mata, particularmente cuando se trata del partido de la revolución.

Traslademos por un momento el problema a la arena política de Inglaterra, donde el Partido Comunista (como consecuencia de los errores funestos de la burocracia estalinista) continúa no representando todavía más que a una ínfima parte del proletariado. Si se admite que toda forma de frente único, salvo que sea comunista, es "contrarrevolucionaria", se hace evidente que el proletariado británico debe abandonar la lucha hasta que el Partido Comunista esté a su cabeza. Pero el Partido Comunista no puede ponerse a la cabeza de la clase más que sobre la base de la experiencia revolucionaria

de esta última. Sin embargo, la experiencia no puede cobrar un carácter revolucionario más que si el partido arrastra a la lucha a millones de obreros. Y no es posible arrastrar a la lucha a las masas no comunistas, y con mayor razón si están organizadas, más que sobre la base de la política de Frente único. Caemos en un círculo vicioso en el que el ultimatismo burocrático no permite encontrar la salida. Pero la dialéctica revolucionaria ha indicado desde hace mucho tiempo la salida, basándose en una multitud de ejemplos en los terrenos políticos más diversos: combinación de la lucha por el poder y la lucha por las reformas; independencia completa del partido más unidad de los sindicatos; critica implacable del parlamentarismo desde lo alto de la tribuna parlamentaria; lucha sin cuartel contra el reformismo, pero llegando con los reformistas a acuerdos prácticos para tareas parciales.

En Inglaterra, dada la debilidad extraordinaria del Partido Comunista, salta a la vista la inconsistencia del ultimatismo. En Alemania, el carácter desastroso del ultimatismo se ve algo ocultado por los efectivos importantes del partido y por su crecimiento. Pero el partido alemán crece debido a la presión de las circunstancias, y no gracias a la política de la dirección; no gracias al ultimatismo, sino a pesar de él.

Además, el crecimiento numérico no es decisivo: las que son decisivas son las relaciones políticas entre el partido y la clase. En este aspecto fundamental no mejora la situación, porque el partido alemán ha interpuesto entre él y la clase los alambres de espino del ultimatismo.

4. LOS ZIGZAGUES ESTALINISTAS SOBRE EL PROBLEMA DEL FRENTE ÚNICO

El antiguo socialdemócrata Torchors (de Düsseldorf), que se ha pasado al Partido Comunista, dice en un informe oficial que pronunció a mediados de enero, en Frankfurt, en nombre del partido: "Los jefes socialdemócratas están ya suficientemente desenmascarados, y maniobrar en este sentido proponiéndoles la unidad por arriba no es más que un despilfarro de energía". Citamos a partir del periódico comunista de Frankfurt, que llena de elogios este informe. "Los jefes socialdemócratas están ya suficientemente desenmascarados". Suficientemente para el orador, que se ha pasado de la socialdemocracia al Partido Comunista (lo que, con seguridad, le honra), pero insuficientemente para los millones de obreros que votan por la socialdemocracia y toleran a su cabeza a la burocracia reformista de los sindicatos.

No obstante, es ocioso referirse a un informe aislado. En el último de los llamamientos de *Die Rote Fahne* que nos ha llegado (del 28 de enero), se demuestra de nuevo que sólo es admisible crear el frente único contra los jefes de la socialdemocracia y sin contar con ellos. ¿Por qué? Porque "nadie que haya vivido y soportado las acciones de estos "jefes durante los últimos

dieciocho años les va a creer". ¿Pero qué haremos, preguntamos nosotros, con los que han llegado a la política hace menos de dieciocho años e incluso hace menos de dieciocho meses? Desde el comienzo de la guerra han crecido nuevas generaciones políticas; deben de hacer por sí mismas la experiencia de la generación pasada, aunque sea solamente a una escala muy reducida. "Se trata precisamente", les señalaba Lenin a los ultraizquierdistas, "de no creer que lo que ya ha sido superado por nosotros, ha sido superado por la clase, ha sido superado por las masas".

Pero la vieja generación socialdemócrata, que ha hecho la experiencia de estos dieciocho años, no ha roto en absoluto con sus jefes. Por el contrario, es precisamente en la socialdemocracia donde continúan muchos de los viejos, ligados al partido por fuertes tradiciones. Es lamentable, evidentemente, que las masas empleen tanto tiempo en hacer su aprendizaje. Pero la culpa es en gran medida de los "pedagogos" comunistas, que no han sabido desenmascarar de forma concreta la naturaleza criminal del reformismo. Es necesario, al menos, beneficiarse de la nueva situación, cuando la atención de las masas está concentrada al máximo sobre el peligro mortal, para someter a los reformistas a una nueva prueba que quizás esta vez sea decisiva.

Sin ocultar ni moderar en nada nuestra opinión sobre los jefes socialdemócratas, podemos y debemos decirles a los obreros socialdemócratas: "Como, por un lado, estáis de acuerdo en luchar junto con nosotros, y por el otro no queréis romper todavía con vuestros jefes, he aquí lo que os proponemos: obligadles a embarcarse en una lucha común con nosotros por tales y tales tareas prácticas, con tales y tales medios; nosotros, los comunistas, por nuestra parte, estamos dispuestos". ¿Qué puede haber más sencillo, más claro y más convincente que eso?

Precisamente en este sentido escribía yo, con la intención deliberada de provocar el espanto sincero o la indignación fingida de los imbéciles y los charlatanes que, en la lucha contra el fascismo, estábamos dispuestos a llegar a acuerdos prácticos y de combate con el diablo, con su abuela e incluso con Noske y Zórgiebel[3].

El partido oficial viola él mismo a cada paso su postura establecida. En los llamamientos en favor de un "frente único rojo" (consigo mismo), avanza invariablemente la reivindicación de la "libertad ilimitada de prensa proletaria y derecho de manifestación, reunión y organización". Es una consigna abso-

3. La revista francesa *Les Cahiers du bolchevisme*, la más estúpida y la más ignorante de todas las producciones de la burocracia estalinista, se ha apropiado ávidamente de la alusión a la abuela del diablo, evidentemente sin sospechar en lo más mínimo que tiene una muy larga tradición en la literatura marxista. Se acerca la hora, esperamos, en que los obreros revolucionarios expedirán a la ya mencionada abuela a sus profesores ignorantes y llenos de mala fe, para que aprendan. (N. A.)

lutamente correcta. Pero, en la medida en que el Partido Comunista habla de la prensa, las reuniones, etc., proletarias, y no solamente comunistas, avanza de hecho la consigna del frente único con la misma socialdemocracia, que edita prensa obrera, convoca asambleas, etc. El colmo del absurdo está en avanzar consignas políticas que contienen la idea del frente único con la socialdemocracia y rechazar los acuerdos prácticos para luchar por estas consignas.

Münzenberg*, en quien entran en conflicto la línea general y el buen sentido de los negocios, escribía en noviembre en *Der Rote Aufbau*: "Es cierto que el nacionalsocialismo es el ala más reaccionaria, más chovinista y más feroz del movimiento fascista alemán, y que, efectivamente, todos los círculos de la izquierda (!) tienen el mayor interés en oponerse al reforzamiento de la influencia y la potencia de este ala del fascismo alemán". Si el partido de Hitler "es el ala *más* reaccionaria y la *más* feroz", el gobierno de Brüning es, por tanto, *menos* feroz y *menos* reaccionario. Münzenberg llega así, a la chita callando, a la teoría del "mal menor". Para salvar las apariencias de ortodoxia, Münzenberg distingue diferentes tipos de fascismo: el ligero, el medio y el fuerte, como si se tratase del tabaco turco. Pero, si todos los "círculos de la izquierda" (¿cuáles serán sus nombres?) están interesados en la victoria sobre el fascismo, ¿no será necesario someter a estos "círculos de la izquierda" a una prueba práctica?

¿No está claro que habría que agarrarse inmediatamente a la proposición diplomática y equívoca de Breitscheid, avanzando por nuestra parte un programa práctico, concreto y bien elaborado, de lucha conjunta contra el fascismo, y exigiendo una reunión común de las direcciones de los dos partidos, con la participación de la dirección de los Sindicatos Libres? Al mismo tiempo, habría que difundir con energía este programa, a todos los niveles de los dos partidos y entre las masas. Las negociaciones deberían haberse desarrollado ante los ojos de todo el pueblo: la prensa debería haber dado cuenta diariamente, sin exageraciones ni invenciones absurdas. Los obreros son infinitamente más receptivos a una agitación concreta de este tipo, que va directamente al grano, que a los continuos aullidos sobre el "socialfascismo". Si se hubiera planteado el problema de este modo, la socialdemocracia no habría podido esconderse detrás del decorado de cartón del "Frente de Hierro" ni por un solo instante.

Volved a leer *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*: hoy en día es el libro de más actualidad. Precisamente a propósito de situaciones análogas a la que tenemos hoy en Alemania, Lenin habla —citamos textualmente— de la "necesidad absoluta para la vanguardia del proletariado,

* Willi Münzenberg (1889-1940): uno de los organizadores de la Internacional Juvenil Comunista, dirigió muchas campañas propagandísticas para el PC Alemán y el Kremlin. Rompió con los estalinistas en 1937 y se le encontró muerto en Francia en la época de la invasión alemana.

para su parte consciente, para el Partido Comunista, de dar rodeos, de llevar a cabo ententes y compromisos con los diferentes grupos proletarios, los diversos partidos de obreros y de pequeños burgueses... El núcleo de la cuestión está en saber emplear esta táctica de forma que sirva para elevar, y no para hacer descender, el nivel de conciencia general del proletariado, su espíritu revolucionario, su capacidad de luchar y vencer".

¿Y cuál es la actitud del Partido Comunista? En su prensa repite diariamente que para él sólo es aceptable "un frente único que esté dirigido contra Brüning, Severing, Leipart, Hitler y sus semejantes". Cara a la sublevación proletaria, no hay duda de que no habrá ninguna diferencia entre Brüning, Severing, Leipart y Hitler. Los socialistas revolucionarios y los mencheviques se aliaron a los cadetes y a los kornilovistas contra el levantamiento de los bolcheviques en octubre: Kerensky llevó a Petrogrado al general cosaco de los Cien Negros, Krasnov; los mencheviques apoyaron a Kornílov y a Krasnov, y los socialistas revolucionarios organizaron la sublevación de los *junkers* bajo la dirección de oficiales monárquicos.

Pero eso no significa en absoluto que Brüning, Severing, Leipart y Hitler, pertenezcan *siempre y en todas las condiciones* al mismo campo. Ahora sus intereses divergen. Para la socialdemocracia el problema está menos, *en este momento*, en defender las bases de la sociedad capitalista contra la revolución proletaria que en defender el sistema burgués semiparlamentario contra el fascismo. Sería una enorme tontería negarse a utilizar este antagonismo.

"Hacer la guerra para derrocar a la burguesía internacional...", escribía Lenin en *El izquierdismo*, "y renunciar *a priori* a dar rodeos, a explotar las oposiciones de intereses (*aunque sean momentáneas*) que dividen a nuestros enemigos, a llegar a acuerdos y compromisos con posibles aliados (*aunque sean temporales, poco seguros., vacilantes, condicionales*), ¿no es totalmente ridículo?". De nuevo citamos textualmente: las palabras y los paréntesis subrayados por nosotros son de Lenin.

Y, más adelante: "No se puede obtener la victoria sobre un adversario más poderoso más que al precio de una extrema tensión de fuerzas y con la condición expresa de utilizar de la forma más minuciosa, más atenta, más circunspecta, más inteligente la menor "fisura" entre los enemigos". ¿Qué hacen Thaelmann y Remmele, dirigidos por Manuilski? La fisura entre la socialdemocracia y el fascismo —¡y qué fisura!— intentan por todos los medios taparla con la ayuda de la teoría del socialfascismo y de la práctica del sabotaje del frente único.

Lenin exigía que se utilizase "toda posibilidad de asegurarse un aliado numéricamente fuerte, aunque fuese un aliado temporal, vacilante, condicional, poco sólido y poco seguro. Quien no haya comprendido esta verdad no ha comprendido nada del marxismo, ni en general del socialismo científico contemporáneo". Mirad, profetas de la nueva escuela estalinista: aquí

dice de forma clara y precisa que no habéis comprendido nada del marxismo. Es Lenin quien dice esto de vosotros: ¡acusad recibo!

Pero sin victoria sobre la socialdemocracia, vuelven a argumentar los estalinistas, no puede haber victoria sobre el fascismo. ¿Es esto verdad? En *cierto* sentido es verdad. Pero el teorema inverso es igualmente verdad: la victoria sobre la socialdemocracia italiana es imposible sin la victoria sobre el fascismo italiano. Tanto el fascismo como la socialdemocracia son instrumentos de la burguesía. Mientras exista la dominación del capital, la socialdemocracia y el fascismo continuarán existiendo en distintas combinaciones. Así, todos los problemas se reducen a un solo denominador: el proletariado debe derrocar el régimen burgués.

Pero es precisamente hoy, cuando este régimen se tambalea en Alemania, que el fascismo viene en su socorro. Para echar abajo a este defensor es necesario, según nos dicen, terminar previamente con la socialdemocracia... Un esquematismo tan rígido nos introduce en un círculo vicioso. No se puede salir de él más que por la vía de la acción. Y el carácter de la acción es determinado, no por el juego de las categorías abstractas, sino por las relaciones reales entre las fuerzas históricamente vivas.

"¡No!" repiten machaconamente los funcionarios, "liquidaremos primero a la socialdemocracia". ¿Por qué medios? Es muy simple: dando la orden a las organizaciones del partido de reclutar en tal plazo cien mil nuevos miembros. Pura propaganda en lugar de lucha política, un plan de burócrata en lugar de una estrategia dialéctica. ¿Y si el desarrollo real de la lucha de clases plantease desde hoy mismo a la clase obrera el problema del fascismo como una cuestión de vida o muerte? Es necesario, por tanto, que la clase obrera dé la espalda al problema, adormecerla, convencerla de que la lucha contra el fascismo es una tarea secundaria, de que esta tarea puede esperar, de que se resolverá por si misma, de que el fascismo domina ya de hecho, de que Hitler no supondrá nada nuevo, de que no hay que tener miedo a Hitler, de que Hitler simplemente facilita el camino a los comunistas.

¿Quizás es esto una exageración? No, es la verdadera y evidente idea directriz de los jefes del Partido Comunista. No siempre la llevan hasta el final. Cuando se enfrentan a las masas, dan a menudo marcha atrás desde sus últimas conclusiones, amalgamando posiciones distintas, embarullando a los obreros y embarullándose a si mismos; pero cada vez que intentan hacer algo efectivo, parten de la victoria inevitable del fascismo.

El 14 de octubre del año pasado, Remmele, uno de los tres jefes oficiales del Partido Comunista, declaraba en el *Reichstag*: "El mismo señor Brüning lo ha dicho muy claramente: cuando estén (los fascistas) en el poder, el frente único del proletariado se realizará y lo barrerá todo" (ruidosos aplausos en los bancos comunistas). Es comprensible que Brüning intente aterrorizar a la burguesía y a la socialdemocracia con una perspectiva semejante: defien-

de su poder. Pero que Remmele consuele a los obreros con esta perspectiva es una vergüenza: prepara el poder para Hitler, porque toda esta perspectiva es radicalmente errónea y testimonia una incomprensión total de la psicología de las masas y de la dialéctica de la lucha revolucionaria, Si el proletariado alemán, que es hoy el testigo directo de todos los acontecimientos, deja a los fascistas llegar al poder, es decir, da prueba de una ceguera y una pasividad absolutamente criminales, no hay, decididamente, ninguna razón para contar con que, *después* de la llegada de los fascistas al poder, el mismo proletariado sacudirá su pasividad y "lo barrerá todo": en todo caso, no es lo que ha ocurrido en Italia. Remmele razona enteramente al modo de los culteranos pequeñoburgueses franceses del siglo XIX, que dieron prueba de una incapacidad total para arrastrar tras de sí a las masas pero que, por el contrario, estaban firmemente convencidos de que, cuando Louis Bonaparte se pusiese a la cabeza de la República, el pueblo se levantaría sin demora para defenderles y "lo barrería todo". A pesar de todo, el pueblo, que había dejado al aventurero Louis Bonaparte llegar al poder, se mostró, evidentemente, incapaz de barrer nada a continuación. Para ello hicieron falta nuevos acontecimientos importantes, sacudidas históricas e incluso la guerra.

El frente único del proletariado, para Remmele, no es realizable, según hemos visto, hasta después de la llegada de Hitler al poder. ¿Se puede pedir una confesión más lastimosa de sus propias carencias? Como nosotros, Remmele y Cía., somos incapaces de unir al proletariado, le encargamos a Hitler esta tarea. Cuando haya unido para nosotros al proletariado, entonces nos mostraremos con toda nuestra fuerza. A continuación viene una declaración fanfarrona: "Nosotros somos los vencedores *de mañana*, y el problema ya no está en quién aplastará a quién. Este problema está ya resuelto (aplausos en los bancos comunistas). Ya no hay más que una pregunta: ¿en qué momento derrocaremos a la burguesía?". ¡Nada menos! En Rusia llamamos a esto tocar el cielo con el dedo. Somos los vencedores *de mañana*. Para ello, no nos falta hoy más que el frente único. Hitler nos lo dará mañana, cuando llegue al poder. Por tanto, el vencedor de mañana no será Remmele, sino Hitler. Meteros, pues, esto en la cabeza: la hora de la victoria de los comunistas no va a sonar pronto.

El mismo Remmele nota que su optimismo cojea de la pierna izquierda y trata de consolidarla. "Estos señores, los fascistas, no nos asustan, se gastarán más rápidamente que cualquier otro gobierno (" totalmente cierto" desde los bancos de los comunistas)". La prueba: los fascistas quieren la inflación del papel moneda, y eso es la ruina para las masas populares; como consecuencia, todo se arreglará de la mejor de las maneras posibles. Así es como la inflación verbal de Remmele ofusca a los obreros alemanes.

Tenemos aquí el discurso programático de un jefe oficial del partido, editado en gran cantidad de ejemplares y que debe servir para la campaña de captación del Partido Comunista: al final del discurso se ha imprimido

un formulario con todo dispuesto para la adhesión. Este discurso programa está totalmente construido sobre la capitulación ante el fascismo. "No tememos" la llegada de HitIer al poder. Pero esto es, de hecho, una fórmula invertida de la cobardía. "Nosotros" no nos consideramos capaces de impedir que Hitler llegue al poder; peor: nosotros, los burócratas, estamos tan corrompidos que no nos atrevemos a considerar seriamente la lucha contra Hitler. Es por esto por lo que "no tenemos miedo". ¿De qué no tenéis miedo: de la lucha contra Hitler? No, no tienen miedo... de la victoria de Hitler. No tienen miedo de rehuir el combate. No tienen miedo de reconocer su propia cobardía. ¡Vergüenza, tres veces vergüenza!

En uno de mis últimos folletos escribía yo que la burocracia estalinista se disponía a tender una trampa a Hitler... en la forma del poder del Estado. Los plumíferos comunistas, que van de Münzenberg a Ullstein y de Mosse a Münzenberg, declararon inmediatamente: "Trotsky calumnia al Partido Comunista". ¿No está claro? Por hostilidad hacia el comunismo, por odio al proletariado alemán, por el deseo ardiente de salvar al capitalismo alemán, Trotsky atribuye a la burocracia estalinista un plan de capitulación. En realidad, no he hecho más que resumir el discurso programático de Remmele y el artículo teórico de Thaelmann. ¿Dónde está, entonces, la calumnia?

Thaelmann y Remmele continúan en eso plenamente fieles al evangelio estalinista. Recordemos una vez más lo que nos enseñó Stalin en el otoño de 1923, cuando todo se sostenía en Alemania sobre el filo de una navaja, igual que hoy: "¿Deberían los comunistas —escribía Stalin a Zinóviev y Bujarin— esforzarse (en la etapa actual) por tomar el poder sin los socialdemócratas? ¿Están ya maduros para ello? En mi opinión, el problema es éste. Si en la actualidad cayese el poder en Alemania, por así decirlo, y los comunistas fueran a tomarlo, fracasarían estrepitosamente. Esto "en el mejor de los casos". En el peor de los casos, se harían añicos y se verían obligados a retroceder. Es evidente que los fascistas vigilan, pero es más ventajoso para nosotros que ellos ataquen los primeros: esto reunirá a toda la clase obrera alrededor de los comunistas... En mi opinión debemos retener a los alemanes, y no estimularles".

En su folleto *La huelga de masas*, Langner escribe: "La afirmación (de Brandler) según la cual la lucha de octubre (de 1923) habría llevado a una 'derrota decisiva', no es otra cosa que un intento de disimular los errores oportunistas y la capitulación oportunista sin lucha" (pág. 101). Es totalmente cierto. Pero ¿quién fue entonces el instigador de la "capitulación sin lucha"? ¿Quién "frenaba" en lugar de "estimular"? En 1931 Stalin no ha hecho más que desarrollar su fórmula de 1923: que los fascistas tomen el poder, no harán más que allanarnos el camino. Evidentemente, es mucho menos peligroso atacar a Brandler que a Stalin: los Langner lo saben bien...

Es verdad que en estos dos últimos meses —y las protestas decididas de la izquierda no han sido inútiles en este sentido— ha habido un cierto cambio: el Partido Comunista ya no dice que Hitler deba tomar el poder para agotarse rápidamente; hoy insiste más sobre el aspecto opuesto de la cuestión: no hay que dejar la lucha contra el fascismo para después de la llegada de Hitler al poder; hay que llevar a cabo la lucha ahora, levantando a los obreros contra los decretos de Brüning, ampliando y profundizando la lucha en la arena económica y política. Esto es totalmente correcto. Todo lo que dicen los representantes del Partido Comunista en este sentido es indiscutible. Pero sigue ahí el problema principal: ¿cómo pasar de las palabras a los actos?

La mayoría aplastante de los miembros del partido y una parte importante del aparato —no lo dudamos en absoluto— desea sinceramente la lucha. Pero hay que mirar a la realidad cara a cara: esta lucha no existe, no se la ve venir. Los decretos de Brüning han pasado impunemente. La tregua de Navidad no se ha roto. La política de huelgas parciales improvisadas, a juzgar por el balance que hace el mismo Partido Comunista, no ha dado resultados serios hasta ahora. Los obreros lo ven. No se les puede convencer simplemente a base de gritos.

El Partido Comunista echa sobre la socialdemocracia la responsabilidad de la pasividad de las masas. Históricamente, esto es indiscutible. Pero nosotros no somos historiadores, sino militantes políticos revolucionarios. No se trata de investigaciones históricas, sino de buscar los medios que nos permitan salir de este callejón sin salida.

El SAP, que al comienzo de su existencia planteaba de manera formal (particularmente en los artículos de Rosenfeld y de Seydewitz) el problema de la lucha contra el fascismo y hacía coincidir el contraataque con la llegada de Hitler al poder, ha dado un cierto paso adelante. Su prensa exige ahora que se organice rápidamente la resistencia contra el fascismo sublevando a los obreros contra el hambre y el yugo policial. Reconocemos gustosamente que el cambio de posición del SAP se ha producido bajo la influencia de la crítica comunista: una de las tareas del comunismo consiste en hacer avanzar al centrismo, criticando su carácter híbrido. Pero esto es insuficiente: hay que utilizar políticamente los frutos de esta crítica, proponiendo al SAP pasar de las palabras a los hechos. Hay que someter al SAP a una prueba práctica, pública y clara: no interpretando citas aisladas —lo que no sería suficiente— sino proponiéndole ponerse de acuerdo sobre medios prácticos precisos de resistencia. Si el SAP muestra su incapacidad, la autoridad del Partido Comunista saldrá reforzada, y el partido intermedio será rápidamente liquidado. ¿Qué se puede temer?

Sin embargo, no es verdad que el SAP no quiera luchar seriamente. Hay varías tendencias dentro de él. En la actualidad, en la medida en que el

asunto se reduce a una propaganda abstracta por el frente único, las contradicciones internas están aletargadas. Cuando se pase a la lucha resurgirán. Sólo puede salir beneficiado el Partido Comunista.

Pero queda todavía el problema principal: el de la socialdemocracia (SPD). Si rechaza las propuestas prácticas que ha aceptado el SAP, esto creará una situación nueva. Los centristas, que querrían mantenerse a la misma distancia del Partido Comunista que de la socialdemocracia, recriminar a uno o a otro y reforzarse a cuenta de los dos (ésta es la filosofía que desarrolla Urbahns), se encontrarían inmediatamente suspendidos en el vacío, porque quedaría de manifiesto que es precisamente la socialdemocracia la que sabotea la lucha revolucionaria. ¿No sería esto una ventaja importante? Entonces, los obreros del SAP volverían resueltamente su vista hacia el Partido Comunista.

Pero la negativa de Wels y Cía. a aceptar el programa de acción aceptado por el SAP no quedaría impune ni siquiera para la socialdemocracia. El *Vorwärts* perdería de inmediato la posibilidad de lamentarse de la pasividad del Partido Comunista. La atracción por el frente único crecería inmediatamente entre los obreros socialdemócratas. Y eso equivaldría a una atracción por el Partido Comunista. ¿No esta lo bastante claro?

No se puede admitir ninguna discusión sobre el hecho de que el Partido Comunista renuncie al mismo tiempo a la dirección independiente de huelgas, de manifestaciones, de campañas políticas. Conserva plenamente su libertad de acción. No espera a nadie. Pero sobre la base de sus acciones, maniobra activamente en dirección a las otras organizaciones obreras, destruye la compartimentación entre los obreros, hace aparecer a la luz del día las contradicciones del reformismo y el centrismo, hace progresar la cristalización revolucionaria en el seno del proletariado.

5. UN REPASO HISTÓRICO SOBRE EL PROBLEMA DEL FRENTE ÚNICO

Las consideraciones sobre la política de frente único derivan de necesidades hasta tal punto fundamentales e imperativas de la lucha clase contra clase (en el sentido marxista y no burocrático de la expresión), que es imposible leer sin rugir de indignación y de vergüenza las objeciones de la burocracia estalinista. Se puede explicar cotidianamente las ideas más sencillas a los obreros y campesinos más atrasados e ignorantes, y no experimentar al hacerlo ningún cansancio; en este caso, se trata de poner en movimiento a capas nuevas. ¡Pero qué desgracia es tener que explicar y demostrar las ideas elementales a personas cuyo cerebro ha sido laminado por el molino burocrático! ¿Qué se puede hacer con los "jefes", que no disponen de argumentos lógicos, pero que tienen a mano, por el contrario, un repertorio de inju-

rias internacionales? Las posiciones fundamentales del marxismo son calificadas con la ayuda de un único término: "¡contrarrevolución!". Esta palabra está terriblemente desvalorizada en boca de quienes hasta el momento, en todo caso, no han demostrado en absoluto su capacidad para hacer la revolución. Pero ¿qué hay de las decisiones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista? ¿Las reconoce o no la burocracia estalinista?

Los documentos están muy vivos, y han conservado toda su significación hasta la fecha. Extraigo de entre ellos —ya que son muy numerosos— las tesis que elaboré entre el III y el IV Congreso para el Partido Comunista francés. Hablan sido adoptadas por el buró político del Partido Comunista ruso y el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, y fueron publicadas en esta época en distintas lenguas en los órganos comunistas. Reproducimos textualmente la parte de las tesis que está consagrada a la argumentación y la defensa de la política de frente único.

"... Es completamente evidente que la actividad del proletariado en cuanto clase no cesa durante el período de preparación de la revolución. A iniciativa de uno u otro campo, se suceden los conflictos con los patronos, con la burguesía, con el poder del Estado. En estos conflictos, en la medida en que afectan a los intereses vitales de toda la clase obrera, o de su mayoría, o de una u otra de sus partes, las masas obreras sienten la necesidad de la unidad de acción... El partido que se contraponga mecánicamente a esta necesidad... será inevitablemente condenado en la conciencia de los obreros".

"El problema del frente único nace de la necesidad de asegurar a la clase obrera la posibilidad de un frente único en la lucha contra el capital, a pesar de la escisión, inevitable en nuestra época, de las organizaciones que se basan en la clase obrera. Quien no comprenda esta tarea es que considera al partido como una asociación propagandista, y no como una organización de acción de masas".

"Si el Partido Comunista no hubiese roto radical y definitivamente con la socialdemocracia, no se habría convertido nunca en el partido de la revolución proletaria. Si el Partido Comunista no hubiera buscado los medios organizativos para hacer posibles en cada momento acciones comunes y coordinadas entre las masas obreras comunistas y no comunistas (incluidas las socialdemócratas), habría manifestado por ello mismo su incapacidad para ganarse a la mayoría de la clase obrera sobre la base de acciones de masas".

"No basta con separar a los comunistas de los reformistas, ni con ligarlos por medio de una disciplina organizativa; es preciso que esta organización aprenda a dirigir todas las acciones colectivas del proletariado en todos los terrenos de su lucha real. Esta es la segunda letra del abecé del comunismo".

"¿El frente único se extiende solamente a las masas obreras, o incluye igualmente a los jefes oportunistas? El hecho mismo de que se plantee esta pregunta es el fruto de un malentendido. Si pudiésemos reunir a las masas obreras

simplemente alrededor de nuestra bandera... sin pasar por las organizaciones reformistas, partidos o sindicatos, esto sería evidentemente mejor. Pero, entonces, el problema del frente único no se plantearía en la forma actual".

"Aparte de cualquier otra consideración, tenemos interés en sacar a los reformistas de sus madrigueras y colocarlos a nuestro lado, ante las masas combatientes. Aplicando esta táctica correcta no podemos más que salir ganando. El comunista que tiene dudas o aprensiones sobre este punto se parece al nadador que ha adoptado las tesis sobre la mejor forma de nadar, pero que no se atreve a tirarse al agua".

"Al llegar a un acuerdo con otras organizaciones, nosotros nos imponemos, evidentemente, una cierta disciplina en la acción. Pero esta disciplina no puede tener un carácter absoluto. En el caso de que los reformistas frenen la lucha en detrimento evidente del movimiento para contrarrestar la situación y el estado de ánimo de las masas, nosotros conservamos siempre, como organización independiente, el derecho a llevar la lucha hasta el final y sin nuestros semialiados temporales".

"No es posible ver en esta política una aproximación a los reformistas, sí no es desde el punto de vista del periodista que cree alejarse del reformismo cuando, sin salir de su sala de redacción, lo critica siempre en los mismos términos, y que teme enfrentarse a él ante las masas obreras y darles a éstas la posibilidad de juzgar a los comunistas y a los reformistas en condiciones de igualdad, en las condiciones de la lucha de masas. Este miedo a la "aproximación", que se autodenomina revolucionario, disimula fundamentalmente una pasividad política que se esfuerza en conservar un orden de cosas, en el que los comunistas y los reformistas tienen sus esferas de influencia claramente delimitadas, sus miembros habituales en las reuniones, su prensa, y en donde todo esto crea la ilusión de una lucha seria".

"Sobre el problema del frente único estamos viendo cómo se dibuja una tendencia pasiva e indecisa, enmascarada con una intransigencia verbal. Desde el principio salta a la vista la siguiente paradoja: los elementos derechistas del partido, con sus tendencias centristas y pacifistas... aparecen como los adversarios más irreductibles del frente único, escondiéndose detrás de la bandera de la intransigencia revolucionaria. Inversamente, los elementos que... en los momentos más difíciles estaban tras las posiciones de la Tercera Internacional, intervienen hoy en favor del frente único. Hoy, de hecho, son los partidarios de una táctica pasiva y atentista los que intervienen bajo la máscara de una intransigencia pseudorrevolucionaria"*.

¿No se diría que estas páginas han sido escritas hoy contra Stalin, Manuilski, Thaelmann, Remmele, Neumann? En realidad, fueron escritas hace diez años contra Frossard, Cachin, Charles Rappoport, Daniel Renoult y

* Trotsky, *Los cinco primeros años de la IC*, ed. rusa, págs. 345-378.

otros oportunistas franceses que se escondían detrás de fórmulas ultraizquierdistas. ¿Es que las tesis citadas —esta pregunta se la planteamos abiertamente a la burocracia stalinista— eran ya "contrarrevolucionarias" cuando eran la expresión de la política del buró político ruso, dirigido por Lenin, y cuando definían la política de la Internacional Comunista? Que no se nos intente responder que las condiciones han cambiado con posterioridad: no se trata de una cuestión coyuntural sino, como se dice en el mismo texto, *del abecé del comunismo*.

Hace diez años, la Internacional Comunista explicaba así el fondo de la política de frente único: el Partido Comunista muestra en los hechos a las masas y a sus organizaciones que está dispuesto a luchar con ellas incluso por los objetivos más modestos, a condición de que vayan en el sentido del desarrollo histórico del proletariado; el Partido Comunista tiene en cuenta durante esta lucha, en cada momento, el estado de ánimo real de la clase; no solamente se dirige a las masas, sino también a las organizaciones cuya dirección es reconocida por las masas; ante las masas, obliga a las organizaciones reformistas a tomar posición públicamente sobre las tareas reales de la lucha de clases. La política de frente único acelera la toma de conciencia revolucionaria de la clase, desvelando en la práctica que no es la voluntad escisionista de los comunistas, sino el sabotaje consciente de los jefes de la socialdemocracia, lo que impide la lucha común. Es evidente que estas ideas no han envejecido en absoluto.

¿Cómo explicar entonces que la Internacional Comunista haya renunciado a la política de frente único? Por los fracasos y los fiascos que ha conocido esta política en el pasado. Si estos fracasos, cuyas causas residen no en la política, sino en los hombres políticos, hubiesen sido en su momento puestos en evidencia, analizados, estudiados, el Partido Comunista alemán habría estado perfectamente armado de cara a la situación actual, tanto desde un punto de vista estratégico como desde un punto de vista táctico. Pero la burocracia estalinista ha actuado como el simio afectado de miopía en la fábula: habiéndose puesto sus gafas en la cola y habiéndolas limpiado sin resultado, decidió que no servían para nada y las rompió contra una piedra. Cada uno actúa según entiende, pero esto no es culpa de las gafas.

Los errores en la política de frente único eran de dos tipos. Lo más frecuente era que los órganos dirigentes del Partido Comunista se dirigiesen a los reformistas proponiendo una lucha común por consignas radicales, que no se desprendían de la situación y que no correspondían al nivel de conciencia de las masas. Estas propuestas eran como disparos hechos al vacío. Las masas permanecían ajenas, los dirigentes socialdemócratas interpretaban la propuesta de los comunistas como una intriga encaminada a destruir a la socialdemocracia. En todos los casos, se trataba de una aplicación puramente formal de la política de frente único, que no superaba el estadio de

las declaraciones; de hecho, en su misma esencia, no puede ofrecer resultados si no es sobre la base de una valoración realista de la situación y del estado de las masas. El arma de las "cartas abiertas", utilizada con demasiada frecuencia y mal, se ha encasquillado y ha habido que renunciar a ella.

Hay otro tipo de deformación que ha tomado un carácter mucho más fatal. En manos de la dirección estalinista, la política de frente único se transformó en una búsqueda de alianzas al precio del abandono de la independencia del Partido Comunista. Apoyándose en Moscú y creyéndose omnipotentes, los burócratas de la Internacional Comunista han llegado a creer seriamente que podían mandar en las masas, imponerles un itinerario, frenar el movimiento agrario y las huelgas en China, comprar la alianza con Chiang Kai-chek al precio del abandono de la política independiente del Partido Comunista, reeducar a la burocracia de las Trade Unions, principal apoyo del imperialismo británico, detrás de una mesa de comedor en Londres o en las estaciones termales del Cáucaso, transformar a los burgueses croatas como Raditch en comunistas, etc. Además, esto partía de las mejores intenciones del mundo: acelerar el desarrollo haciendo en lugar de las masas aquello para lo que no estaban todavía maduras. No está de más recordar que en toda una serie de países, en particular en Austria, los burócratas de la Internacional Comunista se han esforzado, en el último período, por crear a partir de la cumbre una socialdemocracia "de izquierda" que debería servir de puente hacia el comunismo. De la misma manera, esta mascarada no ha conducido más que a fracasos. Los resultados de todas estas experiencias y aventuras han sido invariablemente catastróficos. El movimiento revolucionario mundial ha sido hecho retroceder para varios años.

Fue entonces cuando Manuilski decidió romper las gafas y Kuusinen, para no equivocarse más, proclamó fascista a todo el mundo con la excepción de él mismo y sus amigos. Hoy el asunto es más claro y más sencillo; no podía haber más errores. ¿Qué frente único puede haber con los "socialfascistas" contra los nacionalfascistas, o con los "socialfascistas de izquierda" contra los "socialfascistas de derecha"? Habiendo así descrito un giro de 180 grados por encima de nuestras cabezas, la burocracia estalinista se ha visto forzada a declarar contrarrevolucionarias las resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Internacional.

6. LAS LECCIONES DE LA EXPERIENCIA RUSA

En una de nuestras obras anteriores hemos hecho referencia a la experiencia bolchevique en la lucha contra Kornílov: los dirigentes oficiales nos respondieron con gruñidos de desaprobación. Recordemos una vez más el

fondo del asunto, para mostrar de una forma más precisa y detallada cómo ha sacado las lecciones del pasado la escuela estalinista.

En julio y agosto de 1917, Kerensky, el jefe del gobierno, realizó prácticamente el programa del comandante en jefe Kornílov: restableció en el frente los tribunales militares de guerra y la pena de muerte para los soldados, quitó a los sóviets conciliadores toda influencia sobre los asuntos del Estado, reprimió a los campesinos, hizo que se doblara el precio del pan (en el marco del monopolio estatal sobre el comercio de trigo), preparó la evacuación del Petrogrado revolucionario y concentró en los alrededores de la capital, de acuerdo con Kornílov, a las tropas contrarrevolucionarias, prometió a los aliados una nueva ofensiva en el frente, etc. Esa era la situación política general.

El 26 de agosto, Kornílov rompió con Kerensky a causa de las vacilaciones de este último y lanzó a sus tropas sobre Petrogrado. El partido bolchevique estaba en una situación de semilegalidad. Sus jefes, comenzando por Lenin, se ocultaban en la clandestinidad o estaban en prisión, acusados de tener relaciones con el estado mayor de los Hohenzollern. La prensa bolchevique estaba prohibida. Las persecuciones venían del gobierno de Kerensky, que estaba apoyado por la izquierda por los conciliadores socialistas revolucionarios y mencheviques.

¿Qué hizo el partido bolchevique? No vaciló ni un momento en llegar a un acuerdo práctico con sus carceleros, Kerensky, Tseretellí, Dan, para luchar contra Kornílov. Por todas partes fueron creados comités de defensa revolucionaria en los que los bolcheviques eran minoritarios. Lo que no les impidió jugar un papel dirigente: cuando existen acuerdos que tratan de desarrollar la acción revolucionaria de las masas, gana siempre el partido revolucionario más consecuente y decidido. Los bolcheviques estaban destruyendo las barreras que les separaban de los obreros mencheviques y, sobre todo, de los soldados socialistas revolucionarios, y les arrastraron tras de sí.

¿Podría ser que los bolcheviques hubiesen actuado de esta manera únicamente porque habían sido cogidos de improviso? No, los bolcheviques habían exigido, decenas, centenares de veces a lo largo de los meses anteriores, a los mencheviques una lucha conjunta contra la contrarrevolución que se movilizaba. Desde el 27 de mayo, cuando Tseretelli reclamaba medidas de represión contra los marinos bolcheviques, Trotsky declaró en una reunión del sóviet de Petrogrado: "Si un general contrarrevolucionario se esfuerza en poner un nudo corredizo alrededor del cuello de la revolución, los cadetes enjabonarán la cuerda, pero los marinos de Kronstadt vendrán a luchar y morir con nosotros". Lo que se confirmó por completo. En los días en que avanzaba Kornílov, Kerensky se dirigió a los marinos del crucero *Aurora*, pidiéndoles que tomasen a su cargo la defensa del Palacio de Invierno. Todos los marinos eran bolcheviques. Odiaban a Kerensky. Pero

eso no les impidió proteger con vigilancia el Palacio de Invierno. Sus representantes se presentaron en la prisión de Kresty para encontrarse con Trotsky, que estaba encerrado, y le preguntaron: ¿No hay que arrestar a Kerensky? Pero la pregunta era más bien una broma: los marinos comprendían que era necesario primero aplastar a Kornílov, y después arreglar cuentas con Kerensky. Gracias a una mejor comprensión que el Comité Central de Thaelmann.

Die Rote Fahne califica nuestra observación histórica de "errónea". ¿Por qué razón? Es una pregunta inútil. ¿Se puede realmente esperar objeciones serias por parte de esta gente? Han recibido órdenes de Moscú, bajo amenaza de ser licenciados, de ladrar cuando oigan el solo nombre de Trotsky. Cumplen las órdenes como pueden. Según ellos, Trotsky "ha hecho una comparación fraudulenta entre la lucha actual de Brüning "contra" Hitler y la lucha de los bolcheviques en el momento del levantamiento reaccionario de Kornílov a principios de septiembre de 1917, cuando, confrontados de forma inmediata a una situación revolucionaria aguda, los bolcheviques luchaban contra los mencheviques para ganar la mayoría en los sóviets y, armados en la lucha contra Kornílov, atacaban simultáneamente a Kerensky por los flancos. De este modo, Trotsky presenta el apoyo a Brüning y al gobierno prusiano como un mal menor" (*Die Rote Fahne,* 22 de diciembre de 1931).

Es difícil refutar todo este barullo de palabras. Yo comparo, según se dice, la lucha de los bolcheviques contra Kornílov con la lucha de Brúning contra Hítler. Yo no sobrestimo la capacidad intelectual de la redacción de *Die Rote Fahne*, pero no es posible que esta gente no pueda comprender mi pensamiento. La lucha de los bolcheviques contra Kornílov, yo la comparo con la lucha del Partido Comunista alemán contra Hitler. ¿En qué es "errónea" esta comparación? Los bolcheviques, escribe *Die Rote Fahne*, luchaban en esa época contra los mencheviques para ganar la mayoría dentro de los sóviets. Pero el Partido Comunista alemán también combate contra la socialdemocracia para ganar la mayoría dentro de la clase obrera. En Rusia, estábamos en vísperas de "una situación revolucionaria aguda". ¡Totalmente correcto! Sin embargo, si los bolcheviques hubiesen adoptado en agosto la posición de Thaelmann, es una situación contrarrevolucionaria lo que había podido abrirse en lugar de la situación revolucionaria.

A lo largo de los últimos días de agosto, Kornílov fue aplastado, en realidad no por la fuerza de las armas, sino solamente por la unidad de las masas. Al día siguiente del 3 de septiembre, Lenin proponía en la prensa a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios el compromiso siguiente: vosotros tenéis la mayoría en los sóviets, les decía, tomad el poder, nosotros os apoyaremos contra la burguesía. Garantizadnos una libertad de agitación total y nosotros os prometemos una lucha pacífica por la mayoría den-

tro de los sóviets. ¡Hay que ver lo oportunista que era Lenin! Los mencheviques y los socialistas revolucionarios rechazaron el compromiso, es decir, una nueva propuesta de frente único contra la burguesía. Este rechazo se convirtió en las manos de los bolcheviques en una potente arma para la preparación del levantamiento armado que, siete semanas más tarde, barrió a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios.

Hasta el presente no ha habido en el mundo más que una revolución proletaria victoriosa. No creo de ninguna forma que no hayamos cometido ningún error en el camino de la victoria; de todos modos, creo que nuestra experiencia tiene cierta importancia para el Partido Comunista alemán. Desarrollo una analogía histórica entre dos situaciones muy próximas y emparentadas. ¿Qué responden los dirigentes del Partido Comunista alemán? Injurias.

Solamente el grupo ultraizquierdista *Der Roter Kämpfer*, armado con toda su sabiduría, se ha esforzado por criticar seriamente nuestra comparación. Cree que los bolcheviques actuaron en agosto de una forma correcta, "porque Kornílov era el representante de la contrarrevolución zarista, lo que significa que su lucha era la de la reacción feudal contra la revolución burguesa. En esas condiciones, un acuerdo táctico de los obreros con la burguesía y sus apéndices socialista-revolucionario y menchevique era no sólo necesario, sino inevitable, porque los intereses de las dos clases coincidían para rechazar a la contrarrevolución feudal". Pero como Hitler representa a la contrarrevolución burguesa, y no feudal, la socialdemocracia que apoya a la burguesía no puede comprometerse en contra de Hitler. Es por esta razón por lo que no existe frente único en Alemania y por lo que la comparación de Trotsky es errónea.

Todo esto tiene un aire muy sólido. Pero, en realidad, no hay ni una sola palabra correcta. La burguesía rusa, en agosto de 1917, no se opuso en absoluto a la reacción feudal: todos los propietarios apoyaban al partido cadete, que se oponía a la expropiación de los terratenientes. Kornílov se proclamaba republicano, "hijo de campesino" y partidario de la reforma agraria y de la Asamblea Constituyente. Toda la burguesía apoyaba a Kornílov. El acuerdo de los bolcheviques con los socialistas revolucionarios y los mencheviques se hizo posible únicamente porque los conciliadores habían roto temporalmente con la burguesía: el miedo a Kornílov les había empujado hacia ello. Los conciliadores habían comprendido que, a partir del momento en que Kornílov lograse una victoria, la burguesía dejaría de necesitarlos y permitiría a Kornílov que les aplastase. Dentro de estos límites, se ve cómo hay una analogía total con las relaciones que existen entre la socialdemocracia y el fascismo.

La diferencia no empieza en absoluto donde la ven los teóricos de *Der Roter Kämpfer*. En Rusia, las masas pequeñoburguesas, sobre todo campesi-

nas, no se inclinaban hacía la derecha sino hacia la izquierda. Kornílov no se apoyaba sobre la pequeña burguesía. Es precisamente por esta razón por lo que su movimiento no era fascista. Era una contrarrevolución burguesa —y en absoluto feudal— dirigida por un general intrigante. En esto residía su debilidad. Kornílov se apoyaba en la simpatía de toda la burguesía y en el sostén militar de los oficiales, de los *junkers*, es decir, de la generación joven de esta misma burguesía. Esto resultó ser insuficiente. Pero, en el caso de una política errónea de los bolcheviques, la victoria de Kornílov no habría estado en absoluto excluida.

Vemos que los argumentos de *Der Roter Kämpfer* contra el frente único en Alemania están basados en el hecho de que sus teóricos no comprenden ni la situación rusa ni la situación alemana[4].

Sintiéndose poco segura sobre el hielo de la historia rusa, *Die Rote Fahne* intenta abordar el problema por otro lado. "Para Trotsky, sólo los nacionalsocialistas son fascistas. Un estado de excepción, la baja dictatorial de los salarios, la prohibición de hecho de las huelgas... todo esto no es fascismo para Trotsky. Pero todo esto debe soportarlo nuestro partido". El mal humor impotente de esta gente es desarmante. ¿Dónde y cuándo he propuesto yo "soportar" al gobierno Brüning? ¿Y qué quiere decir "soportar"? Si se trata de un apoyo parlamentario o extraparlamentario al gobierno de Brüning, es una vergüenza para los comunistas hablar de ello. Pero en otro sentido, más amplio, histórico, ustedes, señores charlatanes, están en gran medida obligados a "soportar" al gobierno Brüning, porque son demasiado débiles para derrocarlo.

Todos los argumentos que dirige contra mí *Die Rote Fahne* a propósito de los asuntos alemanes, podrían igualmente ser dirigidos contra los bolcheviques en 1917. Se podría decir: "Para los bolcheviques, la política de Kornílov empieza con Kornílov. Pero, de hecho, ¿no es kornílovista Kerensky? ¿No busca su política aplastar la revolución? ¿No amenaza a los campesinos con expediciones de castigo? ¿No organiza los cierres patronales? ¿No está Lenin en la clandestinidad? ¿Y tenemos que soportar todo esto?"

Por mucha memoria que hago, no he encontrado a un solo bolchevique que se arriesgase a una argumentación semejante. Pero si se hubiese encontrado a alguno, se le habría dado aproximadamente la siguiente respuesta: "Nosotros acusamos a Kerensky de preparar y facilitar la llegada de Korní-

4. Todas las demás posiciones de este grupo son del mismo nivel, y se presentan como una repetición de los errores más groseros de la burocracia estalinista, acompañados de muecas todavía más ultraizquierdistas. El fascismo ha triunfado ya, Hitler no es un peligro independiente y los obreros no quieren luchar. Si es así y queda tiempo suficiente, los teóricos de *Der Roter Kämpfer* deberían utilizar este respiro para leer buenos libros, en lugar de escribir malos artículos. Hace ya mucho tiempo, Marx explicó a Weitling que la ignorancia no puede conducir a buenos resultados. (N. A.)

lov al poder. ¿Pero nos descarga eso de la obligación de repeler la ofensiva de Kornílov? Nosotros acusamos al portero de haber dejado las puertas medio abiertas para el pillo. ¿Pero es que implica eso que debamos descuidar la puerta?". Como el gobierno Brüning, gracias a la complacencia de la socialdemocracia, ha hundido al proletariado hasta las rodillas en la capitulación ante el fascismo, vosotros sacáis como conclusión: hasta las rodillas, hasta la cintura o totalmente, ¿es que no es lo mismo? No, no es lo mismo. El que se ha hundido en un pantano hasta las rodillas todavía puede salir. Pero, para el que se ha hundido hasta la cabeza, no queda ya ninguna esperanza de volver.

Lenin escribió respecto a los ultraizquierdistas: "Hablan muy bien de nosotros, los bolcheviques. A veces dan ganas de decirles: '¡Por favor, alabadnos un poco menos y esforzaos un poco más en investigar la táctica de los bolcheviques y en llegar a conocerla un poco mejor!".

7. Las lecciones de la experiencia italiana

El fascismo italiano ha surgido directamente del levantamiento del proletariado italiano, traicionado por los reformistas. Después del final de la guerra, el movimiento revolucionario en Italia continuó acentuándose y, en septiembre de 1920, desembocó en la toma de las fábricas y los talleres por los obreros. La dictadura del proletariado era una realidad, sólo faltaba organizarla y ser consecuente hasta el final. La socialdemocracia tuvo miedo y dio marcha atrás. Después de esfuerzos audaces y heroicos, el proletariado se encontró ante el vacío. El hundimiento del movimiento revolucionario fue la condición previa más importante del crecimiento del fascismo. En septiembre se detenía la ofensiva revolucionaria del proletariado; en noviembre se produjo el primer ataque importante de los fascistas (la toma de Bolonia).

A decir verdad, después de la catástrofe de septiembre, el proletariado era todavía capaz de llevar a cabo luchas defensivas. Pero la socialdemocracia sólo tenía una preocupación: retirar a los obreros de la batalla al precio de continuas concesiones. Los socialdemócratas confiaban en que una actitud sumisa por parte de los obreros dirigiría a la "opinión pública" burguesa contra los fascistas. Además, los reformistas contaban incluso con la ayuda de Víctor Manuel. Hasta el último momento disuadieron con todas sus fuerzas a los obreros de luchar contra las bandas de Mussolini. Pero todo esto no sirvió para nada. Siguiendo a la costra superior de la burguesía, la corona se puso del lado de los fascistas. Al llegar a convencerse en el último momento de que era imposible detener al fascismo por medio de la docilidad, los socialdemócratas llamaron a los obreros a la huelga gene-

ral. Pero este llamamiento fue un fiasco. Los reformistas habían regado durante tanto tiempo la pólvora, temiendo que se incendiase, que, cuando por fin acercaron con mano temblorosa una cerilla encendida, la pólvora no prendió.

Dos años después de su aparición, el fascismo estaba en el poder. Reforzó sus posiciones gracias al hecho de que los dos primeros años de su dominación coincidieron con una coyuntura económica favorable, que siguió a la depresión de los años 1921-1922. Los fascistas utilizaron la fuerza ofensiva de la pequeña burguesía contra el proletariado que estaba retrocediendo. Pero esto no se produjo inmediatamente. Una vez instalado en el poder, Mussolini avanzó por su camino con cierta prudencia: no tenía todavía un modelo preparado. En los dos primeros años ni siquiera fue modificada la constitución. El gobierno fascista era una coalición. Las bandas fascistas, durante este período, manejaban el bastón, el cuchillo y el revólver. Sólo progresivamente fue creándose el Estado fascista, lo que implicó el estrangulamiento total de todas las organizaciones de masas independientes.

Mussolini alcanzó este resultado al precio de la burocratización del partido fascista. Después de haber utilizado la fuerza ofensiva de la pequeña burguesía, el fascismo la estranguló en las tenazas del Estado burgués. No podía actuar de otra forma, ya que la desilusión de las masas a las que había reunido se volvía el peligro más inmediato para él. El fascismo burocrático se aproxima extraordinariamente a las otras formas de dictadura militar y policíaca. Ya no cuenta con la base social de antaño. La principal reserva del fascismo, la pequeña burguesía, está agotada. La inercia histórica es lo único que permite al Estado fascista mantener al proletariado en un estado de dispersión e impotencia. La correlación de fuerzas se modifica automáticamente en favor del proletariado. Este cambio debe conducir a la revolución. La derrota del fascismo será uno de los acontecimientos más catastróficos de la historia europea. Pero la realidad demuestra que todos estos procesos necesitan tiempo. El Estado fascista continúa en su sitio desde hace diez años. ¿Cuánto tiempo se mantendrá todavía? Sin arriesgarnos a fijar plazos, podemos decir con seguridad que la victoria de Hitler en Alemania significaría un nuevo y largo respiro para Mussolini. El aplastamiento de Hitler, marcaría para Mussolini el comienzo del fin.

En su política con respecto a Hitler, la socialdemocracia alemana no ha inventado ni una sola palabra: no hace más que repetir más pesadamente lo que en su momento hicieron con más temperamento los reformistas italianos. Éstos explicaban el fascismo como una psicosis de la posguerra; la socialdemocracia alemana ve en él una psicosis "de Versalles", o incluso una psicosis de la crisis. En ambos casos, los reformistas cierran los ojos al carácter orgánico del fascismo, en tanto que movimiento de masas nacido del declive imperialista.

Temiendo la movilización revolucionaria de los obreros, los reformistas italianos ponían todas sus esperanzas en el "Estado". Su consigna era: "¡Intervén, Víctor Manuel!". La socialdemocracia alemana no cuenta con un recurso tan democrático como es un monarca fiel a la constitución. En tal caso, hay que conformarse con un presidente: "¡Intervén, Hindenburg!".

En la lucha contra Mussolini, es decir, en la retirada ante él, Turati lanzó la fórmula genial: "Hay que tener el valor de ser cobardes". Los reformistas alemanes son menos frívolos en sus consignas. Exigen "valor para soportar la impopularidad" (*Mut zur Unpopularität*). Es lo mismo. No hay que temer la impopularidad, desde el momento en que uno se acomoda cobardemente al enemigo.

Las mismas causas producen los mismos efectos. Si el curso de los acontecimientos dependiese solamente de la dirección del partido socialdemócrata, la carrera de Hitler estaría asegurada.

De todos modos, hay que reconocer que, en lo que le toca, el Partido Comunista alemán no ha aprendido gran cosa de la experiencia italiana.

El Partido Comunista italiano apareció casi al mismo tiempo que el fascismo. Pero las mismas condiciones de reflujo revolucionario que llevaron al fascismo al poder frenaron el desarrollo del Partido Comunista. No se daba cuenta de las dimensiones del peligro fascista, se alimentaba de ilusiones revolucionarías, era irreductiblemente hostil a la política de frente único, sufría, en definitiva, todas las enfermedades infantiles. No hay nada de asombroso en ello: solamente tenía dos años. No veía en el fascismo más que la "reacción capitalista". El Partido Comunista no distinguía los rasgos particulares del fascismo, que derivan de la movilización de la pequeña burguesía contra el proletariado. Según las informaciones de mis amigos italianos, con la excepción de Gramsci, el Partido Comunista no creía posible la toma del poder por los fascistas. Si la revolución proletaria había triunfado, ¿qué clase de golpe de Estado contrarrevolucionario podría haber todavía? ¡La burguesía no puede sublevarse contra sí misma! Ésa era la orientación política fundamental del Partido Comunista italiano. Sin embargo, no hay que olvidar que el fascismo italiano era entonces un fenómeno nuevo, que se encontraba solamente en proceso de formación: habría sido difícil, incluso para un partido con más experiencia, distinguir sus rasgos específicos.

La dirección del Partido Comunista alemán reproduce hoy casi al pie de la letra la posición inicial del comunismo italiano: el fascismo es *solamente* la reacción capitalista; las diferencias entre las distintas formas de la reacción capitalista no tienen importancia desde el punto de vista del proletariado. Este radicalismo vulgar es tanto más imperdonable cuanto que el partido alemán es mucho más viejo de lo que lo era el partido italiano en la época correspondiente; además, el marxismo se ha enriquecido hoy con la trágica

experiencia italiana. Afirmar que el fascismo ha llegado ya o negar la posibilidad misma de su ascenso al poder lleva políticamente a lo mismo. Ignorar la naturaleza específica del fascismo no puede más que paralizar la voluntad de lucha contra el mismo.

El error principal incumbe, evidentemente, a la dirección de la Internacional Comunista. Los comunistas italianos, más que cualesquiera otros, deberían haber hecho oír su voz para advertir contra estos errores. Pero Stalin y Manuilski les han obligado a renegar de las lecciones más importantes de su propia derrota. Ya hemos visto cómo se ha apresurado Ercoli a pasarse a las posiciones del socialfascismo, es decir, a las posiciones de espera pasiva de la victoria fascista en Alemania.

La socialdemocracia internacional se ha consolado durante mucho tiempo diciéndose a sí misma que el bolchevismo no era concebible más que en los países atrasados. Inmediatamente aplicó la misma afirmación al fascismo. Ahora, la socialdemocracia alemana debe comprender a su propia costa la falsedad de este consuelo: sus compañeros de viaje pequeñoburgueses se han pasado y se siguen pasando del lado del fascismo, mientras que los obreros la dejan por el Partido Comunista. En Alemania solamente se desarrollan el fascismo y el bolchevismo. Aunque Rusia por una parte, e Italia por otra, sean países infinitamente más atrasados que Alemania, tanto uno como otro han servido de arena para el desarrollo de los movimientos políticos característicos del capitalismo imperialista. La Alemania avanzada debe reproducir procesos que, en Rusia y en Italia, han terminado ya. El problema fundamental del porvenir alemán puede ser formulado de la siguiente forma: ¿que vía seguir, la rusa o la italiana?

Evidentemente, esto no significa que la estructura social altamente desarrollada de Alemania no tenga importancia para el futuro destino del bolchevismo y del fascismo. Italia es, en mayor medida que Alemania, un país pequeñoburgués y campesino. Basta con recordar que, en Alemania, hay 9,8 millones de personas trabajando en la agricultura y las explotaciones forestales, y 18,5 millones trabajando en la industria y el comercio, es decir, casi el doble. En Italia, para 10,3 millones de personas que trabajan en la agricultura y las explotaciones forestales, hay 6,4 millones de personas que lo hacen en la industria y el comercio. Estas cifras brutas, globales, están lejos todavía de dar una imagen del elevado peso específico del proletariado en la vida de la nación alemana. Incluso la gigantesca cifra de los parados es una prueba a la inversa de la potencia social del proletariado alemán. Todo el problema está en traducir esta potencia en términos de política revolucionaria.

La última gran derrota del proletariado alemán, que se puede poner en el mismo nivel histórico que las jornadas de septiembre en Italia, se remonta a 1923. Durante los ocho años que han transcurrido después, muchas he-

ridas han cicatrizado, una generación nueva ha surgido. El Partido Comunista de Alemania representa una fuerza infinitamente más grande que los comunistas italianos en 1922. El peso específico del proletariado, el período bastante largo que ha transcurrido después de su última derrota, la fuerza considerable del Partido Comunista, éstas son tres ventajas que tienen una enorme importancia en la valoración general de la situación y las perspectivas.

Pero para utilizar estas ventajas hay que entenderlas. Lo que no es el caso. La posición de Thaelmann en 1932 es una repetición de la posición de Bordiga en 1922. Es en este punto donde el peligro se vuelve particularmente grave. Pero, aquí también, hay una ventaja complementaria que no existía hace diez años. En las filas de los revolucionarios alemanes existe una oposición marxista que se basa en la experiencia del último decenio. Esta oposición es numéricamente débil, pero los acontecimientos dan a su voz una fuerza excepcional. En ciertas condiciones, un ligero empujón puede desencadenar una avalancha. El empuje crítico de la Oposición de Izquierda puede contribuir a un cambio oportuno de la política de la vanguardia proletaria. ¡A esto se resume hoy nuestra tarea!

8. POR EL FRENTE ÚNICO: HACIA LOS SÓVIETS, ÓRGANOS SUPERIORES DEL FRENTE ÚNICO

La veneración de palabra hacia los sóviets está tan extendida en los círculos "de izquierda" como la incomprensión de su función histórica. Lo más corriente es que los sóviets sean definidos como los órganos de la lucha por el poder, los órganos del levantamiento y, en fin, los órganos de la dictadura. Estas definiciones son formalmente correctas. Pero no agotan la función histórica de los sóviets. Y, sobre todo, no explican por qué se necesitan precisamente los sóviets en la lucha por el poder. La respuesta a esta pregunta es la siguiente: de la misma forma que el sindicato es la forma elemental del frente único en la lucha económica, *el sóviet es la forma más elevada del frente único* cuando llega para el proletariado la época de la lucha por el poder.

El sóviet no posee en sí mismo ninguna fuerza milagrosa. No es más que el representante de clase del proletariado, con todos sus lados fuertes y sus puntos débiles. Pero es precisamente esto, y sólo esto, lo que hace que el sóviet ofrezca la posibilidad organizativa a los obreros de diferentes tendencias políticas, y que se encuentran en distintos niveles de desarrollo, de unir sus esfuerzos en la lucha revolucionaria por el poder. En la actual situación prerrevolucionaria, los obreros alemanes deben tener una idea muy clara de la función histórica de los sóviets como órganos del frente único.

Si, a lo largo del período preparatorio, el Partido Comunista hubiese logrado eliminar completamente de las filas del proletariado a todos los demás partidos, y reunir bajo su bandera, tanto política como organizativamente, a la aplastante mayoría de los obreros, no habría ninguna necesidad de los sóviets. Pero, como lo muestra la experiencia histórica, no hay nada que permita creer que el Partido Comunista, en cualquier país que sea —y todavía menos en los países con una vieja cultura capitalista que en los países atrasados—, vaya a lograr ocupar una posición tan absolutamente hegemónica en el seno de la clase obrera, sobre todo antes de la revolución proletaria.

La Alemania actual nos muestra precisamente que la tarea de la lucha directa e inmediata por el poder se le plantea al proletariado mucho antes de que haya llegado a reunirse enteramente bajo la bandera del Partido Comunista. La situación revolucionaria, a nivel político, se caracteriza precisamente por el hecho de que todos los grupos y todas las capas del proletariado, o al menos su aplastante mayoría, aspiran a unir sus esfuerzos para cambiar el régimen existente. De todos modos, eso no significa que todos comprendan cómo deben actuar, y menos aun que estén dispuestos a romper con sus partidos y a pasar a las filas de los comunistas. La conciencia política no madura de una forma tan lineal y uniforme, subsisten profundas diferencias internas incluso en la época revolucionaria, en la que todos los procesos se desarrollan por saltos. Pero, paralelamente, la necesidad de una organización por encima de los partidos, englobando a toda la clase, presiona de un modo especial. La misión histórica de los sóviets es dar forma a esta necesidad. Ése es su inmenso papel. En las condiciones de una situación revolucionaria, son la más alta expresión organizativa de la unidad del proletariado. Quien no haya comprendido esto, no ha comprendido el problema de los sóviets. Thaelmann, Neumann y Remmele pueden pronunciar todos los discursos y escribir todos los artículos que quieran sobre la futura "Alemania soviética". Con su política actual están saboteando la creación de sóviets en Alemania.

Estando muy lejos de los acontecimientos, no sabiendo directamente qué es lo que sienten las masas, y no teniendo la posibilidad de tomar cada día el pulso a la clase obrera, me resulta muy difícil prever las formas transitorias que conducirán en Alemania a la creación de los sóviets. Por otra parte, he formulado la hipótesis de que los sóviets podrían ser la extensión de los comités de fábrica: al decir esto me apoyaba esencialmente en la experiencia de 1923. Pero está claro que ésta no es la única vía. Bajo la presión del paro y la miseria por un lado, y bajo el empuje de los fascistas por el otro, la necesidad de unidad revolucionaria puede tomar la forma de sóviets, dejando de lado a los comités de fábrica. Pero, cualquiera que sea la vía por la que se llegue a los sóviets, no serán otra cosa que la expresión or-

ganizativa de los puntos fuertes y los puntos débiles del proletariado, de sus diferencias internas y de su aspiración general a superarlas, en una palabra, los órganos del frente único de clase.

En Alemania, la socialdemocracia y el Partido Comunista se reparten la influencia sobre la mayoría de la clase obrera. La dirección socialdemócrata hace todo lo que puede para apartar de sí a los obreros. La dirección del Partido Comunista se opone con todas sus fuerzas a la afluencia de los obreros. Esto tiene como resultado la aparición de un tercer partido, que va acompañada de una modificación relativamente lenta de la correlación de fuerzas en favor de los comunistas. Aunque el Partido Comunista llevase a cabo una política correcta, la necesidad de la unidad revolucionaria de la clase obrera crecería entre los obreros de forma infinitamente más rápida que la preponderancia del Partido Comunista en el interior de la clase. La necesidad de la creación de los sóviets mantendría así toda su importancia.

La creación de los sóviets presupone el acuerdo de los diferentes partidos y organizaciones de la clase obrera, comenzando por las fábricas; este acuerdo debe ser tanto sobre la necesidad de los sóviets como sobre el momento y la modalidad de su formación. Esto significa que los sóviets son la forma acabada del frente único en la época revolucionaria y su aparición debe ser precedida por la política de frente único en el período preparatorio.

¿Es necesario recordar una vez más que en Rusia, a lo largo de los seis primeros meses de 1917, eran los conciliadores, los socialistas revolucionarios y los mencheviques, los que tenían la mayoría en los sóviets? El partido de los bolcheviques, sin renunciar ni un solo instante a su independencia revolucionaria como partido, respetaba paralelamente, en el marco de la actividad de los sóviets, la disciplina organizativa con relación a la mayoría. Está claro que, en Alemania, el Partido Comunista ocupará desde la aparición del primer sóviet un lugar mucho más importante que el de los bolcheviques en los sóviets de marzo de 1917. No se puede excluir en absoluto la posibilidad de que los comunistas ganen muy rápidamente la mayoría dentro de los sóviets. Lo que de ninguna forma privará a éstos de su significación de instrumentos de frente único, ya que, al principio, la minoría —los socialdemócratas, los sin partido, los obreros católicos, etc.— se contará todavía por millones, y el mejor medio para romperse el cuello, incluso en la situación más revolucionaria, es no tener en cuenta a una minoría semejante. Pero todo esto es la música del porvenir. Hoy, la minoría es el Partido Comunista. Hay que partir de ahí.

Lo que hemos dicho no significa, evidentemente, que el camino que conduce a los sóviets pase obligatoriamente por un acuerdo con Wels, Hilferding, Breitscheid, etc. En 1918, Hilferding se preguntaba cómo incluir los sóviets dentro de la Constitución de Weimar sin dañarla; se puede suponer que, en la actualidad, su espíritu estará ocupado con el problema siguiente:

¿cómo incluir los cuarteles fascistas en la Constitución de Weimar sin perjudicar a la socialdemocracia? Hay que pasar a la creación de sóviets en el momento en que el estado general del proletariado lo permita, aunque eso se haga contra la voluntad de las esferas dirigentes de la socialdemocracia. Para ello, es necesario separar a la base socialdemócrata de la cumbre: pero no se puede alcanzar este objetivo haciendo como si ya se hubiese realizado. Para separar a millones de obreros socialdemócratas de sus jefes reaccionarios hay, precisamente, que mostrar a estos trabajadores que estamos dispuestos a entrar en los sóviets incluso con esos "jefes".

Sin embargo, no se puede considerar como excluida a priori la posibilidad de que incluso la capa superior de la socialdemocracia se vea obligada a subirse al hierro al rojo vivo de los sóviets para intentar repetir la maniobra de Ebert, Scheidemann, Haas y Cía. en 1918-1919: todo dependerá, en tal caso, menos de la mala voluntad de estos señores que de la fuerza y las condiciones en que la historia les coja entre sus tenazas.

La aparición del primer sóviet local en el que estén presentes los obreros socialdemócratas y comunistas, no como individuos, sino como organizaciones, producirá un efecto considerable sobre el conjunto de la clase obrera alemana. No solamente los obreros socialdemócratas y sin partido, sino tampoco los obreros liberales y católicos podrán resistir durante mucho tiempo a esta fuerza centrípeta. Todos los sectores del proletariado alemán, el más inclinado y el más apto para la organización, se sentirán atraídos por los sóviets como las limaduras por el imán. El Partido Comunista encontrará en los sóviets un nuevo terreno de lucha, excepcionalmente favorable, para conquistar un papel dirigente en la revolución proletaria. Podemos considerar como seguro que la mayoría aplastante de los obreros socialdemócratas e incluso una parte no despreciable del aparato socialdemócrata se sentirían desde ese momento arrastrados al marco de los sóviets si la dirección del Partido Comunista no pusiese tanto celo en ayudar a los jefes socialdemócratas a parar la presión de las masas.

Si el Partido Comunista considera inaceptable todo acuerdo con los comités de fábrica, las organizaciones socialdemócratas, los sindicatos, etcétera sobre un programa preciso de tareas prácticas, esto significa simplemente que considera inaceptable crear los sóviets con la socialdemocracia. Como no puede haber unos sóviets estrictamente comunistas, ya que no serían útiles para nadie, *el rechazo por parte del Partido Comunista de los acuerdos y las acciones comunes con los demás partidos de la clase obrera no significa otra cosa que el rechazo de los sóviets.*

Die Rote Fahne responderá a este razonamiento, probablemente, con una andanada de injurias y demostrará, como dos y dos son cuatro, que yo soy el agente electoral de Brüning, el aliado secreto de Wels, etc. Estoy dispuesto a ser acusado de todos estos cargos, pero con una sola condición: que *Die*

Rote Fahne, por su parte, explique a los obreros alemanes cómo, en que momento y de qué forma pueden ser creados los sóviets en Alemania sin la política de frente único en dirección a las otras organizaciones obreras.

Para aclarar el problema de los sóviets como órganos de frente único, son muy instructivas las reflexiones que hace al respecto uno de los periódicos de provincias del Partido Comunista, *Der Klassenkampf* (de Halle-Merseburg). "Todas las organizaciones obreras —ironiza el periódico—, en su forma actual, con todos sus errores y sus debilidades, deben ser reunidas dentro de amplias uniones antifascistas defensivas. ¿Qué quiere decir esto? Podemos prescindir de largas explicaciones teóricas; en esta cuestión, la historia ha sido el duro profesor de la clase obrera alemana: el aplastamiento de la revolución de 1918-1919 fue el precio que pagó la clase obrera alemana por el frente único de todas las organizaciones obreras, que no era más que un magma informe". ¡Tenemos aquí un ejemplo sin igual de fanfarronada superficial!

El frente único de 1918-1919 se realizó esencialmente a través de los sóviets. ¿Debían o no, los espartaquistas, entrar en los sóviets? Si se toma esta cita al pie de la letra, debían permanecer apartados de los sóviets. Pero como los espartaquistas representaban una débil minoría dentro de la clase obrera y no podían en absoluto sustituir los sóviets de los socialdemócratas por los suyos propios, su aislamiento respecto a los sóviets habría significado simplemente su aislamiento respecto de la revolución. Si el frente único tenía este aspecto de "magma informe", la responsabilidad no incumbía en absoluto a los sóviets como órganos del frente único, sino al estado político de la misma clase obrera, es decir, a la debilidad de la Liga de Espartaco y a la fuerza extraordinaria de la socialdemocracia. De manera general, el frente único no puede sustituir a un potente partido revolucionario. Solamente puede ayudarle a reforzarse. Eso es plenamente válido para los sóviets. El miedo que tenía la débil Liga de Espartaco a dejar escapar una situación excepcional la empujó a acciones ultraizquierdistas y a intervenciones prematuras. En cambio, si los espartaquistas se hubiesen quedado fuera del frente único, es decir, de los sóviets, estos rasgos negativos se habrían manifestado sin duda alguna mucho más claramente.

¿No ha aprendido realmente nada esta gente de la experiencia de la revolución alemana de 1918-1919? ¿Han leído aunque sólo sea *El izquierdismo?* ¡El régimen estalinista ha causado verdaderos estragos en los espíritus! Después de haber burocratizado los sóviets en la URSS, los epígonos los consideran como un simple instrumento técnico en las manos del aparato del partido. Se ha olvidado que los sóviets fueron creados como parlamentos obreros, que atraían a las masas porque ofrecían la posibilidad de reunir hombro con hombro a todas las fracciones de la clase obrera, independientemente de las diferencias de partido; se ha olvidado que es precisa-

mente ahí donde residía la gigantesca fuerza educativa y revolucionaria de los sóviets. Todo ha sido olvidado, confundido, desfigurado. ¡Oh, epígonos tres veces malditos!

El problema de las relaciones entre el partido y los sóviets es de una importancia decisiva para una política revolucionaria. El curso actual del Partido Comunista va encaminado de hecho a sustituir a los sóviets por el partido; en cambio, Hugo Urbahns, que no desperdicia ocasión para aumentar la confusión, se dispone a sustituir al partido por los sóviets. Según el informe ofrecido por la *Sozialistische Arbeiter Zeitung,* Urbahns, en el curso de una reunión celebrada en Berlín en enero, ha declarado, criticando las pretensiones del Partido Comunista de dirigir a la clase obrera: "La dirección estará en las manos de los sóviets, elegidos por las mismas masas y no siguiendo la voluntad y el gusto de un solo partido" (aprobación masiva). Es perfectamente comprensible que el ultimatismo del Partido Comunista irrite a los obreros, que se ven empujados a aplaudir toda protesta contra la fanfarronería burocrática. Pero eso no cambia en nada el hecho de que la posición de Urbahns sobre este problema, como sobre otros, no tiene nada en común con el marxismo. Es indiscutible que los obreros "mismos" elegirán los sóviets. Todo el problema está en saber a *quién* elegirán. Debemos entrar en los sóviets con las demás organizaciones, cualesquiera que sean, con "todos sus errores y sus debilidades". Pero pensar que los sóviets pueden "por sí mismos" dirigir la lucha del proletariado por el poder, lleva a propagar un fetichismo grosero del sóviet. Todo depende del partido que dirija los sóviets. Es por esto por lo que, contrariamente a Urbahns, los bolcheviques-leninistas no niegan en absoluto al Partido Comunista el derecho a dirigir los sóviets: bien al contrario, declaran que sólo sobre la base del frente único, sólo a través de las organizaciones de masas, podrá el Partido Comunista *conquistar* una posición dirigente en los futuros sóviets y conducir al proletariado a la conquista del poder.

9. EL SAP (PARTIDO SOCIALISTA OBRERO)

Sólo los funcionarios desarraigados que creen que todo les está permitido, o los papagayos estúpidos que repiten las injurias sin comprender su sentido, pueden calificar al SAP de partido "socialfascista" o "contrarrevolucionario". Pero sería dar prueba de una ligereza imperdonable y de un optimismo barato otorgar confianza a priori a una organización que, aunque haya roto con la socialdemocracia, se encuentra todavía a medio camino entre el reformismo y el comunismo, con una dirección más cercana al reformismo que al comunismo. En este punto, la Oposición de Izquierda tampoco se responsabiliza en absoluto de la política de Urbahns.

El SAP no tiene programa. No entendemos por tal un documento formal: un programa sólo es sólido cuando su texto está ligado a la experiencia revolucionaria del partido, a las enseñanzas de las luchas, que se han convertido en la carne y la sangre de los cuadros. El SAP no tiene nada de todo esto. La Revolución Rusa, sus distintas etapas, sus luchas fraccionales, la crisis alemana de 1923, la guerra civil de Bulgaria, los acontecimientos de la Revolución China, la lucha del proletariado inglés (1926), la crisis revolucionaria española, todos estos acontecimientos que deberían formar parte de la conciencia del proletariado como indicadores fundamentales del camino político, no son para los cuadros del SAP más que recuerdos periodísticos confusos, y no una experiencia revolucionaria asimilada en profundidad.

Es indiscutible que un partido obrero debe llevar a cabo una política de frente único. Pero la política de frente único presenta peligros. Solamente un partido revolucionario templado en la lucha puede llevar adelante esta política con éxito. En todo caso, la política de frente único no puede constituir el programa de un partido revolucionario. Y, sin embargo, a esto es a lo que se reduce hoy en día toda la actividad del SAP. La política de frente único es trasladada así al interior del partido, es decir, sirve para amortiguar las contradicciones entre las diferentes tendencias. Ésa es en gran medida la función principal del centrismo.

El diario del SAP oscila entre dos polos. A pesar de la salida de Stróbel, el periódico continúa siendo medio pacifista, y no marxista. Los artículos revolucionarios aislados no modifican en nada su fisonomía sino que, al contrario, no hacen más que darle más relieve. El periódico se entusiasma con la carta de Küster a Brüning a propósito del militarismo, carta insulsa, de un espíritu profundamente pequeñoburgués. Aplaude al "socialista" danés, viejo ministro del rey, por su negativa a formar parte de la comisión gubernamental en unas condiciones demasiado humillantes. El centrismo se contenta con poca cosa. Pero la revolución exige mucho, la revolución lo exige todo.

El SAP condena la política del Partido Comunista alemán: escisión de los sindicatos y formación de la RGO (Oposición Sindical Roja). La política sindical del Partido Comunista alemán es, sin discusión, profundamente errónea: la dirección de Lozovsky está costando cara a la vanguardia proletaria internacional, Pero la crítica del SAP no es menos errónea. El problema esencial no consiste en que el Partido Comunista "divida" las filas del proletariado y "debilite" los sindicatos socialdemócratas. Éste no es un criterio revolucionario, porque, con la dirección actual, los sindicatos están al servicio del capital y no de los obreros. El crimen del Partido Comunista no es que "debilite" la organización de Leipart, sino que se debilita a si mismo. La participación de los comunistas en las uniones sindicales reaccionarias

no está dictada por el principio abstracto de la unidad, sino por la necesidad de luchar por limpiar las organizaciones de los representantes del capital. El SAP antepone a este aspecto activo, revolucionario, ofensivo de la política, el principio abstracto de la unidad de los sindicatos, dirigidos por los agentes del capital.

El SAP acusa al Partido Comunista de tener tendencia al *putschismo*. Tal acusación se basa igualmente en ciertos hechos y ciertos métodos; pero antes de tener derecho a lanzar esta acusación, el SAP debe formular exactamente y mostrar en la práctica cuál es su posición sobre los problemas fundamentales de la revolución proletaria. Los mencheviques acusaron siempre a los bolcheviques de blanquismo y aventurerismo, es decir, de putschismo. A pesar de ello, la estrategia leninista estaba tan alejada del putschismo como el cielo de la tierra. Pero Lenin comprendía y sabía hacer comprender a los demás la importancia del "arte de la insurrección" en la lucha proletaria. Sobre este punto, la crítica del SAP tiene un carácter tanto más dudoso cuanto que se apoya en Paul Levi, que se asustó de las enfermedades infantiles del Partido Comunista y prefirió el marasmo senil de la socialdemocracia. En las conferencias restringidas al tema de los acontecimientos de marzo de 1921 en Alemania, Lenin declaró sobre Levi: "este hombre ha perdido definitivamente la cabeza". Es cierto que Lenin añadía también con malicia: "Por lo menos tenía algo que perder, pero no podemos decir lo mismo de otros muchos". Entre los "otros" figuraban Bela Kun, Thalheimer, etc. No se puede negar que Paul Levi tenía una cabeza sobre sus hombros. Pero es poco probable que este hombre que ha perdido la cabeza y que, de esta forma, ha saltado de las filas del comunismo a las filas del reformismo, sea un profesor competente para un partido proletario. El fin trágico de Levi —su salto por la ventana en un acceso de locura— simboliza de alguna forma su trayectoria política.

Para las masas, el centrismo no es más que la transición de una etapa a otra, pero para ciertos hombres políticos puede convertirse en una segunda naturaleza. A la cabeza del SAP se encuentra un grupo de socialdemócratas desesperados, funcionarios, abogados, periodistas, que han alcanzado la edad en que la educación política debe ser considerada como terminada. Socialdemócrata desesperado no quiere decir todavía revolucionario.

Georg Ledebour es un representante de este tipo de gente, su mejor representante. Sólo recientemente he tenido la ocasión de leer el informe de su proceso en 1919. Y más de una vez a lo largo de mi lectura he aplaudido mentalmente al viejo combatiente, su sinceridad, su temperamento y su nobleza. Pero Ledebour no ha llegado nunca a franquear los límites del centrismo. Allá donde se trata de acciones de masas, de las formas superiores de la lucha de clases, de su preparación, allá donde se trata para el partido de tomar la responsabilidad de la dirección de las luchas de masas,

Ledebour es solamente el mejor representante del centrismo. Esto es lo que le separaba de Liebknecht y de Rosa Luxemburgo. Esto es lo que le separa hoy de nosotros.

Indignándose del hecho de que Stalin acuse al ala radical de la vieja socialdemocracia alemana de pasividad frente a la lucha de las naciones oprimidas, Ledebour recuerda que, precisamente en la cuestión nacional, él ha dado siempre prueba de una gran iniciativa. Esto es absolutamente indiscutible. Ledebour, personalmente, se levantó con mucha pasión contra las tendencias chovinistas que había dentro de la vieja socialdemocracia alemana, sin disimular en absoluto el sentimiento nacional alemán, fuertemente desarrollado en él. Ledebour fue siempre el mejor amigo de los emigrantes revolucionarios rusos, polacos o de otras partes, y muchos de ellos han conservado un recuerdo caluroso del viejo revolucionario, al que en las filas de la burocracia socialdemócrata alemana se llamaba con ironía condescendiente unas veces "Ledebourov" y otras veces "Ledeboursky".

A pesar de ello, Stalin, que no conoce ni los sucesos ni la literatura de esta época, tiene razón en esta cuestión, al menos en la medida en que retoma la valoración general de Lenin. Al intentar replicar, Ledebour no hace más que confirmar esta valoración. Hace referencia al hecho de que, en sus artículos, ha expresado más de una vez su indignación hacia los partidos de la Segunda Internacional, que juzgaban con perfecta serenidad el trabajo de uno de sus miembros, Ramsay MacDonald, que resolvió el problema nacional de la India con la ayuda de los bombardeos aéreos. Esta indignación y esta protesta expresan la diferencia indiscutible y honrosa que existe entre Ledebour y un Otto Bauer cualquiera, por no hablar de los Hilferding o los Wels: para que estos señores se lancen a los bombardeos democráticos, no hace falta más que una India.

A pesar de todo, la posición de Ledebour en este punto no traspasa los límites del centrismo; Ledebour exige la lucha contra la opresión colonial: votará en el parlamento contra los créditos coloniales, tomará sobre sus espaldas la defensa valerosa de las víctimas de una insurrección aplastada por los colonialistas. Pero Ledebour no tomará parte en la preparación de una insurrección colonial. Considera que semejante trabajo es una muestra de *putschismo*, de aventurerismo, de bolchevismo. Ahí es donde está el fondo del problema.

Lo que caracteriza al bolchevismo en la cuestión nacional es que trata a las naciones oprimidas, incluso a las más atrasadas, no solamente como objetos, sino también como sujetos políticos. El bolchevismo no se limita a reconocerles "el derecho" a la autodeterminación y a protestar en el parlamento contra la violación de este derecho. El bolchevismo penetra en las naciones oprimidas, las levanta contra sus opresores, liga su lucha a la del proletariado de los países capitalistas, enseña a los oprimidos, sean chinos,

indios o árabes, el arte de la insurrección, y asume la plena responsabilidad de este trabajo ante los verdugos civilizados. Solamente ahí es donde comienza el bolchevismo, es decir, el marxismo revolucionario en acción. Todo lo que no llega a rebasar ese límite es centrismo.

Los simples criterios nacionales no permiten valorar correctamente la política de un partido proletario. Para un marxista, esto es un axioma. ¿Cuáles son, entonces, las simpatías y los lazos internacionales del SAP? Los centristas noruegos, suecos, holandeses, las organizaciones, los grupos o las personas aisladas a quienes su carácter pasivo y provinciano les permite mantenerse entre el reformismo y el comunismo —esos son sus amigos más próximos—. Angélica Balabanova es el símbolo de las relaciones internacionales del SAP: todavía está intentando hoy ligar al nuevo partido a los desperdicios de la Internacional dos y media.

León Blum, el defensor de las reparaciones, el padrino socialista del banquero Oustric*, se ve calificado de "camarada" en las páginas del periódico de Seydewitz. ¿Qué es esto? ¿Amabilidad? No, es falta de principios, de carácter, de firmeza. "¡Eso es buscarle tres pies al gato!" dirá algún sabio siempre encerrado en su despacho. No, ciertos detalles expresan el fondo político con mucha más fidelidad y autenticidad que el reconocimiento abstracto de los sóviets, no basado en la experiencia revolucionaria. Uno no puede más que ridiculizarse a sí mismo tratando a Blum de "fascista". Pero quien no desprecia ni odie a esta ralea política no es un revolucionario.

El SAP se desmarca del "camarada" Otto Bauer dentro de los mismos límites en que lo hace Max Adler. Para Rosenfeld y Seydewitz, Bauer no es más que un adversario ideológico, tal vez incluso temporal, mientras que para nosotros es un enemigo irreductible, que ha conducido al proletariado austriaco a un marasmo espantoso.

Max Adler es un barómetro centrista bastante sensible. No se puede negar la utilidad de un instrumento así, pero hay que convencerse de que, si bien registra el cambio de tiempo, es incapaz de influir sobre él. Dada la situación sin salida del capitalismo, Max Adler está dispuesto de nuevo, no sin cierto dolor filosófico, a reconocer que la revolución es inevitable. ¡Pero vaya aceptación! ¡Qué de reservas y de suspiros! La mejor solución hubiera sido que la Segunda Internacional y la Tercera se uniesen. La solución más ventajosa habría sido introducir el socialismo imposible. Es evidente que en los países civilizados, y no solamente en los países bárbaros, los obreros deben, ¡oh! ¡tres veces oh!, hacer la revolución. Pero esta aceptación melancólica de la revolución no es mas que literatura, La historia no ha conocido ni conocerá jamás una situación tal que Max Adler

* Albert Oustric: banquero francés cuyas especulaciones arruinaron a muchos bancos y llevaron en 1930 a la caída del gabinete Tardieu.

pueda decir: "¡Ha llegado el momento!" Los hombres como Adler son capaces de justificar la revolución en el pasado, de reconocerla como inevitable en el futuro, pero son incapaces de llamarla en el presente. No hay nada que esperar de todo este grupo de socialdemócratas de izquierda, a los que ni la guerra imperialista ni la Revolución Rusa han hecho evolucionar. Como instrumento barométrico, todavía pueden pasar. ¡Como jefes revolucionarios, nunca!

A finales del mes de diciembre, el SAP dirigió a todas las organizaciones obreras un llamamiento para organizar en todo el país reuniones, en las que los oradores de todas las tendencias dispondrían del mismo tiempo para hacer uso de la palabra. Es evidente que no se llegará a ninguna parte embarcándose por este camino. En efecto, ¿qué sentido tendría para el Partido Comunista y el partido socialdemócrata repartirse con igualdad la tribuna con Brandler, Urbahns, y otros representantes de organizaciones y grupos demasiado insignificantes para pretender ocupar un lugar propio dentro del movimiento? El frente único es la unidad de las masas comunistas y socialdemócratas, y no un mercado entre grupos políticos sin ninguna base de masas.

Se nos dirá: el bloque Rosenfeld-Brandler-Urbahns no es más que un bloque para la *propaganda* en favor del frente único. Pero es precisamente en el dominio de la propaganda donde resulta inadmisible un bloque semejante. La propaganda debe apoyarse sobre unos principios claros, sobre un programa preciso. Marchar separados, golpear juntos. El bloque no se ha creado más que para acciones prácticas de masas. Las transacciones en la cumbre sin una base de principios no conducen a nada, salvo a la confusión.

La idea de presentar a las elecciones presidenciales un candidato del frente único obrero es una idea fundamentalmente errónea. El partido no tiene derecho a renunciar a movilizar a sus partidarios y a contar sus fuerzas en las elecciones. Una candidatura del partido que se oponga a todas las demás candidaturas no puede constituir, en ningún caso, un obstáculo para un acuerdo con otras organizaciones por los objetivos inmediatos de la lucha. Los comunistas, estén o no en el partido oficial, apoyarán con todas sus fuerzas la candidatura de Thaelmann. No se trata de la persona de Thaelmann, sino de la bandera del comunismo. La defenderemos contra todos los demás partidos. Destruyendo los prejuicios inoculados a los comunistas de base por la burocracia estalinista, la Oposición de Izquierda se abre un camino hacia su conciencia[5].

---

5. Por desgracia, la revista *Die Permanente Revolution* ha publicado un artículo que, no procediendo ciertamente de la redacción, defiende un candidato obrero único. No cabe duda de que los bolcheviques-leninistas alemanes rechazarán una posición semejante. (N. A.)

¿Cuál fue la política de los bolcheviques en relación a las organizaciones obreras y los "partidos" que habían surgido a la izquierda del reformismo o del centrismo, aproximándose al comunismo?

En Petrogrado, en 1917, existía una organización interdistrital intermedia que contaba con alrededor de cuatro mil obreros. La organización de los bolcheviques agrupaba en Petrogrado a decenas de miles de obreros. No obstante, el comité de los bolcheviques de Petrogrado se ponía de acuerdo en todos los problemas con los interdistritales, les tenía al corriente de sus planes y facilitó así la fusión completa de las dos organizaciones.

Se puede contestar a esto que los interdistritales estaban políticamente cerca de los bolcheviques. Pero no se trataba solamente de los interdistritales. Cuando los mencheviques internacionalistas (el grupo de Mártov) se opusieron a los socialpatriotas, los bolcheviques hicieron todo lo posible para llegar a acciones comunes con los martovistas; si la mayoría de las veces fue un fracaso, la culpa no fue en absoluto de los bolcheviques. Hay que añadir que los mencheviques internacionalistas continuaban siendo formalmente miembros del mismo partido que Tsereteli y Dan.

La misma táctica, pero a escala mucho mayor, fue adoptada con respecto a los socialistas revolucionarios de izquierda. Los bolcheviques arrastraron a una parte de los socialistas revolucionarios de izquierda al Comité Militar Revolucionario, es decir, al órgano de la insurrección, aunque en esta época los socialistas revolucionarios de izquierda fuesen todavía miembros del mismo partido que Kerensky, contra el que se había dirigido directamente la insurrección. Evidentemente, esto no era muy lógico por parte de los socialistas revolucionarios de izquierda, lo que demostraba que no tenían las ideas muy claras. Pero si hubiese debido esperarse a que todo el mundo lo tuvieran todo claro, nunca habría habido revolución victoriosa. A continuación, los bolcheviques formaron con los socialistas revolucionarios de izquierda (los "kornilovistas" de izquierda o los "fascistas" de izquierda según la terminología actual) un bloque gubernamental que se mantuvo varios meses y no se terminó hasta después del levantamiento de los socialistas revolucionarios de izquierda.

Lenin resumía así la experiencia de los bolcheviques con relación a los centristas de izquierda: "La táctica correcta de los comunistas consiste en utilizar estas vacilaciones, y no en ignorarlas; su utilización exige que se hagan concesiones a los elementos que se acercan al proletariado, y esto sólo en la medida y momento en que se acercan a él; paralelamente, hay que luchar contra los que se aproximan a la burguesía... Tomando una decisión demasiado precipitada: 'ningún compromiso con nadie, ningún rodeo en nuestro camino', no se puede más que perjudicar el reforzamiento del proletariado revolucionario...". ¡La táctica de los bolcheviques en esta cuestión no ha tenido nunca nada que ver con el ultimatismo burocrático!

No hace mucho tiempo que los mismos Thaelmann y Remmele estaban en un partido independiente. Si hicieran un esfuerzo memorístico, tal vez lograsen recordar su estado político en los años en que, habiendo roto con la socialdemocracia, se adhirieron al partido independiente y le dieron un impulso hacia la izquierda. ¿Qué habrían hecho si alguien les hubiese dicho entonces que representaban solamente "el ala izquierda de la contrarrevolución monárquica"? Probablemente habrían llegado a la conclusión de que su acusador estaba borracho o loco. Y, sin embargo, ¡así es precisamente como ellos definen hoy el SAP!

Recordemos las conclusiones que sacó Lenin de la aparición del partido independiente: "¿Por qué en Alemania el desplazamiento de los obreros de la derecha hacia la izquierda, giro absolutamente idéntico al que ha conocido Rusia en 1917, no ha llevado al reforzamiento inmediato de los comunistas, sino en primer lugar al del partido intermedio de los 'independientes'...? Es evidente que una de las causas ha sido la táctica errónea de los comunistas alemanes, que deben reconocer honestamente y sin miedo este error y aprender a corregirlo... Este error es una de las numerosas manifestaciones de la enfermedad infantil, el 'izquierdismo', que hace ahora su agosto; así será mejor combatido, más rápidamente y con mejores resultados para el organismo". ¡Se diría que fue directamente escrito para la situación actual!

El Partido Comunista alemán es hoy mucho más fuerte que la Liga de Espartaco de entonces. Pero, si ahora aparece una segunda versión del partido independiente, en parte con la misma dirección, el error del Partido Comunista no es sino más grave.

La aparición del SAP es un fenómeno contradictorio. Habría sido mejor, evidentemente, que los obreros se hubieran adherido directamente al Partido Comunista. Pero para eso el Partido Comunista debería haber tenido otra política y otra dirección. Hay que juzgar al SAP no desde la perspectiva de un Partido Comunista ideal, sino partiendo de lo que de hecho es. En la medida en que el Partido Comunista continúa manteniendo las posiciones del ultimatismo burocrático y se opone a las fuerzas centrífugas en el interior de la socialdemocracia, la aparición del SAP es un hecho inevitable y progresista.

Pero la existencia de una dirección centrista limita considerablemente este carácter progresista del SAP. Si semejante dirección se estabiliza, el SAP está perdido. Aceptar el centrismo del SAP en nombre del papel globalmente progresista de este partido llevaría a liquidar ese papel progresista.

Los elementos conservadores que se encuentran a la cabeza del partido y que sepan maniobrar, se esforzarán por todos los medios en ocultar las contradicciones y retrasar la crisis. Estos medios serán eficaces hasta el primer empujón serio de los acontecimientos. La crisis del partido corre el riesgo de desarrollarse con más intensidad que la crisis revolucionaria y de paralizar a los elementos proletarios.

La tarea de los comunistas es ayudar a los obreros del SAP a barrer con la suficiente rapidez al centrismo de sus filas y a desembarazarse de su dirección centrista. Para ello, es necesario no callarse nada, no tomar las buenas resoluciones por acciones y llamar a cada cosa por su nombre. Por su nombre, y no por nombres inventados de arriba a abajo. Criticar, y no calumniar. Buscar una aproximación, y no rechazar brutalmente.

Lenin escribió del ala izquierda del partido independiente: "Es absolutamente ridículo tener miedo a un 'compromiso' con este ala del partido. Por el contrario, los comunistas deben buscar y encontrar la forma adecuada de un compromiso con ella, un compromiso que, por una parte, facilitaría y aceleraría la fusión completa e indispensable con esta ala, y que, por otra parte, no estorbaría en nada a los comunistas en su lucha ideológica y política contra el ala oportunista derechista de los 'independientes". En la actualidad, no hay nada que añadir a esta directriz táctica.

Nosotros les decimos a los elementos de izquierda del SAP: "Los revolucionarios no solamente se templan en las huelgas y las luchas callejeras, sino también y sobre todo en la lucha por una política correcta de su propio partido. Tomad las 'veintiuna condiciones', elaboradas en su momento para aceptar a nuevos partidos dentro de la Internacional Comunista. Tomad los trabajos de la Oposición de Izquierda, en los que las 'veintiuna condiciones' son utilizadas para analizar la evolución de la situación a lo largo de los últimos ocho años. Lanzad un ataque sistemático contra el centrismo en vuestras filas a la luz de estas 'condiciones', y llevadlo hasta sus últimas consecuencias. De otra forma no podréis más que jugar el papel poco glorioso de guardaflancos de izquierda del centrismo".

¿Y después? Después hay que volverse hacia el Partido Comunista alemán. Los revolucionarios no se sitúan en absoluto a mitad de camino entre la socialdemocracia y el Partido Comunista, como querrían Rosenfeld y Seydewitz. No, los jefes socialdemócratas son los agentes del enemigo de clase dentro del proletariado. Los jefes comunistas son revolucionarios o semirrevolucionarios confusos, malos, torpes, desviados. No es la misma cosa. Hay que destruir a la socialdemocracia, pero hay que rectificar al Partido Comunista. ¿Decís que es imposible? ¿Pero es que habéis intentado seriamente poneros a trabajar para ello?

Ahora que los acontecimientos presionan sobre el Partido Comunista, hay que ayudar a los acontecimientos con la presión de nuestra crítica. Los obreros comunistas nos escucharán con los oídos tanto más abiertos cuanto más se convenzan en la práctica de que no queremos crear un "tercer" partido, sino que nos esforzamos sinceramente por ayudarles a hacer del Partido Comunista existente el verdadero dirigente de la clase obrera.

— ¿Y si eso no se consigue?

—Si no se consigue, eso significa, casi con seguridad, en la situación histórica en que nos encontramos, la victoria del fascismo. Pero, antes de los grandes combates, un revolucionario no pregunta qué es lo que va a pasar en caso de derrota, pregunta qué hay que hacer para conseguir la victoria. Es posible, es realizable, por consiguiente debe de hacerse.

10. EL CENTRISMO 'EN GENERAL' Y EL CENTRISMO DE LA BUROCRACIA ESTALINISTA

Los errores de la dirección de la Internacional Comunista y, por ello mismo, del Partido Comunista alemán, pertenecen, para retomar la terminología bien conocida de Lenin, a la categoría de "tonterías ultraizquierdistas". Incluso la gente inteligente puede hacer tonterías, sobre todo en su juventud. Pero, como ya lo aconsejaba Heine, no se debe abusar de este privilegio. Cuando las tonterías políticas de cierto tipo son cometidas sistemáticamente, durante un largo período, y además sobre cuestiones muy importantes, dejan de ser simples tonterías y se convierten en una *orientación.* ¿De qué orientación se trata? ¿A qué necesidades históricas responde? ¿Cuáles son sus raíces sociales?

La base social del ultraizquierdismo varía según los países y las épocas. El anarquismo, el blanquismo y sus diferentes combinaciones, incluida la más reciente, el anarcosindicalismo, son las expresiones más acabadas del ultraizquierdismo. Estas corrientes, que se habían desarrollado principalmente en los países latinos, tenían como base social la antigua pequeña industria clásica de París. Su persistencia ha dado una importancia innegable a las diferentes versiones francesas del ultraizquierdismo y les ha permitido, hasta cierto punto, ejercer una influencia ideológica sobre el movimiento obrero de los demás países. El desarrollo de la gran industria en Francia, la guerra y la Revolución Rusa han roto la espina dorsal del anarcosindicalismo. Relegado a un segundo plano, se ha transformado en un oportunismo de mala fe. En estos dos estadios de su desarrollo, el sindicalismo francés ha sido dirigido por el mismo Jouhaux: los tiempos cambian, y nosotros con ellos.

El anarcosindicalismo español no ha logrado conservar la apariencia revolucionaria más que en una situación de estancamiento político. La revolución, al plantear todos los problemas de forma brutal, ha obligado a los dirigentes anarcosindicalistas a abandonar el ultraizquierdismo y a revelar su naturaleza oportunista. Podemos estar seguros de que la revolución española expulsará los prejuicios sindicalistas de su último refugio latino.

Hay elementos anarquistas y blanquistas presentes en todas las demás corrientes y grupos ultraizquierdistas. En la periferia del gran movimien-

to revolucionario siempre se han observado manifestaciones de *putschismo* y aventurerismo, cuyos agentes son, o bien las capas atrasadas, a menudo semiartesanales, de obreros, o bien los intelectuales, compañeros de viaje. Pero, en general, este tipo de ultraizquierdismo no tiene una significación histórica independiente, y lo más normal es que presente un carácter episódico.

En los países atrasados desde el punto de vista histórico, que deben llevar a cabo su revolución burguesa cuando existe ya un movimiento obrero mundial desarrollado, la intelectualidad de izquierda introduce a menudo en el movimiento semiespontáneo de las masas, principalmente pequeñoburguesas, las consignas y los métodos más extremistas. Esta es la naturaleza de los partidos pequeñoburgueses como el de los "socialistas revolucionarios" rusos, con su tendencia al *putschismo*, al terror individual, etc. Debido a la existencia de partidos comunistas en Oriente es poco probable que grupos aventureristas independientes lleguen a adquirir la importancia de los socialistas revolucionarios rusos. En contrapartida, pueden existir elementos aventureristas en las filas de los jóvenes partidos comunistas orientales. En lo que se refiere a lo socialistas revolucionarios rusos, bajo la influencia de la evolución de la sociedad burguesa, se transformaron en el partido de la pequeña burguesía imperialista y adoptaron una posición contrarrevolucionaria frente a la Revolución de Octubre.

Está claro que el ultraizquierdismo actual de la Internacional Comunista no entra en ninguna de las categorías descritas hasta ahora. El principal partido de la Internacional Comunista, el Partido Comunista de la Unión Soviética, se apoya de forma manifiesta en el proletariado industrial y se vincula, mal o bien, a las tradiciones revolucionarias del bolchevismo. La mayoría de las otras secciones de la Internacional Comunista son organizaciones proletarias. El hecho de que la política ultraizquierdista del comunismo oficial haga estragos de forma uniforme y simultánea en países distintos en los que las condiciones son diferentes, ¿no es una prueba de que esta corriente no tiene raíces sociales comunes? Pero este curso de ultraizquierda, que presenta en todas partes el mismo carácter "de principio", es aplicado en China y en Gran Bretaña. ¿Dónde hemos de buscar, pues, el origen de este nuevo ultraizquierdismo?

Hay una circunstancia muy importante que complica pero, al mismo tiempo, aclara este problema: el ultraizquierdismo no es en absoluto un rasgo constante fundamental de la dirección actual de la Internacional Comunista. Este mismo aparato, para la mayoría de sus miembros, ha desarrollado hasta 1928 una política abiertamente oportunista, uniéndose al menchevismo en numerosos puntos de gran importancia. En los años 1924-1927, los acuerdos con los reformistas eran considerados como obligatorios; además, se admitía que el partido renunciase a su independencia, a su libertad de

crítica e incluso a su base de clase proletaria[6]. Además, no se trata de una corriente ultraizquierdista particular, sino de un largo zigzag ultraizquierdista de una corriente que, en el pasado, ha dado pruebas de su capacidad para llevar a cabo violentos zigzagues ultraderechistas. Estos indicios permiten pensar que se trata del *centrismo.*

Para hablar de modo formal y descriptivo, todas las corrientes del proletariado y su periferia que se sitúan entre el reformismo y el marxismo, y que representan muy a menudo las diferentes etapas que llevan del reformismo al marxismo, y viceversa, componen el centrismo. El marxismo, como el reformismo, tiene una base social estable. El marxismo expresa los intereses históricos del proletariado. El reformismo corresponde a la situación privilegiada de la burocracia y la aristocracia obreras dentro del Estado capitalista. El centrismo que hemos conocido en el pasado, no tenía ni podía tener una base social propia. Las diferentes capas del proletariado se acercan a la orientación revolucionaria por caminos y a ritmos diferentes. En los períodos de expansión industrial prolongada, o incluso en los períodos de reflujo político, después de una derrota, diferentes capas del proletariado se deslizan políticamente de la izquierda a la derecha y se alejan de otras capas que comienzan a evolucionar hacia la izquierda. Distintos grupos, detenidos en ciertas etapas de su evolución, encuentran sus jefes temporales, generan sus propios programas y organizaciones. ¡Así se comprende la diversidad de corrientes que recubre la noción de "centrismo"!

Aun cuando el centrismo *en general* juega normalmente el papel de cobertura de izquierda del reformismo, no es posible, sin embargo, dar una respuesta definitiva a la pregunta de a cuál de los campos principales, marxistas o reformistas, pertenece tal o cual desviación centrista. Aquí, más que en ningún otro caso, hay que analizar cada vez el contenido concreto del proceso y las tendencias internas de su evolución. Así, ciertos errores políticos de Rosa Luxemburgo pueden ser calificados con cierta certidumbre teórica como centrismo de izquierda. Se puede ir más lejos y afirmar que la mayoría de las divergencias de Rosa Luxemburgo con Lenin se debían a una desviación centrista más o menos importante. Sólo los burócratas desvergonzados e ignorantes de la Internacional Comunista pueden colocar al luxemburguismo, como corriente histórica, dentro del centrismo. Es inútil recordar que los "jefes" actuales de la Internacional Comunista, empezando por Stalin, no llegan a la suela del zapato de la gran revolucionaria, tanto política como teórica y moralmente.

---

6. Para un análisis detallado de este capitulo de varios años de la historia de la Internacional Comunista, cf. nuestras obras: *La revolución proletaria y la Internacional Comunista* (crítica del proyecto de programa de la Internacional Comunista), *La revolución permanente* y *¿Quién dirige hoy la Internacional Comunista?*. (N. A.)

Ciertos teóricos que no han reflexionado lo suficiente sobre el fondo del problema han acusado varias veces, en los últimos tiempos, al autor de estas líneas de abusar del término "centrismo", reagrupando bajo el mismo a corrientes y grupos demasiado diversos del movimiento obrero. De hecho, la diversidad de los tipos de centrismo deriva, ya lo hemos dicho, de la esencia misma del fenómeno, y no de una utilización abusiva del término. Recordemos que los marxistas han sido acusados a menudo de poner en la cuenta de la pequeña burguesía los fenómenos más variados y contradictorios. Efectivamente, hay que clasificar en la categoría de "pequeñoburgués" hechos, ideas y tendencias a primera vista totalmente incompatibles. El movimiento campesino y el movimiento radical en las ciudades a favor de la Reforma tienen un carácter pequeñoburgués; lo mismo que los jacobinos franceses y los populistas rusos, los proudhonianos y los blanquistas, la socialdemocracia actual y el fascismo, los anarcosindicalistas franceses, el Ejército de Salvación, el movimiento de Ghandi en la India, etc. La filosofía y el arte ofrecen un panorama todavía más abigarrado. ¿Significa eso que el marxismo juega con las palabras? No, significa únicamente que la pequeña burguesía *se caracteriza por la extraordinaria heterogeneidad de su naturaleza social.* Al nivel de las capas inferiores, se confunde con el proletariado y cae en el lumpemproletariado. Sus capas superiores tocan muy de cerca a la burguesía capitalista. Puede apoyarse en las antiguas formas de producción, pero igualmente conocer un desarrollo rápido sobre la base de la industria más moderna (la nueva "clase media"). No hay nada de asombroso en que, ideológicamente, se apropie de todos los colores del arco iris.

El centrismo en el seno del movimiento obrero juega en cierto sentido el mismo papel que la ideología pequeñoburguesa en todas sus formas con relación a la sociedad burguesa en su conjunto. El centrismo refleja los diferentes tipos de evolución del proletariado, su crecimiento político, su debilidad revolucionaria, ligados a la presión que todas las demás clases de la sociedad ejercen sobre él. No hay nada de chocante en que la paleta del centrismo tenga tantos colores. Esto no implica que haya que renunciar a la noción de centrismo; solamente es necesario proceder en cada caso a un análisis social e histórico concreto para poner en evidencia la naturaleza real de tal o cual variedad del centrismo.

La fracción dirigente de la Internacional Comunista no surge del centrismo "en general"; es una formación histórica bien definida, con unas raíces sociales poderosas aunque recientes. Se trata sobre todo de la *burocracia soviética.* En los escritos de los teóricos estalinistas, esta capa social no existe. No se habla más que del "leninismo", de la dirección incorpórea, de la tradición ideológica, del espíritu del bolchevismo, de la inconsistente "línea general"; pero no se dice nada del funcionario bien vivo, de carne y

hueso, que maneja esta línea general como un bombero la manguera; de eso no oirá nadie hablar.

Sin embargo, este funcionario se parece a cualquier cosa menos a un espíritu incorpóreo. Bebe, come, se multiplica y cuida su estómago floreciente. Da órdenes con voz de trueno, hace subir en la escala burocrática a personas de su devoción, se muestra fiel a sus jefes, prohíbe que se le critique y ve en eso la esencia de la línea general. ¡Hay varios millones de funcionarios de éstos, varios millones! Más que obreros industriales en el momento de la Revolución de Octubre. La mayoría de estos funcionarios no han participado jamás en la lucha de clases con los riesgos que ello implica. Estos individuos, en su inmensa mayoría, han nacido como capa dirigente. Y detrás de ellos se perfila el poder del Estado. Asegura su existencia elevándoles muy por encima de las masas. Ignoran el peligro del paro, si saben cuidarse. Si están dispuestos a jugar en el momento oportuno el papel de chivos expiatorios, descargando a su superior inmediato de toda responsabilidad, les son perdonados todos los errores. ¿Tiene esta capa dirigente, de varios millones de individuos, un peso social y una influencia política en el país? ¿Sí o no?

Es sabido desde hace mucho tiempo que la burocracia y la aristocracia obreras son la base social del oportunismo. En Rusia, este fenómeno ha tomado formas nuevas. Sobre la base de la dictadura del proletariado —en un país atrasado y rodeado por los países capitalistas— se ha creado por vez primera, a partir de las capas superiores de trabajadores, un poderoso aparato burocrático que se ha elevado por encima de las masas, que las dirige, que goza de privilegios considerables; sus miembros son solidarios entre sí, e introduce en la política del Estado sus intereses propios, sus métodos y procedimientos.

Nosotros no somos anarquistas. Comprendemos la necesidad del Estado obrero y, como consecuencia, el carácter históricamente inevitable de la burocracia en el período de transición. También somos conscientes de los peligros que esto implica, particularmente en un país atrasado y aislado. Idealizar a la burocracia es el error más imperdonable que pueda imaginarse para un marxista. Lenin desplegó todas sus energías para que el partido, vanguardia independiente de la clase obrera, se elevase por encima del aparato del Estado, lo controlase, lo vigilase, lo dirigiese y lo depurase, colocando los intereses históricos del proletariado —internacional y no solamente nacional— por encima de los intereses de la burocracia dirigente. Lenin consideraba que el control de la masa del partido sobre su aparato era la primera condición del control del partido sobre el Estado. Releed atentamente sus artículos, sus discursos y sus cartas del período soviético, especialmente de los dos últimos años de su vida, y veréis con qué angustia vuelve cada vez su pensamiento sobre este problema candente.

¿Qué ha ocurrido en el período posterior a la muerte de Lenin? Toda la capa dirigente del partido y el Estado que había participado en la Revolución y la guerra civil ha sido barrida, eliminada, aplastada. Los funcionarios impersonales han tomado su lugar. En esa misma época, la lucha contra la burocratización, que tenía un carácter tan agudo en vida de Lenin, cuando la burocracia estaba todavía en pañales, se ha detenido totalmente, mientras la burocracia se ha desarrollado de forma monstruosa.

¿Quién habría podido llevar a cabo esta lucha? El partido, como vanguardia autogestionada del proletariado, ya no existe. El aparato del partido se ha confundido con el del Estado. La GPU es el principal instrumento de la línea general en el interior del partido. La burocracia no tolera ninguna crítica que venga de la base, prohíbe hablar incluso a sus teóricos. El odio enfurecido hacia la Oposición de Izquierda se debe en primer lugar a lo que la oposición dice abiertamente de la burocracia, de su papel específico, de sus intereses, y revela públicamente que la línea general es la carne y la sangre de la nueva capa dirigente en el poder, que no se identifica en absoluto con el proletariado.

La burocracia extrae su infalibilidad original del carácter obrero del Estado: ¡la burocracia de un Estado *obrero* no puede degenerar! El Estado y la burocracia son tomados aquí, no como procesos históricos, sino como categorías eternas: ¡la Santa Iglesia y sus servidores no pueden equivocarse! Si la burocracia obrera en la sociedad capitalista se ha situado por encima del proletariado en lucha y ha degenerado hasta el punto de dar el partido de Noske, Scheidemann, Ebert y Wels, ¿por qué no puede degenerar y situarse por encima del proletariado victorioso?

Debido a su posición dominante e incontrolada, la burocracia soviética adquiere una mentalidad que, en muchos puntos, está en contradicción con la de un revolucionario proletario. Para la burocracia, sus cálculos y combinaciones en política interior e internacional son más importantes que las tareas de educación revolucionaría de las masas y que las exigencias de la revolución internacional. Durante varios años, la fracción estalinista ha mostrado que los intereses y la psicología del "campesino rico", del ingeniero, del administrador, del intelectual burgués chino, del funcionario de los sindicatos británicos le resultaban más cercanos y accesibles que la psicología y las necesidades de los simples obreros, de los campesinos pobres, de las masas populares chinas insurrectas, de los huelguistas ingleses, etc. Pero, en este caso, ¿por qué razón no se ha embarcado la fracción stalinista hasta el final en la vía del oportunismo nacional? Porque es la burocracia de un Estado *obrero. Si* la socialdemocracia internacional defiende los fundamentos de la dominación de la burguesía, la burocracia soviética está obligada a adaptarse a las bases sociales surgidas de la Revolución de Octubre, en tanto que no proceda a una sublevación gu-

bernamental. De ahí la naturaleza doble de la psicología y la política de la burocracia stalinista. El *centrismo,* pero un centrismo que se apoya en los fundamentos del Estado obrero, es la única expresión posible de esta doble naturaleza.

En los países capitalistas, lo más corriente es que los grupos centristas tengan un carácter temporal, transitorio, ya que reflejan la inclinación hacia la derecha o hacia la izquierda de ciertas capas de obreros. Por el contrario, en las condiciones de la república soviética, los millones de burócratas constituyen para el centrismo una base mucho más sólida y organizada. Aunque es un caldo de cultivo natural para las tendencias oportunistas y nacionales, está obligada a defender las bases de su dominación luchando contra el *kulak*; debe también preocuparse de su prestigio "bolchevique" en el movimiento obrero mundial. Después de un intento de aproximarse al Kuomintang y a la burocracia de Ámsterdam, con la que se sentía afín, la burocracia soviética ha entrado en un conflicto agudo permanente con la socialdemocracia que refleja la hostilidad de la burguesía mundial hacia el Estado soviético. Esos son los orígenes del zigzag actual hacia la izquierda.

Lo que constituye la originalidad de la situación no es el hecho de que la burocracia soviética esté particularmente inmunizada contra el oportunismo y el nacionalismo, sino el hecho de que, no pudiendo adoptar de forma definitiva una posición nacionalreformista, se ve obligada a efectuar zigzagues entre el marxismo y el nacionalreformismo. Las oscilaciones del *centrismo burocrático.,* que están en relación con su fuerza, sus recursos y las agudas contradicciones de su situación, han alcanzado una amplitud sin igual: de las aventuras ultraizquierdistas en Bulgaria y en Estonia a la alianza con Chiang Kai-chek, Raditch y Purcell; de la vergonzosa confraternización con los rompehuelgas ingleses al rechazo categórico de la política de frente único con los sindicatos de masas.

La burocracia stalinista exporta sus métodos y sus zigzagues a los demás países en la medida en que, por intermedio del partido, no solamente dirige la Internacional Comunista, sino que además le da órdenes. Thaelmann estaba a favor del Kuomintang cuando Stalin estaba a favor del Kuomintang. En el VII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, en otoño de 1926, el delegado del Kuomintang, embajador de Chiang Kai-chek, un tal Chao Li-tzi, intervino al unísono con Thaelmann, Sémard y todos los Remmele contra el "trotskismo". El "camarada" Chao Li-tzi declaró: "Estamos todos convencidos de que el Kuomintang, bajo la dirección de la Internacional Comunista, cumplirá su misión histórica" (*Actas*, tomo I, pág. 459). He ahí los hechos históricos.

Tomemos *Die Rote Fahne* del año 1926 y encontraremos un gran número de artículos sobre el tema siguiente: al exigir la ruptura con el Consejo

General inglés de los rompehuelgas, Trotsky demuestra su... menchevismo. Hoy en día, el "menchevismo" consiste en defender el frente único con las organizaciones de masas, es decir, en llevar a cabo la política que el III y IV Congresos de la Internacional Comunista habían formulado bajo la dirección de Lenin (en contra de todos los Thaelmann, Thalheimer, Bela Kun, Frossard, etc.).

Estos pasmosos zigzagues habrían sido imposibles si no se hubiese formado en todas las secciones de la Internacional Comunista una capa burocrática, autosuficiente, es decir, independiente del partido. Ahí es donde se encuentra la raíz del mal.

La fuerza del partido revolucionario reside en el espíritu de iniciativa de la vanguardia, que pone a prueba y selecciona a los cuadros; es la confianza que ella tiene en sus dirigentes lo que les eleva progresivamente hacia las altas esferas. Eso crea unos lazos indestructibles entre los cuadros y las masas, entre los dirigentes y los cuadros, y da seguridad a toda la dirección. En los partidos comunistas actuales no existe nada parecido. Los jefes son designados. Ellos escogen a sus subordinados. La base del partido está obligada a aceptar a los jefes designados, a cuyo alrededor se crea una atmósfera artificial de publicidad. Los cuadros dependen de la cumbre, y no de la base. En gran medida, buscan las razones de su influencia y existencia en el exterior de las masas. Sacan sus consignas políticas del telégrafo, y no de la experiencia de la lucha. Al mismo tiempo, Stalin guarda en reserva para su eventual utilización documentos acusadores. Cada uno de estos jefes sabe que, en cualquier momento, puede ser barrido como una brizna de paja.

Así es como, en toda la Internacional Comunista, se crea una capa burocrática cerrada, verdadero caldo de cultivo para los bacilos del centrismo. El centrismo de Thaelmann, Remmele y Cía. es muy estable y resistente desde el punto de vista organizativo, ya que se apoya en la burocracia del Estado soviético, pero se distingue por una extraordinaria inestabilidad desde el punto de vista político. Privado de la confianza que sólo puede ofrecer una ligazón orgánica con las masas, el infalible Comité Central es capaz de los zigzagues más monstruosos. Cuanto menos preparado está, para una lucha ideológica seria, más generoso es en injurias, insinuaciones y calumnias. Stalin, "grosero" y "desleal" según la definición de Lenin, es la personificación de esta capa.

La caracterización que hemos dado del centrismo burocrático determina la actitud de la Oposición de Izquierda con respecto a la burocracia estalinista: apoyo total e ilimitado en la medida en que la burocracia defienda las fronteras de la república soviética y los fundamentos de la Revolución de Octubre; critica abierta en la medida en que la burocracia, con sus zigzagues administrativos, haga más difíciles la defensa de la revolución y la

construcción del socialismo; oposición implacable en la medida en que, por su dirección burocrática, desorganice la lucha del proletariado mundial.

11. LA CONTRADICCIÓN ENTRE LOS ÉXITOS ECONÓMICOS DE LA URSS Y LA BUROCRATIZACIÓN DEL RÉGIMEN

Es imposible elaborar las bases de una política revolucionaria "en un solo país". Actualmente, el problema de la revolución alemana está indisolublemente ligado a la cuestión de la dirección política en la URSS. Esta ligazón hay que comprenderla en todas sus consecuencias.

La dictadura del proletariado es la respuesta a la resistencia de las clases poseedoras. La limitación sufrida por las libertades deriva del régimen militar de la revolución, es decir, de las condiciones de la lucha de clases. Desde este punto de vista, está perfectamente claro que la consolidación interior de la república soviética, su crecimiento económico, el debilitamiento de la resistencia de la burguesía, y sobre todo el éxito de la "liquidación" de la última clase capitalista, los kulaks, deberían llevar a la ampliación de la democracia dentro del partido, los sindicatos y los sóviets.

Los stalinistas no dejan de repetir que "ya hemos entrado en el socialismo", que la colectivización actual marca por si misma la liquidación de los kulaks como clase y que el próximo plan quinquenal debe conducir a término este proceso. Si esto es a sí, ¿por qué ha conducido este proceso al aplastamiento total del partido, los sindicatos y los sóviets por el aparato burocrático que, por su parte, ha tomado un carácter de bonapartismo plebiscitario? ¿Por qué en la época del hambre y la guerra civil el partido vivía una vida intensa, por qué no se le ocurría a nadie preguntar si se podía o no criticar a Lenin, o al Comité Central en su conjunto, mientras que, ahora, la menor divergencia con Stalin entraña la expulsión del partido y medidas administrativas de represión?

El peligro de guerra proveniente de los países imperialistas no puede explicar en ningún caso, y mucho menos justificar, el desarrollo del despotismo burocrático. Cuando en una sociedad socialista nacional las clases están más o menos liquidadas, eso marca el comienzo de la extinción del Estado. Si una sociedad socialista puede oponer una resistencia victoriosa a un enemigo exterior, es en tanto que sociedad socialista, y no en tanto que Estado de la dictadura del proletariado, y mucho menos en tanto que Estado de la dictadura de la burocracia.

Pero no hablamos de la extinción de la dictadura: todavía es demasiado pronto, porque aún no "hemos entrado en el socialismo". Hablamos de otra cosa. Preguntamos: ¿qué es lo que explica la degeneración burocrática de la dictadura? ¿De dónde procede esta contradicción irritante, monstruosa, es-

pantosa entre los éxitos de la edificación socialista y la dictadura personal que se apoya en un aparato impersonal, que aprieta la garganta a la clase dirigente del país? ¿Cómo explicar que la política y la economía se desarrollen en direcciones totalmente opuestas?

Los éxitos económicos son muy importantes. Hoy ya, la Revolución de Octubre se ha justificado plenamente desde el punto de vista económico. Los elevados coeficientes del crecimiento económico son la expresión irrefutable del hecho de que los métodos socialistas presentan una ventaja inmensa, incluso para el cumplimiento de tareas productivas que, en Occidente, han sido resueltas por métodos capitalistas. ¿No serán grandiosas las ventajas de la economía socialista en los países avanzados?

De todos modos, el problema planteado por la Revolución de Octubre no está todavía resuelto, ni siquiera en forma de esbozo.

La burocracia estalinista califica la economía de "socialista" partiendo de sus premisas y de sus tendencias. Pero éstas no son suficientes. Los éxitos económicos de la Unión Soviética se producen sobre una base económica todavía poco desarrollada. La industria nacionalizada está pasando por los estadios que las naciones capitalistas avanzadas han franqueado hacía ya mucho tiempo. El obrero que hace cola tiene su criterio de socialismo, y este criterio de "consumidor", para retomar la expresión despectiva del funcionario, es totalmente decisivo en realidad. En el conflicto entre el punto de vista del obrero y el del burócrata, nosotros, la Oposición de Izquierda, estamos al lado del obrero contra la burocracia que exagera las realizaciones, escamotea las contradicciones que se acumulan y pone un cuchillo en la garganta del obrero para impedirle que critique.

En el último año se ha pasado bruscamente del salario igual al salario diferenciado (a destajo). Es indiscutible que el principio de igualdad en el pago del trabajo es irrealizable cuando el nivel de las fuerzas productivas, y como consecuencia de la cultura en general, es bajo. Esto implica igualmente que el problema del socialismo no se resuelve únicamente en el nivel de las formas sociales de propiedad, sino que presupone una cierta potencia técnica de la sociedad. Sin embargo, el crecimiento del potencial técnico hace que las fuerzas productivas desborden automáticamente las fronteras nacionales.

Al volver al salario a destajo que había sido prematuramente suprimido, la burocracia ha calificado el salario igual de principio "kulak". Es un absurdo evidente que muestra en qué callejones sin salida de hipocresía y mentiras se meten los estalinistas. En realidad, habría que decir: "Hemos ido demasiado rápido con los métodos igualitarios de retribución del trabajo; estamos todavía lejos del socialismo; somos todavía pobres y tenemos que retroceder hacia métodos semicapitalistas o kulak". Repetimos que no hay aquí contradicción con el objetivo socialista. Lo único que hay es una contradicción irresoluble con las falsificaciones burocráticas de la realidad.

La vuelta al salario a destajo fue el resultado de la resistencia opuesta por el subdesarrollo económico. Habrá siempre muchos retrocesos semejantes, sobre todo en la agricultura, donde se ha dado un gran salto administrativo hacia delante.

La industrialización y la colectivización son llevadas a cabo con métodos de dirección unilaterales, incontrolados y burocráticos, que pasan por encima de la cabeza de las masas trabajadoras. Los sindicatos son privados de toda posibilidad de influir sobre la relación entre consumo y acumulación. La diferenciación en el seno del campesinado ha sido liquidada provisionalmente, menos económica que administrativamente. Las medidas sociales tomadas por la burocracia en lo que concierne a la liquidación van terriblemente anticipadas al proceso fundamental que constituye el desarrollo de las fuerzas productivas.

Esto conduce a un aumento de los precios de fábrica industriales, a la baja calidad de la producción, a la penuria de bienes de consumo, y permite que se perfile en el horizonte la amenaza de una reaparición del paro.

La tensión extrema de la atmósfera política en el país es el resultado de las contradicciones entre el crecimiento de la economía soviética y la política económica de la burocracia, que tan pronto está monstruosamente retrasada con respecto a las necesidades de la economía (1923-1928) como se horroriza de su propio retraso y se lanza a una escapada hacia delante para atrapar con medidas puramente administrativas lo que ha dejado escapar (1928-1932). Ahí también, un zigzag a la derecha es seguido por un zigzag a la izquierda. Con estos dos zigzagues, la burocracia se encuentra siempre en contradicción con las realidades de la economía y, como consecuencia, con el estado de ánimo de los trabajadores. No puede tolerar sus críticas, ni cuando se encuentra retrasada ni cuando se adelanta.

La burocracia no puede ejercer su presión sobre los obreros y los campesinos de otra forma que privando a los trabajadores de la posibilidad de participar en la solución de los problemas de su trabajo y de todo su porvenir. Ahí es donde se encuentra el mayor peligro. El miedo constante a la resistencia de las masas provoca al nivel político un "cortocircuito" de la dictadura personal y burocrática.

¿Implica esto que haya que disminuir los ritmos de la industrialización y la colectivización? Para un cierto período, esto es indiscutible. Pero este período puede ser de corta duración. La participación de los obreros en la dirección del país, de su política y su economía, un control real sobre la burocracia, el crecimiento del sentimiento de responsabilidad de los dirigentes frente a los dirigidos, todo esto no puede tener sino una influencia beneficiosa sobre la producción, hará que disminuyan las fricciones internas, reducirá al mínimo los costosos zigzagues económicos, asegurará un reparto más sano de las fuerzas y los medios y, en fin de cuentas, aumentará el

coeficiente general de crecimiento. La democracia soviética es una necesidad vital, sobre todo para la economía. El burocratismo, por el contrario, depara trágicas sorpresas económicas.

Si se examina globalmente la historia del período de los epígonos en el desarrollo de la URSS, no es difícil llegar a la conclusión de que la premisa política fundamental de la burocratización del régimen ha sido la laxitud de las masas después de los trastornos de la revolución y la guerra civil. El hambre y las epidemias hacían estragos en el país. Los problemas políticos pasaron a un segundo plano. Todos los pensamientos estaban dirigidos hacia un pedazo de pan. Durante el comunismo de guerra, todo el mundo recibía la misma ración de hambre. El paso a la NEP condujo a los primeros éxitos económicos. La ración se hizo más abundante, pero no todo el mundo tenía derecho a ella. La instauración de la economía de mercado condujo al cálculo de los precios de producción, a una racionalización elemental, al abandono de las fábricas por los obreros excedentes. Los éxitos económicos vinieron acompañados durante un largo período por el crecimiento del paro.

No hay que olvidar ni por un solo instante que el reforzamiento del poder del aparato se basaba en el paro. Después de los años de hambre, el ejército de reserva de los parados horrorizaba a los obreros que estaban en las máquinas. La expulsión fuera de las empresas de los obreros independientes y críticos, las listas negras de oposicionistas se convirtieron en un instrumento de los más importantes y eficaces en las manos de la burocracia estalinista. Sin esta circunstancia, no habría logrado ahogar al partido de Lenin.

Los éxitos económicos posteriores llevaron progresivamente a la liquidación del ejército de reserva de los obreros industriales (la sobrepoblación oculta del campo, enmascarada por la colectivización, conserva todavía toda su agudeza). El obrero industrial ya no tendrá más miedo a ser puesto en la puerta de la fábrica. Su experiencia cotidiana le enseña que la imprevisión y la arbitrariedad de la burocracia han complicado considerablemente la solución de sus problemas. La prensa soviética denuncia ciertos talleres y fábricas en los que no se deja espacio suficiente a la iniciativa de los obreros, a su espíritu de invención, etc.: como si se pudiese encerrar la iniciativa del proletariado en los talleres, como si los talleres pudieran ser oasis de democracia productiva cuando el proletariado es aplastado en el partido, los sóviets y los sindicatos.

El estado general del proletariado es hoy totalmente diferente de lo que era en los años 1922-1923. El proletariado ha crecido numérica y culturalmente. Después de haber realizado un trabajo gigantesco, que está en el origen de la regeneración y el crecimiento de la economía, los obreros sienten que renace y crece su seguridad. Esta seguridad crecida comienza a transformarse en descontento frente al régimen burocrático.

La asfixia del partido, la expansión del régimen y la arbitrariedad personales, pueden dar la impresión de un debilitamiento del sistema soviético. Pero no es éste el caso. El sistema soviético se ha fortalecido considerablemente. Paralelamente, la contradicción entre este sistema y el torniquete burocrático se ha agravado netamente. El aparato estalinista observa con terror que los éxitos *económicos no refuerzan sino, al contrario, minan su posición.* En la lucha por mantener sus posiciones, se ve ya obligado a apretar las tuercas, a prohibir toda forma de "autocrítica" que sea distinta de los halagos bizantinos dirigidos a sus jefes.

No es la primera vez en la historia en que el desarrollo económico entra en contradicción con la situación política en que se ha producido. Pero hay que comprender claramente cuáles son las condiciones precisas que engendran el descontento. La ola oposicionista que se avecina no se dirige en absoluto contra el Estado socialista, ni contra las formas soviéticas o el Partido Comunista. El descontento está dirigido contra el aparato y su personificación, Stalin. Esto es lo que explica que recientemente se haya desatado una furiosa campaña contra lo que se denomina "el contrabando trotskista".

El adversario presenta el peligro de ser inaccesible, está en todas partes y en ninguna. Surge en los talleres, en las escuelas, se infiltra en las revistas históricas y en todos los manuales. Esto significa que los hechos y los documentos confunden a la burocracia, al revelarle sus fluctuaciones y sus errores. No se puede recordar el pasado tranquila y objetivamente, hay que rehacerlo, hay que tapar todas las fisuras por las que pueda insinuarse una sospecha en cuanto a la infalibilidad del aparato y de su jefe. Tenemos ante nosotros todos los rasgos característicos de una capa dirigente que ha perdido la cabeza. ¡Yaroslavsky, el mismo Yaroslavsky, ha resultado ser poco seguro! No se trata de incidentes debidos al azar, de simples detalles, de conflictos entre personas; el fondo del asunto es que los éxitos económicos, que en un principio reforzaron a la burocracia, están hoy en oposición con la burocracia, debido a la dialéctica de su desarrollo. Es por esta razón que en la última conferencia del partido, es decir, en el congreso del aparato estalinista, el trotskismo, tres veces vencido y aplastado, ha sido declarado "vanguardia de la contrarrevolución burguesa".

Esta resolución estúpida e irrisoria desde el punto de vista político levanta el velo de ciertos planes muy "prácticos" de Stalin en cuanto al arreglo de cuentas personales. No fue simplemente por nada que Lenin advirtió al partido contra la designación de Stalin como secretario general: "Este cocinero sólo nos va a preparar platos picantes... ". Y este cocinero no ha agotado todavía su ciencia culinaria.

A pesar de apretar las tuercas teóricas y administrativas, la dictadura de Stalin se acerca de forma visible a su declive. El aparato está totalmente resquebrajado. La grieta llamada Yaroslavsky no es más que una de los cien-

tos de grietas que hoy tienen todavía nombre. El hecho de que la nueva crisis política madure sobre la base de los éxitos manifiestos e indiscutibles de la economía soviética, del crecimiento de los efectivos del proletariado y de los primeros éxitos de la agricultura colectivizada, es una garantía suficiente para que la liquidación del despotismo burocrático coincida no con un derrumbamiento del sistema soviético, como se podría haber temido hace tres o cuatro años todavía, sino, al contrario, con su liberación, su impulso, su expansión.

Pero es precisamente en su último período cuando la burocracia estalinista es capaz de hacer más daño. La cuestión de su prestigio se ha convertido para ella en el problema político central. Si se expulsa del partido a los historiadores apolíticos únicamente porque no han sabido celebrar las hazañas de Stalin en 1917, ¿puede el régimen plebiscitario admitir el reconocimiento de los errores cometidos en 1931-1932? ¿Puede renunciar a la teoría del socialfascismo? ¿Puede desautorizar a Stalin, que ha resumido el fondo del problema alemán en la forma siguiente: que los fascistas lleguen primero al poder, después vendrá nuestro turno?

Las condiciones objetivas en Alemania son hasta tal punto imperativas en sí mismas que si la dirección del Partido Comunista alemán dispusiese de la libertad de acción indispensable se habría vuelto ya hacia nosotros, sin ninguna duda. Pero no tiene libertad. Cuando la Oposición de Izquierda avanza las ideas y las consignas del bolchevismo, verificadas por la victoria de 1917, la camarilla estalinista ordena por medio de un telegrama lanzar una campaña internacional contra el "trotskismo". La campaña no se desarrolla sobre la base de los problemas de la revolución alemana, que es una cuestión de vida o muerte para el proletariado mundial, sino sobre la base de un artículo miserable y falsificador de Stalin sobre problemas de la historia del bolchevismo. Es difícil imaginar una desproporción más grande entre las tareas del momento, por una parte, y los magros recursos ideológicos de la dirección oficial por otra. Esta es la situación humillante, indigna y al mismo tiempo trágica de la Internacional Comunista.

El problema del régimen estalinista y el problema de la revolución alemana están unidos por un lazo indestructible. Los próximos acontecimientos lo desanudarán o lo cortarán en interés tanto de la revolución rusa como de la revolución alemana.

12. LOS BRANDLERIANOS (KPDO) Y LA BUROCRACIA ESTALINISTA

No hay ni puede haber contradicciones entre los intereses del Estado soviético y los del proletariado internacional. Pero es absolutamente incorrecto extender esta ley a la burocracia estalinista. Su régimen está, cada vez más

en contradicción tanto con los intereses de la Unión Soviética como con los de la revolución mundial.

A causa de la burocracia soviética, Hugo Urbahns no ve las bases sociales del Estado proletario. Urbahns elabora junto con Otto Bauer el concepto de Estado por encima de las clases pero, a diferencia de Bauer, no encuentra su modelo en Austria sino en la actual república soviética.

Thalheimer, por otra parte, afirma que "la orientación trotskista que pone en duda el carácter proletario (?) del Estado soviético y el carácter socialista de la edificación económica" (10 de enero) tiene un carácter centrista. Al afirmar esto, Thalheimer no hace más que mostrar hasta dónde llega en la *identificación del Estado obrero con la burocracia soviética.* Quiere que se vea a la Unión Soviética con las gafas de la fracción estalinista, y no con los ojos del proletariado internacional. Dicho de otra forma, no razona como un teórico de la revolución proletaria, sino como un lacayo de la fracción estalinista. Un lacayo vejado, caído en desgracia, pero en cualquier caso un lacayo que espera ser perdonado. Es por esto por lo que, incluso en la "oposición", no se atreve a nombrar en voz alta a la burocracia: como Jehová, ésta no le perdona: "No pronunciarás mi nombre en vano".

Esos son los dos polos de los agrupamientos comunistas: al uno los árboles no le permiten ver el bosque, mientras que, al otro, el bosque le impide distinguir los árboles. De todas formas, a fin de cuentas no hay nada de sorprendente en que Thalheimer y Urbahns descubran su afinidad y formen bloque contra la apreciación marxista del Estado soviético.

El "apoyo" aportado desde el exterior a la experiencia soviética, "apoyo" sumario y que no compromete a nada, se ha convertido en estos últimos años en una mercancía bastante extendida y muy barata. En todos los lugares del mundo hay muchos periodistas, turistas, escritores, y también "socialistas" más o menos radicales, humanitarios y pacifistas que manifiestan con respecto a la URSS la misma aprobación incondicional que los brandlerianos. Bernard Shaw, que en su tiempo criticó vivamente a Lenin y al autor de estas líneas, aprueba plenamente la política de Stalin; Máximo Gorki, que se oponía al Partido Comunista en vida de Lenin, está hoy enteramente al lado de Stalin; Barbusse, que va de la mano con los socialdemócratas franceses, apoya a Stalin. El semanario americano *The New Masses,* publicación de pequeñoburgueses radicales de segundo orden, toma la defensa de Stalin frente a Rakovsky. En Alemania, Ossietzky, que citó con simpatía mi artículo sobre el fascismo, creyó necesario remarcar que yo no tenía razón en mi crítica de Stalin. El viejo Ledebour dice: "En lo que concierne al problema principal de la polémica que opone a Trotsky a Stalin —si la socialización puede ser emprendida en un país aislado y llevada adecuadamente hasta el final—, yo me coloco totalmente del lado de Stalin". Se podrían multiplicar los ejemplos de este tipo. Todos estos "amigos"

de la URSS abordan los problemas del Estado soviético desde el exterior, como observadores, como simpatizantes y a veces como visitantes. Evidentemente, es mejor ser amigo del plan quinquenal soviético que de la bolsa neoyorquina. De todos modos, la simpatía pasiva de la pequeña burguesía de izquierda está muy alejada del bolchevismo. La primera derrota importante de Moscú bastará para dispersar a la mayoría de este público, como el viento dispersa el polvo.

¿En qué se diferencia la posición de los brandlerianos sobre el Estado soviético de la de todos estos "amigos"? únicamente, quizá, por una menor sinceridad. Semejante apoyo no produce ni frío ni calor a la república soviética. Y cuando Thalheimer nos enseña a nosotros, la Oposición de Izquierda, los bolcheviques-leninistas rusos, cuál es la actitud que hay que tener hacia la Unión Soviética, no puede dejar de inspirarnos un sentimiento de aversión.

Rakovsky dirigió, en persona, la defensa de las fronteras de la república soviética, participó en los primeros pasos de la economía soviética, en la elaboración de la política con respecto al campesinado, estuvo en el origen de los comités de campesinos pobres en Ucrania y dirigió la aplicación de la política de la NEP a las condiciones originales de Ucrania y conoce todos los meandros de esta política; todavía hoy la sigue día a día desde Barnaul con una atención apasionada, advierte contra los posibles errores y sugiere soluciones correctas. Kote Tsintsadze, ese viejo combatiente muerto en la deportación, Muralov, Karl Grünstein, Kasparova, Sosnovsky, Kossior, Aussem, los Eltzin, padre e hijo, Blumkin, fusilado por Stalin, Dinguelstedt, Chumskaia, Solntzev, Stopalov, Poznansky, Sermux, Butov, al que Stalin hizo morir bajo la tortura en prisión, las decenas, los centenares, los millares dispersados en las prisiones y en la deportación, son todos combatientes de la Revolución de Octubre y de la guerra civil, todos habían participado en la edificación socialista, no se asustaron ante ninguna dificultad y están todos dispuestos a volver a ocupar su puesto a la primera señal. ¿Es que tienen que recibir lecciones de Thalheimer sobre la fidelidad al Estado obrero?

Todo lo que hay de progresista en la política de Stalin fue formulado por la Oposición de Izquierda y combatido por la burocracia. Los años de prisión y deportación son el precio que la oposición ha pagado y está pagando todavía por haber tomado la iniciativa del plan, de los altos ritmos de crecimiento, de la lucha contra los kulaks y de una colectivización más amplia. ¿Cuál ha sido la aportación a la política económica de la URSS de todos estos partidarios incondicionales, de estos simpatizantes, incluidos los brandlerianos? ¡Ninguna! Detrás de su apoyo sumario y acrítico a todo lo que se hace en la URSS se esconde una simpatía tibia, y no un entusiasmo internacionalista: es que el asunto está más allá de las fronteras de su propia patria. Brandler y Thalheimer piensan y dicen con palabras encubiertas:

"¡El régimen de Stalin, evidentemente, no nos convendría a nosotros, los alemanes, pero es lo bastante bueno para los rusos!".

El reformista ve en la situación internacional la suma de las situaciones nacionales; el marxista considera la política nacional en función de la política internacional. En este problema fundamental, el grupo del KPDO (los brandlerianos) ocupa una posición nacional-reformista, es decir, que niega en la práctica, si no lo hace también de palabra, los principios y los criterios internacionalistas de la política nacional.

Roy, cuyo programa político para India y China provenía enteramente de la idea estalinista de los partidos "obreros y campesinos" para Oriente, era el partidario y el colaborador más próximo de Thalheimer. Durante varios años, Roy hizo propaganda en favor de la creación de un partido nacional democrático en India. Dicho de otra forma, no intervino como un revolucionario proletario sino como un demócrata nacional pequeñoburgués. Lo que no le impidió en absoluto participar activamente en el estado mayor central de los brandlerianos[7].

Pero es con respecto a la Unión Soviética donde el oportunismo nacional de los brandlerianos se manifiesta de la forma más grosera. La burocracia estalinista, si hemos de creerlo, actúa en su propia casa sin cometer el más mínimo error. Pero, no se sabe por qué, la dirección de esta misma fracción estalinista es desastrosa en Alemania. ¿Cómo es eso? Es que no se trata de errores parciales de Stalin, debidos a su desconocimiento de los otros países, sino de una cadena de errores, de toda una orientación. Thaelmann y Remmele conocen Alemania tanto como Stalin conoce Rusia, o como Sémard, Cachin y Thorez conocen Francia. Forman una fracción internacional y elaboran su política para los diferentes países. Sin embargo, resulta que esta política, irreprochable en Rusia, entraña la ruina de la revolución en todos los demás países.

La posición de Brandler se vuelve particularmente desastrosa cuando se la traslada al interior de la URSS, donde un brandleriano está obligado a apoyar incondicionalmente a Stalin. Radek, que, en el fondo, estuvo siempre más cerca de Brandler que de la Oposición de Izquierda, capituló ante Stalin. Brandler no podía dejar de aprobar este acto. Pero Radek, después de su capitulación, fue obligado pronto por Stalin a proclamar que Brandler y Thalheimer eran "socialfascistas". Los platónicos pretendientes del régimen estalinista en Berlín no intentan escapar a estas contradicciones humillantes. No obstante, su objetivo práctico es claro, incluso sin explicación:

---

7. En la actualidad, Roy está condenado a muchos años de cárcel por el gobierno MacDonald. La prensa de la Internacional Comunista no se siente ni siquiera obligada a protestar: se puede llegar a una estrecha alianza con Chiang Kai-chek, pero en ningún caso se debe defender al brandleriano indio Roy contra los verdugos imperialistas. (N. A.)

"Si tú me pones a la cabeza del partido en Alemania, le declara Brandler a Stalin, yo me comprometo a reconocer tu infalibilidad en los asuntos rusos, a condición de que me permitas llevar a cabo mi política en los asuntos alemanes". ¿Se puede sentir respeto por semejantes "revolucionarios"?

La crítica que hacen los brandlerianos de la política de la burocracia estalinista en la Internacional Comunista es totalmente unilateral y deshonesta desde el punto de vista teórico. El único error de esta política consiste en ser "ultraizquierdista". Pero ¿se puede acusar de ultraizquierdismo el bloque de cuatro años entre Stalin y Chiang Kai-chek? ¿Era ultraizquierdismo la creación de la Internacional Campesina? ¿Se puede calificar de putschista el bloque con el Consejo General de rompehuelgas? ¿Y qué decir de la creación de los partidos obreros y campesinos en Asia y del Partido Obrero y Campesino en Estados Unidos?

Además, ¿cuál es la naturaleza social del ultraizquierdismo estalinista? ¿Es un estado de ánimo pasajero? ¿Un estado enfermizo? Es inútil buscar una respuesta a esta pregunta en el teórico Thalheimer.

La Oposición de Izquierda ha descifrado este enigma desde hace mucho tiempo: se trata de un zigzag ultraizquierdista del centrismo. Los brandlerianos no pueden aceptar esta definición confirmada por el desarrollo de estos últimos nueve años, porque significa su muerte política. Han seguido a la fracción estalinista en todos sus zigzagues *hacia la derecha* pero se han opuesto a sus zigzagues *hacia la izquierda;* con ello, han demostrado que eran el ala derecha del centrismo. El hecho de que hayan sido arrancados del tronco, como una rama muerta, está totalmente dentro del orden natural de las cosas: cuando el centrismo efectúa sus bruscos giros es inevitable que ciertos grupos y capas se desprendan por su derecha y por su izquierda. Lo que hemos dicho no significa que los brandlerianos se hayan equivocado *en todo.* Han tenido razón y la tienen todavía en numerosos puntos contra Thaelmann y Rernmele. No hay nada de extraordinario en ello. Los oportunistas pueden tener una posición correcta en la lucha contra el aventurerismo. Inversamente, la corriente ultraizquierdista puede captar perfectamente el momento del paso de la lucha por ganar a las masas a la lucha por el poder. En su crítica de Brandler, los ultraizquierdistas han expresado hasta finales de 1923 un buen número de ideas correctas, lo que no les impidió cometer errores de mucho bulto en 1924-1925. El hecho de que en su crítica de los saltos del "tercer período" los brandlerianos hayan retomado una serie de consideraciones viejas pero correctas, no es en absoluto una prueba de la corrección de sus posiciones en general. Hay que analizar la política de cada grupo a través de varios períodos: en los combates defensivos, en los combates ofensivos, en los períodos de ascenso y en los momentos de reflujo, en las condiciones de la lucha por ganar a las masas y en una situación de lucha directa por el poder.

No sería posible una dirección marxista especializada en los problemas de la defensa o del ataque, del frente único o de la huelga general. La aplicación correcta de todos estos métodos solamente es posible cuando se es capaz de apreciar sintéticamente la situación en su conjunto, cuando se saben analizar las fuerzas que están en juego, fijar las etapas y los giros y, a partir de este análisis, poner a punto un conjunto de acciones que respondan a la situación presente y preparen la etapa siguiente.

Brandler y Thalheimer se consideran casi como los especialistas exclusivos de la "lucha por las masas". Esta gente sostiene con la mayor seriedad que los argumentos de la Oposición de Izquierda en favor de la política de frente único son un plagio de su propia posición. ¡No se puede negar a nadie el derecho a ser ambicioso! Imaginaos que en el momento mismo en que le estáis explicando a Heinz Neumann un error de multiplicación, un valiente profesor de matemáticas os dice que le estáis plagiando, porque desde hace muchos años se dedica a explicar los misterios del cálculo, al igual que vosotros.

La pretensión de los brandlerianos me ha procurado, en todo caso, un momento de regocijo en medio de la tan triste situación actual. La sabiduría estratégica de estos señores data del III Congreso de la Internacional Comunista. Yo defendí el abecé de la lucha en dirección a las masas con el ala "izquierda" de entonces. En mi libro *Nuevo curso**, consagrado a la popularización de la política de frente único y editado por la Internacional Comunista en distintas lenguas, subrayo de diversas formas el carácter elemental de las ideas que en él se defienden. "Todo lo que se dice —leemos, por ejemplo, en la página 70 de la edición alemana— constituye una *verdad elemental* desde el punto de vista de toda experiencia revolucionaria seria. Pero algunos elementos de 'izquierda' del congreso vieron en esta táctica una desviación hacia la derecha... " Entre ellos figuraban Thalheimer, al lado de Zinoviev, Bujarin, Radek, Maslow, Thaelmann. Pero la acusación de plagio no es la única. No solamente la Oposición de Izquierda se ha apoderado de la propiedad intelectual de Thalheimer, sino que además da, según parece, una interpretación oportunista. Esta curiosa afirmación merece que uno se detenga en ella, en la medida en que nos permite la posibilidad de aclarar mejor el problema de la política del fascismo.

En una de mis obras anteriores he expresado la idea de que Hitler no podría llegar al poder por la vía parlamentaria: incluso admitiendo que pudiese obtener el 51% de los votos, la acentuación de las contradicciones económicas y la agravación de las condiciones políticas deberían conducir a una explosión antes de que llegase ese momento. Es por esta razón por lo que los brandlerianos me atribuyen la idea de que los nacionalsocialistas des-

* *Nuevo curso,* Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires.

aparecerán de la escena sin que sea necesaria ninguna acción extraparlamentaria de la masa de los obreros. ¿En qué es mejor esto que las invenciones de *Die Rote Fahne?*

Partiendo de la imposibilidad en que se encuentran los nacionalsocialistas de acceder "pacíficamente" al poder, yo sacaba la conclusión de que emprenderían inevitablemente otras vías, bien sea un golpe de Estado directo o una etapa de coalición desembocando inevitablemente en un golpe de Estado. La autoliquidación sin dolor del fascismo sólo sería posible en un caso: si Hitler aplicase en 1932 la misma política que Brandler en 1923. Sin sobrestimar en absoluto a los estrategas nacionalsocialistas, creo de todos modos que son más sólidos y perspicaces que Brandler y Cía.

La segunda objeción de Thalheimer es todavía más profunda: el problema de saber si Hitler llegará al poder por la vía parlamentaria o por otra vía no tiene, según él, ninguna importancia, ya que no modifica la "esencia" del fascismo que, de todos modos, no puede instaurar su dominación más que sobre los despojos de las organizaciones obreras. "Los obreros pueden dejar tranquilamente a los redactores de *Vorwarts* el cuidado de analizar las diferencias que pueden existir sobre la llegada de Hitler al poder por la vía parlamentaria y una llegada por otra vía"[8]. Si los obreros de vanguardia siguen a Thalheimer, Hitler les cortará el cuello con toda seguridad. Para nuestro sabio profesor, sólo importa la "esencia" del fascismo, y deja a los redactores de *Vorwärts* que aprecien la forma en que se realiza. Por desgracia, la "esencia" pogromista del fascismo no puede manifestarse plenamente más que después de su llegada al poder. Por lo tanto, se trata de no dejarle llegar al poder. Para ello, es necesario que uno mismo comprenda la estrategia del enemigo y explicársela a los obreros. Hitler hace grandes esfuerzos para hacer entrar su movimiento, en apariencia, en el marco de la Constitución. Solamente un pedante que se imagina ser "materialista" puede creer que semejantes procedimientos dejarán de influir en la conciencia política de las masas. El constitucionalismo de Hitler no busca solamente mantener una puerta abierta para un bloque con el Centro, sino también engañar a la socialdemocracia o, para ser más exactos, que los jefes de la socialdemocracia engañen más fácilmente a las masas. Cuando Hitler jura que llegará al poder por la vía constitucional, ellos proclaman inmediatamente que, por el momento, no hay que tener miedo al peligro del fascismo. En todo caso, ya habrá ocasión de medir la correlación de fuerzas en las elecciones de todo tipo. Cubriéndose con una perspectiva constitucional que adormece a sus adversarios, Hitler quiere conservar la posibilidad de dar un golpe en el momento decisivo. Este ardid de guerra, a pesar de su aparente simplicidad, encierra de hecho una enorme fuerza, porque no sola-

8. *Arbeiter Politik,* 10 de enero. (N. A.)

mente se apoya en la filosofía de los partidos intermedios que desearían resolver el problema pacífica y legalmente, sino también, lo que es mucho más peligroso, en la credulidad de las masas populares.

Hay que añadir que la maniobra de Hitler tiene un doble filo: engaña a sus adversarios, pero también a sus partidarios. Sin embargo, para la lucha, sobre todo para una lucha ofensiva, es necesario tener un espíritu combativo. Uno no puede alimentar este espíritu más que persuadiendo a sus tropas del carácter inevitable de una lucha abierta. Este razonamiento significa igualmente que Hitler no puede prolongar durante demasiado tiempo su tierno idilio con la Constitución de Weimar sin desmoralizar a sus propias filas. Debe sacar a tiempo el puñal de su vaina.

No basta con comprender simplemente la "esencia" del fascismo, hay que saber apreciarlo como fenómeno político real, como un enemigo consciente y pérfido. Nuestro maestro de escuela es demasiado "sociólogo" para ser revolucionario. En efecto, no está claro que los profundos pensamientos de Thalheimer entren como factores positivos en los cálculos de Hitler, porque es rendir un servicio al enemigo meter en el mismo saco la difusión de ilusiones constitucionales por *Vorwärts* y el descubrimiento del velo que el enemigo construía sobre estas ilusiones.

La importancia de una organización viene o bien de las masas a las que agrupa, o bien del contenido de las ideas que es capaz de hacer penetrar en el movimiento obrero. En los brandlerianos no se encuentra nada de esto. ¡Sin embargo, con qué magnífico desprecio hablan Brandler y Thalheimer del pantano centrista del SAP! De hecho, si se comparan estas dos organizaciones, el SAP y el KPDO, todas las ventajas están del lado de la primera. El SAP no es un pantano, sino una corriente viva. Evoluciona desde la derecha hacia la izquierda, es decir, hacia el comunismo. Esta corriente no está todavía depurada, se encuentran en ella muchos detritus y mucho cieno, pero no es un pantano. El epíteto de pantano se aplica mucho mejor a la organización de Brandler y Thalheimer, que se caracteriza por un total estancamiento ideológico.

En el interior del grupo del KPDO, existía desde hace mucho tiempo una oposición, descontenta fundamentalmente de que los dirigentes se esforzasen en adaptar su política no tanto a las condiciones objetivas como a los estados de ánimo del estado mayor estalinista de Moscú.

La oposición de Walcher y Frölich ha tolerado durante mucho tiempo la política de Brandler y Thalheimer que, sobre todo en lo que se refiere a la URSS, no sólo tenía un carácter erróneo, sino también conscientemente hipócrita y políticamente deshonesto; está claro que nadie inscribirá esto en el activo del grupo disidente. Pero el hecho es que el grupo Walcher-Frölich ha reconocido finalmente la inutilidad de una organización cuyos jefes pretenden sobre todo ganar el favor de sus superiores. La minoría considera in-

dispensable la adopción de una política independiente y activa, dirigida no contra el siniestro Remmele, sino contra la orientación y el régimen de la burocracia estalinista en la URSS y en la Internacional Comunista. Si interpretamos correctamente la posición de Walcher y Frölich a partir de materiales todavía extremadamente insuficientes, lo último constituye, de todos modos, un progreso sobre este punto. Después de haber roto con un grupo visiblemente moribundo, la minoría tiene ahora ante sí la tarea de definir una *nueva* orientación, nacional y, sobre todo, internacional.

La minoría disidente, hasta donde podemos juzgar, considera como su tarea principal en el próximo período apoyarse en la izquierda del SAP, ganar a este nuevo partido al comunismo y servirse de él para terminar con el conservadurismo burocrático del Partido Comunista alemán. Es imposible pronunciarse sobre ese plan formulado de una manera tan vaga y general: las bases de principio sobre las que se apoya la minoría y los métodos que piensa aplicar en la lucha por estos principios permanecen oscuros. ¡Es necesaria una plataforma! No estamos pensando en un documento que se contente con reproducir los lugares comunes del catecismo comunista, sino en un texto que aporte respuestas claras y concretas a los problemas militantes de la revolución proletaria, problemas que, en estos nueve últimos años, han desgarrado las filas comunistas y que conservan hoy toda su actualidad. De otro modo, conduciría a disolverse dentro del SAP y a retrasar su marcha hacia el comunismo.

La Oposición de Izquierda seguirá con atención y sin ningún a priori la evolución de la minoría. En el curso de la historia, la escisión de una organización moribunda ha dado más de una vez un impulso al desarrollo progresista de su parte viable. Nos sentiríamos muy satisfechos de ver que esta ley se confirma una vez más en lo que concierne a la suerte de la minoría. Pero solamente el porvenir nos lo dirá.

13. LA ESTRATEGIA DE LAS HUELGAS

En la cuestión sindical, la dirección comunista ha embrollado definitivamente al partido. El curso general del "tercer período" iba encaminado a la creación de sindicatos paralelos. Se partía de la hipótesis de que el movimiento de masas desbordaría a las viejas organizaciones, y que los órganos de la RGO (Oposición Sindical Revolucionaria) se convertirían en los comités de iniciativa para la lucha económica. Para realizar este plan no faltaba más que un pequeño detalle: el movimiento de masas. Durante las crecidas de primavera, el agua arrastra un gran número de empalizadas. Intentemos arrancar la empalizada, decidió Lozovsky, quizá así brotarán las aguas de primavera.

Los sindicatos reformistas han resistido. El Partido Comunista ha logrado excluirse a sí mismo de las fábricas. A partir de lo cual, se ha comenzado a rectificar parcialmente la política sindical. El Partido Comunista se negó a llamar a los obreros no organizados a entrar a formar parte de los sindicatos reformistas. Pero se pronunció igualmente contra la salida de los sindicatos. Al tiempo que creaba organizaciones paralelas, ha vuelto a dar vida a la consigna de la lucha por ganar influencia en el seno de las organizaciones reformistas. En su conjunto, esta dinámica es un modelo de autosabotaje.

Die Rote Fahne se lamenta de que muchos comunistas consideren inútil participar en los sindicatos reformistas. "¿Para qué revivir estos mercadillos?" declaran. Y, en efecto, ¿con qué objetivo? Si se trata de luchar seriamente para apoderarse de los viejos sindicatos, entonces hay que llamar a los no organizados a entrar: son las capas nuevas las que pueden crear una base para un ala izquierda. Pero, en tal caso, no hay que crear sindicatos paralelos, es decir, una agencia competitiva para reclutar a los trabajadores.

En su política con respecto a los sindicatos, la dirección alcanza las mismas cimas de confusión que en el resto de problemas. *Die Rote Fahne* del 28 de enero criticaba a los militantes comunistas del sindicato de metalúrgicos de Düsseldorf por haber avanzado la consigna de "lucha sin cuartel contra la participación de los dirigentes sindicales" en el apoyo al gobierno Brüning. Estas reivindicaciones "oportunistas" son inaceptables, porque presuponen (!) que los reformistas son capaces de dejar de apoyar a Brüning y sus leyes de excepción. ¡A decir verdad, esto tiene todo el aspecto de una broma de mal gusto! *Die Rote Fahne* cree que es suficiente con llenar de injurias a los dirigentes, pero que es inaceptable someterlos a la prueba política de las masas.

A pesar de ello, los sindicatos reformistas ofrecen en la actualidad un campo de acción extraordinariamente favorable. El partido socialdemócrata tiene todavía la posibilidad de engañar a los obreros con su algazara política; por el contrario, el callejón sin salida del capitalismo se levanta ante los sindicatos como el muro de una prisión. Los 200 o 300.000 obreros organizados en los sindicatos rojos independientes pueden convertirse en un precioso fermento en el interior de los sindicatos reformistas.

A finales de enero ha tenido lugar una conferencia de los comités de empresa comunistas de todo el país en Berlín. *Die Rote Fahne* ha dado el siguiente informe: "Los comités de empresa forjan el frente obrero rojo" (2 de febrero). Sería vano buscar datos sobre la composición de la conferencia, sobre el número de obreros y empresas representadas. A diferencia de los bolcheviques, que anotaban cuidadosa y públicamente toda modificación en la correlación de fuerzas en el seno de la clase obrera, los estalinistas alemanes, imitando en esto a los de Rusia, juegan al escondite. ¡No quieren reco-

nocer que los comités de empresa comunistas no representan más que el 4% del total, frente al 84% de los socialdemócratas! El balance de la política del "tercer período" está contenido en este informe. ¿Es que el hecho de bautizar como "frente rojo" el aislamiento de los comunistas en las empresas va a hacer avanzar las cosas?

La crisis prolongada del capitalismo traza en el interior del proletariado la línea de división más dolorosa y más peligrosa: entre los que tienen trabajo y los parados. El hecho de que los reformistas tengan preponderancia en las empresas y los comunistas en los parados paraliza a ambas partes del proletariado. Los que tienen trabajo pueden esperar durante más tiempo. Los parados son más impacientes. Hoy en día, su impaciencia tiene un carácter revolucionario. Pero si el Partido Comunista no logra encontrar las formas y las consignas de lucha que, uniendo a los parados y a los que trabajan, abran la perspectiva de una salida revolucionaria, la impaciencia de los parados se volverá ineluctablemente contra el Partido Comunista.

En 1917, a pesar de la política correcta del partido bolchevique y del desarrollo de la revolución, las capas más desfavorecidas e impacientes del proletariado comenzaron desde septiembre-octubre, incluso en Petrogrado, a apartar su mirada del bolchevismo y volverse hacia los sindicalistas y los anarquistas. Si la Revolución de Octubre no hubiese estallado a tiempo, la desagregación del proletariado habría tomado un carácter agudo y habría llevado a la descomposición de la revolución. En Alemania no hay necesidad de anarquistas: los nacionalsocialistas pueden ocupar su lugar, combinando la demagogia anarquista con sus objetivos abiertamente reaccionarios.

Los obreros no están en absoluto inmunizados de una vez por todas contra la influencia de los fascistas. El proletariado y la pequeña burguesía se presentan como vasos comunicantes, sobre todo en las condiciones actuales, cuando el ejército de reserva del proletariado no puede dejar de suministrar pequeños comerciantes, vendedores ambulantes, etc., y la pequeña burguesía desarraigada, proletarios y lumpemproletarios.

Los empleados, el personal técnico y administrativo, ciertas capas de funcionarios, constituyeron en el pasado uno de los apoyos importantes de la socialdemocracia. En la actualidad, estos elementos se han pasado o se están pasando a los nacionalsocialistas. Tras de sí pueden arrastrar, si no han comenzado a hacerlo ya, a la aristocracia obrera. Siguiendo esta línea, el nacionalsocialismo penetra *por arriba* en el proletariado.

De todas formas, su eventual penetración *por abajo,* es decir, por los parados, es mucho más peligrosa. Ninguna clase puede vivir durante mucho tiempo sin perspectiva ni esperanza. Los parados no son una clase, pero constituyen ya una capa social muy compacta y muy estable, que busca en vano sustraerse a unas condiciones de vida insoportables. Si es cierto, en general, que sólo la revolución proletaria puede salvar a Alemania de la

descomposición y la desagregación, esto es cierto en primer lugar para los millones de parados.

Dada la debilidad del Partido Comunista en las empresas y los sindicatos, su crecimiento numérico no resuelve nada. En una nación conmovida por la crisis, minada por sus contradicciones, un partido de extrema izquierda puede encontrar decenas de millares de nuevos partidarios, especialmente si todo el aparato del partido, metido en una carrera competitiva, está exclusivamente vuelto hacia el reclutamiento individual. Lo decisivo son las relaciones entre el partido y la clase. Un obrero comunista elegido para un comité de fábrica o la dirección de su sindicato, tiene más importancia que millares de nuevos miembros, reclutados aquí y allá, que entran hoy en el partido para dejarlo mañana.

Pero este aflujo individual de nuevos miembros no va a durar eternamente. Si el Partido Comunista continúa postergando la lucha hasta el momento en que haya desplazado definitivamente a los reformistas, habrá de comprender pronto que, a partir de un cierto momento, la socialdemocracia deja de perder influencia en favor de los comunistas, y que, por el contrario, los fascistas comienzan a desmoralizar a los parados, base principal del Partido Comunista. Un partido político no puede abstenerse impunemente de movilizar sus fuerzas por las tareas que se desprenden de la situación. El Partido Comunista se esfuerza en desencadenar huelgas sectoriales para abrir el camino a una lucha de masas. Los éxitos en este terreno son magros. Como siempre, los estalinistas se entregan a la autocrítica: "No sabemos todavía organizar", "no sabemos todavía arrastrar", además "no sabemos" significa siempre "no sabéis". La teoría de triste memoria de las jornadas de marzo de 1921 hace su reaparición: "electrizar" al proletariado mediante acciones ofensivas minoritarias. Pero los obreros no tienen ninguna necesidad de ser "electrizados ". Quieren que se les den perspectivas claras y que se les ayude a crear las premisas de un movimiento de masas.

En la estrategia de las huelgas, está claro que el Partido Comunista se apoya en citas aisladas de Lenin, con la interpretación que les dan Lozovsky y Manuilski. Es cierto que hubo períodos en los que los mencheviques luchaban contra la "huelgomanía", mientras que los bolcheviques tomaban la cabeza de cada nueva huelga, arrastrando en el movimiento a masas cada vez más importantes. Esto correspondía a un período de despertar de nuevas capas de la clase. Así fue la táctica de los bolcheviques en 1905, en el período de expansión industrial que precedió a la guerra, en los primeros meses de la Revolución de Febrero.

Pero en el período inmediatamente anterior a Octubre, a partir del conflicto de julio de 1917, la táctica de los bolcheviques fue distinta: no impulsaban las huelgas, las frenaban, porque cada gran huelga tenía tendencia a

transformarse en un enfrentamiento decisivo cuando las premisas políticas no estaban todavía maduras.

Lo que no les impidió, en el curso de esos meses, tomar la cabeza de todas las huelgas que estallaron a pesar de sus advertencias, esencialmente en los sectores más atrasados de la industria (textil, cuero, etcétera).

Si, en ciertas condiciones, los bolcheviques desencadenaron resueltamente huelgas en el interés de la revolución, en otras condiciones, siempre en interés de la revolución, disuadieron a los obreros de entrar en huelga. En este campo, como en los demás, no existe ninguna receta preparada. La táctica de las huelgas para cada período se integra siempre en una estrategia global, y la ligazón entre la parte y el todo está clara para los trabajadores de vanguardia.

¿Qué ocurre actualmente en Alemania? Los obreros que tienen trabajo no oponen resistencia a la baja de los salarios, porque tienen miedo de los parados. No hay nada de chocante en ello: cuando existen varios millones de parados, la huelga tradicional, organizada por los sindicatos, es una lucha sin esperanza. Está doblemente condenada cuando existe un antagonismo político entre los parados y los que tienen empleo. Lo que no excluye las huelgas sectoriales, en particular en los sectores más atrasados de la industria. Por el contrario, son los obreros de los sectores más importantes los que, en una situación así, se sienten más inclinados a escuchar la voz de los dirigentes reformistas. Los intentos del Partido Comunista de desencadenar una huelga, sin que la situación general en el seno del proletariado se haya modificado, se ven reducidos a pequeñas operaciones de sus partidarios que, incluso en caso de éxito, no son secundadas.

De acuerdo con los relatos de los obreros comunistas (cf. aunque sólo sea *Der Rote Aufbau),* muchos obreros de las empresas declaran que las huelgas sectoriales no tienen ningún sentido en la actualidad, que solamente la huelga general puede arrancar a los obreros de la miseria. "Huelga general" significa aquí "perspectiva de lucha". Los obreros se sienten tanto menos entusiasmados por las huelgas sectoriales cuanto que se ven directamente confrontados al poder del Estado: el capital monopolista habla a los obreros en el lenguaje de las leyes de excepción de Brüning[9].

---

9. Ciertos ultraizquierdistas (el grupo italiano de los bordiguistas, por ejemplo) creen que el frente único no es aceptable más que para las luchas económicas. Hoy en día, más aún que en el pasado, es imposible separar las luchas económicas de las luchas políticas. El ejemplo de Alemania, donde los acuerdos salariales han sido suprimidos, y donde los salarios son reducidos por decretos gubernamentales, debería hacer comprender esta verdad incluso a los bebés. Señalemos de paso que, en el momento actual, los estalinistas reviven muchos viejos prejuicios de los bordiguistas. No hay por qué asombrarse de que el grupo Prometeo, que no aprende nada y que no ha progresado ni una pulgada, se encuentre hoy, en el momento de los zigzagues ultraizquierdistas de la Internacional Comunista, mucho más cerca de los estalinistas que de nosotros. (N. A.)

En los albores del movimiento obrero, los agitadores se abstenían a menudo de desarrollar perspectivas revolucionarias y socialistas para no espantar a los obreros a los que trataban de arrastrar a una huelga. Hoy la situación se presenta en forma totalmente opuesta. Las capas dirigentes de los obreros alemanes no decidirán participar en una lucha económica más que si las perspectivas generales de la lucha por venir les resultan claras. En la dirección comunista no encuentran estas perspectivas.

A propósito de la táctica de las jornadas de marzo de 1921 en Alemania ("electrizar" a la minoría del proletariado en lugar de ganarse a la mayoría), el autor de estas líneas declaraba en el III Congreso: "Cuando la mayoría aplastante de la clase obrera no se encuentra a sí misma en el movimiento, no simpatiza con él o incluso duda de su éxito, mientras que la minoría, por el contrario, continúa adelante y se esfuerza por empujar a los obreros a la huelga, en este caso esa minoría impaciente puede, en la persona del partido, entrar en conflicto con la clase obrera y estrellarse de cabeza".

¿Hay que renunciar a la huelga como forma de lucha? No, no hay que renunciar, sino crear las premisas políticas y organizativas indispensables. El restablecimiento de la unidad *sindical* es una de ellas. La burocracia reformista, naturalmente, no la desea. Hasta la fecha, la escisión le ha asegurado la mejor posición posible. Pero la amenaza directa del fascismo modifica la situación en los sindicatos, con gran desventaja para la burocracia. La aspiración a la unidad crece. La camarilla de Leipart siempre puede intentar, en la actual situación, rechazar el restablecimiento de la unidad: esto duplicará o triplicará la influencia de los comunistas en el interior de los sindicatos. Si la unidad se llega a realizar, tanto mejor: se abrirá ante los comunistas un amplio campo de actividad. ¡Lo que se necesita no son medidas tibias, sino un giro radical!

Sin una amplia campaña contra la carestía, por la reducción de la semana laboral, contra la disminución de los salarios, sin la participación de los parados en esta lucha, sin la aplicación de la política de frente único, las pequeñas huelgas improvisadas nunca harán al movimiento desembocar en una lucha de conjunto.

Los socialdemócratas de izquierda hablan de la necesidad, "en el caso de la llegada al poder de los fascistas", de recurrir a la huelga general. Es muy posible que el mismo Leipart llegue a blandir esa amenaza cuando esté encerrado entre cuatro muros. *Die Rote Fahne* habla a este respecto de luxemburguismo. Esto es calumniar a la gran revolucionaria. Si Rosa Luxemburgo ha sobrestimado la importancia *específica* de la huelga general en el problema del poder, ha comprendido muy bien que no hay que llamar arbitrariamente a la huelga general, que ésta es preparada por todo el itinerario anterior del movimiento obrero, por la política del partido y de los sindicatos. En la boca de los socialdemócratas de izquierda, la

huelga general es sobre todo un mito consolador que les permite evadirse de la triste realidad.

Durante muchos años los socialdemócratas franceses han prometido recurrir a la huelga general en caso de guerra. En el Congreso de Basilea de 1912 prometieron incluso recurrir al levantamiento revolucionario. Pero la amenaza de huelga y de levantamiento no era en estos dos casos más que un rayo de opereta. No se trata en absoluto de la oposición entre huelga y sublevación, sino de la actitud abstracta, formal, puramente verbal tanto frente a la huelga como frente a la sublevación. El socialdemócrata bebeliano de antes de la guerra era un reformista armado con el concepto abstracto de revolución; el reformista de posguerra, blandiendo la amenaza de la huelga general, es ya una verdadera caricatura.

La actitud de la dirección comunista con respecto a la huelga general, evidentemente, es mucho más seria. Pero le falta claridad, incluso en esta cuestión. Sin embargo, la claridad es necesaria. La huelga general es un medio de lucha muy importante, pero no es un remedio universal. Existen situaciones en las que la huelga general entraña el riesgo de debilitar más a los obreros que a su enemigo directo. La huelga debe ser un elemento importante del cálculo estratégico, pero no una panacea en la que se ahogue toda estrategia.

Hablando en general, la huelga general es el instrumento de lucha del más débil contra el más fuerte, o, más exactamente, del que al comienzo de la lucha se siente más débil contra el que se considera a sí mismo como el más fuerte: cuando, personalmente, yo no puedo utilizar un instrumento importante, intento evitar al menos que se sirva de él mi enemigo: si yo no puedo disparar con un cañón, le arrancaré al menos el percutor. Esa es la "idea" de la huelga general.

La huelga general ha aparecido siempre como un instrumento de lucha contra un Estado establecido que dispone de los ferrocarriles, del telégrafo, de las fuerzas militares y policiales, etc. Al paralizar el aparato del Estado, la huelga general, o "asustaba" al poder o creaba las premisas para una solución revolucionaria del problema del poder.

La huelga general se ha mostrado como un instrumento de lucha particularmente eficaz cuando las masas solamente están unidas por el entusiasmo revolucionario, no permitiéndoles la ausencia de organización y de un estado mayor de combate apreciar el avance de las relaciones entre las fuerzas ni elaborar el plan de operaciones. Podemos pensar que la revolución antifascista en Italia, cuyo inicio será marcado por un cierto número de conflictos localizados, pasará inevitablemente por el estadio de la huelga general. Esta es la única vía por la que la clase obrera italiana, hoy atomizada, cobrará de nuevo conciencia de que constituye una sola clase y podrá medir las fuerzas del enemigo al que tiene que derrocar.

La huelga general solamente seria una forma adecuada de lucha contra el fascismo en Alemania si este último estuviese ya en el poder y controlase firmemente el aparato del Estado. Pero la consigna de la huelga general no es más que una fórmula vacía si se trata de aplastar al fascismo en su tentativa de apoderarse del poder.

En el momento de la marcha de Kornílov sobre Petrogrado, ni a los bolcheviques ni a los sóviets en su conjunto se les ocurrió desencadenar una huelga general. En los ferrocarriles, los obreros luchaban por transportar a las tropas revolucionarias y retener los destacamentos de Kornílov. Las fábricas sólo se pararon en la medida en que los obreros debían partir al frente. Las empresas que trabajaban para el frente revolucionario redoblaron su actividad.

La huelga general no se planteó durante la Revolución de Octubre. En la víspera de la revolución, la inmensa mayoría de las fábricas y los regimientos se habían adherido ya a la dirección del sóviet bolchevique. En esas condiciones, llamar a las fábricas a la huelga general significaba debilitarse a si mismo, y no debilitar al adversario. En los ferrocarriles, los obreros se esforzaban por ayudar a la insurrección; los funcionarios, aun simulando un aire de neutralidad, ayudaban a la contrarrevolución. La huelga general de ferrocarriles no habría tenido ningún sentido; el problema se resolvió con la preponderancia de los obreros sobre los funcionarios. En Alemania, si la lucha estalla a partir de conflictos localizados debidos a una provocación de los fascistas, es poco probable que un llamamiento a la huelga general responda a las exigencias de la situación. La huelga general significaría sobre todo aislar a una ciudad de otra, a un barrio de otro e incluso a una fábrica de otra. Sería más difícil encontrar y reunir a los parados. En esas condiciones, los fascistas, a los que no les falta un estado mayor, pueden ganar cierta superioridad gracias a una dirección centralizada. Es cierto que sus tropas están hasta tal punto atomizadas que, incluso en ese caso, la tentativa de los fascistas puede ser rechazada. Pero ese es ya otro aspecto del problema.

El problema de las comunicaciones ferroviarias debe ser abordado no desde el punto de vista del "prestigio" de la huelga general que supone el que todos vayan a la huelga, sino desde el punto de vista de su utilidad en el combate: ¿a quién y contra quién servirán las vías de comunicaciones durante el enfrentamiento?

En consecuencia, hay que prepararse no para la huelga general, sino para resistir a los fascistas. Esto implica crear en todas partes bases de resistencia, destacamentos de choque, reservas, estados mayores locales y centros de dirección, una ligazón efectiva, planes muy sencillos de movilización.

Lo que han hecho las organizaciones locales en un rincón de una provincia, en Bruchsal y Klingenthal, donde los comunistas junto con el SAP y los sindicatos han creado una organización de defensa, a pesar del boicot de las

altas esferas reformistas, es un ejemplo para todo el país, a pesar de sus modestas dimensiones. ¡Oh jefes poderosos, oh estrategas siete veces sabios, sentimos deseos de gritaros: aprended la lección de los obreros de Bruchsal y de Klingenthal, imitadles, extended su experiencia, aprended la lección de los obreros de Bruchsal y de Klingenthal!

La clase obrera alemana dispone de poderosas organizaciones políticas, económicas y deportivas. Esto es lo que constituye la diferencia entre el "régimen de Brüning" y el "régimen de Hitler". Brüning no tiene ningún mérito: la debilidad burocrática no es un mérito. Pero hay que mirar las cosas cara a cara. El hecho principal, capital, fundamental, es que la clase obrera de Alemania está todavía en plena posesión de sus organizaciones. La única razón de su debilidad es una utilización incorrecta de su fuerza. Basta con extender a todo el país la experiencia de Bruchsal y Klingenthal y Alemania presentará, un panorama totalmente distinto. En esas circunstancias, la clase obrera podrá recurrir contra los fascistas a formas de lucha mucho más eficaces y directas que la huelga general (una necesidad así podría nacer de un cierto tipo de relaciones entre los fascistas y el Estado), el sistema de comités de defensa constituidos sobre la base del frente único garantizaría por adelantado el éxito de la huelga de masas.

La lucha no se detendría en esa etapa. En efecto, ¿qué es lo que hay en el fondo de la organización de Bruchsal y Klingenthal? Hay que saber discernir lo que hay de importante en los acontecimientos menores: este comité local de defensa es de hecho el comité local de los diputados obreros; no se llama así y no tiene conciencia de ello, porque se trata de un pequeño rincón de una provincia. Aquí también, la cantidad determina la cualidad. ¡Trasladad esta experiencia a Berlín y tendréis el sóviet de diputados obreros de Berlín!

14. EL CONTROL OBRERO Y LA COLABORACIÓN CON LA URSS

Cuando hablamos de las consignas del período revolucionario, no se debe entender en un sentido demasiado estrecho. Sólo se pueden crear los sóviets en el período revolucionario. Pero, ¿cuándo comienza este? No es posible averiguarlo mirando el calendario. No es posible sentirlo más que en la acción. Los sóviets *deben* ser creados en el momento en que *puedan* ser creados[10].

10. Recordemos que, en China, los estalinistas se opusieron a la creación de sóviets en el momento del ascenso revolucionario. Cuando, durante la ola de reflujo, decidieron organizar la insurrección de Cantón, ¡llamaron a las masas a la creación del sóviet el mismo día de la insurrección!

La consigna del control obrero de la producción se remite, en bruto, al mismo período que la creación de los sóviets. Pero tampoco en este caso se debe razonar de forma mecánica. Unas condiciones particulares pueden llevar a las masas a controlar la producción mucho antes de que estén preparadas para crear los sóviets.

Brandler y su sombra de izquierda, Urbahns, avanzaban la consigna del control de la producción independientemente de la situación política. Lo que tuvo como único resultado el descrédito de esta consigna. En la actualidad, sería incorrecto rechazar esta consigna, en una situación de crisis política creciente, únicamente porque no hay todavía una ofensiva de masas. Para la ofensiva misma se necesitan consignas que precisen las perspectivas del movimiento. La penetración de las consignas en las masas debe ser precedida inevitablemente por un período de propaganda.

La campaña por el control obrero puede comenzar, según las circunstancias, no bajo el ángulo de la producción sino bajo el del consumo. La baja del precio de las mercancías, prometidas por el gobierno Brüning en el momento en que disminuían los salarios, no se ha realizado. Este problema no puede dejar de afectar a las capas más atrasadas del proletariado, que se encuentran todavía muy alejadas de la idea de la toma del poder. El control obrero sobre los costes de producción Y sobre los beneficios comerciales es la única forma real de luchar por la reducción de los precios. Dado el descontento general, la creación de comisiones obreras que, con la participación de las amas de casa, examinen por qué razón aumenta el precio de la margarina, puede marcar el comienzo efectivo del control obrero sobre la producción. Evidentemente, no se trata en este caso más que de una de las posibles vías de aproximación, tomada a título de ejemplo. Todavía no se plantea la gestión de la producción: el obrero no llegará a ella inmediatamente, esta idea le resulta todavía totalmente extraña. Pero le resulta más fácil pasar del control sobre el consumo al control sobre la producción, y después a la gestión directa, paralelamente al curso general de la revolución.

Con la crisis actual, el control sobre la producción en la Alemania contemporánea implica un control no solamente sobre las empresas en actividad, sino también sobre las empresas que funcionan a bajo rendimiento y sobre las que están cerradas. Para ello, hay que asociar al control a los obreros que trabajaban en estas empresas antes de su paso al desempleo. Hay que proceder de la manera siguiente: volver a poner en marcha las empresas cerradas bajo la dirección de un comité de fábrica, basándose en un plan económico. Lo que plantea de forma inmediata el problema de la gestión estatal de la industria, es decir, de la expropiación de los capitalistas por el Estado obrero. Por consiguiente, el control obrero no puede ser una situación prolongada, "normal", como los convenios colectivos o la seguridad social.

El control obrero es una medida transitoria, en condiciones de extrema tensión de la lucha de clases, y que solamente puede ser considerada como un puente hacía la nacionalización revolucionaria de la industria.

Los brandlerianos acusan a la Oposición de Izquierda de haberles arrebatado la consigna del control obrero sobre la producción después de haberse reído de ella durante varios años. ¡La acusación es realmente sorprendente! Fue el partido bolchevique, en 1917, el primero que defendió a gran escala la consigna del control sobre la producción. En Petrogrado, el sóviet dirigió la campaña sobre este punto, como sobre los demás. Como testigo y actor de estos acontecimientos, puedo testificar que no experimentamos en absoluto la necesidad de solicitar las directrices de Brandler y Thalheimer, ni la de recurrir a sus consejos teóricos. La acusación de "plagio" está formulada con cierto grado de imprudencia.

Pero no reside ahí el infortunio. La segunda parte de la acusación es mucho más grave: hasta el momento, los "trotskistas" protestaban contra la campaña en torno a la consigna del control sobre la producción, ahora defienden esta consigna. ¡Los brandlerianos ven ahí la prueba de nuestra inconsistencia! En realidad, no hacen más que revelar su absoluta incomprensión de la dialéctica revolucionaría contenida en la consigna del control obrero reduciéndola a una receta técnica para la "movilización de las masas". Cuando argumentan con el hecho de que ellos vienen repitiendo desde hace muchos años esta consigna, que solamente es válida para el período revolucionario, se condenan a sí mismos. El martillo que, durante muchos años, ha golpeado la corteza del tronco de un roble, considera también, en el fondo de su alma, que el leñador que ha derribado el árbol a hachazos le ha plagiado de forma criminal.

Para nosotros, la consigna del control está ligada al período de dualidad de poder en la industria, que corresponde al paso del régimen burgués al régimen proletario. No, contesta Thalheimer, dualidad de poder significa "igualdad (!) con los patronos"; los obreros luchan por la dirección completa y total de las empresas. Los brandlerianos no permitirán que sea "castrada" —¡así está formulado!— esta consigna revolucionaria. Para ellos, "el control sobre la producción significa la gestión de la producción por los obreros" (17 de enero de 1932). Pero, ¿para qué llamar *a la gestión, control?* En un lenguaje comprensible para todos se entiende por control la vigilancia y la comprobación del trabajo de un organismo por otro organismo. El control puede ser muy activo, autoritario y general. Pero continúa siendo un control. La idea misma de esta consigna nace del régimen de transición en las empresas, cuando el patrón y su administración no pueden ya dar un paso sin la autorización de los obreros; pero, fuera de la empresa, los obreros no han creado todavía las premisas políticas para las nacionalizaciones, ni han adquirido todavía las técnicas de la gestión, ni han

creado los órganos necesarios. No olvidemos que no se trata solamente de la dirección de los talleres, sino de la venta de la producción, de las operaciones de crédito, del abastecimiento de la fábrica de materias primas, materiales y nuevo equipo.

Es la fuerza de la presión global del proletariado sobre la sociedad burguesa la que determina la correlación de fuerzas en la empresa. El control sólo se concibe en el caso de una superioridad indiscutible de las fuerzas políticas del proletariado sobre las del capital. Es incorrecto pensar que en el transcurso de la revolución todos los problemas se resuelven por medio de la violencia: uno puede apoderarse de las empresas con la ayuda de la Guardia Roja, pero para dirigirla son necesarias unas nuevas premisas jurídicas y administrativas; también se necesitan conocimientos, costumbres y organismos apropiados. Todo esto hace necesario un período de aprendizaje. Durante este período, al proletariado le interesa dejar la gestión en manos de un administrador experimentado, forzándole a abrir todos sus libros de contabilidad e instaurando un control vigilante sobre todas sus relaciones y actos.

El control obrero comienza dentro de una empresa. El comité de fábrica es el órgano del control. Los órganos del control en las fábricas deben de entrar en contacto los unos con los otros, siguiendo las relaciones económicas existentes entre las empresas. En este estadio, no hay todavía un plan económico global. La práctica del control obrero no hace más que preparar los elementos de este plan.

A la inversa, la gestión obrera de la industria a una escala mucho más importante empieza por arriba, incluso en sus mismos inicios, porque es inseparable del poder y de un plan económico general. Los órganos de gestión no son ya los comités de fábrica, sino los sóviets centralizados. El papel de los comités de fábrica continúa siendo importante, pero en el terreno de la gestión de la industria se trata de un papel auxiliar, y no de un papel dirigente.

En Rusia, la etapa del control obrero no duró, ya que la intelectualidad técnica, convencida al igual que la burguesía de que la experiencia de los bolcheviques no duraría más de algunas semanas, intentó todas las formas de sabotaje y se negó a todo tipo de acuerdo. La guerra civil, que transformó a los obreros en soldados, dio un golpe mortal a la economía. Por consiguiente, la experiencia rusa aporta relativamente pocas cosas sobre el control obrero como régimen particular de la industria. Pero, desde otro punto de vista, tiene mucho más valor: demuestra que, en un país atrasado, un proletariado joven e inexperto, rodeado por el enemigo, ha logrado resolver el problema de la gestión de la industria, a pesar del sabotaje no sólo de los propietarios, sino también del personal técnico y administrativo. ¡De qué no será capaz la clase obrera alemana!

El proletariado, como ya hemos dicho, está interesado en que el paso de la producción capitalista privada a la producción capitalista de Estado y luego a la socialista se lleve a cabo con el menor número posible de sacudidas económicas, evitando todo despilfarro inútil del patrimonio nacional. Ésta es la razón por la que el proletariado debe mostrarse dispuesto a crear un régimen de transición en las fábricas, los talleres y la banca, cuando se está acercando al poder e incluso cuando se ha apoderado ya de él tras una lucha audaz y decidida.

¿Serán diferentes las relaciones dentro de la industria, en el momento de la revolución alemana, de las que se dieron en Rusia? No es fácil responder a esta pregunta, sobre todo para un observador exterior. El curso real de la lucha de clases puede no dejar lugar al control obrero como etapa particular. Si la lucha se desarrolla en una situación muy tensa, marcada por una presión creciente de los obreros, por un lado, y por la multiplicación de los actos de sabotaje de los patronos y la administración, por otro, serán imposibles los acuerdos, incluso los de corta duración. La clase obrera tendrá entonces que tomar en sus manos simultáneamente el poder y la gestión plena y entera de las empresas. La parálisis total de la industria y la presencia de un considerable ejército de parados hacen bastante probable este "atajo".

Por el contrario, la existencia de poderosas organizaciones en el seno de la clase obrera, la educación de los obreros en un espíritu no de improvisaciones sino de acción sistemática, la lentitud con que las masas se radicalizan y se unen al movimiento revolucionario, son factores que hacen que la balanza se incline a favor de la primera hipótesis. Sería erróneo, por tanto, rechazar a priori la consigna del control obrero sobre la producción.

En cualquier caso, la consigna de control obrero tiene para Alemania, más aún que para Rusia, un sentido diferente al de la gestión obrera. Como otras muchas consignas transitorias, conserva una gran importancia con independencia de saber en qué medida será realizada y si lo será o no de forma general.

Cuando está en condiciones de crear las formas transitorias de control obrero, la vanguardia del proletariado une a su causa a las capas más conservadoras de éste y neutraliza a ciertos grupos de la pequeña burguesía, sobre todo a los empleados técnicos, administrativos y bancarios. Si los capitalistas y toda la capa superior de la administración manifiestan una hostilidad irreductible y recurren al sabotaje de la economía, la responsabilidad de las medidas severas que se produzcan por ello recaerá, a los ojos del pueblo, no sobre los obreros, sino sobre las clases enemigas. Esa es la significación política complementaria de la consigna del control obrero, además de su significación económica y administrativa indicada más arriba. En todo caso, alcanzan el colmo del cinismo político quienes han avanzado la consigna de control obrero en un período no revolucionario, confiriéndole así

un carácter puramente reformista, y nos acusan ahora de vacilaciones centristas porque nos negamos a identificar control obrero y gestión obrera.

Cuando los obreros se encuentren ante los problemas del control y la gestión obreros, no querrán ni podrán emborracharse con palabras. En las fábricas están acostumbrados a manejar un material mucho menos maleable que las frases y comprenderán nuestro pensamiento mucho mejor que los burócratas: el verdadero espíritu revolucionario no consiste en emplear la violencia en todo momento y lugar, y menos aún en emborracharse con palabras sobre la violencia. Allá donde la violencia es necesaria, hay que utilizarla con audacia, de forma decidida y hasta el final. Pero hay que conocer los límites de la violencia, hay que saber en qué momento se hace necesario combinar la violencia con maniobras tácticas, los golpes con los compromisos. En los aniversarios de Lenin, la burocracia estalinista repite frases aprendidas de memoria sobre el "realismo revolucionario" para poder burlarse de él con mayor libertad durante el resto del año.

Los teóricos prostituidos del reformismo se esfuerzan por ver el alba del socialismo en los decretos de excepción contra los obreros. ¡Del "socialismo militar" de los Hohenzollern al socialismo policiaco de Brüning!

Los ideólogos de izquierda de la burguesía sueñan con una sociedad capitalista planificada. Pero el capitalismo ha mostrado ya que, en lo que se refiere a la planificación, solamente es capaz de agotar las fuerzas productivas en beneficio de la guerra.

Dejando aparte todas estas cuestiones, sólo queda una: ¿cómo resolver el problema de la independencia de Alemania respecto al mercado mundial, dado el enorme montante actual de sus importaciones y exportaciones?

Proponemos empezar por la esfera de las relaciones germano-soviéticas, es decir, por la elaboración de un plan de cooperación entre las economías alemana y soviética, en relación con el segundo plan quinquenal y como complemento de éste. Podrían lanzarse decenas y centenares de fábricas a pleno rendimiento. El paro en Alemania podría ser totalmente liquidado —es poco probable que eso exija más de dos o tres años— sobre la base de un plan económico que englobase a los dos países en todos los terrenos.

Los dirigentes de la industria capitalista alemana, evidentemente, no pueden poner a punto un plan semejante, ya que implica su propia autoliquidación desde el punto de vista social. Pero el gobierno soviético, con la ayuda de las organizaciones obreras, en primer lugar de los sindicatos, y de los elementos progresistas entre los técnicos alemanes, puede y debe elaborar un plan real, susceptible de abrir grandiosas perspectivas. Qué mezquinos parecerán todos estos "problemas" de reparaciones y *pfennigs* suplementarios en relación con las posibilidades que abrirá la conjunción de los recursos de materias primas, técnicos y de organización de las economías alemana y rusa.

Los comunistas alemanes desarrollan una amplia propaganda alrededor de los éxitos que conoce la edificación de la URSS. Es un trabajo indispensable. Pero, con este propósito, embellecen la realidad de forma repulsiva, lo que es totalmente superfluo. Y, lo que es aún peor, son incapaces de ligar los éxitos y las dificultades de la economía soviética a los intereses inmediatos del proletariado alemán, al paro, al descenso de los salarios y al callejón sin salida general en que se encuentra la economía alemana. No quieren ni saben plantear el problema de la cooperación germano-soviética sobre una base que sea a la vez rentable desde el punto de vista económico y profundamente revolucionaria.

En el comienzo mismo de la crisis —hace más de dos años— hemos planteado ya este problema en la prensa. Los estalinistas proclamaron inmediatamente que creíamos en la coexistencia pacífica del socialismo y el capitalismo, que queríamos salvar al capitalismo. No habían previsto ni comprendido una sola cosa: un plan económico concreto de cooperación podría convertirse en un poderoso factor de la revolución socialista, a condición de hacer de él materia de discusión en los sindicatos, en los mítines, en las fábricas, entre los obreros de las empresas todavía en actividad, pero también de las que están cerradas, a condición de ligar esta consigna a la del control obrero sobre la producción, y en un segundo momento a la de la conquista del poder. La puesta en práctica de una cooperación económica planificada, real, a nivel internacional, presupone la existencia del monopolio del comercio exterior en Alemania, la nacionalización de los medios de producción, la dictadura del proletariado. Así habría sido posible arrastrar a millones de obreros, a los desorganizados, a los socialdemócratas y a los católicos a la lucha por el poder.

Los Tarnow intentan asustar a los obreros alemanes explicándoles que la desorganización de la industria que resultaría de la revolución traería consigo una desorganización espantosa, el hambre, etc. No hay que olvidar que estos mismos individuos han apoyado la guerra imperialista, que no podía aportarle al proletariado más que sufrimientos, desgracias y humillaciones. ¿Hacer recaer sobre el proletariado los sufrimientos de la guerra agitando la bandera de los Hohenzollern? Sí. ¿Hacer sacrificios por la revolución bajo la bandera del socialismo? ¡No, nunca!

Cuando se afirma en las discusiones que "nuestros obreros alemanes" no aceptarán jamás "semejantes sacrificios", se adula y se calumnia a la vez a los obreros alemanes. Estos son, por desgracia, demasiado pacientes. La revolución socialista no exigirá del proletariado alemán la centésima parte de las víctimas que ha devorado la guerra de los Hohenzollern, Leipart y Wels.

¿A qué caos se refieren los Tarnow? La mitad del proletariado alemán ha sido arrojado a la calle. Aún en el caso de que la crisis disminuyese de aquí a uno o dos años, resurgiría de aquí a cinco años, con formas todavía

más terribles, por no hablar del hecho de que las convulsiones que acompañan a la agonía del capitalismo no pueden más que llevar a una nueva guerra. ¿A qué caos tienen miedo los Hilferding? Si la revolución socialista tuviese como punto de partida una industria capitalista en plena expansión —lo que, en general, no es posible— la sustitución del antiguo sistema económico podría provocar, efectivamente, durante los primeros meses o incluso los primeros años, una baja momentánea de la economía. Pero, de hecho, el socialismo en la Alemania actual debería partir de una economía en la que las fuerzas productivas no trabajan más que a medio rendimiento. La regularización de la economía dispondría, por tanto, desde el principio, de *un 50% de reservas,* lo que es más que suficiente para compensar las vacilaciones de los primeros pasos, atenuar las sacudidas fuertes del nuevo sistema y preservarlo de una caída momentánea de las fuerzas productivas. Utilicemos con todas las reservas el lenguaje de las cifras: en el caso de una economía capitalista que funcione al 100%, la revolución socialista debería volver a caer en un primer momento al 75%, e incluso al 50%; por el contrario, en el caso de una economía que no funciona más que al 50% de sus capacidades, la revolución podría subir al 75% e incluso al 100%, para conocer pronto un desarrollo sin precedentes.

15. ¿ES DESESPERADA LA SITUACIÓN?

Movilizar de un solo golpe a la mayoría de la clase obrera alemana para una ofensiva es una tarea difícil. Después de las derrotas de 1919, 1921 y 1923, después de las aventuras del "tercer período", los obreros alemanes, que están sólidamente sujetos por poderosas organizaciones conservadoras, han visto cómo se desarrollaban en ellos centros de inhibición. Pero esta solidez organizativa de los obreros alemanes que, hasta el presente, ha impedido cualquier penetración del fascismo en sus filas, abre amplísimas posibilidades para los combates defensivos. Hay que tener presente en el ánimo el hecho de que la política de frente único es mucho más eficaz en la defensa que en el ataque. Las capas conservadoras o atrasadas del proletariado son arrastradas con más facilidad a una lucha por defender lo adquirido que por conquistar nuevas posiciones.

Los decretos de excepción de Brüning y la amenaza proveniente de Hitler son, en este sentido, una señal de alarma "ideal" para la política de frente único. No se trata de una defensa en el sentido más elemental y evidente del término. Es posible, en estas condiciones, ganar al frente único a la gran mayoría de la clase obrera. Además, los objetivos de la lucha no pueden dejar de atraer la simpatía de las capas inferiores de la pequeña burguesía, incluidos los tenderos de los barrios y distritos obreros.

A pesar de todas las dificultades y peligros, la situación actual en Alemania presenta enormes ventajas para el partido revolucionario; dicta de manera imperativa un plan estratégico claro: de la defensiva a la ofensiva. Sin renunciar ni un sólo instante a su objetivo principal, que continúa siendo la toma del poder, el Partido Comunista ocupa, por sus acciones inmediatas, una posición defensiva. ¡Ha llegado el momento de dar su significado real a la fórmula "clase contra clase"!

La resistencia de los obreros a la ofensiva del capital y del Estado provocará inevitablemente una ofensiva redoblada del fascismo. Por tímidos que hayan sido los primeros pasos de la defensa, la reacción del adversario cerrará rápidamente las filas del frente único, ampliará sus tareas, hará necesaria la aplicación de métodos más decididos, arrojará fuera del frente a las capas reaccionarias de la burocracia, reforzará la influencia de los comunistas, haciendo saltar las barreras entre los obreros, y preparará, de este modo, el paso de la defensiva a la ofensiva.

Si el Partido Comunista gana la dirección en los combates defensivos —y, con una política correcta, no puede haber ninguna duda de ello—, no deberá en ningún caso exigir a las direcciones reformistas y centristas su acuerdo para el paso a la ofensiva. Son las masas las que deciden: a partir del momento en que se separen de la dirección reformista, un acuerdo con ésta pierde todo sentido. Perpetuar el frente único demostraría una incomprensión total de la dialéctica de la lucha revolucionaria y llevaría a transformarlo de trampolín en obstáculo.

Las situaciones políticas más difíciles son, en cierto sentido, las más fáciles: no admiten más que una sola solución. Cuando se señala una tarea por su nombre, ya ha sido resuelta en principio: del frente único para la defensa a la conquista del poder bajo la bandera del comunismo.

¿Cuáles son las posibilidades de éxito? La situación es difícil. El ultimatismo ultraizquierdista es un apoyo para el reformismo. El reformismo es un apoyo para la dictadura burocrática de la burguesía. La dictadura burocrática de Brüning agrava la agonía económica del país y alimenta al fascismo.

La situación es muy difícil y muy peligrosa, pero en absoluto desesperada. No importa cuán poderoso sea el aparato estalinista, que se beneficia de una autonomía usurpada y de los recursos materiales de la Revolución de Octubre, no es omnipotente. La dialéctica de la lucha de clases es más fuerte. Solamente hay que saber ayudarla en el momento oportuno.

Hoy en día, mucha gente "de izquierda" muestra un gran pesimismo en cuanto a la suerte de Alemania. En 1923, dicen, cuando el fascismo era todavía muy débil y el Partido Comunista tenía una gran influencia en los sindicatos y comités de fábrica, el proletariado no logró la victoria: ¿cómo podría conseguir una victoria hoy, cuando el partido se ha debilitado y el fascismo es incomparablemente más fuerte?

Este argumento, a primera vista convincente, es en realidad totalmente falaz. En 1923, se detuvo ante el combate: ante el espectro del fascismo, el partido se negó a luchar. Cuando no hay lucha no puede haber victoria. Son precisamente la fuerza del fascismo y su presión las que excluyen toda posibilidad de negarse al combate. Es necesario luchar. Y si la clase obrera alemana se lanza al combate, puede vencer. Tiene que vencer.

Todavía ayer declaraban los grandes jefes: "No nos da miedo que los fascistas lleguen al poder, se agotarán rápidamente por sí solos, etc.". Esta idea predominó en las altas esferas del partido durante varios meses. Si hubiese echado raíces definitivamente, habría significado que el Partido Comunista intentaba anestesiar al proletariado antes de que Hitler le cortase la cabeza. Aquí es donde reside el peligro principal. En la actualidad, nadie defiende ya esta idea. Hemos logrado una primera victoria. La idea de que el fascismo debe ser aplastado antes de la llegada al poder ha penetrado en las masas obreras. Es una victoria importante. Toda la agitación futura debe partir de ahí.

Las masas obreras están abatidas. El paro y la necesidad las doblegan. Pero todavía más la confusión de la dirección, los embrollos que ha provocado, los giros. Los obreros comprenden que es imposible dejar que Hitler llegue al poder. ¿Pero cómo? No hay ninguna solución a la vista. Los dirigentes no sirven para nada, sino al contrario, son un obstáculo. Pero los obreros quieren luchar.

Hay un hecho sorprendente que no ha sido apreciado, en la medida en que podemos juzgarlo desde lejos, en su justo valor: ¡los mineros de Hirsch-Duricker han declarado que hay que sustituir el sistema capitalista por el socialista! Esto significa que mañana estarán de acuerdo en crear los sóviets como forma de organización de toda la clase. ¡Es posible que ya estén de acuerdo hoy: basta con preguntarles! Este síntoma, por sí solo, es cien veces más importante que todas las valoraciones impresionistas de esos señores, hombres de letras y buenos habladores, que se lamentan desdeñosamente de las masas.

Efectivamente, se observa en las filas del Partido Comunista cierta pasividad, a pesar del vocerío del aparato. ¿Por qué, pues? Los comunistas de base acuden cada vez más raramente a las reuniones de célula, donde se les llena de frases vacías. Las ideas que vienen de arriba no pueden ser aplicadas ni en la fábrica ni en la calle. El obrero tiene conciencia de la contradicción irresoluble que hay entre lo que necesita él cuando está frente a las masas y lo que se le ofrece en las reuniones oficiales del partido. La atmósfera artificial creada por un aparato vociferante, fanfarrón y que no soporta las objeciones, se vuelve insoportable para los miembros normales del partido. De ahí el vacío y la frialdad de las reuniones. Esto refleja no un rechazo de la lucha, sino un desarraigo político y una protesta sorda contra una dirección omnipotente pero estúpida.

Este desarraigo en las filas del proletariado estimula a los fascistas. Continúan su ofensiva. El peligro crece. Pero, precisamente, esta aproximación del peligro fascista sensibilizará de manera extraordinaria a los obreros de vanguardia y creará una atmósfera favorable para avanzar propuestas claras y sencillas que desemboquen en la acción.

Refiriéndose al ejemplo de Brunswick, Münzenberg escribía en noviembre del año pasado: "Hoy en día, no puede haber ninguna duda de que este frente único surgirá un día espontáneamente bajo la creciente presión del terror y los ataques fascistas". Münzenberg no nos explica por qué el Comité Central, del que forma parte, no ha hecho de los acontecimientos de Brunswick el punto de partida de una política audaz de frente único. Poco importa: Münzenberg, aunque reconozca con ello su propia inconsistencia, tiene razón en su pronóstico.

La aproximación del peligro fascista no puede sino provocar la radicalización de los obreros socialdemócratas e incluso de capas importantes del aparato reformista. El ala revolucionaria del SAP, sin duda alguna, dará un paso hacia delante. En estas condiciones, un giro del aparato comunista es más o menos inevitable, incluso al precio de rupturas y escisiones internas. Hay que prepararse para una evolución de este tipo.

Es inevitable un giro de los estalinistas. Ciertos síntomas dan ya la medida de la fuerza de la presión ejercida por la base: ciertos argumentos no son ya retomados, la fraseología se hace cada día más confusa, las consignas cada vez más ambiguas; al mismo tiempo, se expulsa del partido a los que han cometido la imprudencia de comprender las tareas antes que el Comité Central. Son síntomas que no engañan, pero por ahora no son más que síntomas.

En varias ocasiones ya en el pasado, la burocracia estalinista ha echado a perder cientos de toneladas de papel en una polémica contra el "trotskismo" contrarrevolucionario, para dar finalmente un giro de 180 grados e intentar realizar el programa de la Oposición de Izquierda; a menudo, a decir verdad, con un retraso fatal.

En China, el giro se hizo demasiado tarde, y en una forma tal que dio el golpe de gracia a la revolución (¡la insurrección de Cantón!). En Inglaterra, el "giro" fue a iniciativa del adversario, es decir, del Consejo General, que rompió con los estalinistas cuando ya no tuvo necesidad de ellos. En la URSS, el giro de 1928 llegó todavía a tiempo para salvar a la dictadura de la catástrofe inminente. No es difícil explicar las diferencias entre estos tres importantes ejemplos. En China, el Partido Comunista, joven e inexperto, seguía ciegamente a la dirección de Moscú; de hecho, la voz de la Oposición de Izquierda no tuvo tiempo de llegar hasta China. Es lo mismo que sucedió en Inglaterra. En la URSS, la Oposición de Izquierda estaba presente y desarrollaba una campaña sin descanso contra la política res-

pecto a los *kulaks*. En China e Inglaterra, Stalin y Cia. corrían riesgos a distancia; en la URSS, el peligro planeaba sobre sus propias cabezas.

La ventaja política de la clase obrera alemana ha tenido ya como consecuencia el hecho de que todos los problemas han sido planteados abiertamente y en el momento adecuado; la autoridad de la dirección de, la Internacional Comunista está considerablemente diezmada; la oposición marxista actúa sobre el terreno, en la misma Alemania; la vanguardia del proletariado cuenta con miles de elementos expertos y críticos, que son capaces de elevar su voz y que comienzan ya a hacerse oír.

La Oposición de Izquierda es numéricamente débil en Alemania, pero su influencia política puede resultar decisiva tras un giro histórico brusco. De la misma forma que el guardagujas puede, moviendo oportunamente una palanca, cambiar de vía a un tren con una pesada carga, la débil oposición puede, apoyándose con firmeza y seguridad en la palanca ideológica, obligar al tren del Partido Comunista alemán, y sobre todo al pesado convoy del proletariado alemán, a cambiar de dirección.

Los acontecimientos demuestran, cada día más, la corrección de nuestras posiciones. Cuando el techo se pone a temblar encima de su cabeza, los burócratas más obtusos dejan de preocuparse de su prestigio. Y los consejeros secretos saltan entonces por la ventana con sólo los calzones puestos. La pedagogía de los hechos será una ayuda para nuestra propia crítica.

¿Conseguirá el Partido Comunista alemán dar este giro a tiempo? Ahora no se puede hablar más que de manera condicional. Sin el frenesí del "tercer período", el proletariado alemán estaría ya en el poder. Si el Partido Comunista hubiese aceptado el programa de acción presentado por la Oposición de Izquierda después de las últimas elecciones al *Reichstag*, la victoria habría estado asegurada. En la actualidad no es posible hablar con seguridad de la victoria. Pero se puede calificar de oportuno el giro que permitirá a los obreros alemanes entrar en la lucha antes de que el fascismo se apodere del aparato del Estado.

Para arrancar este giro es necesario un esfuerzo inmenso. Es preciso que los elementos de vanguardia del comunismo, en el interior y el exterior del partido, no teman actuar. Hay que luchar abiertamente contra el ultimatismo estrecho de la burocracia, en el interior del partido y ante las masas obreras.

"Pero ¿no es esto una ruptura de la disciplina?", dirá un comunista vacilante. No cabe duda, es una ruptura de la disciplina estalinista. Ningún revolucionario serio romperá la disciplina, incluso la formal, si no hay para ello razones imperiosas. Pero aquel que, amparándose en la disciplina, tolera una política cuyo carácter desastroso es evidente, ése no es un revolucionario, sino un pobre hombre, un canalla huidizo. Sería un crimen por parte de los comunistas oposicionistas embarcarse como Urbahns y Cía. en

la creación de un nuevo Partido Comunista, antes incluso de haber hecho esfuerzos serios para cambiar la orientación del antiguo partido. No es difícil crear una pequeña organización independiente. Pero crear un nuevo Partido Comunista es una tarea gigantesca. ¿Existen los cuadros necesarios para semejante tarea? Si es que sí, ¿qué han hecho para influir en las decenas de miles de obreros que son miembros del partido oficial? Si estos cuadros se creen capaces de explicar a los obreros la necesidad de un nuevo partido, entonces deben, antes que nada, ponerse a sí mismos a prueba, trabajando en la regeneración del partido existente.

Plantear hoy el problema de un tercer partido significa oponerse en vísperas de una gran decisión histórica, a los millones de obreros comunistas que, aunque descontentos con su dirección, continúan unidos a su partido por un instinto de conservación revolucionaria. Hay que encontrar un lenguaje común con estos millones de obreros comunistas. A pesar de los insultos, las calumnias y las persecuciones, hay que llegar hasta la conciencia de estos obreros, mostrarles que queremos lo mismo que ellos, que no tenemos otros intereses que los del comunismo, que el camino que indicamos es el único correcto.

Hay que desenmascarar sin piedad a los capituladores de ultraizquierda; hay que exigir a los "dirigentes" una respuesta clara a la pregunta: *¿qué hacer ahora?* y proponer la respuesta propia por todo el país, en cada región, en cada ciudad, en cada barrio, en cada fábrica.

Hay que crear células de bolcheviques-leninistas en el interior del partido. Deben inscribir en su bandera: cambio de orientación y reforma del régimen del partido. Allá donde se aseguren una base sólida deben pasar a la aplicación en la práctica de la política de frente único, incluso a una escala local poco importante. ¿Les expulsará la burocracia? Con seguridad, pero, en las condiciones actuales, su reino no durará mucho.

En las filas de los comunistas y de todo el proletariado se necesita una discusión pública, sin citas trucadas, sin calumnias venenosas, un intercambio honesto de opiniones: es así como en Rusia, durante todo el año 1917, polemizamos con todos los partidos y en el seno de nuestro mismo partido. A través de esta amplia discusión, hay que preparar un congreso extraordinario del partido con un único punto en el orden del día: "¿Y ahora?".

Los oposicionistas de izquierda no son intermediarios entre la socialdemocracia y el Partido Comunista. Son los soldados del comunismo, sus agitadores, sus propagandistas, sus organizadores. ¡Hay que volverse hacia el partido! ¡Hay que explicarle las cosas! ¡Hay que convencerlo!

Si el Partido Comunista se ve obligado a aplicar la política de frente único., esto permitirá, casi con seguridad, rechazar la ofensiva de los fascistas. Y una victoria seria sobre el fascismo abrirá la vía a la dictadura del proletariado.

Pero el hecho de haber tomado la cabeza de la revolución no bastará para resolver todas las contradicciones que lleva consigo el Partido Comunista. La misión de la Oposición de Izquierda no habrá terminado en absoluto. En cierto sentido, no hará más que comenzar. La victoria de la revolución proletaria en Alemania debe tener como primera tarea la liquidación de la dependencia burocrática del aparato estalinista.

Mañana, después de la victoria del proletariado alemán, e incluso antes, saltarán los grilletes que paralizan a la Internacional Comunista. La indigencia de las ideas del centrismo burocrático, las limitaciones nacionales de su horizonte, el carácter antiproletario de su régimen, todo esto aparecerá a la luz de la revolución alemana que será incomparablemente más viva que la de la Revolución de Octubre. Las ideas de Marx y de Lenin triunfarán inevitablemente en el seno del proletariado alemán.

CONCLUSIONES

Un mercader llevó un día los bueyes al matadero. El carnicero avanzó con un cuchillo en la mano.
—"Cerremos nuestras filas y ensartemos a este verdugo con nuestros cuernos", sugirió uno de los bueyes.
—"Pero, ¿en qué es peor el carnicero que el mercader que nos ha traído hasta aquí con su garrote?", le respondieron los bueyes, que habían recibido su educación política en el pensionado de Manuilski.
—"¡Es que a continuación podremos arreglar cuentas con el mercader!".
—"No", respondieron los bueyes, firmes en sus principios, a su consejero. "Tú eres el guardaflancos de izquierda de nuestros enemigos, tú mismo eres un socialcarnicero". Y se negaron a cerrar filas.

De las *Fábulas* de Esopo.

"Poner la anulación de la paz de Versalles obligatoria, absoluta e inmediatamente en primer plano, antes que el problema de la liberación del yugo del imperialismo de los demás países oprimidos por él, es nacionalismo pequeñoburgués (digno de los Kautsky, los Hilferding, los Otto Bauer y Cía.), y no internacionalismo revolucionario"*.

Lo que se necesita es el abandono total del comunismo nacional, la liquidación pública y definitiva de las consignas de "revolución popular" y de

* Lenin, *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*. FFE.

"liberación nacional". No "¡Abajo el tratado de Versalles!", sino "¡Vivan los Estados Unidos Soviéticos de Europa!".

El socialismo no es realizable más que sobre la base de los adelantos más recientes de la técnica moderna y de la división internacional del trabajo.

La edificación del socialismo en la URSS no es un proceso nacional que pueda bastarse a sí mismo, forma parte integrante de la revolución internacional.

La conquista del poder por el proletariado alemán y europeo es una tarea incomparablemente más real e inmediata que la construcción de una sociedad socialista, cerrada sobre sí misma y autárquica, dentro de las fronteras de la URSS.

¡Defensa incondicional de la URSS, primer Estado obrero, contra los enemigos interiores y exteriores de la dictadura del proletariado!

Pero la defensa de la URSS no debe llevarse a cabo con los ojos vendados. ¡Control del proletariado internacional sobre la burocracia soviética! Puesta al desnudo sin piedad de sus tendencias thermidorianas y nacionalreformistas, cuya generalización es la teoría del socialismo en un solo país.

¿Qué necesita el Partido Comunista?

El retorno a la escuela estratégica de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.

El abandono del ultimatismo respecto a las organizaciones obreras de masas: la dirección comunista no puede ser impuesta, tiene que ser ganada.

El abandono de la teoría del socialfascismo, que ayuda a la socialdemocracia y al fascismo.

La explotación consecuente del antagonismo entre la socialdemocracia y el fascismo: a) para una lucha más efectiva contra el fascismo; b) para oponer a los obreros socialdemócratas a su dirección reformista.

Son los intereses vitales de la democracia proletaria, y no los principios de la democracia formal, los que deben servir como criterio para valorar los cambios de régimen político de la dominación de la burguesía.

¡Ningún apoyo, ni directo ni indirecto, al régimen de Brüning!

Defensa, con audacia y entrega, de las organizaciones del proletariado contra los fascistas.

"¡Clase contra clase!". Esto significa que todas las organizaciones del proletariado deben ocupar su lugar dentro del frente único contra la burguesía.

El programa práctico del frente único debe ser definido por medio de un acuerdo entre las organizaciones ante las masas. Cada organización continúa bajo su bandera y conserva su dirección. En la acción, cada organización respeta la disciplina del frente único.

"¡Clase contra clase!". Hay que desarrollar una campaña de agitación incansable para que las organizaciones socialdemócratas y los sindicatos re-

formistas rompan con sus pérfidos aliados burgueses del "Frente de Hierro" y cierren filas con las organizaciones comunistas y con todas las demás organizaciones del proletariado.

"¡Clase contra clase!". Propaganda y preparación organizativa de los *sóviets obreros* como forma superior del frente único proletario.

Total independencia política y organizativa del Partido Comunista en todo momento y en cualesquiera circunstancias.

Ninguna mezcla de programas o de banderas. Ninguna transacción sin principios. Libertad total de crítica frente a los aliados del momento.

No es preciso decir que la Oposición de Izquierda apoya la candidatura de Thaelmann al puesto de presidente.

Los bolcheviques-leninistas deben ocupar puestos avanzados en la movilización de los obreros, bajo la bandera de la candidatura comunista oficial.

Los comunistas alemanes no deben inspirarse en el régimen interno actual del Partido Comunista de la Unión Soviética, que refleja la dominación de un aparato sobre la base de una revolución victoriosa, sino en el régimen del partido que condujo a la revolución.

La liquidación de la omnipotencia del aparato dentro del Partido Comunista alemán es una cuestión de vida o muerte.

Es indispensable el retorno a la democracia dentro del partido.

Los obreros comunistas deben conseguir en primer lugar una discusión seria y honesta dentro del partido sobre los problemas de estrategia y de táctica. La voz de la Oposición de Izquierda (los bolcheviques-leninistas) debe ser escuchada por el partido. Después de una discusión general dentro del partido, las decisiones deben ser tomadas por un congreso extraordinario, elegido libremente.

La política correcta del Partido Comunista con respecto al SAP es la siguiente: crítica sin concesiones (pero honesta, es decir, correspondiendo a los hechos) del carácter bastardo de la dirección; actitud atenta y fraternal con respecto al ala izquierda; estar dispuesto a llegar a acuerdos políticos con el SAP y a crear lazos políticos más estrechos con el ala revolucionaria.

Cambio total de orientación en la política sindical: lucha contra la dirección reformista sobre la base de la unidad de los sindicatos.

Llevar a cabo sistemáticamente la política de frente único en las empresas. Acuerdos con los comités de fábrica reformistas sobre la base de un programa preciso de reivindicaciones.

Lucha por la disminución de los precios. Lucha contra el descenso de los salarios. Situar esta lucha en la perspectiva de la campaña por el control obrero de la producción.

Campaña por la cooperación con la URSS, sobre la base de un plan económico único.

Elaboración por los órganos de la URSS, con la colaboración de las organizaciones del proletariado alemán interesadas, de un plan que tenga valor de ejemplo.

Campaña por el paso de Alemania al socialismo sobre la base de un plan de este tipo.

Quienes afirman que la situación es desesperada mienten. Hay que eliminar a los pesimistas y escépticos de las filas del proletariado como si tuvieran la peste. Los recursos internos del proletariado alemán son inagotables. Lograrán abrirse camino.

La victoria de Hitler significaría la guerra contra la URSS*

Actualmente la política mundial presenta dos puntos calientes, alejados el uno del otro de forma inhabitual: uno en la línea Mukden-Pekín, otro en la línea Berlín-Munich. Cada uno de estos dos focos de infección están en condiciones de trastornar el curso "normal" de los acontecimientos durante años o incluso decenas de años. No obstante, los diplomáticos y políticos oficiales siguen dedicándose a sus tareas cotidianas como si no pasase nada de particular. Ya se comportaron de la misma manera en 1912, durante la guerra de los Balcanes, que fue el preludio de la guerra de 1914.

A esto se le llama justamente la "política del avestruz", lo que es muy injurioso para con este inteligente animal. La hermosa resolución de la Sociedad de Naciones sobre la cuestión de Manchuria es un documento modélico de impotencia, incluso si se le juzga en el marco de la historia de la diplomacia europea. Ningún avestruz que se respete hubiera puesto su firma. No obstante, se puede considerar como una circunstancia atenuante de esta ceguera (en bastantes casos, se trata ante todo de no ver nada) frente a lo que se prepara en Extremo Oriente, el hecho de que los acontecimientos se desarrollen a un ritmo relativamente lento. Oriente, por más que despierte a la vida moderna, está todavía lejos del ritmo "americano" o incluso europeo.

Alemania, por el contrario, no es un asunto pequeño. La Europa balcanizada en Versalles está en un atolladero; el nacionalsocialismo es para Alemania la expresión política concentrada. En términos de psicología social, esta corriente puede describirse como una histeria contagiosa, surgida de la desesperación de las capas medias. Pienso en los pequeños comerciantes, artesanos y campesinos arruinados, en una parte del proletariado en paro, en los funcionarios y antiguos oficiales de la Gran Guerra que siempre lucen sus condecoraciones pero que no ven su sueldo, en los em-

---

* Publicado en *The Forum*, abril de 1932.

pleados de las oficinas que han cerrado, en los contables de los bancos en quiebra, en los ingenieros sin empleo, en los periodistas sin paga ni perspectiva, en los médicos cuyos clientes están siempre enfermos pero no saben cómo pagarle.

Hitler se ha negado a responder a las cuestiones que sostiene en su programa de política interior, como si se tratase de secretos militares. No tiene la intención, afirma, de entregar a sus adversarios políticos el secreto de su tratamiento milagroso. No es muy patriótico, pero es hábil. De hecho, Hitler no tiene ningún secreto. Pero no tenemos la intención de ocuparnos de su política interior. En el terreno de la política exterior, su posición parece, a primera vista, un poco más clara. En sus artículos y discursos, Hitler declara la guerra al tratado de Versalles, del que él mismo es producto. Las injurias agresivas contra Francia son su especialidad. Pero en realidad, si llegase al poder, Hitler se convertiría en uno de los principales apoyos del tratado de Versalles y en el cómplice del imperialismo francés.

Estas afirmaciones pueden parecer paradójicas, pero se desprenden sin ningún género de dudas de la lógica de la situación europea e internacional, siempre que se analice correctamente, es decir, si se parte de las fuerzas políticas fundamentales y no de discursos huecos, de gestos y de otros fárragos demagógicos.

HITLER NECESITARÁ ALIADOS

Los fascistas alemanes declaran que el marxismo y el tratado de Versalles son sus dos enemigos. Ellos entienden por "marxismo" a dos partidos alemanes —la socialdemocracia y los comunistas, y a un Estado, la Unión Soviética—. Por Versalles, sobrentienden a Francia y Polonia. Para comprender qué papel internacional jugaría una Alemania nacionalsocialista hay que estudiar esos momentos en su interacción.

La experiencia italiana ha clarificado perfectamente las relaciones entre el fascismo y el marxismo. Hasta la marcha de opereta sobre Roma, el programa de Mussolini no era en nada menos radical y místico que el de Hitler. En la práctica, se transformó rápidamente en un programa de lucha contra las fuerzas de oposición y las fuerzas revolucionarias. A imagen del modelo italiano, el nacionalsocialismo no puede tomar el poder más que después de destrozar las organizaciones obreras. Ciertamente, eso no es sencillo. Los nacionalsocialistas encontrarán la guerra civil entre ellos y ese poder que desean tan ardientemente. Incluso si Hitler obtuviese una mayoría parlamentaria por medios pacíficos —lo cual puede tacharse sin ningún problema de la lista de posibilidades— no escaparía a la necesidad de retorcer el pescuezo al Partido Comunista, a la socialdemocracia y a los sindica-

tos para poder instaurar la dominación del fascismo. Se trata de una intervención quirúrgica larga y difícil. El mismo Hitler lo sabe muy bien. Es por esa razón que no tiene intención en absoluto de vincular sus planes políticos a la suerte incierta del parlamentarismo.

Cuando Hitler afirma con todas sus fuerzas su voluntad de actuar en la legalidad, espera de hecho el momento favorable para golpear con rapidez y precisión. ¿Lo conseguirá? No es una tarea fácil, pero sería dar prueba de una ligereza imperdonable el considerar como excluido un éxito de Hitler. Sea cual sea la vía por la que Hitler llegue al poder, por la puerta grande abierta o derribándola, las fascistización de Alemania desencadenaría un conflicto político interior grave. Ello paralizaría inevitablemente las fuerzas del país durante un período prolongado y Hitler se vería obligado a buscar en los países vecinos no una venganza, sino aliados y protectores. Es de esta idea fundamental que debe partir el análisis.

En su lucha contra el fascismo, los obreros alemanes buscarán y encontrarán, naturalmente, el apoyo de la Unión Soviética. ¿Se puede imaginar por un solo momento, en esas condiciones, que el gobierno de Hitler se arriesgaría a un conflicto armado con Francia o Polonia? Entre el proletariado de una Alemania fascista y la Unión Soviética está Pilsudski. La ayuda o al menos la neutralidad condescendiente de Pilsudski sería infinitamente más importante para Hitler, dedicado a fascistizar Alemania, que la supresión del corredor polaco. Esta cuestión —la cuestión de las fronteras alemanas en su conjunto— se le presentará a Hitler como desprovista de toda importancia, desde que tenga que luchar duramente para conquistar y conservar el poder.

Pilsudski podría servir a Hitler de puente para obtener la amistad de Francia, si no existieran ya otros puentes menos alejados. En la prensa francesa, aunque por el momento únicamente en los periódicos de segunda fila, se levantan voces que afirman que ya es hora de volverse hacia Hitler. La prensa oficial, *Le Temps* en primer lugar, adopta naturalmente una actitud hostil ante el nacionalsocialismo, no porque los señores del destino de la Francia de hoy se tomen en serio los gestos belicosos de Hitler, sino porque temen el único camino por el que Hitler puede llegar al poder: el camino de la guerra civil, cuyo final es imprevisible. Su política de golpe de Estado de derechas, ¿no corre el riesgo de desencadenar una revolución de izquierdas? Eso es lo que inquieta a las esferas dirigentes en Francia, por lo demás con toda la razón.

Al menos una cosa está segura: si Hitler supera todos los obstáculos y llega al poder, tendrá que empezar, para tener las manos libres en su propio país, con un acto de juramento de fidelidad al tratado de Versalles. En el *Quai d' Orsay* nadie lo duda. Además, se sabe perfectamente que la dictadura militar de Hitler, una vez instaurada de forma duradera en Alema-

nia, sería un factor infinitamente más estable para el predominio francés en Alemania, que su forma actual de gobierno, cuya fórmula matemática no incluye más que a desconocidos.

LA GUERRA SERÍA INEVITABLE

Sería completamente infantil imaginarse que los círculos dirigentes de Francia "estarían molestos" por aparecer como los protectores de una Alemania fascista. Francia protege a Polonia, Rumania y Yugoslavia, tres países dominados por dictaduras militares. No es una casualidad. La preponderancia actual de Francia en Europa se explica por el hecho de que se ha convertido en la única heredera de la victoria conseguida en común con Estados Unidos y Gran Bretaña (no menciono a Rusia porque no ha participado en la victoria, aunque sea la que haya sufrido las mayores pérdidas en hombres). Francia ha recibido de manos de la más poderosa coalición de potencias mundiales que haya conocido la historia una parte de herencia que no quiere dejar escapar, aunque sea demasiado pesada para sus débiles espaldas. El territorio de Francia, su población, sus fuerzas productivas, su renta nacional, todo ello no está, evidentemente, en relación con el mantenimiento de su preponderancia. La balcanización de Europa, la acentuación de las contradicciones, la lucha contra el desarme, el apoyo a las dictaduras militares, tales son los métodos necesarios para el mantenimiento de la preponderancia francesa.

En el sistema de la preponderancia francesa, la gran división del pueblo alemán constituye un eslabón tan necesario como las fantásticas fronteras de Polonia con su célebre "corredor". En el lenguaje del tratado de Versalles, la palabra "corredor" designa lo que algunos definirían como la amputación de un miembro en un cuerpo vivo. Si Francia, aun apoyando al Japón en Manchuria, jura por todos los santos que quiere la paz, eso significa que busca garantizar el carácter intangible de su propia preponderancia, a saber, su derecho a descuartizar Europa y a llevarla al caos. La historia prueba que los conquistadores insaciables están siempre inclinados al "pacifismo", porque temen la venganza de los vencidos.

Un régimen fascista que no pudiese instalarse más que en medio de sangrientas convulsiones y al precio de un nuevo debilitamiento de Alemania, sería, por el contrario, un factor inapreciable de la preponderancia francesa. Francia y su sistema versallés no tienen fundamentalmente nada que temer de los nacionalsocialistas.

"Hitler en el poder", ¿significaría, pues, "la paz"? No, "Hitler en el poder" significaría un nuevo reforzamiento de la preponderancia francesa. "Hitler en el poder" significaría la guerra, no contra Polonia, no contra Francia, sino contra la Unión Soviética.

Estos últimos años, la prensa moscovita ha hablado en repetidas ocasiones del peligro de una invasión militar de la Unión Soviética. El autor de estas líneas ha objetado varias veces estas profecías superficiales, no porque crea que en Europa o en el resto del mundo falte la voluntad de guerra contra la Unión Soviética. ¡No falta en modo alguno! Pero para una empresa tan arriesgada, habría divergencias y reticencias demasiado grandes, no sólo entre los diferentes países europeos, sino aún más en el seno de cada país. Ningún político, probablemente, cree que se pueda destruir la Unión Soviética por medio de concentraciones de ejércitos en la frontera o con simples operaciones de desembarco aéreo. Ni el mismo Winston Churchill se lo cree, a pesar de sus ruidosas vocalizaciones políticas. Una tentativa así tuvo lugar en los años 1918-1920, cuando Churchill, como él mismo se vanagloria, movilizó a "catorce naciones" contra la Unión Soviética. El ministro de Finanzas británico no conocería ya la felicidad, si pudiese recuperar los centenares de millones de libras utilizados antiguamente para la intervención. Pero de nada sirve lamentarse de los tiestos rotos. Además, ese dinero fue el precio de una buena lección. En aquella época, en los primeros años de la república de los sóviets, cuando el Ejército Rojo marchaba calzado con zapatillas de niño —por lo general no tenía nada que ponerse en los pies— los ejércitos de las "catorce naciones" no pudieron obtener la victoria; ¡se comprende que la esperanza de una victoria sea bien endeble en el momento en que el Ejército Rojo representa una fuerza poderosa, con un pasado rico en victorias, con oficiales jóvenes pero experimentados, con arsenales suficientes y con los recursos inagotables salidos de la revolución!

Incluso si estuviesen adiestradas en semejante aventura, las fuerzas conjugadas de los pueblos vecinos serían demasiado débiles para una intervención en la Unión Soviética. Japón está demasiado alejado para poder jugar un papel militar independiente contra la Unión Soviética; por otra parte, el Mikado está suficientemente ocupado con los problemas en su propio país. Para que sea posible una intervención, se precisa un gran país, altamente industrializado y además continental, que pueda y quiera asumir la carga principal de una cruzada contra la Unión Soviética. Más precisamente, se necesita un país que no tenga nada que perder. Un vistazo sobre el mapa político de Europa muestra que sólo una Alemania fascista podría encargarse de esta tarea. Más aún, una Alemania fascista no tendría otra elección. El fascismo, después de haber accedido al poder al precio de incontables víctimas, después de haber fracasado en todas las cuestiones de política interior, después de haber capitulado ante Francia y, en consecuencia ante los Estados semivasallos como Polonia, no tendría otra solución que buscar una salida temeraria a su propio fracaso y a las contradicciones de la situación internacional. La guerra contra la Unión Soviética sería, en esas condiciones, una necesidad absoluta.

A esta sombría previsión se podría responder con el ejemplo de Italia, con la que la Unión Soviética ha llegado a un *modus vivendi*. Pero esta objeción es superficial. Italia está separada de la Unión Soviética por toda una serie de países. El fascismo italiano ha subido con la levadura de una crisis puramente italiana, por el hecho de que las pretensiones nacionales de Italia habían sido satisfechas, en líneas generales, en Versalles. Llegó al poder poco después de la Primera Guerra Mundial, en un momento en que no podía ser cosa de una nueva guerra. Por último, Italia siguió sola, y nadie en Europa sabe cuánto tiempo durarán, por una parte, el régimen fascista, por la otra, el régimen soviético.

Sobre todos estos puntos, la Alemania de Hitler es peligrosamente diferente. Necesita un éxito político exterior. La Unión Soviética sería un vecino insoportable. Hay que recordar cuánto tiempo ha titubeado Pilsudski antes de firmar un pacto de no agresión con Rusia. Hitler, lado a lado con Pilsudski, ya es la respuesta a nuestra pregunta. Por otra parte, Francia sabe bien que no se encuentra en situación de mantener a Alemania desarmada durante mucho tiempo. La política francesa consistirá, pues, en orientar al fascismo alemán hacia el Este. Eso abriría una válvula de seguridad y ofrecería —¿quién lo sabe?— una posibilidad de llegar a una nueva solución del más sagrado de los problemas mundiales, el problema de las reparaciones.

RUSIA DEBE ESTAR PREPARADA

Si se toma por moneda buena la afirmación de los profetas fascistas, según la cual llegarán al poder en la primera mitad de 1932 —aunque estamos muy lejos de creer ese tipo de palabras— es posible esbozar el anticipo de una especie de calendario político, La fascistización de Alemania tomará algunos años: aplastamiento de la clase obrera alemana, creación de un milicia fascista y restablecimiento del ejército. Es hacia 1933-1934 que estarán creadas las condiciones previas para una intervención militar en la Unión Soviética.

Este calendario parte naturalmente de la hipótesis de que, durante este tiempo, el gobierno de la Unión Soviética espera pacientemente. Mis relaciones con el gobierno actual son de tal naturaleza que no tengo derecho a hablar en su nombre, ni de señalar sus intenciones, de forma que no puedo juzgar, como cualquier otro lector de la prensa o cualquier otro hombre político, más que sobre la base de todas las noticias disponibles. Puedo explicar por tanto más libremente cuál debería de ser, en mi opinión, la actitud del gobierno soviético en caso de golpe de Estado fascista en Alemania.

En su lugar, desde que recibiera la noticia telegráfica de ese acontecimiento, ordenaría una movilización parcial. Cuando uno se encuentra frente a frente con un enemigo mortal y la guerra se desprende necesaria-

mente de la lógica de la situación objetiva, sería dar prueba de una ligereza imperdonable dejar a ese adversario el tiempo de instalarse sólidamente, a reforzarse, de concluir sus alianzas, de asegurarse el apoyo necesario de poner a punto un plan general de agresión militar —no solamente para el Oeste, sino igualmente para el Este— y dejar crecer de esta forma un peligro considerable,

Las tropas de asalto de Hitler ya hacen resonar a toda Alemania con un canto de guerra contra los sóviets, que es obra de un tal Dr. Hans Büchner. Sería poco razonable dejar que los fascistas aúllen ese canto de guerra. Si tienen que cantar, que sea al menos un *staccato*.

Poco importa saber cuál de los dos adversarios tomará formalmente la iniciativa; una guerra entre el Estado hitleriano y la Unión Soviética sería inevitable; y eso a corto plazo. Las consecuencias de esa guerra serían incalculables. Sean cuales sean las ilusiones que se alimentan en París, sólo una cosa es segura: el tratado de Versalles se convertiría en humo en el fuego de la guerra entre los bolcheviques y los fascistas.

Entrevista con 'Montag Morgen'*

Las páginas siguientes son la respuesta de Trotsky a tres preguntas formuladas por el semanario de Berlín Montag Morgen *en un reciente cuestionario: "¿Cree usted inminente la toma del poder político por los nacionalsocialistas? ¿No considera usted como el deber urgente del momento que socialdemócratas y comunistas, dejando de lado sus diferencias de principio, creen una organización común de lucha? ¿Estaría usted dispuesto a trabajar por semejante organización en su persona y con su nombre?"*

1. Sí, creo que si las organizaciones mas importantes de la clase obrera alemana prosiguen su política actual, la victoria del fascismo estará asegurada casi automáticamente, y en un espacio de tiempo relativamente breve. Si el Partido del Centro servirá a Hitler como una especie de estribo o no puede verse mucho mejor en Berlín que aquí. Eso no es lo decisivo. Un bloque de esos dos partidos constituiría eventualmente un breve episodio en el camino hacia el desgajamiento del Partido del Centro, empezando por los sindicatos católicos. Las promesas de Hitler de permanecer en el terreno del parlamentarismo (y de paso, ¿dónde está ahora?) tienen tanto valor como las promesas, digamos, del imperialismo japonés de no emplear gases venenosos en la guerra. Pedir tales promesas es ridículo; esperar su cumplimiento, completamente estúpido. En realidad, los políticos que aceptan las promesas parlamentarias de Hitler están franqueando conscientemente el camino para la fascistización de Alemania. Lo que esto prefigura para el pueblo alemán, y en especial para todo el proletariado mundial, no necesitamos repetirlo.

2. Sí, creo que el Partido Comunista debe proponer un acuerdo de lucha al partido socialdemócrata y a la dirección de los Sindicatos Libres, de la base a la cumbre. En contraste con el decorativo e impotente "Frente de Hierro", el frente único de la clase obrera contra el fascismo debe tener un

---

* Redactadas el 12 de mayo de 1932, no se sabe si estas respuestas de Trotsky fueron publicadas en *Montag Morgen* ni cuándo. Aparecieron en inglés en *The Militant* (18 de junio de 1932).

carácter completamente concreto, práctico y combativo. Su punto de partida debería ser la defensa de todas las instituciones y conquistas de la democracia proletaria y, en un sentido más amplio: la defensa de la cultura ante la barbarie.

Una iniciativa audaz y sincera del Partido Comunista según estas líneas no sólo incrementaría su autoridad extraordinariamente, sino que también cambiaría la situación política de Alemania de arriba a abajo. La burguesía monopolista pensaría inmediatamente que jugar con una dictadura de Hitler significaría jugar con el fuego de la guerra civil en la que no sólo el valor papel está en peligro de quemarse. Entre las masas innumerables y amorfas a las que la desesperación ha arrojado al campo de Hitler seguirá necesariamente un proceso de diferenciación y descomposición. La relación de fuerzas cambiaría bruscamente en desventaja del fascismo en el umbral mismo de la lucha. Grandes perspectivas se abrirían ante la clase obrera y el pueblo alemán.

3. Por supuesto, lo estoy completamente, no sólo teórica, sino también prácticamente, sobre la base de la táctica que he desarrollado en muchos de mis folletos, particularmente en el último, *¿Y ahora?*. Cada día sólo hace que confirmar de nuevo el hecho de que no existe ningún otro camino para la clase obrera alemana. La cuestión del destino de Alemania es la cuestión del destino de Europa, de la Unión Soviética y, en gran medida, del de toda la humanidad durante un largo período histórico. Ningún revolucionario puede eludir el subordinar sus fuerzas y su destino a esta cuestión.

El rompecabezas alemán*

La situación política en Alemania no sólo es difícil, sino instructiva. Igual que una fractura compuesta, una ruptura en la vida de una nación surca todos los tejidos. Raramente se ha manifestado la interrelación de clases y partidos —de la anatomía social y la fisiología política— tan cabalmente como en la Alemania contemporánea. La crisis social está despojando las convenciones y exponiendo la realidad.

Quienes están hoy en el poder podían haber parecido fantasmas no hace mucho. ¿No fue abolido el dominio de la monarquía y la aristocracia en 1918? Sin embargo, aparentemente la Revolución de Noviembre no realizó una labor enteramente suficiente. Los *junkers* alemanes no piensan en absoluto como fantasmas. Por el contrario, los *junkers* están haciendo un fantasma de la república alemana.

Los gobernantes actuales están "por encima de los partidos". No sorprende; representan una minoría que disminuye. Su inspiración y su apoyo directo provienen del DNP (Partido Nacional Alemán), asociación jerárquica de propietarios bajo sus dirigentes tradicionales, los *junkers*, la única clase que solía dar órdenes en Alemania. A los barones les gustaría borrar los últimos dieciocho años de historia europea para comenzarlo todo de nuevo. Esa gente tiene carácter.

No puede decirse lo mismo de los dirigentes de la burguesía alemana propiamente dicha. La historia política del Tercer Estado alemán no es estimulante; su colapso parlamentario carece de gloria. La decadencia del liberalismo británico, capaz aún hoy de recoger millones de votos, apenas puede compararse con el anonadamiento de los partidos tradicionales de la burguesía alemana.

De los demócratas y nacional-liberales, que una vez tuvieron a la mayoría del pueblo tras ellos, sólo quedan unos funcionarios desacreditados, sin tuerzas ni futuro.

---

* Escrito en agosto de 1932, apareció en la revista alemana *Die Weltbühne*, 8 de noviembre de 1932.

Apartándose de los viejos partidos, o despertando a la vida política por vez primera, las abigarradas masas de la pequeña burguesía se agrupan alrededor de la svástica. Por primera vez en toda la historia, las clases medias —los artesanos, los tenderos, las "profesiones liberales", los dependientes, funcionarios y campesinos—, todos esos estratos divididos por tradición e intereses se han unido en una cruzada más extraña, más fantástica y disonante que las cruzadas campesinas de la Edad Media.

La pequeña burguesía francesa sigue jugando un papel prominente gracias al conservadurismo económico de su país. Este estrato, por supuesto, es incapaz de llevar a cabo una política independiente. Obliga sin embargo a la política oficial de los círculos capitalistas a adaptarse si no a sus intereses, sí al menos a sus prejuicios. El Partido Radical comúnmente en el poder es una expresión directa de esta adaptación.

A causa del desarrollo febril del capitalismo alemán, que arrojó despiadadamente al abismo a las clases medías, la burguesía alemana nunca fue capaz de asumir una posición en la vida política similar a la de sus viejos primos franceses. La era de sacudidas iniciada en 1914 trajo inconmensurablemente mayor ruina a las clases medias alemanas que a las francesas. El franco perdió cuatro quintas partes de su valor; el valor del viejo marco cayó hasta casi desaparecer. La actual crisis agrícola e industrial no es ni mucho menos tan extensa al oeste del Rhin como al este. En esta ocasión también el descontento de la pequeña burguesía francesa ha sido contenido en sus antiguos cauces, llevando a Herriot al poder. En Alemania fue diferente. Aquí, la desesperación de la pequeña burguesía tuvo que llegar a irritarlos, levantando a Hitler y su partido a extremos vertiginosos.

En el nacionalsocialismo todo es tan contradictorio y caótico como en una pesadilla. El partido de Hitler se llama a sí mismo socialista; sin embargo, lleva una lucha terrorista contra todas las organizaciones socialistas. Se llama a sí mismo partido obrero; sin embargo, sus filas abarcan a todas las clases excepto al proletariado. Arroja sus dardos relampagueantes a las cabezas de los capitalistas; sin embargo, es apoyado por ellos. Se inclina ante las tradiciones germánicas; sin embargo, aspira al cesarismo, una institución enteramente latina. Con sus miradas vueltas hacia Federico II, Hitler imita los gestos de Mussolini... con un bigote a lo Charlie Chaplin. El mundo entero se ha derrumbado en las cabezas de la pequeña burguesía, que ha perdido completamente su equilibrio. Esta clase se está desgañitando tan estruendosamente por la desesperación, el miedo y el rencor, que está ensordecida y pierde el sentido de sus palabras y de sus gestos.

La abrumadora mayoría de los obreros sigue a los socialdemócratas y a los comunistas. El primer partido tuvo su época heroica antes de la guerra; el segundo deriva su origen directamente de la Revolución de Octubre en Rusia. Los esfuerzos de los nacionalsocialistas por abrir paso entre "el fren-

te marxista" no han conseguido todavía ningún resultado tangible. Aproximadamente 14 millones de votos pequeñoburgueses forman contra los votos de aproximadamente 13 millones de obreros hostiles.

Solamente el Partido del Centro oscurece los claros contornos de clase en los agrupamientos políticos alemanes. Dentro de los límites del campo católico, campesinos, industriales, elementos pequeñoburgueses y obreros están todavía amalgamados. Tendríamos que regresar a través de toda la historia alemana para explicar por qué el vínculo religioso ha podido resistir las fuerzas centrífugas de la nueva época. El ejemplo del Centro demuestra que las relaciones políticas no pueden ser completamente definidas con precisión matemática. El pasado empuja al presente y altera sus configuraciones. La tendencia general del proceso, no obstante, no es confusa. Es, a su manera, simbólico el que von Papen y su más estrecho colaborador Bracht hayan abandonado el ala derecha del Centro para llevar a cabo un programa político cuyo desarrollo debe conducir a la desintegración de este partido. Con una posterior intensificación de la crisis social en Alemania, el Centro no podrá resistir la presión desde fuera y desde dentro y su corteza clerical reventará. Lo inmediato al último acto del drama alemán será representado entre las partes componentes del Centro.

En el sentido formal, hoy, en los últimos días de agosto, Alemania se cuenta todavía entre las repúblicas parlamentarías. Pero hace pocas semanas, el ministro del Interior, von Gayl, convirtió la conmemoración de la Constitución de Weimar en un velatorio del parlamentarismo. Mucho más importante que este estatuto formal es el hecho de que las dos alas extremas del *Reichstag*, que representan a la mayoría de los votantes, contemplen la democracia como definitivamente quebrada. Los nacionalsocialistas quieren sustituirla por una dictadura fascista según el modelo italiano. Los comunistas aspiran a una dictadura de sóviets. Los partidos burgueses, que han intentado administrar los asuntos de la clase capitalista mediante cauces parlamentarios durante los pasados catorce años, han perdido a todos sus electores. La socialdemocracia, que obligó al movimiento obrero a entrar en el marco del juego parlamentario, no sólo ha dejado escapar de las manos el poder que le confirió la Revolución de Noviembre, no sólo ha perdido millones de votos que han ido a parar a los comunistas, sino que incluso corre el peligro de perder su estatuto legal como partido.

¿No es de sí misma evidente la conclusión de que, enfrentado con dificultades y tareas demasiado vastas para el, el régimen democrático está perdiendo el control? También en las relaciones entre estados, cuando asuntos de importancia secundaria están implicados, las reglas y usos del protocolo son más o menos observados. Pero cuando entran en conflicto intereses vitales, los rifles y cañones ocupan el centro del escenario en lugar de las cláusulas pactadas. Las dificultades internas y externas de la nación

alemana han avivado la lucha de clases hasta el punto en que nadie puede ni quiere subordinarse a las convenciones parlamentarias. Algunos pueden lamentarlo, increpar amargamente a los partidos extremistas por su inclinación a la violencia, esperar un futuro mejor. Pero los hechos son los hechos. Los hilos de la democracia no pueden soportar un voltaje demasiado alto. Tales son, sin embargo, los voltajes de nuestra época.

El notable *Calendario de Gotha** tuvo dificultades en una ocasión para definir el sistema político de Rusia, que combinaba la representación popular y un zar autocrático. Caracterizar el actual sistema alemán sería probablemente aún más difícil si intentara basarse en categorías legales. Volviendo a la historia, sin embargo, podemos ofrecer ayuda a los *Calendarios de Gotha* de todos los países. Alemania está siendo gobernada actualmente según el sistema bonapartista.

El rasgo principal de la fisonomía política alemana lo produce el hecho de que el fascismo ha logrado movilizar a las clases medias contra los obreros. Dos poderosos campos se entrelazan en irreconciliable conflicto. Ninguno de los bandos puede vencer por medios parlamentarios. Ninguno aceptaría voluntariamente una decisión desfavorable para él. Semejante escisión de la sociedad prefigura una guerra civil. La amenaza de guerra civil crea en la clase dominante la necesidad de un árbitro y caudillo, de un César. Esa es precisamente la función del bonapartismo.

Todo régimen pretende estar por encima de las clases, salvaguardando los intereses del conjunto. Pero los efectos de las fuerzas sociales no pueden determinarse tan fácilmente como los del terreno de la mecánica. El gobierno mismo es de carne y hueso. Es inseparable de ciertas clases y de sus intereses. En épocas tranquilas, el parlamento democrático parece ser el mejor instrumento para reconciliar las fuerzas en conflicto. Pero cuando las fuerzas fundamentales viran en ángulos de 180 grados, tirando en direcciones opuestas, entonces aparece la oportunidad de una dictadura bonapartista.

A diferencia de una monarquía legítima, en que la persona del gobernante sólo represente un eslabón en una cadena dinástica, la forma bonapartista es inseparable de una personalidad que se abre camino ya sea mediante el talento, ya sea mediante la suerte. Semejante cuadro, sin embargo, corresponde escasamente a la figura plomiza del *junker* del Este del Elba y mariscal de campo Hohenzollern. Ciertamente, Hindenburg no es ningún Napoleón, ni Posen es Córcega. Pero una consideración meramente personal e incluso estética de esta cuestión seria completamente inadecuada y sería, de hecho, un entretenimiento. Aun cuando, como dicen los franceses, hace falta un conejo para hacer estofado de conejo, no es de ningún modo indispensable un Bonaparte para el bonapartismo. La existencia de dos

* Relación de los miembros de las casas reales y de la nobleza europea.

campos irreconciliables basta. El papel del árbitro todopoderoso puede ser ocupado por una camarilla en vez de por una persona.

Recordemos que Francia no sólo ha conocido a Napoleón I, el verdadero, sino también al falso, Napoleón III. El tío y el supuesto sobrino tuvieron en común el papel de árbitro que señala sus decisiones con la punta de la espada. Napoleón I tuvo su propia espada, y Europa todavía conserva los vestigios de sus cisuras. La sola sombra de la espada de su supuesto tío bastó para empujar a Napoleón III al trono.

En Alemania, el bonapartismo toma una forma escrupulosamente alemana. Pero no debemos detenernos en los matices de las diferencias nacionales. En la traducción se pierden muchos rasgos distintivos del original. Aun cuando en muchas esferas de la creación humana los alemanes han proporcionado los más elevados modelos, en política, igual que en la escultura, han superado escasamente el nivel de la imitación mediocre. No entraré, sin embargo, en las razones históricas de ello. Baste decir que es así. Posen no es Córcega, Hindenburg no es Napoleón.

No hay ninguna huella de aventurerismo en la figura conservadora del presidente. El Hindenburg de ochenta años no perseguía nada en la política. En su lugar, otros lo perseguían y encontraron a Hindenburg. Y no fueron hacia él por casualidad. Toda esta gente son del mismo viejo fondo prusiano, aristocrático-conservador, de Postdam, al Este del Elba. Incluso si Hindenburg presta su nombre como cobertura para los actos de otros, no se dejará apartar de la huella que le dejaron las tradiciones de su casta. Hindenburg no es una personalidad, sino una institución. Es lo que fue durante la guerra. "La estrategia de Hindenburg" era la estrategia de gente con nombres completamente diferentes. Este procedimiento fue trasladado a la política. Ludendorff y sus ayudantes han sido relevados por hombres nuevos. Pero los métodos siguen siendo los mismos.

Conservadores, nacionalistas, monárquicos, todos los enemigos de la Revolución de Noviembre colocaron a Hindenburg en el puesto de *Reichspräsident* la primera vez en 1925. No sólo los obreros, sino también los partidos de la burguesía votaron contra el mariscal Hohenzollern. Pero Hindenburg ganó. Fue apoyado por las masas de la pequeña burguesía desplazándose hacia Hitler. Como presidente, Hindenburg no ha hecho nada. Pero tampoco ha deshecho nada. Sus enemigos fomentaron la idea de que la fidelidad de las tropas de Hindenburg le habían hecho un defensor de la Constitución de Weimar. Siete años después, rechazado en toda la línea por la reacción, los partidos puramente parlamentarios decidieron poner al mariscal en su moneda.

Dando sus votos al jefe militar monárquico, la socialdemocracia y los demócratas católicos le liberaron de toda obligación hacia la ahora impotente república. Elegido en 1925 por los reaccionarios, Hindenburg no se apar-

tó de la Constitución. Elegido en 1932 con los votos de la izquierda, Hindenburg adoptó el punto de vista derechista sobre las cuestiones constitucionales. No hay nada misterioso tras esta paradoja. Solo ante su "conciencia" y la "voluntad del pueblo" —dos tribunales infalibles— Hindenburg tenía que convertirse inevitablemente en el paladín de los círculos a los que había servido fielmente a lo largo de toda su vida. La política del presidente es la política de la aristocracia terrateniente, de los barones industriales y de los príncipes banqueros, de las religiones católica romana, luterana y —la última pero no la menor— hebrea.

Al escoger a von Papen —en quien nadie en todo el país había pensado el día anterior— como jefe de gobierno, el personal político de Hindenburg cortó abruptamente los hilos mediante los que la elección había unido al presidente con los partidos democráticos. El bonapartismo alemán careció en su primer estadio del picante del aventurerismo. Por su carrera durante la guerra y su ascenso mágico al poder, von Papen lo resarció en cierta medida. Por lo que respecta a sus otras dotes —fuera de su conocimiento de lenguas y sus impecables maneras— las opiniones de diferentes tendencias parecen coincidir en que de ahora en adelante los historiadores no podrán seguir describiendo a Michaelis como el más descolorido e insignificante canciller del *Reich* alemán.

Pero ¿dónde está la espada del bonapartismo? Hindenburg sólo conservó su bastón de mariscal, un juguete para ancianos. Tras su no muy inspirada experiencia en la guerra, Papen volvió a la vida civil. La espada, no obstante, apareció en la persona del general Schleicher. Él es precisamente el hombre que debe contemplarse ahora como el centro de la combinación bonapartista. Y esto no es un accidente. Al elevarse por encima de los partidos y el parlamento, el gobierno se ha reducido a un aparato burocrático. La parte más efectiva de este aparato es incuestionablemente la *Reichswehr*. No es sorprendente, pues, que Schleicher apareciera después de Hindenburg y Papen. Hay muchos rumores en los periódicos de que desde el retiro en sus cuarteles, el general preparó cuidadosamente el escenario de los acontecimientos. Puede ser. Mucho más importante, sin embargo, es el hecho de que el curso general de los acontecimientos preparase el escenario para un general.

El autor está alejado del teatro de los acontecimientos, por una considerable distancia además. Esto le hace difícil seguir los giros y virajes diarios. Sin embargo, me gustaría pensar que estas condiciones geográficas desfavorables no pueden impedirme explicar la relación fundamental de fuerzas, que, en último análisis, determina el curso general de los acontecimientos.

El único camino*

Prefacio

La decadencia del capitalismo promete ser todavía más turbulenta, dramática y sangrienta que su ascenso. El capitalismo alemán no resultará seguramente ninguna excepción. Si su agonía se prolonga demasiado, la culpa reside —debemos de decir la verdad— en los partidos del proletariado.

El capitalismo alemán apareció tarde en escena, y fue privado de los privilegios del primogénito. El desarrollo de Rusia la situó en algún lugar entre Inglaterra y la India; Alemania, en un esquema semejante, tendría que ocupar el lugar entre Inglaterra y Rusia, no obstante sin las enormes colonias ultramarinas de Gran Bretaña ni las "colonias interiores" de la Rusia zarista. Alemania, comprimida en el corazón de Europa, se vio enfrentada —en una época en que el mundo entero ya había sido repartido— a la necesidad de conquistar mercados exteriores y de volver a repartir colonias que ya habían sido repartidas.

El capitalismo alemán no estuvo destinado a nadar contra corriente, a entregarse al libre juego de las fuerzas. Sólo Gran Bretaña pudo permitirse este lujo, y sólo durante un período histórico limitado, que ha finalizado recientemente ante nuestros ojos. El capitalismo alemán no pudo siquiera permitirse el "sentido de la moderación" del capitalismo francés, atrincherado dentro de sus límites y provisto además de ricas posesiones coloniales como reserva.

La burguesía alemana, oportunista de pies a cabeza en el terreno de la política interior, tuvo que elevarse al colmo de la audacia y de la ligereza en el de la economía y la política mundial; tuvo que expandir inconmensurablemente su producción para alcanzar a las naciones más antiguas, blandir la espada y lanzarse a la guerra. La extrema racionalización de la industria alemana después de la guerra resultó asimismo de la necesidad de su-

---

* Escrito el 14 de septiembre de 1932, fue publicado en forma de folleto en abril de 1933 por Pioneer Publishers.

perar las condiciones desfavorables de retraso histórico, de situación geográfica y de derrota militar.

Si los males económicos de nuestra época son resultado, en último análisis, del hecho de que las fuerzas productivas de la humanidad son incompatibles con la propiedad privada de los medios de producción así como con las fronteras nacionales, el capitalismo alemán está atravesando las convulsiones más dolorosas precisamente porque es el capitalismo más moderno, más avanzado y más dinámico del continente europeo.

Los médicos del capitalismo alemán se dividen en tres escuelas: liberalismo, economía planificada y autarquía.

El liberalismo querría restaurar las leyes "naturales" del mercado. Pero el infeliz destino político del liberalismo solamente refleja el hecho de que el capitalismo alemán nunca pudo basarse en el manchesterismo*, sino que fue, a través del proteccionismo, hasta los trusts y los monopolios. La economía alemana no puede ser devuelta a un pasado "saludable" que nunca existió.

El "nacionalsocialismo" promete revisar a su manera la labor de Versalles, es decir, llevar más lejos la ofensiva del imperialismo de los Hohenzollern. Al mismo tiempo, quiere llevar a Alemania a la autarquía, es decir, al camino del localismo y de la restricción voluntaria. El rugido del león oculta en este caso la psicología del perro azotado. Adaptar el capitalismo alemán a sus fronteras nacionales es casi lo mismo que curar a un enfermo cortándole la mano derecha, el pie izquierdo y parte de su cráneo.

Curar al capitalismo por medio de la *economía planificada* significaría eliminar la competencia. En tal caso, debemos empezar por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Los reformadores burocrático-profesorales no se atreven ni a pensarlo. La economía alemana es, menos que nada, puramente alemana: es un elemento integrante de la economía mundial. Un plan alemán sólo es concebible en la perspectiva de un plan económico internacional. Un sistema planificado en el interior de las estrechas fronteras nacionales significaría el abandono de la economía mundial, es decir, el intento de regresar al sistema de la autarquía.

Estos tres sistemas, con sus disensiones mutuas, en realidad se parecen en cuanto que todos están encerrados dentro del circulo vicioso del utopismo reaccionario. Lo que ha de salvarse no es el capitalismo alemán, sino Alemania de su capitalismo.

En los años de la crisis, la burguesía alemana, o al menos sus teóricos, han pronunciado discursos de arrepentimiento; sí, habían llevado una política demasiado arriesgada, habían recurrido con mucha ligereza a la ayuda de créditos extranjeros, habían empujado demasiado rápidamente la moderni-

* Movimiento que hacia la década de los cuarenta del siglo XIX defendía el libre comercio y la abolición de los impuestos sobre el grano importado.

zación del equipamiento fabril etc. En el futuro, ¡habrá, que ser más cuidadosos! En realidad, sin embargo, a medida que se manifiesta el programa de Papen y la actitud del capital financiero hacia él, los dirigentes de la burguesía alemana se inclinan hoy más que nunca al aventurerismo económico.

A los primeros signos de reactivación industrial, el capitalismo alemán se mostrará tal y como su pasado histórico lo ha conformado, y no como les gustaría configurarlo a los moralistas liberales. Los empresarios, ávidos de beneficios, harán subir de nuevo la presión del vapor sin prestar atención al manómetro. La persecución de los créditos extranjeros volverá a tomar un carácter febril. ¿Son escasas las posibilidades de expansión? Tanto más necesario el monopolizarlas. El mundo aterrorizado verá de nuevo el cuadro del período precedente, pero en forma de convulsiones todavía más violentas. Al mismo tiempo, el renacimiento del militarismo alemán avanzará como si los años 1914-1918 nunca hubiesen existido. La burguesía alemana vuelve a situar a los barones del Este del Elba a la cabeza de la nación. Bajo los auspicios bonapartistas, están aún más inclinados a arriesgar la cabeza de la nación que bajo los de la monarquía legítima.

En sus momentos lúcidos, los dirigentes de la socialdemocracia alemana deben preguntarse por qué milagro su partido, después de todo el daño que ha hecho, todavía dirige a millones de obreros. Ciertamente, ha de darse una gran importancia al conservadurismo innato a toda organización de masas. Varias generaciones del proletariado han pasado por la socialdemocracia como escuela política; ello ha creado una gran tradición. Sin embargo, ésa no es la razón principal de la vitalidad del reformismo. Los obreros no pueden abandonar simplemente la socialdemocracia, a pesar de todos los crímenes de ese partido; deben poder remplazarlo por otro partido. Entretanto, el Partido Comunista alemán, en la persona de sus dirigentes, ha hecho todo lo que estaba a su alcance para alejar a las masas o al menos para impedirles que se agrupasen alrededor del Partido Comunista.

La política de capitulación de Stalin-Brandler en el año 1923; el zigzag ultraizquierdista de Maslow-Ruth Fischer, Thaelmann en 1924-1925; el arrastramiento oportunista ante la socialdemocracia en 1926-1928; el aventurerismo del "tercer período" en 1928-1930; la teoría y práctica del "socialfascismo" y de la "liberación nacional" en 1930-1932, ésas son las partidas de la factura. El total da: Hindenburg-Papen-Schelicher y Cía.

Por el camino capitalista, no hay ninguna salida para el pueblo alemán. En eso reside la fuente de fortaleza más importante del Partido Comunista. El ejemplo de la Unión Soviética muestra mediante la experiencia que hay una salida por el camino socialista. En eso reside la segunda fuente de fortaleza del Partido Comunista.

Pero, gracias a las condiciones de desarrollo del Estado proletario aislado, allí ha tomado la dirección de la Unión Soviética una burocracia nacio-

nal-oportunista, que no cree en la revolución mundial, que defiende su independencia de la revolución mundial y mantiene a la vez una dominación ilimitada sobre la Internacional Comunista. Y ésa es en la actualidad la mayor desgracia para el proletariado alemán e internacional.

La situación en Alemania está hecha como a propósito para posibilitar al Partido Comunista el ganar a la mayoría de los obreros en un corto espacio de tiempo. El Partido Comunista debe comprender solamente que sin embargo, en la actualidad, representa a la minoría del proletariado, y debe caminar firmemente por el camino de la táctica de frente único. En su lugar, el Partido Comunista ha hecho suya una táctica que puede resumirse en las siguientes palabras: no dar a los obreros alemanes la posibilidad de llevar adelante luchas económicas ni de presentar resistencia al fascismo, ni de empuñar la herramienta de la huelga general, ni de crear sóviets; antes, que el proletariado mundial reconozca por adelantado la dirección del Partido Comunista. La tarea política se convierte en un ultimátum.

¿De dónde pudo haber provenido este destructivo método? La respuesta a ello está en la política de la fracción estalinista en la Unión Soviética. Allí, el aparato ha convertido la dirección política en una autoridad administrativa. Al negarse a permitir que los obreros discutan, o critiquen, o voten, la burocracia estalinista no les habla en otro lenguaje que en el del ultimátum. La política de Thaelmann es un intento de traducir el estalinismo a un mal alemán. Pero la diferencia consiste en que la burocracia de la URSS tiene a disposición de su política de mando el poder estatal, que recibió de las manos de la Revolución de Octubre. Thaelmann, por el contrario, sólo tiene para reforzar sus ultimátums la autoridad formal de la Unión Soviética. Esta es una gran fuente de ayuda moral, pero, bajo las condiciones dadas, sólo basta para cerrar la boca de los obreros comunistas, pero no para ganarse a los obreros socialdemócratas. Sin embargo, el problema de la revolución alemana se reduce ahora a esta última tarea.

Siguiendo las obras anteriores del autor dedicadas a la política del proletariado alemán, este panfleto intenta investigar las cuestiones de la política revolucionaria alemana en una nueva fase.

1. BONAPARTISMO Y FASCISMO

Tratemos de analizar brevemente lo que ha ocurrido y dónde nos encontramos.

Gracias a la socialdemocracia, el gobierno Brüning dispuso del apoyo parlamentario para gobernar con la ayuda de los decretos de emergencia. Los dirigentes socialdemócratas dijeron: "De esta forma bloquearemos el

camino del fascismo al poder". La burocracia estalinista dijo: "No, el fascismo ya ha triunfado; el régimen de Brüning es el fascismo". Ambas afirmaciones eran falsas. Los socialdemócratas hicieron pasar una retirada pasiva ante el fascismo como la lucha contra el fascismo. Los estalinistas presentaron el asunto como si la victoria del fascismo ya hubiese ocurrido. La fuerza de combate del proletariado fue minada por ambos lados y se facilitó y aproximó el triunfo del enemigo.

En su tiempo, caracterizamos al gobierno Brüning como bonapartismo ("una caricatura de bonapartismo"), es decir, como un régimen de dictadura político-militar. En el momento en que la lucha de dos estratos sociales —los que tienen y los que no tienen, los explotadores y los explotados— alcanza su tensión más elevada, se han creado las condiciones para la dominación de la burocracia, la policía y la tropa. El gobierno se vuelve "independiente" de la sociedad. Recordemos una vez más: si se clavan simétricamente dos horquillas en un corcho, éste puede guardar el equilibrio incluso sobre la cabeza de un alfiler. Ese es precisamente el esquema del bonapartismo. Podemos tener por seguro que semejante gobierno no deja de ser el empleado de los propietarios. Sin embargo, el empleado se sitúa sobre la espalda del amo, le restriega el pescuezo en carne viva y no titubea, a veces, en limpiarse los zapatos en su cara.

Puede haberse dado por sentado que Brüning proseguiría hasta la solución final. Sin embargo, en el transcurso de los acontecimientos, se ha añadido otro eslabón: el gobierno Papen. Para ser exactos, deberíamos hacer una rectificación en nuestra anterior caracterización: el gobierno Brüning era un gobierno prebonapartista. Brüning era solamente un precursor. En una forma perfecta, el bonapartismo entró en escena con el gobierno Papen-Schleicher.

¿En qué consiste la diferencia? Brüning aseguraba que no conocía mayor felicidad que "servir" a Hindenburg y al párrafo 48. HitIer "apoyaba" con su puño el flanco derecho de Brüning. Pero, con el codo izquierdo, Brüning descansaba sobre el hombro de Wels. En el *Reichstag*, Brüning encontró una mayoría que le eximía de contar con el *Reichstag*.

Cuanto más crecía la independencia de Brüning respecto al parlamento, más independientes se sentían las cumbres de la burocracia con respecto a Brüning y a los grupos políticos que se hallaban tras él. Finalmente, sólo faltaba romper los lazos con el *Reichstag*. El gobierno Papen surgió de una concepción burocrática inmaculada. Con el codo derecho, descansa sobre el hombro de Hitler. Con el puño de la policía, se protege del proletariado por la izquierda. En eso residen el secreto de su "estabilidad", es decir, de que no se hunda en el momento mismo de su formación.

El gobierno Brüning asumía un carácter clerical-burocrático-policiaco. La *Reichswher* todavía permanecía en reserva. El "Frente de Hierro" servía como un apoyo directo del orden. La esencia del golpe de Estado de Hinden-

burg-Papen consiste precisamente en eliminar su dependencia del "Frente de Hierro". Los generales pasaron automáticamente al primer lugar.

Los dirigentes socialdemócratas resultaron ser completamente embaucados. Y eso es más que lo que les espera en períodos de crisis social. Esos intrigantes pequeñoburgueses parecen inteligentes sólo en aquellas condiciones en que la inteligencia no es necesaria. Ahora, se tapan la cabeza por la noche, sudan, y esperan un milagro: tal vez al final podamos todavía no sólo salvar nuestras cabezas. sino también el mobiliario archiatiborrado y los pequeños ahorros inocentes. Pero ya no habrá más milagros...

Desgraciadamente, sin embargo, el Partido Comunista también ha sido completamente tomado por sorpresa por los acontecimientos. La burocracia estalinista fue, incapaz de prever nada. Ahora, Thaelmann, Remmele y otros hablan a cada instante del "golpe de Estado del 20 de julio". ¿Cómo ha sido eso? Al principio, afirmaban que el fascismo ya había llegado y que sólo los "trotskistas contrarrevolucionarios" podían hablar de ello como algo futuro. Ahora resulta que para pasar de Brüning a Papen —por el momento no a Hitler, sino sólo a Papen— fue necesario todo un "golpe de Estado". Sin embargo, el contenido de clase de Severing, Brüning y Hitler, según nos habían enseñado esos sabios, es "uno y el mismo". Entonces, ¿de qué y para qué el golpe de Estado?

Pero la confusión no acaba aquí. Incluso aunque la diferencia entre fascismo y bonapartismo esté ahora lo suficientemente clara, Thaelmann, Remmele y demás hablan del golpe de Estado *fascista* del 20 de julio. Al mismo tiempo, alertan a los obreros contra el peligro inminente de un derrocamiento hitleriano, es decir, igualmente fascista. Por último, se caracteriza a la socialdemocracia, precisamente igual que antes, como socialfascista. De esta forma, los acontecimientos que se suceden se reducen a que diferentes clases de fascismo tomen el poder una de otra con la ayuda de golpes de Estado "fascistas". ¿No está claro que toda la teoría estalinista fue elaborada sólo con el fin de agarrotar el cerebro humano?

Cuanto menos preparados estaban los obreros, más destinada estaba la llegada del gobierno Papen a producir la impresión de fortaleza: ignorancia completa de los partidos, nuevos decretos de emergencia, disolución del *Reichstag*, represalias, estado de sitio en la capital, abolición de la "democracia" prusiana. ¡Y con qué facilidad! A un león se le mata de un disparo a la pulga se la aplasta entre las uñas; con los ministros socialdemócratas se acaba de un papirotazo.

No obstante, a pesar de la apariencia de fuerzas concentradas, el gobierno Papen *como tal* es más débil todavía que su predecesor. El régimen bonapartista puede lograr un carácter comparativamente estable y duradero sólo en el caso de que ponga fin a una época revolucionaria; cuando la relación de fuerzas ya ha sido puesta a prueba en batallas; cuando las clases

revolucionarias ya están agotadas, pero las clases poseedoras aun no se han librado del terror: ¿no traerá mañana nuevas convulsiones? Sin esta condición básica, es decir, sin un agotamiento anterior de las energías de las masas en combates, el régimen bonapartista no está en posición de avanzar.

A través del gobierno Papen, los barones, los magnates del capital y los banqueros han realizado un intento de salvaguardar sus intereses mediante la policía y el ejército regular. La idea de entregar todo el poder a Hitler, que se apoya en las bandas voraces y desbocadas de la pequeña burguesía, está lejos de agradarles. Ellos, por supuesto, no dudan de que a la larga Hitler será un instrumento sumiso de su dominación. Sin embargo, esto es inseparable de convulsiones, del riesgo de una guerra civil larga y fatigosa y de gastos enormes. El fascismo, sin duda, como muestra el ejemplo italiano, conduce al final a una dictadura burocrático-militar de tipo bonapartista. Pero para eso se requieren una serie de años aún en el caso de una victoria total: un plazo aún más largo en Alemania que en Italia. Está claro que las clases poseedoras preferirían un camino más económico, es decir, el camino de Schleicher y no el de Hitler, por no hablar de que el mismo Schleicher lo prefiere de esa forma.

El que la base para la existencia del gobierno Papen radique en la neutralización de los campos irreconciliables no significa en modo alguno, desde luego, que las fuerzas del proletariado revolucionario y de la pequeña burguesía reaccionaria pesen lo mismo en la balanza de la historia. Toda la cuestión se desplaza aquí al terreno de la política. Mediante el mecanismo del Frente de Hierro, la socialdemocracia paraliza al proletariado. Con la política de ultimatismo insensato, la burocracia estalinista bloquea a los obreros el camino revolucionario. Con una correcta dirección del proletariado, el fascismo seria exterminado sin dificultad y ni una rendija quedaría abierta para el bonapartismo. Desgraciadamente, esa no es la situación. La fortaleza paralizada del proletariado ha adoptado la forma engañosa de la "fortaleza" de la camarilla bonapartista. En eso reside la fórmula política de la actualidad.

El gobierno Papen es el punto invisible de intersección de grandes fuerzas históricas. Su peso independiente es casi nulo. Por tanto, no puede hacer otra cosa que sentir pánico de sus propias gesticulaciones y tener vértigo del vacío que le rodea por todas partes. Así, y sólo así, puede explicarse que en los actos del gobierno haya habido hasta hoy dos partes de timidez por una de audacia. En Prusia, es decir, con la socialdemocracia, el gobierno jugaba a ganar: sabía que esos señores no ofrecerían resistencia. Pero después de haber disuelto el *Reichstag*, anunció nuevas elecciones y no se atrevió a posponerlas. Tras proclamar la ley marcial, se hartó de explicar: esto es sólo para facilitar la capitulación sin lucha de los dirigentes socialdemócratas.

Sin embargo ¿no hay una *Reichswher*? No somos dados a olvidarlo. Engels definía el Estado como organismos de hombres armados, con acceso-

rios materiales en forma de prisiones, etc. Con respecto al actual poder gubernamental, incluso puede decirse que sólo la *Reichswher* existe realmente. Pero la *Reichswher* no parece de ninguna manera un instrumento sumiso y fiable en las manos del grupo de personas a cuya cabeza se encuentra Papen. En realidad, el gobierno es más bien una especie de comisión política de la *Reichswher*.

Pero a pesar de toda su preponderancia sobre el gobierno, la *Reichswher* no puede sin embargo pretender ningún papel político independiente. Cien mil soldados, no importa cuán cohesivos y aguerridos puedan ser (lo que todavía falta por probar), no pueden mandar a una nación de sesenta y cinco millones desgarrada por los más profundos antagonismos sociales. La *Reichswher* solamente representa un elemento en la acción de las fuerzas, y no el decisivo.

A su manera, el nuevo *Reichstag* refleja mucho mejor la situación política del país que ha llevado al experimento bonapartista. El parlamento sin una mayoría, con alas irreconciliables, ofrece un argumento obvio e irrefutable a favor de la *dictadura*. Una vez más, los límites de la democracia aparecen en toda su evidencia. Allí donde se trata de las bases mismas de la sociedad, la aritmética parlamentaria no es la que decide. Lo que decide es la lucha.

No intentaremos opinar desde lejos qué camino seguirán en los próximos días los esfuerzos para formar gobierno. Nuestras hipótesis llegarían de cualquier forma tarde, y además, no son las posibles formas y combinaciones transitorias las que resuelven el problema. Un bloque del ala derecha con el Centro significaría la "legalización" de la toma del poder por los nacionalsocialistas, es decir, la cobertura más apropiada para el golpe de Estado fascista. Qué relaciones se desarrollarán al principio entre Hitler, Schleicher y los dirigentes del Centro es más importante para ellos que para el pueblo alemán. Políticamente, todas las combinaciones pensables con Hitler significan la disolución de la burocracia, los tribunales, la policía y el ejército en el interior del fascismo.

Si se admite que el Centro no aceptará una coalición en la que tendría que pagar con la ruptura con sus propios obreros el papel de freno a la locomotora de Hitler, en ese caso sólo queda abierto el camino extraparlamentario. Una combinación sin el Centro garantizaría más fácil y rápidamente el predominio de los nacionalsocialistas. Si éstos no se unen inmediatamente con Papen y al mismo tiempo pasan de inmediato al asalto, el carácter bonapartista del gobierno se manifestará más agudamente: Schleicher tendría sus "cien días"... sin los años napoleónicos anteriores.

Cien días —no, estamos calculando demasiado generosamente—. La *Reichswher* no decide. Schleicher no basta. La dictadura extraparlamentaria de los *junkers* y los magnates del capital financiero sólo puede garantizarse mediante una guerra civil fatigosa e implacable. ¿Podrá Hitler realizar esta

tarea? Eso no sólo depende de la mala voluntad del fascismo, sino también de la voluntad revolucionaria del proletariado.

BURGUESÍA, PEQUEÑA BURGUESÍA Y PROLETARIADO

Todo análisis serio de la situación política debe tomar como punto de partida las relaciones mutuas entre las tres clases: la burguesía, la pequeña burguesía (incluido el campesinado) y el proletariado.

La gran burguesía, económicamente poderosa, constituye, por sí misma, una ínfima minoría de la nación. Para imponer su dominación, debe hacer cumplir una determinada relación mutua con la pequeña burguesía y, por su mediación, con el proletariado.

Para comprender la dialéctica de esas interrelaciones, debemos distinguir tres fases históricas: el comienzo del desarrollo capitalista, en que la burguesía precisaba métodos revolucionarios para resolver sus tareas; el período de florecimiento y madurez del régimen capitalista, en que la burguesía dotó su dominación con formas democráticas, ordenadas, pacíficas, conservadoras; por último, la decadencia del capitalismo, en que la burguesía está obligada a recurrir a los métodos de la guerra civil contra el proletariado para proteger su derecho a la explotación.

Los programas políticos característicos de esas tres fases, *jacobinismo, democracia* reformista (incluida la socialdemocracia) y *fascismo*, son esencialmente programas de corrientes pequeñoburguesas. Este dato solo, más que ninguna otra cosa muestra qué enorme —mas aún, qué decisiva— importancia tiene la autodeterminación de las masas pequeñoburguesas del pueblo para todo el destino de la sociedad burguesa.

Sin embargo, la relación entre la burguesía y su base social fundamental, la pequeña burguesía, no descansa de ningún modo en la confianza recíproca y en la colaboración pacifica. El grueso de la pequeña burguesía es una clase explotada y oprimida. Mira a la burguesía con envidia y, a menudo, con odio. La burguesía, por su parte, aún cuando utiliza el apoyo de la pequeña burguesía, desconfía de ella, pues teme, con razón, su tendencia a derribar las barreras impuestas desde arriba.

Aun cuando estaban arreglando y despejando el camino al desarrollo burgués, los jacobinos chocaron a cada momento con la burguesía. La sirvieron en un lucha intransigente contra ella. Después de realizar su limitado papel histórico, los jacobinos cayeron, pues la dominación del capital estaba predeterminada.

Para toda una serie de fases, la burguesía afirmó su poder bajo la forma de la democracia parlamentaria. Pero de nuevo, no pacífica ni voluntariamente. La burguesía temía mortalmente el sufragio universal. Pero a la lar-

ga, con la ayuda de una combinación de represión y concesiones, con la amenaza del hambre unida a las reformas, consiguió subordinar en el marco de la democracia formal no sólo a la vieja pequeña burguesía, sino, en gran medida, también al proletariado, por medio de la nueva pequeña burguesía, la burocracia obrera. En agosto de 1914, la burguesía imperialista pudo, por medio de la democracia parlamentaria, llevar a millones de obreros y campesinos a la carnicería.

Pero precisamente con la guerra empieza la clara decadencia del capitalismo y, sobre todo, de su forma democrática de dominación. En adelante ya no se trata de nuevas reformas y limosnas, sino de reducir y suprimir las antiguas. Con ello, la burguesía entra en conflicto no sólo con las instituciones de la democracia proletaria (sindicatos y partidos políticos), sino también con la democracia parlamentaria, en cuyo marco surgieron las organizaciones obreras. De ahí, la campaña contra el "marxismo", por un lado, y contra el parlamentarismo democrático por el otro.

Pero igual que las cumbres de la burguesía liberal fueron incapaces en su época, sólo con su propia fuerza, de desprenderse del feudalismo, la monarquía y la iglesia, así los magnates del capital financiero son incapaces, sólo con su fuerza, de enfrentarse con el proletariado. Necesitan el apoyo de la pequeña burguesía. Para este fin, debe ser ganada, puesta en pie, movilizada y armada. Pero este método tiene sus riesgos. Aún cuando utiliza el fascismo, la burguesía no obstante le teme. Pilsudski fue obligado en mayo de 1926 a salvar la sociedad burguesa mediante un golpe de Estado dirigido contra los partidos tradicionales de la burguesía polaca. La cosa llegó tan lejos, que el dirigente oficial del Partido Comunista polaco, Warski, que pasó de Rosa Luxemburgo a Stalin, y no a Lenin, tomó el golpe de Estado de Pilsudski como el camino de la dictadura democrática revolucionaria" y llamó a los obreros a apoyar a Pilsudski.

En la sesión de la comisión polaca del Comité Ejecutivo de la Comintern del 2 de julio de 1926, el autor de estas líneas dijo sobre los acontecimientos de Polonia:

"... el movimiento que [Pilsudski] encabezó era pequeñoburgués, una forma 'plebeya' de resolver los acuciantes problemas de la sociedad capitalista en proceso de decadencia y destrucción. Se trata de un paralelo directo con el fascismo italiano...".

"Esas dos corrientes tienen indudablemente rasgos comunes: sus tropas de choque se reclutan... entre la pequeña burguesía; tanto Pilsudski como Mussolini emplearon medios extraparlamentarios, claramente violentos, métodos de guerra civil; ambos se proponían salvar a la sociedad burguesa, no echarla abajo. Tras poner en pie a las masas pequeñoburguesas, ambos chocaron abiertamente con la gran burguesía después de llegar al poder. Involuntariamente, una generalización histórica viene a la mente: for-

zoso es recordar la definición de Marx del jacobinismo como una forma plebeya de enfrentarse con los enemigos feudales de la burguesía. Eso fue en la época del *auge* de la burguesía. Hay que decir que ahora, en la época de la *decadencia* de la sociedad burguesa, la burguesía necesita de nuevo una forma "plebeya" de resolver sus problemas —que ya no son progresivos, sino, más bien, completamente reaccionarios—. En este sentido, pues, el fascismo esconde una caricatura reaccionaria del jacobinismo.

"La burguesía decadente es incapaz de mantenerse en el poder con los métodos y medios creados por ella misma —el Estado parlamentario—. Necesita el fascismo como instrumento de autodefensa, al menos en los momentos más críticos. A la burguesía no le gusta la forma "plebeya" de resolver sus problemas. Tuvo una actitud extremadamente hostil hacia el jacobinismo, que despejó en sangre el camino para el desarrollo de la sociedad burguesa. Los fascistas están infinitamente más cerca de la burguesía decadente que los jacobinos de la burguesía ascendente. Pero a la burguesía aposentada no le gusta tampoco la forma fascista de resolver sus problemas, pues los choques y disturbios, aunque en interés de la sociedad burguesa, también implican riesgos para ella. Este es el origen del antagonismo entre el fascismo y los partidos tradicionales de la burguesía...

"A la gran burguesía le disgusta este método, casi igual que a un hombre con la mandíbula tumefacta le disgusta que le limpien los dientes. Los círculos respetables de la sociedad burguesa veían con odio los servicios del dentista Pilsudski, pero al final cedieron ante lo inevitable, ciertamente con amenazas de resistencia y porfiando y regateando el precio. ¡Y he aquí al ídolo de ayer de la pequeña burguesía convertido en gendarme del capital!"*.

A este intento de definir el lugar histórico del fascismo como sustituto político de la socialdemocracia, se le contrapuso la teoría del socialfascismo. Al principio, podía parecer una estupidez presuntuosa y desagradable, pero inofensiva. Los acontecimientos subsiguientes han mostrado qué perniciosa influencia ejerció de hecho la teoría estalinista sobre todo el desarrollo de la Internacional Comunista[1].

¿Se deduce del papel histórico del jacobinismo, de la democracia y del fascismo que la pequeña burguesía está condenada a seguir siendo un instrumento en manos del capital hasta el final de sus días? Si fuera así, la dic-

---

* *El fascismo polaco y los errores del PC*, julio de 1926.

1. Mientras ocultaba al partido y a la Comintern el discurso citado, la prensa estalinista emprendía una de sus campañas habituales contra él. Manuilski escribió que yo me había atrevido a "poner en el mismo plano" a fascistas y jacobinos, quienes, después de todo, eran nuestros antepasados revolucionarios. La última observación es más o menos correcta. Desgraciadamente, esos antepasados pueden mostrar bastantes descendientes que son incapaces de utilizar sus cabezas. Un eco de la vieja disputa puede encontrarse en las últimas producciones de Münzenberg contra el "trotskismo". Pero dejemos este tema. (N. A.)

tadura del proletariado sería imposible en una serie de países en que la pequeña burguesía constituye la mayoría de la nación; y más aún, la haría extremadamente difícil en otros países en que la pequeña burguesía representa una importante minoría. Afortunadamente, no es así. La experiencia de la Comuna de París mostró por primera vez, al menos en los límites de una ciudad, igual que la experiencia de la Revolución de Octubre lo ha mostrado después a una escala mucho mayor y durante un período incomparablemente más largo, que la alianza de la pequeña burguesía y la gran burguesía no es indisoluble. Puesto que la pequeña burguesía es incapaz de una política *independiente* (también por eso la "dictadura democrática" pequeñoburguesa es irrealizable) no le queda más que optar entre la burguesía y el proletariado.

En la época de ascenso, del crecimiento y florecimiento del capitalismo, la pequeña burguesía, a pesar de agudas explosiones de descontento, marchó por lo general obedientemente en el aparejo capitalista. No podía hacer otra cosa. Pero bajo las condiciones de desintegración capitalista y el atolladero de la situación económica, la pequeña burguesía procura, intenta y se esfuerza por liberarse de las ataduras de los antiguos amos y dirigentes de la sociedad. Es totalmente capaz de unir su destino al del proletariado. Para eso sólo se necesita una cosa: la pequeña burguesía debe adquirir confianza en la capacidad del proletariado de llevar a la sociedad por un nuevo camino. El proletariado sólo puede inspirar esa confianza por su fortaleza, por la firmeza de sus acciones, por una hábil ofensiva contra el enemigo, por el éxito de su política revolucionaria.

Pero ¡ay si el partido revolucionario no está a la altura de la situación! La lucha diaria del proletariado agudiza la inestabilidad de la sociedad burguesa. Las huelgas y los disturbios políticos agravan la situación económica del país. La pequeña burguesía podría resignarse temporalmente a privaciones crecientes si a través de su experiencia llega a la convicción de que el proletariado está en condiciones de llevarla por un nuevo camino. Pero si el partido revolucionario, a pesar de que la lucha de clases se acentúa incesantemente, se muestra una y otra vez incapaz de unificar a la clase obrera tras él, si vacila, se vuelve confuso, se contradice, entonces la pequeña burguesía pierde la paciencia y empieza a considerar a los obreros revolucionarios como los responsables de su propia miseria. Todos los partidos burgueses, incluida la socialdemocracia, piensan en ello. Cuando la crisis social asume una agudeza intolerable, aparece en escena un determinado partido con el objetivo declarado de agitar a la pequeña burguesía hacia un blanco de ira, y de dirigir su odio y su desesperación contra el proletariado. En Alemania, esta función histórica la realiza el nacionalsocialismo amplia corriente cuya ideología está formada por todos los tufos pútridos de la sociedad burguesa en descomposición.

La responsabilidad política fundamental del crecimiento del fascismo recae, por supuesto en los hombros de la socialdemocracia. Desde la guerra imperialista, la labor de este partido se ha reducido a desarraigar de la conciencia del proletariado la idea de una política independiente, para inculcarle la creencia en la eternidad del capitalismo, y para hacerlo arrodillar una y otra vez ante la burguesía decadente. La pequeña burguesía puede seguir a los obreros sólo si ve en él al nuevo señor. La socialdemocracia enseña al obrero a ser un lacayo. La pequeña burguesía no seguirá a un lacayo. La política del reformismo priva al proletariado de la posibilidad de dirigir a las masas plebeyas de la pequeña burguesía y, por tanto, convierte a esta última en carne de cañón para el fascismo.

La cuestión política, sin embargo, no se salda para nosotros con la responsabilidad de la socialdemocracia. Desde el comienzo de la guerra, denunciamos a este partido como la agencia de la burguesía imperialista en las filas del proletariado. De esta nueva orientación de los marxistas revolucionarios surgió la Tercera Internacional. Su tarea consistió en unificar al proletariado bajo la bandera de la revolución y, por tanto, de garantizarle la influencia dirigente sobre las masas oprimidas de la pequeña burguesía de las ciudades y del campo.

El período de posguerra, en Alemania más que en ninguna otra parte, fue una época de desesperanza económica y de guerra civil. Las condiciones internacionales así como las interiores empujaron imperiosamente al país por el camino del socialismo. Cada paso de la socialdemocracia descubría su decadencia y su impotencia, el significado reaccionario de su política, la banalidad de sus dirigentes. ¿Qué otras condiciones se necesitaban para el desarrollo del Partido Comunista? Y sin embargo, tras los primeros años de éxitos significativos, el comunismo alemán entró en un período de vacilaciones, de zigzagues, de virajes alternativos hacia el oportunismo y hacia el aventurerismo. La burocracia centrista ha debilitado sistemáticamente a la vanguardia proletaria y le ha quitado al proletariado en su conjunto la posibilidad de dirigir tras él a las masas oprimidas de la pequeña burguesía. La burocracia estalinista carga con la responsabilidad directa e inmediata por el crecimiento del fascismo ante la vanguardia proletaria.

¿ALIANZA DE LA SOCIALDEMOCRACIA CON EL FASCISMO O LUCHA ENTRE ELLOS?

Comprender la interrelación de las clases en forma de esquema, fijado de una vez por todas, es relativamente sencillo. La valoración de las relaciones concretas entre las clases en cada situación dada es infinitamente más difícil.

La gran burguesía alemana actualmente vacila —situación que la burguesía, en general, experimenta muy raramente—. Una parte se ha convencido definitivamente de la inevitabilidad del camino fascista y le gustaría acelerar la operación. La otra parte espera hacerse dueña de la situación con la ayuda de una dictadura policiaca-militar bonapartista. Nadie en este campo desea volver a la "democracia" de Weimar.

La pequeña burguesía está dividida. El nacionalsocialismo, que ha reunido bajo su bandera a la mayoría abrumadora de las clases intermedias, quiere tomar en sus manos todo el poder. El ala democrática de la pequeña burguesía, que todavía tiene tras de sí a millones de obreros, quiere volver a la democracia según el modelo ebertiano. Entre tanto, se prepara para apoyar la dictadura bonapartista, al menos pasivamente. Los cálculos de la socialdemocracia son los siguientes: bajo la presión de los nazis, el gobierno Papen-Schleicher se verá obligado a establecer un equilibrio reforzando su ala izquierda; a todo esto, tal vez amaine la crisis; la pequeña burguesía quizá se tranquilice; la burguesía tal vez disminuya su frenética presión sobre la clase obrera; y, con la ayuda de dios, todo volverá a estar de nuevo en orden.

La camarilla bonapartista no quiere, efectivamente, la victoria total del fascismo. No se opondría, de ningún modo, a explotar el apoyo de la socialdemocracia dentro de ciertos límites. Pero para ello, tendría que "tolerar" las organizaciones obreras, lo cual sólo es concebible si, al menos hasta cierto punto, se permite la existencia legal del Partido Comunista. Sin embargo, el apoyo de la socialdemocracia a la dictadura militar empujaría irresistiblemente a los obreros a las filas del comunismo. Buscando una forma de apoyo frente a la peste parda, el gobierno se convertiría muy pronto en el blanco de los golpes de los diablos rojos.

La prensa comunista oficial afirma que la tolerancia de Brüning por la socialdemocracia facilitó el camino a Papen, y que la semitolerancia de Papen acelerará la llegada de Hitler. Eso es totalmente correcto. Dentro de estos límites, no hay diferencias de opinión entre nosotros y los estalinistas. Pero esto significa precisamente que en épocas de crisis social la política del reformismo no sólo se vuelve contra las masas, sino también contra el reformismo. En este proceso, acaba de llegar el momento crítico.

Hitler tolera a Schleicher. La socialdemocracia no se opone a Papen. Si esta situación pudiera consolidarse realmente durante un largo período de tiempo, la socialdemocracia se convertiría en el ala izquierda del bonapartismo, y dejaría al fascismo el papel de ala derecha. Teóricamente, no está desde luego excluido que la actual crisis sin precedentes del capitalismo alemán no lleve a una solución concluyente, es decir, que no acabe ni con la victoria del proletariado ni con el triunfo de la contrarrevolución fascista. Si el Partido Comunista prosigue su política de ultimatismo estúpido y por

tanto salva a la socialdemocracia del hundimiento inevitable; si Hitler no se decide en el futuro inmediato, a dar un golpe de Estado y de esta forma inicia la desintegración inevitable dentro de sus propias filas; si la coyuntura económica conoce un ascenso antes de que caiga Schleicher, entonces la combinación bonapartista del párrafo 48 de la Constitución de Weimar, de la *Reichswher*, de la socialdemocracia semiopositora y del semiopositor fascismo, tal vez podría mantenerse (hasta un nuevo estallido, que, en cualquier caso, debe esperarse).

Pero sobre la marcha, estamos todavía lejos de semejante feliz cumplimiento de las condiciones que constituyen el tema de los sueños despiertos de la socialdemocracia. Tal cosa no está en modo alguno asegurada. Incluso los estalinistas difícilmente creen en la durabilidad o en la fuerza de resistencia del régimen Papen-Schleicher. Todos los indicios apuntan a la ruptura del triángulo Wels-Schleicher-Hitler incluso antes de que tome forma.

Pero ¿tal vez será sustituido por una combinación Hitler-Wels? Según Stalin, son "gemelos, no antípodas". Admitamos que la socialdemocracia, sin temer a sus propios obreros, quisiera vender su tolerancia a Hitler. Pero Hitler no necesita esta mercancía: no necesita la tolerancia, sino la abolición de la socialdemocracia. El gobierno Hitler sólo puede realizar su tarea aplastando la resistencia del proletariado y eliminando todos los posibles órganos de su resistencia. En eso reside el papel histórico del fascismo.

Los estalinistas se limitan a una valoración puramente sicológica, o más exactamente, puramente moral de los pequeñoburgueses cobardes y mezquinos que dirigen la socialdemocracia. ¿Podemos admitir realmente que esos inveterados traidores se apartarán de la burguesía y se enfrentarán a ella? Semejante método idealista tiene muy poco en común con el marxismo, que parte no de lo que la gente piensa de sí misma o de lo que desea, sino de las condiciones en que se encuentran y de los cambios que sufren esas condiciones.

La socialdemocracia apoya el régimen burgués, no por los beneficios de los magnates del carbón o del acero, sino a causa de las ventajas que puede obtener como partido, en la forma de su poderoso y numerosísimo aparato. Podemos tener por seguro que el fascismo no amenaza en forma alguna al régimen burgués, para cuya defensa existe la socialdemocracia. Pero el fascismo pone en peligro el papel que cumple la socialdemocracia en el régimen burgués y la renta que obtiene de jugar su papel. Aunque los estalinistas olviden este aspecto del asunto, la socialdemocracia no pierde de vista ni por un momento el peligro mortal con que *la* amenaza una victoria del fascismo, no a la burguesía, sino a la socialdemocracia.

Hará unos tres años, cuando señalamos que el punto de partida de la próxima crisis política en Austria y Alemania se basaría con toda probabilidad en la incompatibilidad de la socialdemocracia y el fascismo; cuando,

sobre esta base, rechazamos la teoría del socialfascismo, que no desvelaba, sino que ocultaba el conflicto que se avecinaba; cuando llamamos la atención sobre la posibilidad de que la socialdemocracia, lo mismo que una parte importante de su aparato, se vería obligada por la marcha de los acontecimientos a luchar contra el fascismo y que este sería un punto de partida favorable para el Partido Comunista para una ofensiva posterior, un gran número de comunistas —no sólo de funcionarios a sueldo, sino incluso de revolucionarios verdaderamente honestos— nos acusaron de... "idealizar" a la socialdemocracia. Sólo quedaba encogerse de hombros. Es difícil discutir con gente cuyo pensamiento se detiene donde para un marxista el problema no hace más que empezar.

En conversaciones, he citado a menudo el ejemplo siguiente: la burguesía judía en la Rusia zarista representaba una parte extremadamente asustada y desmoralizada de toda la burguesía rusa. Y sin embargo, en la medida en que los progromos de los Cien Negros, dirigidos principalmente contra los judíos pobres, también golpeaban a la burguesía, ésta se vio obligada a autodefenderse. Sin duda, tampoco mostró ningún coraje destacable en este terreno. Pero debido al peligro que pendía sobre sus cabezas, la burguesía judía liberal, por ejemplo, recogió sumas considerables para armar a los estudiantes y obreros revolucionarios. De esta manera, se llegó a un acuerdo práctico temporal entre los obreros más revolucionarios, dispuestos a luchar pistola en mano, y el grupo más asustado de la burguesía, que estaba en un aprieto.

El año pasado escribí que en la lucha contra el fascismo, los comunistas debían estar listos para llegar a un acuerdo práctico no sólo con el diablo y con su abuela, sino incluso con Grzesinsky. Esta frase corrió por toda la prensa estalinista mundial. ¿Se necesitaba mejor prueba del "socialfascismo" de la Oposición de Izquierda? Muchos camaradas me habían advertido de antemano: "Van a tomarla con esta frase". Yo les contesté: "Esta frase ha sido escrita así para que la tomen con ella. Qué se agarren a este hierro ardiendo y se quemen los dedos. Los imbéciles deben de aprender su lección".

El curso de la lucha ha llevado a Papen a hacer que Grzesinsky conozca la cárcel. ¿Resultó este episodio de la teoría del socialfascismo y de las previsiones de la burocracia estalinista? No, sucedió en completa contradicción con ellas. Nuestra valoración de la situación, sin embargo, tenía presente semejante eventualidad y le había señalado un lugar determinado.

Pero la socialdemocracia, también en esta ocasión, rehuyó el combate, objetarán algunos estalinistas. Sí, lo rehuyó. Quienquiera espere que la socialdemocracia vaya más allá de los argumentos de sus dirigentes, y dé comienzo a la lucha de forma independiente, y eso en condiciones en que incluso el Partido Comunista se mostró incapaz de luchar, tiene que espe-

rar naturalmente un chasco. Nosotros no esperamos tales milagros. Por eso nosotros no podíamos mostrarnos expuestos a ningún "chasco" sobre la socialdemocracia.

Grzesinsky no se ha transformado en un tigre revolucionario; eso lo podemos garantizar gustosamente. Sin embargo, hay una gran diferencia entre una situación en que Grzesinsky, aposentado en su fortaleza, envía destacamentos de la policía para salvaguardar la "democracia" contra los obreros revolucionarios, y una situación en que el salvador bonapartista del capitalismo mete al mismo Grzesinsky en la cárcel, ¿no? ¿Y no vamos a tener en cuenta políticamente esta diferencia? ¿No vamos a sacar provecho de ella?

Volvamos al ejemplo citado antes: no es difícil entender la diferencia entre un fabricante judío que da un golpecito al policía zarista por aporrear a los huelguistas y el mismo fabricante que pasa dinero a los huelguistas de ayer para obtener armas contra los progromistas. El burgués sigue siendo un burgués. Pero del cambio en la situación resulta un cambio en las relaciones. Los bolcheviques dirigieron la huelga contra el fabricante. Más tarde, tomaron del mismo fabricante el dinero para la lucha contra los progromos. Eso, naturalmente, no impidió que los obreros, cuando llegó su hora, volvieran sus armas contra la burguesía.

¿Significa todo lo que se ha dicho que la socialdemocracia en su conjunto luchará contra el fascismo? A esto respondemos: parte de los funcionarios socialdemócratas se pasará indudablemente a los fascistas; un sector considerable gateará bajo la cama a la hora del peligro. Tampoco todas las masas obreras lucharán. Es completamente imposible prever de antemano qué parte de los obreros socialdemócratas será arrastrada a la lucha y cuándo, y qué parte del aparato arrastrarán con ellos. Eso depende de muchas circunstancias, entre ellas la posición del partido. comunista. La política del frente único tiene como misión separar a aquellos que quieren luchar de quienes no quieren; impulsar hacia adelante a quienes vacilan; y, por último, comprometer a los dirigentes capituladores a los ojos de los obreros, para consolidar su capacidad de lucha.

¡Cuánto tiempo se ha perdido sin finalidad, sin sentido, vergonzosamente! ¡Cuánto se podía haber conseguido, incluso sólo en los dos últimos años! ¿No estaba claro de antemano que el capital monopolista y su ejército fascista empujarían a la socialdemocracia a puñetazos y porrazos al camino de la oposición y la autodefensa? Esta previsión se tenia que haber expuesto ante toda la clase obrera, se tenía que haber tomado la iniciativa a favor del frente único, y teníamos que haber conservado en nuestras manos esta iniciativa en cada nueva fase. No era necesario gritar ni desgañitarse; era posible jugar sencillamente con mano firme. Habría bastado con formular con claridad y precisión la inevitabilidad de cada nuevo paso del enemigo y levantar un programa práctico de frente único, sin exageraciones ni re-

gateos, pero también sin debilidad ni concesiones. ¡Qué arriba estaría el Partido Comunista si hubiese asimilado el abecé de la política leninista y la hubiese aplicado con la necesaria perseverancia!

LOS VEINTIÚN ERRORES DE THAELMANN

A mediados de julio apareció un folleto con las respuestas de Thaelmann a veintiuna preguntas de obreros socialdemócratas sobre cómo se podía crear el "frente único rojo". El folleto empieza con las palabras: "Poderosamente, ¡el frente único antifascista avanza!". El 20 de julio el Partido Comunista llamaba a los obreros a manifestarse en una huelga política. El llamamiento no encontró respuesta. De esta forma, en cinco días se reveló el trágico abismo entre la retórica burocrática y la realidad política.

El partido obtuvo 5,3 millones de votos en las elecciones de julio de 1931. Pregonando públicamente este resultado como una enorme victoria, el partido demostró hasta qué punto las derrotas han rebajado sus pretensiones y esperanzas. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales, el 13 de marzo, el partido obtuvo casi 5 millones de votos. En el curso de cuatro meses y medio —¡y qué meses!— ganó por tanto escasamente 300.000 votos. La prensa comunista repitió centenares de veces en marzo que el número de votos habría sido incomparablemente mayor si se hubiese tratado de unas elecciones al *Reichstag*: en unas elecciones presidenciales, centenares de miles de simpatizantes consideraban superfluo perder el tiempo en una demostración "platónica". Si se toma en consideración este comentario de marzo —y lo merece— se deduce que el partido no ha crecido en absoluto durante los últimos cuatro meses y medio.

En abril, la socialdemocracia eligió a Hindenburg, quien, después de ello, llevó a cabo un golpe de Estado dirigido directamente contra ella. Se podría pensar que este solo hecho debería haber bastado para estremecer el edificio del reformismo hasta sus mismos cimientos. Añadamos a esto la agravación posterior de la crisis con sus aterradoras consecuencias. Por último, el 20 de julio, once días antes de las elecciones, la socialdemocracia se apartó con el rabo entre las piernas ante el golpe de Estado del presidente federal que había elegido. En tales períodos, los partidos revolucionarios crecen febrilmente. Cualquier cosa que la socialdemocracia, clavada por un clavo de acero, emprenda, debe arrojar a los obreros hacia la izquierda. Pero en lugar de avanzar a zancadas con botas de siete leguas, el comunismo hace tiempo, vacila, está a la retirada y después de cada paso adelante da medio paso hacia atrás. Alegrarse de una victoria sólo porque el Partido Comunista no perdió votos el 31 de julio es perder por completo el sentido de la realidad.

Para entender por qué y cómo el partido revolucionario se condena a una impotencia envilecedora en condiciones políticas excepcionalmente favorables hay que leer las respuestas de Thaelmann a los obreros socialdemócratas. Labor aburrida e ingrata, pero que puede ilustrar sobre lo que ocurre en la cabeza de los dirigentes estalinistas.

A la pregunta "¿Cómo valoran los comunistas el carácter del gobierno Papen"? Thaelmann da varias respuestas mutuamente contradictorias. Empieza refiriéndose al "peligro del establecimiento inmediato de la dictadura fascista". ¿Se deduce entonces que todavía no existe? Habla de forma totalmente correcta de los miembros del gobierno como "representantes del capital de los *trusts*, de los generales y de los *junkers*". Un minuto después dice sobre el mismo gobierno: "este gabinete fascista", y concluye su respuesta con la afirmación de que "el gobierno Papen... se ha fijado el objetivo de establecer de inmediato la dictadura fascista".

Prescindiendo de las diferencias políticas y sociales entre el *bonapartismo*, es decir, el régimen de "paz civil" basado en una dictadura policiaco-militar, y el *fascismo*, o sea, el régimen de guerra civil abierta contra el proletariado, Thaelmann se priva por adelantado de la posibilidad de comprender qué ocurre ante sus propios ojos. Si el gabinete de Papen es un gabinete fascista, entonces, ¿de qué "peligro" fascista habla? Si los obreros creen a Thaelmann cuando dice que Papen se ha fijado el objetivo (!) de establecer la dictadura fascista, entonces el probable conflicto entre Hitler y Papen-Schleicher cogerá al partido desprevenido, igual que ocurrió en su momento con el conflicto entre Papen y Otto Braun.

A la pregunta "¿Es sincero el Partido Comunista respecto al frente único?". Thaelmann responde naturalmente con una afirmación, y como prueba se refiere al hecho de que los comunistas no se presentaron con sombrero en mano a Hindenburg y Papen. "No, nosotros planteamos el problema de la lucha, de la lucha contra todo el sistema, contra el capitalismo. Y aquí reside el meollo de la *sinceridad* de nuestro frente único".

Thaelmann no comprende evidentemente de qué se trata. Los obreros socialdemócratas siguen siendo socialdemócratas precisamente porque todavía creen en el camino gradual, reformista, de la transformación del capitalismo en socialismo. Puesto que no saben que los comunistas están por el derrocamiento revolucionario del capitalismo, los obreros socialdemócratas preguntan: "¿Nos proponéis sinceramente el frente único?". Y a esto, Thaelmann responde: "Naturalmente, sinceramente, para nosotros es cuestión de derrocar todo el sistema capitalista".

Por supuesto que nosotros no soñamos con ocultar nada de los obreros socialdemócratas. Sin embargo, hay que saber la medida de las cosas y conservar las proporciones políticas. Un propagandista hábil habría contestado: "Vosotros lo apostáis todo a la democracia; nosotros creemos que

el único camino está en la revolución. Sin embargo, no podemos ni queremos hacer la revolución sin vosotros. Hitler es ahora el enemigo común. Después de vencerle, haremos el balance juntos y veremos a dónde lleva efectivamente el camino".

El auditorio del folleto de Thaelmann —tan particular como pueda parecerlo a primera vista— escucha con indulgencia al orador e incluso coinciden con él en varias ocasiones. El secreto de su indulgencia, sin embargo, reside en que los interlocutores de Thaelmann en la conversación no sólo pertenecen a la "Acción Antifascista", sino que también llaman a votar al Partido Comunista. Son antiguos socialdemócratas que se han pasado al comunismo. Semejantes reclutas sólo pueden ser bienvenidos. Pero lo decepcionante de todo el asunto es que una conversación con obreros que han roto con la socialdemocracia se venda engañosamente como una conversación con las masas socialdemócratas. Esta barata mascarada es muy característica de toda la política actual de Thaelmann y Cía.

De cualquier forma, los antiguos socialdemócratas plantearon cuestiones que en la actualidad inquietan a las masas socialdemócratas. "¿Es la "Acción Antifascista" una organización frente o se trata del Partido Comunista?", preguntan. Thaelmann responde: "¡No!" ¿La prueba? La "Acción Antifascista" "no es una organización, sino un movimiento de masas". Como si no fuera precisamente la tarea del Partido Comunista organizar el movimiento de masas. Todavía mejor es el segundo argumento: la "Acción Antifascista" es apartidista puesto que se dirige contra el Estado capitalista: "Carlos Marx, al tratar de las lecciones de la Comuna de París, ya situó en primer plano con toda agudeza como la tarea de la clase obrera la cuestión de destruir el aparato estatal burgués". ¡Oh, desdichada cita! Porque lo que los socialdemócratas quieren, prescindiendo de Marx, es perfeccionar el Estado burgués, pero no destruirlo. Ellos no son comunistas, sino reformistas. A pesar de sus intenciones, Thaelmann prueba justamente lo que quería refutar: el carácter partidista de la "Acción Antifascista".

El dirigente oficial del Partido Comunista no comprende obviamente ni la situación ni el pensamiento político de los obreros socialdemócratas. No comprende para qué sirve el frente único. Con cada una de sus frases, da armas a los dirigentes reformistas y arroja hacia ellos a los obreros socialdemócratas.

La imposibilidad de toda clase de acción común con la socialdemocracia es demostrada por Thaelmann de la siguiente manera: "A este respecto, nosotros [?] debemos reconocer claramente que la socialdemocracia, aun cuando hoy remeda un simulacro de oposición, *en ningún momento* renunciará a sus proyectos de coalición ni a sus pactos con la burguesía fascista". Incluso si eso fuese cierto, seguiría siendo cuestión no obstante de demostrárselo a los obreros socialdemócratas a través de la experiencia.

Sin embargo, es esencialmente erróneo. Si los dirigentes socialdemócratas no quieren abandonar los pactos con la burguesía, la burguesía fascista, sin embargo, abandona sus pactos con la socialdemocracia. Y este hecho puede volverse decisivo para el destino de la socialdemocracia. En el paso del poder de Papen a Hitler, la burguesía no podrá de ningún modo perdonar a la socialdemocracia. La guerra civil tiene sus leyes. El reino del terror fascista sólo podrá significar el aniquilamiento de la socialdemocracia. Mussolini empezó precisamente por ahí, de manera que pudiera aplastar con el mayor desenfreno a los obreros revolucionarios. En todo caso, los "socialfascistas" aprecian su piel. La política comunista de frente único debe partir en la actualidad del interés de la socialdemocracia por su propio pellejo. Esa será la política más realista y, al mismo tiempo, la de consecuencias más revolucionarias.

Pero si la socialdemocracia no se separa "en ningún momento" de la burguesía fascista (aunque Matteoti "se separó" de Mussolini), ¿no tienen que abandonar su partido los obreros socialdemócratas que quieren formar parte de la "Acción Antifascista"? He ahí una pregunta. A ello Thaelmann responde: "Para nosotros, comunistas, es indudable que los obreros socialdemócratas o miembros del *Reichsbanner* pueden formar parte de la "Acción Antifascista" *sin* tener que abandonar su partido". Y para mostrarse libre de sectarismo, Thaelmann añade: "Si os incorporáis a millones, en un frente cerrado, os acogeremos con alegría, aunque todavía exista una falta de claridad en vuestras cabezas, según nuestra opinión, sobre ciertas cuestiones de la apreciación del Partido Socialdemócrata de Alemania". ¡Doradas palabras! Consideramos a vuestro partido como fascista, vosotros lo consideráis democrático, pero no discutamos sobre cuestiones insignificantes. Basta con que vengáis "a millones", sin abandonar vuestro partido fascista. "La falta de claridad sobre ciertas cuestiones" no puede constituir un obstáculo. Pero, ¡ay!, la falta de claridad en las cabezas de los burócratas todopoderosos es un obstáculo a cada momento.

Para profundizar en la cuestión, Thaelmann sigue diciendo: "Nosotros no planteamos la cuestión entre partidos, sino sobre una base de clase". Igual que Seydewitz, Thaelmann está dispuesto a renunciar a los intereses del partido en nombre de los intereses de la clase. La desgracia reside en que para un marxista no puede haber semejante contraste. Si su programa no fuese la formulación científica de los intereses de la clase obrera, el partido no valdría un céntimo.

Tan sólo que, junto al craso error de principio, las palabras de Thaelmann también contienen un absurdo práctico. ¿Cómo es posible no plantear la cuestión de las relaciones entre los partidos cuando es ahí precisamente donde reside la verdadera esencia de la cuestión? Millones de obreros siguen a la socialdemocracia. Otros millones, al Partido Comunista. A los

obreros socialdemócratas que preguntan como llegar en la actualidad a acciones comunes contra el fascismo entre *vuestro* partido y el *nuestro*, Thaelmann responde: "Sobre una base de clase, y no de partido" incorporaos a nosotros por millones. ¿No es ésta la más miserable ampulosidad?

"Nosotros, comunistas", sigue Thaelmann, "no queremos la unidad a cualquier precio". "No podemos, en interés de la unidad con la socialdemocracia, repudiar el contenido de clase de nuestra política... ni renunciar a las huelgas, a las luchas de los parados, a las acciones de los arrendatarios ni a la defensa revolucionaria de las masas". El acuerdo sobre acciones prácticas determinadas es mal interpretado como una absurda *unidad* con la socialdemocracia. De la necesidad del asalto revolucionario final del *mañana*, se deduce la inadmisibilidad en el presente de huelgas comunes o acciones de autodefensa. Quienquiera que pueda ver alguna rima o razón en las ideas de Thaelmann se merece un premio.

Los oyentes de Thaelmann insisten: "¿Es posible una alianza del KPD y el SPD en la lucha contra el gobierno Papen y contra el fascismo?" Thaelmann cita dos o tres hechos como evidencia de que la socialdemocracia no lucha contra el fascismo y concluye: "Todo camarada del SPD dirá que tenemos razón al decir que una alianza entre el KPD y el SPD es imposible sobre la base de esos hechos y también por razones de principio [!]". De nuevo el burócrata da por sentado lo que tendría que demostrar. El ultimatismo adquiere un carácter particularmente ridículo cuando Thaelmann responde a la pregunta sobre el frente único con organizaciones que abarcan a millones de obreros. Los socialdemócratas deben reconocer que es imposible un acuerdo con su partido porque es fascista. ¿Puede prestarse mejor servicio a Wels y Leipart?

"Nosotros, comunistas, que rechazamos todo acuerdo con los dirigentes del SPD ... afirmamos incansablemente que estamos dispuestos en cualquier momento a la lucha antifascista con los camaradas socialdemócratas y de la *Reichsbanner* verdaderamente combativos y con las organizaciones combativas de base [?]". ¿Dónde acaban las organizaciones de base? ¿Y qué hacer si las organizaciones de base se someten a la disciplina de las superiores y proponen que las negociaciones empiecen con éstas últimas? Por último, entre las organizaciones de base y las superiores hay niveles intermedios. ¿Puede predecirse por dónde pasará la línea divisoria entre quienes quieren luchar y quienes eluden la lucha? Esto sólo puede determinarse en la acción, y no con valoraciones a priori. ¿Qué sentido tiene atarse uno mismo de pies y manos?

En *Die Rote Fahne* del 29 de julio, en una información de un mitin de la *Reichsbanner*, se citan las notables palabras de un dirigente de sección socialdemócrata: "En las masas existe la voluntad de un frente único antifascista. Si los dirigentes dejan de tenerlo en cuenta, yo me uniré al frente único por

encima de sus cabezas". El periódico comunista reproduce estas palabras sin ningún comentario. Sin embargo, contiene la clave de toda la táctica del frente único. El socialdemócrata quiere luchar contra los fascistas junto a los comunistas. Pero ya duda sobre la buena voluntad de sus dirigentes. Si los dirigentes se niegan, dice, entonces pasaré por encima de sus cabezas. Pueden contarse por decenas, por centenares, por miles, por millones, los socialdemócratas que se encuentran en el mismo estado de ánimo. La tarea del Partido Comunista es mostrarles en realidad si los dirigentes socialdemócratas quieren luchar o no. Esto sólo puede demostrarse mediante la experiencia, una experiencia nueva, reciente, en una situación nueva. Esta experiencia no se adquirirá de golpe. Los dirigentes socialdemócratas tienen que ser sometidos a prueba: en la fábrica y el taller, en la ciudad y en el campo, en toda la nación, en el presente y en el futuro. Debemos de repetir nuestra propuesta, presentada de una forma nueva, desde un ángulo nuevo, adaptada a una situación nueva.

Pero Thaelmann no tiene nada de ello. Sobre la base de las "diferencias de principio cuya existencia hemos mostrado entre el KPD y el SPD, rechazamos las negociaciones en la cumbre con el SPD". Este quebradizo argumento es repetido por Thaelmann varias veces. Pero si no hubiese "antagonismos de principio" no habría dos partidos. Y si no hubieran dos partidos no se plantearía la cuestión del frente único. Thaelmann quiere demostrar mucho más. Menos, sería mejor.

¿No significa "una escisión de la clase obrera organizada" la fundación de la RGO?, preguntan los obreros. No, responde Thaelmann, y como prueba cita la carta de Engels de 1895 contra los filántropos estéticosentimentales. ¿Quién le está soplando a Thaelmann tan pérfidamente tales citas? La RGO se crea en el espíritu de la unidad, y no del cisma. Además, el obrero no abandona en ningún caso su organización sindical para unirse a la RGO. Por el contrario, sería mejor que los miembros de la RGO permaneciesen en los sindicatos para llevar allí dentro una labor de oposición. Las palabras de Thaelmann pueden sonar convincentes a los comunistas que se han fijado la tarea de luchar contra la dirección socialdemócrata. Pero como respuesta a los obreros socialdemócratas, preocupados por la unidad sindical, las palabras de Thaelmann suenan a burla.

"¿Por qué habéis abandonado nuestros sindicatos y habéis organizado los vuestros aparte?", preguntan los obreros socialdemócratas.

"Si queréis entrar en nuestra organización independiente para luchar contra la dirección socialdemócrata, no os exigimos que abandonéis los sindicatos" responde Thaelmann. Una respuesta apropiada ¡justo en el clavo!

"¿Hay democracia en el seno del KPD?", preguntan los obreros, pasando a otro tema. Thaelmann responde afirmativamente. ¡Por completo! Pero de inmediato añade inesperadamente: "En la legalidad igual que en la ile-

galidad, y más especialmente en esta última, el partido debe estar alerta contra espías, provocadores y agentes de la policía". Esta interpolación no es accidental. La última doctrina, pregonada por todo el mundo en el folleto de un misterioso Büchner, justifica la estrangulación de la democracia en interés de la lucha contra los espías. Quienquiera que proteste contra la autocracia de la burocracia estalinista debe ser tenido al menos como sospechoso. Los agentes de policía y provocadores de todos los países se alborozan de entusiasmo con esta teoría. Ellos soltarán los perros contra los oposicionistas con más escándalo que nadie: esto distraerá la atención de ellos mismos y les permitirá pescar en aguas revueltas.

El florecimiento de la democracia también se demuestra, según Thaelmann, por el hecho de que "los problemas se tratan en los congresos mundiales y las conferencias del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista". El orador se olvida de decir cuándo tuvo lugar el último congreso mundial. Se lo recordaremos: en julio de 1928, ¡hace mas de cuatro años! En apariencia, ninguna cuestión notable ha surgido desde entonces. ¿Por qué, preguntamos de pasada, no convoca el mismo Thaelmann un congreso extraordinario del partido alemán para las cuestiones de las que depende el destino del proletariado alemán? Ciertamente, no por un exceso de democracia partidaria.

Y así se suceden las páginas. Thaelmann responde a veintiuna preguntas. Cada respuesta, un error. En suma veintiún errores, sin contar los pequeños y secundarios. Y son numerosos.

Thaelmann cuenta que los bolcheviques rompieron con los mencheviques en 1903. En realidad, la escisión tuvo lugar en 1912. Pero incluso eso no impidió que la Revolución de Febrero de 1917 uniese las organizaciones bolcheviques y mencheviques en una gran parte del país. Aún a comienzos de abril, Stalin se declaró a favor de la unificación de los bolcheviques con el partido de Tseretelli *¡no del frente único, sino de la fusión de los partidos!* Sólo la llegada de Lenin lo impidió.

Thaelmann dice que los bolcheviques disolvieron la Asamblea Constituyente en 1917. En realidad, ocurrió a comienzos de 1918. Thaelmann no está de ningún modo familiarizado con la historia de la revolución rusa y del partido bolchevique.

Aún peor, sin embargo, es el hecho de que no comprende las bases de la táctica bolchevique. En sus artículos "teóricos", se atreve incluso a discutir el hecho de que los bolcheviques concluyesen un acuerdo con los mencheviques y socialistas-revolucionarios contra Kornílov. Como prueba, aporta citas metidas bajo su puerta por no se sabe quién, que no tienen nada que ver con el asunto. Pero se olvida de responder las cuestiones: ¿Hubo comités de defensa popular por todo el país durante el *putsch* de Kornílov? ¿Dirigieron ellos la lucha contra Kornílov? ¿Pertenecieron a esos

comités los representantes de los bolcheviques, mencheviques y socialistas-revolucionarios? Sí, sí, sí. ¿Estaban en esa época los mencheviques y socialistas-revolucionarios en el poder? ¿Persiguieron a los bolcheviques como agentes del estado mayor alemán? ¿Se encarceló a millares de bolcheviques? ¿Se ocultó Lenin en la ilegalidad? Sí, sí, sí. ¿Qué citas pueden refutar estos hechos históricos?

Que Thaelmann recorra a su gusto a Manuilski, Lozovsky y a Stalin mismo (si es que abre la boca). Pero que deje en paz el leninismo y la historia de la Revolución Rusa: para él son libros cerrados con siete candados.

En conclusión, hay que poner de relieve otra cuestión todavía, importante por sí misma: se refiere a Versalles. Los obreros socialdemócratas preguntan si el Partido Comunista no está haciendo concesiones políticas al nacionalsocialismo. En su respuesta, Thaelmann sigue defendiendo la consigna de "emancipación nacional" y la sitúa al mismo nivel que la consigna de emancipación social. Las reparaciones —lo que ahora queda de ellas— son igual de importantes para Thaelmann que la propiedad privada de los medios de producción. Se podría decir que esta política fue ingeniada únicamente para distraer la atención de los obreros del problema fundamental, para debilitar el enfrentamiento con el capitalismo y para empujarlos a buscar al enemigo principal y al causante de su miseria al otro lado de la frontera. Sin embargo, ahora más que nunca anteriormente, "¡el enemigo principal está en el propio país!" Schleicher expresó esta idea todavía más ordinariamente: antes que nada, declaró por la radio el 26 de julio, debemos de "¡acabar con los cerdos en el interior!" Esta fórmula de soldado es excelente. La recogemos gustosamente. Todo comunista debe hacerla suya constantemente. Aun cuando los nazis distraen la atención hacia Versalles, los obreros comunistas deben replicarles con las palabras de Schleicher: no, antes que nada ¡debemos de acabar con los cerdos en el interior!

LA CONFRONTACIÓN DE LA POLÍTICA DE STALIN-THAELMANN CON SU PROPIA EXPERIENCIA

La táctica se pone a prueba en los momentos más críticos y cruciales. La fuerza del bolchevismo residió en que sus consignas y métodos encontraron su máxima confirmación en el momento en que el curso de los acontecimientos exigió decisiones audaces. ¿Qué valor tienen los principios a los que se tiene que renunciar tan pronto como la situación adquiere un carácter grave?

La política realista se basa en el desarrollo natural de la lucha de clases. La política sectaria se esfuerza por dictar reglas artificiales a la lucha de clases. La situación revolucionaria significa la máxima acentuación de la lucha

de clases. Precisamente por eso, la política realista del marxismo, en la situación revolucionaria, ejerce una poderosa fuerza de atracción sobre las masas. La política sectaria, por el contrario, se vuelve tanto más débil cuanto más vigoroso es el impulso de los acontecimientos. Los blanquistas y proudhonistas, tomados por sorpresa por los sucesos de la Comuna de París, hicieron lo contrario de lo que habían predicado incesantemente. Durante la Revolución Rusa, los anarquistas se vieron obligados a reconocer a los sóviets es decir, los órganos de poder. Y así indefinidamente.

La Comintern se apoya en las masas ganadas en el pasado por el marxismo y fundidas por la autoridad de la Revolución de Octubre. Pero la política de la fracción de Stalin, actualmente dirigente, pretende gobernar la lucha de clases, en lugar de darle una expresión política. Éste es el rasgo esencial del *burocratismo*, y en esto coincide con el sectarismo, del que se distingue claramente en otros aspectos. Gracias al potente aparato, a los medios materiales del Estado soviético y a la autoridad de la Revolución de Octubre, la burocracia ha podido, en períodos relativamente tranquilos, imponer por algún tiempo trabas artificiales a la vanguardia proletaria. Pero en la medida en que la lucha de clases se condensa en guerra civil, las prescripciones burocráticas chocan crecientemente con la realidad inexorable. Enfrentada a los virajes bruscos de la situación, la burocracia orgullosa y engreída cae fácilmente en la confusión. Si no puede gobernar, capitula. La política del Comité Central de Thaelmann durante los últimos meses se estudiará algún día como modelo de la estupidez más lastimosa y miserable.

Desde que el "tercer período" ha sido considerado inviolable, no puede hablarse de acuerdos con la socialdemocracia. No sólo era inadmisible tomar la iniciativa del frente único, como habían enseñando el II y III Congreso Mundial, sino que incluso tenían que rechazarse las propuestas de acciones comunes que proviniesen de la socialdemocracia. Los dirigentes reformistas están "suficientemente desenmascarados". La experiencia del pasado basta. En lugar de dedicarse a la política, hay que enseñar historia a las masas. Dirigir propuestas a los reformistas significa creerles capaces de luchar. Eso solo seria socialfascismo, etc. Tal era la salmodia ensordecedora del organillo ultraizquierdista durante los últimos tres o cuatro años. Pero poco después, en el *Landtag* prusiano, la fracción comunista proponía el 22 de junio, para sorpresa de todo el mundo y de ellos mismos, un acuerdo con la socialdemocracia e incluso con el Centro. Lo mismo se repitió en Hesse. Frente al peligro de que la presidencia del *Landtag* pudiese caer en manos de los nazis, todos los principios sacrosantos fueron enviados al diablo. ¿No es esto pasmoso? ¿Y no es humillante?

Explicar estas cabriolas, sin embargo, no es tan difícil. Como se sabe, muchos liberales y radicales superficiales pasan su vida burlándose de la religión y de los poderes celestiales sólo para llamar al cura cuando se en-

frentan a la muerte o a una enfermedad grave. Lo mismo ocurre en política. La evidencia del centrismo es el oportunismo. Bajo la influencia de circunstancias externas (tradición, presión de masas, competencia política) el centrismo se ve impelido a veces a hacer alarde de radicalismo. Para ello debe sobreponerse a sí mismo, violar su naturaleza política. Estimulándose con toda su fuerza, para con frecuencia en el límite extremo del radicalismo formal. Pero apenas tropieza con un peligro serio, la verdadera naturaleza del centrismo sale a la superficie. En una cuestión tan delicada como la defensa de la Unión Soviética, la burocracia estalinista siempre se basa mucho más en los radicales franceses que en el movimiento revolucionario del proletariado. No bien aparece un peligro exterior, los estalinistas sacrifican presurosamente no sólo sus frases ultraizquierdistas, sino también los intereses vitales de la revolución internacional, en nombre de la amistad con "amigos" tan inciertos y falsos como abogados, escritores y simples héroes de salón. ¿Frente único por arriba? ¡Bajo ninguna circunstancia! Al mismo tiempo, sin embargo, el Alto Comisario para Asuntos Turbios, de nombre Münzenberg, estira los faldones de toda clase de charlatanes liberales y de escritorzuelos radicales "para la defensa de la URSS".

La burocracia estalinista de Alemania, como la de cualquier otro país —excepto de la Unión Soviética—, está extremadamente insatisfecha con la comprometedora dirección de Barbusse en el asunto del Congreso contra la Guerra. En este terreno, Thaelmann, Foster y demás prefieren ser radicales. Sin embargo, en sus propios asuntos nacionales, cada uno de ellos actúa según el mismo modelo que las autoridades de Moscú: ante la proximidad de un peligro serio, abandonan su radicalismo pomposo y falsario para revelar su naturaleza auténtica, es decir, su naturaleza oportunista.

¿Era inadmisible y falsa, la iniciativa de la fracción comunista del *Landtag* como tal? No lo creemos. Los bolcheviques propusieron más de una vez a los mencheviques y socialistas-revolucionarios en 1917: "Tomad el poder, os apoyaremos contra la burguesía si ofrece resistencia". Los compromisos son admisibles y, bajo ciertas condiciones, obligatorios. Toda la cuestión reside en cuál sea el objetivo a que servirá, el compromiso cómo lo considerarán las masas; cuáles son sus limites. Reducir el compromiso al *Landtag* o al *Reichstag*, considerar como un objetivo independiente el que sea presidente un socialdemócrata o un demócrata católico en lugar de un fascista, significa sumirse por completo en el cretinismo parlamentario. La situación es totalmente diferente cuando el partido se fija la tarea de una lucha planificada y sistemática para ganarse a los obreros socialdemócratas sobre la base de la política de frente único. Un acuerdo parlamentario contra el predominio fascista en la presidencia, etc., constituiría en este caso tan sólo una parte integrante del acuerdo de lucha extraparlamentario contra el fascismo. Naturalmente, el Partido Comunista preferiría resolver toda la cuestión de

golpe al margen del parlamento. Pero las preferencias solas no bastan cuando se carece de fuerzas. Los obreros socialdemócratas han demostrado su confianza en el poder mágico del voto del 31 de julio. Debemos partir de este hecho. Los errores anteriores del Partido Comunista (referéndum prusiano, etc.) facilitaron extraordinariamente el sabotaje del frente único realizado por los dirigentes reformistas. Un acuerdo técnico parlamentario —o incluso la sola propuesta de un acuerdo semejante— debe ayudar a liberar al Partido Comunista de la acusación de que está colaborando con los fascistas contra la socialdemocracia. Esta no es una acción independiente, sino tan sólo la clarificación del camino para un acuerdo de lucha o al menos para luchar por un acuerdo de lucha de las organizaciones de masas.

La diferencia entre las dos líneas es absolutamente evidente. La lucha conjunta con las organizaciones socialdemócratas puede y debe, en su desarrollo, adoptar un carácter revolucionario. La posibilidad de un acercamiento a las masas socialdemócratas puede y debe considerarse al precio, bajo ciertas condiciones, incluso de acuerdos parlamentarios en la cumbre. Pero para un bolchevique, éste es tan sólo el *precio de entrada*. La burocracia estalinista actúa de manera opuesta: no sólo rechaza los acuerdos de lucha, sino todavía peor, desbarata maliciosamente todo acuerdo que surja de la base. Al mismo tiempo, propone a los diputados socialdemócratas un acuerdo parlamentario. Esto significa que en el momento de peligro reconoce como inútil su propia teoría y práctica ultraizquierdista; sin embargo, no la sustituye por la política del marxismo revolucionario, sino por una combinación parlamentaria sin principios en el espíritu del "mal menor".

Se nos responderá, claro está, que los episodios prusiano y hessiano fueron un error de los diputados, corregido por el Comité Central. En primer lugar, una decisión tan importante en principio no debía haberse tornado sin contar con el Comité Central: el error recae igualmente y por completo sobre éste; en segundo lugar: ¿cómo explicar que la política "bolchevique", "de acero", "consecuente", después de meses de fanfarronerías y estridencias, de difamaciones y expulsiones, da paso de pronto en el momento critico a un error" oportunista?

Pero la cuestión no se limita al *Landtag*. Thaelmann-Remmele han renegado por completo, ellos y su escuela, sobre una cuestión mucho más importante y decisiva. La víspera del 20 de julio, el Comité Central del Partido Comunista adoptaba la siguiente decisión:

"El Partido Comunista pregunta públicamente, ante el proletariado, si el SPD, el ADGB y el Afa-Bund están dispuestos a llevar adelante, junto con el Partido Comunista, una huelga general por las reivindicaciones proletarias".

Esta decisión, tan importante e inesperada, fue hecha pública por el Comité Central en su carta circular del 26 de julio sin ningún comentario. ¿Puede emitirse un juicio más anonadador sobre toda su política preceden-

te? El acercamiento a las cumbres reformistas con la propuesta de acciones conjuntas era considerado ayer tan sólo como socialfascista y contrarrevolucionario. A causa de esto se expulsó a comunistas. Sobre esta base, se llevó la lucha contra el "trotskismo". ¿Cómo pudo el Comité Central entonces, de repente, de manera fulminante, la víspera del 20 de julio, inclinarse ante lo que el día anterior había proscrito? ¡Y a qué trágica situación ha llevado la burocracia al partido cuando el Comité Central puede atreverse a presentarse ante él con su asombrosa decisión sin explicarla ni justificarla!

La política se pone a prueba en tales virajes. El Comité Central del Partido Comunista alemán demostró en realidad al mundo entero la víspera del 20 de julio: "*Hasta este momento, nuestra política no ha valido para nada*". Una concesión involuntaria, pero totalmente correcta. Desgraciadamente, incluso la propuesta del 20 de julio, que echaba por tierra la política anterior, no podía dar en ningún caso un resultado positivo. Un llamamiento a las cumbres —independientemente de su respuesta— sólo puede tener significación revolucionaria cuando ha sido previamente preparado desde la base, es decir cuando se basa en la totalidad de su política. Pero la burocracia estalinista repetía día a día a los obreros socialdemócratas: "Nosotros, los comunistas, rechazamos cualquier conexión con los dirigentes del SPID" (ver las respuestas de Thaelmann en el apartado anterior). La propuesta improvisada, inesperada e inmotivada del 20 de julio sólo sirvió para desenmascarar a la dirección comunista, revelando su inconsecuencia, su falta de seriedad, su inclinación al pánico y a los sobresaltos aventureristas.

La política de la burocracia centrista ayuda a cada paso a sus adversarios. Incluso cuando la poderosa presión de los acontecimientos empuja a cientos de miles de nuevos obreros bajo la bandera del comunismo, ello tiene lugar a pesar de la política de Stalin-Thaelmann. Precisamente Por ello, el futuro del partido no está en forma alguna garantizado.

LO QUE SE DICE EN PRAGA SOBRE EL FRENTE ÚNICO

"Cuando la Internacional Comunista constituyó un frente único con los dirigentes socialdemócratas en 1926", escribía el órgano central del Partido Comunista checoslovaco, *Rude Pravo*, el 27 de febrero de 1932, al parecer en nombre de un corresponsal obrero "desde el trabajo", "lo hizo para desenmascararlos ante las masas de seguidores, y en esa época Trotsky se opuso ferozmente. Ahora, cuando la socialdemocracia se ha desacreditado por sus incontables traiciones a las luchas obreras, Trotsky propone el frente único con sus dirigentes... Trotsky está hoy contra el Comité Anglo-Ruso de 1926, pero a favor de cualquier clase de comité anglo-ruso de 1932".

Estas líneas nos llevan derecho al meollo de la cuestión. En 1926, la Comintern pretendía "desenmascarar" a los dirigentes reformistas con la ayuda de la política de frente único, y eso era correcto. Pero desde entonces, la socialdemocracia se ha "desacreditado". ¿Ante quién? Todavía tiene más seguidores que el Partido Comunista. Esto es lamentable, pero cierto. De esta forma, el problema de desenmascarar a los dirigentes reformistas sigue sin resolverse. Si el método del frente único era bueno en 1926, ¿por qué tenía que ser malo en 1932?

"Trotsky está a favor de un comité anglo-ruso de 1932, contra el Comité Anglo-ruso de 1926". En 1926, el frente único se concluyó solamente en la cumbre, entre los dirigentes de los sindicatos soviéticos y los sindicalistas británicos, no en nombre de acciones prácticas precisas de las masas separadas mutuamente por fronteras estatales y condiciones sociales, sino sobre la base de una "plataforma" amistosamente diplomática y de carácter evasivo-pacifista. Durante la huelga minera, y posteriormente la huelga general, el Comité Anglo-Ruso no pudo ni siquiera reunirse puesto que los "aliados" tiraban en direcciones opuestas: los sindicatos soviéticos hicieron lo posible por ayudar a los huelguistas, los sindicalistas británicos pretendían romper la huelga. Las sustanciales aportaciones recogidas por los obreros rusos fueron rechazadas por el consejo general como "el maldito oro ruso". Sólo después de que la huelga hubiera sido finalmente traicionada y rota, el Comité Anglo-Ruso se reunió de nuevo para celebrar un banquete e intercambiar vulgaridades. De esta forma, la política del Comité Anglo-ruso sirvió para ocultar a los rompehuelgas reformistas ante las masas obreras.

En el momento actual, hablamos de algo completamente distinto. En Alemania, los obreros socialdemócratas y comunistas están en la misma situación, ante el mismo peligro. Están mezclados en las fábricas, en los sindicatos, en los registros de desempleo, etc., No es cuestión ahora de una "plataforma" verbal de los dirigentes, sino de tareas absolutamente concretas pensadas para arrastrar a las organizaciones de masas directamente a la lucha.

La política de frente único a escala nacional es diez veces más difícil que a escala local. La política de frente único a escala internacional es cien veces más difícil que a escala nacional. Unirse con los reformistas británicos sobre una consigna tan general como la "defensa de la URSS", o la "defensa de la Revolución China" es como escribir con humo sobre las nubes. En Alemania, por el contrario, existe el peligro inmediato de destrucción de las organizaciones obreras, incluidas las socialdemócratas. Esperar que la socialdemocracia luche por la defensa de la Unión Soviética contra la burguesía alemana sería ilusorio. Sin embargo, podemos esperar ciertamente que la socialdemocracia luche por la defensa de sus mandatos, de sus reuniones, periódicos, erarios, y, por último, de su propia cabeza.

Sin embargo, incluso en Alemania no defendemos de ninguna forma una actitud fetichista hacia el frente único. Un acuerdo es un acuerdo. Dura en tanto sirve al fin para el que se concluyó. Si los reformistas empiezan a frenar o a sabotear el movimiento, los comunistas deben de plantearles siempre: ¿no es ya momento de romper el acuerdo y conducir a las masas bajo nuestra propia bandera? Semejante política no es fácil. ¿Pero quién ha dicho que llevar al proletariado a la victoria sea una tarea sencilla? Al contraponer el año 1926 al año 1932 *Rude Pravo* ha demostrado tan sólo su incomprensión tanto de lo que pasó hace seis años como de lo que pasa actualmente.

El "corresponsal obrero" de un trabajo imaginario también vuelve su atención hacia el ejemplo que di sobre el acuerdo de los bolcheviques con los mencheviques y los socialistas revolucionarios. "En toda esa época", escribe, "Kerensky luchó realmente durante un cierto tiempo contra Kornílov y, al mismo tiempo, ayudó al proletariado a aplastar a Kornílov. Que en la actualidad la socialdemocracia alemana no lucha contra el fascismo es evidente hasta para un bebé".

Thaelmann, que en modo alguno parece un "bebé", sostiene que nunca existió un acuerdo de los bolcheviques rusos con los mencheviques y socialistas revolucionarios. *Rude Pravo*, como vemos, sigue un camino diferente. No niega el acuerdo. Pero según su concepción, el acuerdo estaba justificado porque Kerensky luchó realmente contra Kornílov, a diferencia de la socialdemocracia, que prepara el camino del fascismo hacia el poder. La idealización de Kerensky es aquí completamente asombrosa. ¿Cuándo empezó Kerensky a luchar contra Kornílov? En el momento mismo en que blandía su sable cosaco sobre la cabeza del propio Kerensky, la víspera del 26 de agosto de 1917. El día anterior, Kerensky todavía conspiraba con Kornílov con el fin de aplastar conjuntamente a los obreros y soldados de Petrogrado. Si Kerensky empezó a "luchar" contra Kornílov o, más correctamente, a no ofrecer resistencia durante cierto tiempo a la lucha contra Kornílov, fue solamente porque los bolcheviques no le dejaron otra alternativa. Que Kornílov y Kerensky, ambos conspiradores, rompieran entre sí y entraran en conflicto abierto, fue hasta cierto punto una sorpresa. Que el fascismo alemán y la socialdemocracia entrarían en colisión podía y tenía que preverse tan sólo sobre la base de las experiencias italiana y polaca. ¿Por qué podía concluirse un acuerdo con Kerensky contra Kornílov y ahora se prohíbe predicar, luchar por, defender y preparar un acuerdo con las organizaciones socialdemócratas de masas? ¿Por qué tienen que ser desbaratados tales acuerdos allí donde se han iniciado? Así es, sin embargo, cómo actúan precisamente Thaelmann y Cía.

Rude Pravo salta ferozmente sobre mis palabras de que un acuerdo sobre acciones de lucha puede realizarse con el diabio, con su abuela e incluso con

Noske y Grzesinsky. "Mirad, obreros comunistas", escribe el periódico, "tenéis que llegar a un acuerdo con Grzesinsky, que ha fusilado a tantos de vuestros camaradas de combate. Para él, llegar a un acuerdo es luchar con vosotros contra los fascistas, con quienes él conversa amistosamente en los banquetes y en los consejos de dirección de bancos y fábricas". Toda la cuestión se desplaza aquí al plano de un sentimentalismo espurio. Semejante objeción es digna de una anarquista, de un viejo socialista revolucionario de izquierda ruso, de un "pacifista revolucionario" o del mismo Münzenberg. En ello no hay ni un viso de marxismo.

Ante todo: ¿es correcto que Grzesinsky es un verdugo obrero? Totalmente correcto. Pero ¿no era Kerensky un verdugo de los obreros y campesinos en mucha mayor medida que Grzesinsky? Sin embargo, *Rude Pravo* da su beneplácito después al acuerdo práctico de Kerensky.

Apoyar al verdugo en cualquier acción dirigida contra los obreros es un crimen, cuando no una traición: en eso consistió precisamente la alianza de Stalin con Chiang Kai-chek. Pero si este mismo verdugo se encontrase mañana metido en una guerra con los imperialistas japoneses, entonces los acuerdos prácticos de lucha de los obreros chinos con el verdugo Chiang Kai-chek serían completamente tolerables e incluso obligatorios.

¿Conversa amistosamente Grzesinsky en los banquetes con los fascistas? No lo sé, pero estoy totalmente dispuesto a asegurarlo. Sin embargo, Grzesinsky tuvo que entrar posteriormente en la cárcel de Berlín, no en nombre del socialismo, cierto, sino sólo porque era reacio a ceder su cálido escaño a los bonapartistas y fascistas. Si el Partido Comunista hubiese declarado francamente hace un año al menos: estamos dispuestos a luchar conjuntamente incluso con Grzesinsky contra los asesinos fascistas; si hubiese conferido a esta fórmula un carácter de lucha, si lo hubiese desarrollado en discursos y artículos, si lo hubiese hecho penetrar hasta las profundidades de las masas, Grzesinsky hubiera sido incapaz de defender ante las masas su capitulación de julio refiriéndose al sabotaje del Partido Comunista. Habría tenido que ya sea avanzar este o aquel paso activo, ya sea desenmascararse definitivamente a los ojos de sus propios obreros. ¿No está claro?

Podemos tener por seguro que incluso si Grzesinsky fuese arrastrado a la lucha por la lógica de la situación y la presión de las masas, sería un aliado extremadamente inseguro, completamente infiel. Su idea fundamental seria pasar lo más pronto posible de la lucha o semilucha a un acuerdo con los capitalistas. Pero una vez puestas en movimiento las masas, incluso las masas socialdemócratas, no se detienen como sus jefes-policía ultrajados. El acercamiento de los obreros socialdemócratas y comunistas en el proceso de la lucha ofrecería a los dirigentes del Partido Comunista una posibilidad mucho mayor de influenciar a los obreros socialdemócratas, espe-

cialmente frente al peligro común. Y ése es precisamente el objetivo final del frente único.

Reducir toda la política del proletariado a acuerdos con las organizaciones reformistas o, aún peor, a la consigna abstracta de "unidad" es algo que sólo pueden hacer los centristas pusilánimes del tipo del SAP. Para los marxistas, la política de frente único es solamente uno de los métodos en el transcurso de la lucha de clases. Bajo ciertas condiciones, este método se vuelve completamente inútil; sería absurdo querer concluir un acuerdo con los reformistas para realizar el levantamiento socialista. Pero existen condiciones bajo las cuales el rechazo del frente único puede hundir al partido revolucionario durante las décadas siguientes. Ésa es la situación en Alemania en el momento actual.

La política del frente único a escala internacional, como hemos dicho antes, se enfrenta incluso a más dificultades y peligros, puesto que en ella la formulación de las tareas prácticas y la organización del control por las masas es más difícil. Es así sobre todo en la cuestión de la lucha contra la guerra. Las perspectivas de acciones comunes son aquí mucho más escasas, las posibilidades de escapatoria y de fraude, mucho mayores. Desde luego que por esto no afirmamos que en este terreno el frente único esté excluido. Por el contrario, exigimos que la Comintern se dirija de inmediato y directamente a la Segunda Internacional y a la Internacional de Amsterdam con la propuesta de un congreso conjunto contra la guerra. Sería puesta tarea de la Comintern el elaborar los compromisos más concretos posibles, aplicables a diversos países y a circunstancias diferentes. Si la socialdemocracia se viera obligada a convenir con semejante congreso, el problema de la guerra, con una política correcta por nuestra parte, penetraría en sus filas como una cuña afilada.

La primera premisa para esto: la máxima claridad, tanto política como organizativa. Se trata de un acuerdo de organizaciones proletarias con millones de miembros, que aún hoy están divididas por profundos antagonismos de principio. ¡Nada de intermediarios ambiguos, nada de disfraces diplomáticos ni de fórmulas pacifistas vacías!

La Comintern, sin embargo, halló más adecuado también esta vez actuar contra el abecé del marxismo: aún cuando se negaba a entrar en negociaciones abiertas con las internacionales reformistas, iniciaba negociaciones tras bastidores con Friedrich Adler por intermedio... del señor escritor pacifista y excepcionalmente confuso, Henri Barbusse. Como resultado de esta política, Barbusse se reunió en Amsterdam con organizaciones y grupos criptocomunistas, "próximos" o "simpatizantes", con los mansos pacifistas de todos los países. Entre éstos, los más honestos y sinceros —y son una minoría— pueden decir de sí mismos: "Yo y mi confusión". ¿Quién necesitaba esta mascarada, esta feria de engreimiento in-

telectualista, esta münzenberguería, que convierte en franqueza la charlatanería política[2]?

Pero volvamos a Praga. Cinco meses después de la aparición del artículo del que tratábamos antes, el mismo periódico publicó un artículo de uno de los dirigentes del partido, Klement Gottwald, que tiene el carácter de un llamamiento a los obreros checoslovacos de las diferentes tendencias para realizar acuerdos de lucha. El peligro fascista amenaza toda Europa central: la embestida de la reacción sólo puede ser rechazada mediante la unidad del proletariado; no debe perderse tiempo; faltan ya "cinco minutos para la hora". El llamamiento está escrito muy apasionadamente. En vano, no obstante, Gottwald jura, siguiendo a Seydewitz y a Thaelmann, que no defiende los intereses del partido, sino los intereses de la clase: semejante oposición es indecorosa en boca de un marxista. Gottwald estigmatiza el sabotaje de los dirigentes socialdemócratas. No es preciso decir que en esto la verdad está completamente de su lado. Desgraciadamente, el autor no dice nada claro sobre la política del Comité Central del Partido Comunista alemán: evidentemente no está dispuesto a defenderla, pero todavía no se atreve a criticarla. El mismo Gottwald, sin embargo, aborda la cuestión más difícil, no resueltamente, es cierto, pero si bastante correctamente. Después de haber llamado a los obreros de las diversas tendencias a llegar a un acuerdo en las fábricas, Gottwald escribe: "Muchos de vosotros diréis tal vez: unios "en la "cumbre", nosotros, en la "base", nos uniremos más fácilmente". "Nosotros creemos", prosigue el autor, "que lo más importante para los obreros es llegar a un acuerdo "por la base". Y respecto a los dirigentes: ya hemos dicho que nos asociamos incluso con el diablo sólo si es para ir contra los gobernantes y en interés de los obreros. Y os lo decimos abiertamente: si vuestros dirigentes abandonan su alianza con la burguesía aunque sea por un solo instante, si actúan efectivamente contra los gobernantes aunque sólo sea en una cuestión, les daremos la bienvenida y los apoyaremos en eso".

Aquí está dicho casi todo lo necesario, y casi en la forma en que debía de decirse. Gottwald no olvida citar ni al diablo, cuyo nombre publicó el consejo de redacción de *Rude Pravo* cinco meses antes con una indignación religiosa. En realidad, Gottwald omitió a la abuela del diablo. Que Dios esté con ella; en consideración al frente único, estamos dispuestos a sacrificarla. Quizá Gottwald estaría dispuesto, por su parte, a consolar a la vieja señora,

2. El hecho de que los brandlerianos (ver el *Tribune* de Stuttgart del 27 de agosto) se separen de nosotros minuciosamente en esta cuestión también, y apoyen la mascarada de Stalin, Manuilski, Lozovsky, Münzenberg, nos sorprende a nosotros menos que a nadie. Después de proporcionar el modelo de su política de frente único en Sajonia en 1923, Brandler-Thalheimer apoyaron en adelante la política estalinista hacia el Kuomintang y el Comité Anglo-Ruso. ¿Cómo pueden perderse la oportunidad de alistarse bajo la bandera de Barbusse? Si no lo hicieran, su fisonomía política no estaría completa. (N. A.)

poniendo a su disposición el articulo de *Rude Pravo* del 27 de febrero, junto con el tintero del "corresponsal obrero".

Las consideraciones políticas de Gottwald, esperamos, son aplicables no sólo a Checoslovaquia, sino también a Alemania. Y eso es justamente lo que tenía que haber dicho. Por otra parte, la dirección del partido no puede limitarse, ni en Berlín ni en Praga, a la simple declaración de su disposición al frente único con la socialdemocracia, sino que debe demostrar su disposición en los hechos, activamente, a la manera bolchevique, por medio de propuestas y acciones prácticas totalmente precisas. Eso es lo que nosotros pedimos.

El artículo de Gottwald, gracias a su tono realista, y no ultimatista, halló eco al instante entre los obreros socialdemócratas. El 31 de julio, apareció en *Rude Pravo*, entre otras, una carta de un tipógrafo en paro que había vuelto hacía poco de visitar Alemania. La carta lleva la señal de un obrero demócrata, aquejado de los prejuicios del reformismo. Lo más importante, sin embargo, es prestar atención a cómo se refleja la política del Partido Comunista alemán en su conciencia. "Cuando en la primavera del año pasado", así escribe el tipógrafo, "el camarada Breitscheid dirigió un llamamiento al Partido Comunista para iniciar acciones conjuntas con la socialdemocracia, provocó en *Die Rote Fahne* una verdadera tormenta de indignación". De esta forma, los obreros socialdemócratas se decían: "Ahora sabemos lo serias que son las intenciones de los comunistas sobre el frente único".

He aquí la auténtica voz de un obrero. Una voz así ayuda mas a solucionar la cuestión que docenas de artículos de plumíferos sin principios. De hecho, Breitscheid no proponía ningún frente único. Tan sólo amedrentaba a la burguesía con la posibilidad de acciones conjuntas con los comunistas. Si el Comité Central del Partido Comunista hubiese planteado rápida y correctamente la cuestión en el filo de la navaja, la dirección del partido socialdemócratas se habría visto empujada a una posición difícil. Pero el Comité Central del Partido Comunista se apresuró, como siempre, a ponerse a sí mismo en una posición difícil.

En el folleto "¿Y ahora?" escribí sobre el discurso de Breitscheid: "¿No es de sí evidente que la propuesta equívoca y diplomática de Breitscheid tenía que haberse agarrado con ambas manos; y que teníamos que haber presentado por nuestra parte un programa práctico, concreto, cuidadosamente detallado para la lucha contra el fascismo; y que teníamos que haber exigido reuniones conjuntas de las ejecutivas de los dos partidos con la participación de las ejecutivas de los Sindicatos Libres? Al mismo tiempo, se tenía que haber difundido enérgicamente este mismo programa entre todas las capas de ambos partidos y de las masas".

Menospreciando el globo sonda de los dirigentes reformistas, el Comité Central del Partido Comunista convirtió, en la mente de los obreros, la afirmación ambigua de Breitscheid en una propuesta directa de frente único y empujó

a los obreros socialdemócratas a la conclusión: "Nuestra gente quiere acciones conjuntas, pero los comunistas las están saboteando". ¿Se puede imaginar una política más estúpida e inadecuada? ¿Se podía favorecer mejor la maniobra de Breitscheid? La carta del tipógrafo de Praga demuestra con notable claridad que, con la ayuda de Thaelman, Breitscheid alcanzó plenamente su objetivo.

Rude Pravo se esfuerza por ver una contradicción y confusión en el hecho de que en un caso rechacemos un acuerdo, y en otro lo admitamos y consideremos necesario decidir de nuevo cada vez el alcance, las consignas y los métodos del acuerdo. *Rude Pravo* no entiende que en política, como en todos los otros campos serios, hay que saber bien qué, cuándo, dónde y cómo. Y tampoco puede perjudicar el saber por qué.

En *La Internacional Comunista después de Lenin*, escrita hace cuatro años, apuntábamos algunas reglas elementales de la política de frente único. Consideramos que merece la pena recordarlas aquí:

"La posibilidad de traicionar está siempre presente en el reformismo. Pero esto no quiere decir que el reformismo y la traición sean lo mismo en todo momento. No del todo. Se puede llegar a acuerdos temporales con los reformistas siempre que signifiquen un paso adelante. Pero mantener un bloque con ellos, cuando, aterrorizados por el desarrollo de un movimiento, lo traicionan, equivale a una tolerancia criminal para con los traidores y a encubrir la traición.

"La regla más importante, la mejor y más inalterable que hay que aplicar en cualquier maniobra es la siguiente: nunca te arriesgues a fusionar, a mezclar o a cambiar a la organización de tu propio partido con la de otro, por muy "amistosa" que sea en la actualidad. No dar nunca pasos que conduzcan directa o indirectamente, abierta o encubiertamente a la subordinación de tu partido ante otros partidos, o ante las organizaciones de otras clases, o constriña la libertad de agitación de tu propio partido, o te responsabilicen, aunque sólo sea parcialmente, de la línea política de otros partidos. Nunca mezcles las banderas, y menos aún te arrodilles ante otra bandera".

Hoy, después de la experiencia del congreso de Barbusse, añadiríamos todavía una regla:

"Los acuerdos sólo deben lograrse abiertamente, a los ojos de las masas, de partido a partido, de organización a organización. No recurras a intermediarios equívocos. No vendas engañosamente los asuntos diplomáticos con pacifistas burgueses como un frente único proletario".

LA LUCHA DE CLASES A LA LUZ DE LA COYUNTURA

Si hemos exigido insistentemente que se distinga entre fascismo y bonapartismo no ha sido por pedantería teórica. Los nombres se emplean para distinguir conceptos; los conceptos, en política, sirven a su vez para distin-

guir entre fuerzas reales. El aplastamiento del fascismo no dejaría lugar para el bonapartismo y, así lo esperamos, significaría la entrada directa a la revolución social.

Sin embargo, el proletariado no está armado para la revolución. Las relaciones recíprocas entre la socialdemocracia y el gobierno bonapartista.. por un lado, y entre el bonapartismo y el fascismo por el otro —aun cuando no resuelvan las cuestiones fundamentales— señalan los caminos y el ritmo en que se prepara la lucha entre el proletariado y la contrarrevolución fascista. Las contradicciones entre Schleicher, Hitler y Wels, en la situación dada, hacen más difícil la victoria del fascismo, y abren al Partido Comunista un nuevo crédito, el más valioso de todos, un crédito en tiempo.

"El fascismo llegará al poder por la vía fría". Más de una vez hemos oído esto de los teóricos estalinistas. Esta fórmula significa que los fascistas llegarán al poder legalmente, pacíficamente, por medio de una coalición, sin necesidad de un levantamiento abierto. Los acontecimientos ya han refutado este pronóstico. El gobierno Papen llegó al poder mediante un golpe de Estado, y se acabó de completar con un golpe de Estado en Prusia. Aunque aceptásemos que una coalición entre los nazis y el Centro derrocaría al gobierno bonapartista de Papen con métodos "constitucionales", esto, en si y por sí mismo, no resuelve nada. Entre la toma "pacífica" del poder por Hitler y el establecimiento del régimen fascista todavía hay un largo trecho. Una coalición sólo facilitaría el golpe de Estado, pero no lo sustituiría, junto a la supresión final de la Constitución de Weimar, todavía quedaría la tarea más importante: la supresión de los órganos de democracia proletaria. Desde este punto de vista, ¿que significa la "vía fría"? Nada más que la ausencia de resistencia por parte de los obreros. De hecho, el golpe de Estado bonapartista de Papen quedó sin respuesta. ¿También quedará sin respuesta un levantamiento fascista de Hitler? Es precisamente alrededor de esta cuestión que se vuelven, consciente o inconscientemente, las conjeturas sobre la "vía fría".

Si el Partido Comunista representase una fuerza abrumadora, y si el proletariado marchase hacia adelante hacia la toma inmediata del poder, se borrarían temporalmente todas las contradicciones en el campo de las clases poseedoras: fascistas, bonapartistas y demócratas formarían un solo frente contra la revolución proletaria. Pero no es éste el caso. La debilidad del Partido Comunista y la división del proletariado permiten a las clases poseedoras y a los partidos a su servicio exteriorizar abiertamente sus contradicciones. Sólo apoyándose en estas contradicciones podrá reforzarse el Partido Comunista.

¿Pero tal vez en la altamente industrializada Alemania el fascismo, decidiría para siempre no hacer valer sus pretensiones de todo el poder? Indudablemente, el proletariado alemán es incomparablemente más numero-

so y potencialmente más fuerte que el italiano. Aunque el fascismo en Alemania constituye un campo más numeroso y mejor organizado que en Italia en el período correspondiente, todavía la tarea de liquidar el "marxismo" debe parecer a los fascistas alemanes tanto difícil como arriesgada. Además, no está excluido que el cenit político de Hitler ya haya quedado atrás. El período de espera demasiado largo y el nuevo obstáculo en su camino bajo la forma del bonapartismo, debilitan indudablemente al fascismo, agudiza sus fricciones internas y pueden debilitar materialmente su empuje. Pero aquí entramos en el terreno de tendencias que en el momento actual no pueden calcularse de antemano. Sólo la lucha real puede responder estas cuestiones. Construir por adelantado sobre la suposición de que el nacionalsocialismo se detendrá inevitablemente a medio camino sería de lo más superficial.

La teoría de la "vía fría" no es, llevada hasta su conclusión, en modo alguno mejor que la teoría del socialfascismo; más exactamente, sólo representa su reverso. Las contradicciones entre los componentes del campo enemigo son despreciadas por completo en ambos casos y difuminadas las fases sucesivas del proceso. El Partido Comunista queda totalmente al margen. No en vano, el teórico de la "vía fría", Hirsch, fue al mismo tiempo el teórico del socialfascismo.

La crisis política del país se desarrolla sobre la base de la crisis económica. Pero la economía no es inmutable. Si ayer nos veíamos obligados a decir que la crisis coyuntural tan sólo acentúa la crisis fundamental, orgánica, del sistema capitalista, hoy debemos recordar que la decadencia general del capitalismo no excluye las fluctuaciones coyunturales. La crisis actual no durará eternamente. Las esperanzas del mundo capitalista en un cambio de la crisis son extremadamente exageradas, pero no carecen de fundamento. La cuestión de la lucha de las fuerzas políticas debe integrarse en las perspectivas económicas. El programa de Papen hace tanto más imposible el posponerlo cuanto que parte de la suposición de una próxima mejoría económica.

La reanimación industrial entra en escena para todo el mundo así que se ve que se manifiesta en la forma de circulación creciente de mercancías, ascenso de la producción y aumento del número de obreros empleados. Pero no empieza por ahí. La reanimación es precedida por procesos preparatorios en el terreno de la circulación monetaria y del crédito. El capital situado en empresas y ramas industriales irrentables debe ser liberado y convertirse en dinero liquido que busca dónde invertirse. El mercado, libre de sus capas de grasa, de sus excrecencias y tumefacciones, debe mostrar una demanda real. Los empresarios deben recobrar la "confianza" en el mercado y entre sí. Por otro lado, la "confianza" de que tanto habla la prensa mundial debe ser estimulada no sólo por factores económicos, sino también políticos (reparaciones, deudas de guerra, desarme-rearme, etc.

Un aumento de la circulación de mercancías, de la producción, del número de obreros empleados, no se ve todavía por ninguna parte; por el contrario el descenso continúa. Respecto a los procesos preparatorios para un cambio de la crisis, ya han realizado la mayor parte de las tareas que se les asignaron. Muchos indicios nos permiten suponer realmente que el momento del cambio de coyuntura se aproxima, si es que no es inminente. Esta es la apreciación, vista a escala mundial.

Sin embargo, debemos de hacer una distinción entre los países acreedores (Estados Unidos, Inglaterra, Francia) y los países deudores, o mas exactamente, los países en bancarrota; el primer lugar del segundo grupo lo ocupa Alemania. Alemania no tiene capital líquido. Su economía sólo puede percibir un empuje mediante una entrada de capital desde el exterior. Pero un país que no está en condiciones de pagar sus antiguas deudas no obtiene ningún préstamo. En cualquier caso, antes de que los acreedores abran sus bolsillos deben convencerse de que Alemania está de nuevo en condiciones de exportar más de lo que necesita importar; la diferencia tiene que servir para cubrir las deudas. La demanda de mercancías alemanas debe esperarse ante todo de los países agrarios, en primer lugar de la Europa del Sur. Los países agrarios, por su parte, dependen de la demanda de los países industriales de materias primas y productos alimenticios. Por tanto Alemania se verá obligada a esperar; la cadena revitalizadora tendrá que atravesar primero toda la serie de competidores capitalistas y de sus compañeros agrarios antes de que afecte a la propia recomposición económica de Alemania.

Pero la burguesía alemana no puede esperar. La camarilla bonapartista puede esperar aún menos. Aun cuando promete no tocar la estabilidad de la moneda, el gobierno Papen da paso a una inflación considerable. Junto a los discursos sobre el renacer del liberalismo económico, adopta el método administrativo respecto al ciclo económico; en nombre de la libertad de la iniciativa privada, subordina directamente a los contribuyentes a los empresarios capitalistas.

El eje alrededor del cual gira el programa del gobierno es la esperanza de un cambio inmediato en la crisis. Si éste no tiene lugar pronto, los dos mil millones* se evaporarán como dos gotas de agua sobre una plancha ardiendo. El plan de Papen tiene un carácter inconmensurablemente más arriesgado y especulativo que el movimiento a la alza que tiene lugar actualmente en la bolsa de Nueva York. En cualquier caso, las consecuencias de un fracaso del juego bonapartista serían mucho más catastróficas.

El resultado más inmediato y tangible de la brecha existente entre los planes del gobierno y el movimiento actual del mercado sería la caída del

* Cifra de marcos en certificados de exacción concedidos a los capitalistas como bonificación bajo el programa de Papen.

marco. Los males sociales, aumentados por la inflación, adquirirán un carácter insoportable. La bancarrota del programa económico de Papen exigirá su sustitución por otro más efectivo. ¿Cuál? El programa del fascismo, evidentemente. Una vez fracasado el intento de forzar la recuperación mediante la terapia bonapartista, habrá que probar con la cirugía fascista. Entretanto, la socialdemocracia hará gestos "de izquierda" y caerá hecha pedazos. El Partido Comunista, si él mismo no pone obstáculos en su propio camino, crecerá. En conjunto, esto significará una situación revolucionaria. La cuestión de las perspectivas de victorias bajo estas circunstancias es en sus tres cuartas partes una cuestión de la estrategia comunista.

Pero el partido revolucionario también tiene que estar preparado para otra perspectiva, la de una rápida aparición de un cambio en la crisis. Aceptemos que el gobierno Schleicher-Papen se mantenga hasta el comienzo de una reanimación del comercio y la industria. ¿Se salvaría por ello? No, el comienzo de un movimiento ascendente en los negocios significaría el final seguro del bonapartismo, y podría significar todavía más.

Las fuerzas del proletariado alemán no están agotadas. Pero han sido minadas por los sacrificios, derrotas y decepciones, empezando por 1914, por las traiciones sistemáticas de la socialdemocracia, por el descrédito que el Partido Comunista ha acumulado sobre sí mismo. Seis o siete millones de parados son una pesada carga que cuelga de los pies del proletariado. Los decretos de emergencia de Brüning y Papen no han encontrado ninguna resistencia. El golpe de Estado del 20 de julio ha quedado impune.

Podemos predecir con plena seguridad que un cambio ascendente de la coyuntura daría un poderoso empuje a la actividad del proletariado, actualmente en descenso. En el momento en que la fábrica deja de despedir obreros y contrata otros nuevos, la autoconfianza de los obreros se fortalece; son necesarios de nuevo. El resorte comprimido empieza a distenderse nuevamente. Los obreros entran siempre más fácilmente en la lucha para reconquistar las posiciones perdidas que para conquistar otras nuevas. Y los obreros alemanes han perdido demasiado. Ni los decretos de emergencia ni el empleo de la *Reichswehr* podrán suprimir las huelgas de masas que se desarrollarán sobre la oleada del ascenso. El régimen bonapartista, que sólo puede mantenerse mediante la "paz social", será la primera víctima del cambio ascendente en la coyuntura.

Un ascenso de las luchas huelguísticas se observa ya en diversos países (Bélgica, Inglaterra, Polonia, en Estados Unidos parcialmente, pero no en Alemania). Una valoración de las huelgas de masas que ahora tienen lugar, a la luz de la coyuntura económica mundial, no es tarea fácil. Las estadísticas son inevitablemente lentas para reflejar las oscilaciones de la coyuntura. La reactivación debe de ser un hecho antes de que pueda registrarse. Los obreros sienten por lo general la reactivación de la vida económica antes

que los estadísticos. Nuevos pedidos, o incluso la expectativa de nuevos pedidos, la reorganización de las empresas para la expansión de la producción o al menos la interrupción del despido de obreros, aumentan inmediatamente la fuerza de resistencia y las reivindicaciones de los obreros. La huelga defensiva de los obreros textiles de Lancashire fue provocada indudablemente por un cierto ascenso en la industria textil. Respecto a la huelga belga, tiene lugar evidentemente sobre la base de la actual profundización de la crisis de la industria del carbón. El carácter transitorio y crítico de la fase actual de la coyuntura económica mundial corresponde a la diversidad de los impulsos económicos que se hallan en la base de las huelgas más recientes. Pero en general, el ascenso del movimiento de masas tiende más bien a señalar la existencia de una tendencia ascendente que ya se vuelve casi perceptible. En cualquier caso, una reactivación real de la actividad económica, incluso en sus primeras fases, provocará un amplio ascenso de la lucha de masas.

Las clases dominantes de todos los países esperan milagros del ascenso industrial; la especulación bursátil que ya se ha desencadenado es una prueba de ello. Si el capitalismo fuese realmente a entrar en la fase de una nueva prosperidad o incluso de un auge gradual pero persistente, ello implicaría naturalmente la estabilización del capitalismo, acompañada de un debilitamiento del fascismo y un reforzamiento simultáneo del reformismo. Pero no hay la menor base para esperar o temer que la reactivación económica, que es en sí y de si mismo inevitable, pueda superar las tendencias generales de decadencia de la economía mundial y de la economía europea en especial. Si el capitalismo de la preguerra se desarrolló bajo la fórmula de una producción ampliada de mercancías, el capitalismo actual, con todas sus fluctuaciones cíclicas, representa una producción ampliada de miseria y de catástrofes. El nuevo ciclo económico ocasionará el reajuste inevitable de fuerzas dentro de los países individuales igual que dentro del campo capitalista en su conjunto, y sobre todo entre América y Europa. Pero en un plazo de tiempo muy corto, ello confrontará al mundo capitalista con contradicciones insolubles y lo condenará a convulsiones nuevas y todavía más terribles.

Sin riesgo de error, podemos hacer el pronóstico siguiente: la reactivación económica bastará para fortalecer la autoconfianza de los obreros y darle un nuevo empuje a su lucha, pero no bastará en modo alguno para dar al capitalismo, y en especial al capitalismo europeo, la posibilidad de renacer.

Las conquistas prácticas que el nuevo ascenso coyuntural del capitalismo decadente abrirá al movimiento obrero tendrán necesariamente un carácter muy limitado. ¿Podrá el capitalismo alemán, en el cenit de la reanimación de la actividad económica, restablecer las condiciones de la clase

obrera que existían antes de la crisis actual? Todo nos lleva a responder de antemano "no" a esta pregunta. El movimiento de masas, salido de su letargo, tendrá que lanzarse con la mayor rapidez por el camino de la política.

Igualmente, el primer paso mismo de la reactivación industrial será extremadamente peligroso para la socialdemocracia. Los obreros se lanzarán a la lucha para volver a ganar lo que han perdido. Los dirigentes de la socialdemocracia basarán de nuevo sus esperanzas en el restablecimiento del. orden "normal". Su principal intención será volver a demostrar su disposición para participar en un gobierno de coalición. Dirigentes y masas tirarán en direcciones opuestas. Para explotar a fondo la nueva crisis del reformismo, los comunistas precisan una orientación correcta en los cambios coyunturales y preparar con suficiente tiempo un programa de acción práctico, que parta ante todo de las pérdidas sufridas por los obreros durante los años de crisis. La transición de las luchas económicas a las políticas será un momento particularmente favorable para el acrecentamiento de la fuerza y la influencia del partido proletario revolucionario.

Pero los éxitos, en este terreno lo mismo que en los demás, sólo pueden lograrse bajo una condición: la aplicación correcta de la política de frente único. Para el Partido Comunista de Alemania esto significa, ante todo, poner fin a la política actual de sentarse sobre dos sillas en el terreno sindical; un curso decidido hacia los Sindicatos Libres, introduciendo a los cuadros de la RGO en sus filas; el comienzo de una lucha sistemática por influenciar a los consejos de fábrica por medio de los sindicatos; y la preparación de una amplia campaña bajo la consigna del control obrero de la producción.

EL CAMBIO HACIA EL SOCIALISMO

Kautsky y Hilferding, entre otros, han afirmado más de una vez en los últimos años que ellos nunca compartieron la teoría del hundimiento del capitalismo, que los revisionistas ya atribuyeron a los marxistas y que los kautskistas ahora atribuyen a los comunistas.

Los bernsteinianos trazaron dos perspectivas: una, irreal, pretendidamente "marxista" ortodoxa, según la cual, a la larga, bajo la influencia de las contradicciones internas del capitalismo, se suponía que tendría lugar su hundimiento mecánico; y la segunda, "realista", según la cual iba a realizarse una evolución gradual del capitalismo al socialismo. Pese a que estos dos esquemas puedan parecer antitéticos a primera vista, están unidos sin embargo por un rasgo común: la ausencia del factor revolucionario. Aún cuando rechazaron la caricatura del hundimiento automático del capitalismo que se les atribuía, los marxistas demostraron que, bajo la influencia de la agudización de la lucha de clases, el proletariado llevaría a cabo la revolu-

ción mucho antes de que las contradicciones objetivas del capitalismo pudiesen llevar a su hundimiento automático.

Este debate se desarrolló a lo largo de finales del siglo pasado. Hay que reconocer, sin embargo, que la realidad capitalista desde la guerra se aproximó, en cierto sentido, mucho más a la caricatura bernsteiniana del marxismo de lo que nadie podía haber pensado, y menos que nadie, los mismos revisionistas, puesto que ellos habían dibujado el fantasma del hundimiento solamente para demostrar su carácter irreal. No obstante, el capitalismo demuestra en la actualidad que está tanto más cerca de la putrefacción cuanto más se demora la intervención revolucionaria del proletariado en el destino de la sociedad.

El elemento más importante de la teoría del hundimiento era la teoría de la pauperización. Los marxistas afirmaban, con cierta prudencia, que la agudización de las contradicciones sociales no tenía que significar incondicionalmente una disminución absoluta del nivel de vida de las masas. Pero en realidad, es este último proceso el que está ocurriendo precisamente. ¿En que podía expresarse con mayor agudeza el hundimiento del capitalismo que en un paro crónico, en la desaparición de la seguridad social, es decir, en el rechazo del orden social a alimentar a sus propios esclavos?

Los frenos oportunistas en la clase obrera han demostrado ser lo bastante poderosos como para asegurar a las fuerzas elementales del capitalismo condenado varias décadas de respiro. Como resultado, no ha tenido lugar el idilio de la transformación pacífica del capitalismo en socialismo, sino un estado de cosas infinitamente más cercano a la descomposición social.

Los reformistas intentaron durante largo tiempo descargar sobre la guerra la responsabilidad de situación actual de la sociedad. Pero, en primer lugar, la guerra no originó las tendencias destructivas del capitalismo, tan sólo las hizo salir a la superficie y las precipitó; en segundo lugar, la guerra habría sido incapaz de realizar su labor de destrucción sin el apoyo político del reformismo; en tercer lugar, las contradicciones sin salida del capitalismo preparan, desde varios lados, nuevas guerras. El reformismo no podrá descargarse de la responsabilidad histórica. Al frenar y paralizar la energía revolucionaria del proletariado, la socialdemocracia internacional reviste el proceso del hundimiento capitalista con las formas más ciegas, desenfrenadas, catastróficas y sangrientas. Por supuesto que no puede hablarse de una realización de la caricatura revisionista del marxismo más que condicionalmente, al aplicarla a algún período histórico determinado. Sin embargo, la salida del capitalismo decadente se hallará, aunque sea con gran retraso, no por el camino del hundimiento automático, sino por el de la revolución.

La crisis actual ha barrido con un último escobazo los residuos de las utopías reformistas. La práctica oportunista no dispone en la actualidad de absolutamente ninguna cobertura teórica. Pues al fin y al cabo, a Wels, Híl-

ferding, Grzesinsky y Noske les son indiferentes las catástrofes que puedan caer sobre las cabezas de las masas populares, sólo con tal de que sus propios intereses permanezcan a salvo. Sin embargo, la situación es tal que la crisis del régimen burgués también golpea a los dirigentes reformistas.

"¡Estado, actúa, intervén!", gritaba todavía hace muy poco la socialdemocracia, mientras retrocedía ante el fascismo. Y el Estado actuó: Otto Braun y Severing fueron arrojados a la calle. Ahora, escribía *Vorwärts*, todo el mundo debe reconocer las ventajas de la democracia sobre el régimen dictatorial. Sí, la democracia tiene ventajas sustanciales, discurría Grzesinsky mientras conocía la cárcel por dentro.

De esta experiencia se extrajo esta conclusión: "¡Ya es hora de pasar a la socialización!". Tarnow, todavía ayer médico del capitalismo, decidió repentinamente convertirse en su sepulturero. Ahora que el capitalismo ha dejado en paro a los ministros, jefes de policía y altos funcionarios reformistas, está manifiestamente agotado. Wels escribe un artículo programático, "¡Ha sonado la hora del socialismo!". Sólo falta que Schleicher prive de su sueldo a los diputados, y a los antiguos ministros de su pensión para que Hilferding escriba un estudio sobre el papel histórico de la huelga general. El viraje "a la izquierda" de los dirigentes socialdemócratas sobresalta por su torpeza y su falsedad. Esto no significa de ningún modo, sin embargo, que la maniobra esté condenada de antemano al fracaso. Este partido, cargado de crímenes, todavía se encuentra a la cabeza de millones de obreros. No caerá por sí mismo. Hay que saber cómo derrocarlo.

El Partido Comunista afirmará que el curso WeIs-Tarnow hacia el socialismo es una nueva forma de engañar a las masas, y tendrá razón. Explicará la historia de las "socializaciones" socialdemócratas de los pasados catorce años, y eso será útil. Pero es insuficiente: la historia, incluso la más reciente, no puede ocupar el lugar de la política activa.

Tarnow intenta reducir la cuestión de la vía reformista o revolucionaria hacia el socialismo a la simple cuestión del "ritmo" de las transformaciones. Como teórico, no se puede caer más bajo. El ritmo de las transformaciones socialistas depende, en realidad, del estado de las fuerzas productivas del país, de su cultura, de la cantidad de gastos necesarios para la defensa, etc. Pero las transformaciones socialistas, las rápidas lo mismo que las lentas, sólo son posibles si a la cabeza de la sociedad se halla una clase interesada en el socialismo, y a la cabeza de esta clase se halla un partido que no engaña a los explotados, y que siempre está listo para aplastar la resistencia de los explotadores. Debemos explicar a los obreros que en eso consiste precisamente el régimen de la dictadura del proletariado.

Pero eso tampoco basta. Desde el momento en que se trata de los problemas candentes del proletariado mundial, no se puede olvidar —como hace la Comintern— la existencia de la Unión Soviética. Respecto a Alema-

nia, la tarea del momento no sería iniciar la construcción socialista por vez primera, sino unir las fuerzas productivas de Alemania, su cultura, su genio técnico y organizativo con la construcción socialista ya iniciada en la Unión Soviética.

El Partido Comunista alemán se limita a elogiar simplemente los éxitos soviéticos y a este respecto comete exageraciones groseras y peligrosas. Es incapaz de ligar la construcción socialista en la URSS, sus enormes experiencias y sus logros valiosos, con las tareas de la revolución proletaria en Alemania. La burocracia estalinista, por su parte, es totalmente incapaz de prestar la menor ayuda al Partido Comunista alemán sobre este asunto extremadamente importante: sus perspectivas se limitan a un solo país.

A los proyectos incoherentes y de un capitalismo de Estado vergonzante de la socialdemocracia, hay que oponer un plan general para la construcción socialista común de la URSS y Alemania. Nadie exige que sea elaborado inmediatamente un plan detallado. Basta un bosquejo preliminar. Los ejes fundamentales son necesarios. Este plan debe convertirse en tema de discusión tan pronto como sea posible en todas las organizaciones de la clase obrera alemana, principalmente en sus sindicatos.

Hay que hacer participar en esta discusión a las fuerzas progresivas de entre los técnicos, estadísticos y economistas alemanes. Los debates sobre la economía planificada, tan extendidos en Alemania, al reflejar la desesperación del capitalismo alemán, siguen siendo puramente académicos, burocráticos, mortecinos, pedantes. Sólo la vanguardia comunista es capaz de hacer salir el tratamiento de la cuestión del círculo vicioso.

La construcción del socialismo ya está en marcha, hay que tender un puente por encima de las fronteras estatales para que esta labor pueda proseguir. He aquí el primer plan: ¡estudiadlo mejoradlo, concretadlo, ¡obreros, elegid comisiones especiales para el plan! ¡Encargadles que entren en contacto con los sindicatos y órganos económicos de los sóviets! ¡Cread sobre la base de los sindicatos alemanes, los comités de fábrica y otras organizaciones obreras una comisión central del plan que se ponga en contacto con la Gosplan de la URSS! ¡Atraed a esta labor a los ingenieros, administradores y economistas alemanes!

Éste es el único enfoque correcto de la cuestión de la economía planificada, hoy, en el año 1932, tras quince años de existencia de los sóviets, tras catorce años de convulsiones en la república capitalista alemana.

Nada más fácil que ridiculizar a la burocracia socialdemócrata, empezando por Wels, que ha entonado un Cantar de los Cantares al socialismo. Sin embargo, no hay que olvidar que los obreros reformistas tienen una actitud totalmente seria ante la cuestión del socialismo. Hay que tener una actitud seria hacia los obreros reformistas. Aquí el problema del frente único surge de nuevo en toda su amplitud.

Si la socialdemocracia se señala como tarea (sabemos que sólo de palabra) no salvar el capitalismo, sino construir el socialismo, debe buscar un acuerdo con los comunistas, y no con el Centro. ¿Rechazará el Partido Comunista semejante acuerdo? De ningún modo. Por el contrario, propondrá tal acuerdo, lo exigirá ante las masas como rescate por el pagaré socialista recién firmado.

La ofensiva del Partido Comunista hacia la socialdemocracia debe avanzar en el momento actual por tres frentes. La tarea de aplastar al fascismo conserva toda su agudeza. La batalla decisiva del proletariado contra el fascismo indicará el choque simultáneo con el aparato estatal bonapartista. Esto convierte la *huelga general* en una herramienta indispensable de combate. Hay que prepararla. Hay que elaborar un plan especial para la huelga general, es decir, un plan para movilizar las fuerzas que puedan realizarla. Partiendo de este plan, hay que desarrollar una campaña de masas; sobre esta base, puede proponerse a la socialdemocracia un acuerdo para llevar a cabo la huelga general bajo condiciones políticas perfectamente definidas. Repetida y concretada en cada nueva fase, esta proposición llevará, en el proceso de su desarrollo, a la creación de *los sóviets como los órganos superiores del frente único*.

Que el plan económico de Papen, convertido ahora en ley, acarrea al proletariado alemán una miseria sin precedentes lo reconocen de palabra también los dirigentes de la socialdemocracia y de los sindicatos. En la prensa, se expresan con una vehemencia que no había utilizado desde hacía mucho tiempo. Entre sus palabras y sus hechos hay un abismo; *nosotros* lo sabemos muy bien, pero hay que saber cómo tomarles la palabra. *Hay que elaborar un conjunto de medidas de lucha comunes contra el régimen de los decretos de emergencia y el bonapartismo*. Esta lucha, impuesta al proletariado por toda la situación, no puede llevarse, por su naturaleza misma, en el marco de la democracia. Una situación en que Hitler dispone de un ejército de 400.000 hombres, Papen-Schleicher, junto a la *Reichswher*, disponen de un ejército semiprivado —la *Stahlhelm*— de 200.000 hombres, la democracia burguesa dispone del ejército semitolerado —la *Reichsbanner*—, el Partido Comunista, del ejército del Frente Rojo, prohibido; tal situación muestra el problema del Estado como un problema de fuerza. ¡No puede imaginarse mejor escuela revolucionaria!

El Partido Comunista debe decir a la clase obrera: Schleicher no será derrocado mediante el juego parlamentario. Si la socialdemocracia quiere proponerse actuar para derrocar al gobierno bonapartista por otros medios, el Partido Comunista está dispuesto a ayudar a la socialdemocracia con toda su fuerza. Al mismo tiempo, los comunistas se comprometen a no emplear métodos violentos contra un gobierno socialdemócrata en tanto este se base sobre la mayoría de la clase obrera y garantice al Partido Comunista la li-

bertad de agitación y organización. Tal forma de plantear la cuestión será comprensible para cualquier obrero socialdemócrata o sin partido.

El tercer frente, por último, es la lucha por el socialismo. También en esto el hierro hay que forjarlo mientras está al rojo, y hay que arrinconar a la socialdemocracia con un plan concreto de colaboración con la URSS. Ya se ha dicho más arriba lo que se necesita sobre este aspecto.

Naturalmente que estos sectores de lucha, de diversa importancia en la perspectiva estratégica global, no están separados unos de otros, sino más bien interrelacionados. La crisis política de la sociedad exige la combinación de las cuestiones parciales con las generales: en eso precisamente reside la esencia de la situación revolucionaría.

EL ÚNICO CAMINO

¿Puede esperarse que el Comité Central del Partido Comunista dé por sí mismo un viraje hacia el camino correcto? Todo su pasado demuestra que es incapaz de hacerlo.

Apenas había empezado a enmendarse cuando se halló ante la perspectiva del "trotskismo". Si Thaelmann no lo entendió de inmediato, se le explicó desde Moscú que la "parte" tenía que sacrificarse por el bien del "todo", es decir, los intereses de la revolución alemana por el bien de los intereses del aparato estalinista. Los confusos intentos de revisar la política fueron una vez más abandonados. La reacción burocrática triunfó de nuevo en toda la línea.

Por supuesto que no es asunto de Thaelmann. Si la Comintern de hoy diese a sus secciones la posibilidad de vivir, de pensar y de desarrollarse, habrían podido seleccionar, hace tiempo, durante los últimos quince años, a sus propios cuadros dirigentes. Pero la burocracia levantó en su lugar un sistema de nombramiento de dirigentes y de su apoyo mediante una publicidad artificial. Thaelman es, al mismo tiempo, producto y víctima de este sistema.

Los cuadros, paralizados en su desarrollo, debilitan al partido. Suplen su insuficiencia mediante la represión. Las vacilaciones e incertidumbre del partido se transmiten inexorablemente a la clase en su conjunto. No se puede llamar a las masas a acciones audaces cuando el partido mismo carece de determinación revolucionaria.

Incluso si Thaelmann recibiese mañana un telegrama de Manuilski sobre la necesidad de volver a la política de frente único, el nuevo zigzag por arriba daría poco resultado. La dirección está demasiado comprometida. Una política correcta exige un régimen sano. La democracia en el partido, en la actualidad un juguete de la burocracia, debe volver a ser una realidad.

El partido debe convertirse en un partido; entonces las masas creerán en él. En la práctica, esto significa poner en el orden del día *un congreso extraordinario del partido y un congreso extraordinario de la Comintern.*

El congreso del partido debe ser precedido, naturalmente, de una discusión completa, Todos los obstáculos del aparato deben ser suprimidos. Cualquier organización del partido, cualquier núcleo tiene el derecho a llamar a sus reuniones a cualquier comunista, miembro del partido o expulsado de él, si lo considera necesario para formarse su opinión. La prensa debe ponerse al servicio del debate; en todos los periódicos del partido debe asignarse diariamente el espacio suficiente para los artículos críticos. Comisiones especiales de prensa, elegidas en las asambleas generales de miembros del partido, deben velar para que los periódicos sirvan al partido, y no a la burocracia.

La discusión, ciertamente, exigirá no poco tiempo y energía. El aparato argumentará: "¿como puede permitirse el partido "el lujo de una discusión" en un período tan crítico? Los salvadores burocráticos creen que en condiciones difíciles el partido debe callarse. Los marxistas, por el contrario, creen que cuanto más difícil es la situación, más importante es el papel independiente del partido.

La dirección del partido bolchevique gozaba, en 1917, de un gran prestigio. Y a pesar de ello, una serie de profundas discusiones tuvieron lugar en el partido durante el año 1917. La víspera de la convulsión de Octubre, todo el partido discutía apasionadamente sobre cuál de los dos sectores del Comité Central tenía razón: la mayoría, que estaba a favor del levantamiento, o la minoría, que estaba en contra. En ninguna parte hubieron expulsiones ni represiones en general, a pesar de la profundidad de las diferencias de opinión. Las masas sin partido fueron atraídas a estas discusiones. En Petrogrado una reunión de trabajadoras sin partido envió una delegación al Comité Central para apoyar a la mayoría. Por descontado que la discusión exigía tiempo. Pero a cambio, del desarrollo de la discusión abierta, sin amenazas, mentiras ni falsificaciones, salió la certeza general e inquebrantable de la corrección de la política, es decir, de lo único que hace posible la victoria.

¿Que curso seguirán las cosas en Alemania? ¿Conseguirá la pequeña rueda de la oposición girar a tiempo la enorme rueda del partido? Así está ahora la cuestión. A menudo se levantan voces pesimistas. En los diversos grupos comunistas, en el partido mismo, así como en su periferia, hay no pocos elementos que se dicen: sobre cada cuestión importante, la Oposición de Izquierda tiene una posición correcta. Pero es débil. Sus cuadros son numéricamente débiles, y políticamente inexpertos. ¿Puede una organización semejante, con un pequeño periódico semanario (*Die Permanente Revolution),* oponerse con éxito a la poderosa máquina de la Comintern?

Las lecciones de los acontecimientos son más fuertes que la burocracia estalinista. Nosotros queremos ser, ante las masas comunistas, los intérpretes de esas lecciones. En eso reside nuestro papel histórico como fracción. Nosotros no pedimos, como Seydewitz y Cia., que el proletariado revolucionario nos dé una confianza a crédito. Nos asignamos un papel más modesto: proponemos nuestra ayuda a la vanguardia comunista en la elaboración de una línea correcta. Para esta labor, agrupamos y educamos a nuestros propios cuadros. Este estadio de preparación no puede saltarse. Cada nueva fase de la lucha empujará a nuestro lado a los elementos proletarios más conscientes y críticos.

El partido revolucionario empieza con una idea, un programa, que se dirige contra el aparato más poderoso de la sociedad de clases. No son los cuadros quienes crean la idea, sino la idea la que crea los cuadros. El temor a la fuerza del aparato es uno de los rasgos más notables del oportunismo específico que cultiva la burocracia estalinista. La crítica marxista es mas fuerte que cualquier aparato.

Las formas organizativas que adoptará la Oposición de Izquierda en su evolución posterior dependerán de muchas circunstancias: el peso de los golpes históricos, el grado de fuerza de resistencia de la burocracia estalinista, la actividad de los simples comunistas, la energía de la oposición misma. Pero los principios y métodos por los que luchamos han sido puestos a prueba por los mayores acontecimientos de la historia mundial, tanto por las victorias como por las derrotas. Ellos harán su camino.

Los éxitos de la oposición en todos los países, incluida Alemania, son evidentes e indiscutibles. Pero se desarrollan más lentamente de lo que muchos de nosotros esperábamos. Podemos lamentarlo, pero no necesitamos extrañarnos. A cualquier comunista que empieza a oír a la Oposición de Izquierda, la burocracia le plantea cínicamente esta elección: o participar en la lucha contra el "trotskismo", o ser arrojado de las filas del Comintern. Para el funcionario del partido, es una cuestión de puesto y salario: el aparato estalinista sabe emplear esta llave a la perfección. Pero son infinitamente más importantes los miles de simples comunistas desgarrados entre su entrega a las ideas del comunismo y la amenaza de expulsión de las filas de la Comintern. Por eso, en las filas del Partido Comunista oficial existe un gran número de oposicionistas parciales, amedrentados o escondidos.

Esta combinación extraordinaria de condiciones históricas explica suficientemente el lento crecimiento organizativo de la Oposición de Izquierda. Al mismo tiempo, a pesar de esta lentitud, la vida espiritual de la Comintern gira hoy, más que nunca, alrededor de la lucha contra el "trotskismo". Las revistas y los artículos teóricos de los periódicos del PCUS, lo mismo que los de las demás secciones de la Comintern, están dedicados principal-

mente a la lucha contra la oposición de Izquierda, tanto cubierta como encubiertamente. Todavía más sintomática es la significación de la furiosa persecución organizativa del aparato contra la oposición: sabotaje de sus reuniones por métodos brutales; empleo de toda clase de violencia física; acuerdos entre bastidores con pacifistas burgueses, radicales franceses y francmasones contra los "trotskistas"; propagación por el centro estalinista de calumnias envenenadas, etc.

Los estalinistas sienten más de cerca y saben mejor que los oposicionistas en qué medida nuestras ideas están minando los pilares de su aparato. Los métodos de autodefensa de la fracción estalinista, no obstante, tienen un doble filo. Hasta cierto punto, tienen un efecto intimidador. Pero al mismo tiempo, preparan una reacción de masas contra el sistema de falsificación y de violencia.

Cuando en julio de 1917 el gobierno de los mencheviques y socialistas revolucionarios tildaron a los bolcheviques de agentes del estado mayor alemán, esta despreciable medida logró ejercer al principio una gran influencia sobre los soldados., los campesinos y los estratos atrasados de los obreros. Pero cuando todos los acontecimientos subsiguientes confirmaron claramente cuánta razón habían tenido los bolcheviques, las masas empezaron a decirse, se ha calumniado deliberadamente a los leninistas, se les ha perseguido tan vilmente sólo porque tenían razón. Y el sentimiento de recelo hacia los bolcheviques se convirtió en cálida devoción y en amor hacia ellos. Aunque bajo diferentes condiciones, este mismo proceso complejo tiene lugar ahora. Mediante una acumulación monstruosa de calumnias y represiones, la burocracia estalinista ha logrado innegablemente intimidar durante un período de tiempo a los simples miembros del partido; al mismo tiempo, prepara una rehabilitación total de los bolcheviques-leninistas a los ojos de las masas revolucionarias. En la época actual, no puede quedar la menor duda sobre esto.

Sí, hoy todavía somos débiles. El Partido Comunista todavía tiene masas, pero ya no tiene ni doctrina ni orientación estratégica. La Oposición de Izquierda ya ha elaborado su orientación marxista, pero todavía no tiene masas. Los otros grupos de la "izquierda" no tienen ni lo uno ni lo otro. El *Leninbund* se consume sin esperanzas, pensando en sustituir una seria política de principio con las fantasías y caprichos individuales de Urbahns. Los brandleristas, a pesar de los cuadros de su aparato, descienden peldaño a peldaño; las pequeñas recetas tácticas no pueden reemplazar una posición estratégica revolucionaria. El SAP ha levantado su candidatura a la dirección revolucionaria del proletariado. ¡Temeraria pretensión! Incluso los más serios representantes de este "partido" no superan, como demuestra el último libro de Sternberg, los límites del centrismo de izquierda. Cuanto más concienzudamente se esfuerzan por crear una doc-

trina "independiente", más demuestran ser los discípulos de Thalheimer. Pero esta escuela tiene tan poco futuro como un cadáver.

Un nuevo partido histórico no puede surgir simplemente porque unos cuantos antiguos socialdemócratas se hayan convencido, con mucho retraso, del carácter contrarrevolucionario de la política de Eber-Wels. Un nuevo partido tampoco puede ser improvisado por un grupo de comunistas que no han hecho nada todavía para garantizar su aspiración a la dirección proletaria. Para que surja un nuevo partido, es necesario, por una parte, que ocurran grandes acontecimientos históricos, que rompan la espina dorsal de los viejos partidos, y por la otra, una posición de principio elaborada y cuadros probados en el crisol de los acontecimientos.

Aun cuando luchamos con toda nuestra fuerza por la regeneración de la Comintern y la continuidad de su desarrollo ulterior, no estamos de ninguna manera inclinados al fetichismo de la forma. El destino de la revolución proletaria mundial está, para nosotros, por encima del destino organizativo de la Comintern. Si se materializase la peor de las variantes; si los partidos oficiales actuales, a pesar de todos nuestros esfuerzos, fuesen llevados al hundimiento por la burocracia estalinista; si ello significase, en cierto sentido, volver a comenzar de nuevo, la nueva internacional encontrará su origen en las ideas y los cuadros de la Oposición Comunista de Izquierda.

Y por eso, los criterios inmediatos de "pesimismo" y "optimismo" no son aplicables a la labor que estamos realizando. Está por encima de fases determinadas, de derrotas parciales y victorias. Nuestra política es una política de largo alcance.

POSFACIO

El presente folleto, cuyas diferentes partes fueron escritas en momentos diferentes, ya estaba terminado cuando un telegrama de Berlín trajo las noticias del conflicto de la mayoría abrumadora del *Reichstag* con el gobierno Papen y, en consecuencia, con el presidente del *Reich*. Esperamos seguir el desarrollo concreto de los acontecimientos posteriores en las columnas de *Die Permanente Revolution*. Aquí sólo queremos resaltar algunas conclusiones generales, que parecían abiertas a la crítica cuando empezamos este folleto y que, gracias al testimonio de los hechos, se han vuelto incontestables.

1. El carácter *bonapartista* del gobierno Schleiche-Papen ha sido desvelado completamente por su aislamiento en el *Reichstag*. Los círculos agrarios y capitalistas que se hallan directamente detrás del gobierno presidencial constituyen un porcentaje incomparablemente más pequeño de la nación alemana que el porcentaje de votos dados a Papen en el *Reichstag*.

2. El antagonismo entre Papen y Hitler es el antagonismo entre la cumbre agraria y capitalista y la pequeña burguesía reaccionaria. Lo mismo que en una ocasión la burguesía utilizó al movimiento revolucionario de la pequeña burguesía, aunque empleó todos los medios para impedirle tomar el poder, la burguesía monopolista se dispone a tomar a Hitler como lacayo, pero no como amo. Sin una necesidad aplastante, no entregará todo el poder al fascismo.

3. El que las diversas fracciones de la gran, mediana y pequeña burguesía lleven una lucha abierta por el poder, sin temer un conflicto extremadamente peligroso, demuestra que la burguesía no se siente inmediatamente amenazada por el proletariado. No sólo los nacionalsocialistas y el Centro, sino también los dirigentes de la socialdemocracia se han atrevido a entrar en un conflicto *constitucional* sólo porque tienen la firme convicción de que no se convertirá en una *lucha revolucionaria*.

4. El único partido cuyo voto contra Papen estaba dictado por objetivos revolucionarios es el Partido Comunista. Pero hay un gran trecho entre los objetivos revolucionarios y los logros revolucionarios.

5. La lógica de los acontecimientos es tal, que la lucha por el "parlamento" o la "democracia" se convierte para todo obrero socialdemócrata en una cuestión de fuerza. En esto reside el contenido fundamental de todo el conflicto desde el punto de vista de la revolución. La cuestión de la fuerza es la cuestión de la unidad revolucionaria del proletariado en la acción. Una política de frente único respecto a la socialdemocracia debe permitir, en un futuro muy cercano, sobre la base de la representación democrática proletaria, la creación de órganos de lucha de clases, es decir, de consejos obreros.

6. En vista de los favores a los capitalistas y la ofensiva brutal contra el nivel de vida del proletariado, el Partido Comunista debe avanzar la consigna de control obrero de la producción.

7. Las fracciones de las clases poseedoras sólo pueden disputar entre sí a causa de que el partido revolucionario es débil. El partido revolucionario podría volverse infinitamente más fuerte si explotase correctamente las disputas entre las clases poseedoras. Para esto es necesario saber cómo distinguir a las diferentes fracciones según su composición social, y no meterlas a todas en el mismo saco. La teoría del "socialfascismo", que ha quebrado completa y definitivamente, debe ser, por último, abandonada como chatarra inservible.

El bonapartismo alemán*

Las elecciones al *Reichstag* someten al gobierno "presidencial" a una nueva prueba crítica. útil es, por tanto, recordar su naturaleza social y política. Es precisamente mediante el análisis de semejantes fenómenos políticos concretos y, a primera vista, "repentinos", referentes al gobierno Papen-Schelicher, que el método marxista revela sus incalculables ventajas.

En una ocasión definimos al gobierno "presidencial" como una variedad de bonapartismo. Sería incorrecto ver en esta definición la ocasión resultante de querer hallar un nombre familiar para un fenómeno desconocido. La decadencia de la sociedad capitalista sitúa al bonapartismo —lado a lado con el fascismo, y parejo a él— de nuevo en el orden del día. Antes habíamos caracterizado el gobierno de Brüning como bonapartista. Luego, retrospectivamente, redujimos la definición a la mitad, como prebonapartista.

¿Qué dijeron a este respecto otros comunistas en general y otros grupos de "izquierda"? Aguardar un intento de definición científica de un fenómeno político nuevo de la dirección actual de la Comintern sería indudablemente ingenuo, por no decir disparatado. Los estalinistas colocan sencillamente a Papen en el campo fascista. Si Wels y Hitler son "gemelos", no merece la pena romperse la cabeza con una pequeñez como Papen. Esta es la misma literatura que Marx calificó de vulgar y que nos enseñó a despreciar. En realidad, el fascismo constituye uno de los dos campos principales de la guerra civil. Alargando el brazo hacia el poder, Hitler exigió ante todo que le entregase la calle durante setenta y dos horas. Hindenburg se negó. La tarea de Papen-Schleicher es evitar la guerra civil disciplinando amistosamente a los nacionalsocialistas y encadenando al proletariado con los grilletes de la policía. La verdadera posibilidad de tal régimen está determinada por la debilidad relativa del proletariado.

El SAP se quita de encima la cuestión del gobierno Papen de la misma manera que otras cuestiones, mediante frases generales. Los brandleristas

---

* Escrito el 30 de octubre de 1932, fue publicado por primera vez en el *Biulleten Oppozittsii,* n.º 32, diciembre de 1932.

guardaron silencio sobre nuestra definición mientras el asunto se refería a Brüning, es decir, al período de incubación del bonapartismo. No obstante, cuando la caracterización marxista del bonapartismo se confirmó plenamente en la teoría y en la práctica del gobierno presidencial, los brandleristas hicieron pública su critica: la lechuza sabia de Thalheimer alza el vuelo a altas horas de la noche.

El *Arbeitertribüne* de Stuttgart nos enseña que el bonapartismo, al elevar al aparato policiaco-militar sobre la burguesía para defender su dominación de clase frente a sus propios partidos políticos, debe ser apoyada por el campesinado y debe de emplear los métodos de la socialdemocracia. Papen no es sostenido por el campesinado y no aplica un programa pseudorradical. Por lo tanto, nuestro intento de definir el gobierno de Papen como bonapartismo "no encaja en absoluto". Esto es duro, pero superficial.

¿Cómo definen los brandleristas al gobierno de Papen? En el mismo número del *Arbeitertribüne* hay muy oportunamente anuncios de la conferencia de Brandler sobre el tema: "¿Dictadura *junker*-monárquica, fascista o proletaria?" En esta terna, el régimen de Papen es presentado como una dictadura *junker*-monárquica. Esto es lo más digno del *Vorwärt*s y de los demócratas vulgares en general. Que los llamados bonapartistas alemanes realizan todo tipo de regalos privados a los *junkers* es obvio. También es sabido que esos señores están inclinados a un cambio monárquico de mentalidad. Pero es del más puro sin sentido liberal el que la esencia del régimen presidencial sea el monarquismo *junker*.

Términos tales como *liberalismo, bonapartismo, fascismo tienen el carácter de generalizaciones.* Los fenómenos históricos nunca se repiten íntegramente. No hubiera sido difícil demostrar que incluso el gobierno de Napoleón III, comparado con el régimen de Napoleón I, no era "bonapartista", no sólo porque Napoleón mismo era un Bonaparte dudoso por su sangre, sino también porque sus relaciones con las clases, especialmente con el campesinado y el lumpemproletariado no eran de ningún modo iguales que las de Napoleón I. Sin embargo, el bonapartismo clásico surgió de la época de colosales victorias bélicas, que el Segundo Imperio no conoció en modo alguno. Pero si esperásemos la repetición de todos los rasgos del bonapartismo encontraríamos que el bonapartismo es un acontecimiento único, de una sola ocasión, es decir, que el bonapartismo en general no existe, no obstante existiera una vez un general llamado Napoleón que nació en Córcega. No es diferente el caso respecto al liberalismo y a los demás términos generalizados de la historia. Cuando se habla del bonapartismo por analogía es necesario exponer precisamente cuáles de sus rasgos hallan su más completa expresión bajo las condiciones históricas actuales.

El bonapartismo alemán actual tiene un carácter muy complejo y, por así decirlo, combinado. El gobierno de Papen habría sido imposible sin el fascis-

mo. Pero el fascismo no está en el poder. Y el gobierno de Papen no es fascismo. Por otra parte, el gobierno de Papen, al menos en su forma actual, habría sido imposible sin Hindenburg, el cual, a pesar del abatimiento final de Alemania en la guerra, representa las grandes victorias de Alemania y simboliza al ejército en la memoria de las masas populares. La segunda elección de Hindenburg tuvo todas las características de un *plebiscito*. Muchos millones de obreros, pequeños burgueses y campesinos (la socialdemocracia y el Centro) votaron por Hindenburg. No vieron en él ningún programa político. Querían ante todo evitar la guerra civil, y levantaron a Hindenburg sobre sus hombros como un superárbitro, como un juez de arbitraje de la nación. Pero precisamente ésta es la función más importante del bonapartismo: elevarse sobre los dos campos en lucha para preservar la propiedad y el orden. Elimina la guerra civil, o se le sobrepone, o impide que vuelva a encenderse. Al hablar de Papen no podemos olvidar a Hindenburg, en quien descansa el beneplácito de la socialdemocracia. El carácter combinado del bonapartismo alemán se expresa en el hecho de que la labor de atraer a las masas hacia Hindenburg fuera realizada por dos grandes partidos independientes: la socialdemocracia y el nacionalsocialismo. Si ambos están sorprendidos por los resultados de su labor, eso no cambia ni un ápice el asunto.

La socialdemocracia afirma que el fascismo es producto del comunismo. Esto es correcto en la medida en que no habría habido ninguna necesidad del fascismo sin la agudización de la lucha de clases, sin el proletariado revolucionario, sin la crisis de la sociedad capitalista. La teoría servilista de Wels-Hilferding-Otto Bauer no tiene otro significado. Sí, el fascismo es una reacción de la sociedad burguesa a la amenaza de la revolución proletaria. Pero precisamente porque esta amenaza no es inminente en la actualidad, las clases dominantes hacen un esfuerzo por prescindir de una guerra civil a través de una dictadura bonapartista.

Al poner objeciones a nuestra caracterización del gobierno de Hindenburg-Papen-Schleicher, los brandleristas se remiten a Marx y manifiestan con eso una irónica esperanza en que su autoridad tenga peso para nosotros. Es difícil engañarse más patéticamente. El hecho es que Marx y Engels no sólo escribieron sobre el bonapartismo de los dos Bonaparte, sino también sobre otras variedades. Empezando, me parece, en el año 1864, ligaron más de una vez el régimen "nacional" de Bismarck con el bonapartismo francés. Y esto a pesar de que Bismarck no era un demagogo pseudorradical y, por lo que sabemos, no fue apoyado por el campesinado. El Canciller de Hierro no fue elevado al poder como resultado de un plebiscito, sino que fue nombrado puntualmente por su rey legítimo y hereditario. Y, sin embargo, Marx y Engels tenían razón. Bismarck utilizó de forma bonapartista el antagonismo entre las clases poseedoras y el proletariado ascendente, superando de esta forma el antagonismo entre las dos clases posee-

doras, los *junkers* y la burguesía y elevó un aparato policiaco-militar por encima de la nación. La política de Bismarck es esa auténtica tradición a que se refieren los "teóricos" del actual bonapartismo alemán. Ciertamente, Bismarck resolvió a su manera el problema de la unidad alemana, de la grandeza exterior de Alemania. Papen, sin embargo, hasta aquí sólo promete obtener para Alemania la "igualdad" en el terreno internacional. ¡No es una pequeña diferencia! Pero no intentamos demostrar que el bonapartismo de Papen sea del mismo calibre que el bonapartismo de Bismarck. Napoleón III también fue solamente una parodia de su pretendido tío.

La referencia a Marx, como hemos visto, tiene un carácter obviamente temerario. Que Thalheimer no comprende la dialéctica del marxismo lo sospechábamos hacia tiempo. Pero hemos de admitir que pensábamos que al menos conocía los textos de Marx y Engels. Aprovechamos esta ocasión para corregir nuestro error.

Nuestra caracterización del gobierno presidencial, rechazada por los brandleristas, recibió una brillante confirmación de una fuente completamente inesperada y, a su manera, muy "autorizada". Con relación a la disolución del *Reichstag* "de los cinco días", DAZ (*Deutsche Allgemeine Zeitung,* órgano de la industria pesada) citaba en un largo articulo del 28 de agosto la obra de Marx *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, ¿con qué fin? Ni más ni menos que sostener el derecho histórico y político del presidente a pisotear el cuello de la representación popular. El órgano de la industria pesada se aventuró en un momento difícil a beber las aguas envenenadas del marxismo. Con una notable habilidad, el periódico extraía del inmortal folleto una larga cita para explicar cómo y por qué el presidente francés, como encarnación de la "nación", obtuvo la preponderancia sobre el parlamento dividido. El mismo artículo en DAZ nos recuerda con la mayor oportunidad cómo en la primavera de 1890, Bismarck desarrolló un plan para un cambio gubernamental más adecuado. Napoleón III y Bismarck, como precursores del gobierno presidencial, son llamados por su verdadero nombre por el periódico de Berlín, que, al menos en agosto, jugaba el papel de órgano oficial.

Citar *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* al referirse al "20 de julio de Papen" es, por supuesto, muy arriesgado, puesto que Marx caracterizó al régimen de Napoleón en los términos más agrios como el régimen de aventureros, estafadores y truhanes. En realidad, DAZ podía ser sujeto de sanción por calumnia maliciosa del gobierno. Pero si dejamos de lado este inconveniente incidental, queda no obstante el hecho indudable de que el instinto histórico llevó a DAZ al lugar acertado. Desgraciadamente, no puede decirse lo mismo de la sabiduría teórica de Thalheimer.

El bonapartismo de la era de la decadencia del capitalismo se diferencia totalmente del bonapartismo de la era del ascenso de la sociedad burguesa. El bonapartismo alemán no es apoyado *directamente* por la pequeña

burguesía del campo y de la ciudad, y eso no es casual. Precisamente por eso escribimos en una ocasión sobre la *debilidad* del gobierno de Papen, que se mantiene sólo por la neutralización de dos campos: el proletariado y los fascistas.

Pero detrás de Papen están los grandes terratenientes, los capitalistas financieros, los generales: así replican otros "marxistas". ¿Las clases poseedoras en sí mismas no representan una gran fuerza? Este argumento demuestra una vez más que es mucho más fácil comprender las relaciones de clase en su contorno sociológico general que en una forma histórica concreta. Sí, inmediatamente detrás de Papen están las cumbres poseedoras y solamente ellas: precisamente en ello está la causa de su debilidad.

Bajo las condiciones del capitalismo actual, un gobierno que no sea el instrumento del capital financiero es imposible en general. Pero de todos los instrumentos posibles, el gobierno de Papen es el menos estable. Si las clases dominantes pudiesen gobernar directamente, no tendrían ninguna necesidad ni del parlamentarismo, ni de la socialdemocracia ni del fascismo. El gobierno de Papen expone demasiado claramente al capital financiero, dejándole incluso sin la sagrada hoja de parra prescrita por el comisario prusiano Bracht. Precisamente porque el gobierno "nacional" extrapartidista sólo puede hablar de hecho en nombre de las altas esferas sociales, el capital se cuida cada vez más de no identificarse con el gobierno de Papen. DAZ quiere encontrar apoyo para el gobierno presidencial en las masas nacionalsocialistas, y en la lengua de los ultimatos exige de Papen un bloque con Hitler, lo que significa la capitulación ante él.

Al valorar la "fuerza" del gobierno presidencial no debemos de olvidar que aunque el capital financiero esté detrás de Papen, esto no significa en modo alguno que caiga junto a él. El capital financiero tiene incontablemente más posibilidades que Hindenburg-Papen-Schleicher. En caso de una agudización de las contradicciones, queda la reserva del fascismo puro. En caso de un atenuamiento de las contradicciones, maniobrarán hasta que el proletariado ponga la rodilla sobre su pecho. Cuánto tiempo maniobrará Papen, el futuro próximo nos lo dirá.

Estas líneas aparecerán en la prensa cuando ya habrán tenido lugar las nuevas elecciones al *Reichstag*. La naturaleza bonapartista del gobierno "antifrancés" de Papen se manifestará inevitablemente con nueva fuerza, pero también su debilidad. Nos volveremos a ocupar de esto a su debido tiempo.

Ante la decisión*

El campo contrarrevolucionario

Los cambios de gobierno desde la época de Brüning demuestran cuán superficial y vacía es la filosofía universal del fascismo (el fascismo perfecto, el nacionalfascismo, el socialfascismo, el socialfascismo de izquierda) con que los estalinistas lo califican todo y a todos, excepto a ellos mismos. La costra superior de los poseedores es demasiado poco numerosa y demasiado odiada por el pueblo para poder gobernar en su propio nombre. Necesitan una pantalla: monárquica tradicional ("la gracia de dios"); liberal-parlamentaria ("la soberanía del pueblo"); bonapartista ("el árbitro imparcial") o, por último, fascista ("la cólera del pueblo"). La guerra y la revolución les han privado de la monarquía. Gracias a los reformistas, se han mantenido durante catorce años sobre las muletas de la democracia. Cuando, bajo la presión de las contradicciones de clase, el parlamento se dividió en pedazos, intentaron ocultarse tras la espalda del presidente. Así se inicia el capítulo del *bonapartismo*, es decir, del gobierno burocrático-policial que se eleva por encima de la sociedad y que se mantiene sobre el equilibrio relativo entre los dos campos opuestos.

Pasando por los gobiernos transitorios de Brüning y de Papen, el bonapartismo adquirió su forma más pura en la persona del general Schleicher, pero sólo para desvelar en él su insolvencia. Hostiles, recelosas o inquietas, todas las clases fijaron sus miradas en esta figura política enigmática que apenas parecía un signo de interrogación con las charreteras de general. Pero la causa principal del fracaso de Schleicher, y al mismo tiempo de sus éxitos precedentes, no reside en sí mismo: el bonapartismo no puede lograr la estabilidad en tanto que el campo de la revolución y el campo de la contrarrevolución no hayan medida sus fuerzas en la batalla. Además, la terrible crisis industrial y agrícola que pende del país como una pesadilla no fa-

---

* Escrito el 5 de febrero de 1933, fue publicado por primera vez en el *Biulleten Oppozitsii,* n.º 3, marzo de 1933. El *Postscriptum* está fechado el 6 de febrero de 1933.

cilita el equilibrismo bonapartista. Es cierto que a primera vista la pasividad del proletariado facilitaba grandemente las tareas del "general social". Pero ocurrió al revés; precisamente esta pasividad aflojó el cerco de temor que mantenía unidas a las clases poseedoras, sacando a la luz los antagonismos que las desgarraban.

Económicamente, la economía rural alemana lleva una existencia parasitaria, y es una bola pesada atada a los pies de la industria. Pero la estrecha base social de la burguesía industrial convierte en una necesidad *política* la preservación de la agricultura "nacional", es decir, la clase de los *junkers* y campesinos ricos junto a todos los estratos que dependen de ellos. Bismarck fue el fundador de esta política, uniendo firmemente a agrarios e industriales por medio de las victorias militares, del oro de las indemnizaciones, de los altos beneficios y del temor al proletariado. Pero la época de Bismarck ha pasado a mejor vida. La Alemania actual no surge de las victorias, sino de la derrota. Francia no le paga ninguna indemnización, sino que ella le paga a Francia. El capitalismo decadente no produce ningún beneficio, no abre ninguna perspectiva. El único cemento que une a las clases poseedoras es su miedo a los obreros. Sin embargo, el proletariado alemán —de lo que es completamente responsable su dirección— permanece paralizado en el período más crítico, y los antagonismos entre las clases poseedoras estallan públicamente. Con la pasividad expectante del campo de la izquierda, el "general social" cayó bajo los golpes de la derecha.

Cuando esto ocurrió, la costra superior de las clases poseedoras hizo su balance gubernamental: en el pasivo, una división en sus propias filas; en el activo, un mariscal de campo octogenario. ¿Qué más quedaba? Nada, excepto Hugenberg. Así como Schleicher personificaba la idea pura del bonapartismo, Hugenberg personificaba en sí mismo la idea químicamente pura de la propiedad. El general estuvo esquivo, negándose a responder a la cuestión de qué es mejor, el capitalismo o el socialismo; Hugenberg afirma sin ambages que no hay nada mejor que un *junker* del Este del Elba en el trono. La forma de propiedad más arraigada, más importante y más estable es la propiedad privada de la tierra. Si económicamente la agricultura alemana es mantenida por la industria, lo más adecuado es que no sea otro que Hugenberg quien esté al frente de la lucha política de los poseedores contra el pueblo.

Así, el régimen del árbitro supremo, elevado por encima de todas las clases y partidos, ha llevado en línea recta a la supremacía del Partido Nacionalista Alemán, la camarilla más codiciosa y avara de propietarios. El gobierno de Hugenberg representa la quintaesencia del parasitismo social. Pero es precisamente por esto que, cuando se vuelve necesario, en su estado puro se convierte en imposible. Hugenberg necesita una pantalla. Aún hoy no puede ocultarse tras la capa de un *kaiser*, y está obligado a recurrir

a la camisa parda de los nazis. Si no se puede obtener por medio de la monarquía la sanción de las fuerzas celestiales para los propietarios, queda la sanción de la plebe reaccionaria y desenfrenada.

La investidura de Hitler con el poder servía un doble objetivo: primero, embellecer a la camarilla de propietarios con los dirigentes de un "movimiento nacional"; segundo, poner a las fuerzas de combate del fascismo a la disposición directa de los propietarios.

No fue con el corazón ligero que la poderosa camarilla superior pactó con los hediondos fascistas. Detrás de los advenedizos desenfrenados hay demasiados, demasiados puños; y en eso reside el aspecto peligroso de los aliados camisas pardas; pero en eso mismo está su ventaja fundamental, o más exactamente, su única ventaja. Y ésta es la ventaja decisiva, puesto que ésta es una época tal que no hay otra forma de garantizar la propiedad que mediante los puños. No hay manera de prescindir de los nazis. Pero es asimismo imposible entregarles el poder efectivo; en la actualidad, la amenaza del proletariado no es tan aguda como para que las altas esferas puedan provocar conscientemente una guerra civil de resultado problemático. Es a esta nueva fase en el desarrollo de la crisis social de Alemania que corresponde la nueva combinación gubernamental, en la que los puestos militares y económicos siguen en manos de los amos, mientras se asignan a los plebeyos los puestos decorativos o secundarios. La función oficiosa, pero tanto más real, de los ministros fascistas es agarrotar a la revolución con el terror. Sin embargo, los fascistas deben realizar la eliminación y aniquilación de la vanguardia proletaria sólo dentro de los límites fijados por los representantes de los agrarios e industriales. Tal es el plan. Pero, ¿cómo resultará su ejecución?

El gobierno de Hugenberg-Hitler incluye un complejo sistema de contradicciones: entre los representantes tradicionales de los agrarios, por una parte, y los autorizados representantes del gran capital, por la otra; entre éstos dos, por una parte, y los oráculos de la pequeña burguesía reaccionaria, por la otra. La combinación es extremadamente inestable. En su forma actual, no puede durar mucho. ¿Qué la sustituirá en un caso de que se hunda? En vista de que los instrumentos fundamentales de poder no están en manos de Hitler, y puesto que él ha demostrado ampliamente que además de su odio al proletariado, tiene un profundo terror orgánico a las clases poseedoras y a sus instituciones, es imposible excluir por completo la posibilidad de que las altas esferas, en caso de ruptura con los nazis, intenten de nuevo tomar el camino del bonapartismo presidencial. Sin embargo, la probabilidad de semejante variación, que por otra parte tendría sólo un carácter episódico, es extremadamente insignificante. Es infinitamente más probable que la crisis siga desarrollándose en dirección al fascismo. Hitler canciller es un desafío tan abierto dirigido al proletariado que una reacción de

masas, incluso, en el peor de los casos, una serie de reacciones dispersas, es absolutamente inevitable. Y esto bastará para empujar a los fascistas a los lugares principales, desplazando a sus demasiado pesados mentores. Pero con una sola condición: que los fascistas se mantengan firmes.

La toma del poder por Hitler es indudablemente un golpe terrible para la clase obrera. Pero esto no es todavía una derrota decisiva o irremediable. El enemigo, que podía haber sido aplastado mientras sólo se esforzaba por llegar al poder, ha ocupado en la actualidad toda una serie de puestos de mando. Esto les permite una gran ventaja, pero todavía no ha tenido lugar la batalla. La ocupación de posiciones ventajosas no decide nada por sí misma; son las fuerzas vivas lo decisivo.

La *Reichswher* y la policía, la *Stahlhelm*, y las tropas de asalto nazis constituyen tres ejércitos independientes al servicio de las clases poseedoras. Pero por el verdadero significado de la actual combinación gubernamental, estos ejércitos no están unidos en una sola mano. La *Reichswher*, por no hablar de la *Stahlhelm*, no esta en las manos de Hitler. Sus propias fuerzas armadas representan una masa problemática que todavía tiene que ser puesta a prueba. Sus millones de reserva son desperdicios humanos. Para conquistar todo el poder, Hitler debe provocar una apariencia de guerra civil (él mismo teme una verdadera guerra civil). Sus sólidos colegas del ministerio, a cuya disposición están la *Reichswher* y la *Stahlhelm*, preferirían estrangular al proletariado con medidas "pacíficas". Ellos están mucho menos inclinados a provocar una pequeña guerra civil por temor a una grande. De esta manera, queda un trecho no pequeño entre el ministerio encabezado por el canciller fascista y la victoria completa del fascismo. Esto significa que el campo revolucionario todavía dispone de tiempo. ¿Cuánto? Es imposible de calcular de antemano. Sólo las batallas pueden medir su duración.

EL CAMPO PROLETARIO

Cuando el Partido Comunista oficial declara que la socialdemocracia es el más importante sostén de la dominación burguesa, no hace más que repetir la idea que sirvió como punto de partida para la organización de la Tercera Internacional. Cuando la burguesía la llama al poder, la socialdemocracia vota a favor del régimen capitalista. La socialdemocracia tolera (soporta) a cualquier gobierno burgués que tolere a la socialdemocracia. Pero incluso cuando es completamente excluida del poder, la socialdemocracia sigue sosteniendo la sociedad burguesa, recomendando a los obreros que reserven sus fuerzas para batallas a las que jamás está dispuesta a llamar. Al paralizar la energía revolucionaria del proletariado, la socialdemocracia

proporciona a la sociedad burguesa una oportunidad de sobrevivir bajo condiciones en que no puede vivir mucho tiempo, convirtiendo así el fascismo en una necesidad política. El llamamiento de Hitler al poder proviene del mariscal de campo de los Hohenzollern, ¡que había sido elegido por los votos de los obreros socialdemócratas! La sucesión de figuras políticas, desde Wels hasta Hitler, es completamente aparente. No puede haber dos opiniones diferentes sobre esto entre los marxistas. Pero lo que está en cuestión no es cómo interpretar una situación política, sino cómo transformarla de manera revolucionaria.

La falta de la burocracia estalinista no es que sea "irreconciliable", sino que es políticamente impotente. Del hecho de que el bolchevismo, bajo la dirección de Lenin, se demostró victorioso en Rusia, la burocracia estalinista deduce que es "deber" del proletariado alemán agruparse alrededor de Thaelmann. Su ultimátum dice: a menos que los obreros alemanes acepten de antemano, a priori y sin reservas la dirección comunista, no deben atreverse siquiera a pensar en batallas serias. Los estalinistas lo dicen de otra manera. Pero ningún rodeo, limitación ni triquiñuela oratoria cambia nada del carácter fundamental del ultimatismo burocrático, que ayudó a la socialdemocracia a entregar Alemania a Hitler.

La historia de la clase obrera alemana desde 1914 constituye la página más trágica de la historia moderna. ¡Qué espantosas traiciones de su partido histórico, la socialdemocracia! ¡Qué incapacidad e impotencia de su ala revolucionaria! Pero no hay necesidad de retroceder tan atrás. Durante los pasados dos o tres años de avance fascista, la política de la burocracia estalinista no ha sido nada más que una cadena de crímenes que salvaron literalmente al reformismo, y con ello prepararon los éxitos subsiguientes del fascismo. En el presente, cuando el enemigo ya ha ocupado importantes puestos de mando, surge inevitablemente la pregunta: ¿No es demasiado tarde para llamar a reagrupar fuerzas para repeler al enemigo? Pero antes hemos de responder otra pregunta, ¿qué significa "demasiado, tarde" en el caso presente? ¿Debe entenderse esto como que incluso la media vuelta más audaz por el camino de la política revolucionaria ya no es capaz de cambiar radicalmente la relación de fuerzas? ¿O significa que no hay ni la posibilidad ni la esperanza de lograr el viraje necesario? Estas son dos cuestiones diferentes.

En lo que hemos dicho antes, ya hemos dado, en efecto, respuesta a la primera. Aun bajo las condiciones más favorables para Hitler, requiere largos meses —¡y qué críticos meses!— para establecer la hegemonía del fascismo. Si se toma en consideración la agudeza de la situación económica y política, el carácter ominoso del peligro actual, la terrible inquietud de los obreros, su número, su exasperación, la presencia de elementos combativos experimentados en sus filas, y la capacidad incomparable de los obreros

alemanes para la organización y la disciplina, entonces la respuesta está clara: durante esos meses necesarios a los fascistas para destruir los obstáculos internos y externos y estabilizar su dictadura, el proletariado, bajo una dirección correcta, puede llegar al poder dos o tres veces.

Hace dos años y medio, la Oposición de Izquierda propuso con insistencia que todas las instituciones y organizaciones del Partido Comunista, desde el Comité Ejecutivo Central hasta la más pequeña célula provincial, se volviesen inmediatamente hacia las organizaciones socialdemócratas paralelas con una propuesta concreta de acción común contra la supresión inminente de la democracia proletaria. Si se hubiese desarrollado una lucha contra los nazis sobre esta base, Hitler no sería hoy canciller, y el Partido Comunista ocuparía el lugar dirigente en el seno de la clase obrera. Pero no se puede volver al pasado. Las consecuencias de los errores cometidos han logrado convertirse en hechos políticos y en la actualidad forman parte del panorama objetivo. La situación hay que tomarla tal como es. No tenía que haber llegado a ser tan mala, pero no es desesperada. Un viraje político —real, audaz, sincero, completamente meditado— puede salvar por entero la situación y despejar el camino para el triunfo.

Hitler necesita tiempo. Una recuperación del comercio y la industria, si se convirtiese en realidad, no significaría de ningún modo el fortalecimiento del fascismo frente al proletariado. Al menor signo de mejoría, el capital, que ha estado hambriento de beneficios, sentirá la aguda necesidad de paz en las fábricas, y esto cambiará de golpe la correlación de fuerzas a favor de los obreros. Para que la lucha económica se funda desde el principio con la lucha política, es apremiante que los comunistas estén en sus puestos, es decir, en las fábricas y en los sindicatos. Los dirigentes socialdemócratas han anunciado que desean un acuerdo con los obreros comunistas. Muy bien. Que los 300.000 obreros pertenecientes a la RGO tomen la palabra a los reformistas y se dirijan a la ADGB con la propuesta de entrar inmediatamente en los Sindicatos Libres como fracción. Semejante iniciativa provocará un cambio en la autoestimación de los obreros y, por tanto, de toda la situación política.

No obstante, ¿es posible el viraje? A eso se reduce la tarea en el momento actual. Como regla, los vulgarizadores de Marx, que gravitan hacia el fatalismo, no observan en la arena política más que causas objetivas. Entretanto, cuanto más se agudiza la lucha de clases, más se aproxima a la catástrofe, con más frecuencia la clave de toda la situación está confiada a un partido determinado y a su dirección. En este momento, la cuestión se plantea de esta manera: si en el pasado la burocracia estalinista se ha mantenido en el camino del ultimatismo estúpido, a pesar de la presión de, digamos, diez atmósferas políticas, ¿será capaz de resistir una presión diez veces mayor, de cien atmósferas?

Pero, ¿tal vez entrarán en acción las masas derribando los obstáculos del aparato, a la manera en que estalló la huelga del transporte en Berlín, en noviembre de 1932? No hay base, ciertamente, para considerar excluido el movimiento espontáneo de las masas. Para que sea efectivo, en esta ocasión debe superar el alcance de la huelga de Berlín en cien o doscientas veces. El proletariado alemán es lo suficientemente poderoso como para sumergirse en semejante movimiento, incluso sí se le obstruye desde arriba. Pero a los movimientos espontáneos se les llama así precisamente porque comienzan sin dirección. Nuestra pregunta plantea el problema de qué debe hacer el partido para dar empuje al movimiento de masas, para ayudarle a alcanzar toda su envergadura, para ocupar un lugar a su cabeza y garantizarle la victoria...

Los telegramas de hoy han traído la noticia de una huelga general en Lübeck como respuesta a la detención de un funcionario socialdemócrata. Este hecho, si es cierto, no rehabilita en lo más mínimo a la burocracia socialdemócrata. Pero condena irrevocablemente a los estalinistas junto con sus teorías del socialfascismo. Sólo el desarrollo y la agudización del antagonismo entre nacionalsocialistas y socialdemócratas puede sacar a los comunistas de su aislamiento, tras todos los errores cometidos, y abrir el camino hacia la revolución. Sin embargo, no hay que entorpecer, sino ayudar este proceso que surge de la lógica de las relaciones mismas. El camino para ello es a través de la política audaz de *frente único.*

Las elecciones de marzo, a las que se agarrará la socialdemocracia para paralizar la energía de los obreros, en sí mismas no resolverán nada, por supuesto. Si antes de las elecciones no tienen lugar mayores acontecimientos, que desplacen el problema a otro plano, el Partido Comunista debe obtener automáticamente un aumento de votos. Este sería incontablemente mayor si el Partido Comunista asumiese desde ahora mismo la iniciativa de un frente único defensivo. Sí, ¡es de defensa de lo que se trata en la actualidad! Pero el Partido Comunista puede perderse si, en pos de la socialdemocracia, incluso aunque en términos diferentes, convierte su agitación electoral en un vocerío, puramente parlamentario, en un medio de distraer la atención de las masas de su impotencia actual y de prepararse para la defensa. La política audaz de frente único es, en este momento, la única base correcta incluso para la campaña electoral.

De nuevo, ¿hay fuerzas suficientes en el Partido Comunista para el viraje? ¿Tendrán los obreros comunistas suficiente energía y resolución para ayudar a que la presión de cien atmósferas se abra camino en los cráneos burocráticos? No importa cuán ofensivo pueda ser el reconocerlo, es así como se plantea la cuestión en la actualidad...

Las líneas anteriores fueron escritas cuando supimos, con el retraso inevitable, por los periódicos alemanes, que Moscú había dado por fin la se-

ñal de alarma al CEC del Partido Comunista alemán: ha sonado la paz hora para un acuerdo con la socialdemocracia. No tengo ninguna confirmación de esta noticia, pero huele a cierta: la burocracia estalinista ordena un viraje sólo después de que los acontecimientos hayan golpeado en la cabeza a la clase obrera (en la URSS, en China, en Inglaterra, en Alemania). Cuando el canciller fascista apunta con sus metralletas a la sien del proletariado atado de pies y manos, entonces y sólo entonces se inspira el presidium de la Comintern: ha llegado el momento de desatar las cuerdas.

No es preciso decir que la Oposición de Izquierda se situará firmemente en el terreno de este reconocimiento tardío e intentará extraer de él todo lo posible para la victoria del proletariado. Pero, aun cuando actuemos así, la Oposición de Izquierda no olvidará ni por un momento que el viraje de la Comintern es un zigzag puramente empírico puesto en práctica bajo los efectos del pánico. Los individuos que asimilan la socialdemocracia con el fascismo son capaces, en el proceso de lucha con el fascismo, de pasar a una idealización de la socialdemocracia. Debemos vigilar atentamente para preservar la completa independencia política del comunismo; para coordinar los golpes organizativamente, pero sin mezclar las banderas; para mantener una lealtad absoluta en nuestras relaciones con nuestro aliado, pero vigilándolo como el enemigo de mañana[1].

Si la fracción estalinista lleva a cabo realmente el viraje dictado por toda la situación, la Oposición de Izquierda, por supuesto, ocupará su lugar en las filas de combate comunes. Pero la confianza de las masas en este viraje será tanto mayor cuanto más democráticamente se realice. Los discursos de Thaelmann o los manifiestos del Comité Ejecutivo Central son demasiado poco para el alcance actual de los acontecimientos. Se necesita la voz del partido. Se necesita un congreso del partido. ¡No hay otra forma de restablecer la confianza del partido en sí mismo, ni de profundizar la confianza de los obreros en el partido! El congreso debe tener lugar dentro de dos o tres semanas, y no después de la apertura del *Reichstag* (si es que el *Reichstag* se vuelve a reunir).

El programa de acción es claro y sencillo:

Propuesta inmediata a todas las organizaciones socialdemócratas, de la dirección a la base, de un frente único defensivo.

Preparación inmediata de un congreso extraordinario del partido.

---

1. A la luz de los recientes acontecimientos y frente al panorama de los trágicos errores de los estalinistas, la historia de la capitulación de Wels y Cía. parece un interludio cómico en una tragedia de Shakespeare. Esos señores afirmaban ayer que el peligro del fascismo estaba liquidado, gracias a la política correcta del partido [SPD]; y que la política del frente único, permitida en el pasado, en adelante es contrarrevolucionaria. El día después de estas manifestaciones, Hitler llegaba al poder y Stalin declaraba que la política de frente único, hacía poco contrarrevolucionaria, es en adelante necesaria. (N. A.)

¡Está en juego la suerte de la clase obrera, la suerte de la Internacional Comunista y —no lo olvidemos— la suerte de la república soviética!

Postscriptum

¿Cuáles son los planes posibles del gobierno Hitler-Hugenberg en relación a las elecciones al *Reichstag*? Es absolutamente evidente que el gobierno actual no puede tolerar un *Reichstag* con una oposición mayoritaria. En vista de ello, la campaña y las elecciones están destinadas a llevar, de una forma o de otra, a un *denouement**. El gobierno comprende que incluso su victoria electoral total, es decir, sí reciben el 51 % de los mandatos en el parlamento, no sólo no significará una solución pacífica de la crisis, sino que, por el contrario, puede ser la señal para un movimiento decisivo contra el fascismo. Es por esto por lo que el gobierno tiene que estar preparado para una acción decisiva para el momento en que sean conocidos los resultados electorales.

La necesaria movilización de fuerzas previa para ello no se demostrará menos aplicable en el caso de que los partidos de gobierno se asusten de estar en minoría y, consecuentemente, deban abandonar en último término el terreno de la legalidad de Weimar. De este modo, en ambos casos, en el caso de la derrota parlamentaria del gobierno (menos del 50 %) y en el de su victoria (más del 50 %) hay que esperar igualmente que las nuevas elecciones sean la ocasión de una lucha decisiva.

No está excluida una tercera variante: bajo el pretexto de preparar las elecciones, los nacionalsocialistas llevan a cabo un golpe de Estado sin esperar a las elecciones. Tácticamente, un paso de este tipo sería más correcto, desde el punto de vista de los nazis. Pero teniendo en cuenta el carácter pequeñoburgués del partido, su incapacidad para una iniciativa independiente y su dependencia de sus recelosos aliados, es necesario deducir que Hitler difícilmente se decidiría por este paso. Que semejante paso fuese planeado por Hitler conjuntamente con sus aliados sería muy poco verosímil, puesto que la segunda función de las elecciones es precisamente modificar la medida de la participación de sus aliados en el gobierno.

Sin embargo, en la labor de agitación es necesario avanzar esta tercera posibilidad. Si los ánimos se encendieran demasiado en el período preelectoral, para el gobierno sería necesario un golpe de Estado, aunque sus planes prácticos del momento no vayan tan lejos.

En cualquier caso, está perfectamente claro que, en sus valoraciones tácticas, el proletariado debe actuar en términos de muy poco tiempo. Obviamente, ni una mayoría gubernamental en el *Reichstag*, la dimisión del nue-

* En francés en el original: solución o desenlace.

vo *Reichstag* durante un período indefinido, ni un golpe fascista antes de las elecciones significará la solución final de la cuestión a favor del fascismo. Pero cada una de estas tres variantes significaría una fase muy importante, nueva, en la lucha entre la revolución y la contrarrevolución.

La tarea de la Oposición de Izquierda durante la campaña electoral es dar a los trabajadores un análisis de las tres variantes posibles, en la perspectiva global de una lucha a muerte inevitable entre el proletariado y el fascismo. Planteando así la cuestión se da a la agitación por la política de frente único la concreción necesaria.

El Partido Comunista ha proclamado incesantemente: "El proletariado está en una ofensiva creciente". A esto responde el SAP: "No, el proletariado está a la defensiva; sólo nosotros lo llamamos a la ofensiva". Ambas fórmulas demuestran que esa gente no sabe lo que significan ofensiva y defensiva, es decir, el ataque y la defensa. Lo desgraciado del asunto es que el proletariado no está a la defensiva, sino en una retirada que mañana puede convertirse en una huida pavorosa.

Nosotros llamamos al proletariado no a la ofensiva sino a una *defensa activa*. Precisamente el carácter defensivo de las operaciones (defensa de las organizaciones proletarias, de los periódicos, de las reuniones, etc.) constituye el punto de partida de un frente único en relación a la socialdemocracia. Saltar por encima de la fórmula de la defensa activa significa utilizar frases ruidosas pero vacías. Evidentemente, en caso de éxito, la defensa activa se convertiría en ofensiva. Pero esto sería una fase posterior; el camino para eso pasa por el frente único para la defensa.

Para exponer más claramente la significación histórica de las acciones y decisiones del Partido Comunista en estos días y semanas es necesario, en mi opinión, plantear el problema ante los comunistas sin la menor concesión; al contrarío, con toda la dureza e implacabilidad: la renuncia del partido al frente único y a la creación de comités locales de defensa, es decir, futuros sóviets, significa la capitulación del partido ante el fascismo, un crimen histórico equivalente a la liquidación del partido y de la Internacional Comunista. En caso de semejante desastre, el proletariado, por entre montones de cadáveres, a través de años de calamidades y sufrimientos insoportables, vendrá a la Cuarta Internacional.

El frente único defensivo*

Carta a un obrero socialdemócrata

Este folleto se dirige a los obreros socialdemócratas, aunque el autor pertenezca personalmente a otro partido. Los desacuerdos entre el comunismo y la socialdemocracia han llegado muy lejos. Yo los considero irreconciliables. Sin embargo, el curso de los acontecimientos plantea con frecuencia ante la clase obrera tareas que exigen imperiosamente la acción común de los dos partidos. ¿Es posible una acción semejante? Perfectamente posible, como atestiguan la teoría y la experiencia histórica: todo depende de las condiciones y el carácter de las tareas citadas. Ahora es mucho más fácil emprender una acción conjunta, cuando para el proletariado no se trata de iniciar la ofensiva por lograr nuevos objetivos, sino de defender las posiciones ya conquistadas.

Así es como se plantea la cuestión en Alemania. El proletariado alemán está en una situación en que retrocede y entrega sus posiciones. Seguramente no faltan charlatanes que afirmen que al parecer estamos en presencia de una ofensiva revolucionaria. Evidentemente, esa gente no sabe distinguir entre su derecha y su izquierda. No hay ninguna duda de que sonará la hora de la ofensiva. Pero hoy el problema es detener la *retirada* desordenada y proceder a reagrupar fuerzas para la ofensiva. En política, como en el arte militar, comprender claramente un problema es facilitar su solución. Estar intoxicado de frases es ayudar al adversario. Hay que ver claramente lo que ocurre: el enemigo de clase, esto es, el capital monopolista y los grandes propietarios feudales, dispersados por la Revolución de Noviembre, ataca en toda la línea de combate. El enemigo utiliza dos medios de diferente origen histórico: en primer lugar, el aparato militar y policiaco preparado por todos los gobiernos anteriores, situados en el terreno de la Constitución de Weimar; en segundo lugar, el nacionalsocialismo, es decir, las tropas de la contrarrevolución pequeñoburguesa que el capital financiero arma e incita contra los obreros.

---

* Escrito el 23 de febrero de 1933, fue publicado en *The Militant*, 1 y 15 de abril de 1933.

El objetivo del capital y de la casta terrateniente está claro: aplastar las organizaciones del proletariado, quitarles la posibilidad no sólo de tomar la ofensiva, sino también de defenderse. Como puede verse, veinte años de colaboración de la socialdemocracia con la burguesía no han ablandado ni un ápice el corazón de los capitalistas. Éstos sólo reconocen una ley: la lucha por el beneficio. Y llevan esta lucha con una fiereza y una determinación implacables, no deteniéndose ante nada y todavía menos ante sus propias leyes.

La clase de los explotadores habría preferido desarmar y atomizar al proletariado con el menor coste posible, sin guerra civil, con la ayuda de la policía y el ejército de la república de Weimar. Pero teme, y con razón, que los medios "legales" sean por sí mismos insuficientes para hacer retroceder a los obreros a una posición en que no tengan ningún derecho. Para esto, necesita al fascismo como una fuerza complementaria. Pero el partido de Hitler, cebado por el capital monopolista, quiere convertirse no en una fuerza complementaria, sino en la única fuerza gobernante de Alemania. Esta situación origina conflictos incesantes entre los aliados gubernamentales, conflictos que a veces alcanzan un carácter crítico. Los salvadores pueden permitirse el lujo de entretenerse en intrigas sólo porque el proletariado abandona sus posiciones sin batalla y se retira sin plan, sin sistema y sin dirección. El enemigo está tan suelto que no deja de discutir en público cómo y cuándo dar el siguiente golpe: ataque frontal, hundiendo el flanco izquierdo comunista, penetrando profundamente en la retaguardia de los sindicatos y cortar las comunicaciones, etc... Los explotadores a quienes ha salvado hablan de la república de Weimar como si fuera una lámpara gastada; se preguntan si todavía tiene que ser utilizada o arrojada bien lejos.

La burguesía disfruta de plena libertad de maniobra, es decir, para elegir los medios, la ocasión y el lugar. Sus jefes combinan las armas de la ley y las armas del bandolerismo. El proletariado no combina nada en absoluto y no se defiende. Sus tropas están divididas, y sus jefes discurren lánguidamente sobre si es posible o no asociar las fuerzas. En eso reside la esencia de las discusiones interminables sobre el frente único. Si los obreros de vanguardia no toman conciencia de la situación y. no intervienen rápidamente en el debate, el proletariado alemán puede verse crucificado durante años en la cruz del fascismo.

¿NO ES DEMASIADO TARDE?

Puede ser que aquí mi interlocutor socialdemócrata me interrumpa y diga, "¿no vienes demasiado tarde a hacer propaganda del frente único? ¿Qué hacías antes?".

Esta objeción no sería correcta. No es ésta la primera ocasión en que se plantea la cuestión de un frente único defensivo contra el fascismo. Me permito remitirme a lo que tuve ocasión de decir sobre este tema en septiembre de 1930, tras el primer gran éxito de los nacionalsocialistas. Dirigiéndome a los obreros comunistas, escribía:

"El Partido Comunista debe llamar a la defensa de las posiciones materiales y morales que la clase obrera ha logrado conquistar en el Estado alemán. Esto se refiere muy directamente al destino de las organizaciones políticas obreras, los sindicatos, periódicos, imprentas, clubes, bibliotecas, etc. Los obreros comunistas deben decir a sus compañeros socialdemócratas: "Las políticas de nuestros partidos se oponen irreconciliablemente; pero si los fascistas vienen esta noche a destrozar el local de vuestra organización, vendremos corriendo, arma en mano, para ayudaros. ¿Nos prometéis que si nuestra organización es amenazada correréis en nuestra ayuda?". Esta es la quintaesencia de nuestra política en el período actual. Toda nuestra agitación debe ser acometida en este tono.

"Cuanto más persistente, seria y precavidamente... llevemos a cabo esta agitación; cuanto más propongamos serias medidas defensivas en cada fábrica, en cada barrio y distrito obrero, menor será el peligro de que nos coja por sorpresa un ataque fascista, y mayor será la certeza de que semejante ataque unirá, en vez de separar, las filas de los obreros".

El folleto del que tomo este extracto fue escrito hace dos años y medio. Hoy no existe la más ligera duda de que si se hubiera adoptado a tiempo esta política, Hitler no sería canciller en la actualidad, y las posiciones del proletariado alemán serían intomables. Pero no se puede volver al pasado. Como resultado de los errores cometidos y del tiempo que se dejó pasar, el problema de la defensa se plantea hoy con mucha mayor dificultad: pero la tarea sigue siendo la de entonces. Incluso ahora es posible alterar la relación de fuerzas a favor del proletariado. Para este objetivo, hay que tener un plan, un método, una combinación de fuerzas para la defensa, Pero, ante todo hay que tener la voluntad de defenderse. Me apresuro a añadir que sólo se defiende bien quien no se limita a la defensiva, sino quien, a la primera ocasión, esta decidido a pasar a la ofensiva.

¿Qué actitud adopta hacia esta cuestión la socialdemocracia?

UN PACTO DE NO AGRESIÓN

Los dirigentes socialdemócratas proponen al Partido Comunista sellar un "pacto de no agresión". Cuando leí por primera vez esta frase en el *Vorwärts*, pensé que era una broma casual y no muy feliz. Sin embargo, la fórmula del pacto de no agresión esta hoy en boga y, en la actualidad, está en

el centro de todas las discusiones. Los dirigentes socialdemócratas no carecen de políticas probadas y habilidosas. Mayor razón para preguntarse cómo es que han podido elegir una consigna semejante, que va contra sus propios intereses.

La fórmula ha sido copiada de la diplomacia. El significado de este tipo de pacto es el siguiente: dos Estados que tienen causas suficientes para ir a la guerra, se comprometen durante un período determinado a no recurrir mutuamente a la fuerza de las armas. La Unión Soviética, por ejemplo, ha firmado un pacto semejante, inflexiblemente limitado, con Polonia. Suponiendo que estallase una guerra entre Alemania y Polonia, el pacto citado no obligaría en forma alguna a la Unión Soviética a acudir en ayuda de Polonia. No agresión, y nada más. No implica, de ninguna manera, una acción defensiva común; por el contrario, la excluye: sin esto, el pacto tendría un carácter completamente diferente y tendría que llamársele con un nombre completamente diferente.

¿Qué sentido, pues, dan los dirigentes socialdemócratas a esta fórmula? ¿Amenazan los comunistas con meterse en el saco a las organizaciones socialdemócratas? ¿O está dispuesta la socialdemocracia a emprender una cruzada contra los comunistas? En realidad, lo que está en cuestión es algo enteramente diferente. Si se quiere emplear el lenguaje de la diplomacia, sería mejor hablar no de un *pacto de no agresión*, sino de una *alianza defensiva* contra un tercer partido, es decir, contra el fascismo. El objetivo no es detener ni conjurar una lucha armada entre comunistas y socialdemócratas —en eso no hay problema de un peligro de guerra—, sino de unir las fuerzas de los socialdemócratas y de los comunistas contra el ataque armado que ya han lanzado contra ellos los nacionalsocialistas.

Por increíble que pueda parecer, los dirigentes socialdemócratas están poniendo en lugar de la cuestión de la *defensa verdadera* contra las acciones armadas del fascismo, la cuestión de la *controversia política* entre comunistas y socialdemócratas. Es exactamente como si en lugar de cómo prevenir el descarrilamiento de un tren, se pusiera la cuestión de la necesidad de mutua cortesía entre los viajeros de segunda y tercera clase.

La desgracia, en todo caso, es que la desafortunada fórmula del "pacto de no agresión" no podrá ni servir para lograr el objetivo inferior en cuyo nombre se ha agarrado por los pelos. El compromiso asumido por dos Estados de no atacarse mutuamente no elimina en forma alguna su lucha, su polémica, sus intrigas y sus maniobras. Los periódicos polacos semioficiales, a pesar del pacto, echan espuma por la boca cuando hablan de la Unión Soviética. Por su parte, la prensa soviética está lejos de hacer cumplidos al régimen polaco. La pura verdad es que los dirigentes socialdemócratas han tomado un curso equivocado al intentar sustituir una fórmula diplomática convencional por las tareas políticas del proletariado.

ORGANIZAR CONJUNTAMENTE LA DEFENSA. NO OLVIDAR EL PASADO. PREPARARSE PARA EL FUTURO

Los periodistas socialdemócratas más prudentes traducen su pensamiento en este sentido: no se oponen a una "crítica basada en los hechos", pero están contra las desconfianzas, los insultos y las calumnias. ¡Una actitud muy loable! Pero, ¿cómo averiguar el límite entre la crítica consentida y las campañas inadmisibles? ¿Y dónde están los jueces imparciales? Como regla general, la crítica nunca gusta al criticado, sobre todo cuando no puede oponer ninguna objeción a lo esencial de la crítica.

La cuestión de si la crítica de los comunistas es buena o mala, es una cuestión aparte. Si los comunistas y los socialdemócratas tuviesen la misma opinión sobre este tema, no habrían dos partidos en el mundo, mutuamente independientes. Admitamos que la polémica de los comunistas no merezca mucho la pena. ¿Menoscaba ese hecho el peligro mortal del fascismo o hace desaparecer la necesidad de una resistencia común?

Sin embargo, miremos la otra cara del cuadro: la polémica de la socialdemocracia contra el comunismo. El *Vorwärts* (tomo simplemente el primer ejemplar a mano) publica el discurso que efectuó Stampfer sobre el pacto de no agresión. En este mismo número, aparece una caricatura con el siguiente lema: Los bolcheviques firman un pacto de no agresión con Pilsudsky, pero se niegan a firmar un pacto parecido con la socialdemocracia. Ahora bien, una caricatura también es una "agresión" polémica, y ésta en particular es de lo más desafortunada. El *Vorwärts* olvida por completo que existió un tratado de no agresión entre los sóviets y Alemania durante el período en que el socialdemócrata Müller estuvo al frente del gobierno del *Reich*.

El *Vorwärts* del 15 de febrero, en la misma página, defiende en la primera columna la idea de un pacto de no agresión, y en la cuarta columna acusa a los comunistas de que su comité de fábrica de la compañía Aschinger traicionó los intereses de los obreros durante las negociaciones de una nueva escala de salarios. Emplean abiertamente la palabra "traicionó". El secreto que hay detrás de esta polémica (¿es una crítica basada en los hechos o una campaña de difamación?) es muy simple: en esa época iban a tener lugar nuevas elecciones para el comité de fábrica de la compañía Aschinger. ¿Podemos, en interés del frente único, pregunta el *Vorwärts*, poner fin a ataques de este género? Para que eso ocurra, el *Vorwärts* tendría que dejar de ser lo que es, es decir, un periódico socialdemócrata. Si el *Vorwärts* cree que imprime a propósito de los comunistas su primera obligación es abrir los ojos de los obreros a las faltas, crímenes, y "traiciones" de aquellos. ¿Cómo podría ser de otra manera? La necesidad de un acuerdo de lucha proviene de la existencia de dos partidos, pero no la suprime. La vida política conti-

núa. Cada partido, incluso aunque adopte la actitud más sincera sobre la cuestión del frente único no puede dejar de pensar en su propio futuro.

LOS ADVERSARIOS CIERRAN FILAS FRENTE AL PELIGRO COMÚN

Supongamos por el momento que un miembro comunista del comité de fábrica de la compañía Aschinger le dice al miembro socialdemócrata: "Puesto que el *Vorwärts* caracteriza mi actitud sobre la cuestión de la escala de salarios como un acto de traición, no quiero defender junto a ti ni mi cabeza ni tu pescuezo de las balas fascistas". No importa con cuanta indulgencia queramos contemplar esta acción, sólo podríamos caracterizar la respuesta como completamente insensata.

El comunista inteligente, el bolchevique sensato, dirá al socialdemócrata: "Eres consciente de mi hostilidad hacia las opiniones expresadas por el *Vorwärts.* Dedico y dedicaré toda mi energía a socavar la peligrosa influencia que este periódico tiene entre los obreros. Pero eso lo hago y lo haré mediante mis discursos, la crítica y la persuasión. Pero los fascistas quieren acabar arbitrariamente con la existencia del *Vorwärts*. Te prometo que conjuntamente con vosotros defenderé vuestro periódico hasta el límite de mi capacidad, pero espero que digas que al primer llamamiento también vendréis en defensa de *Die Rote Fahne*, prescindiendo de tu actitud hacia sus opiniones". ¿No es ésta una manera irreprochable de plantear la cuestión? ¿No corresponde este método a los intereses fundamentales de todo el proletariado?

El bolchevique no exige al socialdemócrata que cambie la opinión que tiene del bolchevismo y de la prensa bolchevique. Además, no pide que el socialdemócrata guarde silencio durante la duración del acuerdo sobre su opinión del comunismo. Tal exigencia sería absolutamente imperdonable. El comunista dice: "En tanto yo no te haya convencido a ti y tú no me hayas convencido a mí, nos criticaremos mutuamente con total libertad, utilizando los argumentos y términos que cada cual juzgue necesarios. Pero cuando el fascista quiera amordazarnos la boca, ¡lo rechazaremos juntos!" ¿Puede negarse un obrero socialdemócrata inteligente a esta propuesta?

La polémica entre los periódicos comunista y socialdemócrata, no importa cuán encarnizada pueda ser, no puede impedir a quienes componen los periódicos que lleguen a un acuerdo de lucha para organizar una defensa común de sus prensas de los ataques de las bandas fascistas. Los diputados socialdemócratas y comunistas en el *Reichstag* y en los *Landtags*, los concejales, etc., están obligados a llegar a la defensa física mutua cuando los nazis recurran a los bastones cargados y a las sillas. ¿Se necesitan más ejemplos?

Lo que es cierto en cada caso particular también es cierto como regla general: la lucha inevitable en que están empeñados la socialdemocracia y el comunismo por ganar la dirección de la clase obrera no puede ni debe impedirles cerrar sus filas cuando hay golpes que amenazan a la clase obrera en su conjunto. ¿No es esto obvio?

DOS PESOS Y DOS BALANZAS

El *Vorwärts* está indignado porque los comunistas acusan a los socialdemócratas (Ebert, Scheidemann, Noske, Hermann Müller, Grzesinsky) de facilitar el camino a Hitler. El *Vorwärts* tiene un derecho legítimo a la indignación. Pero esta observación es demasiado: ¿cómo podemos, vocifera, formar un frente único con tales calumniadores? ¿Qué hay aquí: sentimentalismo? ¿Sensibilidad mojigata? No, eso realmente huele a hipocresía. En realidad, los dirigentes de la socialdemocracia alemana no pueden haber olvidado que Wilhem Liebknecht y August Bebel afirmaron a menudo que la socialdemocracia estaba dispuesta, para objetivos definidos, a llegar a un acuerdo con el diablo y con su abuela. Los fundadores de la socialdemocracia no exigían ciertamente que en esta ocasión el diablo dejase los cuernos en el museo ni que su abuela se convirtiese al luteranismo. ¿De dónde, pues, viene esta sensibilidad mojigata entre los políticos socialdemócratas que, desde 1924, han hecho frentes únicos con el káiser, Ludendorff, Gröner, Brüning, Hindenburg? ¿De dónde vienen estos dos pesos y estas dos balanzas: una para los partidos burgueses, la otra para los comunistas?

Los dirigentes del Centro consideran que todo infiel que niega los dogmas de la Iglesia católica, el único salvador, está condenado y destinado en breve a los tormentos eternos. Eso no impidió a Hilferding, que no tenía ninguna razón particular para creer en la inmaculada concepción, establecer un frente único con los católicos en el gobierno y en el parlamento. Junto con el Centro, los socialdemócratas pusieron en pie el "Frente de Hierro". Sin embargo, ni por un solo instante cesaron los católicos su dura propaganda ni su polémica en las iglesias. ¿Por qué esas exigencias de Hilferding para con los comunistas? O un cese completo de la crítica mutua, es decir, de la lucha de tendencias en el seno de la clase obrera, o un rechazo de toda acción conjunta. "¡O todo o nada!". La socialdemocracia nunca ha planteado tales ultimatos a la sociedad burguesa. Todo obrero socialdemócrata debe reflexionar sobre estos dos pesos y estas dos medidas.

Supongamos que en una reunión, incluso en la actualidad, alguien pregunta a Wels cómo es que la socialdemocracia, que dio a la república su primer canciller y su primer presidente, ha llevado al país a Hitler. Wels res-

ponderá seguramente que, en gran medida, es culpa del bolchevismo. Seguramente no habrá día en que el *Vorwärts* no deje de repetir esta explicación *ad nauseam*. ¿Pensáis que en el frente único con los comunistas renunciará a su derecho y deber de decir a los obreros lo que considera la verdad? Los comunistas, ciertamente, no tienen necesidad de eso. El frente único contra el fascismo es solamente un capitulo en el libro de la lucha del proletariado. Los capítulos pasados no pueden borrarse. El pasado no puede olvidarse. Debemos partir de él. Recordamos la alianza de Ebert con Gröner y el papel de Noske. Recordamos en qué condiciones murieron Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Nosotros, los bolcheviques, hemos enseñado a los obreros a no olvidar nada. Nosotros no le exigimos al diablo que se corte la cola: eso lo lastimaría y a nosotros no nos beneficiaría. Aceptamos al diablo tal como lo ha creado la naturaleza. No necesitamos el arrepentimiento de los dirigentes socialdemócratas ni su lealtad al marxismo; pero sí necesitamos *la voluntad de la socialdemocracia para luchar contra el enemigo que actualmente nos amenaza de muerte*. Por nuestra parte, estamos dispuestos a cumplir en la lucha común todas las promesas que hemos hecho. Prometemos luchar valientemente y llevar la lucha hasta el final. Eso basta para un acuerdo de lucha.

¡VUESTROS DIRIGENTES NO QUIEREN LUCHAR!

Sin embargo, todavía queda por saber por qué los dirigentes socialdemócratas hablan siempre de la polémica, de pactos de no agresión, y de las formas ofensivas de los comunistas en vez de responder esta sencilla cuestión: ¿de qué forma combatiremos a los fascistas? Por la sencilla razón de que los dirigentes socialdemócratas no quieren luchar. Acarician la esperanza de que Hindenburg los salve de Hitler. Ahora esperan otro milagro. No quieren luchar. Hace tiempo que perdieron el hábito de luchar. La lucha los aterroriza.

Stampfer escribió a Eisleben respecto a las acciones del bandolerismo fascista: "La fe en el derecho y la justicia no han muerto todavía en Alemania"[1].

Es imposible leer estas palabras sin revolverse. En lugar de llamar a un frente único de lucha, encontramos las palabras consoladoras: "La fe en la justicia no ha muerto". Ahora bien, la burguesía tiene su justicia, y el proletariado también tiene la suya. La injusticia armada siempre surge de la cima de la justicia desarmada. Toda la historia de la humanidad lo demuestra. Quienquiera que efectúe un llamamiento a este evidente fantasma de la justicia está engañando al proletariado. Cualquiera que desee la victoria de la

1. *Vorwärts*, 14 de febrero de 1933. (N. A.)

justicia proletaria sobre la violencia fascista, debe agitar por la lucha y poner en pie los órganos del frente único proletario.

En toda la prensa socialdemócrata es imposible encontrar ni una sola línea que indique una verdadera preparación para la lucha. No hay ni una sola, tan sólo algunas frases generales, aplazamientos hasta un futuro indeterminado, confusas consolaciones. "Sólo con que los nazis empiecen algo y entonces ... " Y los nazis empezaron algo. Ellos avanzan paso a paso, ocupan tranquilamente una posición tras otra. A estos reaccionarios malhechores pequeñoburgueses no les importan los riesgos. Ahora bien, ellos no necesitan arriesgar absolutamente nada: están seguros de antemano de que el enemigo retrocederá sin lucha.

Por supuesto, ocurre con frecuencia que un combatiente ha de retroceder para tomar buen impulso y saltar hacia adelante. Pero los dirigentes socialdemócratas no están inclinados a saltar hacia adelante. No quieren saltar. Y todas sus disertaciones están encaminadas a ocultar este hecho. Precisamente hace poco tiempo que afirmaban que en tanto los nazis no abandonasen el terreno de la legalidad, no habría lugar para el combate. Ahora tenemos una buena prueba de lo que era esta legalidad: una serie de pagarés sobre el golpe de Estado. No obstante, el golpe de Estado es sólo posible porque los dirigentes socialdemócratas adormecen a los obreros con frases sobre la legalidad del golpe de Estado y los consuelan con la esperanza de un nuevo *Reichstag* todavía más impotente que el que le precedió. Los fascistas no pueden pedir nada mejor.

En la actualidad, la socialdemocracia ha dejado incluso de hablar de luchar en un futuro indeterminado. Sobre el tema de la destrucción de la organización y prensa de la clase obrera, ya iniciada, el *Vorwärts* "recuerda" al gobierno que no olvide que "en un país capitalista desarrollado, las condiciones de producción agrupan a los obreros en las fábricas". Estas palabras indican que la dirección de la socialdemocracia acepta por adelantado la destrucción de las organizaciones políticas, económicas y culturales creadas por tres generaciones del proletariado. "A pesar de esto" los obreros seguirán agrupados por las industrias mismas. Entonces, ¿para qué sirven las organizaciones proletarias si la cuestión puede resolverse así de sencillamente?

Los dirigentes de la socialdemocracia y de los sindicatos se lavan las manos, y se automarginan mientras esperan. Si los obreros, "agrupados por las industrias", rompen los lazos de la disciplina y empiezan la lucha, los dirigentes, evidentemente, intervendrán como lo hicieron en 1918, en el papel de pacificadores y mediadores, y se apoyarán sobre las espaldas de los obreros para restablecer las posiciones que han perdido.

Los dirigentes ocultan a los ojos de las masas su rechazo a luchar y su terror a la lucha mediante frases vacías sobre los pactos de no agresión. Obreros socialdemócratas ¡vuestros dirigentes no quieren luchar!

¿ES UNA MANIOBRA NUESTRA PROPUESTA?

Aquí el socialdemócrata nos interrumpirá de nuevo para decir: "Puesto que no creéis en el deseo de nuestros dirigentes de luchar contra el fascismo, ¿no es una maniobra evidente vuestra propuesta de frente único?" Aún más, repetirá las reflexiones impresas en el *Vorwärts* respecto a que los obreros precisan la unidad, y no "maniobras".

Esta clase de argumento suena totalmente convincente. En realidad, es una frase vacía. Sí, nosotros los comunistas sabemos positivamente que los funcionarios socialdemócratas y sindicales seguirán evitando la lucha con sus mejores recursos. En el momento crítico, un amplio sector de la burocracia obrera se pasará directamente a los fascistas. El otro sector, que habrá logrado enviar a cualquier otro país sus recursos financieros cuidadosamente acumulados, emigrará en el momento oportuno. Todas estas acciones ya han empezado, y su desarrollo posterior es inevitable. Pero nosotros no confundimos este sector, en la actualidad el más influyente de la burocracia reformista, con el partido socialdemócrata o los sindicatos en su totalidad. El núcleo proletario del partido luchará con golpes efectivos, y arrastrará tras él a un buen sector del aparato. Exactamente ¿por dónde pasará la línea de demarcación entre los renegados, traidores y desertores, de un lado, y los que quieren luchar, por el otro? Sólo podemos saberlo por la experiencia. Por eso, sin tener la más ligera confianza en la burocracia socialdemócrata, los comunistas no pueden dejar de dirigirse a todo el partido. Sólo de esta manera será posible separar a los que quieren luchar de los que quieren desertar. Si estamos equivocados en nuestra valoración de Wels, Breitscheid, Hílferding, Crispien y demás, que prueben con sus actos que somos unos embusteros. Entonaremos públicamente el *mea culpa*. Si todo esto es solamente una "maniobra" por nuestra parte, es una maniobra correcta y necesaria que sirve a los intereses de la causa.

Vosotros, socialdemócratas, seguís en vuestro partido porque tenéis fe en su programa, en su táctica y en su dirección. Nosotros reconocemos este hecho. Vosotros consideráis falsa nuestra crítica. Eso es prerrogativa vuestra. No estáis obligados de ninguna forma a creer por fe a los comunistas, y ningún comunista sensato os lo exigirá. Pero, por su parte, los comunistas tienen derecho a no depositar ninguna confianza en los funcionarios de la socialdemocracia y a no considerar a los socialdemócratas como marxistas, revolucionarios y auténticos socialistas. De otra manera, los comunistas no habrían tenido ninguna necesidad de crear un partido y una internacional separados. Debemos tomar los hechos tal cual son. Debemos levantar el frente único no en las nubes, sino sobre la base sentada por todo el desarrollo anterior. Sí vosotros creéis sinceramente que vuestra dirección llevará a los obreros a luchar contra el fascismo, ¿qué maniobra comunista puede ha-

ceros desconfiar? Entonces, ¿cuál es la maniobra de que habla continuamente el *Vorwärts*? Pensadlo detenidamente. ¿No es esto una maniobra de vuestros dirigentes, que quieren atemorizaros con la palabra vacía "maniobra" y manteneros así alejados del frente único?

Las tareas y métodos del frente único

El frente único, debe tener sus órganos. No hay ninguna necesidad de imaginar cómo pueden ser: la situación misma dicta la naturaleza de esos órganos. En muchas localidades, los obreros ya han insinuado la forma de organización del frente único, como una especie de consorcio defensivo basado en todas las organizaciones e instituciones proletarias locales. Ésta es una iniciativa que hay que tomar, profundizar, consolidar y extender hasta cubrir los centros industriales con consorcios, vinculándolos mutuamente y preparando un congreso obrero alemán de defensa.

El hecho de que los obreros empleados y los parados se separen cada vez más conlleva un peligro mortal no sólo para los convenios colectivos, sino también para los sindicatos, incluso sin necesidad alguna de una cruzada fascista. El frente único entre socialdemócratas y comunistas significa ante todo un frente único de los obreros empleados y parados. Sin eso, cualquier lucha seria en Alemania es completamente impensable.

La RGO debe entrar en los Sindicatos Libres como fracción comunista. Esa es una de las condiciones principales para el éxito del frente único. Los comunistas dentro de los sindicatos deben disfrutar de los derechos de la democracia obrera y, en primer lugar, de plena libertad de crítica. Por su parte, deben de respetar los estatutos de los sindicatos y su disciplina.

La defensa contra el fascismo no es algo aislado. El fascismo es solamente un garrote en manos del capital financiero. La finalidad de aplastar la democracia proletaria es elevar la tasa de explotación de la fuerza de trabajo. Ahí hay un terreno inmenso para el frente único del proletariado: la lucha por el pan diario, extendida y agudizada, conduce directamente, en las condiciones actuales, a la lucha por el *control obrero de la producción*.

Las fábricas, las minas, las grandes fincas cumplen sus funciones sociales sólo gracias al trabajo de los obreros. ¿Puede ser que éstos no tengan derecho a saber hacia dónde dirige el propietario el establecimiento, por qué reduce la producción y expulsa a los obreros, cómo fija los precios, etc.? Se nos responderá: "Secretos comerciales". ¿Qué son los secretos comerciales? Una confabulación de los capitalistas contra los obreros y todo el pueblo. Productores y consumidores, los obreros en esta doble condición, deben conquistar el derecho a controlar todas las operaciones de sus establecimientos, desenmascarando el fraude y el engaño para defender sus intereses y los de todo el pue-

blo, hechos y cifras en la mano. La lucha por el control obrero de la producción puede y debe convertirse en la consigna del frente único.

Respecto a la organización, las formas necesarias para la cooperación entre obreros socialdemócratas y comunistas se hallarán sin dificultad: sólo se necesita pasar de las palabras a los hechos.

EL CARÁCTER IRRECONCILIABLE DE LOS PARTIDOS SOCIALDEMÓCRATA Y COMUNISTA

Ahora bien, si es posible una defensa común contra la ofensiva del capital ¿no podemos ir más lejos y formar un verdadero bloque de los dos partidos sobre todas las cuestiones? Entonces, la polémica entre ambos adoptaría un carácter interno, pacífico y cordial. Ciertos socialdemócratas de izquierda, del tipo de Seydewitz, como se sabe, incluso llegan a soñar en una unión completa del partido socialdemócrata con el Partido Comunista. ¡Pero todo esto es un sueño hueco! Lo que separa a los comunistas de la socialdemocracia son antagonismos sobre cuestiones fundamentales. La forma más simple de traducir la esencia de sus desacuerdos es esta*: la socialdemocracia se considera el doctor democrático del capitalismo; nosotros somos sus enterradores revolucionarios*.

El carácter irreconciliable de los dos partidos aparece con particular claridad a la luz de la reciente evolución de Alemania. Leipart lamenta que, al llamar a Hitler al poder, las clases burguesas han reventado "la integración de los obreros en el Estado" y advierte a la burguesía contra los "peligros" que se derivan de ello[2]. Leipart se convierte así en el perro guardián del Estado burgués, al querer protegerlo de la revolución proletaria. ¿Podemos soñar incluso en la unión con Leipart?

El *Vorwärts* se enorgullece cada día de que cientos de miles de socialdemócratas muriesen durante la guerra "por el ideal de una Alemania mejor y más libre...". Solamente se olvida de explicar por qué esta Alemania mejor se convirtió en la Alemania de Hitler-Hugenberg. En realidad, los obreros alemanes, como los obreros de los demás países beligerantes, murieron como carne de cañón, como esclavos del capital. Idealizar este hecho es proseguir la traición del 4 de agosto de 1914.

El *Vorwärts* sigue recurriendo a Marx, a Engels, a Wilhelm Liebknecht, a Bebel, quien desde 1848 hasta 1871 habló de la lucha por la unidad de la nación alemana. ¡Falsos recursos! En esa época era cuestión de concluir la revolución burguesa. Todo revolucionario proletario tenía que luchar contra el particularismo y el provincianismo heredado del feudalismo. Todo revolucionario proletario tenía que luchar contra este particularismo y provincianismo en nombre de la formación de un Estado nacional. En la época actual, tal objetivo está

2. *Vorwärts*, 15 de febrero de 1933. (N. A.)

investido con un carácter progresivo sólo en China, en Indochina, en India, en Indonesia y demás países coloniales atrasados y semicoloniales. Para los países avanzados de Europa, las fronteras nacionales son exactamente las mismas cadenas reaccionarias que fueron en otro tiempo las fronteras feudales.

"La nación y la democracia son gemelos", dice el *Vorwärts* de nuevo. ¡Totalmente cierto! Pero esos gemelos se han vuelto viejos, achacosos y han llegado a la senilidad. La nación, como un todo económico, y la democracia, como forma de la dominación de la burguesía, se han convertido en grilletes para el desarrollo de las fuerzas productivas y la civilización. Recordemos una vez más a Goethe: "Todo lo que nace está destinado a perecer".

Unos cuantos millones más pueden ser sacrificados por el "corredor", por Alsacia-Lorena, por Malmedy. Estos trozos de tierra disputados pueden estar cubiertos por tres, cinco o diez hileras de cadáveres. Todo esto puede llamarse defensa nacional. Pero la humanidad no progresará a causa de ello; por el contrario, caerá a cuatro patas en la barbarie. La salida no está en la "liberación nacional" de Alemania, sino en la liberación de Europa de las fronteras nacionales. Es un problema que la burguesía no puede resolver, menos aún de lo que en su época pudieron los señores feudales poner fin al particularismo. De aquí que la coalición con la burguesía sea doblemente censurable. Una revolución proletaria es necesaria. Una federación de las repúblicas proletarias de Europa y de todo el mundo es necesaria.

El socialpatriotismo es el programa de los doctores del capitalismo; el internacionalismo es el programa de los enterradores de la sociedad burguesa. Este antagonismo es irreductible.

Democracia y dictadura

Los socialdemócratas consideran que la constitución democrática está por encima de la lucha de clases. Para nosotros, la lucha de clases está por encima de la constitución democrática. ¿Puede ser que la experiencia vivida por la Alemania de la posguerra haya pasado sin dejar huella, lo mismo que las experiencias vividas durante la guerra? La Revolución de Noviembre llevó a la socialdemocracia al poder. La socialdemocracia estimuló el poderoso movimiento de las masas por el camino del "derecho" y la "constitución". Toda la vida política que siguió en Alemania se desenvolvió sobre las bases y en el marco de la república de Weimar.

Los resultados están en la mano: la democracia burguesa se transforma legalmente, pacíficamente, en una dictadura fascista. El secreto es bastante sencillo: la democracia burguesa y la dictadura fascista son los instrumentos de una sola clase, los explotadores. Es absolutamente imposible impedir la sustitución de un instrumento por otro recurriendo a la constitución, al Tribunal

Supremo de Leipzig, a las nuevas elecciones, etc. Lo necesario es movilizar las fuerzas revolucionarias del proletariado. El fetichismo constitucional presta la mejor ayuda al fascismo. En la actualidad, esto ya no es una previsión, una afirmación teórica, sino la realidad viva. Yo te pregunto, obrero socialdemócrata: si la democracia de Weimar señaló el camino para la dictadura fascista, ¿cómo puede esperarse que señale el camino para el socialismo?

"Pero, ¿no podemos nosotros, los obreros socialdemócratas, conquistar la mayoría del *Reichstag* democrático?".

No podéis. El capitalismo ha dejado de desarrollarse; está pudriéndose. El número de obreros industriales ya no aumenta. Un sector importante del proletariado está siendo degradado en el desempleo prolongado. Por sí mismos, estos hechos sociales excluyen la posibilidad de cualquier desarrollo estable y sistemático de un partido obrero en el parlamento como antes de la guerra. Pero incluso si, contra toda probabilidad, la representación obrera en el parlamento aumentase rápidamente, ¿aguardaría la burguesía una expropiación pacífica? ¡La maquinaria gubernamental está completamente en sus manos! Aún aceptando que la burguesía dejase pasar el momento y permitiese que el proletariado obtuviese una representación parlamentaria del 51 %, ¿no dispersarían la *Reichswher*, la policía, la *Stahlhelm*, y las tropas de asalto fascistas este parlamento, de la misma manera que la camarilla actual dispersa de un plumazo todos los parlamentos que le molestan?

"Entonces, ¿abajo con el *Reichstag* y las elecciones?".

No, no es eso lo que quiero decir. Nosotros somos marxistas, y no anarquistas. Defendemos la utilización del parlamento: no es un instrumento para transformar la sociedad, sino un medio de reagrupar a los obreros. Sin embargo, en el desarrollo de la lucha de clases, llega un momento en que es necesario decidir la cuestión de quién es el amo del país: el capital financiero o el proletariado. Las disertaciones sobre la nación y sobre la *democracia* en general constituyen, en tales condiciones, el embuste más descarado. A nuestros ojos, una pequeña minoría alemana está organizando y armando, por así decirlo, a la mitad de la nación para aplastar y estrangular a la otra mitad. No es cuestión ahora de reformas secundarias, sino de la vida o la muerte de la sociedad burguesa. Tales cuestiones nunca han sido decididas por un voto. Quienquiera que en la actualidad recurra al parlamento o al Tribunal Supremo de Leipzig, está engañando a los obreros y, en la práctica, está ayudando al fascismo.

NO HAY NINGÚN OTRO CAMINO

"¿Qué hay que hacer en tales condiciones?" preguntará mi interlocutor socialdemócrata.

La revolución proletaria.

"¿Y luego?".

La dictadura del proletariado.

"¿Como en Rusia? ¿Privaciones y sacrificios? ¿La supresión absoluta de la libertad de opinión? No, no para mí".

Precisamente porque no estás dispuesto a pisar el camino de la revolución y de la dictadura, no podemos formar juntos un solo partido. Pero, sin embargo, déjame decirte que tu objeción no es digna de un proletario consciente. Sí, las privaciones de los obreros rusos son enormes. Pero, en primer lugar, los obreros rusos saben en nombre de qué están realizando esos sacrificios. Incluso si sufriesen una derrota, la humanidad habría aprendido mucho de su experiencia. Pero, ¿en nombre de qué se sacrificó la clase obrera alemana durante los años de la guerra imperialista? ¿O, de nuevo, durante los años de desempleo? ¿A qué conducen esos sacrificios? ¿Qué producen? ¿Qué enseñan? *Sólo los sacrificios que señalan el camino para un futuro mejor son dignos del hombre*. Esa es la primera objeción que escuché; la primera, pero no la única.

Los sufrimientos de los obreros rusos son enormes porque en Rusia, como consecuencia de factores históricos específicos, surgió el primer Estado proletario, que se ve obligado a elevarse por su propia fuerza desde una extrema pobreza. No olvides que Rusia era el país más atrasado de Europa. Allí el proletariado constituye tan sólo una reducida parte de la población. En ese país, la dictadura del proletariado tuvo que adoptar necesariamente las formas más duras. De ahí las consecuencias que de ello se derivaron: el desarrollo de la burocracia que detenta el poder, y la cadena de errores cometidos por la dirección política que ha caído bajo la influencia de esta burocracia. Sí a finales de 1918, cuando el poder estaba completamente en sus manos, la socialdemocracia hubiese entrado audazmente en el camino hacia el socialismo y hubiese concluido una alianza indisoluble con la Rusia soviética, toda la historia de Europa hubiera tomado otra dirección y la humanidad habría llegado al socialismo en un espacio de tiempo más corto y con infinitamente menos sacrificio. No es culpa nuestra que eso no ocurriese.

Sí, la dictadura en la Unión Soviética, en la época actual, tiene un carácter extremadamente burocrático y deformado. Yo personalmente he criticado más de una vez en la prensa el actual régimen soviético, que es una deformación del Estado obrero. Millares y millares de mis camaradas llenan las cárceles y los lugares de exilio por haber luchado contra la burocracia estalinista. Sin embargo, aún juzgando los aspectos negativos del actual régimen soviético, hay que conservar una perspectiva histórica correcta. Si el proletariado alemán, mucho más numeroso y más civilizado que el ruso, fuera a tomar mañana el poder, esto no sólo abriría gigantescas perspecti-

vas económicas y culturales, sino que también llevaría inmediatamente a una atenuación de la dictadura en la Unión Soviética.

No hay que pensar que la dictadura del proletariado está unida necesariamente a los métodos del terror rojo que nosotros tuvimos que aplicar en Rusia. Nosotros fuimos los pioneros. Ofendidas, las clases poseedoras rusas no creían que el nuevo régimen durase. La burguesía de Europa y de América apoyaba a la contrarrevolución rusa. En esas condiciones, solo podíamos mantenernos al precio de esfuerzos espantosos y del castigo implacable de nuestros enemigos de clase. La victoria del proletariado en Alemania tendría un carácter completamente diferente. La burguesía alemana, una vez perdido el poder, ya no tendrían ninguna esperanza de retomarlo. La alianza de la Alemania soviética con la Rusia soviética multiplicaría, no por dos, sino por diez, la fuerza de los dos países. En el resto de Europa, la posición de la burguesía es tan comprometida que no es muy plausible que pudiese hacer que sus ejércitos avanzasen contra la Alemania proletaria. Sin duda, la guerra civil sería inevitable: hay bastantes fascistas para eso. Pero el proletariado alemán, armado con el poder del Estado y contando con la Unión Soviética tras él, pronto conseguiría la atomización del fascismo, arrastrando a su lado a sectores fundamentales de la pequeña burguesía. La dictadura del proletariado en Alemania tendría formas incomparablemente más suaves y civilizadas que la dictadura del proletariado en Rusia.

"En ese caso, ¿por qué la dictadura?".

Para aniquilar la explotación y el parasitismo; para aplastar la resistencia de los explotadores; para acabar con su inclinación a pensar en restablecer la explotación; para poner todo el poder, todos los medios de producción, todas las fuentes de civilización en las manos del proletariado; y para permitir emplear todas esas fuerzas y medios en interés de la transformación socialista de la sociedad: no hay ningún otro camino.

EL PROLETARIADO ALEMÁN TENDRÁ LA REVOLUCIÓN EN ALEMÁN Y NO EN RUSO

"Sin embargo, ocurre a menudo que nuestros comunistas se nos aproximan a nosotros, socialdemócratas, con esta amenaza: esperad, que tan pronto como estemos en el poder os pondremos contra la pared".

Sólo un puñado de imbéciles, charlatanes y bravucones, que están a buen seguro para huir en el momento de peligro, pueden efectuar tales amenazas. Un revolucionario serio, aún cuando reconoce la inevitablidad de la violencia revolucionaria y su función creadora, comprende al mismo tiempo que la aplicación de la violencia en la transformación socialista de la sociedad tiene límites bien definidos. Los comunistas no pueden preparar-

se a menos que busquen un entendimiento mutuo y un acercamiento con los obreros socialdemócratas. La unanimidad revolucionaria de la abrumadora mayoría del proletariado alemán reducirán al mínimo la represión que ejercerá la dictadura revolucionaria. No es cuestión de copiar servilmente a la Rusia soviética, o de convertir sus necesidades en virtud. Eso es impropio de marxistas. Aprovechar la experiencia de la Revolución de Octubre no quiere decir copiarla a ciegas. Hay que tener en cuenta las diferencias entre las naciones, en la estructura social y, sobre todo, en la importancia relativa y en el nivel cultural del proletariado. Suponer que puede hacerse la revolución socialista de una manera pacífica, presumiblemente constitucional, con la aquiescencia del Tribunal Supremo de Leipzig, eso sólo pueden hacerlo los filisteos incurables. El proletariado alemán no podrá dar vueltas a la revolución. Pero en su revolución, hablará alemán, y no ruso. Estoy convencido de que hablará mucho mejor que nosotros.

¿QUÉ DEFENDEREMOS?

"Muy bien, pero nosotros, los socialdemócratas, proponemos no obstante llegar al poder democráticamente. Vosotros, comunistas, consideráis eso una utopía absurda. En ese caso, ¿es posible el frente único defensivo? Para ello es necesario tener una idea clara de lo que hay que defender. Si nosotros defendemos una cosa y vosotros otra, ¿no acabaremos con las acciones comunes? ¿Aceptáis vosotros, los comunistas, defender la Constitución de Weimar?".

La pregunta es adecuada, y yo intentaré responderla sinceramente. La Constitución de Weimar representa todo un sistema de instituciones, de derechos y de leyes. Comencemos por arriba. La república tiene a su frente un presidente. ¿Aceptamos nosotros, los comunistas, defender a Hindenburg contra el fascismo? Pienso que esa necesidad deja de sentirse por sí misma, después de que Hindenburg haya llamado a los fascistas al poder. Luego viene el gobierno, presidido por Hitler. El gobierno no necesita ser defendido contra el fascismo. En tercer lugar, viene el parlamento. Cuando aparezcan estas líneas, la suerte del parlamento surgido de las elecciones del 5 de marzo probablemente haya sido decidida. Pero incluso en esta coyuntura puede decirse con certeza que si la composición del *Reichstag* demuestra ser hostil al gobierno; si Hitler piensa suprimir el *Reichstag*, y la socialdemocracia muestra determinación para luchar a favor del *Reichstag*, los comunistas ayudarán a la socialdemocracia con toda su fuerza.

Nosotros, los comunistas, no podemos ni queremos establecer la dictadura del proletariado contra vosotros ni sin vosotros, obreros socialdemócratas. Queremos llegar a esta dictadura junto con vosotros. Y nosotros con-

templamos la defensa común contra el fascismo como el primer paso en este sentido. Evidentemente, a nuestros ojos, el *Reichstag* no es una conquista histórica capital que el proletariado deba defender contra los vándalos fascistas. Hay cosas más valiosas. Dentro del marco de la democracia burguesa y paralela a la incesante lucha contra ella, los elementos de la democracia proletaria se han formado en el curso de muchas décadas: partidos políticos, prensa obrera, sindicato, comités de fábrica, clubes, cooperativas, sociedades deportivas, etc. La misión del fascismo no es tanto completar la destrucción de la democracia burguesa como aplastar los primeros esbozos de democracia proletaria. En cuanto a nuestra misión, consiste en situar esos elementos de democracia proletaria, ya creados, en la base del sistema soviético del Estado obrero. Para este fin, es necesario romper la cáscara de la democracia burguesa y liberar de ella el meollo de la democracia obrera. En eso reside la esencia de la revolución proletaria. El fascismo amenaza el núcleo vital de la democracia obrera. Esto mismo dicta claramente el programa del frente único. Estamos dispuestos a defender vuestras imprentas y las nuestras, pero también el principio democrático de la libertad de prensa; vuestros locales y los nuestros, pero también el principio democrático de la libertad de reunión y asociación. Somos materialistas, y por eso no separamos el alma del cuerpo. En tanto no tengamos todavía la fuerza para establecer el sistema soviético, nos situamos en el terreno de la democracia burguesa. Pero, al mismo tiempo, no abrigamos ninguna ilusión.

RESPECTO A LA LIBERTAD DE PRENSA

"¿Y qué haréis con la prensa socialdemócrata si lográis tomar el poder? ¿Prohibiréis nuestros periódicos igual que los bolcheviques rusos prohibieron los periódicos mencheviques?".

Planteas el problema equivocadamente. ¿Qué entiendes por "nuestros" periódicos? En Rusia, la dictadura del proletariado se demostró posible sólo después de que la abrumadora mayoría de los obreros mencheviques se pasaran al lado de los bolcheviques, mientras que los despojos pequeñoburgueses del menchevismo intentaban colaborar en la lucha burguesa por la restauración de la "democracia", es decir, el capitalismo. Sin embargo, incluso en Rusia no inscribimos en modo alguno en nuestra bandera la prohibición de los periódicos mencheviques. Fuimos empujados a hacerlo por las condiciones increíblemente duras de la lucha que había que sostener para salvar y mantener la dictadura revolucionaria. En la Alemania soviética, la situación será, como ya he dicho, infinitamente más favorable; y el régimen de la prensa sentirá necesariamente los efectos de ello. Yo no creo que en este terreno el proletariado alemán necesite recurrir a la represión.

Sin duda, no quiero decir que el Estado obrero tolere ni aún un día el régimen de "la libertad (burguesa) de la prensa", es decir, el estado de cosas en que sólo aquellos que controlan las imprentas, las papeleras, las librerías, etc., es decir, los capitalistas, pueden publicar periódicos y libros. La "libertad de prensa" burguesa significa un monopolio del capital financiero para imponer los prejuicios capitalistas al pueblo mediante cientos y miles de periódicos encargados de esparcir el virus de la mentira con la forma técnica más perfecta. La libertad proletaria de prensa significará la nacionalización de las imprentas, de las papeleras y de la librerías en interés de los obreros. Nosotros no separamos el alma del cuerpo. La libertad de prensa, sin linotipias, sin imprentas y sin papel, es una ficción miserable. En el Estado proletario, los medios técnicos de imprimir se pondrán a la disposición de grupos de ciudadanos según su importancia numérica real. ¿Cómo se hará eso? La socialdemocracia obtendrá las facilidades de impresión correspondientes al número de sus seguidores. No creo que en esa época este número sea muy elevado: de lo contrario, el régimen mismo de la dictadura del proletariado sería imposible. No obstante, dejemos que el futuro resuelva esta cuestión. Pero el principio mismo de distribuir los medios técnicos de impresión no según el grosor de la chequera, sino según el número de seguidores de un programa determinado, de una corriente determinada o de una escuela determinada, es, espero, el más honesto, el más democrático, el principio más auténticamente proletario. ¿No es así?

"Tal vez".

Entonces, ¿va esa mano?

"Me gustaría pensarlo un poco".

Yo no quería nada más, querido amigo: el objetivo de todas mis reflexiones es hacerte meditar una vez más sobre todos los grandes problemas de la política proletaria.

La tragedia del proletariado alemán: los obreros alemanes se levantarán de nuevo. ¡El estalinismo jamás!*

El proletariado más poderoso de Europa, por su lugar en la producción, su peso social y la fuerza de sus organizaciones, no ha ofrecido ninguna resistencia desde la llegada de Hitler al poder y sus violentos ataques contra las organizaciones obreras. Este es el hecho del que hay que partir en los cálculos estratégicos posteriores.

Sería evidentemente estúpido creer que la futura evolución de Alemania seguirá el camino italiano; que Hitler fortalecerá su dominación paso a paso, sin seria resistencia; que el fascismo alemán disfrutará largos años de dominación. No, el destino ulterior del nacionalsocialismo tendrá que deducirse de un análisis de las condiciones alemanas e internacionales, y no de analogías puramente históricas. Pero esto es ya patente: si desde septiembre de 1930 en adelante reclamamos de la Internacional Comunista una política a corto plazo en Alemania, ahora es necesario desarrollar una política a largo plazo. Antes de que sean posibles batallas decisivas, la vanguardia proletaria tendrá que reorientarse; es decir, tendrá que comprender lo que ha ocurrido, determinar la responsabilidad de la gran derrota histórica, trazar el nuevo camino y así reconquistar la confianza en sí misma.

El papel criminal de la socialdemocracia no precisa comentario alguno: la Comintern fue creada hace catorce años precisamente para arrancar al proletariado de la influencia desmoralizadora de la socialdemocracia. Si hasta ahora no lo ha conseguido, si el proletariado se encontraba impotente, desarmado y paralizado en el momento de su mayor prueba histórica, la culpa directa e inmediata recae en la dirección de la Comintern postleninista. Esa es la primera conclusión que hay que extraer de inmediato.

---

* Escrito el 14 de marzo de 1933, fue publicado por primera vez en el *Biulleten Oppozitsii,* nº 34, mayo de 1933.

Bajo los golpes traicioneros de la burocracia estalinista, la Oposición de Izquierda mantuvo su fidelidad al partido oficial hasta el final. Los bolcheviques-leninistas comparten ahora el destino de todas las demás organizaciones comunistas: los militantes de nuestros cuadros son arrestados, nuestras publicaciones, prohibidas, nuestra literatura, confiscada. Hitler incluso se apresuró a suspender el *Boletín de la oposición* que aparecía en lengua rusa. Pero si, junto a toda la vanguardia proletaria, los bolcheviques-leninistas padecen las consecuencias de la primera victoria seria del fascismo, no pueden ni tolerarán ni una sombra de la responsabilidad de la política oficial de la Comintern.

Desde 1923, es decir, desde el comienzo de la lucha contra la Oposición de Izquierda, la dirección estalinista, aunque indirectamente, ayudó a la socialdemocracia con toda su fuerza a desencauzar embriagar y debilitar al proletariado alemán: frenó y destruyó a los obreros cuando las condiciones dictaban una intrépida ofensiva revolucionaria; proclamó la proximidad de la situación revolucionaria cuando ya había pasado; estableció acuerdos con fraseólogos y charlatanes pequeñoburgueses; anduvo impotentemente a la cola de la socialdemocracia bajo el pretexto de la política del frente único; proclamó el "tercer período" y la lucha por conquistar las calles en condiciones de reflujo político y de debilidad del Partido Comunista; sustituyó la lucha seria por saltos, aventuras y desfiles; aisló a los comunistas de los sindicatos de masas; identificó, a la socialdemocracia con el fascismo y rechazó el frente único con las organizaciones obreras de masas frente a las bandas agresivas de los nacionalsocialistas; saboteó la más pequeña iniciativa a favor del frente único para la defensa local, al mismo tiempo que engañaba sistemáticamente a los obreros sobre la verdadera relación de fuerzas, deformó los hechos, hizo pasar a los amigos como enemigos y a los enemigos como amigos y apretó cada vez con más fuerza el nudo corredizo al cuello del partido, no permitiéndole ni respirar libremente, ni hablar, ni pensar.

En la vasta literatura dedicada a la cuestión del fascismo, basta referirse al discurso de Thaelmann, dirigente oficial del Partido Comunista alemán, quien, en el pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en abril de 1931, denunciaba a los "pesimistas", es decir, a quienes sabían prever, en los términos siguientes: "No hemos dejado que el pánico nos destroce... Hemos probado serena y firmemente que el 14 de septiembre [1930] fue, en cierto sentido el mejor día de Hitler, y que después no vendrán días mejores, sino peores. Esta valoración que hicimos sobre este partido está confirmada por los acontecimientos... En la actualidad, los fascistas no tienen ninguna razón para reír". Al referirse a la creación de grupos de defensa por la socialdemocracia, Thaelmann demostraba en el mismo discurso que esos grupos no se diferenciaban en ningún aspecto de las tro-

pas de choque de los nacionalsocialistas, y que ambos se preparaban igualmente para exterminar al comunismo.

Ahora, Thaelmann está bajo arresto. Frente a la reacción triunfante, los bolcheviques-leninistas están en las mismas filas que Thaelmann. Pero la política de Thaelmann es la política de Stalin, es decir, la política oficial de la Comintern. Es esta política precisamente la causa de la completa desmoralización del partido en el momento de peligro, cuando los dirigentes pierden la cabeza, cuando los miembros del partido, sin hábito de pensar, se postran, cuando las posiciones históricas fundamentales se entregan sin lucha. Una teoría política incorrecta lleva en sí misma su propio castigo. La fuerza y obstinación del aparato solamente aumenta las dimensiones de la catástrofe.

Tras entregar al enemigo todo lo que podía ser entregado en tan corto espacio de tiempo, los estalinistas intentan rectificar el pasado mediante actos convulsivos, que sólo iluminan más claramente toda la cadena de crímenes que han cometido. Ahora que la prensa del Partido Comunista ha sido suprimida, ahora que el aparato está destrozado, ahora que la insignia sangrienta del fascismo ondea impunemente sobre la casa de Karl Liebknecht, el Comité Ejecutivo de la Comintern empieza a tomar el camino del frente único no sólo por abajo, sino también por arriba. El nuevo zigzag, más agudo que todos los que le precedieron, no se ha efectuado, sin embargo, por impulso del CE de la IC; la burocracia estalinista ha abandonado la iniciativa a la Segunda Internacional. Esta ha logrado apoderarse la herramienta del frente único, a la que ha temido mortalmente hasta ahora. En la medida en que es posible hablar de ventajas políticas en las condiciones de una retirada en medio del pánico, aquéllas se encuentran exclusivamente del lado del reformismo. Obligada a responder a una pregunta directa, la burocracia estalinista escoge el peor camino: no rechaza un entente de las dos internacionales, pero tampoco lo acepta; juega al escondite. Ha llegado a tal falta de autoconfianza, a tal degradación, que ya no se atreve a mostrarse ante el proletariado mundial cara a cara con los dirigentes de la Segunda Internacional, los estigmatizados agentes de la burguesía, los electores de Hindenburg, que señaló el camino del fascismo.

En un llamamiento extraordinario del CE de la IC, del 5 de marzo, "A los obreros de todos los países, los estalinistas no dicen ni una palabra sobre el socialfascismo como el principal enemigo. Ya no hablan del gran descubrimiento de su dirigente: "La socialdemocracia y el fascismo no son antípodas, sino gemelos". Ya no insisten en decir que la lucha contra el fascismo exige, *como algo preliminar*, la derrota de la socialdemocracia. No respiran ni una palabra sobre la inadmisibilidad del frente único por arriba. Por el contrario, enumeran cuidadosamente los casos pasados en que la burocracia estalinista, de manera inesperada para los obreros y para sí misma,

se vio obligada a improvisar propuestas para el frente único a las cumbres reformistas. Así actúan las teorías artificiales, erróneas y charlatanescas basadas en la furia de la tempestad histórica.

"Teniendo en cuenta las peculiaridades de cada país" y la imposibilidad, que al parecer se deriva de ellas, de organizar el frente único a escala internacional (la lucha contra el "excepcionalismo", es decir, la teoría de los miembros del ala derecha sobre las peculiaridades nacionales, se olvida de repente), la burocracia estalinista aconseja a los partidos comunistas nacionales que dirijan propuestas para un frente único a los "comités centrales de los partidos socialdemócratas". ¡Sólo ayer esto era proclamado como una capitulación ante el socialfascismo! De este modo, todas las grandes lecciones del estalinismo durante los últimos cuatro años vuelan bajo la mesa al cesto de los papeles. De este modo, todo un sistema político se reduce a polvo.

El asunto no se acaba ahí: habiendo acabado de afirmar la imposibilidad de crear las condiciones para un frente Único en la arena internacional, el CE de la IC lo olvida inmediatamente y, veinte líneas más abajo, formula las condiciones bajo las cuales el frente único es admisible y aceptable en todos los países, a pesar de la diferencia de condiciones nacionales. La retirada ante el fascismo se sigue de una retirada aterrorizada de los mandamientos teóricos del estalinismo. Migajas y trozos de ideas y principios son arrojados por el camino como lastre.

Las condiciones para el frente único adelantadas por la Comintern para todos los países (comités de acción contra el fascismo, manifestaciones y huelgas contra las reducciones salariales) no presentan nada nuevo. Por el contrario, son la reproducción esquematizada y burocratizada de las consignas que la Oposición de Izquierda formuló mucho más clara y concretamente hace dos años y medio, por lo que fue incluida en el campo del socialfascismo. El frente único sobre tal base podía haber producido resultados decisivos en Alemania; pero para eso, tenía que haberse llevado a cabo a tiempo. El tiempo es un f actor importante en política.

¿Cuál es ahora, por tanto, el valor práctico de las propuestas del CE de la IC? Para Alemania, mínimo. La política del frente único supone un "frente", es decir, posiciones estabilizadas y una dirección centralizada. La Oposición de Izquierda adelantó en el pasado las condiciones para el frente único, como condiciones para una *defensa activa*, con la perspectiva de pasar a la ofensiva. Ahora, el proletariado alemán se ha visto reducido a un estado de *retirada desordenada,* sin siquiera batallas de retaguardia. En esta situación, las uniones voluntarias de los obreros comunistas y socialdemócratas pueden ser y serán realizadas para diversas tareas episódicas, pero la construcción sistemática del frente único se ha aplazado inevitablemente para un futuro indeterminado. No debe de haber ilusiones sobre esta cuestión.

Hace casi dieciocho meses, escribíamos que la llave de la situación estaba en manos del Partido Comunista alemán. La burocracia ha dejado caer ahora esta llave de sus manos. Grandes acontecimientos, exteriores a la voluntad del partido, serán necesarios para dar la posibilidad a los obreros de detenerse brevemente, de fortalecerse, de recomponer sus filas y de pasar a una defensa activa. No tenemos ninguna forma de saber con precisión cuándo ocurrirá. Tal vez mucho más rápido de lo que espera la contrarrevolución triunfante. Pero en todo caso, no serán los autores del manifiesto del CE quienes dirigirán la política del frente único en Alemania.

Si la posición central ha sido entregada, hay que fortalecer los accesos; hay que preparar las bases para un futuro asalto desde todos los flancos. En Alemania, esta preparación implica la dilucidación crítica del pasado, que mantenga la moral de los combatientes de vanguardia, los reagrupe, y que organice los combates de retaguardia por dondequiera que sea posible, anticipándose al momento en que varios grupos de combate se junten en un gran ejército. Esta preparación implica, al mismo tiempo, la defensa de las posiciones proletarias en los países estrechamente relacionados con Alemania, o situados cerca de ella: en Austria, Checoslovaquia, Polonia, los países Bálticos, Escandinavia, Bélgica, Holanda, Francia y Suiza. La Alemania fascista tiene que ser rodeada por un poderoso círculo de fortificaciones proletarias. Sin cesar ni un instante en los esfuerzos por detener la retirada desordenada de los obreros alemanes, es necesario crear posiciones proletarias fortificadas alrededor de las fronteras de Alemania para la lucha contra el fascismo.

En primer lugar viene Austria, que está amenazada inmediatamente por el cataclismo fascista. Puede decirse con confianza que si el proletariado austriaco tomara el poder ahora y transformarse su país en un campo de batalla revolucionario, Austria se convertirla para la revolución del proletariado alemán en lo que el Piamonte fue para la revolución de la burguesía italiana. No se puede predecir hasta dónde avanzará por este camino el proletariado austríaco, empujado hacía adelante por los acontecimientos pero paralizado por la burocracia reformista. La tarea del comunismo es coadyuvar a los acontecimientos, superando el austromarxismo. La política del frente Único es uno de los medios. Las condiciones que el manifiesto del CE de la IC asume tan tardíamente de la Oposición de Izquierda, conservan, de este modo, toda su fuerza.

Sin embargo, la política del frente único no sólo contiene ventajas, sino también peligros. Da origen con facilidad a combinaciones entre los dirigentes a espaldas de las masas, a una adaptación pasiva respecto al aliado, a vacilaciones oportunistas. Sólo es posible conjurar estos peligros si existen dos garantías explícitas: el mantenimiento de plena libertad de critica al aliado y el restablecimiento de la plena libertad de crítica en las filas del

propio partido. El rechazo de criticar a los aliados conduce directa e inmediatamente a la capitulación ante el reformismo. La política del frente único, en ausencia de democracia partidaria, es decir, sin control del aparato por el partido, deja las manos libres a los dirigentes para experimentos oportunistas, complemento inevitable de los experimentos aventureristas.

¿Cómo ha actuado en este caso el CE de la IC? Docenas de veces, la Oposición de Izquierda predijo que, bajo los golpes de los acontecimientos, los estalinistas se verían obligados a repudiar su ultraizquierdismo y que, situándose en el camino del frente único, empezarían a cometer todas las traiciones oportunistas que nos atribuían ayer tan sólo. En esta ocasión, también, la predicción se ha cumplido literalmente.

Al efectuar un giro vertiginoso hacia la posición del frente único, el CE de la IC conculca las únicas garantías fundamentales que pueden asegurar un contenido revolucionario a la política del frente único. Los estalinistas toman en consideración y aceptan las exigencias hipócrito-diplomáticas de los reformistas por la llamada no agresión. Rompiendo con todas las tradiciones del marxismo y del bolchevismo, recomiendan a los partidos comunistas, en caso de que se realice un frente único, que "abandonen todos los ataques contra las organizaciones socialdemócratas durante la acción común". Eso es justamente lo que dice. "Abandonar todos los ataques(!) a la socialdemocracia" (¡qué ignominiosa fórmula!) significa abandonar la libertad de crítica política, es decir, una función básica del partido revolucionario.

La capitulación es exigida no por la necesidad práctica, sino por un estado de espíritu atacado de pánico. Los reformistas llegan y llegarán a un acuerdo en la medida en que la presión de los acontecimientos y la presión de las masas les obligue a ello. La exigencia de "no agresión" es chantaje, es decir, un intento de los dirigentes reformistas por arrancar una ventaja auxiliar. Someterse a chantaje significa levantar el frente único sobre bases corrompidas y otorgar a los negociantes reformistas la posibilidad de reventarlo con cualquier pretexto arbitrario.

La crítica en general, tanto más bajo las condiciones de un frente único, deben corresponder, naturalmente, a las relaciones reales, y debe observar las necesarias proporciones. Los absurdos sobre el "socialfascismo" han de ser rechazados. Eso no es una concesión a la socialdemocracia, sino al marxismo. No es por la traición de 1918, sino por su perniciosa labor en 1933, que hay que criticar al aliado. Pero la crítica, como la vida política misma, de la que aquélla es eco, no puede detenerse ni por un instante. Si las revelaciones de los comunistas responden a la realidad, sirven para los fines del frente único, empujan adelante al aliado temporal y, lo que es más importante, dan una educación revolucionaria a todo el proletariado. Abandonar este deber fundamental es la primera etapa en esa política ignominiosa y criminal que Stalin impuso a los comunistas chinos con respecto al Kuomintang.

Las cosas no están mejor con respecto a la segunda garantía. Habiendo renunciado a criticar a la socialdemocracia, el aparato estalinista no piensa siquiera en conceder el derecho de crítica a los miembros de su propio partido. El viraje mismo se realiza, como es usual, por medio de una revelación burocrática. Ni un congreso nacional, ningún congreso internacional, ni siquiera un pleno del CE de la IC; ninguna preparación en la prensa del partido, ningún análisis de la política del pasado. Y no hay nada sorprendente en esto. Desde el principio de la discusión en el partido, cualquier obrero que piense preguntaría a los funcionarios: ¿Por qué los bolcheviques-leninistas han sido expulsados de todas las secciones y por qué son sometidos, en la Unión Soviética, a arrestos, a la deportación y a los pelotones de fusilamiento? ¿Es sólo porque ellos profundizan más y van más lejos? La burocracia estalinista no puede tolerar una conclusión semejante. Es capaz de cualquier brinco o voltereta, pero presentarse honestamente ante los obreros, cara a cara con los bolcheviques-leninistas, eso es algo que no puede ni se atreve a hacer. Así, en la lucha por la autoconservación, el aparato estalinista infecta su nuevo viraje, haciéndose sospechoso de antemano a los ojos no sólo de los obreros socialdemócratas, sino también de los comunistas.

La publicación del manifiesto del CE de la IC va acompañada todavía de otra circunstancia, externa a la cuestión que estamos examinando, pero que arroja una luz deslumbrante sobre la posición actual de la Comintern y sobre la actitud de los grupos estalinistas dirigentes hacia ella. En *Pravda* del 6 de marzo, el manifiesto no es publicado como un llamamiento directo y abierto del CE de la IC, situado en Moscú —como siempre fue el caso—, sino como la traducci6n de un documento de *L'Humanité,* transmitido desde París por la agencia telegráfica TASS. ¡Qué artimaña tan estúpida y humillante! Después de todos los éxitos, después de la realización del primer plan quinquenal, después de la "desaparición de las clases"... después de la "entrada en el socialismo", la burocracia estalinista ya no se atreve a publicar en su propio nombre el manifiesto del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Esa es su verdadera relación con la Comintern; he ahí lo confiada que está en la arena internacional.

El manifiesto no es la mera respuesta a la iniciativa de la Segunda Internacional. Por medio de organizaciones títeres —las oposiciones sindicales revolucionarias (RGOs) de Alemania y Polonia, la Alianza Antifascista y la llamada Conferencia General del Trabajo Italiana—, la Comintern convoca para el mes de abril un "congreso obrero antifascista paneuropeo". La lista de los invitados, como es natural, es vasta y confusa: fábricas (dicen "fábricas", aunque, gracias a los esfuerzos de Stalin-Lozovsky, los comunistas han sido arrojados de casi todas las fábricas del mundo), organizaciones obreras locales, revolucionarias, reformistas, católicas, pertenecientes a un partido o no, deportivas, antifascistas y campesinas. Y aún más: "También

deseamos invitar a todos aquellos individuos que luchan realmente (!) por la causa de los obreros". Habiendo comprometido durante mucho tiempo la causa de las masas, los estrategas llaman a los "individuos", a aquellos ermitaños que no han hallado sitio en las filas de las masas pero que, así y todo, "luchan realmente por la causa de los obreros". Barbusse y el general Schoenaich se movilizarán una vez más para salvar Europa de Hitler.

Aquí tenemos el libreto confeccionado para una de esas representaciones charlatanescas con que los estalinistas habitúan a ocultar su impotencia. ¿Qué ha hecho el bloque de Ámsterdam de centristas y pacifistas en la lucha contra la agresión de los bandidos japoneses en China? Nada. Aparte del respecto a la "neutralidad" estalinista, los pacifistas no han publicado siquiera un manifiesto de protesta. Ahora está preparándose una nueva edición del congreso de Ámsterdam* no contra la guerra, sino contra el fascismo. ¿Qué hará el bloque antifascista de "fábricas" vacías e "individuos" impotentes? Nada. Publicará un manifiesto huero si, en realidad, esta vez las cosas van tan lejos como para que se celebre el congreso.

La inclinación hacia los individuos tiene dos caras: la oportunista y la aventurerista. Los socialistas revolucionarios rusos, en los viejos tiempos, tendían la mano derecha a los liberales y, en la izquierda, sostenían una bomba. La experiencia de los últimos diez años demuestra que tras cada gran derrota provocada, o al menos agravada, por la política de la Comintern, la burocracia estalinista intenta invariablemente salvar su reputación con ayuda de alguna aventura grandiosa (Estonia, Bulgaria, Cantón). ¿Existe este peligro también ahora? En todo caso, consideramos necesario elevar una voz de alerta. Las aventuras que pretenden sustituir la acción de las masas paralizadas las desorganizan aún más y agravan la catástrofe.

Las condiciones de la actual situación mundial, lo mismo que las de cada país en particular, son tan fatales para la socialdemocracia como favorables para el partido revolucionario. Pero la burocracia estalinista ha logrado convertir la crisis del capitalismo y del reformismo en crisis del comunismo. Ese es el resultado final de diez años de dirección incontrolada de los epígonos.

Se encontrarán hipócritas que digan: la oposición critica un partido que ha caído en las manos del verdugo. Los canallas añadirán: la oposición ayuda al verdugo. Combinando un sentimentalismo hipócrita con una perfidia envenenada, los estalinistas harán lo posible para ocultar al comité central tras el aparato, al aparato tras el partido, para eliminar la cuestión de la responsabilidad por la catástrofe, por la estrategia errónea, por el régimen desastroso, por la dirección criminal: eso es ayudar a los verdugos de hoy y de mañana.

---

* Congreso pacifista celebrado en Ámsterdam el 27 de agosto de 1932, convocado por Barbusse, Rolland, Gorki, Dos Passos, etc.

La política de la burocracia estalinista en China no fue menos desastrosa de lo que lo es ahora en Alemania. Pero allí, las cosas tuvieron lugar a espaldas del proletariado mundial, en condiciones que le eran incomprensibles. La voz crítica de la oposición difícilmente llegó, más allá de la Unión Soviética, a los obreros de los demás países. El aparato estalinista salió casi impunemente de la experiencia china. En Alemania, es completamente diferente. Todas las fases del drama se desarrollaron ante el proletariado mundial. En cada fase, la oposición levantó su voz. Todo el curso de desarrollo fue anunciado por adelantado. La burocracia estalinista calumnió a la oposición, le imputó ideas y planes ajenos a ella; expulsó a todos aquellos que osaban hablar del frente único; ayudó a la burocracia socialdemócrata a derruir los comités unidos para la defensa local; despojó a los obreros de la menor posibilidad de seguir el camino de la lucha de masas; desorganizó a la vanguardia; paralizó al proletariado. De este modo, oponiéndose a un frente único defensivo con la socialdemocracia, los estalinistas se encontraron con ésta en un frente único del pánico y capitulación.

Y ahora, estando ya delante de las ruinas, la dirección de la Comintern teme, más que cualquier otra cosa, la luz y la crítica. ¡Que la revolución mundial perezca, pero que viva el prestigio arrogante! Los forjadores de bancarrotas siembran confusión, sepultan la evidencia y cubren sus huellas. El hecho de que el Partido Comunista de Alemania perdiera "sólo" 1.200.000 votos en el primer golpe —con un aumento del número de votantes de entre tres y cuatro millones—, es proclamado por *Pravda* como una "gigantesca victoria política". De igual forma, en 1924, Stalin proclamó como una "gigantesca victoria" el que los obreros en Alemania que se retiraban sin combate, hubiesen dado al Partido Comunista 3.600.000 votos. Si el proletariado, engañado y desarmado por ambos aparatos, ha dado esta vez al Partido Comunista casi cinco millones de votos, esto sólo significa que le hubieran dado el doble o el triple si hubiesen confiado en su dirección. Lo habrían elevado al poder si se hubiese demostrado capaz de tomarlo y conservarlo. Pero no dio al proletariado nada salvo confusión, zigzagues, derrotas y fracasos.

Sí, cinco millones de comunistas lograron todavía alcanzar la urna, uno a uno. Pero en las fábricas y en las calles no hay ninguno. Están desconcertados, dispersos, desmoralizados. Han perdido su independencia bajo el yugo del aparato. El terror burocrático del estalinismo paralizó su fuerza de voluntad antes de que llegase el turno al terror de las bandas fascistas.

Hay que decirlo claramente, llanamente, abiertamente: el estalinismo ha tenido en Alemania su 4 de agosto. En adelante, los obreros avanzados sólo hablarán del período de la dominación de la burocracia estalinista con un ardiente sentido de vergüenza, con palabras de odio y maldición. El Partido Comunista alemán oficial está sentenciado. De ahora en adelante, sólo se

descompondrá, se desmoronará y se deshará en el vacío. El comunismo alemán sólo puede renacer sobre una nueva base y con una nueva dirección.

La ley del desarrollo desigual también actúa sobre el destino del estalinismo. En los diversos países, se encuentra en fases diferentes de descomposición. Hasta qué grado servirá la trágica experiencia de Alemania como estímulo para el renacimiento de las otras secciones de la Comintern, el futuro lo dirá. En Alemania, en cualquier caso, ha sonado el canto del cisne de la burocracia estalinista. El proletariado alemán se levantará de nuevo, el estalinismo, jamás. Bajo los terribles golpes del enemigo, los obreros avanzados alemanes tendrán que construir un nuevo partido. Los bolcheviques-leninistas dedicarán todas sus fuerzas a esta labor.

Alemania y la URSS*

La ausencia total de resistencia por parte de los obreros alemanes ha provocado cierta inquietud en nuestras propias filas. Nosotros esperábamos que la marcha hacia adelante del peligro fascista superaría no sólo la pérfida política de los reformistas, sino también el sabotaje ultimatista de los estalinistas. Estas esperanzas no se confirmaron. ¿Eran falsas nuestras expectativas? Esta cuestión no puede plantearse de una manera tan formal. Estábamos obligados a partir de un curso basado en la resistencia, y hacer todo lo que estaba a nuestro alcance para su realización. Reconocer a priori la imposibilidad de la resistencia habría significado no hacer avanzar al proletariado, sino introducir un elemento de desmoralización adicional.

Los acontecimientos han aportado su comprobación. La primera lección se extrae en el artículo de Trotsky *La tragedia del proletariado alemán*. Ahora puede decirse casi con certeza que sólo un cambio de coyuntura originaría un impulso hacia una verdadera lucha de masas. Entretanto, la tarea es principalmente de crítica y preparación. El régimen de terror fascista será una grave prueba para nuestros cuadros en su conjunto y para cada miembro en particular. Es precisamente un período así el que templa y educa a los revolucionarios. En tanto los fascistas toleren la existencia de los sindicatos, es necesario a toda costa que la Oposición de Izquierda penetre en ellos y empiece una labor conspirativa precisa en su seno. La transición a la ilegalidad no significa solamente pasar a la clandestinidad (crear un órgano en un país extranjero, meterlo de contrabando y distribuirlo, un núcleo ilegal dentro del país, etc.), sino también la capacidad para emprender una labor conspirativa dentro de las organizaciones de masas en la medida en que éstas existan.

La cuestión del posible papel del Ejército Rojo es planteada agudamente por muchos camaradas. No es, evidentemente, cuestión de revisar nuestra posición de principio. Si la situación interior de la URSS lo hubiera per-

---

* Carta escrita con seudónimo el 17 de marzo de 1933, fue publicada en el *Boletín interno* de la Liga Comunista de América, n.º 11, 31 de marzo de 1933.

mitido, el gobierno soviético, en el momento del primer acercamiento de Hitler hacia el poder, habría movilizado algunas divisiones del ejército en la Rusia Blanca y Ucrania, naturalmente escudándose en la defensa de las fronteras soviéticas. Partiendo de la idea irrebatible de que el Ejército Rojo sólo puede auxiliar y no sustituir la revolución en otro país, algunos camaradas se inclinan a la conclusión de que, en ausencia de una guerra civil en Alemania, sería inadmisible recurrir a la movilización en la URSS. Plantear de tal manera la cuestión es demasiado abstracto. Naturalmente, el Ejército Rojo no puede sustituir a los obreros alemanes en hacer la revolución; mejor aún, sólo puede auxiliar la revolución de los obreros alemanes. Pero, en las diferentes fases, esta ayuda puede tener diferentes manifestaciones. Por ejemplo, el Ejército Rojo puede ayudar a los obreros alemanes a *empezar* la revolución.

Lo que paralizó al proletariado alemán fue el sentimiento de desunión, de aislamiento y de desesperanza. Solamente la perspectiva de una ayuda armada del exterior habría ejercido una influencia enormemente estimulante sobre la vanguardia. El primer acto de resistencia serio contra Hitler por parte de los obreros alemanes habría provocado una disensión entre la Alemania fascista y la URSS y podía haber conducido a una solución militar. El gobierno soviético no puede tener el más pequeño interés en actuar como *agresor*. No es una cuestión de principio, sino de oportunidad política. Para las masas campesinas, una guerra con el objetivo de ayudar al proletariado alemán habría sido difícilmente comprensible. Pero es posible atraer a los campesinos a una clase de guerra que empieza como defensa del territorio soviético contra un peligro amenazador. (Todo lo que se decía en la *Historia de la Revolución Rusa*, de Trotsky, sobre el tema de la defensa y el ataque respecto a la revolución incumbe igualmente a la cuestión de la guerra)

La forma que pueda tener la acción del Ejército Rojo en los acontecimientos alemanes por supuesto que tendría que coincidir completamente con el desarrollo de aquellos y con el estado de ánimo de las masas obreras alemanas. Pero, precisamente porque los obreros alemanes se sienten incapaces de romper las cadenas de la pasividad, la iniciativa en la lucha, incluso en la forma preliminar arriba mencionada, pertenecería al Ejército Rojo. *El obstáculo a esta iniciativa, sin embargo, no es la situación actual en Alemania, sino la situación en la URSS*. Parece que muchos camaradas extranjeros prestan una atención insuficiente a este aspecto de la cuestión. Hace más de un año desde que hablamos de la necesidad de la intervención del Ejército Rojo en caso de que el fascismo llegase al poder, En esto basamos nuestro pensamiento sobre la esperanza de que no sólo en Alemania sino también en Rusia se produciría el cambio político necesario que mejoraría la situación económica y, por tanto, el poder soviético habría adquirido la libertad de movimiento necesaria. En realidad, sin embargo, los desarrollos inter-

nos durante el último año han adoptado un carácter extremadamente desfavorable. La situación económica, lo mismo que el espíritu de las masas, hace difícil en alto grado una guerra. Toda la información de la URSS afirma que, en las condiciones actuales, la consigna de ayuda militar al proletariado alemán parecería, incluso para los obreros avanzados rusos, como irrealizable, irreal e ilusoria.

Nosotros no cedemos ni un ápice en nuestra posición de principio. Aun cuando la posición de internacionalismo activo nos sirve en la actualidad sobre todo para proseguir una *crítica despiadada de la burocracia soviética*, que en el momento decisivo paraliza al Estado obrero, sin embargo, en ningún caso podemos dejar la situación objetiva fuera de consideración: las consecuencias de los errores se han convertido en factores objetivos. Exigir la movilización del Ejército Rojo en las condiciones actuales sería puro aventurerismo. Pero tanto más resueltamente debemos, pues, exigir un cambio en la política de la URSS en nombre de la consolidación de la dictadura proletaria y el papel activo del Ejército Rojo.

Hitler y el Ejército rojo*

América ha reproducido el capitalismo europeo a una escala gigantesca, pero ha reproducido el socialismo europeo sólo a una escala insignificante. La socialdemocracia americana nunca ha sido otra cosa que una caricatura de la socialdemocracia europea. Esta "ley del desarrollo desigual" ha conservado toda su fuerza en lo que se refiere al estalinismo. El PCUSA es más débil que cualquiera de los partidos europeos, empero la burocracia estalinista de América ha llevado a cabo todos los zigzagues y todos los errores con una exageración extraordinaria.

Hace un año y medio, los estalinistas pensaban que un ataque del Japón a la URSS era cuestión de días, y sobre este "pronóstico", dictado por la prensa burguesa, intentaron basar toda su política. Nosotros, por el contrario, afirmamos que, en tanto no se hubiese asimilado Manchuria, el peligro de un ataque del Japón era absolutamente improbable. Los estalinistas americanos nos acusaron, en relación a esto, de estar al servicio del Estado Mayor japonés. En general, estos señores sacan sus argumentos de cloacas y desagües.

Más adelante afirmamos que el peligro de una victoria fascista en Alemania —peligro para la revolución mundial y, sobre todo, para la Unión Soviética— era más real e inminente que el peligro de una intervención japonesa. Los estalinistas europeos gritaron que éramos "presa del pánico". Los estalinistas americanos, más descaradamente, declararon que pretendíamos distraer conscientemente la atención del proletariado mundial del peligro inminente al Este de la Unión Soviética. Los acontecimientos trajeron su comprobación. Durante un año y medio, la "inminente" agresión japonesa no ha tenido lugar. (Evidentemente, esto no significa que el peligro de intervención japonesa no exista en general.) Durante este tiempo, Hitler ha llegado al poder y, con unos cuantos golpes, ha destruido al principal aliado de la URSS, el Partido Comunista Alemán, debilitado de antemano por los embustes y la falsedad del estalinismo.

---

* Escrito el 21 de marzo de 1933, fue publicado por vez primera en el *Biulleten Oppózittsii*, n.º 34, mayo de 1933.

Hace un año y medio, escribíamos que el Ejército Rojo, en su mayor parte, tenía que volver la cara hacia Occidente para considerar la posibilidad de aplastar al fascismo antes de que éste destruyese al proletariado alemán y se uniese con el imperialismo europeo y mundial. Como respuesta, los estalinistas americanos, los más estúpidos e insolentes de todos, afirmaron que queríamos arrastrar a la URSS a la guerra, interrumpir su reconstrucción y asegurar la victoria del imperialismo. La antigua fábula dice que no hay nada más peligroso que un amigo ignorante. Llamar a acciones militares contra Japón mientras no había y no podía haber un peligro inmediato en esa dirección significaba distraer del peligro real del fascismo. Evidentemente, los estalinistas llevaron a cabo esta tarea no porque desearan la victoria de Hitler, sino por ceguera política. Al mismo tiempo, hemos de ser justos con ellos: si hubiesen deseado la victoria de Hitler no podían haber actuado de otra manera a como lo hicieron. Ahora que Hitler está en el poder, y toda su política le obliga a preparar un golpe hacia el Este (¡las revelaciones del programa polaco-ucraniano de Göring son lo bastante elocuentes!), los estalinistas dicen: quienquiera piense en llamar al Ejército Rojo perjudica la construcción socialista. Pero, incluso dejando de lado la cuestión de la ayuda al proletariado alemán, queda la cuestión de la defensa de la construcción socialista frente al fascismo alemán, las tropas de choque del imperialismo mundial. ¿Niegan los estalinistas este peligro? Lo más que pueden decir es que Hitler no es todavía, en la actualidad, capaz de llevar a cabo una guerra. Eso es cierto, y ya lo dijimos hace tiempo. Pero si Hitler, incapaz hoy de llevar a cabo una guerra, puede hacerlo mañana —y él no podrá evitarlo— ¿no exige una estrategia correcta impedir que Hitler prepare su golpe, es decir, que los obreros alemanes se zafen de Hitler antes de que Hitler se zafe de los obreros alemanes? Los marxistas se han burlado a menudo del cretinismo parlamentario, pero el cretinismo koljoziano no es mejor. No se puede sembrar grano ni plantar coles con la espalda vuelta hacia Occidente, del que, por primera vez desde 1918, proviene la mayor amenaza, que puede ser un peligro mortal si no se paraliza a tiempo.

¿O tal vez han asimilado los estalinistas la sabiduría pacifista de que la única guerra permisible es la "puramente defensiva"? Que Hitler nos ataque primero, luego nos defenderemos. Este fue siempre el razonamiento de la socialdemocracia alemana: que primero ataquen los nacionalsocialistas abiertamente la constitución, ah, luego... etc. No obstante, cuando Hitler atacó abiertamente la constitución, ya era demasiado tarde para defenderla.

Quien no vence al enemigo cuando éste todavía es débil; quien le deja pasivamente fortalecerse y reforzarse, proteger su retaguardia, crear un ejército propio, recibir apoyo del exterior, asegurarse aliados; quien deja al

enemigo completa libertad de iniciativa: ése es un traidor, incluso si los motivos de su traición no son prestar servicio al imperialismo, sino la debilidad pequeñoburguesa y la ceguera política.

La "justificación" de una política de espera y evasión en estas condiciones sólo puede ser la debilidad. Este es un argumento muy serio, pero hemos de darnos clara cuenta de ello. Tenemos que decir: las políticas estalinistas en la URSS han desorganizado tan completamente la economía y las relaciones entre el proletariado y el campesinado, han debilitado tan pésimamente al partido, que en la actualidad no existen las premisas necesarias para una política exterior activa.

Tomamos en consideración la fuerza de este argumento. Sabemos que las consecuencias de una política errónea se transforman en obstáculos objetivos en el camino. Contamos con esos obstáculos; no defendemos una aventura. Pero extraemos la conclusión: es necesario un cambio fundamental en la política, los métodos, la dirección del partido, para asegurar al Estado soviético, además de otras cosas, una capacidad defensiva real y, en el terreno internacional, libertad de iniciativa.

La catástrofe alemana: la responsabilidad de la dirección*

La época imperialista, al menos en Europa, ha sido una época de cambios bruscos, en los que la política ha adquirido un carácter extremadamente movedizo. En cada cambio, los intereses no han sido una reforma parcial u otra, sino el destino del régimen. El papel excepcional del partido revolucionario y de su dirección está basado en este hecho. Si en las buenas épocas pasadas, cuando la socialdemocracia crecía regular e ininterrumpidamente, como el capitalismo que la alimentaba, la dirección de Bebel parecía un estado mayor que tranquilamente elaboraba planes para una guerra en un futuro indeterminado (guerra que, después de todo, tal vez no llegaría), en las condiciones actuales, el comité central de un partido revolucionario parece el cuartel general de un ejército en acción. La estrategia del estudio ha sido remplazada por la estrategia del campo de batalla.

La lucha contra un enemigo centralizado exige centralización. Adiestrados en un espíritu de estricta disciplina, los obreros alemanes asimilaron esta idea con renovado vigor durante la guerra y las convulsiones políticas que le siguieron. Los obreros no son ciegos ante los defectos de su dirección, pero ninguno de ellos, individualmente, puede sacudirse el asidero de la organización. Los obreros en su conjunto consideran mejor tener una dirección fuerte, aunque defectuosa, que tirar en diferentes direcciones o recurrir a actividades "independientes". Nunca antes en la historia de la humanidad ha jugado un estado mayor político un papel tan importante ni ha sobrellevado tanta responsabilidad como en la época actual.

La derrota sin igual del proletariado alemán es el más importante acontecimiento desde la conquista del poder por el proletariado ruso. La primera tarea inmediatamente después de la derrota es analizar la política de la dirección. Los dirigentes con mayor responsabilidad (que están, demos gracias al cielo, sanos y salvos) señalan con emoción a los encarcelados ejecu-

* Escrito el 28 de mayo de 1933, fue publicado en el *Biulleten Oppozitsii*, nº 35, julio de 1933.

tores de su política a fin de suprimir cualquier crítica. Sólo podemos recibir semejante argumento falsamente sentimental con menosprecio. Nuestra solidaridad con aquellos a los que Hitler ha encarcelado es inatacable, pero esta solidaridad no se estira hasta aceptar los errores de los dirigentes. Las pérdidas sufridas sólo se justifican si las ideas de los vencidos avanzan. La condición preliminar para esto es una crítica valiente.

Durante todo un mes, ni un solo órgano comunista, sin exceptuar *Pravda* de Moscú, pronunció ni una palabra sobre la catástrofe del 5 de marzo. Todos esperaban escuchar lo que diría el presidium del comité ejecutivo de la Internacional Comunista. Por su parte, el presidium oscilaba entre dos variantes contradictorias: "El Comité Central alemán nos desencaminó", y "El Comité Central alemán siguió una política correcta". La primera variante fue descartada: la preparación de la catástrofe había tenido lugar a los ojos de todo el mundo, y la controversia con la Oposición de Izquierda que precedió la catástrofe había comprometido demasiado visiblemente a los dirigentes de la Internacional Comunista. Por fin, el 7 de abril, se anunciaba la decisión: "La línea política... del comité central, con Thaelmann a su cabeza, fue completamente correcta hasta y durante el golpe de Estado de Hitler". Sólo hay que lamentar que todos aquellos rematados por la espalda por los fascistas no aprendieran de esta consoladora afirmación porque han muerto.

La resolución del presidium no intenta analizar la política del Partido Comunista alemán —que podía esperarse sobre todo lo demás— sino que es otra en la larga serie de acusaciones contra la socialdemocracia. Prefirió, se nos dice, una coalición con la burguesía a una coalición con los comunistas; eludió una lucha auténtica contra el fascismo; encadenó la iniciativa de las masas; y, como tenía en sus manos la "dirección de las organizaciones obreras de masas", logró impedir una huelga general. Todo esto es cierto. Pero no es nada nuevo. La socialdemocracia, como el partido de la reforma social, agotó el carácter progresivo de su misión a medida que el capitalismo se transformaba en imperialismo. Durante la guerra, la socialdemocracia funcionó como instrumento directo del imperialismo. Después de la guerra, se alquiló oficialmente como médico de cabecera del capitalismo. El Partido Comunista se esforzaba por ser su sepulturero. ¿De qué lado estaba todo el curso del desarrollo? El estado caótico de las relaciones internacionales, el hundimiento de las ilusiones pacifistas, las crisis sin igual que conlleva una gran guerra con su secuela de epidemias, todo esto, parecía, revelaba el carácter decadente del capitalismo europeo y la incurabilidad del reformismo.

Entonces, ¿qué le ocurrió al Partido Comunista? En realidad, la Internacional Comunista desconoce a sus propias secciones, incluso aunque esa sección obtuviera unos seis mil millones de votos en las elecciones. Eso ya no es una mera vanguardia; es un gran ejército independiente. ¿Por que, pues, tomó parte en los acontecimientos sólo como víctima de la represión

y los progromos? ¿Por qué, en el momento decisivo demostró estar atenazado por la parálisis? Hay circunstancias en las que no se puede huir sin presentar batalla. Una derrota puede ser resultado de la superioridad de las fuerzas enemigas; tras la derrota, se puede recuperar. La entrega pasiva de todas las posiciones decisivas revela una incapacidad orgánica para luchar que no quedará impune.

El presidium nos dice que la política del Partido Comunista fue correcta "antes lo mismo que durante el golpe de Estado". Una política correcta, sin embargo, empieza con una apreciación correcta de la situación. No obstante, durante los últimos cuatro años, de hecho hasta el 5 de marzo de 1933, oíamos diariamente que un poderoso frente antifascista estaba creciendo ininterrumpidamente en Alemania, que el nacionalsocialismo estaba retrocediendo y desintegrándose, y que toda la situación estaba bajo la égida de la ofensiva revolucionaria. *¿Cómo podía haber sido correcta una política, cuando todo el análisis en que se basaba fue tumbado como un castillo de naipes?*

El presidium justifica la retirada pasiva por el hecho de que el Partido Comunista "careciendo del apoyo de la mayoría de la clase obrera", no podía comprometerse en una batalla decisiva sin cometer un crimen. Sin embargo, la misma resolución considera el llamamiento del 20 de julio [1932] a una huelga general política corno merecedor de un elogio especial, aunque por razones desconocidas omite mencionar un llamamiento idéntico del 5 de marzo [1933]. ¿No es la huelga general una "lucha defensiva"? Los dos llamamientos a la huelga corresponden íntegramente a las obligaciones de "papel dirigente" en el "frente único antifascista" bajo las condiciones de la "ofensiva revolucionaria". Desgraciadamente, los llamamientos a la huelga caen en oídos sordos; nadie salió ni les respondió. Pero si, entre la interpretación oficial de los acontecimientos y los llamamientos a la huelga, por una parte, y los hechos y realidades, por la otra, se suscita una tan atroz contradicción, es difícil entender en qué puede distinguirse una política correcta de una funesta. En cualquier caso, el presidium ha olvidado explicar qué fue correcto, si los dos llamamientos a la huelga o la indiferencia de los obreros ante ellos.

¿Pero tal vez la división en las filas del proletariado fue la causa de la derrota? Semejante explicación está especialmente ideada para espíritus perezosos. La unidad del proletariado, como consigna universal, es un mito. El proletariado no es homogéneo. La división comienza con el despertar político del proletariado, y constituye la mecánica de su desarrollo. Sólo bajo condiciones de una crisis social madura, cuando se enfrenta con la toma del poder como tarea inmediata, puede la vanguardia del proletariado, provista con una política correcta, agrupar a su alrededor a la inmensa mayoría de su clase. Pero el ascenso hasta esta cumbre revolucionaria se realiza sobre los pasos de sucesivas escisiones.

No fue Lenin quien inventó la política del frente único; al igual que la división dentro del proletariado, es impuesta por la dialéctica de la lucha de clases. Ningún éxito seria posible sin acuerdos temporales, con el objetivo de realizar tareas inmediatas, entre varios sectores, organizaciones y grupos del proletariado. Huelgas, sindicatos, periódicos, elecciones parlamentarias, manifestaciones callejeras, exigen que la división sea superada de vez en cuando, a medida que surge la necesidad; es decir, exigen un frente único *ad hoc*, incluso aunque no siempre tome esta forma. En las primeras fases de un movimiento, la unidad surge episódica y espontáneamente de la base, pero cuando las masas están acostumbradas a luchar por medio de sus organizaciones, la unidad también tiene que establecerse por arriba. Bajo las condiciones existentes en los países capitalistas avanzados, la consigna de "sólo por la base" es un craso anacronismo, alentado por los recuerdos de las primeras fases del movimiento revolucionario, especialmente en la Rusia zarista.

A un cierto nivel, la lucha por la unidad de acción se convierte de un hecho elemental en un deber táctico. La simple fórmula del frente único no resuelve nada. No sólo los comunistas recurren a la unidad, sino también los reformistas e incluso las fascistas. La aplicación táctica del frente único está subordinada, en cada período dado, a un determinada concepción estratégica. Al preparar la unificación revolucionaria de los obreros, sin y contra el reformismo, es necesaria una larga, perseverante y paciente experiencia en aplicar el frente único con los reformistas; siempre, desde luego, desde el punto de vista del objetivo revolucionario final. Es precisamente en este terreno en el que Lenin nos proporcionó ejemplos incomparables.

La concepción estratégica de la Internacional Comunista fue errónea desde el principio hasta el final. El punto de partida del Partido Comunista alemán era que, entre la socialdemocracia y el fascismo, no había más que una mera división del trabajo; que sus intereses eran parecidos, sino idénticos. En lugar de ayudar a gravar la desavenencia entre el principal adversario político del comunismo y su enemigo mortal —para lo que habría bastado proclamar la verdad en voz alta, en lugar de infringirla—, la Internacional Comunista se convenció de que los reformistas y los fascistas eran gemelos; pronosticó su conciliación, agrió y rechazó a los obreros socialdemócratas, y consolidó a sus dirigentes reformistas. Todavía peor: en cualquier caso en que, a pesar de los obstáculos interpuestos por la dirección, se crearon comités unitarios locales para la defensa obrera, la burocracia obligó a sus representantes a retirarse bajo la amenaza de expulsión. Sólo desplegó firmeza y perseverancia en sabotear el frente único, tanto desde arriba como desde abajo. Todo esto lo hizo, sin la menor duda, con la mejor de las intenciones.

Ninguna política del Partido Comunista podía, por supuesto, haber transformado la socialdemocracia en un partido de la revolución. Pero

tampoco era ése el objetivo. Era necesario explotar hasta el límite la contradicción entre reformismo y fascismo, a fin de debilitar al fascismo, debilitando al mismo tiempo al reformismo al exponer ante los obreros la incapacidad de la dirección socialdemócrata. Estas dos tareas se fundían, naturalmente, en una. La política de la burocracia de la Comintern condujo al resultado opuesto: la capitulación de los reformistas sirvió los intereses del fascismo, y no del comunismo; los obreros socialdemócratas permanecieron con sus dirigentes; los obreros comunistas perdieron la fe en sí mismos y en su dirección.

Las masas querían luchar, pero sus dirigentes les impidieron obstinadamente hacerlo. La tensión, el descontento y finalmente la desorientación reventó al proletariado desde dentro. Es peligroso conservar demasiado tiempo al fuego el metal fundido; todavía más peligroso es mantener a la sociedad demasiado tiempo en un estado de crisis revolucionaria. La pequeña burguesía se volvió, en su abrumadora mayoría, hacia el nacionalsocialismo sólo porque el proletariado, paralizado desde arriba, se mostró impotente para llevarla por un camino diferente. La ausencia de resistencia por parte de los obreros levantó la autoconfianza del fascismo y disminuyó el temor de la gran burguesía, confrontada al riesgo de una guerra civil. La desmoralización inevitable del destacamento comunista, cada vez más aislado del proletariado, hizo imposible incluso una resistencia parcial. Así, la procesión triunfal de Hitler sobre los huesos de las organizaciones proletarias estaba asegurada.

La concepción estratégica errónea de la Internacional Comunista chocó a cada paso con la realidad, llevando con ello a un curso incomprensible e inexplicable de zigzagues. El principio fundamental de la Internacional Comunista era: *¡no puede permitirse un frente único con los dirigentes reformistas!* Luego, en el momento más crítico, el comité central del Partido Comunista alemán, sin explicación ni preparación, llamaba a los dirigentes de la socialdemocracia, proponiendo el frente único como un ultimátum: ¡ahora o nunca! Tanto dirigentes como obreros en el campo reformista interpretaron este paso no como producto del miedo, sino, por el contrario, como una trampa diabólica. Tras el fracaso inevitable de un intento de compromiso, la Internacional Comunista ordenó que se olvidara el llamamiento y la idea misma de frente único fue proclamada, una vez mas, contrarrevolucionaria. Semejante insulto a la conciencia política de las masas no podía pasar impunemente. Sí hasta el 5 de marzo se podía imaginar todavía, con cierta dificultad, que la Internacional Comunista, en su temor del enemigo, exhortaría posiblemente a la socialdemocracia, en el último momento, bajo el garrote del enemigo, luego, el llamamiento del presidium del 5 de marzo, proponiendo una acción común a los partidos socialdemócratas de todo el mundo, independientemente de las condiciones internas de cada país, imposibi-

litó incluso esta explicación, En esta propuesta de frente único, sorprendente y a escala mundial, cuando Alemania se revelaba por las llamas del fuego del *Reichstag*, ya no había ni una palabra sobre el socialfascismo. La Internacional Comunista estaba incluso preparada —es difícil creerlo, ¡pero está impreso negro sobre blanco!— *a detener la crítica a la socialdemocracia* durante todo el período de la lucha común.

Las oleadas de esta capitulación espantada ante el reformismo apenas habían tenido tiempo para apaciguarse cuando Wels juraba fidelidad a Hitler y Leipart ofrecía al fascismo su colaboración y su apoyo. "Los comunistas", declaró inmediatamente el presidium de la Internacional Comunista, "tenían razón en llamar a los socialdemócratas socialfascistas". Esta gente siempre tiene razón. Entonces, ¿por qué abandonaron la teoría del socialfascismo pocos días antes de su inequívoca confirmación? Afortunadamente, nadie se atreve a hacer preguntas embarazosas a los dirigentes. Pero las desgracias no se acaban ahí: la burocracia piensa demasiado lentamente como para conservar el paso del ritmo actual de los acontecimientos. Apenas había caído el presidium en la famosa revelación: "El fascismo y la socialdemocracia son gemelos", cuando Hitler llevaba a cabo la destrucción total de los Sindicatos Libres y, al mismo tiempo, arrestaba a Leipart y compañía. Las relaciones entre los hermanos gemelos no eran completamente fraternales.

En lugar de tomar al reformismo como una realidad histórica, con sus intereses y sus contradicciones, con todas sus oscilaciones a derecha e izquierda, la burocracia operó con modelos mecánicos. La prontitud de Leipart para arrastrarse cuatro horas *después* de la derrota, se presenta como un argumento contra el frente único *antes* de la derrota *con el objetivo de evitarla*. Como si la política de realizar acuerdos de lucha con los reformistas estuviera basada en el valor de los dirigentes reformistas y no en la incompatibilidad de los Órganos de la democracia proletaria y las bandas fascistas.

En agosto de 1932, cuando Alemania todavía estaba gobernada por el "general social" Schleicher, quien se supuso garantizaría la unión de Hitler y Wels, anunciada por la Internacional Comunista, escribí: "Todos los indicios apuntan a la ruptura del triángulo Wels-Schleicher-Hitler incluso antes de que tome forma".

"Pero ¿tal vez será sustituido por una combinación Hitler-Wels?... Supongamos que la socialdemocracia quisiera, sin temer a sus propios obreros, vender su tolerancia hacia Hitler. Pero Hitler no necesita esta mercancía: no necesita la tolerancia, sino la destrucción de la socialdemocracia. El gobierno Hitler sólo puede realizar su tarea quebrando la resistencia del proletariado y eliminando todos los órganos posibles de su resistencia. En eso reside el papel histórico del fascismo".

Que los reformistas, tras la derrota, hubieran sido felices si Hitler les hubiese permitido vegetar legalmente hasta que volvieran tiempos mejores,

no puede dudarse. Pero desgraciadamente para ellos, Hitler —la experiencia italiana no le ha sido en vano— comprende que las organizaciones obreras, incluso si sus dirigentes aceptan un bozal, se convertirían inevitablemente en un peligro amenazador a la primera crisis política.

El doctor Ley, cabo del "frente obrero" actual, ha determinado, con mucha más lógica que el presidium de la Internacional Comunista, la relación entre los llamados gemelos. "El marxismo se hace el muerto", decía el 2 de mayo, "para levantarse de nuevo a la oportunidad más favorable... ¡El astuto zorro no nos engañará! Es mejor darle el golpe final que tolerarlo hasta que se recupere. Los Leipart y Grassmann pueden fingir toda clase de lealtades a Hitler, pero es mejor tenerlos bajo llave. Por eso estamos arrancando de las manos de la canalla marxista su herramienta principal [los sindicatos] y de este modo les estamos privando de la última posibilidad de que se armen otra vez". Si la burocracia de la Internacional Comunista no fuera tan infalible y si escuchara la crítica, no habría cometido errores adicionales entre el 22 de marzo, cuando Leipart juró fidelidad a Hitler, y el 2 de mayo, cuando Hitler, a pesar del juramento, lo arrestó.

Esencialmente, la teoría del "socialfascismo" habría sido refutada aun cuando los fascistas no hubiesen realizado un trabajo tan completo metiéndose a la fuerza en los sindicatos. Incluso si Hitler hubiera considerado necesario, como resultado de la relación de fuerzas, dejar a Leipart temporalmente y nominalmente al frente de los sindicatos, el acuerdo no habría eliminado la incompatibilidad de los intereses fundamentales. Aunque tolerados por el fascismo, los reformistas recordarían los pucheros de la democracia de Weimar, y eso sólo los haría enemigos solapados. ¿Cómo se puede dejar de ver que los intereses de la socialdemocracia y del fascismo son incompatibles cuando incluso la existencia independiente de la *Stahlhelm* es imposible en el Tercer *Reich*? Mussolini toleró a la socialdemocracia e incluso al Partido Comunista durante algún tiempo sólo para destruirlos después con mayor crueldad. El voto de los diputados socialdemócratas en el *Reichstag* a favor de la política exterior de Hitler, al cubrir a este partido con una nueva mancha, no mejorará ni un ápice su destino.

Como una de las principales causas de la victoria del fascismo, los desafortunados dirigentes se remiten —en secreto, por supuesto— al "genio" de Hitler, quien lo previó todo y no descuidó nada. Sería estéril ahora someter la política fascista a una crítica retrospectiva. Sólo es necesario recordar que Hitler, durante el verano del año pasado, dejó que se le escapase la cima de la marea fascista. Pero incluso la crasa pérdida de ritmo —un error colosal— no tuvo resultados fatales. El incendio del *Reichstag* por Göring, aun cuando este acto fue toscamente realizado, produjo, sin embargo, el resultado necesario. Lo mismo hay que decir de la política fascista en su conjunto, puesto que condujo a la victoria. No se puede negar, desgra-

ciadamente, la superioridad de la dirección fascista sobre la proletaria. Pero es sólo por una modestia indecente que los derrotados dirigentes guardan silencio sobre su parte en la victoria de Hitler. Existe el juego de damas y también el de los perdedores. El juego practicado en Alemania tiene este rasgo singular, que Hitler jugaba a las damas y sus adversarios jugaban a perder. Respecto al genio político, Hitler no lo necesitaba. La estrategia de su enemigo le compensó ampliamente por todo lo que le faltaba a su propia estrategia.

¿Qué es el Nacionalsocialismo?*

Los espíritus ingenuos piensan que el título de rey reside en el rey mismo, en su capa de armiño y en su corona, en su carne y en sus huesos. En realidad, el título de rey es una interrelación entre individuos. El rey es rey sólo porque los intereses y prejuicios de millones de personas se reflejan a través de su persona. Cuando el flujo del desarrollo barre esas interrelaciones, el rey parece ser solamente un hombre gastado, con un labio inferior flácido. Aquel que en otro tiempo se llamó Alfonso XIII podría hablarnos sobre esto de sus frescas impresiones.

El jefe por la voluntad del pueblo se diferencia del jefe por la voluntad de Dios en que el primero está obligado a despejarse el camino o, por lo menos, a ayudar a las circunstancias para que se lo despejen. Sin embargo, el jefe es siempre una relación entre individuos, la oferta individual para satisfacer la demanda colectiva. La controversia sobre la personalidad de Hitler se hace tanto más agria cuanto más se busca en él mismo el secreto de su triunfo. Entretanto, sería difícil encontrar otra figura política que sea, en la misma medida, el punto de convergencia de fuerzas históricas anónimas. No todo pequeñoburgués exasperado podía haberse convertido en Hitler, pero en cada pequeñoburgués exasperado hay una partícula de Hitler.

El rápido crecimiento del capitalismo alemán antes de la Primera Guerra Mundial no significó de ningún modo la simple destrucción de las clases medias. Aunque arruinó algunas capas de la pequeña burguesía, creó otras nuevas: alrededor de las fábricas, artesanos y tenderos; dentro de las fábricas, técnicos y ejecutivos. Pero aun cuando se mantenían e incluso crecían numéricamente —la vieja y la nueva pequeña burguesía constituyen poco menos de la mitad de la nación alemana— las clases medias han perdido el último vestigio de independencia. Viven en la periferia de la gran industria y del sistema bancario, y viven de las migajas que caen de la mesa de los monopolios y carteles, y de las limosnas de sus teóricos y políticos profesionales.

---

* Escrito el 10 de junio de 1933, se tradujo a varios idiomas y fue publicado por primera vez en *The Modern Thinker*, octubre de 1933. El *Postscriptum* está fechado el 2 de noviembre de 1933.

La derrota de 1918 levantó un muro en el camino del imperialismo alemán. La dinámica exterior se convirtió en dinámica interior. La guerra se convirtió en revolución. La socialdemocracia, que ayudó a los Hohenzollern a llevar la guerra hasta su trágico final, no permitió al proletariado llevar la revolución hasta el final. La democracia de Weimar dedicó catorce años a justificar su propia existencia con interminables excusas. El Partido Comunista llamó a los obreros a una nueva revolución, pero se mostró incapaz de dirigirla. El proletariado alemán atravesó el ascenso y el hundimiento de la guerra, de la revolución, del parlamentarismo y del pseudobolchevismo. En el momento en que los antiguos partidos de la burguesía se habían agotado por completo, la fuerza dinámica de la clase obrera también se encontró minada.

El caos de la posguerra golpeó a los artesanos, comerciantes y funcionarios no menos cruelmente que a los obreros. La crisis económica de la agricultura arruinaba al campesinado. La decadencia de los estratos medios no significaba que se convirtieran en proletarios, tanto más cuanto que el proletariado mismo estaba arrojando un ejército gigantesco de parados crónicos. La pauperización de la pequeña burguesía, apenas disimulada por las corbatas y calcetines de seda sintética, erosionó todos los credos oficiales y, ante todo, la doctrina del parlamentarismo democrático.

La multiplicidad de partidos, la fiebre helada de las elecciones, los interminables cambios de gobierno agravaban la crisis social mediante un caleidoscopio de combinaciones políticas estériles. En la atmósfera puesta al rojo vivo por la guerra, la derrota, las reparaciones, la inflación, la ocupación del Ruhr, la crisis, la necesidad y la desesperanza, la pequeña burguesía se levantó contra todos los viejos partidos que la habían embaucado. Los profundos agravios de los pequeños propietarios siempre próximos a la quiebra, de sus hijos universitarios sin empleos ni clientes, de sus hijas sin dotes ni pretendientes, exigían orden y mano de hierro.

La bandera del nacionalsocialismo fue levantada desde el comienzo por los cuadros medios y subalternos del antiguo ejército. Cubiertos de medallas por sus servicios señalados, los oficiales, en activo o retirados, no podían entender que su heroísmo y sus sufrimientos por la patria no sólo se hubieran malogrado, sino que tampoco les diera un derecho especial al reconocimiento. De ahí su odio a la revolución y al proletariado. Al mismo tiempo, no querían conformarse a ser relegados por los banqueros, industriales y ministros a los modestos empleos de tenderos, ingenieros, empleados de correos y maestros. De ahí su "socialismo". En el Yser y en Verdún, habían aprendido a arriesgar su vida y la de los demás, y a hablar el lenguaje de mando, que intimidaba poderosamente a los pequeños burgueses de la retaguardia. De este modo, esos individuos se convirtieron en dirigentes.

Al comienzo de su carrera política, Hitler resistió sólo a causa de su gran

temperamento, de una voz más fuerte que la de los otros, y una mediocridad intelectual mucho más autosuficiente. No puso en marcha ningún programa acabado, si se descarta la sed de venganza del soldado. Hitler empezó con ofensas y quejas sobre los términos de Versalles, el elevado coste de la vida, la falta de respeto hacia el digno oficial retirado, y las intrigas de los banqueros y periodistas del credo de Moisés. El país estaba lleno de gente arruinada, anegada, con cicatrices y heridas recientes. Todos ellos querían aporrear la mesa con su puño. Hitler podía hacerlo mejor que los demás. Ciertamente, no sabía cómo curar el mal. Pero sus arengas resonaban a veces como órdenes, a veces como ruegos dirigidos a un destino inexorable. Las clases condenadas, como los enfermos incurables, no se cansan de hacer variaciones sobre sus quejas ni de escuchar consuelo. Todos los discursos de Hitler armonizaban con este tono. Un sentimentalismo informe, una ausencia de pensamiento disciplinado, una ignorancia pareja a una erudición desordenada: todos estos menos se convirtieron en más. Le proporcionaron la posibilidad de unificar todos los tipos de descontento en el crisol de mendigo del nacionalsocialismo, y de dirigir a la masa en la dirección en que aquélla le empujaba. En la memoria del agitador se conservaba, de entre todas sus primeras improvisaciones, aquello que había encontrado aprobación. Sus ideas políticas fueron fruto de una acústica oratoria. Así es como se realizó la selección de consignas. Así es como se consolidó el programa. Así es como de la materia prima tomó forma el "jefe".

Mussolini, desde el comienzo mismo, reaccionó más conscientemente ante los materiales sociales que Hitler, mucho más próximo al misticismo policiaco de Metternich que al álgebra política de Maquiavelo. Intelectualmente, Mussolini es más audaz y más cínico. Puede decirse que el ateo romano sólo utiliza la religión de la misma forma que la policía y los tribunales, en tanto que su colega berlinés cree realmente en la infalibilidad de la Iglesia de Roma. Durante la época en que el futuro dictador italiano consideraba a Marx como "nuestro común maestro inmortal", defendía, no sin habilidad, la teoría que contempla en la vida de la sociedad contemporánea ante todo la acción recíproca de dos clases, la burguesía y el proletariado. Ciertamente, escribía Mussolini en 1914, entre ellas hay numerosas capas intermedias que aparentemente constituyen "un tejido conjuntivo del colectivo humano"; pero "durante los períodos de crisis, las clases intermedias gravitan, según sus ideas e intereses, hacia una u otra de las clases fundamentales". ¡Una muy importante generalización! Igual que la medicina científica proporciona no sólo la posibilidad de curar al enfermo, sino de enviar al sano a reunirse con sus antepasados por el camino más corto, así el análisis científico de las relaciones de clase, predestinado por su creador a la movilización del proletariado, permitió a Mussolini, después de haber saltado al campo opuesto, movilizar a las clases medias contra el proletaria-

do. Hitler realizó la misma proeza al traducir la metodología del fascismo al lenguaje del misticismo alemán.

Las hogueras en que arde la impía literatura del marxismo iluminan radiantemente la naturaleza de clase del nacionalsocialismo. Aun cuando los nazis actuaban como partido y no como poder estatal, no pudieron acercarse en absoluto a la clase obrera. Por otra parte, la gran burguesía, incluso aquélla que apoyó a Hitler financieramente, no los considera como su partido. El "renacimiento" nacional descansa por completo en las clases medias, la parte más atrasada de la nación, el pesado lastre de la historia. El arte político consiste en fundir la unidad de la pequeña burguesía mediante su hostilidad común hacia el proletariado. ¿Qué hay que hacer para mejorar las cosas? Ante todo, aplastar a los que están abajo. Impotente ante el gran capital, la pequeña burguesía espera reconquistar en el futuro su dignidad social con la ruina de los obreros.

Los nazis califican su golpe con el nombre usurpado de revolución. En realidad, en Alemania lo mismo que en Italia, el fascismo deja intocado el sistema social. Tomado en sí mismo, el golpe de Hitler no tiene derecho siquiera al nombre de contrarrevolución. Pero no se puede considerar como un acontecimiento aislado; es la conclusión de un ciclo de golpes que empezaron en Alemania en 1918. La Revolución de Noviembre, que dio el poder a los sóviets obreros y campesinos, fue proletaria en su tendencia fundamental. Pero el partido que estaba al frente del proletariado devolvió el poder a la burguesía. En este sentido, la socialdemocracia abrió la era de la contrarrevolución antes de que la revolución pudiera acabar su labor. Sin embargo, en tanto la burguesía dependía de la socialdemocracia, y, consecuentemente, de los obreros, el régimen conservó elementos de compromiso. A pesar de que la situación interior e internacional no dejaba al capitalismo alemán más lugar para concesiones. Mientras la socialdemocracia salvaba a la burguesía de la revolución proletaria, el fascismo vino a su vez a liberar a la burguesía de la socialdemocracia. El golpe de Hitler es sólo el eslabón final de la cadena de cambios contrarrevolucionarios.

La pequeña burguesía es hostil a la idea de desarrollo, puesto que el desarrollo avanza contra ella; el progreso no le ha traído más que deudas irredimibles. El nacionalsocialismo no sólo rechaza el marxismo, sino también al darwinismo. Los nazis reniegan del materialismo porque las victorias de la tecnología sobre la naturaleza han significado el triunfo del gran capital sobre el pequeño. Los dirigentes del movimiento eliminan el "intelectualismo" porque ellos mismos poseen inteligencias de segundo y tercer orden, y, sobre todo, porque su papel histórico no les permite llevar ni una sola idea hasta su conclusión. La pequeña burguesía necesita una autoridad superior, que esté por encima de lo material y de la historia, y que esté a salvo de la competencia, de la inflación, de las crisis y de las subastas. A

la evolución, al pensamiento materialista y al racionalismo —de los siglos veinte, diecinueve y dieciocho—, se contrapone en su mente el idealismo nacional como la fuente de inspiración heroica. La nación de Hitler es una sombra mitológica de la pequeña burguesía misma, un delirio patético de un *Reich* milenario.

Para elevarla por encima de la historia, a la nación se le da el apoyo de la raza. La historia se contempla como la emanación de la raza. Las cualidades de la raza son construidas sin relación con las condiciones sociales cambiantes. Al rechazar el —pensamiento económico— como ruin, el nacionalsocialismo desciende un escalón más abajo: del materialismo económico recurre al materialismo zoológico.

La teoría de la raza, creada especialmente, parece, para algunos pretenciosos autodidactos que buscan una llave universal para todos los secretos de la vida, particularmente lúgubre a la luz de la historia de las ideas. Para crear la religión de la pura sangre alemana, Hitler se vio obligado a tomar prestadas de segunda mano las ideas racistas de un francés, el conde Gobineau, diplomático y escritor diletante. Hitler encontró la metodología política confeccionada en Italia, donde Mussolini había tornado prestado ampliamente de la teoría marxista de la lucha de clases. El marxismo mismo es fruto de la unión de la filosofía alemana, la historia francesa y la economía inglesa. Si se investiga retrospectivamente la genealogía de las ideas, incluso de las más reaccionarias y estúpidas, no queda en pie ni rastro de racismo.

La enorme indigencia de la filosofía nacionalsocialista no impidió, por supuesto, a las ciencias académicas entrar en pos de Hitler con todas las velas desplegadas, una vez que su victoria fue suficientemente palpable. Para la mayoría de la canalla profesoril, los años del régimen de Weimar fueron tiempo de desorden e inquietud. Historiadores, economistas, juristas y filósofos se perdieron en conjeturas sobre cuál de los criterios de verdad enfrentados era cierto, es decir, cuál de los dos campos resultaría al final dueño de la situación. La dictadura fascista disipa las dudas de los Fausto y las vacilaciones de los Hamlet de las tribunas de la universidad. Saliendo del crepúsculo de la relatividad parlamentaria, el conocimiento retorna de nuevo al reino de los absolutos. Einstein ha sido obligado a buscar refugio fuera de las fronteras de Alemania.

En el plano de la política, el racismo es una variedad superficial y altisonante de chovinismo asociado a la frenología. Así como la nobleza arruinada busca consuelo en la aristocracia de su sangre, la pequeña burguesía pauperizada se embriaga con cuentos sobre las superioridades especiales de su raza. Es digno de atención el hecho de que los dirigentes del nacionalsocialismo no son nativos de Alemania, sino originarios de Austria, como el mismo Hitler; de las antiguas provincias bálticas del imperio del zar, como Rosenberg; y de los países coloniales, como Hess, que es el suplente actual

de Hitler en la dirección del partido. Fue preciso un estrépito bárbaro de nacionalismo en los límites de la civilización para imbuir en sus "líderes" las ideas que más tarde hallaron respuesta en los corazones de las clases más bárbaras de Alemania.

La individualidad y la clase —el liberalismo y el marxismo— son el mal. La nación, el bien. Pero en el umbral de la propiedad privada, esta filosofía se convierte en su opuesta. La salvación reside sólo en la propiedad privada individual. La idea de la propiedad nacional es el fruto del bolchevismo. Divinizando la nación, la pequeña burguesía no quiere entregarle nada. Por el contrario, espera que la nación le regale la propiedad y le proteja del obrero y del alguacil. Desgraciadamente, el Tercer *Reich* no va a regalar nada a la pequeña burguesía, excepto nuevos impuestos.

En la esfera de la economía moderna, internacional en sus lazos y anónima en sus métodos, el principio de la raza parece desenterrado de un cementerio medieval. Los nazis realizan concesiones por adelantado; la pureza de la raza, que tiene que ser certificada en el reino de espíritu por un pasaporte, tiene que ser demostrada en la esfera de la economía mediante la eficacia. Bajo las condiciones actuales, esto significa la capacidad competitiva. Por la puerta trasera, el racismo vuelve al liberalismo económico, desprendido de las libertades políticas.

El racionalismo en economía desciende en la práctica a las explosiones impotentes aunque brutales del antisemitismo. Los nazis apartan del sistema económico moderno al usurero o al capital bancario porque es el espíritu del mal; y, como es bien sabido, es precisamente en esta esfera donde la burguesía judía ocupa una posición importante. Inclinándose ante el capitalismo en su conjunto, la pequeña burguesía declara la guerra contra el mal espíritu del lucro en forma de judío polaco, con un largo caftán, y por lo general sin un céntimo en su bolsillo. El pogromo se vuelve la evidencia suprema de la superioridad racial.

El programa con que el nacionalsocialismo llegó al poder recuerda mucho —¡ay!— el almacén judío de una provincia retirada. ¡Aquí encuentras todo lo que buscas, a bajo precio y de calidad aún más baja! Recuerdos de los días "felices" de la libre competencia, y evocaciones nebulosas de la estabilidad de la sociedad sin clases; esperanzas en el renacimiento del imperio colonial, sueños de una economía autárquica; frases sobre el retorno de la ley romana a la germánica, y proclamaciones sobre una moratoria americana una hostilidad envidiosa hacia la desigualdad en la persona del propietario de un coche, y un temor animal a la igualdad en la persona de un obrero con gorra y sin cuello duro; el desenfreno del nacionalismo, y el temor a los acreedores mundiales... todo el rechazo del pensamiento político internacional han ido a llenar el tesoro espiritual del nuevo mesianismo germánico.

El fascismo ha hecho accesible la política a los bajos fondos de la sociedad. En la actualidad, no sólo en los hogares campesinos, sino también en los rascacielos urbanos, viven conjuntamente los siglos veinte y diez o trece. Cien millones de personas utilizan la electricidad y todavía creen en el poder mágico de gestos y exorcismos. El papa de Roma siembra por la radio la milagrosa transformación del agua en vino. Los astros del cine van a los médium. Los aviadores que pilotan milagrosos mecanismos creados por el genio del hombre utilizan amuletos en sus ropas. ¡Qué reservas inagotables de oscurantismo, ignorancia y barbarie! La desesperación los ha puesto en pie, el fascismo les ha dado una bandera. Todo lo que debía de haberse eliminado del organismo nacional en forma de excremento cultural en el curso del desarrollo normal de la sociedad, lo arroja por la boca ahora la sociedad capitalista; vomita la barbarie no digerida. Tal es la fisiología del nacionalsocialismo.

El fascismo alemán, como el italiano, se elevó al poder sobre las espaldas de la pequeña burguesía, que se convirtió en un ariete contra las organizaciones de la clase obrera y las instituciones de la democracia. Pero el fascismo en el poder es, menos que nada, el gobierno de la pequeña burguesía. Por el contrario, es la dictadura más despiadada del capital monopolista. Mussolini tiene razón: las clases medias son incapaces de políticas independientes. Durante períodos de grandes crisis son llamadas a seguir hasta el absurdo la política de una de las dos clases fundamentales. El fascismo logró ponerlas al servicio del capital. Consignas tales como el control estatal de los trusts y la supresión de los ingresos no provenientes del trabajo fueron arrojadas por la borda inmediatamente después de la toma del poder. En su lugar, el particularismo de las "tierras" alemanas, que se apoyaba en las peculiaridades de la pequeña burguesía, dejó paso al centralismo capitalista-policiaco. Cualquier éxito de la política interior o exterior del nacionalsocialismo significará inevitablemente el ulterior aplastamiento del pequeño capital por el grande.

El programa de las ilusiones pequeñoburguesas no puede descartarse; está sencillamente desgarrado de la realidad y disuelto en actos rituales. La unificación de todas las clases se reduce al trabajo obligatorio semisimbólico y a la confiscación del Primero de Mayo en "beneficio del pueblo". El mantenimiento de la escritura gótica contra la latina es una venganza simbólica por el yugo del mercado mundial. La dependencia de los banqueros internacionales, entre ellos numerosos judíos, no disminuye ni un ápice, por lo que está prohibido matar animales según el ritual talmúdico. Si el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, las avenidas del Tercer *Reich* están empedradas de símbolos.

Al reducir el programa de las ilusiones pequeñoburguesas a una pura mascarada burocrática, el nacionalsocialismo se eleva por encima de la nación como la peor forma de imperialismo. Son absolutamente vanas las espe-

ranzas de que el gobierno de Hitler caerá hoy o mañana, víctima de su incoherencia interna. Los nazis necesitaban un programa para tomar el poder; pero el poder no sirve en modo alguno a Hitler para realizar el programa. Sus tareas le son asignadas por el capital monopolista. La concentración compulsiva de todas las fuerzas y recursos del pueblo en interés del imperialismo —la verdadera misión histórica de la dictadura fascista— significa la preparación para la guerra; y esta tarea, a su vez, no tolera ninguna resistencia interna y conduce a una posterior concentración mecánica de poder. El fascismo no puede ser reformado ni apartado del servicio. Sólo puede ser derrocado. La órbita política del régimen descansa en la alternativa: guerra o revolución.

Postscriptum

Se aproxima el primer aniversario de la dictadura nazi. Todas las tendencias del régimen han tenido tiempo de asumir un carácter claro y preciso. La revolución "socialista" presentada a las masas pequeñoburguesas como complemento necesario a la revolución nacional está condenada y liquidada oficialmente. La fraternidad de las clases encontró su punto culminante en el hecho de que, un día especialmente señalado por el gobierno, los poseedores renuncian a los entremeses y al postre en favor de los no poseedores. La lucha contra el paro se reduce a dividir por dos la semirración de hambre. El resto es tarea de la estadística uniforme. La autarquía "planificada" es simplemente una nueva fase de la desintegración económica.

Cuanto más impotente es el régimen policiaco de los nazis en el terreno de la economía nacional, más obligada se ve a desplazar sus esfuerzos al terreno de la política exterior. Esto corresponde plenamente a la dinámica interna del capitalismo alemán, agresivo de pies a cabeza. El viraje repentino de los dirigentes nazis a declaraciones de paz sólo puede embaucar a los sumos bobalicones. ¿Qué otro método queda a disposición de Hitler sino trasladar la responsabilidad de los aprietos interiores a los enemigos externos y acumular bajo la prensa de la dictadura la fuerza explosiva del nacionalismo? Esta parte del programa, subrayada abiertamente incluso antes de la toma del poder por los nazis, está ahora llevándose a cabo con una lógica inflexible a los ojos de todo el mundo. La fecha de la nueva catástrofe europea la determinará el tiempo necesario para el armamento de Alemania. No es cuestión de meses, pero tampoco de décadas. Pasarán, no obstante, algunos años antes de que Europa se sumerja de nuevo en una guerra, a menos que las fuerzas internas de Alemania se anticipen a Hitler a tiempo.

¿Cuánto tiempo puede durar Hitler?*

Después de un incendio es difícil arreglar las cosas de nuevo. Es aún más difícil después de una gran derrota política determinar el camino de nuevo. A regañadientes los partidos admiten que han sido vencidos, en especial si una gran parte de la culpa por la derrota reside en ellos. Cuanto mayor es la magnitud de la derrota, más difícil es para el pensamiento político saltar a nuevas posiciones, desarrollar una nueva perspectiva y subordinar a ella la dirección y el ritmo del trabajo posterior.

La historia de la ciencia militar, como la historia de la lucha revolucionaria, registra un gran número de derrotas suplementarias producto de que la dirección, al no haber valorado la dimensión de la derrota fundamental, intentaba enmascararla con ataques extemporáneos. En la guerra, los intentos criminales de este tipo conducen a una destrucción masiva de fuerzas vivas, ya minadas moralmente por los reveses anteriores. En la lucha revolucionaria, los elementos más combativos, ya desgajados de las masas por las derrotas anteriores, caen víctimas de aventuras.

La actual catástrofe de Alemania es, indudablemente, la mayor derrota de la clase obrera en la historia. Tanto más urgente, por tanto, se vuelve un cambio estratégico total, pero tanto más obstinada es, por otra parte, la resistencia de la burocracia del partido. Ésta etiqueta como "derrotistas" no a quienes trajeron la derrota —estaría obligada a nombrarse a sí misma—, sino a quienes extraen las conclusiones políticas necesarias del hecho de la derrota. La lucha que se despliega ahora sobre la cuestión de las perspectivas del desarrollo político de Alemania tiene una significación excepcional para el destino de Europa y de todo el mundo.

A este respecto omitiremos de nuestra consideración a la socialdemocracia: la repugnante descomposición de este partido no le deja ninguna posibilidad ni siquiera para maniobras de prestigio burocrático. Los dirigentes ni siquiera se esfuerzan por aparentar que tienen ideas o planes.

---

* Escrito el 22 de junio de 1933, fue publicado en *The American Mercury,* enero de 1934, aunque había sido traducido para *Class Struggle*, septiembre-octubre y noviembre de 1933.

Después de haber perdido por completo sus cabezas políticamente, su preocupación se dirige a salvarlas físicamente. Esa gente ha estado preparando su deshonrosa derrota mediante toda su política desde el comienzo de la guerra imperialista.

Sólo la orientación del Partido Comunista tiene ahora interés político. Como organización de masas, está completamente arruinada. Pero se mantiene el aparato central, que publica literatura ilegal y en la emigración, que convoca en el exterior congresos antifascistas y desarrolla planes para la lucha contra la dictadura de los nazis. Todos los vicios de los Estados Mayores derrotados encuentran en este aparato su expresión insuperable.

"Los fascistas son califas por una hora", escribe el órgano oficial de la Comintern. "Su victoria no es eterna, y después le seguirá rápidamente la revolución proletaria... La lucha por la dictadura del proletariado está a la orden del día en Alemania". Cediendo terreno constantemente, entregando todas las posiciones, perdiendo a sus propios adherentes, el aparato sigue reiterando que la oleada antifascista asciende, que su espíritu se eleva, que es necesario estar preparado para una insurrección, sino mañana, en algunos meses. La fraseología optimista se ha convertido en un medio de autoconservación política para el estado mayor batido. El peligro de un optimismo espurio es tanto mayor cuanto más profundamente se sumerge en las tinieblas la vida interior del proletariado alemán: no hay ni sindicatos, ni elecciones parlamentarias, ni obligaciones como afiliados, ni circulación de periódicos; ningún dato que aparezca, cualquiera que sea, puede controlar las consecuencias de una política errónea ni perturbar la ecuanimidad de los dirigentes.

La principal razón para reafirmar el pronóstico consiste en que Hitler "no cumplirá sus promesas". ¡Como si Mussolini hubiese realizado su fantástico programa para mantenerse en el poder durante más de diez años! Una revolución no es un castigo automático para estafadores, sino un fenómeno social complejo que aparece sólo cuando se dan una serie de condiciones históricas. Las recordaremos una vez más: el aturdimiento y la división de las clases dominantes; la indignación de la pequeña burguesía y su pérdida de fe en el orden existente; la actividad combativa creciente de la clase obrera; por último, una política correcta del partido revolucionario, tales son los prerrequisitos inmediatos para una revolución. ¿Se dan?

Durante los dos años pasados, las clases poseedoras de Alemania se han encontrado en un estado de guerra cruel y sanguinaria. Ahora, todas ellas —aunque con el corazón postrado— se someten al fascismo. El antagonismo entre los agrarios y los industriales, así como entre grupos separados de industriales, no ha desaparecido; pero se puede estar seguro de que pronto se habrá arreglado.

La pequeña burguesía de Alemania hervía como un caldero en el último período. Incluso en su delirio nacionalista, existía un elemento de peligro

social. Ahora está unida en torno a un gobierno que se elevó sobre sus espaldas y la disciplinó mediante una organización puramente militar que surgió de su seno. Las clases medias se han convertido en el pilar fundamental del orden. La conclusión es irrefutable: en lo que respecta a la gran y pequeña burguesía, los prerrequisitos de un éxito revolucionario han pasado, o, lo que es lo mismo, se han desplazado hasta un futuro indefinido.

Por lo que toca a la clase obrera, la situación no es menos clara. Si hace unos cuantos meses se sentía, por culpa de su dirección, incapaz de defender sus potentes posiciones legales del asalto de la contrarrevolución, está infinitamente menos preparada para asaltar las potentes posiciones legales del fascismo. Los factores materiales y morales han cambiado aguda y profundamente la relación de fuerzas en desventaja del proletariado. Pero ¿es necesario todavía demostrarlo? No más favorable es el estado de cosas en el terreno de la dirección: el Partido Comunista no existe; su aparato, privado del aire fresco de la crítica, está estrangulado en una profunda lucha interior. ¿En qué sentido, pues, puede decirse que "la lucha por la dictadura del proletariado está a la orden del día en Alemania"? ¿Qué se quiere dar a entender aquí por "día"?

No es difícil barruntar las explicaciones, sinceras e hipócritas, de nuestro pesimismo, nuestro escepticismo sobre las fuerzas creadoras de la revolución, etc. ¡Reproches baratos! Sabemos, no menos que los demás, que el fascismo defiende una causa históricamente perdida. Sus métodos pueden producir resultados tremendos pero inestables. Sólo aquellas clases que se han sobrevivido pueden ser abatidas por la violencia. Pero el proletariado ha sido siempre la principal fuerza productiva de la sociedad. Puede ser descalabrada durante un tiempo, pero esclavizarla para siempre es imposible, Hitler promete "reeducar" a los obreros, pero está obligado a emplear métodos pedagógicos que no se utilizan ni siquiera para adiestrar a los perros. El fascismo se romperá inevitablemente el pescuezo contra la hostilidad irreconciliable de los obreros. Pero ¿cómo y cuándo? La perspicacia histórica general no elimina la cuestión candente de la política: ¿qué hay que hacer ahora y, especialmente, qué no hay que hacer para preparar y acelerar el aplastamiento del nacionalsocialismo?

Confiar en el inmediato efecto revolucionador de las represiones fascistas y en la necesidad material es poner de manifiesto un materialismo vulgar. Ciertamente, "el ser determina la conciencia". Pero eso no significa en modo alguno una dependencia directa y mecánica de la conciencia respecto a las circunstancias externas. La existencia se refleja en la conciencia según las leyes de la conciencia. El mismo hecho objetivo puede tener un efecto político diferente, a veces opuesto, según la situación general y los acontecimientos precedentes. Así, en la marcha del desarrollo de la humanidad, la represión provocó frecuentemente la indignación revolucionaria. Pero

tras el triunfo de la contrarrevolución, no hace más que frustrar el último destello de protesta. La crisis económica puede acelerar la explosión revolucionaria, y eso ha ocurrido más de una vez en la historia; pero si estalla sobre el proletariado después de una grave derrota política, la crisis sólo puede agravar el proceso de descomposición. Planteémoslo más concretamente. No esperamos consecuencias revolucionarias inmediatas para Alemania de la profundización posterior de la crisis industrial.

Sin duda, la historia registra que una recuperación industrial persistente ha dado con frecuencia ventaja a las corrientes oportunistas dentro del proletariado. Pero tras un prolongado período de crisis y reacción, la coyuntura ascendente puede, por el contrario, elevar el nivel de actividad de los obreros e impulsarlos hacia el camino de la lucha. Consideramos esta variante como la más plausible en muchos aspectos.

Sin embargo, el centro de gravedad no reside en la actualidad en la previsión coyuntural. Cambios sicológicos importantes de masas de millones de individuos exigen intervalos prolongados: éste debería ser el punto de partida. Una interrupción en la coyuntura, choques en las filas de las clases poseedoras, complicaciones internacionales pueden tener y tendrán sus efectos sobre los obreros.

Pero los acontecimientos externos no pueden anular sencillamente las leyes internas de la conciencia de las masas, no pueden permitir al proletariado borrar de una vez las consecuencias de la derrota y empezar de ese modo una nueva página en el libro de la lucha revolucionaria. Aun cuando, debido a una coyuntura extraordinariamente favorable de condiciones interiores y exteriores, el comienzo del cambio se manifestase después de un intervalo excepcionalmente corto, digamos en un año o dos, la cuestión de cuál debe ser nuestra política sería la misma durante los próximos doce o veinticuatro meses, mientras la contrarrevolución todavía haría conquistas ulteriores. Una táctica realista no puede desarrollarse sin una perspectiva correcta. No puede haber ninguna perspectiva correcta sin comprender que no es una maduración de la revolución proletaria lo que tiene lugar ahora en Alemania, sino una profundización de la contrarrevolución fascista. ¡Y no es lo mismo!

La burocracia, incluida la revolucionaria, olvida con demasiada facilidad que el proletariado no es sólo un objeto, sino también un sujeto de la política. Golpeándole la cabeza, los nazis pretenden convertir a los obreros en homúnculos del racismo. La dirección de la Comintern, por el contrario, considera que los golpes de Hitler harán a los obreros comunistas obedientes. Ambos cálculos son erróneos. Los obreros no son arcilla en manos del alfarero. No comienzan cada vez toda la historia de nuevo. Odiando y despreciando a los nazis, están inclinados, no obstante, menos que nada a volver a la política que les condujo a las garras de Hitler. Los obreros se sien-

ten engañados y traicionados por su propia dirección. No saben qué hay que hacer, pero saben lo que no hay que hacer. Están indeciblemente afligidos, y quieren romper el círculo vicioso de confusión, amenazas, mentiras y fanfarronería, para desviarse, sumergirse, esperar que la tormenta los golpee, apoyarse en la necesidad de decidir sobre las cuestiones que tienen tras ellos. Necesitan tiempo para curar las heridas de la desilusión. El nombre generalizado de este estado es *indiferencia política*. Las masas caen en una pasividad irascible. Una parte, y no pequeña, encuentra cobijo en las organizaciones fascistas. No es permisible, por supuesto, colocar el paso demostrativo al lado del fascismo de políticos individuales en el mismo plano que la entrada anónima de obreros en las organizaciones obligatorias de la dictadura. El primero es una cuestión de carrerismo; la segunda, de disimulo protector, de resignación al jefe. Sin embargo, el hecho del desplazamiento masivo de obreros bajo la bandera de la svástica es una evidencia irrefutable del sentimiento de desamparo que se ha apoderado del proletariado. La reacción ha penetrado lisamente en los huesos mismos de la clase obrera. Esto no es por un solo día.

En esta situación general, la ruidosa burocracia del partido, que nada olvida ni nada aprende, representa un evidente anacronismo político. Los obreros están asqueados de la infalibilidad oficial. El vacío se extiende alrededor del aparato. El obrero no quiere, además del látigo de Hitler, ser fustigado por el látigo del falso optimismo. Quiere la verdad. La atroz discordancia entre la perspectiva oficial y el verdadero estado de cosas sólo introduce un elemento adicional de desmoralización en las filas de los obreros avanzados.

Lo que se llama *radicalización* de las masas es un complejo proceso molecular de la conciencia colectiva. Para volver al camino, los obreros deben comprender ante todo lo que ha pasado. La radicalización es impensable si la masa no ha asimilado su propia derrota, si su vanguardia, en cualquier caso, no ha vuelto a valorar críticamente el pasado y se ha elevado por encima de la derrota a un nuevo estadio.

Este proceso aún no ha empezado. La prensa del aparato está obligada a admitir, entre dos alaridos optimistas, que los nazis no sólo continúan reforzando su posición en los pueblos, arrojando a los comunistas y poniendo al rojo vivo el odio de los campesinos hacia los obreros, sino que también en la industria prosigue la eliminación de los obreros comunistas que quedaban, sin que, por otra parte, se presente ninguna resistencia. No hay nada inesperado en todo esto. El bando derrotado sufre las consecuencias de la derrota.

Frente a estos hechos, la burocracia, en busca de un apoyo para su perspectiva optimista, se lanza de su subjetivismo innato a un fatalismo total. Aunque el estado de ánimo de las masas decaiga, aseguran, el hitlerismo re-

ventará de cualquier modo como resultado de sus propias contradicciones. Sólo ayer se consideraba que todos los partidos en Alemania —desde los nazis hasta los socialdemócratas— eran sólo variedades de fascismo y llevaban a cabo el mismo programa. Ahora todas las esperanzas se dirigen a las contradicciones en el interior del campo gobernante.

Los nuevos errores de previsión política no son menos toscos que los antiguos. La "oposición" a los nazis de los viejos partidos capitalistas no es otra cosa que la resistencia instintiva del enfermo a quien un ejército barbero-cirujano va a extraer los dientes podridos. La policía, por ejemplo, ha ocupado todas las sedes del Partido Nacionalista Alemán. Los acontecimientos se suceden según el plan. El conflicto entre Hugenberg y Hitler no será más que un episodio en el camino de concentrar todo el poder en las manos de Hitler. Para realizar su tarea, el fascismo debe fusionarse con el aparato estatal.

Es muy probable que muchos miembros de las tropas fascistas ya estén descontentos: ni siquiera se les dejó saquear a gusto. Pero no importa cuán agudas formas pueda adoptar este descontento, no puede convertirse en un factor político serio. El aparato gubernamental aplastará uno a una a los pretorianos díscolos, reorganizará los destacamentos infieles, corromperá a sus cumbres. El apaciguamiento de las masas de la pequeña burguesía, hablando en general, es absolutamente inevitable. Pero tendrá lugar en diferentes momentos y con formas distintas. En algunos casos, llamaradas de descontento pueden preceder el retorno a los bajos fondos de los estratos inferiores traicionados por el fascismo. Esperar una iniciativa revolucionaria independiente de esta procedencia está en todos los casos fuera de cuestión.

Los comités de fábrica nacionalsocialistas dependen infinitamente menos de los obreros que los comités del fábrica reformistas en su momento. Cierto, en la atmósfera de recuperación incipiente, incluso los comités de fábrica fascistas pueden convertirse en puntos de apoyo para el avance de la clase obrera. El 9 de enero de 1905, las organizaciones obreras creadas por la *Ojrana* zarista se volvieron durante un día en fermento de la revolución. Pero justamente ahora, cuando los obreros alemanes atraviesan una penosa descomposición y decepción, es absurdo esperar que se comprometan en una lucha seria bajo la dirección de los burócratas fascistas. Los comités de fábrica serán elegidos desde arriba y adiestrados como instrumentos para la traición y represión de los obreros.

¡No al autoengaño! Una derrota encubierta con ilusiones significa la ruina. La salvación reside en la claridad. Sólo una crítica despiadada de todos los errores y faltas puede preparar la gran revancha.

Se puede considerar probado por la experiencia que el fascismo alemán actúa a un ritmo más rápido que el fascismo italiano no sólo porque Hitler puede tomar ventaja de la experiencia de Mussolini, sino principalmente a

causa de la superior estructura social de Alemania y de la mayor agudeza de sus contradicciones. Se puede concluir de esto que el nacionalsocialismo en el poder se desgastará más pronto que su precursor italiano. Pero aun degenerando y descomponiéndose, el nacionalsocialismo no puede caer por sí mismo. Tiene que ser derrocado. El cambio del régimen político en la Alemania actual no puede realizarse sin una insurrección. Ciertamente, para tal insurrección no existe en la actualidad ninguna expectativa directa e inmediata; pero no importa cuán tortuoso sea el sendero que tome el desarrollo, conducirá inevitablemente a que la insurrección se abra camino.

Como se sabe, la pequeña burguesía es incapaz de una política revolucionaria independiente. Pero la política y los estados de ánimo de la pequeña burguesía no son en absoluto indiferentes para el destino del régimen creado con su ayuda. La decepción y el descontento de las clases intermedias convertirán al nacionalsocialismo, como ya convirtieron al fascismo italiano, de un movimiento popular en un aparato policiaco. No importa lo fuerte que pueda ser en sí mismo, el aparato no puede sustituir la corriente viva de la contrarrevolución que penetra a la sociedad por todos los poros. La degeneración burocrática del fascismo significa, de ese modo, el principio de su fin.

En este estadio, sin embargo, tiene que manifestarse una nueva dificultad. Bajo la influencia de la derrota, los centros inhibidores del proletariado están hipertrofiados. Los obreros se vuelven prudentes, desconfiados y expectantes. Aun cuando haya cesado la erupción volcánica de la reacción, la lava endurecida del Estado fascista recuerda demasiado amenazadoramente lo que se ha pasado. Tal es la situación política en la Italia actual. Copiando la terminología de la economía, se puede decir que la decepción y el descontento de la reacción pequeñoburguesa prepara el momento en que la aguda crisis del movimiento obrero se convertirá en una depresión que luego, en una fase determinada, dará paso a una recuperación. Intentar predecir ahora cómo y cuándo y bajo qué consignas empezará esta recuperación sería una labor completamente fútil: incluso las fases de un ciclo económico tienen siempre un carácter "inesperado"; cuanto más las fases del desarrollo político.

Para un organismo que acaba de pasar una grave enfermedad, un tratamiento correcto es especialmente importante. Respecto a los obreros, sobre los que ha pasado la apisonadora del fascismo, una táctica aventurerista producirá inevitablemente una recaída en la apatía. Así, una especulación prematura de *stocks* conlleva con frecuencia una reaparición de la crisis. El ejemplo de Italia muestra que un estado de depresión política, especialmente con una dirección política errónea, puede durar años. Una política correcta exige que no se le impongan al proletariado líneas de avance artificiales, sino que las perspectivas y consignas de lucha se extraigan de la dialéctica

viva del movimiento. Estímulos externos favorables pueden acortar mucho las diferentes fases del proceso: no es necesario en modo alguno que la depresión dure años como en Italia. Es imposible, sin embargo, saltarse las fases orgánicas del ascenso de las masas. Acelerar, sin pretender saltar ¡en eso reside todo el arte de la dirección revolucionaria! Una vez se quita de encima el peso plomizo del fascismo, el movimiento de la clase obrera puede tomar, en un período relativamente corto de tiempo, un gran alcance. Sólo después de eso, el descontento de la pequeña burguesía puede adquirir un carácter político progresivo y restablecer una situación favorable para la lucha revolucionaria.

Las clases dominantes tendrán que hacer frente al otro aspecto de este proceso. Habiendo perdido el apoyo de la pequeña burguesía, el Estado fascista se convertirá en un aparato de sujeción en el que no se puede confiar. Las políticas del capital tendrán que orientarse de nuevo. Las contradicciones entre las clases poseedoras saldrán a la superficie.

Frente a unas masas que pasan a la ofensiva, Hitler verá que tiene una retaguardia indigna de confianza. Se dará de este modo la situación revolucionaria inmediata, que anuncia la última hora del nacionalsocialismo.

Pero antes de que el proletariado pueda realizar grandes tareas, debe hacer el balance del pasado. Su fórmula más general es: los viejos partidos han sucumbido. Una pequeña minoría de obreros ya dice: es necesario preparar un nuevo partido. La repugnante debilidad de la socialdemocracia y la irresponsabilidad criminal del pseudobolchevismo oficial arderán en la llama de la lucha. Los señores nazis han hablado de una raza de guerreros. Sonará la hora en que el fascismo chocará con una raza invencible de luchadores revolucionarios.

Es necesario construir nuevos partidos comunistas y una nueva internacional*

La orientación hacia la reforma de la Comintern

Desde el día de su fundación, la Oposición de Izquierda se impuso la tarea de reformar y regenerar a la Comintern mediante la crítica marxista y el trabajo fraccional interno. En toda una serie de países, sobre todo en Alemania, los acontecimientos de los últimos años demuestran abrumadoramente el carácter funesto de las tácticas del centrismo burocrático. Pero la burocracia estalinista, armada con recursos extraordinarios, logró, no sin éxito, contraponer sus intereses y prejuicios de casta a las exigencias del proceso histórico. Como resultado de ello, la Comintern no avanzó hacia la regeneración, retrocedió a la corrosión y la desintegración.

Pero la orientación hacia la "reforma", tomada en su conjunto, no fue errónea: representó una etapa necesaria para el desarrollo del ala marxista de la Comintern; fue una oportunidad para educar a los cuadros bolcheviques-leninistas y no pasó sin dejar su marca sobre el conjunto del movimiento obrero. En toda esta etapa la política de la burocracia estalinista reflejó la presión de la Oposición de izquierda. Las medidas progresivas adoptadas por el gobierno de la URSS, que sirvieron para frenar la ofensiva del Termidor, no fueron sino migajas tardías de la Oposición de izquierda. En todas las secciones de la Comintern se observaron manifestaciones análogas, aunque en menor escala.

Debemos agregar que el grado de degeneración de un partido revolucionario no puede calcularse a priori, solamente en base a síntomas. Es indispensable verificarlo a la luz de los acontecimientos. Desde el punto de

---

* Escrito el 15 de julio de 1933. Publicado en *Boletín Interno,* Liga Comunista de Norteamérica, n.º 13, 1933, Firmado "G. Ourov" y en *Biulleten Oppozitsii*, n.º 36-37, octubre de 1933. A fines de mayo de 1933 la Oposición Internacional había votado apoyar la perspectiva de crear un nuevo PC en Alemania. Ahora Trotsky proponía que fuera más lejos y bregara por una nueva internacional.

vista teórico el año pasado todavía era incorrecto creer que los bolcheviques-leninistas, apoyándose en la exacerbación de la lucha de clases, no podrían obligar a la Comintern a tomar el camino de la lucha contra el fascismo. En ese mismo momento, el SAP alemán trató de independizarse. Esa actitud no afectó la marcha de los acontecimientos precisamente porque en el momento crítico las masas esperaban que sus viejas organizaciones las dirigieran políticamente. Al seguir una política fraccional, al educar a sus cuadros en base a la experiencia de esta política, la Oposición de Izquierda no se ocultó, a sí misma ni a los demás, que una nueva derrota del proletariado, provocada por la política del centrismo, adquiriría inexorablemente un carácter decisivo y exigiría una drástica revisión de nuestra posición respecto de la disyuntiva: fracción o partido.

EL CAMBIO DE ORIENTACIÓN

No hay nada más peligroso en política que caer atrapado por las propias fórmulas que ayer fueron apropiadas pero hoy carecen por completo de contenido.

Desde el punto de vista teórico, el derrumbe del PC Alemán le abrió dos caminos a la burocracia estalinista: revisión total de la política y el régimen o, por el contrario, estrangulación total de toda señal de vida en las secciones de la Comintern. La Oposición de Izquierda se guió por esa posibilidad teórica cuando, al levantar la consigna de partido nuevo en Alemania, dejó planteado el interrogante de la suerte de la Comintern. Sin embargo, aclaró que bastarían con un par de semanas para tener la respuesta y que eran mínimas las esperanzas de que la misma fuera favorable.

Todo lo ocurrido a partir del 5 de marzo —la resolución del presidium del CEIC sobre la situación alemana, la aceptación silenciosa de esa vergonzosa resolución por todas las secciones, el congreso antifascista de París, la línea oficial del Comité Central en el exilio del PC Alemán, la suerte del Partido Comunista Austriaco, la del Partido Comunista Búlgaro, etc.— demuestra en forma inapelable que Alemania selló no sólo el destino del PC Alemán sino también el de toda la Comintern.

La dirección de Moscú no se limitó a proclamar que la política que garantizó la victoria de Hitler fue correctísima; prohibió toda discusión de lo ocurrido. Y nadie violó ni derogó esta vergonzosa prohibición. Nada de congresos internacionales, nada de congresos nacionales, nada de discusiones en las reuniones partidarias, nada de polémicas en la prensa. Una organización que no despertó ante el tronar del fascismo y que se somete dócilmente a las infames prácticas burocráticas demuestra que ha muerto y que nada podrá revivirla. Es nuestro deber para con el proletariado y su futuro decirlo abier-

ta y públicamente. Todo nuestro trabajo ulterior debe tomar como punto de partida el derrumbe histórico de la Internacional Comunista oficial.

¡REALISMO SÍ, PESIMISMO NO!

El hecho de que dos partidos, el Socialdemócrata y el Comunista, cuyos respectivos orígenes están separados por medio siglo y cuyo punto de partida fue la teoría marxista y los intereses de clase del proletariado, hayan sufrido tan triste fin —uno por vil traición, el otro por bancarrota— puede sembrar el pesimismo incluso entre los obreros de vanguardia. "¿Qué garantía hay de que la nueva camada revolucionaria no correrá la misma suerte?" Los que exigen garantías de antemano deberían renunciar a la política revolucionaria. Las causas del derrumbe de la socialdemocracia y del comunismo oficial no deben buscarse en la teoría marxista ni en los defectos de quienes la aplicaron sino en las circunstancias concretas del proceso histórico. No se trata de la contraposición de principios abstractos sino de la lucha de fuerzas históricas vivas, con sus inevitables flujos y reflujos, con la degeneración de las organizaciones, con la desaparición de generaciones enteras y con la necesidad que ello supone de movilizar fuerzas nuevas en una nueva etapa histórica. Nadie se ha tomado la molestia de allanarle al proletariado el camino del alza revolucionaria. Es necesario avanzar con estancamientos y retrocesos inevitables, por un camino plagado de innumerables obstáculos y de la escoria del pasado. Los que se asustan ante esta perspectiva harán bien en hacerse a un lado.

¿Cómo explicamos el hecho de que nuestro grupo, cuyos análisis y pronósticos fueron avalados por los acontecimientos, crezca tan lentamente? Hay que buscar la causa en el curso general de la lucha de clases. La victoria del fascismo arrastra a decenas de millones. Los pronósticos políticos son accesibles a miles o decenas de miles que, por otra parte, sufren la presión de los millones. Una tendencia revolucionaria no puede pretender victorias espectaculares en un momento en que el proletariado en su conjunto sufre las peores derrotas. Pero eso no es justificación para quedarse de brazos cruzados. Es precisamente en los períodos de reflujo revolucionario cuando se forman y templan los cuadros que más adelante serán llamados a dirigir a las masas.

NUEVOS REVESES

Los numerosos intentos realizados hasta ahora de crear un "segundo partido" o una "cuarta internacional" fueron producto de la experiencia sectaria de grupos aislados y de círculos "desilusionados" del bolchevismo; de ahí

que su fracaso haya sido, en todos los casos, inexorable. Nuestro punto de partida no es la "insatisfacción" y "desilusión" subjetivas sino la marcha objetiva de la lucha de clases. Todas las circunstancias del desarrollo de la lucha de clases exigen imperiosamente la creación de una nueva organización de vanguardia, y sientan las premisas necesarias para hacerlo.

La desintegración de la socialdemocracia es un proceso paralelo al derrumbe de la Comintern. Por profunda que sea la reacción en el seno del propio proletariado, cientos de miles de trabajadores en todo el mundo, ya deben estar planteándose el problema del curso que seguirá la lucha y de una nueva organización de las fuerzas. Otros cientos de miles se les unirán en el futuro próximo. Exigirles a estos obreros —un sector de los cuales rompió indignado con la Comintern, mientras que la mayoría no perteneció a la Comintern ni siquiera en sus mejores años— que acepte formalmente la dirección de la burocracia estalinista, que es incapaz de olvidar ni aprender nada, expresa una actitud quijotesca e impide la formación de la vanguardia proletaria.

Indudablemente, en las filas de las organizaciones estalinistas hay comunistas sinceros a los que nuestra nueva orientación provocará temor y aun indignación. Algunos podrían transformar coyunturalmente la simpatía en hostilidad. Pero hay que guiarse por criterios de masas, no por consideraciones de tipo sentimental y personal.

En un momento en que cientos de miles y millones de obreros, sobre todo en Alemania, rompen con el comunismo, algunos para caer en el fascismo y la mayoría en la indiferencia, miles y decenas de miles de obreros socialdemócratas, impactados por la misma derrota, evolucionan hacia la izquierda, hacia el comunismo. Sin embargo, ni siquiera cabe mencionar la posibilidad de que acepten la dirección estalinista, desacreditada sin atenuantes.

Hasta ahora, estas organizaciones socialistas de izquierda nos echaron en cara nuestra negativa a romper con la Comintern para construir partidos independientes. Esa importante diferencia fue superada por la marcha del proceso. Por eso el problema pasa del plano formal y organizativo al programático y político. El nuevo partido se elevará por encima del viejo sólo si por su programa, su estrategia, su táctica y su organización, basándose con firmeza en las resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Comintern, es capaz de asimilar las terribles lecciones de los últimos diez años.

Los bolcheviques-leninistas deben discutir públicamente con las organizaciones socialistas revolucionarias. Propondremos discutir en base a los once puntos aprobados por nuestra preconferencia* (después de modificar

---

* La preconferencia de la Oposición de Izquierda Internacional tuvo lugar en París entre los días 4 y 8 de febrero de 1933. En ella se aprobaron los 11 puntos de la OII. El punto 10 será reformulado en agosto del mismo año por el movimiento bolchevique-leninista como una reorientación hacia la Comintern.

el punto sobre "fracción o partido" de acuerdo a lo expresado en estas tesis). Desde luego, estamos dispuestos a debatir atenta y fraternalmente cualquier otra propuesta programática. Podemos demostrar y demostraremos que la inflexibilidad en los principios no tiene nada que ver con el esnobismo sectario. Demostraremos que el *quid* de la política marxista consiste en atraer a los obreros reformistas al campo revolucionario, no en empujar a los obreros revolucionarios hacia el campo del fascismo.

La formación de organizaciones revolucionarias fuertes, libres de toda responsabilidad por los crímenes y errores de las burocracias centrista y reformista, armadas de un programa marxista y de una clara perspectiva revolucionaria, iniciará una nueva era en el desarrollo del proletariado mundial. Estas organizaciones atraerán a los comunistas auténticos que todavía no quieren romper con la burocracia estalinista y, lo que es más importante, atraerán bajo su bandera a la joven generación obrera.

LA URSS Y EL PCUS

La existencia de la Unión Soviética sigue siendo, a pesar del estado avanzado de degeneración del estado obrero, un hecho de enorme importancia revolucionaria. Su caída provocaría una etapa de reacción terrible, que tal vez duraría décadas. La lucha por la defensa, rehabilitación y fortalecimiento del primer estado obrero está indisolublemente ligada a la lucha del proletariado mundial por la revolución socialista.

La dictadura de la burocracia estalinista fue producto del atraso de la URSS (predominio del campesinado) y el retraso de la revolución proletaria en Occidente (la falta de partidos proletarios revolucionarios independientes). El dominio de la burocracia estalinista provocó a su vez, no sólo la degeneración de la dictadura del proletariado en la Unión Soviética sino también un terrible debilitamiento de la vanguardia proletaria en todo el mundo. La contradicción entre el papel progresista del estado soviético y el papel reaccionario de la burocracia estalinista es una manifestación de la "ley del desarrollo desigual". Nuestra política revolucionaria debe tomar como punto de partida esta contradicción histórica.

Los que a sí mismos se llaman amigos de la Unión Soviética (demócratas de izquierda, pacifistas, brandleristas y demás) repiten el argumento de los funcionarios de la Comintern de que la lucha contra la burocracia estalinista, es decir, la crítica de su política errónea, "ayuda a la contrarrevolución". Esa posición corresponde a los lacayos políticos de la burocracia pero jamás a los revolucionarios. Sólo una política correcta puede defender, en lo interno y en lo externo, a la Unión Soviética. Las consideraciones de cualquier otro tipo son secundarias o pura charlatanería.

El PCUS actual no es un partido sino un aparato de dominación en manos de una burocracia desenfrenada. Dentro y fuera de los marcos del PCUS se agrupan los elementos dispersos de dos partidos, el proletario y el termidoriano bonapartista. Por encima de ambos, la burocracia centrista libra una guerra de aniquilación contra los bolcheviques-leninistas. Aunque de tanto en tanto choca seriamente con sus semialiados termidorianos, los estalinistas les allanan el camino al aplastar, estrangular y corromper al Partido Bolchevique.

Como la URSS no puede llegar al socialismo sin que se produzca la revolución proletaria en Occidente, los bolcheviques-leninistas rusos, contando únicamente con sus propias fuerzas y sin construir una auténtica internacional proletaria, no podrán regenerar al Partido Bolchevique ni salvar la dictadura del proletariado.

LA URSS Y LA COMINTERN

La defensa de la URSS frente a la amenaza de intervención militar se convirtió en una labor más apremiante que nunca. Las secciones oficiales de la Comintern son tan impotentes en este terreno como en todos los demás. La defensa de la URSS es para ellas una frase ritual, carente de todo contenido. Se pretende compensar la insuficiencia de la Comintern con comedias indignas, como el congreso antibélico de Amsterdam y el congreso antifascista de París. La resistencia de la Comintern a la intervención militar de los imperialistas será más insignificante aún que su resistencia ante Hitler. Fomentar ilusiones al respecto es dirigirse a una nueva catástrofe con los ojos vendados. Para defender a la URSS se necesitan organizaciones auténticamente revolucionarias, independientes de la burocracia estalinista, bien plantadas, que gocen del apoyo de las masas.

La creación y crecimiento de estas organizaciones revolucionarias, su defensa de la Unión Soviética, su constante disposición a formar un frente único con los estalinistas contra la intervención y la contrarrevolución: todo esto tendrá una importancia enorme para el proceso interno de la república de los sóviets. Los estalinistas, mientras permanezcan en el poder, tendrán menos posibilidades de evadir el frente único a medida que los peligros, tanto internos como externos, se vuelvan más apremiantes y a medida que la organización independiente de la vanguardia proletaria mundial adquiera nuevas fuerzas. La nueva relación de fuerzas servirá para debilitar la dictadura de la burocracia, fortalecer a los bolcheviques-leninistas en la URSS y abrirle a la república obrera perspectivas mucho más favorables.

Sólo la creación de la internacional marxista, totalmente independiente de la burocracia estalinista y opuesta políticamente a la misma,

podrá salvar a la URSS de la catástrofe, ligando su destino al de la revolución proletaria mundial.

'LIQUIDACIONISMO'

Los charlatanes burocráticos (y sus lacayos brandleristas) hablan de nuestro *liquidacionismo*. Repiten insensata e irresponsablemente palabras tomadas del viejo léxico bolchevique. Se llamaba liquidacionismo a una tendencia que bajo el zarismo "constitucional" negaba la necesidad de un partido ilegal, porque trataba de remplazar la lucha revolucionaria por la adaptación a la "legalidad" contrarrevolucionaria. ¿Qué tenemos nosotros en común con los liquidadores? En este sentido es mucho más apropiado recordar a los *ultimatistas* (Bogdanov y Cía.), que reconocían la necesidad de un partido ilegal pero la transformaban en un instrumento para elaborar políticas totalmente erróneas; aplastada la revolución, plantearon que la tarea inmediata era prepararse para una insurrección armada. Lenin no vaciló en romper con ellos, aunque había en sus filas más de un revolucionario cabal. (Los mejores elementos volvieron después al bolchevismo.)

Son igualmente falsas las aseveraciones de los estalinistas y sus lacayos brandleristas de que la Oposición de Izquierda está preparando una "conferencia de agosto" contra los "bolcheviques". Esta es una referencia al año 1912, cuando se produjo uno de los innumerables intentos de unificar a bolcheviques y mencheviques. (El autor de uno de tales intentos fue Stalin; ¡no en agosto de 1912, sino en marzo de 1917!) Para que esta analogía tenga algún sentido habría que reconocer, en primer término, que la burocracia estalinista es la representante del bolchevismo; en segundo lugar, deberíamos plantear la unificación de la Segunda Internacional con la Tercera. ¡Nadie puede hablar siquiera de eso! El objetivo de esta analogía absurda es ocultar el hecho de que los oportunistas brandleristas tratan de obtener los favores de los centristas estalinistas en base a una amnistía mutua, mientras que los bolcheviques-leninistas plantean la tarea de construir el partido proletario sobre bases principistas, probadas en las más grandes batallas, en las victorias y derrotas de la época imperialista.

LA NUEVA SENDA

El objetivo de estas tesis es llamar a los camaradas a dar vuelta la hoja de la etapa histórica que ya culminó y esbozar nuevas perspectivas de trabajo. Pero lo antedicho de ninguna manera determina *a priori* los primeros pasos a dar, los cambios tácticos concretos, los ritmos y métodos del viraje hacia el nuevo rumbo. Sólo cuando hayamos logrado unanimidad de principios

respecto de la nueva orientación —y nuestra experiencia previa me induce a pensar que alcanzaremos esa unanimidad— pondremos en el orden del día los interrogantes tácticos concretos aplicables a las circunstancias imperantes en cada país.

En todo caso, lo que estamos discutiendo no es si *proclamamos* la creación de partidos nuevos y una internacional independiente sino que nos *preparemos* para ello. La nueva perspectiva significa en primer término que todo lo que sea "reforma" de los partidos oficiales y reingreso de los militantes de la Oposición a los mismos debe desecharse por utópico y reaccionario. El trabajo cotidiano ha de volverse independiente, estará determinado por nuestras propias posibilidades y fuerzas y no por criterios "fraccionales" formales. La Oposición de Izquierda deja de pensar y actuar como "oposición". Se convierte en una organización independiente, que se traza su propio camino. No sólo construye sus propias fracciones en los partidos socialdemócratas y estalinistas sino que realiza su trabajo independiente entre los obreros sin partido y desorganizados. Crea sus propias bases de apoyo en los sindicatos, independientemente de la política sindical de la burocracia estalinista. Participa en las elecciones bajo su propia bandera allí donde las circunstancias lo permitan. En relación a las organizaciones obreras reformistas y centristas (incluidas las estalinistas) se guía por los principios generales de la política de frente único, y la aplicará sobre todo para defender a la URSS de la intervención foránea y la contrarrevolución intestina.

Es imposible permanecer en la misma 'Internacional' con los Stalin, Manuilski, Lozovski y Cía.*

Una conversación

A: Es hora de romper con esa caricatura moscovita de internacional. Es imposible responsabilizarse políticamente, ni aún en lo mas mínimo, por los estalinistas. Fuimos muy prudentes y pacientes respecto a la Comintern, pero hay límites para todo. Ahora que Hitler se encaramó en el poder ante el mundo entero, sostenido de un lado por Wels** y del otro por Stalin; ahora que, a pesar de la catástrofe, la Comintern declaró que su política es infalible, ninguna persona sensible puede albergar esperanzas de "reformar" a esta camarilla.

B: A la camarilla seguramente no, ¿pero a la Comintern en conjunto?

A: No hay que dejarse engañar por los conceptos generales. "La Comintern en conjunto" es una abstracción, por no decir una expresión vacía. Su control está en manos de la camarilla estalinista. Hace seis años que no se reúne un congreso***. ¿Quién pisoteó los estatutos? La camarilla. ¿Con qué derecho? Con el de la usurpación. Ni una sola sección, ni una sola organización local, ni un solo periódico osaron decir nada sobre la necesidad de un congreso internacional. Esto significa que, de hecho, el destino de "la Comintern en conjunto" está en manos de una camarilla irresponsable.

---

* Escrito el 20 de julio de 1933. *Boletín Interno*, Communist League of America (CLA, Liga Comunista de Norteamérica) N° 13, 1933 y *Biulleten Oppozitsii*, n.º 40, octubre de 1934. La Liga Comunista de Norteamérica era la sección norteamericana de la Oposición de Izquierda Internacional (bolcheviques-leninistas). Firmado "G. Gourov". Este artículo polémico, redactado en forma de conversación, fue escrito mientras Trotsky estaba en viaje de Turquía a Francia. Cuando dice "nosotros" se refiere a la Oposición de Izquierda Internacional (ILO), a cuyos militantes estaba dirigido el artículo.

** Otto Wels (1873-1939): dirigente de la socialdemocracia alemana. Siendo comandante militar de Berlín aplastó en 1919 la insurrección espartaquista, posteriormente encabezó la delegación socialdemócrata al *Reichstag* hasta que Hitler se apoderó totalmente del poder en 1933.

*** Trotsky comete un error aquí: el Sexto Congreso de la Comintern se reunió en 1928, cinco años antes de que escribiera este artículo.

B: Eso es indiscutible. ¿Pero no sucedía lo mismo hace un año, cuando todavía levantábamos la consigna de reforma de la Comintern?

A: No. No se presentaba así la cuestión. Hace un año todavía se podía esperar salvar la situación en Alemania. Hicimos todo lo que estaba en nuestras manos para esclarecer la lógica de la situación.

Si la Comintern hubiera sido una organización viable, su dirección no podría haber dejado de oír la voz de los acontecimientos; no hay voz más potente. Que la Comintern haya seguido sorda implica que ya es un cadáver. Además en otro aspecto también se dio un cambio decisivo: el año pasado todavía existía el Partido Comunista Alemán. En medio de la vorágine de los grandes acontecimientos, todavía debía rendir cuentas ante las masas trabajadoras. Teníamos derecho a suponer, hasta que llegara la hora de la verdad, que el desarrollo de la lucha de masas haría cambiar completamente no sólo al Comité Central de Thaelmann sino también al presidium de Stalin-Manuilski. Pero no fue así.

Del Partido Comunista Alemán no queda más que un aparato cada día más débil y alejado de las masas. Se llegó hasta el punto de que el Comité Central prohíbe a las organizaciones locales ilegales publicar sus propios artículos y proclamas; los comités locales están obligados a reproducir solamente las revelaciones de los Manuilski y los Heckert*. Para esta gente cualquier intento de pensar de manera independiente representa un peligro mortal. En realidad, para ellos el triunfo de Hitler no es una "derrota"; los liberó de todo control desde abajo... Ahora que desapareció de la escena el partido más fuerte de la Comintern no quedan medios, ni eslabones, ni palancas a través de los cuales actuar sobre la camarilla que la domina.

B: ¿Se puede decir que el Partido Comunista Alemán era *el más fuerte* de la Comintern? ¿Se olvida usted del Partido Comunista de la Unión Soviética?

A: No, no lo olvidé. Aun aceptando que el PCUS sea un partido (en realidad, varios partidos se combaten encubiertamente unos a otros dentro de sus cuadros administrativos, que cambian a voluntad de la camarilla, no es de ningún modo una sección activa de la Comintern. Los obreros soviéticos no tienen la menor idea de lo que pasa con el movimiento proletario de Occidente; no se les dice nada o, peor aún, se los engaña vilmente. Dentro del mismo Politburó**, dada su composición actual, no hay una

---

* Fritz Heckert (1884-1936): fue el dirigente del PC alemán encargado de informar sobre la situación alemana en una reunión del Comité Ejecutivo de la Comintern llevada a cabo el 1 de abril de 1933. Obedientemente alabó a Stalin y calumnió a Trotsky, "el socio de Hitler", mientras el Comité Ejecutivo aprobaba con obsecuencia la política del PC Alemán de "antes y durante el golpe de Estado de Hitler".

** El Buró Político (Politburó) era el organismo dirigente del Partido Comunista soviético, aunque formalmente subordinado al Comité Central. En 1933 formaban parte de él Stalin, Voroshilov, Kaganovich, Kalinin, Kirov, Kosior, Kuibishev, Mólotov, Ordzhonikidze y Andreiev.

sola persona que conozca la vida y las tendencias del movimiento obrero de los países capitalistas.

Para nosotros, la consigna de "reforma" de la Comintern nunca fue una frase vacía. Considerábamos la reforma una realidad. Los acontecimientos tomaron el peor de los caminos. Precisamente por eso nos vemos obligados a plantear que la política de reforma ya está agotada.

B: Entonces, ¿es posible que dejemos a la burocracia centrista como heredera de las banderas de la Comintern?

A: No hay que dejarse llevar por fórmulas ambiguas. ¿Qué se entiende por banderas? ¿Un programa? Pero nosotros rechazamos ya hace mucho el programa votado por el Sexto Congreso por considerarlo una mezcla perniciosa de oportunismo y aventurerismo. Durante varios años, apoyándonos en las enseñanzas del proceso, contábamos con cambiar desde adentro el programa de la Comintern. Ahora esta posibilidad desapareció junto con la de la "reforma". Al miserable y ecléctico programa de la Comintern tenemos que contraponerle nuestro programa marxista.

B: ¿Y los cuatro primeros congresos de la Comintern?

A: Naturalmente, no los abandonamos, sobre todo, dado que los estalinistas renunciaron a ellos desde hace mucho y nos los entregaron. Construiremos nuestro programa sobre las bases establecidas por los cuatro primeros congresos; constituyen un fundamento marxista irreprochable, nuestro fundamento. Sólo la Oposición de Izquierda tradujo al lenguaje del marxismo las lecciones de los últimos diez años. Nuestro precongreso internacional* resumió en sus once puntos esas lecciones. Sin embargo, hay allí una omisión. El precongreso se reunió en vísperas de la prueba decisiva a la que la historia sometió a la Comintern. En sus resoluciones no está presente el colapso total y concluyente de la Comintern. El congreso debe subsanar esa omisión. En lo que respecta a todo lo demás, las resoluciones del precongreso mantienen todo su vigor. Los elementos básicos del verdadero programa

---

* El precongreso internacional de la Oposición de Izquierda Internacional se reunió en París del 4 al 8 de febrero de 1933. Entre otras resoluciones, aprobó un documento escrito por Trotsky en diciembre de 1932, *La Oposición de Izquierda Internacional, sus objetivos y métodos*, que incluía una declaración de once puntos que sintetizaban las posiciones básicas de la Oposición (ver *Escritos 1932-1933*). El décimo punto, que reafirmaba la política de trabajar por la reforma de la Comintern, señalaba la "diferenciación de tres grupos dentro del campo comunista, el marxista, el centrista y la derecha. Reconocimiento de la inadmisibilidad de una alianza política con la derecha contra el centrismo, apoyo al centrismo contra el enemigo de clase, lucha irreconciliable y sistemática contra el centrismo y su política zigzagueante". En julio, poco antes de partir para Turquía, Trotsky escribió una enmienda al décimo punto, que llamaba a "la lucha por el reagrupamiento de las fuerzas revolucionarias del movimiento obrero mundial bajo las banderas del comunismo internacional. Reconocer la necesidad de crear una genuina internacional comunista, capaz de aplicar los principios ya mencionados". En agosto de 1933, un plenario de la dirección de la Oposición Internacional aprobó la enmienda.

de la Internacional Comunista son los documentos principales de los cuatro primeros congresos más los once puntos de la Oposición de Izquierda.

B: Pese a todo nuestros adversarios dirán que renunciamos a las banderas de Lenin.

A: Nuestros adversarios lo vienen proclamando hace mucho tiempo, en voz tanto más estentórea cuanto más hunden en el barro la herencia del bolchevismo. En cuanto a nosotros, les diremos a los trabajadores de todo el mundo que asumimos la defensa de las banderas de Marx y Lenin, la continuación y el desarrollo de su trabajo, en la lucha intransigente no sólo contra los traidores reformistas —eso ni hace falta decirlo— sino también contra los estalinistas, esos falsificadores centristas del bolchevismo, usurpadores del estandarte de Lenin, organizadores de derrotas y capitulaciones y corruptores de la vanguardia proletaria.

B: Entonces, ¿Qué hacer respecto al PCUS? ¿Y a la URSS? ¿No dirán los adversarios que consideramos perdidas las conquistas del Estado obrero y que preparamos la insurrección armada contra el gobierno soviético?

A: Seguro que lo dirán. Ya hace tiempo que lo dicen. ¿De qué otro modo pueden justificar sus indignas persecuciones a los bolcheviques-leninistas? Pero nuestra guía no son las calumnias de los adversarios sino el curso real de la lucha de clases. La Revolución de Octubre, con el Partido Bolchevique a la cabeza, creó el estado obrero. El Partido Bolchevique ya no existe. Pero lo fundamental del contenido social de la Revolución de Octubre todavía está vivo. La dictadura burocrática, no obstante los éxitos técnicos logrados (a pesar de sí misma), facilita en gran medida la posibilidad de la restauración capitalista pero afortunadamente todavía no se llegó hasta el punto de la restauración. Bajo condiciones internas favorables, y sobre todo internacionales, se podrá regenerar la estructura del estado obrero sobre los fundamentos sociales de la Unión Soviética sin que medie una nueva revolución.

Durante mucho tiempo supusimos que podríamos regenerar al propio PCUS y por su intermedio al régimen soviético*. Pero el actual partido [comunista] oficial se parece mucho menos que hace uno o dos años a un partido. Hace más de tres años que no se reúne el congreso partidario, y nadie dice nada al respecto**. La camarilla estalinista está liquidando y reconstruyendo su "partido" como si fuera un batallón disciplinario. Con las

---

* La explicación de Trotsky de por qué él y la Oposición de Izquierda cambiaron de opinión sobre este problema y comenzaron a plantear la revolución política en la Unión Soviética se encuentra en *La naturaleza de clase del Estado soviético,* escrito el 1 de octubre de 1933, publicado en este volumen.

** El Decimosexto Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética se reunió en junio y julio de 1930. Hasta 1934 no se hizo otro congreso.

purgas y expulsiones se intentó al principio desorganizar el partido, aterrorizarlo, privarlo de la posibilidad de pensar y actuar; ahora el objetivo de la represión es impedir la reorganización partidaria. Sin embargo, el partido proletario es indispensable para que el estado soviético siga viviendo. Hay muchos elementos que le son favorables, saldrán a luz y se unificarán en la lucha contra la burocracia estalinista. Hablar ahora de "reformar" el PCUS implica mirar hacia atrás, no hacia delante, llenarse la cabeza con fórmulas huecas. En la URSS hay que construir de nuevo el Partido Bolchevique.

B: ¿No es ése el camino a la guerra civil?

A: La burocracia estalinista ordenó la guerra civil contra la Oposición de Izquierda todavía en la época en que estábamos, sinceramente, muy convencidos, a favor de la reforma del PCUS. ¿Qué significan los arrestos, las ejecuciones, las deportaciones, si no una guerra civil, por lo menos embrionaria? En la lucha contra la Oposición de Izquierda la burocracia estalinista se convirtió en un instrumento de las fuerzas contrarrevolucionarias, aislándose así de las masas. Ahora la guerra civil está planteada con otra orientación: entre la contrarrevolución a la ofensiva y la burocracia estalinista a la defensiva. En la lucha contra la contrarrevolución, los bolcheviques-leninistas, evidentemente, serán el ala izquierda del frente soviético. De esta situación resultará un frente de lucha junto con los estalinistas. Sin embargo, no hay que pensar que en esta lucha la burocracia estalinista actuará homogéneamente. En el momento decisivo se hará pedazos y sus elementos componentes se reunirán de nuevo en los dos bandos opuestos.

B: Entonces, ¿es inevitable la guerra civil?

A: Ya se está librando. Y se agudizará de mantenerse el proceso actual. Con la impotencia cada vez mayor de la Comintern, con la parálisis de la vanguardia proletaria internacional y, en estas condiciones, con el inevitable avance del fascismo mundial, el triunfo de la contrarrevolución sería inevitable en la URSS. Naturalmente, los bolcheviques-leninistas seguirán trabajando en la URSS pese a las condiciones imperantes. Pero lo único que podrá salvar al estado obrero será la intervención del movimiento revolucionario mundial. Nunca en la historia las condiciones objetivas para esta regeneración han sido tan favorables como ahora. Lo que falta es el partido revolucionario. La camarilla estalinista únicamente puede gobernar destruyendo el partido, tanto en la URSS como en el resto del mundo. Sólo se puede salir de este círculo vicioso rompiendo con la burocracia estalinista. Hay que construir un nuevo partido, bajo una bandera limpia.

B: ¿Cómo podrán influir sobre la burocracia estalinista de la URSS los partidos revolucionarios del mundo capitalista?

A: Todo es un problema de fuerza real. Vimos cómo la burocracia estalinista se arrastró ante el Kuomintang, ante los sindicatos ingleses. Vemos

cómo se arrastra ahora, incluso, ante los pacifistas pequeñoburgueses*. Partidos revolucionarios fuertes, verdaderamente capaces de combatir al imperialismo y en consecuencia de defender a la URSS, obligarán a la burocracia estalinista a reconocerlos. Mucho mas importante es el hecho de que estas organizaciones ganarán una enorme autoridad ante los obreros soviéticos, creando así, finalmente, las condiciones favorables para el resurgimiento de un genuino partido bolchevique. Sólo por este medio será posible la reforma del Estado soviético sin una nueva revolución proletaria.

B: En consecuencia, abandonamos la consigna de reforma del PCUS y construimos el nuevo partido como instrumento para la reforma de la URSS.

A: Perfectamente correcto.

B: ¿Nos alcanzan las fuerzas para emprender una tarea tan grandiosa?

A: El problema está incorrectamente planteado. Es necesario formular primero clara y valientemente el problema histórico y luego reunir las fuerzas para resolverlo. Es cierto que todavía somos débiles. Pero eso no significa en absoluto que la historia nos permitirá demorarnos. Una de las raíces psicológicas del oportunismo es el temor a las grandes tareas, es decir la desconfianza en las posibilidades revolucionarias. Sin embargo, las grandes tareas no caen del cielo; surgen del proceso de la lucha de clases. Precisamente en estas condiciones debemos buscar las fuerzas para la realización de los grandes objetivos.

B: ¿Acaso la sobrestimación de las propias fuerzas no conduce a menudo al aventurerismo?

A: Es cierto. Seria aventurerismo puro "proclamar" que nuestra organización actual es la Internacional Comunista o, utilizando este rótulo, unirnos mecánicamente con las otras organizaciones opositoras. Es imposible "proclamar" una nueva internacional; la perspectiva presente todavía es la de construirla. Pero desde hoy podemos y debemos proclamar la *necesidad* de crear una nueva internacional.

Ferdinand Lasalle**, al que no le eran extraños el oportunismo ni el aventurerismo, expresó sin embargo a la perfección el requisito fundamental de una política revolucionaria: *"Toda gran acción comienza cuando se plantean las cosas como son"*. Antes de responder concretamente a las preguntas que surgen sobre la cuestión —cómo se construye una nueva internacional,

---

* Se refiere a los ostentosos congresos y desfiles que en ese entonces organizaban los estalinistas "contra la guerra" y "contra el fascismo", en colaboración con distintos pacifistas y liberales, como sustitutos del frente único, que es una actividad de la clase obrera. Los principales congresos de este tipo se reunieron en agosto de 1932 en Amsterdam (por eso a veces se lo llamaba el movimiento de Amsterdam) y en junio de 1933 en el teatro Pleyel de París.

** Ferdinand Lasalle (1825-1864): una de las principales figuras del movimiento obrero alemán, fundador del Sindicato General de Obreros Alemanes. Sus seguidores formaron, junto con los primeros marxistas, la socialdemocracia alemana.

qué métodos aplicar, qué plazos fijarse— hay que plantear abiertamente en qué estamos: *la Comintern está muerta para la revolución*.

B: ¿En su opinión, ya no caben dudas sobre este punto?

A: Ni la sombra de una duda. Todo el proceso de la lucha contra el nacionalsocialismo, las consecuencias de esa lucha y las lecciones que de ella se derivan indican tanto la total bancarrota de la Comintern como su incapacidad orgánica para aprender, para rectificar su camino, es decir para "reformarse". La lección alemana no sería tan irrefutable y aplastante si no fuera la culminación de una historia de diez años de oscilaciones centristas, de errores perniciosos, de derrotas cada vez más desastrosas, de sacrificios y pérdidas cada vez más infructíferos, y —junto con eso— de total liquidación teórica, degeneración burocrática, charlatanería, desmoralización, engaño a las masas, falsificaciones constantes, liquidación de revolucionarios, encubrimiento de funcionarios, mercenarios y simples lacayos. La actual Comintern no es mas que un costoso aparato para liquidar a la vanguardia proletaria. ¡Eso es todo! No es capaz de hacer otra cosa.

Allí donde la situación de la democracia burguesa deja ciertos márgenes, los estalinistas, gracias a su aparato y su dinero, simulan actividad política. Münzenberg se convirtió en una figura simbólica de la Comintern. ¿Y quién es Münzenberg? Es un Oustric del campo "proletario". Huecas e inadecuadas consignas, un poquito de bolchevismo, un poquito de liberalismo, un borreguil público periodístico, salones literarios donde la amistad hacia la URSS se paga a buen precio, una fingida hostilidad hacia los reformistas que fácilmente se trueca en amistad hacia ellos (Barbusse); y, fundamentalmente mucho dinero y nada que ver con las masas trabajadoras: eso es Münzenberg. Los estalinistas viven políticamente de los favores de la democracia burguesa, a la que, además le exigen que aplaste a los bolcheviques-leninistas. ¿Es que se puede caer más bajo?... Sin embargo, ni bien la burguesía levanta seriamente el puño fascista, o simplemente el policial, el estalinismo pone el rabo entre las patas y obedientemente se retira de la escena. La Comintern agonizante ya no le puede dar al proletariado mundial nada, absolutamente nada, que no le sea perjudicial.

B: Es imposible no reconocer que la Comintern como aparato central se ha convertido en un freno del movimiento revolucionario y que la reforma del aparato es totalmente irrealizable independientemente de las masas. Pero, ¿qué ocurre con las secciones nacionales? ¿Están todas en la misma etapa de degeneración y decadencia?

A: Después de la catástrofe alemana vimos cómo en Austria y en Bulgaria se liquidaba a los partidos estalinistas sin ninguna resistencia de las masas*.

---

* El canciller austriaco Dollfuss liquidó al Partido Comunista en mayo de 1933. En Bulgaria se dictaron severas medidas represivas contra el Partido Comunista.

Si bien la situación es más favorable en unos países que en otros, la diferencia no es muy grande. Pero supongamos que la Oposición de Izquierda conquista a una u otra sección de la Comintern; al día siguiente, si no la noche antes, se expulsará de la Comintern a esa sección y tendrá que buscarse una nueva internacional (algo similar a lo que sucedió en Chile*). Situaciones de este tipo se dieron también durante el surgimiento de la Tercera Internacional; por ejemplo, el Partido Socialista francés se convirtió oficialmente en Partido Comunista. Pero eso no cambió la orientación general de nuestra política hacia la Segunda Internacional.

B: ¿No cree usted que miles de "estalinistas" que simpatizan con nosotros se replegarán atemorizados cuando se enteren de que finalmente rompemos con la Comintern?

A: Es posible. Incluso es muy probable. Pero tanto más resueltamente se unirán a nosotros en la próxima etapa. Por otra parte, no hay que olvidar que en todos los países hay miles de revolucionarios que abandonaron el partido oficial o fueron expulsados de él y no se unieron a nosotros principalmente porque éramos sólo una fracción del mismo partido con el que habían roto. Una cantidad mucho mayor de trabajadores están rompiendo ahora con el reformismo y buscando una dirección revolucionaria. Finalmente, entre la putrefacción de la socialdemocracia y el naufragio del estalinismo se levanta una joven generación de trabajadores que necesita un estandarte sin mácula. Los bolcheviques-leninistas pueden y deben constituirse en el núcleo alrededor del cual cristalicen estos numerosos elementos. Entonces, todo lo que quede vivo en la "internacional" estalinista sacudirá sus últimas dudas y se unirá a nosotros.

B: ¿No teme usted que dentro de su propia base haya oposición a la nueva orientación?

A: Al principio será absolutamente inevitable. En muchos países el trabajo de la Oposición de Izquierda está fundamental, si no absolutamente, ligado al partido oficial [comunista]. Penetró muy poco en los sindicatos y se desinteresó casi totalmente de lo que sucede dentro de la socialdemocracia. ¡Es hora de terminar con el propagandismo estrecho! Es necesario que cada miembro de nuestra organización piense profundamente el problema. Los acontecimientos nos ayudarán; cada día que pasa nos proporcionará argumentos irrefutables sobre la necesidad de crear una nueva internacional. No dudo de que si realizamos este giro, simultánea y decididamente, se nos abrirán amplias perspectivas históricas.

---

* Después de que Hitler tomó el poder en 1933, el Partido Comunista de Chile votó afiliarse a la Oposición de Izquierda con el nombre de Izquierda Comunista de Chile, pero en realidad no fue todo el partido sino solo una fracción quien dio ese paso.

Bonapartismo y fascismo*

La vasta importancia práctica de una orientación teórica correcta se manifiesta de la manera más notable en un período de agudo conflicto social, de rápidos cambios políticos, de variaciones bruscas en la situación. En tales períodos las *concepciones y generalizaciones* políticas se desgastan rápidamente y exigen, bien sea una sustitución total (que es más fácil), bien sea su concreción, su precisión o su rectificación parcial (que es más difícil). Es precisamente en tales períodos que surgen como algo necesario toda clase de situaciones *transicionales, intermedias,* que superan los patrones habituales y exigen una atención teórica continua y redoblada. En una palabra, si en la época pacífica y "orgánica" (antes de la guerra) todavía se podía vivir a expensas de unas cuantas abstracciones preconcebidas, en nuestra época cada nuevo acontecimiento forzosamente plantea la ley más importante de la dialéctica: la *verdad es siempre concreta.*

La teoría estalinista del fascismo representa indudablemente uno de los más trágicos ejemplos de las perjudiciales consecuencias prácticas que implica sustituir, por categorías abstractas formuladas sobre la base de una parcial e insuficiente experiencia histórica (o una estrecha e insuficiente concepción de conjunto), el análisis dialéctico de la realidad en cada una de sus fases concretas, en todas sus etapas transicionales, tanto en sus cambios graduales como en sus saltos revolucionarios (o contrarrevolucionarios). Los estalinistas adoptaron la idea de que en la época contemporánea el capital financiero no puede adecuarse a la democracia parlamentaria y está obligado a recurrir al fascismo. De esta idea, absolutamente correcta dentro de ciertos limites, extraen de manera puramente deductiva y lógico-formal las mismas conclusiones para todos los países y para todas las etapas de su desarrollo. Para ellos Primo de Rivera, Mussolini, Chiang Kai-chek, Masarik, Brüning, Dollfuss, Pilsudski, el rey serbio Alejandro, Severing, MacDonald, etcétera, eran representantes del fascismo. Olvidaron: a) que también en el

---

* Escrito el 15 de julio de 1934, fue publicado sin firma en el *Biulleten Oppozitsii*, n.º 40, octubre de 1934.

pasado el capitalismo nunca se adecuó a la democracia "pura", complementándola algunas veces con un régimen de represión abierta y otras sustituyéndola directamente por éste; b) que el capitalismo financiero "puro" no existe en ninguna parte; c) que, aunque ocupa una posición dominante, el capital financiero no actúa en el vacío, y se ve obligado a reconocer la existencia de otros sectores de la burguesía y la resistencia de las clases oprimidas d) finalmente, que es inevitable que entre la democracia parlamentaria y el régimen fascista se interpongan, una después de otra, ya sea "pacíficamente" o a través de la guerra civil, una serie de formas transicionales. Si queremos permanecer a la vanguardia y no quedarnos atrás, debemos tener en cuenta que cada una de estas formas transicionales exige una correcta caracterización teórica y una correspondiente política del proletariado.

En base a la experiencia alemana —aunque se podía y se debía haberlo hecho ya con Italia— los bolcheviques-leninistas analizamos por primera vez la forma transicional de gobierno que llamamos bonapartista (los gobiernos de Brüning, Papen y Schleicher). De manera más precisa y desarrollada, estudiamos luego el régimen bonapartista de Austria. Se demostró patentemente el determinismo de esta forma transicional, naturalmente no en un sentido fatalista sino dialéctico, es decir para los países y períodos en que el fascismo ataca con éxito cada vez mayor las posiciones de la democracia parlamentaria, sin chocar con la resistencia victoriosa del proletariado, con el objetivo de estrangularlo luego.

Durante el período Brüning-Schleicher, Manuilski y Kuusinen proclamaron: "el fascismo ya está aquí"; declararon que la teoría de la etapa intermedia, bonapartista, era un intento de disfrazar al fascismo para facilitarle a la socialdemocracia la política del "mal menor". En ese entonces, se llamaba socialfascistas a los socialdemócratas, y los socialdemócratas de "izquierda" del tipo Ziromsky-Marceau Pivert-Just eran considerados, después de los "trotskistas", como los más peligrosos de los socialfascistas. Ahora todo cambió. En lo que hace a Francia, los estalinistas no se animan a repetir: "El fascismo ya esta aquí"; por el contrarío, para evitar la victoria del fascismo en ese país han aceptado la política del frente único, que hasta ayer rechazaban. Se han visto obligados a diferenciar entre el régimen de Doumergue y el fascista. Pero no llegaron a esta conclusión por marxistas sino por empiristas. Ni siquiera han intentado dar una definición científica del régimen de Doumergue. El que se mueve en el terreno de la teoría en base a categorías abstractas está condenado a capitular ciegamente ante los acontecimientos.

Y sin embargo, precisamente en Francia el paso del parlamentarismo al bonapartismo —o más exactamente la primera etapa de este paso— se dio de manera particularmente notoria y ejemplar. Basta con recordar que el gobierno Doumergue apareció en escena entre el ensayo de guerra civil de los fascistas (6 de febrero) y la huelga general del proletariado (12 de febre-

ro). Tan pronto como los bandos irreconciliables asumieron sus posiciones de lucha en los polos de la sociedad capitalista, quedó claro que el aparato conexo del parlamentarismo perdía toda importancia. Es cierto que el gabinete Doumergue, igual que los de Brüning-Schleicher en su momento, parece, a primera vista, gobernar con consenso del Parlamento. Pero se trata de un Parlamento que abdicó, que sabe que en caso de resistencia el gobierno se desharía de él. Debido al relativo equilibrio entre el campo de la contrarrevolución que ataca y el de la revolución que se defiende, debido a su temporaria neutralización mutua, el eje del poder se elevó por encima de las clases y de su representación parlamentaria. Fue necesario buscar una cabeza de gobierno fuera del Parlamento y "fuera de los partidos". Este jefe de gobierno llamó en su ayuda a dos generales. Esta trinidad se apoyó en huestes parlamentarias simétricas tanto por la derecha como por la izquierda. El gobierno no aparece como un organismo ejecutivo de la mayoría parlamentaria, sino como un juez-árbitro entre dos bandos en lucha.

Sin embargo, un gobierno que se eleva por encima de la nación no está suspendido en el aire. El verdadero eje del gobierno actual pasa por la policía, la burocracia y la camarilla militar. Estamos enfrentados a una dictadura militar-policial apenas disimulada tras el decorado del parlamentarismo. Un gobierno del sable como juez-árbitro de la nación: precisamente eso se llama *bonapartismo.*

El sable no se da por sí mismo un programa independiente. Es el instrumento del "orden". Está llamado a salvaguardar lo existente. El bonapartismo, al erigirse políticamente por encima de las clases como su predecesor el cesarismo, representa *en el sentido social,* siempre y en todas las épocas, el gobierno del sector más fuerte y firme de los explotadores. En consecuencia, el actual bonapartismo no puede ser otra cosa que el gobierno del capital financiero, que dirige, inspira y corrompe a los sectores más altos de la burocracia, la policía, la casta de oficiales y la prensa.

El único objetivo de la "reforma constitucional", sobre la que tanto se habló en el transcurso de los últimos meses, es la adaptación de las instituciones estatales a las exigencias y conveniencias del gobierno bonapartista. El capital financiero busca los recursos legales que le permitan imponer, cada vez que sea necesario, el juez árbitro más adecuado, con el consentimiento obligado del cuasi-parlamento. Es evidente que el gobierno Doumergue no es el ideal de "gobierno fuerte". Hay en reserva mejores candidatos a Bonaparte. Son posibles nuevas experiencias y combinaciones en este terreno si el futuro curso de la lucha de clases les deja tiempo suficiente para intentar aplicarlas.

Al hacer estos pronósticos, nos vemos obligados a repetir lo que ya una vez dijeron los bolcheviques-leninistas respecto a Alemania: las posibilidades políticas del actual bonapartismo francés no son muchas; su estabilidad

está determinada por el momentáneo y, en última instancia, inestable equilibrio entre el proletariado y el fascismo. La relación de fuerzas entre estos dos bandos tiene que cambiar rápidamente, en parte por influencia de la coyuntura económica, pero fundamentalmente según la política que se dé la vanguardia proletaria. La colisión entre ambos bandos es inevitable. El proceso se medirá en meses, no en años. Sólo después del choque, y de acuerdo a sus resultados, podrá implantarse un régimen estable.

El fascismo en el poder, igual que el bonapartismo, sólo puede ser el gobierno del capital financiero. En este sentido *social,* el primero no se diferencia del bonapartismo y ni siquiera de la democracia parlamentaria. Los estalinistas lo vienen redescubriendo en cada nueva oportunidad, olvidando que los problemas *sociales* se resuelven en el terreno *político.* La fuerza del capital financiero no reside en su capacidad de establecer cualquier clase de gobierno en cualquier momento de acuerdo a sus deseos; no posee esta facultad. Su fuerza reside en que todo gobierno no proletario se ve obligado a servir al capital financiero; o mejor dicho, en que el capital financiero cuenta con la posibilidad de sustituir, a cada sistema de gobierno que decae, por otro que se adecue mejor a las cambiantes condiciones. Sin embargo, el paso de un sistema a otro implica una *crisis política* que, con el concurso de la actividad del proletariado revolucionario, se puede transformar en un peligro social para la burguesía. En Francia, el paso de la democracia parlamentaria al bonapartismo estuvo acompañado por la efervescencia de la guerra civil. La perspectiva del cambio del bonapartismo al fascismo está preñada de disturbios infinitamente más formidables y, en consecuencia, también de posibilidades revolucionarias.

Hasta ayer, los estalinistas consideraban que nuestro "principal error" consistía en ver en el fascismo al pequeñoburgués y no al capital financiero. En este caso también ponen las categorías abstractas en lugar de la dialéctica de las clases. El fascismo es un medio específico de movilizar y organizar a la pequeña burguesía en interés social del capital financiero. Durante el régimen democrático, el capital inevitablemente trata de inculcar a los trabajadores la confianza en la pequeña burguesía reformista y pacifista. Por el contrario, el paso al fascismo es inconcebible sin que previamente la pequeña burguesía se llene de odio hacia el proletariado. En estos dos sistemas, la dominación de la misma superclase, el capital financiero, se apoya en relaciones directamente opuestas entre las clases oprimidas.

Sin embargo, la movilización política de la pequeña burguesía contra el proletariado es inconcebible sin esa demagogia social que para la gran burguesía implica jugar con fuego. Los recientes acontecimientos de Alemania han confirmado como la reacción pequeñoburguesa desenfrenada hace peligrar el "orden". Por eso, mientras apoya y financia activamente el bandidaje reaccionario de una de sus alas, la burguesía francesa no quiere llevar las cosas hasta

la victoria política del fascismo, sino solamente establecer un poder "fuerte", lo que en última instancia significa disciplinar a ambos bandos extremos.

Lo que hemos dicho demuestra suficientemente la importancia de distinguir entre la forma bonapartista y la forma fascista de poder. No obstante, sería imperdonable caer en el extremo opuesto, convertir al bonapartismo y al fascismo en dos categorías lógicamente incompatibles. Así como el bonapartismo comienza combinando el régimen parlamentario con el fascismo, el fascismo triunfante se ve obligado a constituir un bloque con los bonapartistas y, lo que es más importante, a acercarse cada vez más, por sus características internas, a un sistema bonapartista. Es imposible la dominación prolongada del capital financiero a través de la demagogia social reaccionaria y el terror pequeñoburgués. Una vez llegados al poder, los dirigentes fascistas se ven forzados a amordazar a las masas que los siguen, utilizando para ello el aparato estatal. El mismo instrumento les hace perder el apoyo de amplias masas de la pequeña burguesía. De éstas, el aparato burocrático asimila a un reducido sector otro cae en la indiferencia. Un tercero se pasa a la oposición, acogiéndose a distintas banderas. Pero, mientras va perdiendo su base social masiva al apoyarse en el aparato burocrático y oscilar entre las clases, el fascismo se convierte en bonapartismo. También aquí violentos y sanguinarios episodios interrumpen la evolución gradual A diferencia del bonapartismo prefascista o *preventivo* (Giolitti, Brüning-Schleicher, Doumergue, etcétera), que refleja el equilibrio extremadamente inestable y breve entre los bandos beligerantes, el *bonapartismo de origen fascista* (Mussolini, Hitler, etcétera), que surge de la destrucción, desilusión y desmoralización de ambos sectores de las masas, se caracteriza por una estabilidad mucho mayor.

El problema "bonapartismo o fascismo" provocó, entre nuestros camaradas polacos, algunas diferencias sobre el régimen de Pilsudski. La posibilidad misma de tales diferencias es el mejor testimonio de que no estamos tratando con inflexibles categorías lógicas, sino con formaciones sociales vivas, que presentan peculiaridades extremadamente pronunciadas en los distintos países y etapas.

Pilsudski llegó al poder después de una insurrección basada en un movimiento de masas de la pequeña burguesía que tendía *directamente* a la dominación de los partidos burgueses tradicionales en nombre del "estado fuerte"; éste es un rasgo fascista característico del movimiento y del régimen. Peto el elemento que más pesaba políticamente, la masa del fascismo polaco, era mucho más débil que la del fascismo italiano y mucho más aún que la del fascismo alemán; Pilsudski tuvo que apelar en mayor medida a los métodos de la conspiración militar y encarar con bastante más cuidado el problema de las organizaciones obreras. Basta con recordar que el golpe de estado de Pilsudski contó con la simpatía y el apoyo del partido estalinista polaco. A su vez, la

creciente hostilidad de la pequeña burguesía judía y ucraniana le dificultó a este régimen lanzar un ataque general contra la clase obrera.

Como consecuencia de esa situación, Pilsudski oscila mucho más que Mussolini y Hitler, en los mismos períodos, entre las clases y los sectores nacionales de clase, y recurre mucho menos que aquéllos al terror masivo: tal es el elemento bonapartista del régimen de Pilsudski. Sin embargo, sería evidentemente erróneo comparar a Pilsudski con Giolitti o Schleicher, y verlo más adelante relevado por un nuevo Mussolini o Hitler polaco. Es metodológicamente erróneo formarse la imagen de algún fascismo "ideal" y oponerlo a este régimen fascista real que ha crecido, con todas sus peculiaridades y contradicciones, sobre el terreno de la relación de clases y nacionalidades del Estado polaco. ¿Podrá Pilsudski llevar hasta el final la acción de destrucción de las organizaciones proletarias? La lógica de la situación le empuja inevitablemente por este camino, pero la respuesta no depende de la definición formal de "fascismo" como tal, sino de la relación de fuerzas real, de la dinámica de los procesos políticos que tienen lugar en las masas, de la estrategia de la vanguardia proletaria y, por último, del curso de los acontecimientos en Europa occidental y, sobre todo, en Francia.

La historia podría inscribir dichosamente que el fascismo polaco fue derrocado y reducido a polvo antes de que lograra encontrar una forma de expresión "totalitaria".

Decíamos más arriba que el bonapartismo de origen fascista es incomparablemente más estable que los experimentos bonapartistas preventivos a los que la gran burguesía recurre con la esperanza de evitar la sangría fascista. Sin embargo, es todavía más importante —desde el punto de vista teórico y práctico— resaltar que el hecho mismo de la regeneración del fascismo en bonapartismo significa el principio de su fin. Cuánto tiempo durará el agotamiento del fascismo y en qué momento la dolencia se convertirá en agonía, depende de muchas causas internas y externas. Pero el hecho de que la actividad contrarrevolucionaria esté templada, que esté desilusionada y que se debilite su ofensiva contra el proletariado abre nuevas posibilidades revolucionarias. Toda la historia muestra que es imposible mantener encadenado al proletariado con la ayuda solamente del aparato policíaco. Es cierto que la experiencia de Italia muestra que la herencia psicológica de la enorme catástrofe experimentada se conserva entre la clase obrera mucho más tiempo que la relación entre las fuerzas que engendró la catástrofe. Pero la inercia psicológica de la derrota no es más que un precario sostén. Se puede desmoronar de un solo golpe bajo el impacto de una potente convulsión. Tal convulsión —para Italia, Alemania, Austria y demás países— podría ser el éxito de la lucha del proletariado francés.

¡La llave revolucionaria para la situación en Europa y en todo el mundo está ahora sobre todo en Francia!

Bonapartismo, fascismo y guerra*

En su muy pretencioso, confuso y estúpido artículo ('Defensa Nacional: el caso del socialismo', *Partisan Review*, julio-agosto de 1940), Dwight Macdonald trata de atribuirnos la opinión de que el fascismo es, simplemente, una repetición del bonapartismo. Hubiera resultado difícil inventar mayor disparate. Hemos analizado al fascismo en su desarrollo, a través de sus distintas etapas, y pusimos en primer plano uno u otro de sus aspectos. Hay un elemento de bonapartismo en el fascismo. Sin este elemento, a saber, sin la elevación del poder estatal por encima de la sociedad debido a una extrema agudización de la lucha de clases, el fascismo habría sido imposible. Pero señalamos desde el comienzo mismo que se trataba fundamentalmente del bonapartismo de la época de la declinación imperialista, que es cualitativamente diferente del de la época de auge de la burguesía. Luego diferenciamos al bonapartismo puro como prólogo de un régimen fascista. Porque en el caso del bonapartismo puro el gobierno del monarca se aproxima. (...)

Los ministros de Brüning, Schleicher, la presidencia de Hindenburg en Alemania**, el gobierno de Petain en Francia, resultaron, o deben resultar, inestables. En la época de la declinación del imperialismo un bonapartismo puramente bonapartista es completamente inadecuado; al imperialis-

---

* Publicado en *Biulleten Oppozitsii* n.º 84, agosto-octubre de 1940. Trotsky dictó este artículo poco antes de su muerte, pero no vivió lo suficiente como para completarlo y publicarlo. A pesar de su carácter incompleto no corresponde a la descripción que hace Isaac Deutscher del mismo (*El Profeta Desterrado*, pág. 502) como "iniciado" o como un "rasgo de su última e inconclusa búsqueda en una nueva dirección". Para este volumen, el texto ha sido corregido levemente; otra corrección, con interpolaciones editoriales, está en *La lucha contra el fascismo en Alemania* (Buenos Aires, Pluma, 1974).

** Heinrich Brüning (1885-1970): fue canciller de Alemania de 1930 a 1932. Carecía de mayoría en el *Reichstag* y gobernaba por decreto. Kurt von Schleicher (1882-1934): fue un burócrata militar alemán que se desempeñó como canciller desde diciembre de 1932 hasta enero de 1933, cuando lo reemplazó Hitler. Fue una de las víctimas de la sangrienta purga nazi de junio de 1934. Paul von Hindenburg (1874-1934): fue presidente de Alemania desde 1925 hasta 1934. Aunque se presentó como adversario de los nazis cuando derrotó a Hitler en las elecciones de 1932, nombró canciller a éste en 1933.

mo se le hace indispensable movilizar a la pequeña burguesía y aplastar al proletariado con su peso. El imperialismo es capaz de cumplir esta tarea sólo en caso de que el propio proletariado revele su incapacidad para conquistar el poder, mientras que la crisis social llevó al paroxismo a la pequeña burguesía.

La agudeza de la crisis social surge del hecho de que con la concentración de los medios de producción, es decir, el monopolio de los trusts, la ley del valor, el mercado ya no es capaz de regular las relaciones económicas. La intervención estatal se convierte en una necesidad absoluta. (...)

La guerra actual, como lo manifestamos en más de una ocasión, es una continuación de la última guerra. Pero una continuación no significa una repetición. Como regla general, una continuación significa un desarrollo, una profundización, una agudización. Nuestra política, la política del proletariado revolucionario, hacia la segunda guerra imperialista es una continuación de la política elaborada durante la guerra imperialista anterior, fundamentalmente bajo la conducción de Lenin. Pero una continuación no significa una repetición. También en este caso, una continuación significa un desarrollo, una profundización y una agudización.

Durante la guerra pasada no sólo el proletariado en su conjunto sino también su vanguardia y, en cierto sentido, la vanguardia de la vanguardia, fueron tomados desprevenidos. La elaboración de los principios de la política revolucionaria hacia la guerra comenzó cuando ya ésta había estallado plenamente y la maquinaria militar ejercía un dominio ilimitado. Un año después del estallido de la guerra, la pequeña minoría revolucionaria estuvo todavía obligada a acomodarse a una mayoría centrista en la Conferencia de Zimmerwald*. Antes de la Revolución de Febrero, e incluso después, los elementos revolucionarios no se sintieron competentes para aspirar al poder, salvo la oposición de extrema izquierda. Hasta Lenin relegó la revolución socialista para un futuro más o menos distante**... Si así veía Lenin la situación no creemos entonces que haya necesidad de hablar de los otros.

---

* Zimmerwald, Suiza, fue el lugar donde se reunió, en septiembre de 1915, una conferencia para reagrupar a las corrientes internacionalistas y antibélicas que habían sobrevivido a la *debacle* de la Segunda Internacional. Aunque la mayoría de los participantes eran centristas, fue un paso adelante en dirección a la nueva Internacional. El manifiesto de Zimmerwald contra la guerra, escrito por Trotsky, aparece en *Leon Trotsky speaks* (León Trotsky habla, Pathfinder Press, 1972).

** Aquí el traductor al inglés agregó la siguiente nota: "Varias citas de Lenin durante ese período se ajustan a la descripción de Trotsky. Elegimos dos: 'Es posible, no obstante, que pasen cinco, diez, e incluso más años antes del comienzo de la revolución socialista' (de un artículo de marzo de 1916, Lenin, *Obras Completas*, Vol. XIX, pág. 45, tercera edición rusa). 'Nosotros, los viejos, no viviremos quizás lo suficiente para ver las batallas decisivas de la revolución inminente' ('Informe sobre la Revolución de 1905 entregado a los estudiantes suizos', enero de 1917, *Ibíd.*, pág. 357)".

Esta posición política del ala de extrema izquierda se expresaba gráficamente en la cuestión de la defensa de la patria.

En 1915 Lenin se refirió en sus escritos a las guerras revolucionarias que tendría que emprender el proletariado victorioso. Pero se trataba de una perspectiva histórica indefinida y no de una tarea para mañana. La atención del ala revolucionaria estaba centrada en la cuestión de la defensa de la patria capitalista. Los revolucionarios replicaban naturalmente en forma negativa a esta pregunta. Era completamente correcto. Pero mientras esta respuesta puramente negativa servía de base para la propaganda y el adiestramiento de los cuadros, no podía ganar a las masas, que no deseaban un conquistador extranjero.

En Rusia, antes de la guerra, los bolcheviques constituían las cuatro quintas partes de la vanguardia proletaria, esto es, de los obreros que participaban en la vida política (periódicos, elecciones, etcétera). Luego de la Revolución de Febrero el poder ilimitado pasó a manos de los defensistas, los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Cierto es que los bolcheviques, en el lapso de ocho meses, conquistaron a la abrumadora mayoría de los obreros. Pero el papel decisivo en esta conquista no lo jugó la negativa a defender la patria burguesa sino la consigna "¡Todo el poder a los sóviets!". ¡Y sólo esta consigna revolucionaria! La crítica al imperialismo, a su militarismo, el repudio a la defensa de la democracia burguesa, etcétera, pudo no haber llevado jamás a la mayoría abrumadora del pueblo al lado de los bolcheviques...

En la medida en que el proletariado se muestre incapaz, en un momento determinado, de conquistar el poder, el imperialismo comienza a regular la vida económica con sus propios métodos; es el mecanismo político, el partido fascista que se convierte en el poder estatal. Las fuerzas productivas se hallan en irreconciliable contradicción no sólo con la propiedad privada sino también con los límites estatales nacionales. El imperialismo es la expresión de esta contradicción. El capitalismo imperialista busca solucionar esta contradicción a través de la extensión de las fronteras, la conquista de nuevos territorios, etcétera. El estado totalitario, subordinando todos los aspectos de la vida económica, política y cultural al capital financiero, es el instrumento para crear un estado supranacionalista, un imperio imperialista, el dominio de los continentes, el dominio del mundo entero.

Hemos analizado todos estos rasgos del fascismo, cada uno por sí mismo y todos ellos en su totalidad, en la medida en que se manifestaron o aparecieron en primer plano.

Tanto el análisis teórico como la rica experiencia histórica del último cuarto de siglo demostraron con igual fuerza que el fascismo es en cada oportunidad el eslabón final de un ciclo político específico que se compone de lo siguiente: la crisis más grave de la sociedad capitalista; el aumento de

la radicalización de la clase obrera; el aumento de la simpatía hacia la clase trabajadora y un anhelo de cambio de parte de la pequeña burguesía urbana y rural; la extrema confusión de la gran burguesía; sus cobardes y traicioneras maniobras tendientes a evitar el clímax revolucionario; el agotamiento del proletariado; confusión e indiferencia crecientes; el agravamiento de la crisis social; la desesperación de la pequeña burguesía, su anhelo de cambio; la neurosis colectiva de la pequeña burguesía, su rapidez para creer en milagros; su disposición para las medidas violentas; el aumento de la hostilidad hacia el proletariado que ha defraudado sus expectativas. Estas son las premisas para la formación de un partido fascista y su victoria.

Es evidente que la radicalización de la clase obrera en Estados Unidos pasó sólo por sus fases iniciales, casi exclusivamente en la esfera del movimiento sindical (la CIO) El período de preguerra, y luego la propia guerra, puede interrumpir temporariamente este proceso de radicalización, especialmente si un número considerable de trabajadores es absorbido por la industria bélica. Pero esta interrupción del proceso de radicalización no puede ser de larga duración. La segunda etapa de la radicalización asumirá un carácter expresivo mucho más marcado. El problema de formar un partido obrero independiente pasará a la orden del día. Nuestras demandas transicionales ganarán gran popularidad. Por otra parte, las tendencias fascistas, reaccionarias, se replegarán, quedarán a la defensiva, aguardando un momento más favorable. Esta es la perspectiva más cercana. Nada es más indigno que especular en si tendremos éxito o no en crear un poderoso partido revolucionario líder. Hay una perspectiva favorable a la vista, que justifica al activismo revolucionario. Es necesario utilizar las oportunidades que se ofrecen y construir el partido revolucionario.

La Segunda Guerra Mundial plantea el problema del cambio de régimen más imperiosamente, más urgentemente que en la primera guerra. Se trata ante todo del régimen político. Los trabajadores están enterados de que la democracia naufraga en todas partes y de que el fascismo los amenaza incluso en aquellos países donde todavía no existe. La burguesía de los países democráticos utilizará naturalmente este temor por el fascismo que sienten los obreros, pero, por otra parte, la bancarrota de las democracias, su colapso, su indolora transformación en dictaduras reaccionarias, obliga a los trabajadores a plantearse el problema del poder .

La reacción maneja hoy en día un poder tal como quizás jamás lo tuvo antes en la historia moderna de la humanidad. Pero sería un desatino inexcusable ver sólo a la reacción. El proceso histórico es contradictorio. Bajo la envoltura de la reacción oficial están ocurriendo profundos procesos entre las masas, que acumulan experiencia y se hacen receptivas a nuevas perspectivas políticas. La vieja tradición conservadora del estado democrático, que fue tan poderosa incluso durante la era de la última guerra imperialis-

ta, existe en la actualidad sólo como una supervivencia extremadamente inestable. En la víspera de la última guerra los trabajadores europeos tenían partidos numéricamente poderosos. Pero lo que estaba a la orden del día eran reformas y conquistas parciales, no la conquista del poder.

La clase obrera norteamericana aun hoy en día no cuenta con un partido obrero de masas. Pero la situación objetiva y la experiencia acumulada por los obreros norteamericanos puede plantear en muy breve plazo la cuestión de la conquista del poder. Esta perspectiva debe ser la base de nuestra agitación. No se trata sólo de una posición sobre el militarismo capitalista y de renunciar a la defensa del Estado burgués sino de prepararse directamente para la conquista del poder y la defensa de la patria proletaria.

¿No pueden aparecer los estalinistas a la cabeza de un nuevo ascenso revolucionario y arruinar la revolución como hicieron en España y previamente en China? No corresponde, por supuesto, descartar tal posibilidad, por ejemplo en Francia. La primera ola de la revolución, a menudo, o más correctamente siempre, llevó a la cima a los partidos de "izquierda" que se las ingeniaron para no desacreditarse completamente en el período precedente y que tienen una tremenda tradición política detrás de ellos. Así, la Revolución de Febrero elevó al poder a los mencheviques y a los eseristas, que hasta la víspera eran adversarios de la revolución. Así, la revolución alemana de noviembre de 1918 llevó al poder a los socialdemócratas, que eran los adversarios irreconciliables de los alzamientos revolucionarios.

Doce años atrás, Trotsky escribió en un artículo publicado por *New Republic*:

"Ninguna otra época de la historia del hombre estuvo tan llena de antagonismos como la nuestra. Por la tensión de clase demasiado alta y los antagonismos internacionales, las llaves de seguridad de la democracia se funden o se rompen. Esta es la esencia del cortocircuito de la dictadura. Los primeros en ceder son, por supuesto, los interruptores más débiles. Los antagonismos internos y mundiales, sin embargo, no disminuyen sino que aumentan. Es dudoso que se vayan a apaciguar, dado que hasta ahora el proceso sólo se ha apoderado de la periferia del mundo capitalista. La gota comienza en el dedo gordo, pero una vez que ha comenzado llega al corazón" ('¿A dónde va Rusia?', *New Republic*, 22 de mayo de 1929).

Esto se escribió en el momento en que la democracia burguesa de cada país creía que el fascismo sólo era posible en los países atrasados que aún no se habían graduado en la escuela de la democracia. El consejo de redacción de *New Republic*, que por entonces no había sido favorecido con las bendiciones de la GPU, acompañó el artículo de Trotsky con uno propio, tan característico del filisteo norteamericano promedio que citaremos sus pasajes más interesantes.

"En vista de sus desventuras personales, el exiliado dirigente ruso muestra un notable poder de análisis detallista; pero este detallismo es propio del marxista rígido, y nos parece que carece de una visión realista de la historia, precisamente aquello de lo que él mas se enorgullece. Su concepto de que la democracia es una forma de gobierno para los buenos tiempos, incapaz de resistir las tormentas de la controversia doméstica o internacional, puede apoyarse (como él mismo lo admite en parte) sólo tomando como ejemplos países en donde la democracia no está más que en sus débiles comienzos, y países, además, en los que apenas comenzó la revolución industrial".

Además, el consejo de redacción del *New Republic* descarta el ejemplo de la democracia de Kerensky en la Rusia soviética y por qué no pudo resistir la prueba de las contradicciones de clase cediendo el paso a una perspectiva revolucionaria. El periódico escribe sabiamente:

"La debilidad de Kerensky fue un accidente histórico, que Trotsky no puede admitir porque no hay lugar en su esquema mecanicista para tal cosa".

Lo mismo que Dwight Macdonald, *New Republic* acusa a los marxistas de ser incapaces de entender la historia en forma realista debido a su enfoque mecanicista y ortodoxo de los hechos políticos. *New Republic* era de la opinión de que el fascismo es el producto del atraso del capitalismo y no de su excesiva madurez. En opinión de ese periódico (opinión que, repito, fue la de la abrumadora mayoría de los filisteos democráticos), el fascismo es el destino que espera a países burgueses atrasados.

El sabio consejo de redacción no se tomó siquiera la molestia de pensar por qué era convicción universal en el siglo XIX que las democracias atrasadas deben desarrollarse por el camino de la democracia. En todo caso, en los viejos países capitalistas la democracia sentó sus reales en un momento en que el nivel de su desarrollo económico no estaba por encima sino por debajo del de la Italia moderna. Y lo que es más, en ese entonces la democracia representaba el principal camino de desarrollo histórico que habían tomado todos los países, uno tras otro, los atrasados siguiendo a los más avanzados y a veces precediéndolos. Nuestra era, por el contrario, es la era del colapso de la democracia. Además, el colapso comienza con los eslabones más débiles pero gradualmente se extiende a aquellos que parecían fuertes e inexpugnables. De este modo la ortodoxia o el mecanicismo, es decir, el enfoque marxista de los hechos, nos posibilitaba pronosticar el curso de los procesos con muchos años de anticipación. Por el contrario, el enfoque realista del *New Republic* era el de un gatito ciego. *New Republic* continuó con su actitud crítica hacia el marxismo cayendo bajo la influencia de la más repugnante caricatura del marxismo, es decir, el estalinismo

Muchos de los filisteos de la nueva cosecha basan sus ataques al marxismo en el hecho de que, contra el pronóstico de Marx, vino el fascismo en vez del socialismo. Nada es más vulgar y estúpido que esta crítica. Marx de-

mostró y probó que cuando el capitalismo llega a un cierto nivel la única salida para la sociedad reside en la socialización de los medios de producción, es decir, el socialismo. También demostró que en vista de la estructura de clase de la sociedad sólo el proletariado es capaz de solucionar esta tarea en una irreconciliable lucha revolucionaria contra la burguesía. También demostró que para el cumplimiento de esta tarea el proletariado necesita un partido revolucionario.

Marx durante toda su vida y Engels y junto con él y después de él y luego Lenin, emprendieron una batalla irreconciliable contra esos rasgos de los partidos proletarios que obstruían la solución de la tarea revolucionaria histórica. La lucha sin cuartel llevada a cabo por Marx, Engels y Lenin contra el oportunismo por un lado, y el anarquismo por el otro, demuestra que ellos no subestimaban en absoluto este peligro. ¿En qué consistía el mismo? En que el oportunismo de las cúpulas de la clase obrera, sujetas a la influencia burguesa, pudiera obstruir, frenar, hacer más difícil, posponer el cumplimiento de la tarea revolucionaria del proletariado.

Es precisamente esta condición de la sociedad la que estamos observando ahora. El fascismo no vino en absoluto "en vez" del socialismo. El fascismo es la continuación del capitalismo, un intento de perpetuar su existencia utilizando las medidas más bestiales y monstruosas. El capitalismo tuvo la oportunidad de recurrir al fascismo sólo porque el proletariado no llevó a cabo en su momento la revolución socialista. El proletariado se paralizó en el cumplimiento de esta tarea por la actitud de los partidos oportunistas. Lo único que se puede decir es que resultó que había más obstáculos, más dificultades, más etapas en el camino del proceso revolucionario del proletariado que lo que preveían los fundadores del socialismo científico. El fascismo y la serie de guerras imperialistas constituyen la terrible escuela en la que el proletariado tiene que liberarse de las tradiciones y supersticiones pequeñoburguesas, de los partidos oportunistas, democráticos y aventureros, tiene que trabajar con ahínco y adiestrar a la vanguardia revolucionaria y de esta manera prepararse para cumplir la tarea sin la cual no hay ni puede haber salvación para la humanidad.

Eastman llegó a la conclusión de que la concentración de los medios de producción en manos del Estado pone en peligro su "libertad", y decidió, por eso, renunciar al socialismo*. Esta anécdota merece ser incluida en un volumen sobre historia de la ideología. La socialización de los medios de producción es la única solución al problema económico en una etapa de-

* Max Eastman (1883-1969): fue uno de los primeros simpatizantes de la Oposición de Izquierda y traductor de varios de los libros de Trotsky. A su rechazo del materialismo dialéctico en la década del 20 le siguió el rechazo del socialismo a fines de la del 30. Se hizo anticomunista y director del *Reader's Digest*.

terminada del desarrollo de la humanidad. La demora en solucionar este problema conduce a la barbarie fascista. Todas las soluciones intermedias emprendidas por la burguesía con ayuda de la pequeña burguesía sufrieron un fracaso miserable y vergonzoso. Todo esto es secundario para Eastman. El se da cuenta de que su "libertad" (libertad de confundir, libertad de permanecer indiferente, libertad de ser pasivo, de diletantismo literario) estaba siendo amenazada desde varios flancos, y decidió inmediatamente aplicar su propia medida: renunciar al socialismo. Sorprendentemente esta decisión no ejerció ninguna influencia en Wall Street ni en los sindicatos. La vida siguió su propio camino como si Max Eastman siguiera siendo socialista. (...)

En Francia no hay fascismo en el sentido real del término. El régimen del senil mariscal Petain representa una forma senil del bonapartismo de la época de declinación imperialista. Pero este régimen también se demostró posible sólo después de que la prolongada radicalización de la clase obrera francesa, que condujo a la explosión de junio de 1936, falló en encontrar una salida revolucionaria. La Segunda Internacional y la Tercera, la reaccionaria charlatanería de los "frentes populares", engañaron y desmoralizaron a la clase obrera. Después de cinco años de propaganda en favor de una alianza de las democracias y de la seguridad colectiva, después del súbito pasaje de Stalin al bando de Hitler, a la clase obrera francesa se la tomó desprevenida. La guerra provocó una terrible desorientación y el estado de derrotismo pasivo, o para decirlo más correctamente, la indiferencia de una *impasse*. De esta maraña de circunstancias surgió la catástrofe militar sin precedentes y luego el despreciable régimen de Petain.

Precisamente porque el régimen de Petain es bonapartismo senil no contiene ningún elemento de estabilidad y puede ser derribado mucho más pronto que un régimen fascista por un levantamiento revolucionario masivo.

En toda discusión sobre tópicos políticos aparecen invariablemente las preguntas: ¿podremos crear un fuerte partido para el momento en que llegue la crisis? ¿No podría el fascismo anticiparse a nosotros? ¿Es inevitable una etapa fascista en el proceso? Los éxitos del fascismo hacen perder fácilmente toda perspectiva, conducen a olvidar las verdaderas condiciones que hicieron posibles su fortalecimiento y triunfo. Sin embargo, una clara comprensión de estas condiciones es de especial importancia para los trabajadores de Estados Unidos. Podemos anunciarlo como una ley histórica: el fascismo pudo triunfar sólo en aquellos países donde los partidos obreros conservadores impidieron al proletariado utilizar la situación revolucionaria para tomar el poder. En Alemania hubo dos situaciones revolucionarias: 1918-1919 y 1923-1924. Incluso en 1929 era posible aún una lucha directa por el poder por parte del proletariado. En los tres casos la social-

democracia y la Comintern desbarataron criminalmente la conquista del poder y colocaron por lo tanto a la sociedad en un callejón sin salida. Sólo en estas condiciones y en esta situación resultaron posibles el tormentoso ascenso del fascismo y su conquista del poder.

Resultados de las diferentes elecciones generales al *Reichstag* desde 1924 hasta marzo de 1933

	mayo 1924	*diciembre 1924*	*mayo 1928*	*septiembre 1930*	*julio 1932*	*noviembre 1932*	*marzo 1933*
SPD	6.008.900	7.881.000	9.153.000	8.577.700	7.959.700	7.248.000	7.100.000
KPD	3.693.300	2.709.100	3.264.800	4592.100	5.282.600	4.231.000	4.800.000
Centro	3.914.400	4.118.900	3.712.200	4.127.900	4.589.300	4231.000	
Nazis	1.918.300	907.300	810.100	6.409.600	13.745.800	11.737.000	17.200.000
Bávaros	946.700	1.134.000	945.600	1.059.100	1.192.700	1.095.000	
Demócratas	1.655.100	1.919.800	1.505.700	1.322.400			
Popular	2.694.400	3.049.100	2.679.700	1.578.200			
Económicos	693.600	1.005.400	1.397.100	1.362.400			
Nacionalistas	5.696.500	6.205.800	4.381.600	2458.300	2.177.400	2.959.000	
Landvolk			581.800	1.108.700			
Otros	2.060.600	1.359.700	2.321.700	2.619.600	2.074.600	2.635.000	

Cronología

1917

Octubre

El Congreso Panruso de Sóviets, de mayoría bolchevique, toma el poder en Rusia.

1918

Noviembre

La revolución es aplastada en Alemania.

1919

Enero

La monarquía alemana es derrocada. Se establece la república de Weimar. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht son asesinados. Elecciones al Reichstag: el 45% de los votos corresponden a partidos "marxistas". El SPD forma coalición con el Partido Católico del Centro y el Partido Demócrata Alemán. El socialdemócrata Scheidemann es nombrado canciller.

Marzo

Se funda en Moscú la III Internacional.

1921

Marzo

Es aplastada una insurrección parcial en Alemania, mal preparada por el KPD.

1923

Enero

Las tropas francesas ocupan el Ruhr; inflación acelerada; desesperación de las clases medias; huelgas masivas; pérdida de confianza en el gobierno; rápido crecimiento de los nazis y otros grupos ultraderechistas; progreso del KPD. La dirección comunista, orientada por Zinóviev y Stalin desde Moscú, pierde la ocasión por sus vacilaciones e indeterminación.

1924

Mayo

Elecciones al *Reichstag* (ver cuadro).

1925

Elecciones presidenciales: Hindenburg, 14.655.000 votos; Wilhelm Marx (candidato del Centro apoyado por el SPD), 13.751.000; Thaelmann, 1.931.000.

1927

La Oposición de Izquierda es expulsada del PCUS y de la Comintern. Pese a ello, sigue considerándose fracción de la III Internacional.

1928

Elecciones al *Reichstag* (ver cuadro). Se forma la Gran Coalición (Partido Católico del Centro, SPD, Partido Popular) y el socialdemócrata Hermann Müller es nombrado canciller.

1929

Enero

Trotsky es deportado a la isla de Prinkipo, Turquía, desde donde seguirá el curso de los acontecimientos alemanes.
En Alemania hay 2,8 millones de parados.

Mayo

El KPD se manifiesta el 1 de Mayo en Berlín, pese a la prohibición gubernamental. *Die Rote Fahne* y otros periódicos comunistas son prohibidos temporalmente.

Julio

X Comité Ejecutivo de la IC en Moscú. En él se analiza que tras el *primer período* de crisis capitalistas y levantamientos revolucionados (1917-1924) y el *segundo período* de estabilización capitalista (1924-1928), se abre el *tercer período* en que la crisis capitalista y las revoluciones proletarias están a la orden del día. La socialdemocracia es el enemigo principal de la revolución y tiene que ser expulsada del movimiento obrero. Secuelas: teoría del *socialfascismo*, política ultimatista, escisión sindical.
El día 15 se reúne el XII Congreso del KPD: se acepta la teoría del *socialfascismo*.

Noviembre

I Congreso de la RGO (nueva organización sindical creada por el KPD).

Enero

3,2 millones de parados en Alemania.

Marzo

La Gran Coalición no se pone de acuerdo sobre las medidas económicas para hacer frente a la depresión. El Gobierno Müller dimite.
Heinrich Brüning forma gobierno sin mayoría parlamentaria y gobierna mediante decretos de excepción, según las potestades

que le confiere el artículo 48 de la Constitución de Weimar.

Julio

Son rechazados los decretos de excepción sobre el presupuesto. Hindenburg disuelve el *Reichstag* y convoca nuevas elecciones para septiembre.

Septiembre

Elecciones al *Reichstag* (ver cuadro).
Trotsky escribe *El giro de la IC y la situación en Alemania*.

Octubre

Atemorizados ante el ascenso del nazismo, el SPD decide "tolerar" al gobierno Brüning como un "mal menor".

Diciembre

La ADGB cuenta con 5.000.000 de miembros; la RGO, con 150.000. El KPD tiene 150.000 militantes. Los nazis también crecen. Sus SA (*Sturm Abteilung*) cuentan con unos 100.000 miembros. Brüning prosigue con la política deflacionista.

1931

Enero

Reunión del CC del KPD: la "revolución popular" como consigna estratégica central.

Febrero

4,9 millones de parados en Alemania.

Marzo

El KPD cuenta con 190.000 miembros. De ellos, apenas una cuarta parte tiene empleo.
Se anuncia el frente único antifascista en Klingenthal.
Plan de unión aduanera entre Austria y Alemania.

Abril

Trotsky escribe *Thaelmann y la revolución popular*.

Julio

Los socialdemócratas de izquierda exigen que el SPD ponga fin a su política de "tolerancia" hacia el gobierno Brüning.
Los nazis, junto con los nacionalistas del ala derecha dirigidos por Hugenberg y la *Sthalhelm*, hacen que se celebre un referéndum en Prusia para disolver el *Landtag* y desplazar el gobierno de coalición prusiano dirigido por el SPD. El KPD, apartándose repentinamente de su línea del *socialfascismo*, presenta un ultimátum al SPD para constituir un frente único. El SPD lo rechaza y el KPD se lanza a la compaña por el "referéndum rojo".

Agosto

El referéndum es derrotado, aunque obtiene 9,8 millones de votos, pues para lograr la disolución del *Landtag* habrían sido necesarios 13 millones.
Trotsky escribe *El control obrero de la producción* y ¡*Contra el comu-*

nismo nacional! (Lecciones del "referéndum rojo").

Septiembre

Los dirigentes del SPD expulsan a los socialdemócratas de izquierda, Seydewitz y Rosenfeld, miembros del *Reichstag* opuestos a la política de "tolerancia" hacia Brüning.
Trotsky escribe *Los consejos de fábrica y el control obrero de la producción*.

Octubre

Los socialdemócratas de izquierda, un sector de las juventudes del SPD, algunos pacifistas y parte de la Oposición del Partido Comunista, brandleriana (KPO), constituyen el SAP.
Hindenburg y Schleischer negocian sin éxito la participación de los nazis en el gobierno.

Noviembre

Trotsky escribe *Alemania, la clave de la situación internacional*.

Diciembre

Los dirigentes del SPD autorizan la constitución del "Frente de Hierro para la Resistencia contra el Fascismo", organización de masas que incluye al SPD, la ADGB, la *Reichsbanner*, organizaciones deportivas y otros grupos obreros y liberales.
5,6 millones de parados.
Trotsky escribe *Por un frente único obrero contra el fascismo*.

1932

Enero

Trotsky escribe *¿Y ahora? Problemas vitales del proletariado alemán*.

Febrero

Ante las próximas elecciones presidenciales, el SPD llama a votar por Hindenburg.

Marzo

Primera vuelta de las elecciones: Hindenburg, 18.651.000 votos; Hitler, 11.339.400; Thaelmann, 4.983.300; Ouesterberg (candidato de la *Reichsbanner*), 2.557.700. Ninguno de ellos obtiene la mayoría absoluta.
I Congreso nacional del SAP.

Abril

Segunda vuelta de las elecciones: Hindenburg, 19.360.000; Hitler, 13.418.500; Thaelmann, 3.706.800. Hindenburg es reelegido. Poco después, firma un decreto proscribiendo los ejércitos nazis, las SA y las SS.
En Barnaul, los miembros de la *Reichsbanner* y del KPD organizan la defensa común contra los ataques de los nazis.

Mayo

Reunión del CC del KPD. Neumann y Flieg son apartados de la dirección comunista.

Llamamiento del CC del KPD para la "Alianza Antifascista".
Hindenburg pide a Brüning su dimisión como canciller.

Junio

Franz von Papen forma un gabinete "por encima de los partidos" que no tiene mayoría parlamentaria, y pronto el mismo Papen es expulsado de su partido, el del Centro.
El día 4 Papen disuelve el *Reichstag* y convoca nuevas elecciones para el 31 de julio.
El gobierno Papen anula la proscripción de las SA y SS, lo que desencadena una oleada de violencia **y** terror político nunca visto. Hitler "tolera" el gobierno Papen.
La dirección del SPD prohíbe toda negociación a escala local entre socialdemócratas y comunistas.

Julio

Papen prohíbe cualquier manifestación durante las dos semanas anteriores a la fecha prevista para las elecciones. Los nazis realizan una marcha el día 17 a través de Altona, suburbio obrero de Hamburgo, que provoca 19 muertos y 285 heridos. Papen utiliza este suceso como pretexto, y el día 20 depone al gobierno prusiano por no haber sabido mantener la "ley y el orden", y asume él directamente el gobierno de Prusia. Los obreros esperan un llamamiento del SPD a la huelga general. Los dirigentes capitulan y prometen llevar el golpe de Estado a los tribunales. El KPD llama a la huelga, pero, tras la experiencia del referéndum rojo, los obreros responden con apatía o cinismo.
Elecciones al *Reichstag* (ver cuadro). Los nazis se convierten en el mayor partido del parlamento. Papen quiere utilizarlos sin darles la mayor parte del poder.

Agosto

Negociaciones sobre la participación nazi en el gobierno.
Trosky escribe *El rompecabezas alemán*.

Septiembre

Al reunirse el nuevo *Reichstag*, los nazis, junto con la mayoría de los demás partidos, aprueban un voto de censura al gobierno Papen. Se vuelve a disolver el *Reichstag* y se convocan nuevas elecciones para el 6 de noviembre.

Octubre

Trotsky escribe *El bonapartismo alemán*.

Noviembre

Los nazis se muestran escépticos e impacientes respecto a las maniobras de Hitler para tomar el poder "legalmente".
Elecciones al *Reichstag* (ver cuadro). Los nazis pierden dos millones de votos. Últimas elecciones "libres" de la república de Weimar.

Dimisión del gobierno Papen.
La burguesía alemana llega a la conclusión de que es necesario un gobierno fuerte a cualquier precio, y que éste es imposible sin los nazis.
Diciembre Crisis en el partido nazi: el aislamiento de Gregor Strasser evita el peligro de una escisión.
Hindenburg llama al poder al general Kurt von Schleicher.
El KPD cuenta con 360.000 afiliados, el 11 % de los cuales tiene empleo.
5,7 millones de parados, más 2 o 3 millones que no se registran.

1933

Enero

Manifestaciones de masas convocadas por el KPD contra el gobierno Schleicher.
Consultas Hitler-Papen para la formación de un gobierno de coalición.
Encuentro de los más significados representantes de la economía alemana y los dirigentes nazis.
El día 28, el gobierno Schleicher dimite.
Hindenburg llama a Hitler como canciller el día 30. Éste forma gobierno con Papen como vicecanciller. Hugenberg forma parte de este gabinete. Los nazis sólo ocupan tres carteras secundarias.
El KPD llama a la huelga general y propone al SPD un llamamiento común a la huelga. La dirección del SPD rechaza la propuesta, por considerar constitucional el nombramiento de Hitler, y prohíbe cualquier acción que pueda provocar a los nazis.

Febrero

Trotsky escribe *Ante la decisión*.
Disolución del *Reichstag* y convocatoria de nuevas elecciones para el día 5 de marzo.
Por un decreto, se prohíbe criticar al gobierno o a Hitler, lo que deja prácticamente en la ilegalidad al
KPD.
Reunión ilegal del CC del KPD en Zeuthe.
Trotsky escribe *El frente único defensivo: carta a un obrero socialdemócrata*.
Incendio del *Reichstag*. Se prohíbe la prensa comunista y socialdemócrata. Oleada de arrestos, especialmente de funcionarios comunistas.
Supresión de los principales derechos fundamentales por el decreto de excepción "sobre la protección del pueblo y del Estado", que significa de hecho la supresión de la Constitución de Weimar.

Marzo

Llamamiento del KPD para derrocar la dictadura fascista.
Trotsky escribe *La tragedia del proletariado alemán: los obreros se levantarán de nuevo ¡el stalinismo jamás!*.
Llamamiento del CE de la IC "a los obreros de todos los países" para la formación del frente único antifascista ("por arriba").
Elecciones al *Reichstag* (ver cuadro). Los mandatos del KPD son anulados.
Trotsky escribe *Alemania y la URSS* y *Hitler y el Ejército Rojo*.
Proposición de frente único del CC del KPD a la dirección del SPD.

Abril

Llamamiento de la dirección de la ADGB para participar en la fiesta del 1 de Mayo organizada por los fascistas.
Disolución de los sindicatos.
Trotsky escribe *La catástrofe alemana: la responsabilidad de la dirección*.
La fracción socialdemócrata del *Reichstag* vota a favor de la declaración de política exterior de Hitler.

Junio

Trotsky escribe *Qué es el nacionalsocialismo?*.
Autodisolución de los partidos políticos alemanes bajo la presión de los nazis.
Trotsky escribe *¿Cuánto puede durar Hitler?*.
Prohibición del SPD.

Julio

Trotsky escribe *Es necesario construir nuevos partidos comunistas y una nueva internacional*.

Fundación Federico Engels

C/ Hermanos del Moral 33, bajo • 28019 Madrid
Telf: 91 428 38 70 • Fax: 91 428 38 71
engels@arrakis.es • www.engels.org

La Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels fue creada en 1987 con el objetivo de defender y difundir las ideas del marxismo revolucionario. Su actividad se centra en la publicación de materiales políticos que contribuyan a arrojar luz sobre los acontecimientos contemporáneos desde la óptica del socialismo científico, en un momento en que la ofensiva ideológica desatada contra las ideas socialistas exige un esfuerzo teórico y material por parte de todos aquellos que aspiramos a un cambio radical de la sociedad.

Haciéndote socio de la Fundación contribuyes a su sostenimiento económico, y favorecerás el desarrollo de sus actividades y publicaciones. Además recibirás los folletos que publiquemos, nuestra revista de debate político MARXISMO HOY, un descuento del 10% en los libros de nuestro catálogo y tendrás toda la información sobre las actividades públicas de la Fundación.

No lo dudes. Colabora con la Fundación, apoya las ideas del marxismo.

HAZTE SOCIO DE LA FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS

Nombre y apellidos .....

Dirección .....

Localidad .....

Provincia ..... DP .....

Teléfono ..... E-mail .....

Se inscribe como socio de la Fundación Federico Engels con una cuota de:

❑ 30 euros/año ❑ 60 euros/año ❑ Otra cantidad _____ euros/año
(superior a 30 euros/año)

FORMA DE PAGO

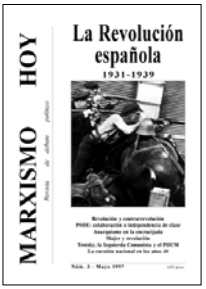
❑ Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels, enviándolo a nuestra dirección.

❑ Transferencia bancaria a la c/c número 2038 - 1197 - 19 - 6000277153 de Caja Madrid.

MARXISMO HOY

Revista de debate político

- Número 1 . . . . . A cien años de la muerte de Federico Engels
- Número 2 . . . . . La Transición española, un análisis marxista
- Número 3 . . . . . La Revolución española (1931-1939)
- Número 4 . . . . . Una alternativa socialista a la Unión Europea
- Número 5 . . . . . Lecciones de Chile. A 25 años del golpe militar
- Número 6 . . . . . El nuevo orden mundial del imperialismo
- Número 7 . . . . . Perspectivas para la economía mundial
- Número 8 . . . . . León Trotsky. Su pensamiento más vigente que nunca
- Número 9 . . . . . La Transición española, un análisis marxista
- Número 10 . . . . . América Latina hacia la revolución
- Número 11 . . . . . Antonio Gramsci y la revolución italiana



SUSCRÍBETE A MARXISMO HOY

Envíanos tus datos a nuestra dirección, indicando la forma de pago que prefieras.

FORMA DE PAGO

❑ Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels.

❑ Transferencia bancaria a la c/c número 6000277153 de Caja Madrid (Entidad 2038 / Sucursal 1197 / DC 19) a nombre de la Fundación.

	ESTADO ESPAÑOL	EUROPA	RESTO MUNDO
Dos números	7,20 euros	10,25 euros	12 euros
Cuatro números	14,40 euros	18 euros	21,70 euros